



AVISO LEGAL

Título: *Itinerarios intelectuales: Vasconcelos, Lobato y sus proyectos para la nación*

Autor: Crespo, Regina

Colaborador: Rojas Nieto, Natalia (diseñadora de portada)

ISBN: 970-32-3200-0

Forma sugerida de citar: Crespo, R. (2005). *Itinerarios intelectuales: Vasconcelos, Lobato y sus proyectos para la nación*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jsui/>

D.R. © 2005 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

© Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Itinerarios intelectuales:

Vasconcelos, Lobato y sus proyectos
para la nación

Regina Crespo



Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos
Universidad Nacional Autónoma de México

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector

DR. JUAN RAMÓN DE LA FUENTE

Secretario General

LIC. ENRIQUE DEL VAL BLANCO

Secretaria de Desarrollo Institucional

DRA. ROSAURA RUIZ GUTIÉRREZ

Coordinadora de Humanidades

DRA. MARI CARMEN SERRA PUCHE

CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Directora

DRA. ESTELA MORALES CAMPOS

Secretario Académico

MTRO. RUBÉN RUIZ GUERRA

Secretario Técnico

C.P. FELIPE FLORES GONZÁLEZ

Jefe de Publicaciones

LIC. RICARDO MARTÍNEZ LUNA

CCYDEL

Torre II de Humanidades, 8° piso.

Ciudad Universitaria, C.P. 04510

México, D.F.

Teléfonos: 5623 0211 al 13

Fax: 5623 0219

<http://www.ccydel.unam.mx>

e-mail: ccydel@servidor.unam.mx

Itinerarios intelectuales:
Vasconcelos, Lobato y sus
proyectos para la nación

Serie Nuestra América 61

CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Regina Crespo

Itinerarios intelectuales:
Vasconcelos, Lobato y sus
proyectos para la nación



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 2004

Diseño de la cubierta: Natalia Rojas Nieto

Primera edición, 2004

Segunda edición, 2005

DR © 2005, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.

CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

ISBN: 970-32-3200-0

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Presentación y agradecimientos	11
Introducción	17
<i>El lugar de las ciudades</i>	28
<i>Los autores</i>	31

I. METRÓPOLIS EN FORMACIÓN: SÃO PAULO Y CIUDAD DE MÉXICO EN LOS AÑOS DIEZ Y VEINTE

<i>La tradición de celebrar: la ciudad de México conmemora (y soporta) la Revolución</i>	40
<i>El espectáculo de lo diverso: la ciudad de São Paulo recibe (y soporta) aires cosmopolitas</i>	45
<i>¿Expulsar o cooptar?</i>	49
<i>Los “Jecas” en el espacio urbano</i>	52
<i>Avances y retrocesos. Los trabajadores y el gobierno revolucionario</i>	55
<i>La cultura en las metrópolis</i>	59
<i>Los intelectuales en el contexto político</i>	66
<i>El Ateneo de la Juventud</i>	66
<i>El Cenáculo</i>	72
<i>¿Disidentes o continuadores?</i>	75
<i>Mexicanos y brasileños</i>	78
<i>La mirada inevitablemente urbana</i>	84

II. JOSÉ VASCONCELOS: EL FILÓSOFO Y EL POLÍTICO

<i>De Eagle Pass al ministerio</i>	89
<i>La influencia del “Apóstol” y los dilemas del caudillo</i>	100
<i>La campaña de alfabetización: misión regeneradora</i>	108

<i>Escuelas, libros y bibliotecas: los ladrillos de la nación.....</i>	125
<i>La filosofía y la acción política.....</i>	137

III. MONTEIRO LOBATO: EL EMPRESARIO Y EL CRÍTICO

<i>De Taubaté a la Revista do Brasil.....</i>	151
<i>Panaceas para Brasil: la campaña sanitaria.....</i>	160
<i>Las metamorfosis de Jeca: entre el Brasil ideal y el real.....</i>	171
<i>La filosofía y la acción política</i>	187
<i>La "mercancía libro" o el arte de vender cultura</i>	199

IV. ¿RAZA CÓSMICA O CHOQUE DE RAZAS? ENTRE LA UTOPIA Y EL PESIMISMO

José Vasconcelos

<i>El viaje del ministro a la cuna del nuevo mundo</i>	219
<i>¿Civilización o barbarie? ¿Quetzalcóatl o Huitzilopochtli?.....</i>	230
<i>La raza cósmica.....</i>	238
<i>Historia y mito. ¿Venimos de Atlántida?.....</i>	240
<i>Latinos y sajones</i>	243
<i>¿Utopía?.....</i>	245

Monteiro Lobato

<i>El viaje del escritor al "mar del pez Lobato".....</i>	249
<i>La novela futurista de la Tupy Publishing Co.</i>	258
<i>La ficción como reflexión: la máquina del tiempo lobatiana.....</i>	261
<i>Conceptos del siglo XIX en el mundo del siglo XXIII</i>	269

Monteiro Lobato y José Vasconcelos

<i>Dos visiones de futuro: convergencias y divergencias ..</i>	279
--	-----

V. PROYECTOS MEMORIALÍSTICOS: EN BUSCA DE UN LUGAR EN LA HISTORIA

<i>El ejercicio de la polivalencia</i>	299
<i>La desilusión del hombre como estímulo del escritor.....</i>	309

<i>Cartas y memorias: entre la historia y la ficción</i>	321
<i>Lobato: “en las cartas está lo mínimo de mentira</i> <i>humana”</i>	323
<i>Vasconcelos: el relato del Ulises</i>	331
Consideraciones finales	345
Bibliografía.....	357

A Rodolfo

PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Este trabajo tiene dos raíces. Una de ellas proviene de mi infancia, del momento en que descubrí, en los libreros de mi casa, trece libros rojos con letras doradas. Al leer los cuentos para niños de Monteiro Lobato entré en un primer contacto con la personalidad de un autor que, algún tiempo después, supe que fue el precursor de la industria cultural en Brasil, además de un activo promotor de campañas sociales y paladín en la lucha por la producción nacional de hierro y petróleo. Lobato quiso transformar a Brasil dándole libros, salud e industrias.

La segunda raíz es más reciente. Durante mi doctorado en Historia Social en la Universidad de São Paulo, descubrí la personalidad singular de José Vasconcelos. Creador y mecenas del Muralismo Mexicano, autor del mito de la raza cósmica, secretario de Educación Pública y candidato derrotado a la presidencia de México, este autor me llamó la atención por el carácter grandilocuente de sus propuestas. Vasconcelos pretendió transformar a México con el apoyo de un amplio programa cultural.

Autores contemporáneos, Vasconcelos y Lobato participaron activamente en la vida política y cultural de México y Brasil. Crearon proyectos, generaron polémicas, estuvieron en el centro de los debates acerca de temas relacionados con la cuestión nacional y defendieron apasionadamente sus puntos de vista. Hombres de letras, pensamiento y acción, lucharon por encontrar un camino propio, capaz de garantizarles un lugar en la historia brasileña y mexicana recientes.

Este trabajo nació de la curiosidad de comparar el itinerario intelectual de estos dos creadores de proyectos nacionales y del intento de comprender de qué manera sus proyectos se insertaron e influyeron en la vida cultural y política de sus países. Dedicué particular atención a las tres primeras décadas del siglo, caracterizadas por un intenso proceso de urbanización, indus-

trialización y modernización, reforzado, en el caso de México, por el fenómeno de la Revolución Mexicana.

Para confrontar autores se requiere confrontar los escenarios en que actuaron. La constatación inmediata en los estudios de fondo comparativo entre Brasil y los países hispanoamericanos es que existe un desconocimiento recíproco. De esta manera, el interés que también me movió, en la búsqueda de convergencias y divergencias en el ámbito cultural y político, fue intentar acortar algunas distancias entre México y Brasil.

En la introducción, busqué situar a los dos países en el contexto internacional de las primeras décadas del siglo XX. A fin de entender el desarrollo de la obra intelectual y la acción política de Vasconcelos y Lobato, elaboré un breve panorama ideológico, cultural y político del periodo.

El propósito del primer capítulo fue establecer un cuadro comparativo entre México y de Brasil en las décadas de 1910 y 1920, con especial interés en la configuración social, cultural y política de las ciudades de México y São Paulo durante el periodo. Una preocupación básica fue reflexionar sobre la cuestión de la producción intelectual (principalmente literaria y teórica) y acerca del papel asumido por los intelectuales en relación con la sociedad en general y con el Estado, en particular.

El segundo y el tercer capítulos estuvieron dedicados a la construcción de un panorama del pensamiento y acción de los dos autores analizados, para comprender el papel que desempeñaron en la vida intelectual y política de su tiempo. En el segundo capítulo, analicé el proyecto educativo-cultural de José Vasconcelos, sus expectativas políticas y su malogrado plan de conquistar la presidencia del país. En el tercer capítulo, revisé el desarrollo de las campañas sociales de Monteiro Lobato, que abarcaron temas como educación, lectura, salud pública, voto secreto y estabilización de la moneda, para culminar en el fracaso de su busca por petróleo. A pesar de que eligieron estilos y caminos diversos, ambos autores estuvieron hermanados por una especie similar de mesianismo, en la búsqueda de mejores caminos para sus naciones.

La propuesta que orientó la elaboración del cuarto capítulo fue la discusión de las ideas de Lobato y Vasconcelos acerca

del lugar que Brasil y México deberían ocupar en el contexto internacional. Las expectativas ante el futuro asumieron carácter mítico, en Vasconcelos, y pragmático, en Lobato. Tras la “raza cósmica” soñada por el mexicano, en su ensayo mítico-filosófico, y el “choque de las razas” vislumbrado por Lobato, en su novela de ciencia ficción, se aprecia un amplio panorama de las discusiones que sirvieron de base a las visiones de cada autor.

Tanto Lobato como Vasconcelos decidieron dejar un registro escrito de sus actividades, propuestas e ideales. El análisis de sus proyectos memorialísticos fue el tema del quinto capítulo. Su preocupación por “permanecer” como una referencia importante en la historia nacional de México y de Brasil dio lugar a los extensos tomos de memorias de Vasconcelos y, en el caso de Lobato, a la publicación de *A Barca de Gleyre*, un compendio de cartas dirigidas a su amigo y escritor Godofredo Rangel.

En las consideraciones finales, busqué establecer un cuadro comparativo entre las ideas de Lobato y Vasconcelos como intelectuales y hombres públicos en países periféricos. La asociación que Lobato y Vasconcelos establecieron entre sus fracasos personales y lo que consideraban, de manera a veces melancólica y a veces colérica, como el fracaso nacional, sirve como punto de partida no sólo para reflexionar sobre el México y el Brasil que les tocó vivir, sino también sobre los rumbos de cada país, en términos políticos, culturales y económicos.

El desarrollo de este estudio comparativo me llevó, entre 1992 y 1997, de un país a otro. Tanto en Brasil como en México, conté con el apoyo de profesores, investigadores y amigos de gran generosidad.

En Brasil, agradezco a Nicolau Sevcenko sus importantes indicaciones en el campo del análisis comparativo, que me ayudaron a organizar la estructura del trabajo. Las críticas y sugerencias que recibí de Maria Helena Capelato y Elias Thomé Saliba fueron iluminadoras y oportunas y me ayudaron a mejorar significativamente el texto. A distancia, siempre conté con el apoyo de Isabel Frontana. Sin su estímulo, el desarrollo de este trabajo habría sido mucho más árido y difícil. Los amigos que no pueden faltar son Débora Hebling, Tânia Pelegrini, Isabel Loureiro y Andrés Frontana.

En México, mis agradecimientos van en primer lugar a Ignacio Díaz Ruíz, quien, como director del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, de la Universidad Nacional Autónoma de México, me recibió como becaria del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq) y de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, en 1995. Debo a Víctor Díaz Arciniegas y Rubén Ruiz Guerra la lectura atenta de varios capítulos, indicaciones bibliográficas fundamentales y discusiones fructíferas en mi incursión por la historia y la historiografía mexicanas. A Salvador Méndez, Hernán Taboada y Gustavo Jiménez, lectores agudos y cuidadosos, la disposición para el diálogo y el intercambio de informaciones.

Para realizar este trabajo, conté con el apoyo de las siguientes instituciones, a las cuales agradezco: CNPq, Secretaría de Relaciones Exteriores de México e Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

Lector atento, interlocutor crítico, Rodolfo Mata ha sido cómplice en mi decisión de introducirme por los caminos ricos e inusitados de la comparación. Ellos me trajeron a México, después de llevarlo a Brasil. A Rodolfo le agradezco el rigor y el cuidado críticos, fundamentales para el desarrollo de este texto, pero sobre todo su estímulo permanente, su confianza y compañía.

ABREVIATURAS DE LAS OBRAS DE LOBATO Y VASCONCELOS MÁS CITADAS A LO LARGO DEL TEXTO

MONTEIRO LOBATO

<i>A</i>	<i>América</i>
<i>AV</i>	<i>Na antevéspera</i>
<i>BG</i>	<i>A Barca de Gleyre</i>
<i>CAC</i>	<i>Conferências, artigos y crônicas</i>
<i>CE</i>	<i>Cartas escolhidas</i>
<i>ChR</i>	<i>O presidente negro ou o choque das raças</i>
<i>CRI</i>	<i>Críticas e outras notas</i>
<i>ESC</i>	<i>O escândalo do petróleo e Ferro</i>
<i>JT</i>	<i>Idéias de Jeca Tatu</i>
<i>LIM</i>	<i>Literatura do Minarete</i>
<i>MEM</i>	<i>Memórias da Emília</i>
<i>MI</i>	<i>Miscelânia</i>
<i>ML</i>	<i>Mundo da lua</i>
<i>MSB</i>	<i>Mr. Slang e o Brasil</i>
<i>O</i>	<i>Opiniões (en Mr. Slang e o Brasil)</i>
<i>OV</i>	<i>A onda verde</i>
<i>PE</i>	<i>Prefácios e entrevistas</i>
<i>PV</i>	<i>Problema vital</i>
<i>U</i>	<i>Urupês</i>
<i>VISC</i>	<i>O poço do Visconde</i>

JOSÉ VASCONCELOS

<i>BH</i>	<i>Breve historia de México</i>
<i>BM</i>	<i>Bolivarismo y Monroísmo</i>
<i>CDA</i>	<i>Conferencias del Ateneo de la Juventud</i>

<i>D</i>	<i>Discursos 1920-1940.</i>
<i>ED</i>	<i>El desastre</i>
<i>EI</i>	<i>Estudios indostánicos</i>
<i>FL</i>	<i>La flama. Los de arriba en la Revolución. Historia y tragedia</i>
<i>GB</i>	<i>"Don Gabino Barreda y las ideas contempóráneas"</i>
<i>I</i>	<i>Indología</i>
<i>LT</i>	<i>La tormenta</i>
<i>EP</i>	<i>El proconsulado</i>
<i>R?</i>	<i>¿Qué es la revolución?</i>
<i>ROD</i>	<i>De Robinson a Odiseo</i>
<i>RC</i>	<i>La raza cósmica</i>
<i>UC</i>	<i>Ulises Criollo</i>
<i>WAS</i>	<i>Conferencia leída en el "Continental memorial Hall" de Washington</i>
<i>LET</i>	<i>Las letanías del atardecer</i>
<i>50</i>	<i>Los últimos cincuenta años</i>

REVISTAS Y PERIÓDICO

<i>RDB</i>	<i>Revista do Brasil</i>
<i>OESP</i>	<i>O Estado de S. Paulo</i>
<i>RR</i>	<i>Revista de Revistas</i>

INTRODUCCIÓN

“México surgió para el mundo en 1910, con la Revolución. El México indígena surgió para los mexicanos también en 1910, también con la Revolución.” ¿Encontrarían estas dos afirmaciones tajantes un sentido equivalente si en lugar de México pensáramos en Brasil? ¿Cuándo y cómo el mundo descubrió Brasil? ¿Cuándo lo hicieron los brasileños, quiénes eran y qué fue lo que encontraron?”

Antes de analizar las preguntas, pensemos en las afirmaciones. Estas dos imágenes de descubrimiento —de México por el mundo occidental, del México indígena por los mexicanos culturalmente occidentalizados—, estelas ambas del torbellino social representado por la Revolución mexicana, establecen simultáneamente puntos de partida y columnas de sustentación para reflexionar sobre el México contemporáneo. Como se verá a lo largo del presente trabajo, el gran movimiento social que fue la Revolución mexicana significó un elemento definidor o, si preferimos, redefinidor de México para el mundo occidental y sobre todo para los propios mexicanos. La bibliografía sobre el tema es muy vasta. Rasgos sociológicos, políticos, históricos y literarios distinguen las historias, tratados e interpretaciones que desde las más variadas perspectivas ideológicas, analizan el fenómeno cuyos avatares de una forma u otra, transformaron el país.

La guerra civil, que afectaría gran parte del país durante los años diez, acarreó una desestructuración política, económica y social. Esta crisis, acentuada además por graves conflictos con el vecino Estados Unidos, por los trastornos económicos que generó la primera guerra mundial, por huelgas obreras y movimientos anarquistas y socialistas, fue atemperada en la década siguiente, por algunos años de estabilidad y reconstrucción.

Los años veinte empezaron con el gobierno del general Álvaro Obregón y con una población harta de la guerra, que reclamaba la tranquilidad de un gobierno estable. “Conciliación” y “reconstrucción” se convirtieron entonces en los lemas nacionales y el objetivo de Obregón consistió en desarrollar las fuerzas capitalistas en el país, adoptando como base precisamente la conciliación entre las clases sociales y su sumisión a un poder ejecutivo fuerte, cuya figura central sería la del presidente.¹ Las estrategias de Obregón incluyeron una reforma política y agraria y un programa educativo, definidos como única posibilidad de integrar a las masas al proyecto de un Estado moderno (Eder, 1990, p. 105; Díaz Arciniegas, 1989, p. 29). En el plano cultural y educativo, Obregón contó con la colaboración de una elite de intelectuales, artistas y profesores encabezada por José Vasconcelos, quien al frente de la Secretaría de Educación Pública (SEP), se propuso desterrar el pasado de sangrientas discordias de su país y emprender, por medio de la educación y las artes, la construcción de un nuevo México.

En Brasil, en los mismos años, no se vivió un proceso de desestructuración tan intenso como el que se padeció en México. El país no vivió una revolución, aunque tampoco puede afirmarse que las décadas de 1910 y 1920 hayan sido de plácida paz. Como sabemos, la llamada “República Vieja” no se caracterizó, en absoluto, por el ejercicio democrático. Decididos a continuar la tradición de 67 años de Imperio, con la proclamación de la República, el mariscal Deodoro da Fonseca y sus sucesores procuraron defender la permanencia de un ejecutivo fuerte.

¹ Es necesario apuntar que “conciliación” y “reconstrucción” se mantienen hasta el presente como “lemas” del Estado mexicano. Un ejecutivo fuerte y el predominio de la figura del presidente también permanecen, en tanto que el partido oficial, creado por Calles en 1929 (el Partido Nacional Revolucionario, PNR, actual Partido Revolucionario Institucional, PRI) logró mantenerse en el poder por 71 años, hasta las elecciones presidenciales del año 2000. Una interpretación oficial de estos hechos argumenta que la Revolución se “institucionalizó” con el partido en el poder, y la acción del partido fue precisamente la responsable del carácter permanente que la Revolución conquistó. Tales ideas forman parte de la ideología oficial de la Revolución, conmemorada como fecha cívica todos los años, el 20 de noviembre. Los nombres de sus “héroes” designan, según un interesante orden jerárquico, plazas y calles de todo el país, configurando, en la geografía urbana, el imaginario revolucionario.

Simultáneamente a la aplicación de la “política de los gobernadores”, que el presidente Campos Sales (1898-1902) había creado y que logró satisfacer los intereses de las oligarquías regionales en pugna, el Estado brasileño, de estructura liberal-oligárquica, protegería los intereses de la burguesía agraria cafetalera con préstamos financieros externos y una política cambiaria para la sustentación de los precios del café. Quienes manejaban el producto —hacendados, intermediarios, autoridades de comercio, etc.— sabían cómo garantizar su papel dominante en el ámbito de la economía brasileña.² Además, el Estado se encargaría también de reprimir los movimientos de trabajadores, obreros o campesinos, especialmente cuando amenazaban los intereses capitalistas. Basta mencionar al respecto la famosa tragedia de Canudos, “solucionada” durante la presidencia de Prudente de Morais (1894-1897); el episodio de la “Revolta da Chibata”, en la cual los marinos demandaron infructuosamente no ser castigados con azotes; y el movimiento del Contestado, durante las presidencias de Hermes da Fonseca y Venceslau Brás, para ilustrar el tratamiento que, en el Brasil republicano, solía reservarse a las demandas sociales —según la famosa frase atribuida a Washington Luís, simples “cuestiones de policía”.

En cuanto al México prerrevolucionario, es inevitable constatar que no difería mucho de Brasil en términos de represión de los movimientos populares y obreros, ni en lo que se refiere al mantenimiento de una estructura social que, con el apoyo de una política de favores, garantizaba la permanencia de una minoría de ricos propietarios. Entre la gran mayoría de miserables que componía la población, las clases medias emergentes luchaban por garantizar una mejor posición social y política.

No se puede negar que la política económica del gobierno de Porfirio Díaz, previa a la Revolución, conducía el país hacia la modernización, en moldes capitalistas. La construcción de

² Para Weffort (1989, p. 112), la “paradójica coexistencia liberal-oligárquica del Estado brasileño” se adecuaba a las necesidades vigentes de asegurar en el interior del país, mediante la marginación social y política de las mayorías populares, la estructura de dominación que servía a la eficaz explotación económica con vistas al mercado externo.

grandes tramos ferroviarios, los incentivos a la agricultura de exportación y los notables privilegios concedidos a la inversión extranjera, con predominio de la norteamericana, serían la tónica del México porfirista. El país crecía a costa del aumento de las desigualdades no sólo sociales sino regionales.³

En realidad, puede afirmarse que la política económica del gobierno propició la explosión revolucionaria que lo derrocaría. Los años finales del “porfiriato”, para usar la expresión de Alfonso Reyes (1983, p. 119), pusieron en evidencia sus fragilidades. Una economía proyectada principalmente en relación con el mercado externo (como era también el caso de la brasileña) quedaba desde luego a merced de sus oscilaciones.⁴ En los años prerrevolucionarios, el país enfrentó las consecuencias de la reducción de las ventas de minerales al exterior, el aumento del desempleo y la disminución del consumo interno, situación que empeoró con el mantenimiento de una política agraria restrictiva, siempre adversa a las poblaciones rurales indígenas y mestizas y favorable para los grandes propietarios —muchos de ellos extranjeros, principalmente norteamericanos.

En cuanto al Brasil republicano, puede decirse que sus elites políticas y económicas, con la mirada puesta más en Europa que en el propio país, invertían en la construcción de una estructura político-administrativa eficaz para el Estado nacional, con el propósito de que Brasil se ubicara al lado de los “países civilizados”. La euforia de la remodelación urbana y las campañas de higienización de la capital del país a principios del siglo se unió al placer de las modas, del “buen gusto”, del refinamiento

³ Los estados del sur, como Oaxaca y Chiapas, de población mayoritariamente indígena, fueron privados de un proceso de modernización como el que se emprendió en los estados del norte: Coahuila, Chihuahua, Sonora y Nuevo León (*cfr.* González, 1981, pp. 940-947). Asimismo, los vientos modernizadores soplaban mucho más en las ciudades que en el campo, ahondando todavía más el abismo entre ellos, e intensificando la marginación de la población campesina en prácticamente todo México (*cfr.* González, 1981, p. 1012).

⁴ En ese sentido, hay quienes afirman que la crisis financiera internacional de 1907, desencadenada en Estados Unidos, a cuya economía estaba ligada la mexicana, marca el inicio de la etapa final del régimen, con el surgimiento de nuevos conflictos que éste, por sus características estructurales, ya no sería capaz de resolver satisfactoriamente (Ruiz, 1984, p. 116).

y cosmopolitismo importados desde París.⁵ Tal euforia se vería fortalecida por el patriotismo que desencadenó la guerra mundial de 1914, fenómeno que la campaña en favor del servicio militar obligatorio, que el consagrado poeta Olavo Bilac difundió en varias regiones del país, ayuda a constatar.

La apología de un nacionalismo que, al consolidarse, propiciaría que Brasil ingresara a los “nuevos tiempos” y al “nuevo mundo” que la primera guerra mundial estaba conformando, no eliminó, sin embargo, cierta inquietud. El caos político y financiero de Brasil y su atraso en relación con los países avanzados e incluso con la vecina Argentina oscurecían el optimismo entre las elites y también entre las clases medias lectoras de los periódicos liberales. Para muchos, era urgente modernizar el país, tarea para la cual era primordial, por un lado, el conocimiento de las “virtudes y problemas nacionales” y, por otro, el recurso de una mano de obra especializada, que aún no existía en el país. Significativamente, junto a esta ansia de progreso, flotaba en el ambiente el temor hacia otro tipo de cosmopolitismo, distinto del parisiense: el amenazante cosmopolitismo que agitaba la presencia inmigrante, concentrada principalmente en la ciudad y el estado de São Paulo. La solidaridad inicial de las aún incipientes clases medias hacia movimientos sociales como la huelga de 1917, que paralizó la capital del estado, fue paulatinamente suplantada por el temor a los radicalismos.

⁵ La famosa remodelación urbana del alcalde Pereira Pasos retiró del centro de Río de Janeiro a toda la población de “indeseables” (pobres, negros, mestizos), que desentonaban con la imagen de ciudad europea que la República recién implantada pretendía construir. Entre las nuevas medidas que el gobierno de la capital de la República quiso adoptar, estaba la de prohibir la circulación de gente sin zapatos o mal vestida en las calles del centro. Tal medida fue aplaudidísima en São Paulo, en donde también se intentó, sin éxito, implantarla. Uno de los cronistas de la época comentaba, sintomáticamente, que las civilizadas capitales europeas estaban adoptando ya la prescripción. São Paulo, al igual que Río de Janeiro, se civilizaba. Por ello, era necesario “civilizar también el pueblo, educarlo de acuerdo con el medio, alzándolo a la altura de este adelantamiento”. Y continuaba el autor: “al principio, la ley municipal podrá despertar algunas protestas aisladas, pero finalmente los propios individuos afectados acabarán agradeciendo a la Cámara el gran favor que les hace, al habituarlos a ser ... aseados”. Couto de Magalhães, “Aspectos da rua”, *A Cigarra*, núm. 6, 15 jun., 1914.

La década de los veinte se inició en Brasil con el movimiento obrero en reflujo, dada la fuerte y diseminada represión gubernamental, que recurrió incluso a la expulsión masiva de inmigrantes “indeseables”. Entre 1922 y 1926, en el periodo que abarcó tanto el final del gobierno de Epitácio Pessoa como la conflictiva presidencia de Artur Bernardes, los brasileños presenciaron hechos política y culturalmente importantes, cómo la fundación del Partido Comunista, el surgimiento del “Movimiento Tenentista” y la famosa Semana de Arte Moderno, además de las fiestas del Centenario de la Independencia, celebradas en Río de Janeiro. La efervescencia política de 1922, que en realidad ya había empezado mucho antes, durante la “estabilidad inestable” que caracterizó a la llamada “República Vieja”, dio lugar a episodios como el de la Revolución de 1924, hasta culminar en la llamada Revolución de 1930 y la quiebra del sistema oligárquico paulista-mineiro.⁶

La mención de todos estos elementos, viejos conocidos de cualquier estudioso de la historia brasileña del periodo, viene a replantear las cuestiones enunciadas en el inicio de esta introducción. Si México fue, de hecho, descubierto por los mexicanos y por el mundo a causa de la Revolución, el Brasil del mismo periodo no parece haber merecido atención similar. En efecto, para la tristeza de sus elites, el país acabó por quedarse en la incomodidad de la periferia: no llegó a ser un igual ni tampoco una promesa frente a los países desarrollados.⁷

En cuanto a los mexicanos, principalmente los intelectuales, el periodo de transformaciones iniciado por la Revolución prácticamente les impuso dirigir su mirada inquisidora hacia el propio país, en una búsqueda de respuestas y caminos. En el mismo periodo, en Brasil, algunos intelectuales decidieron hacer lo propio y, a

⁶ Paulista: originario del estado de São Paulo; mineiro: originario del estado de Minas Gerais.

⁷ Por otra parte, tampoco conformó una posible amenaza para ellos, como sucedió con México que, convulsionado por la Revolución, llegó a preocupar a su vecino del norte. Sin embargo, según Hobsbawm (1988, p. 396), a excepción de Estados Unidos, la Revolución mexicana atrajo poca atención del exterior, aun si la consideramos, cronológicamente, la primera gran revolución del siglo XX (Paz, 1984, p. 156).

contracorriente del movimiento mundano-cultural del momento, buscaron mirar menos hacia Europa y más hacia Brasil. Lo hicieron tratando de comprenderlo en sus especificidades, procurando desarrollar una originalidad nacional que permitiera que Brasil se equiparara de hecho a las sociedades desarrolladas (Sevcenko, 1983, p. 122). A partir de la Revolución, muchos intelectuales mexicanos, imbuidos de una responsabilidad social inusitada, empezaron a actuar políticamente y a elaborar proyectos para el país.⁸ En Brasil, al descubrir en su búsqueda de lo “nacional” imágenes nada halagadoras y muy contrastantes con el patriotismo común y con el cosmopolitismo cultural importado desde París, varios intelectuales asumieron su labor como una misión social y política, aunque, proporcionalmente, pocos entre ellos tuvieron una participación verdaderamente significativa en el ámbito político-partidista.⁹

En las primeras décadas del siglo XX, puede afirmarse que, tanto en México como en Brasil, la influencia del liberalismo seguía siendo vigorosa.¹⁰ El mismo cuerpo de abstracciones mantenía su vigencia —libertad y soberanía de la voluntad general, educación, progreso, fe en el futuro—, adaptado, es cierto, a las estructuras culturales de cada país.

En el México del siglo XIX, los liberales se pronunciaron por una república federal democrática, gobernada por instituciones representativas; por “una sociedad secular libre de la influencia

⁸ José Vasconcelos y otros intelectuales de su generación, reunidos en el Ateneo de la Juventud, desempeñaron un importante papel en ese sentido.

⁹ Éstos fueron los casos de Euclides da Cunha y de Lima Barreto, estudiados por Sevcenko (1983), de quien tomo prestada la idea del trabajo intelectual concebido como misión. Fue también, con las peculiaridades que examinaremos, el caso de Monteiro Lobato. Respecto a la actuación política, los mismos intelectuales la criticaron sin reservas, señalando que, en ella, los arribistas, oportunistas y aventureros siempre tenían más espacio que los hombres de talento. Brasil era, como decía Lobato, la tierra de la “mediocracia”, en que la selección natural se hacía al revés.

¹⁰ Luis González (1981, pp. 1014-1015) llegó a afirmar que “la revolución no ha mudado los propósitos, únicamente algunos de los métodos del liberalismo de Juárez y Díaz [...]. El ayer, el hoy y el mañana que vivimos son obra de los soñadores y dinámicos liberales de los tiempos de don Benito y don Porfirio”. En cuanto a Brasil, según José Murilo de Carvalho (1995, p. 9), en el cambio del siglo, el “liberalismo a la americana” venció a las dos corrientes que “se disputaban la definición de la naturaleza del nuevo régimen: el jacobinismo a la francesa y el positivismo”.

clerical; una nación de pequeños propietarios, campesinos y artesanos, con el libre juego del interés individual liberado de las leyes restrictivas y del privilegio artificial" (Brading, 1993, p. 101). Los liberales brasileños persiguieron, entre otros objetivos, la descentralización política, la enseñanza libre, el sufragio directo y universal; la emancipación del individuo mediante las libertades de culto, asociación, voto, enseñanza e industria. Deseaban que el gobierno fuera sólo gobierno y no rebasara a la sociedad (Faoro, 1987, vol. 2, p. 448). Ahora bien, tanto en México como en Brasil, intelectuales y políticos de las primeras décadas del siglo XX sostuvieron aspiraciones semejantes a éstas, (Robles, 1989, p. 24; Faoro, 1987, vol. 2, p. 501).

Capitalismo, democracia e individualismo, premisas básicas del liberalismo, se fueron adecuando a las especificidades de cada país, de acuerdo con los criterios de sus elites dirigentes —el abismo socioeconómico existente entre éstas y los sectores populares implicó una serie de modificaciones respecto a sus fuentes inspiradoras, la europea y la estadounidense (González, 1981, p. 1012). Si en el Brasil imperial y esclavista del siglo XIX la presencia de este ideario podría parecer "fuera de lugar", en el siglo XX el país reunía, bajo los más diversos matices y las conveniencias de los grupos que lo defendían, proyectos de reforma social y regeneración (Capelato, 1989, pp. 11-14). Si en el México del siglo XIX la lucha por la instauración del liberalismo significaba el fin del despotismo y la herencia española (Maciel, 1980, pp. 136-137; 140-142), en el inicio del siglo XX representaba, en el proyecto de políticos como Francisco I. Madero, ante todo la derrota del despotismo de los 34 años del gobierno del general Porfirio Díaz.

Tanto en Brasil como en México la ambigüedad fue probablemente el rasgo más importante del periodo. Brasil era una República de carácter oligárquico. Su sociedad era liberal y, simultáneamente, discriminadora (Sevcenko, 1983, p. 88).¹¹ México

¹¹ En 1926, un sector disidente de la oligarquía cafetalera fundó el Partido Democrático. En su "Manifiesto a la Nación", el PD hablaba de la defensa de los principios liberales de la Constitución Republicana que, significativamente, permanecían al margen del horizonte político nacional: el voto secreto; el apoyo a las actividades productivas; la separación de los poderes; el apoyo al magisterio y a la creación de un organismo gubernamental para la enseñanza. Monteiro Lobato, que nunca se

viviría una dictadura de 34 años, presidida por un antiguo liberal. A partir de 1910 con la Revolución, las cuestiones vinculadas al ideario liberal, en su mayoría sin resolver, a pesar de que eran contempladas en las leyes (González, 1981, p. 1009; Maciel, 1980, pp. 149, 151), van a confrontarse con la urgencia cada vez mayor de las demandas populares. Lo que importa observar es que, al contrario de Brasil, donde no ocurrió un movimiento revolucionario, en México la Revolución impidió que se ignorara a la mayoría de la población. Ésta —mestiza o indígena— no tenía más alternativa durante el porfiriato que la de trabajar para el hacendado o el propietario extranjero de las minas, los ferrocarriles, las industrias textiles, las panaderías, en condiciones atroces y a veces de semiesclavitud (Robles, 1989, p. 23). La necesidad de incorporar estos sectores a la nación, impuesta por su propia actuación en la guerra civil, llegó a plantear un dilema a los ideólogos de la Revolución mexicana, empeñados en dar un perfil distinto al país pero también en continuar modernizándolo. La idea de “rescatar” a los indígenas para la civilización mediante la educación y la cultura, que Ramírez defendió en el siglo XIX —idea que lo apartaba de la opinión imperante que daba por hecho la inferioridad de los indígenas (Maciel, pp. 144-145)— encontrará eco en el gran proyecto educativo de José Vasconcelos, cuyos alcances serán analizados a lo largo de este trabajo.

En el contexto económico y político, las cuestiones relacionadas con la modernización, la autonomía nacional, el federalismo, la libre iniciativa y la representatividad no permitían que el tema del liberalismo abandonara la escena (en México, cuando menos, como interlocutor de los planes revolucionarios). En lo que se refiere al plano específicamente intelectual, tanto en Brasil como en México, desde finales del siglo XIX hasta principios del XX, la corriente de pensamiento predominante era el positivismo. Con su idea lineal del “progreso”, su concepción limitadora del “orden”, con su fe en la ciencia y sus frutos y con el sustento de una planeación social convenientemente concebida “desde arriba”, el positivismo se había prestado perfectamente a la manipulación de las elites de

vinculó a ningún partido, estuvo ideológicamente próximo al Partido Democrático (cfr. Campos, 1986, pp. 74-75).

ambos países. Y para reforzar sus argumentos esas elites recurrían también al tranquilizador evolucionismo spenceriano, legitimador de su dominio sobre el cuerpo de la pirámide social.¹² Sin embargo, sobre todo en México pero también en Brasil, el predominio de las teorías positivistas y evolucionistas se vio paulatinamente comprometido por la influencia de autores como Nietzsche, Bergson y Schopenhauer (Zea, 1988, p. 442; Cruz Costa, 1967, pp. 110-112, 128). Al romper el carácter estático de los sistemas explicativos, estos pensadores abrieron un universo de posibilidades mucho más apropiado a la nueva atmósfera fragmentaria y agitada, que había inaugurado el siglo XX.

De cualquier manera, sabemos que el verdadero culto a Comte y Spencer se adaptó con éxito a la mentalidad latinoamericana en general e hizo sentir su influencia por mucho tiempo. Asimismo, los hombres de un periodo en que la “última palabra” solía ser emitida por la ciencia, tenían que tomar en cuenta una de las teorías que ésta había promovido a verdad: la de la diferencia entre las razas y su inevitable separación jerárquica. El México indígena y mestizo y el Brasil mestizo, negro e indígena creaban para sus intelectuales —formados mayoritariamente en el positivismo y el evolucionismo spenceriano y enfrascados en el darwinismo social, importados todos de Europa— un dilema verdaderamente complejo, cuando trataban de comprender, explicar y, de ser eso posible, transformar sus respectivos países.

La revolución tecnocientífica que ocurría en Europa, preparándola tecnológica e ideológicamente para la primera guerra y, después de un corto y oscilante periodo, para la segunda (Hobsbawn, 1988, pp. 424-451), llegaría también a los países periféricos, los cuales necesitaban ahora reajustar sus instituciones al nuevo contexto. En las discusiones de entonces se manejaban varios conceptos, por lo general formulados como pares en oposición: tradicional y moderno; nacional y cosmopolita; rural y urbano; progreso y atraso. Se

¹² Los reformadores liberales tampoco escapaban a este binomio. Según Capelato (1989, pp. 14, 19), en el afán por controlar a los “dominados”, intentaron crear proyectos que condujeran el país a un “progreso dentro del orden”. Para un análisis de cómo se daba la discusión y la “aclimatación” de las teorías que los intelectuales locales importaban, véase Rama (1985, p. 108) y Ortiz (1986, pp. 30-32).

buscaban definiciones en una época de particular inestabilidad y en la cual las elites de países como Brasil y México ya no se conformaban con el papel de simples actores de reparto, destinado a países como los suyos, en el escenario de la civilización occidental. Pretendían integrarse al mercado mundial, al mundo del progreso y de la ciencia y cumplir un destino histórico de mayor relieve.¹³ Ahora bien, en el empleo de los mencionados pares en oposición se dialogaba explícita o implícitamente con los parámetros epistemológicos del siglo XIX, lo que daba a muchos de los autores del momento, incluso a los abordados en este trabajo, una imagen aparentemente ambivalente, de hombres del siglo XIX actuando en el siglo XX.

Muchos entre los que pretendían “rescatar”, “regenerar” o sencillamente comprender su país, tenían que enfrentar las trabas casi inamovibles que su misma formación ideológica les imponía: los suyos eran países cuya población “inferior”, cuyo clima y medio adversos los condenaban al atraso perpetuo. El dilema de estos autores se iniciaba ya desde el propio uso de un instrumental desfavorable, que muchas veces los colocaba en un “callejón sin salida”.¹⁴ De hecho, la ambigüedad y muchas veces la incoherencia se perciben en la contienda del periodo y de sus autores por dilucidar cómo manejar los mencionados pares en oposición y cómo poder aplicarlos en la comprensión y en la misma transformación de sus respectivos países.

¹³ Es importante observar que México y Brasil poseen algunas similitudes importantes. Es innegable su gran potencial de desarrollo económico, desde mediados del siglo XIX. Los procesos de modernización y la considerable capitalización de la economía, —en el caso particular de México, con su dependencia de la economía estadounidense (González, 1981) y, en el caso de Brasil, del sistema bancario internacional, principalmente inglés (Prado, 1980, pp. 210, 231-234)— condicionaron la ruta de desarrollo capitalista de ambos países en el siglo XX. Sin embargo, el papel que asumieron como productores de materias primas, definidas como motores básicos del enriquecimiento, provocó que tanto México como Brasil se limitaran a ocupar un lugar secundario en el panorama mundial, a pesar de los ciclos de industrialización que vivieron.

¹⁴ En Brasil, eran pocas las voces divergentes en cuanto a la influencia del binomio “medio y raza”. Una de ellas fue la de Alberto Torres, lector de Ratzel y Boas (Torres, 1982, pp. 55-83), cuyas obras Lobato publicó.

La obra y la trayectoria personal y política del mexicano José Vasconcelos y del brasileño José Bento Monteiro Lobato reflejan este conflicto. Comprender su contexto, actuar en éste como hombres públicos, dejar una obra literaria, filosófica o ensayística representativa, todo ello formaba parte de las preocupaciones no siempre armonizables de estos dos autores, paradigmáticos, en muchos sentidos, del agitado y contradictorio periodo entre los años diez y veinte. En sus escritos es posible examinar muchas de las correlaciones y divergencias existentes entre México y Brasil. En ellos, encontraremos una serie de elementos fundamentales para la comprensión de los procesos de transformación que ambos países sufrieron en el periodo. En el plano específicamente cultural, el análisis de sus obras nos permitirá seguir el diálogo que —como hombres de su tiempo y sus países— establecieron con las corrientes filosóficas y estéticas europeas y, finalmente, hará que reflexionemos acerca de la relación de las elites intelectuales con el Estado.

EL LUGAR DE LAS CIUDADES

No se puede comprender la actuación de hombres como Monteiro Lobato fuera del universo urbano. Más aún, parece difícil separar a un autor como éste de la vida cultural paulistana.¹⁵ En el Brasil de los años diez y veinte, sólo São Paulo reunía las condiciones económicas y sociales ideales para acoger y simultáneamente abrir el país a las transformaciones culturales que lo acercaran al circuito internacional (*cfr.* “O nosso dualismo”, *AV*, p. 58; Andrade, s. f., p. 236). Sus horizontes se adecuaban perfectamente a las actividades culturales.

Si no podemos alejar a Lobato de la ciudad de São Paulo, tampoco podemos separar a Vasconcelos de la ciudad de México. Como veremos, el desarrollo de las reflexiones y el trabajo de este intelectual y político sólo pueden comprenderse en toda su extensión dentro del ambiente cultural y político de la capital mexicana.

¹⁵ Relativo a o natural de la ciudad de São Paulo.

Reflexionar sobre las características de la vida cultural de ambos centros urbanos en las dos décadas iniciales del nuevo siglo ayudará a entender la atmósfera que influía en la producción intelectual del periodo. Esos años, fundamentales en el proceso de transformación que se vivía a escala mundial, también lo fueron en la consolidación de las futuras metrópolis latinoamericanas. El proceso de reordenamiento económico, político y cultural que la primera guerra suscitó (Hobsbawn, 1996, pp. 31-42; 1991, p. 161; Anderson, 1989, p. 124), abarcó, evidentemente, América Latina, cuyos principales centros urbanos se acercaron aún más al flujo capitalista internacional, dada la conexión en aumento entre las elites locales y los capitalistas extranjeros. Una vida social intensa, agitación política, ecos más o menos lejanos de los nuevos movimientos estéticos, procesos avasalladores de urbanización e industrialización, movimientos obreros y nacionalistas iban a convivir, también en los centros urbanos de América Latina, con la persistencia de una obstinada atmósfera finisecular, incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos.

Esa situación intensa y contradictoria tendría su apogeo en la ciudad de México, principalmente en los afrancesados años finales del porfiriato. La efervescencia previa a la Revolución mexicana y el propio movimiento revolucionario cambiaron el panorama de la capital. Le acarrearón muchos problemas, además de los “tradicionales”, compartidos por todos los núcleos urbanos repentinamente sobrepoblados (la ciudad de São Paulo, entre ellos), a consecuencia del constante éxodo rural, las huelgas obreras y la miseria que se ofrecía a los recién llegados (*cfr.* Morse, 1970, p. 14). Sin embargo, la capital mexicana no dejó de ser el centro neurálgico del país. Los trastornos y estragos ocasionados por la Revolución (que los habitantes de la ciudad de São Paulo llegaron a conocer, en escala mucho menor, durante la Revolución de 1924) no quitaron a la ciudad de México el papel de centro del poder, en un país refractario a un verdadero federalismo y cuya capital está donde está desde el dominio azteca.

En cuanto a São Paulo, podríamos decir que la ciudad —gracias principalmente al café, pero en cierta medida también al federalismo brasileño— conquistó en definitiva el *status* de polo económico y cultural y se transformó, en este periodo, en el cen-

tro de decisiones del país, a pesar de no ser su capital política (cfr. Morse, 1970, pp. 19-24).

En esos años, la ciudad de México vivía una gran efervescencia. Era una ciudad invadida por inmigrantes en busca de trabajo, pero también por combatientes revolucionarios y familias completas que huían de la guerra.¹⁶ Los sucesivos nubarrones del conflicto armado de los años diez se cernieron sobre una ciudad cuyo ritmo cotidiano alternaba la vida común y los sobresaltos del combate, hasta que una relativa normalidad fue asomando lentamente.

En esos mismos años, São Paulo también estaba en ebullición. Cómo veremos, era una ciudad inundada por olas de migración interna y externa, en la que el dilema entre nacionalismo y cosmopolitismo estaba en el orden del día y en las calles, exaltando los ánimos y oponiendo grupos. Enriquecida, São Paulo proveía muchas posibilidades de emancipación económica y rescate intelectual, paralelamente a una estratificación social profunda, que se traducían en la geografía entrecortada de los barrios ricos y miserables.

Debido principalmente a estas características, encontraremos en las ciudades de México y São Paulo las condiciones apropiadas para la actuación de José Vasconcelos y Monteiro Lobato. El proyecto editorial de Lobato, junto a otras iniciativas de carácter social y cultural, encontraron su lugar en la capital paulista, precisamente por su situación de centro político, económico y cultural en expansión, que intentaba consolidar su hegemonía sobre el conjunto del país.¹⁷ El gran proyecto educativo y cultural —de redescubrimiento y creación de un nuevo México— que

¹⁶ En 1917, Vicente Lombardo Toledano, futuro miembro del grupo de los "Siete sabios", instaba por carta a sus hermanas a mudarse a la capital del país, "pues nuevas cosas se presentan en el horizonte amenazando traer otra época en que hay la necesidad de vivir reunidos para la mejor conservación de todos" (*apud* Krauze, 1985, p. 35).

¹⁷ São Paulo se volvió gradualmente un espacio perfecto para las iniciativas socio-culturales de gran efecto (eventos artísticos y deportivos, novedades editoriales, campañas cívicas, de alfabetización y saneamiento). Tales iniciativas contenían una elocuente autovaloración de los paulistas. La imagen intrépida de los bandeirantes, los aventureros que habían partido de São Paulo para ampliar las fronteras nacionales, se reconstruía en el presente del estado de São Paulo y principalmente de su capital. Ahí estaban los nuevos bandeirantes, hombres de la vanguardia económica, política e intelectual, indispensables en la consolidación de un país verdaderamente moderno y dinámico.

Vasconcelos concibió, sólo podría ser orquestado por su autor desde la capital del país, que mantenía su posición hegemónica como centro de decisión en términos políticos y económicos y como centro de confluencia cultural.

LOS AUTORES

José Vasconcelos y Monteiro Lobato desarrollaron proyectos políticos y culturales propios, que se materializaron en obras escritas: literarias, ensayísticas, memorialísticas y, en el caso de Vasconcelos, también filosóficas. Fueron igualmente materializados en acciones, entre las cuales podemos citar la actuación determinante de Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública de México y el célebre trabajo editorial de Lobato, acompañado por sus campañas sanitaristas y en pro de la autonomía de Brasil en hierro y petróleo.

Para reflexionar sobre ellos, se empleará la relación biografía-historia como el principal hilo conductor. Será mediante el estudio de la forma de inserción social de ambos personajes, de la lectura de lo que escribieron, de la lectura de sus comentaristas y biógrafos y de su propia "voz" (en el caso de Vasconcelos, los gruesos volúmenes de memorias, y, en el de Lobato, principalmente la correspondencia con Godofredo Rangel, publicada por el mismo Lobato) que el México y el Brasil de los años diez y veinte saldrán a la luz.

El brasileño y el mexicano compartían el deseo de dar a sus países un *status* diferente al de la barbarie y el atraso, en el que las metrópolis culturales y las propias elites nacionales solían encasillarlos. Tal deseo ayudó a transformar a ambos en hombres públicos y orientó sus preocupaciones específicamente hacia los temas de la educación, el perfeccionamiento cultural de la población y la mejoría de sus condiciones de existencia. Despertó su interés por los temas de la "identidad nacional" y la influencia extranjera, e hizo que buscaran una cultura y un arte nacionales. Los incitó a reflexionar sobre el futuro de sus respectivos países y, finalmente, resultó para ambos en una sucesión de fracasos personales.

Un sentimiento de incomodidad, derivado de la experiencia de vivir en sociedades con profundas diferencias de clase, con legiones de miserables y analfabetos, marcadas por graves conflictos sociales y étnicos, estuvo presente en lo que ambos autores escribieron y realizaron. Los dos recibieron una formación intelectual inequívocamente occidentalizada, que influyó profundamente en su marco de referencia estético y político. Pasaron por la escuela de derecho, se desarrollaron intelectual y profesionalmente y ocuparon una posición en la escala social que los alejaba de la gran mayoría de la población (Vasconcelos provenía de una clase media acomodada y Lobato de hacendados de la estancada región paulista del valle del río Paraíba que, aunque decadentes, detentaban una cantidad de tierras significativa). Podemos explorar en su inserción social y en esta “incomodidad” la necesidad de asumir posiciones, de elaborar proyectos, de involucrarse en la historia y escribir libros. Podemos encontrar también algo del carácter contradictorio de sus iniciativas. Reflexionar sobre este aspecto reforzará la importancia de abordar la relación entre cultura y poder, un tema inevitable en el estudio de ambos autores.

Vasconcelos participó en el aparato gubernamental desde la posición privilegiada de ministro. Pudo llevar a cabo un proyecto nacional y supo, con el carácter innovador de sus propuestas, conquistar el favor de la prensa y convocar a sectores de clase media, estudiantes y sindicatos. Años después, apoyándose en su trabajo en la Secretaría de Educación Pública, emprendió su campaña por la presidencia de la República. Lobato nunca ocupó un cargo político, sin embargo, conquistó una posición que le dio visibilidad nacional. Como propietario de una revista y una gran editorial supo hacer de estos dos medios masivos de comunicación vehículos privilegiados para la difusión de sus ideas, sus libros y las campañas de carácter social en que se involucró.

Como vemos, ambos autores consiguieron ascender a esferas que les proporcionaban condiciones excelentes de actuación. En ese sentido, analizar lo que escribieron y realizaron conduce también a una reflexión más amplia, durante el periodo delimitado, en Brasil y en México, sobre el papel del intelectual frente al Estado, en el ámbito de la política partidista y en el

plano del mercado de trabajo asociado a la cultura (con énfasis en la industria cultural: prensa y libros). Asimismo, tal análisis plantea una última cuestión de fondo que tiene que ver con las expectativas que ambos autores tenían respecto al futuro de su país, y que podríamos caracterizar como un tipo particular de mesianismo. Vasconcelos y Lobato proponían para México y Brasil un verdadero proyecto de redención basado no en la religión, sino en la cultura, proyecto en el cual su papel personal de líderes se afirmaba en la conducción de los programas de mejoramiento social que elaboraron. En este contexto, basta mencionar el deseo de Vasconcelos de construir un México de clase media profesionalista e igualitaria (con la redención de los indígenas mediante el mestizaje y la educación), materializado en su trabajo al frente de la SEP. Y basta recordar, en cuanto a las campañas sociales y el proyecto editorial de Lobato, su defensa del trabajo como medio de ascensión social, en sustitución del viejo clientelismo típico de la sociedad brasileña.

Lobato y Vasconcelos tuvieron mucho en común, además de la coincidencia de haber nacido en el mismo año de 1882. Como analizaremos a lo largo de este trabajo, el carácter intempestivo, autoritario y muchas veces voluntarista los hermana en su trayectoria de hombres públicos, de elaboradores de proyectos nacionales para sus respectivos países y de promotores de cultura, o “caudillos culturales”, para usar la feliz expresión de Enrique Krauze (1985).

Vasconcelos abandonó su promisorio bufete de abogado para sumergirse en la política y dejó la Secretaría de Educación Pública con fama de hombre honesto. Escribió varias obras de filosofía, entre ellas *La raza cósmica*, una utopía sobre el papel de América Latina en el futuro de la humanidad. Participó en la fase heroica de la Revolución mexicana, primero con Francisco I. Madero, después con los convencionalistas, y, dedicándose principalmente al periodismo, pudo sobrevivir en sus varios exilios en Estados Unidos y Europa. En 1929, fue candidato a la presidencia de su país, en una campaña que perdió, provocó varias muertes y le amargó el espíritu respecto a México y la vida misma.

Monteiro Lobato siguió el camino contrario al del mexicano: dejó la carrera de fiscal público para hacerse cargo de la estancada

hacienda de café que el abuelo vizconde le había heredado. Una vez vendida la hacienda, se volvió editor y dueño de una revista. Intentó crear una empresa editorial de alta tecnología pero quebró. Escribió varios libros de cuentos, se dedicó al periodismo y a la literatura infantil. Su estancia en Estados Unidos (1927-1931) lo llevó a cultivar una verdadera obsesión por la autonomía de Brasil en hierro y petróleo. Se involucró en diversos proyectos para desarrollar la industria metalúrgica e iniciar la búsqueda de petróleo en Brasil, proyectos que no fructificaron y por los cuales llegó a ser encarcelado.¹⁸

Involucrados en cuerpo y alma en actividades siempre grandilocuentes y casi siempre de alcance nacional, Lobato y Vasconcelos vivieron *en* y *de* los grandes proyectos que elaboraron para sus respectivos países, y, en el caso de Vasconcelos, también para América Latina, tema al que destinó parte significativa de sus preocupaciones filosóficas y políticas.

En el México posrevolucionario Vasconcelos, en lo que concebía como su misión regeneradora, se adentró en los caminos de la reflexión estética (que ya había frecuentado en los libros escritos a partir de 1916), materializándolos en un proyecto de renacimiento cultural y artístico de base nacional para su país. Tal proyecto, como veremos posteriormente en detalle, incluía una campaña nacional de alfabetización en español, la publicación de libros, la creación de bibliotecas por todo el país, así como la construcción de escuelas y el impulso a las artes. La valorización de las artes populares, con especial atención a la artesanía y la danza, y señaladamente la creación del movimiento muralista, permanecieron como referencias indelebles de su actuación como ministro. Entre 1920 y 1924, Vasconcelos estuvo al frente de todo un movimiento de revalorización —en cierta manera utópico— de México, del elemento nacional y del iberoameri-

¹⁸ En una de las conferencias que dictó en el interior del país, cuando buscaba compradores para las acciones de su compañía de explotación de petróleo, Lobato expresó así su pasión: "Señores, quien os habla es un ex-hacendado, un ex-literato, un ex-agregado comercial, un ex-abogado. Abandoné todas esas carreras en el momento en que entendí que el petróleo es la gran cosa, la cosa máxima para Brasil, la única fuerza con elementos capaces de arrancar al gigante de su cuna de patriotismos. He venido sacrificándolo todo por ese sueño" (*CAC*, p. 23).

canismo. Este movimiento se insertó y pudo desarrollarse en la atmósfera ideológica relativamente estable que se inició después de una década de guerra civil.

Monteiro Lobato, por su parte, en su intento por impulsar la industria editorial, tenía algo de este carácter regenerador, materializado en el deseo de mejorar el nivel cultural de la población para transformar a Brasil en un país ilustrado. En las diversas formas que fue dando a “Jeca Tatu”, su personaje más conocido, Lobato dirigió su atención hacia el interior del país, hacia el brasileño olvidado o, a veces, idealizado de las zonas rurales, llegando incluso a involucrarse en campañas gubernamentales de saneamiento y vacunación. En su repudio a la copia o, como prefería, a la *macaqueação*,¹⁹ que consideraba arraigada entre los brasileños, el autor se esforzó en construir un movimiento de revalorización de lo “local”, de lo “brasileño”. Crítico de artes plásticas, Lobato también se dedicó al análisis de la arquitectura y, principalmente, la literatura (Landers, 1988; Chiarelli, 1995, p. 250).

En lo que se refiere al plano estético, Vasconcelos y Lobato mantuvieron, sin embargo, una diferencia importante. Es cierto que ninguno de los dos tuvo mucho interés por los movimientos de vanguardia europeos, tan importantes en el periodo analizado. No obstante, mientras el ministro mexicano concebía el movimiento muralista y contrataba a pintores recién llegados de Europa y conocedores de nuevas técnicas y teorías estéticas para decorar las paredes de los edificios públicos, Lobato aprovechaba el espacio a su disposición en los periódicos para criticar precisamente la política cultural del gobierno brasileño, que premiaba a los jóvenes artistas de talento con estancias de estudio en Europa. La discusión sobre las contribuciones de las corrientes artísticas y filosóficas europeas a la construcción de esa masa informe que constituiría la cultura nacional —tan buscada por los dos autores— sería constante. De ahí surgirían sus propios proyectos culturales, cuyo carácter elitista o popular acabaría siendo objeto de polémica.

El mexicano José Vasconcelos y el brasileño Monteiro Lobato dejaron registros personales de su obra y su vida. A partir de

¹⁹ Este término, la imitación simiesca, era uno de los preferidos del autor.

textos como el compendio de cartas de Lobato y las memorias de Vasconcelos es posible penetrar en la época estudiada por medio de un subjetivismo inusitado y revelador. Al analizar las memorias del mexicano, es inevitable admitir que Brasil no tuvo una figura tan multifacética como el primer secretario de Educación del México posrevolucionario. Actuación político-cultural, producción filosófica, creación literaria y oscilaciones ideológicas (que fueron desde un liberalismo de matiz romántico hasta al nazismo hitleriano, pasando por coqueteos con el socialismo que los proyectos culturales de Lunacharski ayudaban a implantar en la Rusia de los años veinte); nada de esto fue realizado por un mismo personaje en Brasil.

El proyecto vasconcelista iba más allá de lo que Lobato, en su pragmatismo bien intencionado aunque mesiánico, soñaba para Brasil. A final de cuentas, Vasconcelos fue uno de los pocos intelectuales hispanoamericanos que tuvieron la posibilidad y la responsabilidad de elaborar y aplicar un plan de educación y cultura de dimensión nacional (Fell, 1989, p. 661). Más aún, de utilizarlo como principal argumento en su campaña por la presidencia de la república. Tal hecho denota que Vasconcelos lo concibió como un proyecto político de largo alcance (aunque haya finalmente naufragado).

Sin embargo, como veremos, hay una aproximación inevitable entre Vasconcelos y Lobato, en relación con su verdadera "furia" por transformar, mejorar y crear proyectos nacionales. Y, también, por colocar sus respectivas trayectorias personales simultáneamente como resultantes y condicionantes del futuro de sus países.

Monteiro Lobato, en su visión de empresario nacionalista, soñaba con la constitución de un país dinámico, en el cual el trabajo fuera realmente valorizado. Y en este sentido tal vez se encuentre su mayor contribución a la cultura brasileña. Lobato veía las instituciones liberales y el régimen representativo como el camino para la construcción de una sociedad democrática. Al Estado le tocaría ante todo favorecer el desarrollo económico. Con la independencia material del pueblo, redimido de su atraso económico y cultural, se garantizaban las condiciones para su efectiva participación política (*cfr.* Campos, 1986, p. 114). Ahora

bien, podemos ilustrar tales concepciones con la propia actividad del autor, durante los años diez y veinte, en varias campañas sociales, incluso las sanitarias, promovidas por el gobierno del estado de São Paulo, y, después, en los años treinta, con las ya mencionadas campañas que él mismo dirigió por la autonomía de Brasil en fierro y petróleo. Para hacer posible la construcción de un Brasil nacional y moderno se requería el compromiso de amplios sectores de la población y no solamente la acción de sus elites. Lobato, al manejar con maestría los vehículos de la industria cultural, logró edificar un espacio simultáneamente emocional y colectivo para discutir los temas que juzgaba fundamentales para la construcción de este nuevo Brasil.

Es inevitable insistir en que tanto Lobato como Vasconcelos pensaron y crearon “en grande”. Y que su historia personal de hecho se mezcló con la historia nacional. Vasconcelos decidió cristalizar esta relación en su larga biografía, pero Lobato no dejó de hacer lo propio, al publicar *A Barca de Gleyre* y entregar su archivo personal a un potencial biógrafo.²⁰ La historia de ambos autores se verá asediada por fracasos (lo que constituye un notable punto en común), fracasos simultáneamente personales y nacionales, en la medida en que, a lo largo de su vida, fueron derrumbándose los proyectos que ambos soñaron para el Brasil y para el México en que les tocó vivir.

²⁰ Edgar Cavalheiro recibió el archivo personal de Lobato en 1946, poco antes de que éste se mudara a Argentina, donde vivió entre junio de 1946 y mayo de 1947. En 1955, Cavalheiro publicó la biografía del autor.

I. METRÓPOLIS EN FORMACIÓN: SÃO PAULO Y CIUDAD DE MÉXICO EN LOS AÑOS DIEZ Y VEINTE

En 1915, un cronista paulistano nostálgico hacía una especie de *tour* sentimental por las calles del centro de São Paulo. “¿Cómo era la calle de São Bento y cómo es ahora!”, se admiraba con tristeza Juliano Rey en “A Fisionomia das Ruas” (*A Cigarra*, núm. 26, 14 sept., 1915). Y continuaba el autor: “Hace veinte años, aún sin los numerosos contingentes de inmigrantes que hicieron que la ciudad creciera, esta vía pública era una arteria que tenía tanta animación como encanto. La propia naturaleza de su comercio era otra. Hoy ya no es así. En ella todo cambió”.

Como podemos ver, nuestro cronista evocaba una ciudad y un tiempo que ya no existían. La capital paulista, en la segunda década del siglo, no poseía casi nada del provincianismo anterior (incluso las fiestas religiosas tradicionales habían sido prohibidas). Ya era una gran ciudad, casi una metrópoli, cuya característica más evidente era la nutrida presencia extranjera, que circulaba por el paisaje de barrios elegantes y barrios fabriles, componiendo una multitud de trabajadores y vendedores ambulantes.

Entre la construcción y la demolición de edificios, la apertura de calles y avenidas y el flujo creciente de nuevos habitantes en busca de trabajo, São Paulo presenció la rápida mutación de su cotidiana y social. El cronista veía la transformación de la calle de São Bento con un irreprimible acento xenófobo: la llegada de los inmigrantes había generado su decadencia. Por esta razón, en 1915, las señoras y señoritas paulistanas de buena sociedad cambiaron el rumbo de sus paseos y se fueron a la calle Direita. “Lo que hay ahí, llenando el ambiente de perfumes, es la gracia, la belleza, la juventud, es la expresión de la vida victoriosa”, concluyó el efusivo —y aliviado— autor.

Durante los años diez, São Paulo crecía, pero lo hacía de una manera evidentemente segmentada, en términos espaciales y sociales. La “vida victoriosa”, que Juliano Rey mencionaba, no había dejado de existir, pero tuvo que mudar de domicilio. Seguía asociada a una clase social y una tradición aparentemente lejanas y, principalmente, refractarias a la presencia inmigrante. Ésta, sin embargo, además de conformar barrios completos, invadía paulatina e inexorablemente las calles elegantes del centro de la capital. Y, dígame de paso, también se imponía a los grupos de trabajadores nacionales que provenían del interior del estado y de otras regiones del país, quienes, al igual que los extranjeros, deambulaban por la ciudad en busca de casa y trabajo.¹

LA TRADICIÓN DE CELEBRAR: LA CIUDAD DE MÉXICO CONMEMORA (Y SOPORTA) LA REVOLUCIÓN

En 1915, tal vez algún cronista mexicano también suspiraba con nostalgia por los “viejos y buenos tiempos”. A final de cuentas, cinco años después de iniciada la Revolución y, sufriendo los problemas generados no solamente por ella sino por la primera guerra mundial, la ciudad de México vivía uno de sus periodos más inestables. En una atmósfera conflictiva y violenta, la población capitalina tuvo que aprender a convivir con la rutina de la guerra: emboscadas, encuentros armados en plena calle, secuestros y decomisos, manifestaciones militares, obreras y estudiantiles, escasez de víveres, carestía y una total inestabilidad

¹ Ángel Rama asoció una experiencia generalizada de desarraigo a este inevitable proceso de transformación urbana, dada la integración de las ciudades latino-americanas al sistema económico expansivo que se les fue imponiendo. Los viejos ciudadanos veían desvanecerse su pasado y se sentían impulsados hacia un futuro desconocido. Los nuevos habitantes vivían, dada su propia condición, la precariedad del nuevo ambiente. En este proceso galopante de transformaciones, la ciudad “empezó a vivir en función de un futuro impredecible y dejó de vivir en el pasado nostálgico e identificador. Era una situación difícil para los ciudadanos” (cfr. Rama, 1984, p. 97). El ritmo de las palas fue mucho mayor en São Paulo que en la ciudad de México, pero las transformaciones provenientes del aumento de la población y de las nuevas costumbres dieron a los habitantes de ambas ciudades una sensación similar de extrañamiento.

económico-financiera. Las huelgas no eran raras y, durante esos años, la ciudad de México, como São Paulo, fue escenario de varios movimientos obreros.²

No obstante, en 1915, el gobierno, secundado por gran parte de la prensa, pretendía establecer cierto espíritu conciliatorio o, por lo menos, de esperanza entre la población. En diciembre de ese año, *Revista de Revistas* informaba de la preparación de grandes fiestas para recibir al general Venustiano Carranza. La revista anunciaba en primera plana la llegada del “Primer Jefe del Ejército Constitucionalista” a la capital, y la definía como el inicio de una nueva era de orden y progreso para el país.³ *Revista de Revistas* veía en las festividades que se estaban preparando “la apoteosis, resumen de toda esa compleja y prolongada cadena de sucesos trascendentales que se ha llamado ‘La Revolución’”. Tal apoteosis, según ella, habría de congregarse a todos los mexicanos de buena fe, que repetirían en un enorme coro los lemas del “Evangelio Nuevo” en ciernes: “¡Al trabajo! ¡A la Reconstrucción!” (“La llegada del primer jefe”, *RR*, núm. 293, 12 dic., 1915, p. 1).

La revista se unía al regocijo público, al entusiasmo ciudadano, a la gran y respetuosa manifestación del pueblo dirigida a enaltecer a quienes entonces personificaban “los órganos representativos del país”. Y aquí conviene abrir un paréntesis. Con el inicio del movimiento revolucionario, el control de los cargos, de la política y de la misma capital del país pasó a manos de una tras otra de las varias facciones en lucha. En la ciudad de México, la población cumplía con el ritual de recibir a cada una de ellas

² La especulación y la carestía de los víveres (que la guerra europea ocasionó y que, en México, la Revolución agravó), además de la influencia de la ola revolucionaria en Europa, iniciada con la Revolución rusa, generaron una correspondiente ola de huelgas tanto en Brasil como en México. En São Paulo, entre 1917 y 1920, llegaron a cien. En México, los movimientos huelguistas se confundieron con los combates revolucionarios.

³ Después del asesinato del presidente Francisco I. Madero, en 1913, por cuenta del general Victoriano Huerta, un alud de combates sacudió el país. Carranza no apoyó el golpe e inició el movimiento militar en contra de Huerta. Defendía el regreso del país a la normalidad constitucional y se impuso él mismo como el conductor de ese proceso. A finales de 1915, en medio de los combates entre las diversas facciones revolucionarias, Carranza logró ocupar la capital y asumir el control de la mayor parte del país.

en el momento debido, obedeciendo a la inveterada tradición de celebrar a los triunfadores.

Ahora bien, en cuanto a esta “tradición”, basta abrir un segundo paréntesis y recordar que provenía de los tiempos coloniales y que pronto se adaptó al México independiente. La ciudad de México, como eterna capital (primero prehispánica, después colonial, por algunos pocos años imperial y, finalmente, republicana), fue siempre el punto de confluencia de los movimientos políticos y militares más importantes. Los capitalinos nunca escatimaron recursos para prodigar cálidas recepciones a los héroes del momento.

Así ocurrió con Porfirio Díaz, el 21 de junio de 1867, cuando, ya recuperado el país por los liberales republicanos del dominio del ejército imperial de Maximiliano, el general entró triunfante en la ciudad al frente de 25 000 soldados “mal trajeados y peor comidos”. Después de 25 días, se festejó a Benito Juárez, quien venía de Estados Unidos y había decidido parar primero en la ciudad de Querétaro, “para echar un vistazo al cadáver del emperador” (González, 1981, pp. 899-900).

Curiosamente, tres años antes, el 12 de junio de 1864, la recepción jubilosa de los capitalinos se había dispuesto para Maximiliano I (el emperador que las fuerzas de Juárez fusilaron). La ciudad de México se veía linda: el pueblo se volcó en las calles adornadas con arcos triunfales, para iniciar una fiesta de tres días y tres noches, que celebraba la transformación de México en un Imperio —el cual sólo duraría tres años (Díaz, 1981, p. 874).

En 1911, la población recibió efusivamente a Madero y después, en 1913, parte de ella ovacionó a Victoriano Huerta, responsable de su asesinato (Tablada, 1993, pp. 330-331; Alfaro Siqueiros, 1977, pp. 43-44). A partir de 1914, tras la expulsión de Huerta, entraron triunfalmente en la ciudad los generales de la Revolución: Carranza, Obregón, nuevamente Carranza, otra vez Obregón, entre muchos otros caudillos de menos poder o fama. A muchas de esas entradas triunfales las siguieron fugas, patéticas o clandestinas. Así ocurrió con Porfirio Díaz, con Huerta y con Carranza. Pancho Villa y Emiliano Zapata entraron también entre aclamaciones, aunque el ánimo de la mayoría de los capitalinos no era precisamente festivo a la llegada de los ejércitos villistas y zapatistas.

En 1915, tal vez aún palpitaban en la memoria de muchos los recuerdos luminosos de los festejos del Centenario de la Independencia. En 1910, los capitalinos y los invitados extranjeros disfrutaron el último suspiro del porfiriato que, derribado después de 34 años por la Revolución, abriría tempestuosamente las puertas del país al siglo XX. La atmósfera afrancesada de la capital, en cuyo seno ocupaban un lugar prominente los altos funcionarios gubernamentales y sus costumbres cosmopolitas, se esfumó casi por completo. Las calles coloniales del centro, sofocadas por la arquitectura *belle-époque* que los porfiristas habían estimulado, intentando borrar el pasado colonial con el estilo neoclásico importado de Europa, se llenaban de personajes que, a todas luces, no encajaban en el ambiente circundante.

Al igual que en São Paulo, también en la ciudad de México la presencia del “otro” debía incomodar a muchos y parecía “ensuciar” el paisaje urbano.⁴ Sin embargo, en la capital mexicana, estos elementos extraños, estos “otros” no conformaban, como en la capital paulista, una mayoría de inmigrantes extranjeros, mezclados con antiguos trabajadores rurales del interior del estado y de otras regiones del país. En la ciudad de México, prácticamente todos venían del interior de la República convulsionada. Muchos llegaban para quedarse, en un flujo continuo, estimulado por la notoria fuerza de atracción que la gran ciudad ejercía sobre una población sin opciones de trabajo en sus lugares de origen. De hecho, aunque estuviera bajo el fuego de la Revolución, la capital del país no había dejado de crecer.⁵ Sin embargo, en el

⁴ Basta recordar que, antes de la Revolución, los indígenas recién llegados a la ciudad de México eran obligados a alquilar pantalones largos, porque sus ropas de algodón blanco no armonizaban con la atmósfera “parisiense” de la capital del país (cfr. Gomezjara, 1984, p. 123).

⁵ Dentro de los límites de la ciudad de México (sin contar los antiguos municipios del Distrito Federal, hoy en día transformados prácticamente todos en barrios), la población pasó de 471016 habitantes en 1910, a 615 367, en 1921, un crecimiento aproximado de 30%. En 1918, la superficie urbana creció 123.91% respecto a 1910, en plena Revolución: de 962 hectáreas pasó a 2154 (cfr. Espinoza López, 1991, pp. 108, 124). La capital del país no perdió este ritmo de crecimiento, y en 1930 sumó un millón de habitantes (Romero, 1976, p. 251). Pero, en medio del proceso de un crecimiento poblacional significativo en toda América Latina, el ejemplo más impresionante fue el de São Paulo. De 70 000 habitantes en 1890, la ciudad llegó a casi un millón en 1930 (Romero, 1976, p. 255).

vaivén de los combates entre las facciones revolucionarias, otros sencillamente seguían los pasos de sus generales.

A pesar del temor que siempre despertaban, las incursiones en la ciudad de estos campesinos que la Revolución había transformado en soldados no siempre fueron violentas. En algunos de los relatos que dejaron quienes atestiguaron la presencia de los campesinos surianos en la capital —durante la ocupación de la ciudad por los convencionalistas entre diciembre de 1914 y enero de 1915— percibimos una mezcla de asombro y alivio. En lugar de bárbaros, se toparon con hombres humildes que aparentaban cierta incomodidad por tener que cargar sus armas. Sin saber bien a bien qué hacer, en lugar de saquear y robar, tocaban tímidamente las puertas en busca de comida (Womack, 1970, p. 217; Krauze, 1987, p. 78).

De todos modos, el sentimiento de recelo y temor frente a esta gente desubicada en el panorama urbano parece haber sido lo más común, como indica una pequeña nota periodística de octubre de 1915 sobre la rendición de mil zapatistas al ejército Constitucionalista. Los zapatistas habían llegado a la capital especialmente para entregar sus armas a los representantes de Carranza. Venían, pues, en son de paz. Sin embargo, durante todo ese día, el gobernador del Distrito Federal, “para prevenir que acaecieran escándalos, ordenó la clausura de las cantinas” (“Rendición de zapatistas”, *RR*, núm. 288, 31 oct., 1915, p. 4). Como se advierte, no siempre la ciudad estaba dispuesta a recibir a los revolucionarios con fiestas, sobre todo si se trataba de campesinos pobres y desertores.

En realidad, lo que se vivía en la capital del país era un sentimiento difuso y permanente de miedo a los cambios estructurales que el cuadro revolucionario volvía posibles en ese entonces.⁶ El

⁶ Para hacerse una idea del cuadro sociopolítico del país, basta decir que, cuando la Revolución se inició en el estado de Morelos (donde nació el general Zapata), más de la mitad de su territorio estaba en poder de haciendas porfirianas, en tanto que las pequeñas propiedades disponían de menos de una quinta parte de la superficie. La cuarta parte restante, ocupada por terrenos comunales, sólo podía ser explotada por concesión federal, que siempre se otorgó a compañías fabricantes de papel. Las haciendas abarcaban casi todos los terrenos aptos para el cultivo y todas las áreas irrigadas. Por otro lado, 90 por ciento de las tierras de las haciendas no era cultivado por los propietarios que, sin embargo, ejercían su dominio sobre la pobla-

campo, al rebelarse contra la ciudad, podría de hecho alterar la correlación de fuerzas en el horizonte político, comprometiendo el dominio de la esfera urbana sobre la efervescente esfera rural. La noticia de la multitudinaria recepción a Carranza, ya comentada, sugiere la esperanza con que al menos una parte de la población, básicamente urbana, veía el regreso a la normalidad que el Primer Jefe representaba. Carranza, como caudillo confiable, tenía que poner riendas a la Revolución, dirigirla por el "buen camino". Era su deber darle legalidad y reconducir el país por la vía "del orden y del progreso" (aunque el positivismo del porfiriato ya no era hegemónico). Ahora bien, los lemas difundidos por la *Revista de Revistas*, "¡Al trabajo!", "¡A la reconstrucción!", confirman la existencia de tales expectativas. Esto en un momento en el que, con el mundo y, principalmente, con el país en guerra, la estabilidad política representaba un punto de apoyo fundamental para las elites, para las clases medias emergentes e incluso para una parte significativa de la población en general, aquella que no veía en la Revolución más que un cúmulo de discordias, violencia, miedo y saqueos.

EL ESPECTÁCULO DE LO DIVERSO: LA CIUDAD DE SÃO PAULO RECIBE (Y SOPORTA) AIRES COSMOPOLITAS

En los años diez, mientras México se hundía en una marea de graves antagonismos internos, exacerbada por los conflictos que sostenía con su vecino del norte, Brasil vivía una situación política relativamente estable, comparada con la mexicana. Es cierto que en Brasil los conflictos regionales eran numerosos y se relacionaban en gran parte con disputas entre las diferentes facciones oligárquicas (Carone, 1971). En el panorama nacional, existían sin duda disidencias regionales ante el predominio económico y político de los paulistas. Sin embargo, configuraban una amenaza

ción mediante el control de la tierra (Warman, 1988, p. 58; los porcentajes son del autor). Ahora bien, de haber fructificado la lucha de los campesinos por revertir esta situación, difundíendose luego por todo el país, podría iniciar una verdadera avalancha de cambios estructurales que habría afectado a toda la sociedad mexicana.

que se manifestaba paulatinamente, en explosiones que culminarían en el movimiento de la llamada Revolución de 1930.

En 1910, la oligarquía paulista sufría su primer revés, exactamente el mismo año en que Francisco I. Madero, quien había sido derrotado en las urnas por Porfirio Díaz de manera fraudulenta, se levantaba en armas contra el dictador, iniciando la Revolución Mexicana. El fracaso de la campaña civilista que los paulistas encabezaron en favor de la candidatura del renombrado político e intelectual Rui Barbosa, y que resultó en la victoria del mariscal Hermes da Fonseca, significó una ruptura preocupante en la sucesión de presidentes civiles —paulistas o pro paulistas— que venía dándose desde 1894.⁷ Tal hecho reagrupó a paulistas y mineiros, quienes trataron de organizarse, alternándose en la presidencia de la República, con el objetivo de opacar el protagonismo del disidente estado de Río Grande do Sul, cuyas elites se sentían marginadas por el gobierno federal.⁸

En esos años, la ciudad de São Paulo, que desde el inicio del siglo se proyectaba como un centro económico, industrial y financiero en vigorosa expansión, empezó a ganar la competencia velada que mantenía con Río de Janeiro, superándola, a partir de 1910, en términos de actividad industrial (Faoro, 1987, p. 508). En oposición al fuerte centralismo mexicano, el federalismo del Estado republicano brasileño (definido en la Constitución de 1891) permitía que el estado de São Paulo y su capital se desarrollaran económica y políticamente con autonomía frente al poder central (Campelo de Souza, 1977, pp. 162-163). Gracias al federalismo y, también, al café, São Paulo vivió auténticos “años de gloria” que se prolongaron prácticamente hasta la crisis de 1929 y sus terribles repercusiones sobre la economía brasileña.

⁷ Años después Lobato recordó la época de estos presidentes, que ya habían sido políticos importantes en el Imperio, y de la incontestable hegemonía de la oligarquía cafetalera. Según el escritor, el “tumor militar”, que la muerte del ex presidente Afonso Pena despertó, en 1909, arrancó “el gobierno de las manos de esos experimentados y prudentes varones para entregarlo al desorden” (*MSB*, p. 28).

⁸ Con la victoria del mariscal Hermes da Fonseca, cuya candidatura habían lanzado, la posición de los gaúchos (los naturales del estado de Río Grande do Sul) en el panorama nacional adquirió una importancia significativa, lo que configuraría un elemento preocupante para paulistas y mineiros.

No cabe duda de que, en términos económicos, el estado de São Paulo y su capital empezaron a crecer en gran medida debido a la producción de café que se desarrolló principalmente en las nuevas haciendas del oeste del estado de São Paulo (el Oeste Paulista), organizada según moldes empresariales de tipo racional: planeación de costos, mano de obra asalariada y desechable en los momentos de crisis, mantenimiento del crédito en el límite de la solvencia, además de fuerte especulación financiera y control artificial de los precios del producto (Faoro, 1987, 506; Sevcenko, 1992, p. 86).⁹ Asimismo, es importante recordar que, al contrario de la mayoría de las ciudades latinoamericanas más importantes, São Paulo no se desarrolló en un principio como centro burocrático, comercial y cultural. La expansión urbana ocurrió paralelamente a la expansión industrial, ambas relacionadas con el café, y eso sucedió ya a partir de 1890 (Morse, 1970, p. 295).¹⁰ Proveedora del producto más importante del país, la oligarquía paulista adquirió una influencia cada vez mayor sobre el aparato del Estado, con el fin primordial de proteger al café.

Ahora bien, en ese contexto, pensemos en lo que podría preocupar a los orgullosos cafetaleros paulistas —que prácti-

⁹ Es interesante observar que la antigua zona de producción del valle del Paraíba no fue capaz de adecuarse al liberalismo económico de las haciendas del oeste paulista. Además de que sus tierras se encontraban agotadas por el cultivo prolongado, luego de que se eliminó la esclavitud, sin esclavos y sin dinero, el área, atada crediticiamente al gobierno, se hundió inexorablemente en el estancamiento (*cf.* Faoro, 1987, especialmente pp. 455-458; 506-508).

¹⁰ El complejo cafetalero paulista se desarrolló con excesiva rapidez. La expansión del área de cultivo y el consecuente crecimiento del volumen de producción generaron lo que los economistas llamarían un "círculo virtuoso". Por un lado, la acumulación de trabajo demandaba una cantidad de mano de obra mayor que la disponible en la región. Por tanto, el gobierno estatal decidió apoyar la inmigración europea, ampliando la iniciativa de hacendados particulares, como la de la familia Prado, en 1894. Por otra parte, la expansión del complejo no fue tan rápida como para absorber todas las inversiones que las ganancias derivadas de la exportación del café podrían representar (sin contar la inestabilidad del mercado externo que había que enfrentar). De esta manera, para muchos productores de café la alternativa de invertir los recursos excedentes en otras ramas de la industria significó una doble ganancia: se ampliaban las áreas bajo el dominio de su capital y se alimentaba —lucrativamente— un mercado consumidor en franca expansión (*cf.* Singer, 1968, pp. 19-80; Cano, 1983).

camente “reinaban” sobre la economía nacional e intervenían incisivamente en su política siempre que era necesario. Entre las amenazas a los intereses oligárquicos paulistas estaba, de hecho, la permanente y peligrosa presión que ejercían los demás estados, insatisfechos con su hegemonía. La relativa autonomía económica de São Paulo en relación con el conjunto del país no significaba que el estado no dependiera de la federación. La política de las valorizaciones del café, impuesta por los productores paulistas con el apoyo de los mineiros, retiraba a los demás estados los recursos necesarios para evitar que el abismo entre ellos (principalmente los estados de la región Nordeste) y São Paulo se profundizara cada vez más. El avance de los paulistas sobre el presupuesto nacional y lo que se consideraba como una socialización de las deudas que ellos mismos habían contraído no atraían, evidentemente, ninguna simpatía hacia el estado. Y la imagen de la locomotora arrastrando veinte vagones vacíos, que se difundía en el periodo, no servía para mejorar la relación de São Paulo con el resto de Brasil.¹¹

Si en el contexto interno brasileño tenemos esta situación de conflicto latente, ¿qué podría esperarse de la relación con el exterior? En lo referente al plano de la política internacional, el tradicional aislamiento olímpico del gobierno (y de gran parte de los intelectuales brasileños) en relación con sus vecinos latinoamericanos alejaba al país de contactos económicos o políticos importantes. Sin embargo, no puede decirse lo mismo en lo que se refiere a Europa y en cierto sentido también a Estados Unidos, a cuyos

¹¹ En este sentido, es interesante observar que la posición de São Paulo respecto al país llegó incluso a despertar sentimientos francamente separatistas entre la gente del estado. Monteiro Lobato publicó un artículo enfático en el que defendía la separación, postura que más tarde reconsideró. Véase, para la primera postura, “Direito de secessão” (AV, pp. 96-100) y, para la segunda, “São Paulo e o Brasil” (CAC, pp. 76-78) e “Insultos ao Brasil” (PE, pp. 128-129). En el primer artículo, Lobato habla de un país y un estado hipotéticos, y no de Brasil o de São Paulo. Sin embargo, es tajante en sus afirmaciones: “Supongamos, finalmente, que este país se deja contaminar por el aparato administrativo central de vicios orgánicos irremediables [...] que permanezcan eternamente en su dirección malos conductores; y que su vida política no pase de mera agitación parasitaria: la provincia viva, ese núcleo de la población más capaz, más civilizado, más enérgico, tiene, no simplemente el derecho, ¡sino el deber imperioso de la secesión! Porque el dilema se cristaliza en una fórmula simple de extrema rigidez: *separarse o pudrirse*” (AV, p. 100, subrayados del autor).

gobiernos y bancos el gobierno brasileño necesitaba agradar, ofreciéndoles una imagen de estabilidad y ponderación. De esta manera, puede afirmarse que mientras Río de Janeiro, como capital, cumplía con las funciones y protocolos políticos y servía como una bella tarjeta postal del país (sobre todo después de la remodelación urbana que el presidente municipal Pereira Passos realizó a principios del siglo), a São Paulo le correspondía precisamente la imagen de núcleo del desarrollo y el progreso, garantía de mercados y, principalmente, de préstamos. Si los conflictos y las guerras civiles no eran convenientes para los planes del país, mucho menos lo eran para la economía paulista.

¿Expulsar o cooptar?

Los proveedores de café, ese producto de sobremesa que sustentaba toda la economía brasileña, se enfrentaban, también en São Paulo, con una serie de problemas. El panorama socioeconómico del estado y de su capital se transformaba de forma muy rápida para los moldes de una economía que aún se concebía como mayoritariamente agrícola, aunque las ganancias del propio café empezaron a invertirse paulatinamente en la expansión industrial. En ese contexto, una amenaza quizás más visible a su estabilidad parecía bifurcarse en dos conjuntos de personajes con el mismo origen inmigrante.

Las poderosas familias paulistas no podían dejar de temer a los inmigrantes emprendedores, capaces de romper su hegemonía económica, produciendo macarrón, galletas, ropas y telas. Sin embargo, estos “bandeirantes italianos y conquistadores sirios” —según la famosa expresión de Paulo Prado— tal vez no eran tan peligrosos. Era posible no sólo cooptarlos sino unirse a ellos (Dean, 1991, pp. 75-88).¹²

¹² Alcântara Machado reproduce en uno de sus cuentos, “A sociedade”, la fusión prácticamente obligada entre el *status* de los paulistas y el dinero de los italianos (1978, pp. 25-28). Sobre la contraposición entre brasileños e inmigrantes, en el ámbito de las élites, véase la comparación entre el “hacendado-empresario” Antonio Prado y el “inmigrante-empresario” Francisco Matarazzo, elaborada por Levi (1977, pp. 268-272). Es interesante observar, con Pereira de Queiroz (1992, pp. 82-83), que muchos de los hijos y nietos de los primeros inmigrantes, principalmente de los ita-

Un riesgo mucho mayor representaban los miles de trabajadores europeos —anarquistas, anarcosindicalistas y socialistas— que habían llegado en masa a partir de 1880, en su mayoría para trabajar en el campo. Al finalizar sus contratos con los hacendados —quienes aseguraban su viaje al país, pero no les proporcionaban tierras—, los inmigrantes eran libres de ir a donde se les antojara (Morse, 1970, pp. 239-240). De esta manera, los inmigrantes llegaban a los núcleos urbanos, principalmente a la capital, en busca de mejores condiciones de vida y trabajo (Penteado, 1962). Otros ni siquiera partían hacia el campo: optaban por la vida urbana desde un principio, tan pronto llegaban a la capital paulista (Morse, 1970, p. 239).

Según las elites y sus revistas, eran ellos quienes dañaban el paisaje urbano con su presencia y sus idiomas entreverados en un mal portugués. Pero, sobre todo, eran ellos quienes ocupaban las fábricas y las colonias fabriles, diseminando entre la todavía incipiente clase obrera nacional ideas “perniciosas” en cuanto al Estado, la patria y la propiedad. Según los miembros de las oligarquías del café, era indispensable combatir esta posible amenaza. Por ello, en los años diez se resolvió la expulsión de muchos inmigrantes. El Congreso Nacional ya había aprobado una ley de expulsión de extranjeros en 1907, a la cual agregó otra que establecía la represión del movimiento obrero, en 1913. Esto demuestra la preeminencia de los intereses de las elites económicas en la definición de las políticas del Estado.

La repulsa a la presencia de los inmigrantes “sin patria ni patrón” y la política de expulsión que esa repulsa inspiró, se reforzaron durante los años de la primera guerra mundial, que despertaron entre las elites intelectuales, políticas y económicas un exaltado patriotismo.¹³ Aliado a este patriotismo, el belicismo típico del periodo que puso en marcha el conflicto mundial inten-

lianos, quienes llegaron a Brasil a partir de 1860, ya habían subido algunos escalones sociales, estableciéndose “en las capas económicas elevadas, en la intelectualidad, o incluso ocupando cargos políticos y de la administración pública”. En los años veinte “Rey del Café” se llamaba Geremia Lunardelli.

¹³ El poeta Olavo Bilac, entre otros, logró hacer confluir tal sentimiento en las campañas cívicas que encabezó por todo Brasil en favor del servicio militar obligatorio.

sificó los llamados contundentes a la unión cívica y a la entrada de Brasil en la guerra, al lado de los aliados.¹⁴

Fue precisamente esta mezcla efervescente de nacionalismo conservador (acompañado de un significativo cosmopolitismo cultural), por parte de las elites, e ideologías libertarias, por parte de los trabajadores inmigrantes, lo que particularizó a São Paulo en relación con el conjunto del país.¹⁵ En realidad, São Paulo se destacaba sobre todo a causa de la velocidad e intensidad de las transformaciones urbanas y económicas que experimentaba, en gran parte resultantes de ese binomio contradictorio y que, en el caso paulistano, sería curiosamente complementario: “cosmopolitismo *más* nacionalismo”. A final de cuentas, en el contexto de un centro en expansión como São Paulo, los inmigrantes eran simultáneamente consecuencia y condición de los cambios en el paisaje urbano, de la expansión de la ciudad, de la efervescencia cultural y la turbulencia política que se vivían en esos años.¹⁶ La influencia que estos inmigrantes ejercían en la ciudad era inevitable e indeleble, de la misma manera que lo eran la última moda de París, su literatura, el cine y los préstamos que los hacendados de café y los gobernantes contrataban con bancos europeos, principalmente ingleses, como la famosa Casa Rothschild (Fausto, 1977, p. 230). Y en ese mismo horizonte,

¹⁴ Monteiro Lobato estaba una vez más entre los espíritus disidentes. En una serie de artículos que publicó en el periódico *O Estado de S. Paulo* sobre la necesidad de implantar campañas de saneamiento, el autor criticó no solamente el patriotismo hipócrita de quienes no querían ver los problemas del país, sino la enajenación de la élite: mientras “legiones de niños mueren como animales, de hambre o por enfermedades”, las “damas de la ciudad five-o-clockizan en francés en los Trianons y en las Cavés, enseñándose unas a otras fotografías de los *poilus* de que son madrinas” (“Dez milhões de impaludados”, *PV*, p. 136).

¹⁵ Aunque no se puede olvidar que otros centros vivían también situaciones de crecimiento económico, expansión demográfica, presencia inmigrante y conflictos sociales, como Río de Janeiro, por ejemplo, donde la mayoría de los inmigrantes eran portugueses.

¹⁶ Y todo eso sin mencionar la riqueza económica del estado de São Paulo como un todo, de la cual eran en gran parte responsables. En el plano específicamente industrial, basta recordar que en los años veinte se inauguraron varias industrias de maquinaria y equipo, casi en su totalidad en manos de inmigrantes italianos de primera o segunda generación. Dedini, Romi, Lorenzetti y Nardini fueron algunos de ellos (Versiani, 1988, pp. 208-209).

como veremos más adelante, se inscribía también el elogio a las tradiciones de la tierra y el espíritu “bandeirante”, junto a la complacencia por parte de las elites para con los hombres del campo, remanentes de aquel espíritu.

Los “Jecas” en el espacio urbano

No puede omitirse entre los cambios, el crecimiento, el fenómeno de las multitudes comunicándose en varias lenguas, la organización obrera, el nacionalismo idealizado de las elites, un último elemento clave en la construcción del universo paulistano: la presencia de hombres del campo —los *caipiras*— deambulando sin ton ni son por las calles de la ciudad. Si bien parecían personificar una miseria y un anacronismo ajenos al espíritu moderno e impersonal de la capital paulista, en realidad, los *caipiras* no eran anacrónicos respecto a la realidad económica del estado de São Paulo. Al lado de los inmigrantes, ilustraban sus contradicciones y no dejaban de constituir, también ellos, una amenaza para la ruta del progreso que las elites paulistas pretendían consolidar.

Ahora bien, la heterogeneidad cultural y también económica que distinguía la ciudad en las primeras décadas del siglo podría muy bien materializarse en la figura del *caipira*, caracterizada en el personaje Jeca Tatu de Lobato (o en los tipos presentados en las crónicas de Cornélio Pires que, aunque caricaturescos, perfilaban el abismo económico y las diferencias culturales existentes entre el campo y la ciudad). En su mayoría mestizos o negros, muchos de ellos provenientes del interior del estado de São Paulo (pero también de otras regiones del país), estos trabajadores eran atraídos a las calles de los centros urbanos, principalmente de la capital, porque ya no tenían cabida en el campo.¹⁷

¹⁷ Sobre todo después de la abolición de la esclavitud, que se dio en primer término como un proceso de exclusión y desplazamiento obligatorio, los negros sufrieron un penoso proceso de marginación social. En las ciudades ocuparon las colonias más apartadas y desprovistas de infraestructura urbana, padeciendo, además de la falta de alternativas profesionales, la discriminación racial, la negligencia de las autoridades y la represión policiaca (Fernandes, 1965).

Expulsados de las tierras que ocupaban por la “ola verde” de los cafetales (Lobato, “A onda verde”, OV, pp. 3-8), rechazados como colonos o arrendadores en una agricultura modernizada como la del café, en la que el inmigrante europeo era el trabajador preferido por su mejor preparación (para no hablar de la cuestión del “mejoramiento étnico” que representaba), los *caipiras* se veían perdidos en un ambiente del cual tampoco formaban parte. Expulsados del campo, en la ciudad tenían que competir por empleos que los inmigrantes también les ganaban por la mayor habilidad y conocimiento que habían traído de Europa.

En ese contexto, podría pensarse que el espíritu nacionalista aparecía también como un sentimiento difuso de rechazo, una xenofobia que atravesaba todos los estratos sociales. La población, amenazada por lo que percibía como competencia desleal, ya que los “italianos”, aunque explotados, recibían del gobierno brasileño y de los hacendados privilegios que se negaban a los trabajadores nacionales, también se rebelaba contra los extranjeros.

Sin embargo, es importante destacar que, particularmente en la ciudad, durante el avance de su proceso de modernización e industrialización, el gran conflicto que la sacudía se fue definiendo mucho más en términos de lucha de clases que de nacionalidades (Fausto, 1977a, pp. 6-8). A pesar de las diferencias de idioma, de costumbres e incluso de oportunidades de trabajo, la población pobre llegó a aliarse, a solidarizarse y compartir los mismos espacios urbanos en la caótica —pero bien fraccionada— geografía de barrios pobres y ricos que componía el tablero de la ciudad. Como ilustración, basta dar un salto de algunos años y llegar a la Revolución de 1924, cuando la tropas insurgentes del ejército y la Fuerza Pública ocuparon la ciudad de São Paulo (Carone, 1971, pp. 373-380; Sevcenko, 1992, pp. 303-304; Morse, 1970, pp. 317-322). Las fuerzas federales legalistas, en el bombardeo implacable e indiscriminado al que sometieron a la capital, tuvieron como objetivo destruir los barrios obreros, en una acción que, de acuerdo con sus razones, podríamos definir como “saneadora”. Es cierto que los barrios obreros —Brás, Barra Funda, Belenzinho, etcétera— congregaban mano de obra inmigrante, pero, más que eso, congregaban obreros —una fuerza revolu-

cionaria latente que, en épocas de crisis política, parecía más conveniente arrancar de raíz.¹⁸

En las primeras décadas del siglo, particularmente en los años diez y veinte, la ciudad de São Paulo, en medio de tantos elementos contradictorios, se fue constituyendo como un verdadero campo de experimentación que la elite dirigente tenía que controlar, sin contar con ejemplos inspiradores. A final de cuentas, São Paulo no podía ser París, para desilusión de algunos. Tampoco era Barcelona, Turín u otro centro anarquista u obrero de peso, para tristeza de muchos. De todas maneras, urgía mantenerla conectada con el movimiento internacional, evitando un aislamiento que la haría retroceder.

Los anarquistas, por ejemplo, hasta el reflujo de su movimiento en los años veinte, intentaron llevar el cosmopolitismo a la ciudad y familiarizar a sus obreros con una perspectiva universalista, más allá de los nacionalismos, y que planteaba el fin de las desigualdades sociales.

En la defensa del cosmopolitismo, las elites agrario-urbanas marcharon en dirección inversa, con el objetivo de trasladarse a sí mismas, a la ciudad y el estado de São Paulo (y consecuentemente al país) hasta el escenario internacional. Modernizar, urbanizar, industrializar y progresar podrían ser verbos paradigmáticos del reajuste socioeconómico que las elites paulistas defendían con el fin de ocupar una posición más relevante en el circuito capitalista internacional. En ese proyecto no existía ninguna preocupación socializadora. Al contrario, la concentración de la riqueza y del poder de decisión era un elemento incuestionable en el proyecto de modernización conservadora que acabó predominando.

En este periodo, la ciudad de São Paulo no sería el modelo de armonía y cooperación social que las elites soñaban, São Paulo tampoco materializaría la utopía anarquista. Centro urbano

¹⁸ Del bombardeo que duró casi un mes, Lobato calculó más de 2 000 víctimas civiles. Según el escritor, los cañones legalistas disparaban sin un blanco, con "parque que se adquirió con el dinero de São Paulo". Si había 3 000 rebeldes diseminados entre 800 000 civiles, "sería menester masacrar a 279 civiles para dar cuenta de 1 revoltoso". Para Lobato, crítico implacable de Artur Bernardes, lo que incomodaba al presidente era el progreso paulista, pues Bernardes consideraba que "la prosperidad de São Paulo es un mal para Brasil. Ya que Brasil no puede acompañar a São Paulo, es fundamental rebajar a São Paulo hasta el nivel de Brasil"(AV, pp. 108-110).

inmerso en un proceso improvisado y atropellado de construcción y expansión, la ciudad, que a partir de los años treinta se consolidó como la más grande del país, a través de sus conflictos y contradicciones orientaba a los habitantes en la organización de su convivencia.

AVANCES Y RETROCESOS. LOS TRABAJADORES Y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

Es hora de regresar a la ciudad de México, que dejamos páginas atrás, en 1915, en medio de las expectativas suscitadas por la llegada del general Venustiano Carranza. Aunque en el ambiente se sentía una nueva ola de orden y progreso, los años diez siguieron padeciendo la inestabilidad iniciada por la rebelión maderista. Carranza se mantuvo al frente del gobierno, en una situación de preconstitucionalidad (según la expresión creada por Luís Cabrera, intelectual carrancista) hasta 1917, cuando fue electo de manera indirecta para el puesto que, desde la muerte de Madero, seguía legalmente “vacío”.¹⁹

En la capital del país, adonde el “Primer Jefe” regresó después de los conflictos de poder ocasionados por las resoluciones de la Convención de Aguascalientes, a finales de 1914, la vida cotidiana transcurría en la normalidad posible. El gobierno central había adoptado una política de emisiones monetarias que, en lugar de aportar soluciones a la economía nacional, ocasionaba más problemas, incluso porque, principalmente durante los años de 1914 y 1915, cada facción que ocupaba la capital del país hacía circular su propia moneda y prohibía la de los enemigos (Ulloa, 1981, pp. 1141-1142). El país, en medio de la quiebra y los disturbios, no interesaba a los inversionistas extranjeros y

¹⁹ El golpe de Victoriano Huerta contra el entonces presidente Francisco I. Madero, en febrero de 1913, no legitimó su presidencia. El episodio, conocido como la “Decena Trágica”, ya que las tropas rebeldes ocuparon la capital entre el 9 y el 19 de febrero, ocasionando graves daños materiales y muchas muertes, además del asesinato de Madero y el vicepresidente Pino Suárez, le ganó a Huerta el infeliz título de “usurpador”, sobrenombre con el cual se le conoce hasta hoy.

tampoco favorecía los tan necesarios préstamos. Mientras los artículos de primera necesidad desaparecían o alcanzaban precios exorbitantes, obligando al gobierno a ayudar a una población hambrienta y miserable esparcida por todo el país, en la capital los habitantes se movilizaban para protestar contra la carestía y exigir mejores salarios.

No se puede perder de vista que, durante todo el tiempo en que permaneció al frente del gobierno, Carranza tuvo que luchar contra una situación políticamente inestable y financieramente caótica. En cuanto a la economía nacional, aunque el comercio exterior presentaba saldos favorables, principalmente por la exportación de petróleo a la Europa en guerra, el panorama era francamente negativo (Ulloa, 1981, p. 1143). De la sucesión de combates, además del abandono de los plantíos en muchas partes del país, se desprendía el automático endeudamiento del Estado, ya comprometido con préstamos de los gobiernos anteriores, con la compra de armas para su ejército (el contrabando era frecuente y practicado por todas las facciones en lucha). Todos estos factores contribuyeron a aumentar la inflación y el caos económico. Además, desde el golpe de Huerta hasta el ascenso de Carranza, éste tuvo que resistir la arrogante injerencia del gobierno norteamericano en la política interna del país, y enfrentar la fuerte oposición y los ataques militares de villistas y zapatistas.

En la lista interminable de los asesinatos que caracterizaron este violento periodo, el de Zapata, en 1919, que el mismo Carranza había ordenado, evidenció la realidad de un país fracturado por conflictos profundos y expectativas inconciliables. En efecto, los generales Carranza, Obregón, Calles y la mayoría de los militares y políticos provenientes del norte más industrializado y ligados a la esfera nacional, no pretendían construir el mismo México que deseaban los caudillos populares. En ese sentido, debe advertirse que un proyecto como el de Zapata sólo pretendía resolver el problema de la tierra en su región y no tenía un alcance nacional, al contrario de las perspectivas de Madero, Carranza, los convencionalistas de Aguascalientes, Adolfo de la Huerta y Obregón.

Aunque en la lucha por la hegemonía las facciones burguesas y militares acabaron por imponerse, permanecieron en suspenso

las expectativas de muchas de las facciones populares que se identificaban con líderes como Zapata y Francisco Villa. Este último, en palabras del escritor ateneísta Martín Luis Guzmán, era “el gran debelador del sistema de la injusticia entronizada, régimen incompatible con él y sus hermanos en el dolor y en la miseria” (Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*, *apud* Aub, 1969, p. 42).

En ese panorama, ¿qué puede decirse específicamente en relación con los sectores proletarios de la población? En lo que se refiere a las centrales sindicales de la capital, Carranza parece haber establecido con ellas una relación de avances y retrocesos, con etapas de acercamiento seguidas de drásticos movimientos represivos.²⁰ En realidad, aunque intentaba vincular a los líderes obreros con el aparato del Estado, Carranza no acogió incondicionalmente a este grupo. En muchas ocasiones el gobierno no interfería en los movimientos huelguistas, por la multiplicidad de problemas que tenía que resolver. Sin embargo, cuando rebasaban los límites de lo “tolerable”, se encargaba de reprimirlos.

El 31 de julio de 1916, cuando Carranza todavía gobernaba el país como “Primer Jefe”, trabajadores de los sectores de electricidad y transporte público organizaron una huelga general que paralizó la capital durante tres días. En junio del mismo año, la *Revista de Revistas* informaba que las clases consumidoras habían sido “convocadas por el Comité de Sindicatos del Distrito Federal para protestar de manera pública por los elevadísimos

²⁰ Carranza apoyó la creación de la primera gran agrupación obrera mexicana, la Casa del Obrero Mundial (COM), de carácter mayoritariamente anarquista y anarcosindicalista. De hecho, estas dos corrientes dirigieron el movimiento obrero mexicano de finales del siglo XIX, su etapa de formación, hasta 1918, cuando surgió la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), de línea marxista. Al año siguiente se fundaron el Partido Laborista Mexicano, brazo político de la clase obrera mexicana, y el Partido Comunista Mexicano, ligado a la Tercera Internacional (Trejo Delarbre, 1984, p. 24). El apoyo inicial de Carranza a la Casa del Obrero Mundial tuvo su contrapartida. En febrero de 1915, la COM decidió suspender el trabajo de organización sindical para “intensificar la Revolución”, apoyando a Carranza a cambio de la creación de leyes favorables a los trabajadores (Trejo Delarbre, p. 20). A pesar de la gran oposición interna de grupos anarcosindicalistas, la COM, por medio de un “comité revolucionario”, organizó los famosos “batallones rojos”, en apoyo al Primer Jefe. En sus filas, 10000 trabajadores urbanos combatieron a quienes, en realidad, deberían haber tenido que apoyar: los campesinos zapatistas y villistas, enemigos de Carranza.

precios [de] los artículos de principal consumo". El reportero indicaba el carácter pacífico del movimiento: "los manifestantes recorrieron ordenadamente las principales avenidas metropolitanas" ("La Carestía y el pueblo", *Revista de Revistas*, núm. 320, 18 jun., 1916, p. 1).

Ya en agosto, al analizar la huelga general, la revista cambiaría de tono. Apelaba al buen sentido de los trabajadores y les pedía que no hicieran más huelgas, al mismo tiempo que defendía explícitamente la represión del gobierno. Al enterarse de la huelga, Carranza ordenó el cierre de todos los centros obreros de la ciudad, decretó la prohibición de las actividades sindicales y, en un discurso desde el balcón del Palacio Nacional, condenó el "impatriótico" movimiento, inspirado "por elementos extranjeros, enemigos del gobierno" ("La última huelga" [editorial] e "Información", *Revista de Revistas*, núm. 327, 6 ago., 1916, pp. 1, 3).

Es interesante observar la frecuencia con que, en momentos de crisis política y principalmente económica, se acostumbra asociar el sacrificio con el patriotismo, y es significativo destacar cómo la imagen que las elites construyen del elemento nacional lo aleja de cualquier intención reivindicatoria. Si los reclamos existen, vienen de elementos extranjeros o "impatrióticos" que contaminan a los demás y, en ese caso, el remedio tiene que ser enérgico. Mientras el gobierno de Brasil, muy paternalista, aprobó movimientos masivos de expulsión de los inmigrantes que juzgaba nocivos para sus obreros y, sobre todo, para los intereses de las elites y la economía del país, el gobierno de México decidió ser todavía más radical y recurrir a la pena de muerte para los huelguistas.

Sin embargo, en una pequeña nota del 26 de agosto, la misma *Revista de Revistas* publicaba que los obreros detenidos y llevados a juicio por el Consejo de Guerra habían sido declarados inocentes en cuanto al delito de rebelión. En 1916, a pesar de los disturbios y conflictos ocasionados por la huelga general, no hubo condenados a muerte por el crimen de protestar ("Huelguistas absueltos", *RR*, núm. 329, 26 ago., 1916, p. 2). Tampoco hubo expulsiones masivas de trabajadores extranjeros como sucedió en São Paulo. En realidad, los europeos no se sentían atraídos por un país con fama de violento y pocos se atrevían a inmigrar

(González, 1981, p. 915). Las calles de la ciudad de México no fueron invadidas por “turcos y carcamanos” como la São Paulo del mismo periodo.²¹

A principios de 1917, con varios líderes obreros en la cárcel, se promulgó la nueva Constitución. Su avanzado artículo 123 reglamentaba las cuestiones laborales (jornada de trabajo, descanso semanal, salario mínimo digno, condiciones especiales para mujeres y niños, etcétera) y garantizaba el derecho de asociación profesional tanto a patrones como a empleados (Ulloa, 1981, pp. 1147-48; Trejo Delarbre, 1984, p. 22; De la Cerda, 1961, pp. 129-132). A pesar de las nuevas reglas oficializadas en leyes constitucionales, el gobierno y el conjunto de los trabajadores difícilmente lograrían buenos acuerdos, aunque gran parte de la dirigencia sindical sería paulatinamente cooptada.

En 1920, al empezar el gobierno del general Álvaro Obregón, los lemas carrancistas de 1915 — “al trabajo”, “a la reconstrucción”— siguieron vigentes. Apoyado en ellos, el nuevo presidente decidió impulsar políticas de regeneración para el país y su capital, debilitados todavía por el vendaval de la guerra. José Vasconcelos, designado rector de la Universidad Nacional y, después, secretario de Educación Pública, pudo entonces desarrollar su política cultural y educativa, estimulando campañas concebidas como auténticos movimientos de comunión nacional. En esa coyuntura, el nacionalismo pudo reaparecer con toda su fuerza.

LA CULTURA EN LAS METRÓPOLIS

Si, ya avanzada la década de los veinte, la ciudad de México aún vivía la vorágine de la revolución, São Paulo, por su parte, mantenía un proceso radical de transformación y crecimiento urbano. Después de la ola de huelgas entre 1917 y 1921, una concentración de capital había reactivado los negocios. Con el proceso de embellecimiento de las áreas céntricas de la ciudad

²¹ Según Queiroz (1992, p. 82, nota), entre 1908 y 1920, 340 000 inmigrantes llegaron al puerto de Santos, y 80% se fueron directamente a la capital paulistana. En 1900, São Paulo contaba con sólo 239 800 habitantes.

en marcha, se expandían los proyectos de urbanización —en los cuales, dígame de paso, jamás se tomaban en cuenta los intereses de la ciudad y del conjunto de la población (Sevcenko, 1992, pp. 127-128).

Paralelamente a la acelerada expansión urbana, y a todo lo que ésta representaba en términos de cambios para la rutina de la ciudad, en São Paulo se gestaba, desde la década anterior, la expansión de su vida cultural (Levi, 1977; Sevcenko, 1992). La circulación de informaciones adquiría mayor velocidad y se ampliaba la producción cultural. Como ya se dijo, São Paulo se despedía de sus aires provincianos. Encuestas, eventos, la actuación de las “ligas nacionalistas”, polémicas en la prensa, la edición de revistas que iban de la futilidad de los salones a la profundidad intelectual de la *Revista do Brasil* (en manos de Monteiro Lobato desde 1918), todo eso conformaba la rutina cultural de la capital del estado de São Paulo.

Mário de Andrade fue uno de los autores que detectaron el carácter simultáneamente provinciano y moderno de la capital del estado, el único lugar, según él, en que el modernismo podría florecer. Lobato compartía tal posición. Al analizar el “futurismo” de Oswald de Andrade, concluía que São Paulo era “un medio muy rico de vitaminas mentales y sólo ahí era posible que su gesto encontrara discípulos”. Y con su afilada ironía, completaba: “por esa razón en los barrios de Bom Retiro, Brás, Bexiga y cercanías brotó una legión de seguidores” (AV, p. 58). La mención de estos barrios obreros, la mayoría de origen italiano, no sólo sirve como pretexto para indicar el carácter extranjero de los movimientos de vanguardia que Lobato, en su defensa de lo nacional, siempre criticó. Ilustra también el contraste de localismos y extranjerismos en la ciudad, que funcionaría como caldo de cultivo para los consagrados modernistas, pero que Lobato ya había observado mucho tiempo antes.

Según Lobato, el futurismo que Oswald de Andrade había adoptado de Marinetti tenía la gran virtud de poner en evidencia “nuestro dualismo”: ser franceses en el arte y pensamiento y portugueses en la lengua (AV, pp. 57, 59). Entre las ideas que Lobato más defendió estaba la de que los escritores deberían escribir en “brasileño”, defensa que se tradujo en su participación, antes de

los modernistas, en el movimiento de “abrasileñamiento” de las artes y la literatura iniciado en São Paulo.

Es importante observar que, entre los factores preparatorios del aristocrático *boom* modernista de 1922, el mismo Mário de Andrade señaló al movimiento regionalista, que la *Revista do Brasil* inauguró en São Paulo; la arquitectura colonial, también nacida en São Paulo, y el movimiento editorial de Lobato (Cavalheiro, 1995, p. 235).²²

En la atmósfera regionalista que aseguraba su lugar en la ciudad en expansión, un bastión importante de la recuperación elogiosa del pasado, principalmente del pasado paulista, se encontraba en el mismo aparato del Estado, materializado en su representante máximo. En efecto, Washington Luís, cuando ocupó la alcaldía de la capital de São Paulo, reestructuró el Museu Paulista, dividiéndolo en dos departamentos, uno dedicado a la historia de Brasil y otro específicamente a la historia paulista. El mismo Washington Luís, ya como presidente del estado de São Paulo, llegó a promover un concurso para la creación del Monumento a los Héroes de la Independencia, en el jardín frontal del museo, concurso que por cierto ganó un italiano.²³

Durante sus años como alcalde de la capital paulista, Washington Luís se interesó por la arquitectura de los bandeirantes y estimuló la adopción del estilo neocolonial, promovido por el arquitecto portugués Ricardo Severo. Después, como presidente del estado, contrató una serie de proyectos del arquitecto francés Dubugras, como el Camino del Mar, modernísima autopista inaugurada en las celebraciones del Centenario de la Indepen-

²² Edgar Cavalheiro critica lo que considera una percepción injusta de Mário de Andrade respecto a Lobato: si bien reconoció el valor del proyecto editorial de Lobato, olvidó toda su labor literaria, además del hecho de que el movimiento regionalista surgió en la *Revista do Brasil*, cuando ésta ya estaba bajo la dirección editorial de Lobato.

²³ José Vasconcelos, recordando su estancia en São Paulo, en 1922, se refirió a una desagradable visita al escultor. Tras escuchar las quejas del artista, de que no le daban suficiente dinero para realizar el trabajo, Vasconcelos se preguntaba: “¿cuánto mejor que un voraz traficante, lo hubiera hecho un artista vernáculo, polaco, italiano o ruso, pero ya brasileñizado y bien impregnado del ambiente moral de la Nación?” (*RC*, p. 82). En 1920, Lobato ya había criticado la victoria de este escultor (“A vitória de Ximenes”, *CRI*, pp. 238-242).

dencia, además de varios edificios construidos en las orillas de la autopista, que representaron el apogeo del estilo neocolonial en Brasil (Lemos, 1994, pp. 156-157).

Washington Luís, un político con aspiraciones intelectuales, aprovechó de manera innovadora el poder de los símbolos en la organización y el dominio de los espacios políticos. Logró convertirse en un excelente publicista, aparejando a sus acciones como miembro del poder ejecutivo todo un conjunto de elementos de celebración (sustentados en el pasado, con miras al futuro), que daban brillo y fuerza a sus iniciativas. Un ejemplo en este sentido fue el desfile militar que organizó para honrar el Centenario de la Independencia (Sevcenko, 1992, pp. 137, 140).

El nacionalismo de las elites, oficializado por el gobierno del estado, en esa bifurcación reverencial de los valores de la patria (Brasil) y de la tierra (São Paulo), se manifestó también entre los estudiantes de la Academia de Derecho y en instituciones como la Liga de Defensa Nacional, fundada en 1916, y la Liga Nacionalista, fundada en 1917.²⁴ Juntos, ligas y estudiantes se organizaban en campañas de evocación patriótica, educativas, y también en contra del alcohol y la lotería clandestina, que deberían extirparse de São Paulo, la capital del trabajo, y no la del vicio (*cfr.* Nagle, 1974, p. 134; Sevcenko, 1992, pp. 84-86).

Todas esas iniciativas configuraron una anticipación de los movimientos estéticos inaugurados en 1922. Pero, ante todo, configuraron un nacionalismo brasileño, especialmente paulista. Al lado del amor a la patria, potencializado por la ola nacionalista insuflada por el conflicto europeo, se estimulaban la fuerza del trabajo y el amor a lo que se definía como la “tradición bandeirante”, signos que los paulistas asociaban no a todo Brasil, sino a su propia tierra.²⁵ Estos movimientos también dejaron sus

²⁴ Las ligas tenían carácter nacional, con directorio central y regionales. La Liga Nacionalista (de Brasil) disponía de una directiva y cinco comisiones ejecutivas: propaganda, instrucción pública, cultura cívica, voto y defensa nacional. Los deberes de los socios, brasileños mayores de 16 años, eran “propagar y realizar las ideas nacionalistas” y “combatir la abstención electoral” (Nagle, 1974, p. 312).

²⁵ Basta decir que el Museo Ipiranga se halla repleto de retratos de bandeirantes y exhibe, también, grandes ánforas que contienen el agua de los ríos por los cuales estos “héroes paulistas” navegaron.

huellas en la ciudad de São Paulo y en la obra de muchos de sus intelectuales prominentes (Pereira de Queiroz, 1992).

Comparemos la efervescencia cultural paulistana con lo que ocurría en la trastornada ciudad de México durante el mismo periodo. ¿Habría tiempo para eventos culturales e inauguraciones durante los combates revolucionarios?

El año de 1917 parece dar inicio a una fase de relativa tranquilidad para la ciudad de México. Después de tantos vaivenes de gobernantes, generales y tropas, la población capitalina se libraba la invasión sistemática de los bandos armados, que insistían en ocupar, así fuera temporalmente, los espacios públicos y los lugares elegantes del centro de la ciudad.

En febrero de 1917, tras la promulgación de la nueva Constitución y la convocatoria de elecciones presidenciales, Carranza será el primer presidente del nuevo orden constitucional.²⁶ En ese nuevo periodo, la capital del país recuperará lentamente la normalidad. En lo que se refiere particularmente a las actividades culturales, puede decirse que nunca se suspendieron por completo, ni siquiera en los peores momentos que padeció la ciudad a partir de 1910. Y, en ese sentido, es interesante recuperar la evocación que, en 1939, presentó Alfonso Reyes (1983, pp. 147-152) del periodo violento, repartido entre las presidencias de Madero, Huerta y Carranza. Entre conferencias, cursos libres, proyectos editoriales y revistas, el movimiento artístico y, principalmente, la producción de los intelectuales, seguía adelante (y, también, sus compromisos políticos con las altas esferas gubernamentales o revolucionarias, que Reyes se abstiene estratégicamente de comentar).

²⁶ La Asamblea Constituyente fue elegida en octubre de 1916, por convocatoria de Carranza. Los diputados electos (todos revolucionarios, de las más variadas profesiones, algunos más y otros menos conocidos) se reunieron en la ciudad de Querétaro, del 20 de noviembre de 1916 al 31 de enero de 1917. Aunque, en su mayoría casi absoluta, los constituyentes eran carrancistas, mantuvieron su independencia frente al presidente y acabaron por disminuir sus poderes. La nueva Constitución que Carranza tendría que acatar, contenía muchos artículos con los cuales no estaba de acuerdo, pues rebasaban en mucho el espíritu liberal de la Constitución de 1857, que el Primer Jefe soñaba adaptar a los nuevos tiempos del país. Véase sobre el tema, Ruiz (1984, pp. 147-150), Ulloa (1981, pp. 1158-1165), Blanquel (1983, pp. 143-144).

En la capital ocupada, evacuada, destruida o temporalmente apaciguada, continuaban las funciones teatrales, cinematográficas, los debates, la publicación de revistas de arte y de libros. Los pensadores que no se involucraban directamente en los acontecimientos revolucionarios persistían en sus investigaciones personales y los decididos a dedicarse a la acción política (a riesgo de entrar en la historia como héroes o traidores, 'según la victoria o la derrota de la facción que apoyaban'), podían crear y realizar proyectos.

Al recordar esos años,⁹ cuando sólo podía observar su país desde el exilio que cumplía en Europa, Alfonso Reyes citaría una plática que sostuvo con el filósofo Henri Bergson, cuyo intuicionismo José Vasconcelos y Antonio Caso habían introducido en México. Según el asombrado filósofo, el hecho de que, en medio de la desorientación y el duelo, la producción intelectual y artística no disminuyera, era "un testimonio [...] no poco consolador sobre las posibilidades del espíritu ante las fuerzas oscuras del desorden" (1983, p. 151).

En este México caótico que le tocó gobernar, las preocupaciones de Carranza se orientaban especialmente a las cuestiones económicas y políticas. Sin embargo, los temas culturales no fueron excluidos de su plan de acción. Por influencia del poeta y político Alfonso Cravioto, Carranza firmó el decreto que ordenaba la creación de un museo de arte colonial y un acuerdo que defendía la conservación de monumentos históricos y arquitectónicos (iniciativa precursora de la futura política de defensa del patrimonio histórico mexicano).

Durante su gobierno, la capital del país no sufrió alteraciones significativas en su paisaje urbano. Una arquitectura de vocación colonial (cuyo punto de partida fue el barroco del siglo XVIII, que inspiró la ornamentación de fachadas y el uso de materiales como azulejos, hierro forjado y madera en arcos, columnas, ventanas y balcones) surgió tímidamente en el centro de la ciudad, al lado de los edificios antiguos. Sin embargo, mucho más importante que el nuevo estilo era la nueva atmósfera que se buscaba crear en un México agobiado por tantos conflictos. El estímulo a la valoración de los viejos edificios coloniales, las iglesias, las construcciones en cantera y tezontle implicaba la reconciliación

con el pasado y buscaba avivar entre los mexicanos su orgullo nacional. Tal orgullo, fomentado estéticamente por la admiración de los edificios coloniales, recuperaba para la memoria nacional el clima aristocrático existente en la capital y demás ciudades coloniales, cuando México era todavía la Nueva España. Ahora bien, el orgullo materializado en la opulencia de los edificios del pasado podría ser estimulado y traducir la confianza e incluso el antiguo espíritu señorial que el país necesitaba recuperar para pensarse en reconstrucción, después de la tormenta que la guerra civil había traído (y que los caudillos y su gente mantenían).

En ese contexto, puede afirmarse que, durante el gobierno de Carranza, se crearon o reforzaron muchos de los cimientos ideológicos que reclamaba el proyecto de reconstrucción cultural de México, que sería puesto en práctica por los gobiernos posteriores. Tal hecho se comprobará durante la presidencia de Álvaro Obregón, quien consolidaría el dominio del llamado “Grupo de Sonora”, cuya plana mayor formaban los generales De la Huerta, Calles y el mismo Obregón, sobre el conjunto del país.²⁷

²⁷ Una vez más, la sucesión presidencial no fue pacífica. El 7 de mayo de 1920 la ciudad de México presencié, “atontada”, la huida de Carranza y todo su séquito de ministros, burócratas mayores y menores e incluso de ministros de la Suprema Corte de Justicia (De los Reyes, 1993, pp. 5-6). El destino: Veracruz, desde donde ya había gobernado el país provisionalmente una vez. Carranza, al acercarse el final de su mandato, no parecía tener intención de jubilarse. Eligió como candidato oficial a sucederlo a un civil sin mayor prestigio, el ingeniero y diplomático Ignacio Bonillas. Su argumento fue que ya era hora de que un civil gobernara el país y cerrara el paso al militarismo. Sin embargo, los militares tampoco planeaban retirarse de la política, mucho menos dejar que, detrás de la opaca figura de Bonillas, Carranza continuara gobernando. A mediados de 1919, el general Obregón lanzó su candidatura a la presidencia, arguyendo la necesidad de consolidar la democracia por medio del sufragio efectivo, reorganizar el gobierno e implantar los principios proclamados durante la lucha armada (Ulloa, 1981, p. 1171). También en 1919, otro militar hizo públicas sus aspiraciones presidenciales: el general Pablo González, en cuyo currículo, podían verse el “apaciguamiento” del estado de Morelos y la muerte de Emiliano Zapata. Los conflictos y enfrentamientos volvieron a ser rutina. Durante el viaje a Veracruz, Carranza fue asesinado, se convocó a elecciones, el general Adolfo de la Huerta asumió la presidencia provisional y finalmente Obregón fue electo presidente.

LOS INTELLECTUALES EN EL CONTEXTO POLÍTICO

No es posible comprender iniciativas como el trabajo de José Vasconcelos, como ministro de Educación Pública, entre 1921 y 1924, ni la actuación de muchos intelectuales que fueron sus contemporáneos, sin un breve retroceso en el tiempo, el anterior a los años diez y la Revolución. Mientras en Brasil Monteiro Lobato vivía algunos años de su vida como fiscal público de una de las “ciudades muertas” del valle del río Paraíba, el joven abogado Vasconcelos participaba activamente en una asociación que marcó la vida cultural de México y de su capital por décadas. A partir de 1907, los miembros del futuro “Ateneo de la Juventud” se reunieron para discutir sobre arte, literatura y principalmente filosofía.

El Ateneo de la Juventud

El Ateneo de la Juventud dio a México filósofos, poetas, pintores y políticos, llegando a contar con 69 integrantes.²⁸ Aunque no formaron un grupo ideológicamente homogéneo, ni nada que se asemejara a una asociación armoniosa y fraterna (Gómez Morín, 1927, p. 19), los ateneístas tuvieron una participación esencial en la vida política y cultural mexicana, e incluso lograron formar discípulos.²⁹ Los ateneístas y sus sucesores desempeñaron, en efecto, un papel importante en el flujo posrevolucionario, cuando la reorganización del aparato estatal, del sistema econó-

²⁸ Álvaro Matute (1983) recupera la historia del Ateneo en un trabajo ilustrativo, en el que enumera datos biográficos de los participantes y analiza las actividades culturales que promovieron.

²⁹ Los integrantes de la llamada Generación de 1915 son considerados los herederos intelectuales de la generación ateneísta. A siete de ellos se les conoce en la historia cultural mexicana como los “Siete Sabios”. Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Antonio Castro Leal, Miguel Palacios Macedo, Alberto Vázquez del Mercado, Alfonso Caso y Teófilo Olea y Leyva, además de Narciso Bassols, Manuel Toussaint y Daniel Cosío Villegas, fueron alumnos de algunos de los ateneístas y sus colaboradores en actividades culturales, políticas y académicas (Monsiváis, 1981, p. 1407). Para Sheridan (1985, p. 50), “el grupo de los Siete Sabios significó, en 1916, el renacimiento del espíritu del Ateneo de México por algunos de sus alumnos más prestigiados”.

mico-financiero y de la educación se tornaría urgente y cuando la organización sindical se consolidaría.

El Ateneo de la Juventud surgió de la Sociedad de Conferencias, fundada por el arquitecto Jesús T. Acevedo, en 1907. En 1909, pasó a llamarse Ateneo de la Juventud (como quedó consagrado) y, en 1912, presidido por Vasconcelos, cambió su nombre a Ateneo de México, con un programa de “rehabilitación del pensamiento de la raza” (Monsiváis, 1981, p. 1392). Tuvo entre sus miembros más sobresalientes a Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña (abogado, crítico y escritor dominicano que junto con otros siete ateneístas, españoles e hispanoamericanos, conformaron el ala extranjera del Ateneo).

En general, la sociedad se mantuvo relativamente al margen de la Revolución, en términos políticos, durante los primeros tres años. A excepción de algunos miembros como Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, gran parte de los ateneístas veían en la Revolución la barbarie y el retroceso, y no apoyaban individualmente ni a Madero ni, mucho menos, a generales como Villa o Zapata. Antonio Caso, quien consideraba a Porfirio Díaz el mal menor de un pueblo inculto, sin esperanza, se declaró porfirista (*UC*, pp. 332, 397). En las discusiones filosóficas en que los miembros del Ateneo repasaban a Platón, Schopenhauer, Bergson y Kant, no había lugar para la realidad de los cañonazos que en breve alcanzarían la capital. Y la inclusión de temas de la realidad política inmediata llegaba a ocasionar protestas entre sus miembros.

Algunos ateneístas sólo aprovecharon el conocimiento adquirido en las noches de estudio para llevar a cabo acciones políticas concretas cuando la ola revolucionaria ya se había atenuado: bajo la dirección del ministro y antiguo ateneísta Vasconcelos, en los años del gobierno Obregón. Otros, sin embargo, trataron de aplicar sus propuestas civilizadoras durante el gobierno de Carranza, y algunos más no resistieron los ofrecimientos del general Huerta y participaron en su gobierno, después de la caída y el asesinato de Madero (Matute, 1983, p. 16).

Formados en el porfirato, los ateneístas representan una ruptura en el cuerpo hasta entonces monolítico de la cultura porfiriana. La aparición de este grupo, en efecto, acabó con la hegemonía de

los llamados “científicos”. Desde su pedestal don Porfirio dictaba, apoyado por esta elite política e intelectual que, a su vez, se anclaba en el positivismo spenceriano y el darwinismo social. Tales corrientes legitimaban la posición del dictador —y, por supuesto, la de la misma elite—, ya que proponían el gobierno de una oligarquía intelectualizada (Zea, 1988, pp. 425-433). En ese contexto, los ateneístas se reunían bajo un impulso de insatisfacción intelectual y aun moral, y lo hacían dentro de la esfera cultural urbana y cosmopolita en que, por origen de clase o actividad profesional, circulaban. No proponían cambios significativos: serían radicales, pero no revolucionarios (Candido, 1995, pp. 331-353).³⁰

Surgidos, en su mayoría, de las clases medias, tenían a su disposición una vida material tranquila en la capital del país, dedicada al trabajo, el estudio y ajena por completo a la política (Vasconcelos, *UC*, p. 310). Esto ayuda a explicar la incorporación de varios de estos intelectuales al gobierno huertista, celebrado, en un principio, como la vuelta a la estabilidad porfirista, que la Revolución iniciada por Madero y sus titubeos como presidente habían destruido.³¹ Con el golpe de Huerta, las elites (banqueros, hacendados, comerciantes e industriales), gran parte de la clase media y la Iglesia Católica respiraron aliviadas, pues tenían

³⁰ Según Candido (1995, p. 332), el radicalismo prosperó entre la clase media y sectores ilustrados de las clases dominantes. No es un pensamiento revolucionario y sólo se identifica parcialmente con los intereses específicos de las clases obreras. El pensador radical se opone a los intereses de su clase sólo hasta cierto punto. Suele pensar más en términos de la nación como un todo y preconiza soluciones para ella. Pasa por encima del antagonismo entre las clases y es normalmente incapaz de percibir la tensión que las separa. Busca, por lo tanto, más la conciliación que soluciones revolucionarias. El radical es, de hecho, un rebelde que puede retroceder a posiciones conservadoras.

³¹ Es importante reflexionar sobre la posición de este personaje en el escenario político mexicano. Madero, político liberal, de familia de agroindustriales del norte del país, decidió dedicarse a la vida pública después de los “mensajes” que recibió de espíritus con quienes se comunicaba desde que había regresado de Francia. Allí, todavía joven, había entrado en contacto con el espiritismo kardecista, doctrina que abrazó y que condujo su vida personal y pública. Madero no tuvo hijos y era, además de espiritista, vegetariano y adepto de la homeopatía. No iba a las clásicas peleas de gallos, le gustaba la música y en ocasiones como la de la muerte de Justo Sierra no le importó llorar en público. Tamañas peculiaridades, en una sociedad patriarcal y machista como la mexicana, no tardaron en llamar la atención, principalmente de la prensa que, gracias a una libertad jamás disfrutada durante el Porfiriato, las usaba para ridiculizarlo. Véase Vasconcelos (*UC*, p. 387) y Krauze (1987).

los cambios más radicales que Madero podría llegar a impulsar (Ulloa, 1981, p. 1108). Por tanto, muchos de sus miembros no tuvieron ninguna duda en apoyar al “usurpador”.³²

Es importante observar que los ateneístas que apoyaron a Huerta se ocuparon principalmente de la cultura, práctica que se repitió en los gobiernos que sucesivos. El abogado y escritor Nemesio García Naranjo asumió el cargo de ministro de Educación Pública y Bellas Artes. Pedro Henríquez Ureña lo auxilió, elaborando los planes para reformular la enseñanza de las humanidades, que el ministro puso en práctica en 1914 (Krauze, 1985, p. 50). Sin embargo, la derrota de Huerta enterró esos planes por algún tiempo (hasta el ministerio de Vasconcelos), pues Carranza tenía una concepción de la educación distinta de la humanista de Henríquez Ureña. Más próxima de la *high school* norteamericana, la nueva política de instrucción pública desalojó de sus cátedras a los jóvenes profesores contratados por García Naranjo, muchos de los cuales, desilusionados, verían desde entonces la “Revolución” con un completo escepticismo.³³

Durante la gestión de García Naranjo, el pintor Alfredo Ramos Martínez, que siguió como director de la Academia de Bellas Artes, creó la Escuela de Santa Anita, la primera academia de pintura al aire libre, iniciativa que duró, en un principio, de 1913 a 1914.³⁴ En 1921, el mismo Ramos Martínez fundó la

³² El escritor y periodista José Juan Tablada, autor de la sátira *Madero-Chantecler* (1910), comentaría indignado, años después, recordando la Decena Trágica, sucesos como la distribución de cigarrillos y golosinas a los soldados rebeldes por señoras y señoritas “de familias muy conocidas”, y el apoyo de muchos de sus amigos y conocidos al salvaje asesinato del presidente y el vicepresidente (Tablada, 1993, pp. respectivamente 331 y 401; véase, también, Vasconcelos, 50, p. 20). Sin embargo, Tablada también apoyó a Huerta y, en 1914, tuvo que huir del país.

³³ Antonio Castro Leal recuerda esos años como “aquellos momentos en que la Revolución aislaba a la gente...” (*apud* Krauze, 1985, p. 60).

³⁴ Santa Anita fue, en ese primer periodo, una escuela de inspiración impresionista. La primera exposición de sus trabajos causó desconcierto entre el público y la prensa, ya que los artistas veían “la naturaleza de un modo tan extraño!” (*Revista de Revistas*, 31 mayo, 1914, *apud* Ramírez, 1990, p. 20). El pintor David Alfaro Siqueiros, joven alumno de la Academia de Bellas Artes (entonces Academia de San Carlos), llegó a comentar en sus memorias que Santa Anita acabó por transformarse en “uno de los antros de conspiración más intensos contra el gobierno de Victoriano Huerta”. Los alumnos, “olvidando nuestros problemas impresionistas de la vibración de la luz, nos ligamos estrechamente a la rebelión zapatista” (Alfaro Siqueiros, 1977, p. 54).

Escuela al Aire Libre de Coyoacán, ya con el apoyo del ministro Vasconcelos, quien se propuso desarrollar en las academias de pintura al aire libre la posibilidad de que los alumnos (jóvenes y niños) entraran en contacto con la vida, las costumbres y el paisaje nacionales, preservando al máximo su espontaneidad y originalidad, sin atender a modelos extranjeros.³⁵

En diciembre de 1912, con Vasconcelos en la presidencia del Ateneo, la sociedad fundó la Universidad Popular Mexicana, cuyo objetivo era ofrecer conferencias nocturnas a los adultos de escasos recursos. Si bien no otorgaba títulos universitarios, los profesores prestaban sus servicios sin cobrar honorarios (Reyes, 1983, p. 149; Henríquez Ureña, 1962, p. 152; Blanco, 1977, p. 56). La organización de la Universidad Popular por los ateneístas ilustra el tipo de relación de los intelectuales y la esfera pública después de 1910. Según Vasconcelos, su nombramiento como presidente del Ateneo permitió obtener del gobierno del presidente Madero los fondos necesarios para sanear la precaria situación económica de la organización y fundar la Universidad Popular, con lo cual pudo incorporar a casi todos sus miembros al nuevo régimen político (*UC*, p. 396).

Curiosamente, su versión es distinta de la de Alfonso Reyes, para quien el gobierno no tuvo con el Ateneo un compromiso económico importante:

Nos obligamos a no recibir subsidios del Gobierno. Aprovechando en lo posible el descanso del obrero o robando horas a la jornada, donde lo consentían los patrones, la Universidad Popular continuó su obra por diez años: hazaña de que pueden enorgullecerse quienes la llevaron a término. [Reyes, 1983, pp. 149-150]

³⁵ Debe observarse que, aunque los antiguos ateneístas García Naranjo y Vasconcelos eran políticamente divergentes, es visible una línea de continuidad entre el trabajo de ambos ministros, a pesar del intervalo de prácticamente seis años entre las dos gestiones. Vasconcelos, al evaluar positivamente la iniciativa del ministro huertista de estimular las escuelas de pintura al aire libre, las reactivó durante su periodo, y permitió además que los alumnos y profesores de la Academia de Bellas Artes eligieran a su director. Debido a que el ganador fue Ramos Martínez, se retomó la experiencia de las clases al aire libre (Fell, pp. 396-397).

Con o sin apoyo financiero del gobierno, no se puede negar que la Universidad Popular recibió de él su sello de legitimidad. Y, en armonía con el proyecto ambicioso y abarcador de sus fundadores, la Universidad Popular Mexicana, que había tomado como lema una frase lapidaria del positivista Justo Sierra: “La Ciencia protege a la Patria” (Reyes, 1983, p. 150), fue incorporada por Vasconcelos, en 1920, como extensión de divulgación de la Universidad Nacional.

Según Reyes, por iniciativa de los ateneístas se creó también la primera Facultad de Humanidades, que no tuvo, sin embargo, existencia legal. A la facultad, gratuita para el público y para el Estado (y tenemos aquí otra vez la consigna del trabajo intelectual voluntario que Vasconcelos utilizaba exageradamente), la mantenían los cursos que los ateneístas dictaban y a los que acudía un público muy diverso, compuesto lo mismo por ancianos que por adolescentes (Reyes, 1983, p. 150).

A causa de la Revolución y el exilio de varios ateneístas, y dados los frecuentes cambios en la coyuntura política nacional y de la capital del país, tanto la Universidad Popular como la Facultad de Humanidades no tuvieron una actividad constante. Sin embargo, no se puede negar que fueron una semilla importante, anticipadora del proyecto de acción cultural que Vasconcelos intentó impulsar como ministro. Por un lado, comenzaba a germinar la mística de la educación popular, llevada a cabo por una elite intelectual generosa. Y puede decirse que la Universidad Popular, planeada por esta elite para ilustrar a los hombres del pueblo, invocaba el “pasado inmediato”, al adoptar los preceptos del viejo maestro Justo Sierra, un positivista preocupado por estimular la cultura —y que había sido profesor y protector de las iniciativas de los ateneístas hasta 1910 (Krauze, 1985, pp. 51-52). Asimismo, los cursos ofrecidos por la facultad y la invitación a profesores visitantes latinoamericanos para dar conferencias esbozaban el proyecto iberoamericanista de Vasconcelos. Eran un llamado al futuro que conquistaba a los jóvenes estudiantes —su público mayoritario—, quienes en breve abrazarían actividades de responsabilidad política.

Cuando Vasconcelos asumió la rectoría de la Universidad Nacional, en 1920, para rápidamente alcanzar la Secretaría de

Educación Pública, contó con la energía y el entusiasmo de muchos jóvenes profesionistas y estudiantes. Unos, relacionados con la generación de 1915; otros, aún más jóvenes, ligados al grupo que se conoce como “los Contemporáneos”. Estos profesionistas —recién titulados o todavía estudiantes— se sumaron al proyecto vasconcelista, teniendo como espíritu común la furia de construir.³⁶ Además del apoyo de los jóvenes, el ministro contó con el respaldo ideológico de las discusiones del Ateneo que, como veremos, orientaron muchas de sus acciones y ayudaron a perfilar una manera particular de pensar a México, en la cual el nacionalismo era el tema principal. Por un lado, es importante observar cómo en el México de aquellos años —en gran medida a causa de las contiendas armadas— varios intelectuales activos decidieron optar por la práctica de lo que llamaban “exilio interior”. Entre ellos se encontraban varios ateneístas y algunos miembros de la generación de 1915. Por otro lado, aquellos que se involucraron en la efervescente atmósfera política del momento y en todos sus cambios probaron el desafiante y seductor ejercicio de la política.

El Cenáculo

En sus años de estudiante, Lobato también participó en un cenáculo. El “Cenáculo” se reunía en el “Minarete” (una pequeña casa en la que algunos de sus miembros vivían, en el barrio popular de Belenzinho) y lo formaban jóvenes estudiantes que discutían algo de filosofía y mucho de literatura, y que compartían además un vago socialismo (Broca, 1960, pp. 121-122; Cavalheiro, 1955, p. 54). Sin embargo, si el “Cenáculo” y el “Minarete” están registrados en las reminiscencias de Lobato, principalmente en

³⁶ Algunos de los jóvenes ligados a los Contemporáneos, definido por uno de sus miembros, el poeta Xavier Villaurrutia, como “el grupo sin grupo” o el “grupo de soledades”, fueron cercanos colaboradores de Vasconcelos y, en cierto sentido, sus continuadores. Carlos Pellicer lo acompañó en sus viajes a Sudamérica, al interior de México y participó con dedicación en la campaña de alfabetización que Vasconcelos impulsó (Krauze, 1985, pp. 103-104). Jaime Torres Bodet, con apenas 19 años, fue secretario de la Escuela Nacional Preparatoria y luego secretario particular de Vasconcelos cuando éste ocupó la rectoría de la Universidad Nacional (Sheridan, 1985, pp. 84-85, 99). En años posteriores, también fue secretario de Educación Pública.

sus cartas, no forman parte de la historia cultural oficial, ni brasileña ni paulistana.

Escuchando los versos del poeta Ricardo Gonçalves, los jóvenes estudiantes deambulaban por las madrugadas de la húmeda “Paulicéia”. Después, sin embargo, cada quien siguió su rumbo. Entre aquel puñado de jóvenes, el único realmente emprendedor o que, por lo menos, entró en los anales de la historia literaria y cultural, fue Monteiro Lobato.³⁷ La “casi metrópoli” penetró en él con todos sus llamados, y lo hizo reflexionar sobre el conjunto del país a partir de la perspectiva urbana y de su propia experiencia en la ciudad. Después de haber sufrido el exilio forzado en los tiempos en que trabajó como fiscal público y las tensiones como hacendado destinado al fracaso, en la estancada región del valle del Paraíba, Lobato logró establecerse definitivamente en la gran ciudad como “hombre de letras”, publicista y empresario.

Es inevitable observar que, en los años de juventud de Lobato, la atmósfera paulistana no poseía la urgencia que se respiraba en la ciudad de México de los últimos años del porfiriato. Los problemas urbanos, los conflictos de clase, las transformaciones por que pasaba la ciudad eran sin duda de otra naturaleza, si se comparan con el terremoto revolucionario que estaba a punto de sacudir a México y su capital, y en relación con el cual era necesario asumir posiciones, con todos sus riesgos. Las reuniones del “Cenáculo” eran diarias, pero sus miembros no demostraban mucho interés por los temas de la ciudad que empezaba a tomar impulso y a transformarse en una auténtica metrópoli. En esta época, a excepción de Ricardo Gonçalves, que trabajaba como reportero y tenía contacto con el movimiento obrero, los demás miembros del “Cenáculo” vivían en un mundo aparte, sin integrarse a los problemas que surgían a su alrededor (Cavalheiro, 1955, pp. 82, 84).

La preocupación por los destinos del país y aun de su ciudad estaba ausente entre los miembros del “Cenáculo”, y su actuación como creadores y artistas todavía estaba lejos, aparte de su incursión en unos cuantos periódicos estudiantiles y en el *Mina-*

³⁷ Para Sérgio Milliet, además de Lobato, Godofredo Rangel y Léo Vaz también se afirmaron en las letras nacionales (s. f., vol. 2, p. 269).

rete, que se publicaba en la ciudad de Pindamonhangaba.³⁸ Sólo mucho tiempo después Lobato, ya dueño de una editorial, pudo publicar los libros de sus viejos compañeros, lo que, dígame de paso, nunca le trajo ganancias y siempre le ocasionó críticas.

La atmósfera cultural y artística y la situación sociopolítica del país, así como la de la ciudad de São Paulo en particular, empiezan a sufrir transformaciones más sustanciales a mediados de los años diez. Y, ya en el inicio de los veinte, la actuación de la burguesía paulista como mecenas se vuelve más directa. Paulo Prado sería promotor y mecenas de otro grupo de jóvenes intelectuales, los modernistas de 1922, éstos sí, protagonistas de la historia cultural brasileña.³⁹ Monteiro Lobato no participó en este grupo, aunque mantuvo relaciones con muchos de sus miembros y fue socio del mismo Paulo Prado en la *Revista do Brasil* y en su empresa, la Cia. Gráfica-Editora Monteiro Lobato, antes de que ésta fuera a la quiebra (*BG*, pp. 315, 322; Landers, 1988).

Los modernistas, quienes también deambularon en las madrugadas paulistanas, supieron mantener una conducta crítica y de reflexión sobre la ciudad y el país. Eran mayores y más experimentados que los jóvenes estudiantes del “Minarete”, además de poseer una visión cosmopolita que aquéllos no tenían (a pesar de toda la literatura francesa y portuguesa que solían consumir). En su identificación con lo “nuevo” y lo “moderno”, tuvieron en el maduro Paulo Prado, de 53 años, uno de sus puntos de referencia intelectual y artística. En las tertulias modernistas se hablaba de política, de historia, se discutía el precio del café y se “viajaba” por Europa y todos sus movimientos estéticos (Milliet, s. f., vol. 10, pp. 230-231).

³⁸ Los miembros del “Cenáculo” soñaban con fundar una revista. Con el apoyo de un político, lograron publicar el *Minarete*, en el cual ejercitaron su vena literaria. Con el tiempo, Lobato se hizo responsable de la elaboración de prácticamente todo el periódico, llenándolo de artículos, crónicas, sonetos y cuentos firmados con seudónimos. Escribía, incluso, la sección de humor y los anuncios (Cavalheiro, 1955, vol. 1, p. 64).

³⁹ Sobre el apoyo que miembros de la burguesía paulista dispensaron a eventos artísticos como la “Semana”, véase Chiarelli (1995, pp. 45-47). El autor observa que, en sus planes de expansión, la burguesía paulista, al contrario de la carioca, tuvo que asumir responsabilidades del Estado, confundiéndose naturalmente con él (y entre tales responsabilidades se insertaban la educación y las artes).

Monteiro Lobato, apartado de las tertulias, recibía en su propia editorial a todos los autores que lo buscaban, principalmente para presentar los originales de un posible nuevo libro. No se preocupaba por crear discípulos, pero tenía como regla dar oportunidad a los nuevos. A pesar de franquear su revista a las experimentaciones modernistas, de publicar autores nuevos, de ofrecer oportunidades de difusión a las ciencias sociales —que comenzaban a ser cultivadas de manera sistemática en Brasil— y de producir una literatura para niños, concebida como alternativa —nacional— para el estímulo de la lectura, Lobato nunca asumió oficialmente un mecenazgo, ni organizó un cenáculo, ni concibió o administró, como el mexicano Vasconcelos, algún plan gubernamental. Sin embargo, logró establecer un lugar propio en la vida cultural paulista y brasileña, caracterizado por una preocupación netamente nacionalista, aunque de inspiración pequeño-burguesa y a veces un tanto ingenua.

Monteiro Lobato prácticamente ignoró a Europa. Interesado en la producción de la intelectualidad y los artistas locales, desdeñó olímpicamente a las vanguardias. También hizo a un lado a los modernistas, entre ellos a su amigo Oswald de Andrade, y los viajes por el *dernier cri* estético dado en París. Andrade, como sabemos, algún tiempo después de la euforia de los años diez y veinte, identificó en el *caipira* Lobato el “punto de partida” (Cavalheiro, 1955, p. 160) del modernismo.

¿Disidentes o continuadores?

Aunque, como comenta Alfonso Reyes, México se hubiera “cerrado” hacia el exterior en los años difíciles de la Revolución, la posibilidad de “viajar” intelectual y estéticamente por Europa no era, en absoluto, privilegio de los intelectuales del modernismo y del pre-modernismo paulista. Entre México y el viejo continente las ideas también “circulaban”. En el plano de las artes plásticas, la relación se estableció de manera intensa. El antiguo ateneísta Diego Rivera, becado por el gobierno de Porfirio Díaz, pasó varios años en Europa, en estrecho contacto con las corrientes de vanguardia, y el *enfant terrible* Alfaro Siqueiros, durante 1921, en Barcelona, llegó incluso a lanzar un manifiesto a los artistas

latinoamericanos, recomendándoles a universalizarse (Belluzo, 1990, pp. 240-242). Vasconcelos, el secretario de Educación Pública, contrató a ambos para decorar las paredes de varios edificios públicos.

En cuanto a la producción específicamente literaria y crítica, suelen identificarse dos grupos, colocados en polos intelectuales y estéticos opuestos: los Estridentistas y los Contemporáneos. El ambiente cultural mexicano de finales de los años diez y principios de los veinte propició la aparición de nuevas propuestas estéticas. El impulso nacionalista que surgió con el Ateneo y que gran parte de la generación de 1915 desarrolló con tanto ímpetu, encontró eco en algunos de los miembros del grupo Contemporáneos. Aunque, en 1919, intentaron recuperar la tradición ateneísta fundando el Nuevo Ateneo de la Juventud, entre estos nuevos intelectuales no habría consenso respecto al tema tan apreciado por los defensores de la autonomía cultural mexicana. Al contrario, el nacionalismo artístico que la SEP puso en práctica con gran empeño, impulsado principalmente por “poetas-funcionarios” como Torres Bodet, irritó cada vez más a los poetas Salvador Novo, Xavier Villaurrutia y Jorge Cuesta.⁴⁰

De cualquier modo, aunque los Contemporáneos no tuvieran la misma cohesión ideológica de los ateneístas y la generación de 1915, en relación con las temáticas nacionalistas, ejercían un monopolio no sólo de la política cultural mexicana sino de la literatura joven. En 1921, este monopolio fue desafiado por el “Estridentismo”,

⁴⁰ En su estudio sobre el grupo, Sheridan (1985, pp. 17-18) divide a los miembros de Contemporáneos en dos subgrupos generacionales. El primero compuesto por Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo (hijo del poeta ateneísta Enrique González Martínez) y José Gorostiza. El segundo, formado por Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Jorge Cuesta y Gilberto Owen. Además de estos escritores, Sheridan detecta un tercer grupo, formado por poetas que, a pesar de participar en algunas acciones o trabajos conjuntos, no podrían ser definidos como “Contemporáneos”. En este grupo, cuyos miembros Sheridan define como “compañeros de viaje”, estaba Carlos Pellicer. Monsiváis (1977, pp. 265-273) desarrolla un agudo análisis de la posición de los Contemporáneos en el ambiente urbano de la ciudad de México de los años veinte, cuando, según el autor, a pesar de la revolución cultural llevada a cabo por Vasconcelos, “las asperezas de un ambiente antiintelectualista que ve en la práctica literaria una crítica renuncia a la hombría (a la nacionalidad en su acepción más agresiva) les va consiguiendo un prestigio legendaro y una cohorte de enemigos” (p. 269).

cuyo primer manifiesto, *Actual n° 1*, traía un “Directorio de Vanguardia” que incluía prácticamente todos los nombres consagrados del vanguardismo europeo y de unos cuantos mexicanos, entre ellos el de Alfonso Reyes. El propósito de su creador, el poeta Manuel Maples Arce, era “difundir entre la juventud mexicana las nuevísimas ideas y los nombres de los escritores vinculados al movimiento de vanguardia, al que México había permanecido indiferente” (reproducido en Sheridan, 1985, pp. 126-127).

Maples Arce criticaba lo que Sheridan llamó “tradición autista” de las letras mexicanas, apartadas de una modernidad europea que el autor consideraba coherente con los sucesos políticos y la herencia creativa de la Revolución (Sheridan, 1985, p. 127). Su movimiento pretendía familiarizar el público mexicano con esas vertientes desconocidas. Por ello, la consigna que Siqueiros lanzó desde Barcelona a los artistas latinoamericanos fue universalizada en el primer documento del Estridentismo, pegado en puestos y muros de la capital del país un día de diciembre de 1921: “¡Cosmopoliticemos!”

El Estridentismo duró seis años. Surgió “bombásticamente” en la ciudad de México, donde provocó muchas discusiones y polémicas. Después de pasar por Puebla, sus miembros se instalaron en la provinciana Jalapa —que bautizaron como “Estridentópolis”. En Jalapa, contaron con el apoyo económico y político del gobierno izquierdista del general Jara, hasta que éste fue alejado del poder. Curiosamente, Maples Arce, que tanto criticó en los Contemporáneos su interés “por el oro prebendario de los sinecurismos gubernamentales” y el “medio nacionalista con hedores de pulquería y rescoldos de fritanga” (Schneider, 1985, p. 46) acabó volviéndose diplomático y abandonó al movimiento, que finalmente se desintegró.

Los estridentistas capitaneados por Maples Arce, con su estrategia de manifiestos y polémicas, conformaron el único movimiento mexicano con las características iconoclastas de la vanguardia europea. Su manifiesto afirmaba, incluso, que el público “no tiene recursos intelectuales para penetrar el prodigio de nuestra formidable estética dinámica” (Schneider, 1985, p. 46). Ahora bien, siendo la cultura mexicana tan formal y tradicionalista, su aparición causó un furor que no dejó de ser benéfico. Mezclando

elementos como “obuses de elevadores”, “la belleza actualista de las máquinas”, “anticipaciones poemáticas nuevilatitudinales”, acompañados todos de vivas al “mole de guajolote”, el Estridentismo anunciaba la “posibilidad de un arte nuevo, juvenil”. Y, al mismo tiempo, evidenciaba los pares en oposición típicos del momento de transición que se vivía en el mundo occidental y en el México revolucionario. Pares que, desde el inicio del siglo, los movimientos vanguardistas europeos trataban de discutir: nuevo y viejo, rural y urbano, nacional y extranjero.

Muerte al cura Hidalgo (héroe oficial de la independencia mexicana) y silla eléctrica para Chopin eran otras consignas del primer manifiesto de un movimiento que causó polémica pero no dejó herederos. Al contrario, el nacionalismo cultural proveniente de las discusiones de los ateneístas, “religiosamente” (y a veces burocráticamente) cumplido en la rutina de la SEP bajo la enérgica dirección de Vasconcelos, sedimentó el arielismo de los intelectuales responsables de la cultura nacional, en una línea sin desviaciones sustantivas.

Mexicanos y brasileños

Al comparar México y Brasil, es indispensable observar la importancia de los grupos intelectuales. En México, país considerablemente centralizado en la vida cultural y política de la capital, la labor que guiaría la política cultural nacional en los años veinte fue construida paulatinamente, a partir de 1906, por los intelectuales agrupados en el Ateneo de la Juventud, la institución cultural que se volvió hegemónica. En Brasil, las cosas no fueron así. Si, como hemos comentado, la São Paulo del inicio del siglo se caracterizaba por la aridez cultural y artística, tampoco Río de Janeiro se destacaba por la presencia de un gremio cultural tan importante como el mexicano.

Podríamos pensar en el papel que desempeñó la Academia Brasileira de Letras (ABL), fundada en 1896, con indefectible inspiración francesa. Bajo la influencia de Machado de Assis y sus férreas concepciones de dignidad y decoro, se alejaba de la clásica bohemia literaria y podría componer una institución intelectual y políticamente influyente, rebasando la esfera de las

discusiones literarias. Como nos cuenta Brito Broca (1960, pp. 59-71), con el tiempo la Academia fue abriendo sus 40 sillas inmortales a personajes que, incluidos en la flexible categoría de “exponentes”, poco tenían que ver con la literatura (los casos del inventor Santos Dumont, el científico Osvaldo Cruz y el político Rio Branco son ilustrativos). Sin embargo, la mayoría de los nuevos “inmortales” tenía mucho que ver con la política y la vida en sociedad (Machado Neto, pp. 189-195, 198).

Aunque algunos de sus miembros mantuvieran una innegable actuación pública (Rio Branco, Nabuco, Rui Barbosa, e incluso Bilac y sus campañas nacionalistas), como institución cultural, la ABL nunca pareció involucrarse directamente en las políticas públicas y culturales adoptadas en el país o en su capital.⁴¹ En realidad, la Academia era vista mucho más como un palco de consagración que como una casa de estudios.⁴²

No se quiere decir con eso que, en Brasil, intelectuales y políticos estuvieran separados o que sus lazos fueran irrelevantes. Al contrario, el vínculo con el aparato estatal como funcionarios públicos era el camino natural de gran parte de los que tenían “vocación por las letras”. Los famosos “huesos” —los empleos públicos que Lobato mencionaba constantemente— atraían a los intelectuales. Debido a la estabilidad que representaban, podían constituir un amparo para las tareas de creación, todavía marginadas en términos del mercado profesional, aparte de la prensa y las instituciones educativas.

⁴¹ La ABL inspiró la creación de una serie de réplicas en los estados brasileños y a uno que otro movimiento disidente, como fue el caso de la Academia dos Novos, de Lima Barreto, inspirada en la Goncourt francesa, que no sobrevivió las elecciones. Para un análisis de la ABL, las revistas literarias y librerías como instituciones de prestigio cultural, difusoras de ideas y creadoras de modas, véase Machado Neto (1973, pp. 189-231).

⁴² Monteiro Lobato no resistió los llamados de la consagración y se postuló dos veces a la inmortalidad. La primera vez, en 1922, se inscribió estimulado por el éxito de su libro *Unipês*, pero acabó retirando su candidatura. La segunda, en 1926, llevó el a cabo el proceso e incluso visitó a algunos académicos. Sin embargo, fue derrotado por un autor “amable e inédito” (*CE*, vol. 1, p. 191; *BG*, pp. 314, 333). En 1944, intentaron convencerlo para que compitiera una vez más, pero el autor, molesto, se rehusó (*CE*, vol.2, pp. 137, 138). En dos cartas, Lobato describe y comenta el proceso de su inscripción “bajo protesta” por Menotti del Pichia, Cassiano Ricardo y otros ocho académicos no mencionados (*CE*, vol. 2, pp. 136-142).

Asimismo, no se puede negar que la actuación en el ámbito político-partidista ofrecía notables atractivos a los intelectuales brasileños del periodo. Intelectuales identificados con la llamada Escola do Recife, por ejemplo, además de escritores fueron políticos (Sívlio Romero y Clóvis Beviláqua, por cierto, miembros de la ABL, son dos ejemplos). Muchos escritores recibieron puestos en el servicio exterior y varios intelectuales de la época tal vez pudieran definirse más bien como políticos que también escribían (Rui Barbosa y Joaquim Nabuco configuran los ejemplos clásicos).

Aquí la cuestión es saber si hubo o no en Brasil un grupo como el de los ateneístas, quienes —identificados como un grupo al principio desligado del aparato de Estado— influyeron en la elaboración y conducción de políticas culturales de México y su capital. Por los datos revisados hasta ahora, la respuesta es negativa. La preocupación de los ateneístas por sus conferencias e iniciativas didácticas no tuvo ningún paralelo en Brasil. Su identificación pública como “ateneístas” otorgaba a los miembros del Ateneo un *status* diferente —lo que, por ejemplo, no pasaba con la definición de “académicos” para los miembros de la ABL. A final de cuentas, el Ateneo constituyó una sociedad de duración limitada. Quienes frecuentaron sus reuniones se llevaron consigo para siempre una especie de “marca de distinción” que se confería a muy pocos. A pesar de todas las diferencias e incluso divergencias que mantenían, los ateneístas compartían un punto de partida ideológico que, en el límite, podríamos definir como identidad y que la connotación de “inmortales” jamás podría expresar.⁴³

La relación entre los grupos intelectuales y el ambiente universitario también se estableció de manera distinta en México y en Brasil. En 1904, se fundó una Universidad Popular en Río de Janeiro (Contreras, 1985, pp. 78-81; Broca, 1960, p. 119). Sin embargo, creada por iniciativa anarquista, se alejó, por definición, de las esferas culturales y educativas institucionales o nacionalistas.

⁴³ Es importante observar que la “Academia Mexicana de la Lengua” fue fundada antes que la ABL, en 1875, como academia oficial, correspondiente a la española. Como la brasileña, la academia mexicana se concibió como un espacio de celebración y no de producción crítica.

Consideremos que la primera universidad brasileña fue fundada en Río de Janeiro en 1920 y no pasó de la yuxtaposición de tres facultades independientes: derecho, medicina y politécnica (Nagle, 1974, p. 122). Eso cuando en Argentina, dos años antes, la Universidad Nacional de Córdoba fue el escenario de un movimiento estudiantil que se propagó por toda Hispanoamérica, hasta Cuba, y cuyas reivindicaciones y conquistas anticiparían en cincuenta años el famoso mayo parisino.⁴⁴

En realidad, hasta el inicio de los años treinta, en Brasil, puede afirmarse que no se planeaba formar intelectuales con el objetivo explícito de concederles cargos importantes en el aparato del Estado, ni siquiera de dotarlos de una visión académico-universitaria. Tardarían todavía en surgir las elites intelectuales —formadas en universidades— preparadas profesionalmente para discernir y enfrentar los problemas brasileños.

En cuanto a México, puede decirse que la Revolución iniciada en 1910 “atropelló” la dominación oligárquica del Estado y la dictadura de Porfirio Díaz, legitimadas ambas por los intelectuales positivistas hasta entonces hegemónicos. A partir de la elección de Francisco I. Madero y el exilio de Porfirio Díaz, los gobernantes y su *staff* fueron retirados paulatinamente del aparato del Estado y sus funciones ocupadas por sustitutos y no por continuadores. Tal hecho haría que, años más tarde, Manuel Bonfin sugiriera para Brasil la “solución” mexicana:

sólo vemos un tipo de Revolución que sería el camino adecuado para Brasil —la que México ha estado haciendo en los últimos doce o quince años: alejamiento definitivo, una especie de eliminación

⁴⁴ Entre lo que los estudiantes criticaban se hallaba el trabajo anticientífico de las academias, el carácter anticuado de los planes de estudio y la ineptitud de los dirigentes, su inmoralidad y su horror al progreso y la cultura. Entre lo que reivindicaban, la intervención de los alumnos en el gobierno de las universidades, representación estudiantil en los consejos académicos, docencia libre, y asistencia a clases también sin trabas, así como, principalmente, la depuración del cuerpo docente y el cambio del sistema de enseñanza (*cf.* Reynal, “Notas sobre el Movimiento Universitario en la Argentina”, *apud* Fell, 1989, p. 619, nota; Vasconcelos, *RC*, pp. 156-157. Rama (1985, p. 84), por otra parte, analiza este movimiento por la autonomía universitaria como una “típica estrategia de ascensión social de un nuevo sector o clase que busca alcanzar una instancia de poder”. La universidad seguiría funcionando como puente de acceso a la ciudad *letrada*.

de los dirigentes, antiguos dominadores, y reparaciones que, siendo parte de la justicia reclamada, son a la vez estímulo y enderezamiento del ánimo nacional [*apud* Martins, 1978, vol. VI, p. 507].

No obstante, si bien la transformación radical de las estructuras sociales, en esta nueva fase inaugurada en México, obligó a la toma de posición de muchos intelectuales, eso no significa que su habilitación profesional, teórica e intelectual pasara a un segundo plano. Al contrario, más que nunca era requerida y necesaria. Ahora bien, una entidad como el Ateneo, al aglutinar a profesionales con intereses culturales semejantes, en cierto modo los preparó o al menos los legitimó para ocupar puestos públicos y asumir responsabilidades gubernamentales y sociales.⁴⁵

En cuanto al movimiento intelectual en Brasil, obsérvese que los mismos modernistas paulistas tuvieron su tradición de grupo en gran parte construida *a posteriori*. No se reconoció en su momento, por ejemplo, la importancia de eventos como la famosa Semana de 22, a la que con el tiempo todos los manuales de literatura definieron como elemento cultural y estético transformador.⁴⁶ La participación de los modernistas en la estructura estatal ocurrió años más tarde, en el Departamento de Cultura del municipio de São Paulo y, aun así, no se puede pensar en

⁴⁵ En este sentido, es interesante mencionar el caso del ingeniero Alberto J. Pani. Integrante del Ateneo, ocupó cargos importantes en varios gobiernos. Vasconcelos lo execró en sus memorias, acentuando el oportunismo de su enemigo. Pani, antes de incorporarse a los cuadros del gobierno de Obregón, realizó una investigación interesante sobre la salud pública y la educación en México (Krauze, 1985, p. 50). Como ministro de Relaciones Exteriores de Obregón, Pani se encargó de los festejos del Centenario de la Ratificación de la Independencia, gastando enormes cantidades de dinero que, según Vasconcelos, habrían sido mejor aprovechadas en la construcción de escuelas. También fue el organizador de la delegación enviada a Brasil con Vasconcelos en 1922. Como regalo al pueblo brasileño, mandó fundir en Nueva York una réplica de la estatua de Cuauhtémoc, que decora el Paseo de la Reforma de la capital mexicana desde 1885. Irónicamente, la mandó hacer en la compañía que había ofrecido al régimen de Porfirio Díaz varias réplicas más de la misma estatua, enviadas a lugares como París y Chicago (*cfr.* Tenorio, 1994, p. 105). Vasconcelos recordaba el hecho con mordaz ironía (*ED*, p. 131). Sobre las fiestas del Centenario de la Ratificación, véase De los Reyes (1993, pp. 121-126), que maneja un interesante material iconográfico.

⁴⁶ Un movimiento aristocrático, como lo reconoció Mário de Andrade años después, en su lúgubre "ajuste de cuentas" con el pasado, no tenía por qué buscar medios de difusión masivos para sus ideas (s. f., p. 236).

una acción colectiva, sino en actuaciones aisladas de miembros de un pequeño grupo de intelectuales reminisciente del movimiento inicial.⁴⁷ Eso, sin hablar de la ruptura entre los miembros del movimiento poco después de la “Semana”, que acarreó una profusión de manifiestos, revistas y discusiones en la prensa. La polémica actuación política del integralista Plínio Salgado, por ejemplo, será fundamental en los años subsiguientes a la Revolución de 1930.

Es cierto que los ateneístas también tenían como característica la legitimidad que el tiempo les otorgó. Y no sólo el tiempo. El análisis de algunos de sus escritos por Carlos Monsiváis (1981, pp. 1390-1408), se encarga de probar cómo los mismos ateneístas realizaron un trabajo de autoconsagración, para asegurar su lugar en el “panteón de los hombres célebres”. Al seguir estrictamente la cartilla de mitificación que la historiografía mexicana posterior a 1910 utilizó, llegaron incluso a afirmar que su interés real no eran los puestos, sino la renovación de las ideas (Henríquez Ureña, *CDA*, p. 152).⁴⁸

⁴⁷ Recordemos que cuando Mário de Andrade asumió el departamento en 1935, el alcalde de São Paulo era Fábio Prado, sobrino de Paulo Prado. La actuación política de esta familia, desde el consejero del Imperio, Antonio Prado, alcalde de la ciudad entre 1899 y 1910 (*cfr.* Sevcenko, 1992, p. 120) hasta Fábio, destituido por Getúlio Vargas, en el Estado Novo, se inclinó por el estímulo a la creación cultural. Pero mientras Antonio Prado se concentró más en el centro de la ciudad, Fábio Prado desarrolló una política de alcance mucho más amplio (*cfr.* Fabris, 1994, p. 20; Sevcenko, 1992, pp. 121-123, 127; Duarte, 1971, pp. 59-121).

⁴⁸ Monsiváis relativiza la importancia política y cultural de los ateneístas. “Frente a los sectores reaccionarios y feudales del porfirismo, representan un adelanto, una liberalización, una *alternativa*: son la posibilidad de reformas dentro del sistema, la certidumbre de un comportamiento intelectual de primer orden. Pero su raigambre conservadora es imperiosa” (1981, p. 1397, cursivas del autor). En realidad, los ateneístas parecen haber sido más radicales que revolucionarios, para usar una vez más la connotación que Antonio Candido da a los dos conceptos (Candido, 1995, pp. 331-354), lo que no descalifica su actuación. El simple hecho de que hayan surgido y actuado como asociación cultural durante tanto tiempo y se hayan dedicado a tareas como la creación de la Universidad Popular, otorga relevancia a su conducta. Asimismo, la aceptación de cargos políticos por muchos de los ateneístas ilustra, en primer lugar, la sustitución de una línea filosófica (el positivismo) y de una élite intelectual (los científicos) por una nueva intelectualidad interesada en otras corrientes filosóficas. En segundo lugar, demuestra la importancia asumida de estos nuevos intelectuales en el aparato estatal del país, en la elaboración de políticas públicas y en la búsqueda de maneras de transformar o, por lo menos, de modificar a la sociedad mexicana.

La política de la “autoreferencia y reverencia” fue frecuente entre sus miembros, como ilustra una conferencia dictada por Vasconcelos en Lima, en 1916, titulada “El movimiento intelectual contemporáneo de México”. Después de hablar de los pensadores mexicanos consagrados, Vasconcelos ofreció al público “la lista de mis héroes”, que incluía un breve perfil intelectual de más de 20 compañeros ateneístas y disculpas para aquellos que no había nombrado en “esta reseña de los obreros del pensamiento” (CDA, pp. 131, 133). Además de Vasconcelos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña escribieron textos que se volvieron referencias fundamentales sobre el Ateneo (*cfr.* CDA, pp. 149-156, 187-215; Reyes, 1983, pp. 118-152).

De todas formas, es posible observar en la vida personal y en la obra de muchos de los 69 integrantes de la vieja sociedad de conferencias el carácter colectivo de varias de sus concepciones. Formaron parte de la estructura académica (como profesores de la Universidad Nacional, de la Escuela Nacional Preparatoria); del aparato estatal posrevolucionario, vinculados a las más diversas facciones y gobiernos (maderista, huertista, carrancista, obregonista); de la reflexión y producción estéticas en el circuito cultural (por medio de periódicos y galerías de arte). Como podemos ver, detrás de la actuación de estos intelectuales, escritores y artistas hay un escenario estético y político relativamente común, que los define *a posteriori* como ateneístas, pero que los identificaba como intelectuales activos durante los años en que el Ateneo existió (1907-1914) y en los años inmediatamente posteriores a su desaparición.

LA MIRADA INEVITABLEMENTE URBANA

Si contraponemos la actuación de los intelectuales en São Paulo y en la ciudad de México, observaremos que los miembros de ambos grupos hacían del ambiente urbano su escenario, incluso cuando miraban en dirección al campo y la provincia. Lobato ya había descubierto la gran ciudad como el lugar por excelencia del enriquecimiento intelectual. Lejos de la efervescencia urbana no es posible pensar, diría a su amigo Godofredo Rangel, en las varias cartas que le escribió.

Vasconcelos también percibía en las ciudades el lugar por excelencia de la creación. Durante su estancia en Buenos Aires, escala de su viaje a Sudamérica en 1922, admiró las bellas y desarrolladas ciudades argentinas en oposición al campo que, como en México, seguía dominado por el latifundio. En las ciudades se crea el pensamiento moderno, diría el mexicano, secundando al argentino Sarmiento.⁴⁹

Para pensar la ciudad como el lugar de la cultura vale la pena regresar a la capital mexicana durante los conflictivos años diez. Entre las historias notables de este periodo, se halla la de un curso sobre “La psicología del cristianismo” que el filósofo Antonio Caso impartió a un grupo de alumnos en el invierno de 1915. Debido a los combates que alcanzaban a la capital, los servicios municipales se interrumpían a las seis de la tarde, cuando se apagaba la luz eléctrica. A la luz de las velas que los alumnos llevaban, Caso hablaba de la vida de San Agustín, Santa Teresa, Tolstoi, Lutero, Carlo Magno, en un “clima de homilía y catacumbas” (Krauze, 1985, p. 71). La permanencia de Caso en la capital del país, procurando mantener encendida la llama de la cultura, mientras el interior ardía entre los combates de la guerra civil, contrasta con una carta escrita por él mismo en 1913, a Alfonso Reyes, entonces en París:

Vivimos en un desquiciamiento infernal [...] los estudios superiores [...] nada tienen que ver con un país en el que la barbarie cunde como quizá nunca ha cundido en nuestra historia [...]. Ser mexicano culto es una de las inadaptaciones más incuestionables del mundo, ¡qué remedio! [*apud* Krauze, 1985, p. 59]

Es importante entender las razones del ateneísta Antonio Caso, tanto para su desánimo en relación con el papel reservado a la cultura en el país, como para su entusiasmo —o determinación— por formar seguidores. En una sociedad como la porfiriana, en que los ateneístas se habían formado y en la cual,

⁴⁹ Vasconcelos, *RC*, p. 174, *apud* Fell, 1989, p. 609. Fell utiliza la edición española de 1925. Las ediciones a partir de 1927 fueron recortadas por el autor. Curiosamente, en las ediciones posteriores, Vasconcelos elimina muchas de las referencias a Sarmiento.

debido al positivismo hegemónico, el lugar oficialmente reservado al pensamiento y las humanidades en general prácticamente no existía; y en donde, con la Revolución (o la barbarie, según Caso), tampoco existía, no era de sorprender la frustración del desubicado filósofo. Sin embargo, el carácter colectivista que marcó la fundación del Ateneo mantuvo entre algunos de sus miembros la fe en el trabajo intelectual y en la enseñanza. Eso explica el entusiasmo de Antonio Caso, que lo llevaría a hablar de vidas de santos a la luz de velas y entre el estruendo de los cañonazos revolucionarios). También se explica así el mantenimiento de la ciudad como escenario privilegiado para la creación cultural. En ella sería posible encontrar la “atmósfera de acción, prisa, excitación permanente” para realizar las grandes cosas que, como diría Lobato, sólo los grandes centros permiten (incluso reunirse para escuchar las clases de un abnegado profesor de filosofía en medio de una revolución).

En el Brasil y el México de los años diez y veinte, la actuación de las elites intelectuales urbanas sería significativa (aunque consideradas sus ya mencionadas especificidades, sobre todo respecto a la inserción de los intelectuales en la política). En México y más precisamente en la capital, el caos que entonces se vivía, aliado al verdadero “vacío de cerebros” generado por el porfiriato, que prácticamente no logró formar herederos de su ideología positivista, hizo posible la existencia de grupos de estudiantes promovidos a profesores, aprendices promovidos a sabios. Hizo posible que jóvenes llenos de expectativas y sin ninguna experiencia salieran de las escuelas directamente a los puestos clave del gobierno (Gómez Morín, 1927, pp. 25-28).

Eso representó una experiencia única para el país y uno de sus mayores impulsores fue precisamente el antiguo ateneísta José Vasconcelos, por el entusiasmo que logró transmitir a los jóvenes, cuando el gobierno estaba en las manos de caudillos militares sin preparación intelectual para las tareas que debían desempeñar. El entusiasmo por construir un México nuevo que muchos de estos jóvenes intelectuales abrigaron, ayudó en cierta forma a institucionalizar la Revolución o (como ha dicho polémicamente Monsiváis) conducirla a una nueva fase, ya sin participación popular.

En Brasil, y específicamente en São Paulo, la juventud también se sintió atraída por iniciativas regeneradoras y, en cierto modo, colectivistas. Paralelamente a las organizaciones obreras y anarquistas, y en la atmósfera patriótica estimulada por la primera guerra mundial, los estudiantes, sectores de la clase media emergente y sus intelectuales crearon, además de los movimientos patrióticos ya comentados, campañas sanitarias y principalmente de alfabetización, aunque en escala mucho menor que en el México de los años veinte.

Sobre todo a partir de la eclosión de la primera guerra, la discusión de los problemas nacionales y el papel del Estado adquirió grandes proporciones, en un tiempo que generaba sentimientos contradictorios: el patriotismo dominante, que el pragmático y realista Monteiro Lobato nunca dejó de criticar, junto a un pesimismo intermitente ante la realidad del país.

No se puede negar que la ciudad de São Paulo, con su atmósfera efervescente, estimulaba la acción y conducía las aspiraciones de intelectuales como Lobato hacia una lucha por transformar y, a la luz del desarrollo paulista y al margen de episódicas fantasías separatistas, por modernizar el país entero, derrotando la visión idealista siempre imperante en cuanto a los destinos del “gigante acostado”. Como veremos, el proyecto editorial de Lobato, aunque se apoyaba en la perspectiva capitalista primordial del lucro, implicaba un deseo de transformación cultural y social. Tal proyecto no sería concebible fuera de las condiciones de desarrollo que ofrecía el ambiente urbano. Con su editorial instalada en la metrópoli, Lobato quería alcanzar los rincones más distantes del país para vender la “mercancía-libro”. El autor se impacientaba ante la inercia de los interminables debates sobre cuestiones irrelevantes y no veía con buenos ojos las campañas patrióticas. Su política era “hacer”, o en todo caso discutir temas y cuestiones urgentes para el país. En su estilo informal y directo, nunca se cansó de repetir la necesidad de mirar a Brasil de manera más pragmática y menos idealizadora:

Si el tiempo, el papel y la tinta que se gastan en glosar la mejor manera de “hacer” patriotismo y salvar esta Patria, los gastáramos en el estudio de las cosas prosaicas de la vida, de las cuales todo

lo demás deriva, generaríamos una forma de patriotismo práctico de tremendo alcance. [ML, p. 79]

Como veremos, a lo largo de los años diez y veinte, el entusiasmo y el desánimo caminarían de la mano entre los intelectuales, tanto en México como en Brasil. Su actuación sería fundamental para crear caminos, elaborar conceptos y solucionar problemas; y también para acercar los centros urbanos periféricos, donde actuaban, al flujo capitalista internacional —en todas sus vertientes, de la económica a la cultural, pasando por la política. Los intelectuales cumplirían sus funciones en el escenario urbano, vinculándose al aparato estatal y al sistema partidista, como José Vasconcelos. O, como Monteiro Lobato, evitando los vínculos partidistas y los cargos públicos, pero siempre tratando de participar en las discusiones del momento, especialmente por medio de la prensa. Vasconcelos, sobre todo en sus años de producción filosófica y actuación política, con una perspectiva principalmente idealista y universalista, calcada de los preceptos nietzscheanos de creación y participación colectivas. Lobato, con su visión simultáneamente individualista, nacionalista y pragmática, con Henry Ford pero también con Nietzsche como modelos de acción.

II. JOSÉ VASCONCELOS: EL FILÓSOFO Y EL POLÍTICO¹

DE EAGLE PASS AL MINISTERIO

José Vasconcelos adquirió celebridad por el trabajo que realizó como miembro del gobierno de Álvaro Obregón, primero en el puesto de rector de la Universidad Nacional (junio de 1920-octubre de 1921) y después como uno de sus ministros, ocupando, como titular, la Secretaría de Educación Pública, SEP (octubre de 1921-julio de 1924). Sin embargo, su interés por la cuestión educativa era más antiguo. Vasconcelos ya se había encargado de la misma secretaría en 1915, durante un mes y medio, en el efímero gobierno de Eulalio Gutiérrez. Bajo la presidencia de Carranza, había ocupado por dos semanas la dirección de la Escuela Preparatoria Nacional (*LT*, pp. 553, 577, 590), además de, como ya vimos, haber presidido el Ateneo de la Juventud cuando se creó la Universidad Popular. Vasconcelos dedicará su atención a esos dos proyectos, el educativo y el cultural, y con ambos ganará la celebridad que hasta hoy lo envuelve. Sus propuestas eclécticas y ambiciosas lo conducirán simultáneamente a las letras y la política, y enseguida a un lugar preponderante en la historia reciente mexicana.²

¹ El objetivo del presente capítulo no es presentar una biografía del autor. Otros ya lo han hecho, entre ellos Claude Fell (1989), cuya obra pormenorizada citaré con frecuencia. En su documentado análisis de los cinco años de actividades públicas de Vasconcelos, Fell construye un panorama detallado no sólo de las raíces del pensamiento y la actuación política y estética del ministro revolucionario, sino de sus efectos sobre la vida cultural mexicana. Mi interés es presentar un panorama del pensamiento y la acción de Vasconcelos, con el objetivo de comprender su inserción, como intelectual y hombre público, en los acontecimientos políticos y culturales del periodo.

² De hecho, Vasconcelos se volvió célebre por su "proyecto de civilización", pero también por el carácter polémico que su producción intelectual y política adquirió con el tiempo. Razones suficientes para su aura de autor maldito se encuentran no sólo en sus gruesos tomos de memorias, sino en obras polémicas como *¿Qué es la Revolución?* y *Breve historia de México*.

¿Por qué educación? ¿Por qué cultura? ¿Y por qué la acción educativa de este abogado, que pocas veces ejerció efectivamente el magisterio, consiguió que los estudiantes universitarios de varios países hispanoamericanos lo honraran con el título de “Maestro de la Juventud” (Fell, pp. 581-585)?³ La relación de Vasconcelos con los ateneístas ilustra su preocupación por sentar las bases de la nueva cultura nacional, realizada mediante la educación (Robles, 1989, p. 20). El humanismo crítico que había inspirado las reuniones de estudio del Ateneo llevó el futuro ministro a crear un programa de rescate social que se adecuara al país convulsionado y a su población, mayoritariamente apartada de la educación y la cultura. El espíritu regenerador que imprimió a su trabajo ministerial sirvió, también, de plataforma a su carrera política. Después de abandonar el ministerio, Vasconcelos se proclamó a sí mismo como la personificación de la cultura en una sociedad dominada por el militarismo.

Las memorias de Vasconcelos ayudan también a explicar su trayectoria política e intelectual. El autor pasó su infancia y adolescencia en escuelas de provincia. La que ejercería mayor influjo sobre él fue la norteamericana de Eagle Pass. Todas las mañanas de aquel periodo que su familia residió en Piedras Negras, donde su padre trabajaba para la aduana mexicana, Vasconcelos tenía que cruzar la frontera para llegar a ella. La experiencia bilingüe y bicultural sería fundamental en su vida adulta. El pequeño mexicano fronterizo, sin haber tenido una experiencia de vida efectivamente nacional, tuvo que enfrentarse de inmediato al choque de las versiones históricas. Los estadounidenses celebraban como etapas formativas y victoriosas de su gran país todas las disputas y anexiones territoriales que, a su vez, los mexicanos veían como pérdidas y derrotas. En casa, el alumno comparaba sus atlas y libros mexicanos de historia con lo que aprendía en la escuela y se hundía en la tristeza (UC, p. 43). De esa experiencia escolar, Vasconcelos conservó la admiración por el espíritu combativo de los aguerridos sajones, a los que unían objetivos

³ Todas las menciones de Fell a lo largo del presente capítulo remiten a *Los años del águila*, edición de 1989. Las siguientes referencias a esta obra indicarán solamente el número de la(s) página(s) citada(s).

comunes, incluso los de conquista territorial.⁴ En cambio, nunca encontró ese espíritu entre los latinos.

La comparación entre el desarrollo de la frontera norteamericana y el plácido estancamiento del lado “de acá” de la frontera se deslizará directa o indirectamente en la obra memorialística del autor y en gran parte de sus escritos iberoamericanistas. Junto al espíritu arielista que predominaba entre muchos intelectuales iberoamericanos de la época, Vasconcelos siempre asoció el sentido pragmático y la modalidad científica del conocimiento con el mundo anglosajón. La cultura y las artes serían, pues, prerrogativas latinas. Y había que estimularlas como rasgos de diferenciación e identidad del vasto subcontinente.⁵

Es oportuno abrir un paréntesis para reflexionar acerca de la influencia de Rodó en la obra de Vasconcelos. Escrito en 1900, su *Ariel* exponía el temor del uruguayo (que el mexicano compartía) de que la búsqueda de la utilidad y el bienestar material desembocara en el abandono de las preocupaciones ideales. En *Ariel*, el maestro que se despide de sus alumnos, preparándolos para la vida, insiste en la necesidad de que sean integralmente humanos, que eviten dejarse llevar por el utilitarismo y la pasión (1942, pp. 26-27). Rodó relacionaba el utilitarismo (“los milagros materiales del triunfo”) con Estados Unidos y temía que la tendencia de América Latina a imitar a eses país hiciera que ésta se “deslatinizara”.

Al asociar raza y cultura, Rodó afirmaba que los latinoamericanos tenían una herencia racial, una tradición étnica que mantener,

⁴ Domingo Sarmiento ya había observado que el pueblo norteamericano “lleva consigo orgánicamente, como una especie de conciencia política, ciertos principios constitutivos de asociación”. Tal capacidad permite que cada poblado se transforme en un microcosmos de la nación, de su organización política, social, económica y cultural (Sarmiento, *Viajes por los Estados Unidos*, apud Morse, 1988, pp. 83, 85).

⁵ Ya en sus primeras obras especulativas, Vasconcelos se preocupó por la cuestión de la unidad —ideológica, cultural, económica y política— del continente latinoamericano. Principalmente por eso, prefería hablar de “Iberoamérica”, en lugar de “Latinoamérica”, subrayando con esa distinción el papel preponderante de España como elemento esencial de la unión entre los países del subcontinente. También por eso prefería hablar de “raza iberoamericana” y pueblos “iberoamericanos”. A lo largo del trabajo, cuando se citen los textos del autor, se respetará su preferencia. En los demás casos, se usarán los términos “América Latina” y “latinoamericanos”.

un vínculo sagrado con el pasado, ausentes entre los “americanos del Norte” (pp. 82, 93).⁶ Para él, la cultura estadounidense, “lejos de ser refinada ni espiritual, tiene una eficacia admirable siempre que se dirige prácticamente a realizar una finalidad inmediata”. De ahí se originaba una nota dominante de optimismo, de confianza, de fe (que su propia religiosidad ayudaba a sustentar). La historia de Estados Unidos, según Rodó, era “toda ella, el arrebató de una actividad viril”. Por su capacidad arrogante de querer, basada en la escuela de la voluntad y el trabajo, el autor no podía dejar de admirarlos, aunque no los amara (pp. 88-89). Sin embargo, no vislumbraba entre los norteamericanos la genialidad, sino un materialismo pálido y mediocre; observaba la influencia política de la plutocracia astutamente sustentada en el lema *struggle for life*, y atisbaba la configuración de un imperialismo capaz de forjar mediante su utilitarismo “un tipo de civilización que prevalecerá” (pp. 98, 102, 104-105).

Según Rodó, en su lucha por dominar, los americanos del norte se contraponían a la cultura europea (y a toda su larga tradición), y, en realidad, la despreciaban. El objetivo de Rodó era armonizar los valores cristianos y los clásicos, lo que creía posible realizar entre los americanos del sur. Según el uruguayo, a los americanos del norte siempre les faltarían el genio de la propaganda, la vocación apostólica y la amabilidad, caminos que conducirían la cultura de una raza a algo parecido a la belleza de la Grecia clásica.

Vasconcelos siguió una línea similar a la de Rodó. Para el mexicano, los pueblos de climas fríos habían creado una civilización específica, la del trabajo manual y los instrumentos capaces de aumentar la capacidad de producción y explotar las riquezas de la naturaleza. La civilización de la “máquina” contribuía al bienestar físico del hombre, pero también lo envenenaba con sentimientos como la codicia colectiva y el afán de lucro, con la filosofía empírica y la moral utilitaria e incluso la alimentación excesiva

⁶ Sin embargo, al referirse a la raza, Rodó no consideraba a las poblaciones americanas autóctonas, ni en términos culturales, ni en términos étnicos. En su modelo, la tradición de los americanos del sur parece venir exclusivamente del “viejo mundo”.

(*EI*, p. 204).⁷ Para Vasconcelos, la vida espiritual difícilmente se desarrollaría en una civilización como ésta. Su lugar por excelencia estaba en los países de clima caliente. El pensamiento, la cultura, el desprendimiento nacerían naturalmente en los países tropicales (*cfr.* Fell, p. 388).

Las civilizaciones de la “máquina” se distinguían y se oponían a las civilizaciones creativas (portadoras de valores artísticos y religiosos). Vasconcelos, sin ignorar la técnica, como Rodó, prefería la cultura, por considerarla el vehículo esencial para la conquista de lo “absoluto”.⁸

Sus memorias de infancia ilustran esta asociación de fondo arielista, con reminiscencias del patriotismo de su padre: en lugar de pasar las vacaciones en San Antonio, Texas, Vasconcelos lo acompañaba al sur, al México colonial, dando la espalda ostentosamente al progreso y al yanqui. Solían ir a donde estaba “la verdadera civilización”, pues “la piedra labrada siempre valdría más que el cemento” (*UC*, p. 54). Pero, a pesar de todas las críticas

⁷ Vasconcelos también distinguía a las civilizaciones por sus hábitos de alimentación. Defendía la alimentación vegetariana de los pueblos asiáticos y de los antiguos pitagóricos en oposición a la dieta carnívora de los sajones: “Si fuésemos a juzgar el régimen carnívoro [...], diríamos que la carne produce mentalidades como la de Darwin y la de Spencer, en tanto que el vegetarianismo ha producido los profetas y los santos, los Budas que iluminan el camino de la humanidad” (*EI*, p. 193). Para oponer a latinos y sajones, se apoyó, curiosamente, en una observación de Taine, según la cual la mayor vivacidad y talento de los latinos dependía precisamente de sus dietas ligeras, en comparación con las sajonas. También recurrió al positivista mexicano Bulnes y su teoría de las razas del trigo, el maíz y el arroz. Según Vasconcelos, la superioridad que, ingeniosamente, Bulnes había concedido a las razas del trigo era consecuencia de que el mismo Bulnes, como la gran mayoría de los hombres del siglo XIX y del porfiriato, estaba ofuscado por la idea de la incuestionable superioridad anglosajona (*cfr.* *EI*, pp. 194, 200).

⁸ Cuando vivió en Estados Unidos, entre 1916 y 1920, Vasconcelos se interesó por la filosofía hinduista. Si mucho de su desinterés por las conquistas prácticas y de su fervor por las cuestiones del espíritu partía de en su formación grecolatina (sobre todo como seguidor del neoplatonismo de Plotino), también obedecía a su conocimiento de los filósofos y místicos hindúes. Su convicción de que el “espíritu” se sobreponía al desarrollo material a menudo lo llevó a a desatender elementos relacionados con la mejoría de las condiciones de vida de la población de su país. Aunque Vasconcelos sabía que la cultura y la técnica no podían separarse, llegaba a afinar, por ejemplo, que “en términos sociales, la civilización consiste en el mayor aprovechamiento de las energías del mundo y de las energías del cuerpo en beneficio de una vida espiritual más intensa y más amplia” (*EI*, p. 195).

que, en el futuro, haría a los vecinos del norte, en sus comparaciones entre los dos países el resultado fue muchas veces desfavorable para México. De su vivencia fronteriza, el autor recordaba que Piedras Negras (en esa época, Ciudad Porfirio Díaz)

entregábase a las conmemoraciones y holgorios sobre el basurero de las calles y las ruinas de una construcción urbana elemental. Inseguros del mañana, olvidados del ayer, los nuestros derrochaban con desprecio de la previsión, indiferentes aun al aseo [UC, p. 46].

Mientras tanto, Eagle Pass no paraba de crecer, pues los “yanquis no tenían un caudillo napoleónico” y “acompañaban su progreso material acelerado, de una esmerada atención a la escuela” (UC, p. 24).

Podemos encontrar en esa experiencia educativa entre los ocho y los trece años de edad, en Eagle Pass, las líneas maestras que definieron la actuación de Vasconcelos como secretario de Educación. La primera preocupación del ministro fue la enseñanza básica. Le asignó recursos importantes para dotarla de instalaciones adecuadas, mejorar los salarios de los maestros e implantar cursos de especialización y actualización para éstos. Ahora bien, el impulso de una educación nacionalizada y transformadora llevaría a la conquista de la necesaria unidad cultural, precisamente por obra de la construcción de una conciencia nacional. Esta conciencia, a su vez, generaría entre los mexicanos la todavía ausente comunidad de objetivos. El ejemplo del “otro lado de la frontera” era evidente. Los norteamericanos, que Rodó definía como materialistas, utilitaristas e imperialistas, habían logrado forjar, por medio de la escuela, esa comunidad de objetivos que Vasconcelos tanto admiraba.

En México, dada la magnitud de los problemas económicos y sociales, para que el plan que Vasconcelos intentaba poner en práctica pudiera implantarse, el papel reservado a las elites culturales era enorme. Sólo su voluntarismo podía proporcionar los elementos necesarios a la auténtica batalla que se requería para transformar el país. Vasconcelos asumió la rectoría de la Universidad Nacional en 1920, año que México inició con más analfabetos de los que poseía una década antes. Según las estadís-

ticas oficiales, entre 1910 y 1920, la población escolarizada había decrecido de 6.23 a 4.9 por ciento (Fell, p. 10). Después de diez años de conflictos y estancamiento económico, la reconstrucción del país anunciada por el gobierno de Álvaro Obregón no era tarea sencilla. Como tampoco lo era el trabajo que planteaba su futuro secretario de educación.

Vasconcelos propuso la primera etapa de su plan educativo —la “desanalfabetización” del país— el mismo año de 1920, tan pronto asumió la rectoría de la Universidad Nacional. Tal etapa requería, además de recursos —escasos en un México en ruinas—, la voluntad de contribuir de quien contara con la preparación suficiente. Un país con más de 80 por ciento de analfabetos, además de todas las diferencias lingüísticas, étnicas y regionales, no podría desarrollarse económica y socialmente. Ésta era una cuestión fundamental si se trataba de remediar los estragos de la guerra civil. Asimismo, Vasconcelos creía que la población carecía de la unidad cultural que, algunos años después, llegó a definir como “alma nacional” (*R?*, pp. 256-257).

Correspondería a los intelectuales el papel central en la formación de esa alma, principalmente porque, de acuerdo con el pensamiento vasconceliano, sólo los intelectuales podían ser tocados por el genio. Ahora bien, para Vasconcelos, era el toque de la genialidad (una mezcla de emoción, esfuerzo, audacia, sentimiento y, desde luego, heroísmo) lo que, en última instancia, iba a definir el alma de una nación y orientar su camino (*R?*, pp. 254-256). El intelectual debía acercarse a las masas y asumir su papel de conductor para aprovechar así su familiaridad con la llamada alta cultura, inaccesible para aquéllas. Vasconcelos era un crítico acerbo del inveterado aislamiento de los intelectuales. Por otra parte, su idealismo romántico lo inclinaba a confiar en la autonomía y la independencia ideológica que los intelectuales podrían cultivar en relación con las capas dominantes de la sociedad. Al actuar como puente entre la alta cultura y el pueblo, sin dejar de preservar su propia independencia, estos “conductores” harían factibles el enriquecimiento cultural y la transformación de las condiciones sociales del país.

Sin embargo, el “compromiso social” que Vasconcelos consideraba una premisa de la acción transformadora no aseguró a

los intelectuales la autonomía que el autor imaginaba. La acción “regeneradora” de los intelectuales ante un pueblo en espera de ser “regenerado” supone la existencia de un sustrato ideológico que apunte la acción de los “regeneradores” y que, por decirlo de alguna manera, flote sobre aquellos que serán “objeto” de su acción. ¿Regenerar para qué? ¿Regenerar por qué? Y, finalmente, ¿qué es lo que significaba “regenerar” para aquellos que, supuestamente, serían regenerados? El proyecto transformador que Vasconcelos se había propuesto implantar no se alejaba de un modelo concebido “desde arriba”, destinado a redimir la nación en su conjunto, pero sin consultarla. La “Revolución” quería llevar el conocimiento al pueblo, pero sin preguntarle qué le interesaba aprender.

En este contexto, para Vasconcelos, los intelectuales provenientes de o relacionados con las poblaciones indígenas, que podrían suponerse “orgánicos” respecto a su medio social, no asumirían ninguna acción que los definiera como tales. Tendrían, cuando mucho, un papel de coadyuvantes en el “proceso civilizador” del país, en la medida en que llevaran a sus comunidades la cultura (que las rescataría de sus atavismos) y los avances de la ciencia, adecuados al perfeccionamiento de sus condiciones de vida.⁹

Dadas sus enormes dimensiones, el programa educativo de Vasconcelos necesitaba el soporte de la estructura del Estado. Dado su carácter nacional, sólo podría desarrollarse con apoyo institucional. Sin embargo, como el Estado no tenía medios (materiales y espirituales) suficientes para la tarea hercúlea que se avecinaba, el recurso era acudir a quienes que pudieran colaborar. Tal hecho explica los llamados que Vasconcelos dirigía a los intelectuales para que cumplieran su papel.

Ahora bien, según Vasconcelos, evadir esta tarea cuando el gobierno por primera vez ofrecía recursos para su realización, no sólo representaba la pérdida de una oportunidad única. Al

⁹ Por lo demás, tal definición se asemeja a lo que Gramsci pensaba acerca de los campesinos: a pesar de su papel esencial en el mundo de la producción, no forman intelectuales “orgánicos” ni asimilan estrato alguno de intelectuales “tradicionales” (cfr. Gramsci, 1977, p. 28).

ignorar una responsabilidad que les imponía su oficio y condición social, los intelectuales culpables de mantener a las masas en la ignorancia, la miseria y la opresión. Si el Estado tomaba para sí la tarea de patrocinar, además de la educación, la cultura, a profesores y productores culturales les correspondía unirse al Estado para realizar su trabajo.

En 1920, al asumir la rectoría de la Universidad Nacional, Vasconcelos abrazó una tarea que, en la coyuntura político-institucional mexicana, de hecho no era suya. Con un decreto de 13 de abril de 1917, Carranza había suprimido el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes (Fell, p. 49). En este contexto, el puesto de rector no era precisamente prestigioso y, según Vasconcelos, tenía como atribuciones nada gratas “vigilar la marcha pausada y rutinaria de tres o cuatro escuelas profesionales y quitar la telaraña de los monumentos del pasado”.¹⁰ Sin embargo, Vasconcelos pretendía mucho más. En su discurso de toma de posesión, se anunció como “delegado de la Revolución”, responsable de lograr que la Universidad Nacional trabajara en beneficio del pueblo mexicano, sacando a las masas de la pobreza y la ignorancia (*cfr.* Brading, 1988, pp. 188-189). Y ése fue sólo el primer paso. Vasconcelos se empeñó en crear una secretaría federal de educación pública (y no solamente de instrucción), tarea que implicaba largas gestiones de orden constitucional, jurídico y parlamentario.

Sin embargo, el futuro secretario recorrió triunfalmente éste arduo camino.¹¹ Vasconcelos creía que el país necesitaba una educación federalizada y fundamentalmente popular. Tales elementos, de ser conquistados, tendrían repercusiones notables en la cultura nacional. Según la evaluación del entonces rector, las instituciones de cultura mexicana se encontraban

todavía en el periodo simiesco de sola imitación sin objeto, puesto que, sin consultar nuestras necesidades, los malos gobiernos las

¹⁰ Para esta y las siguientes citas, “Declaraciones del señor licenciado don José Vasconcelos con motivo de la toma de posesión del cargo de rector de la Universidad Nacional de México”, *Boletín de la Universidad*, vol. I, núm. 1, ago., 1920, pp. 7-13.

¹¹ Sobre la creación de la secretaría, véase Vasconcelos (*ED*, pp. 18-20) y Fell (pp. 17-21 y 49).

organizan como piezas de un muestrario para que el extranjero se engañe mirándolas y no para que sirvan.

Vasconcelos, al trasladar al plano de la educación y la cultura su afán revolucionario, pensaba que un Estado en el que convivían riqueza y pobreza extremas, sabiduría profunda y completa ignorancia tenía que ser transformado. En ese sentido, lo que había que revisar primero era el papel de la propia universidad. La universidad debía encabezar la regeneración cultural, y los intelectuales, fuera de la torre de marfil, debían “sellar un pacto de alianza con la Revolución”.¹²

En el México de Álvaro Obregón, el Estado empezaba a actuar decididamente como mecenas cultural. Obregón estaba seguro de que su presidencia inauguraba una nueva fase en la historia de México. Para él y gran parte de su equipo, la etapa inmediatamente anterior a su gobierno, caracterizada por los conflictos armados y la destrucción, había quedado atrás (Aguilar Camín, 1990, p. 99).¹³ Y eso se comprueba en el discurso de toma de posesión del rector Vasconcelos, repleto de metáforas belicistas, atenuadas, sin embargo, por un vocabulario de fondo cristiano, que asociaba en una misma acción civilizadora a misioneros y conquistadores:

Seamos los iniciadores de una cruzada de educación pública, los inspiradores de un entusiasmo cultural semejante al fervor que ayer

¹² Vasconcelos consideraba que el Estado mexicano, al no contar con los recursos necesarios para solucionar todos los problemas educativos, tendría que sacrificar la universidad en beneficio de la educación popular, más urgente y necesaria. Ya al frente de la SEP, Vasconcelos tuvo como colaborador en la rectoría de la Universidad Nacional a su compañero ateneísta Antonio Caso, un defensor incondicional de las labores universitarias. Impulsivo, el ministro denunciaba la vanidad y la cobardía de los intelectuales (“Un llamado cordial”, *El Maestro México* vol I, núm. 1, 1 abr., 1921, p. 7) y acusaba a los profesores y estudiantes universitarios de ser auténticos parásitos, insensibles a las necesidades reales del país. Cosío Villegas, entonces estudiante, recuerda que Caso se alejó, decepcionado, en tanto los estudiantes aclamaron las ideas del ministro, “a más de justas, novedosas, ‘revolucionarias’, o sea, acordes con el espíritu renovador de la Revolución” (Cosío Villegas, 1986, p. 87).

¹³ Vasconcelos llegó a afirmar en sus memorias: “después de la sangre vertida por la libertad, la revolución empieza a cumplir sus promesas y toda esa gente se levantará regenerada en apoyo de los que están construyendo patria” (*ED*, p. 83).

ponía nuestra raza en las empresas de la religión y la conquista... Organicemos entonces el ejército de los educadores que sustituya el ejército de los destructores.

Los maestros, intelectuales y artistas convocados por el nuevo gobierno, si escuchaban su llamado, podrían actuar de manera constructiva, encontrando en el aparato estatal apoyo para sus iniciativas (y, por supuesto, también empleo).¹⁴

Lo que importa destacar en el modelo cultural y educativo concebido por Vasconcelos es que el papel misionero que la elite cultural debía asumir no suprimía el carácter laico de sus tareas.¹⁵ En el México de la Revolución, la sustentación cultural y educativa tendría que forjarse a partir del Estado. Los misioneros de la cultura procurarían integrar el conjunto de la población al nuevo país en construcción, tomando como modelo tanto el espíritu abnegado de los religiosos de la Colonia como la intrepidez de los conquistadores. El resultado de esta “nueva cruzada” propuesta por Vasconcelos sería el conocimiento recíproco de los diversos sectores sociales y las diversas regiones. Si se alcanzaba esto, el país saldría de su aislamiento para arribar a la ejecución de un nuevo y arrojado modelo de desarrollo cultural, social, político y económico.

¹⁴ Sobre la actuación profesional de los intelectuales y su inserción en el aparato estatal, a partir de Vasconcelos, véase Díaz Arciniega (1989) y Sheridan (1985). Sheridan presenta una radiografía áspera del camino institucional de algunos intelectuales y artistas inicialmente seducidos por el proyecto vasconcelista. No siempre los criterios de compromiso y acción eran ideológicos. A final de cuentas, los puestos burocráticos eran instrumentos importantes de poder y prestigio y no era fácil obtenerlos y conservarlos. En relación con la influencia de los intelectuales en el ámbito del aparato estatal, Aguilar Camín (1990, pp. 95-134), en su análisis de los discursos presidenciales de 1920 a 1968, afirma que los presidentes mexicanos fueron alejando más y más a los intelectuales académicos del gobierno y limitando su contribución a la tarea de construir una ideología nacionalista y de fondo armonioso. La educación pragmática rebasó la cultura humanista, lo que hizo que los intelectuales ligados a la universidad fueran vistos gradualmente con mayor desconfianza, aunque la invitación de contribuir con sus conocimientos a la continuidad de la Revolución nunca abandonó los discursos oficiales.

¹⁵ De la confluencia del catolicismo fervoroso en que fue introducido en la infancia, la formación positivista que recibió en la adolescencia y la lectura de los filósofos griegos, orientales e irracionalistas que hizo en la juventud y la edad adulta, resultaron, en términos de su actuación en el ministerio, la admiración por la labor misionera, pero también la antipatía por el dogmatismo.

LA INFLUENCIA DEL “APÓSTOL” Y LOS DILEMAS DEL CAUDILLO

Entre los recuerdos de su la adolescencia en el puerto de Campeche, Vasconcelos evocó a un jovencito de origen humilde que le disputaba el primer lugar en el salón de clases. Y apuntó también que los alumnos más aplicados eran los de clase media. “A los ricos ¿qué les importaba el saber? —preguntaba el autor. ¡Tenían las tierras, las indias jóvenes, los esclavos viejos!” (*UC*, p. 116). Vasconcelos soñaría siempre con una república en la que los puestos de mando fueran ocupados por profesionales de clase media, responsables, honestos y competentes, para formar una elite intelectual y moral que, según sus palabras, “a través de la historia es la depositaria de la cultura, la creadora de los valores” (*LT*, p. 775).¹⁶ De la misma manera que México necesitaba técnicos capaces para que la incipiente industria pudiera crecer e ingresar al mercado mundial en mejores condiciones de competencia; de la misma manera que era necesario llevar a las poblaciones campesinas e indígenas mejores técnicas de agricultura, para que pudieran producir más y mejor, el país necesitaba emplear a sus mejores intelectuales en la conducción del país, en sustitución de los viejos caudillos —ricos, poderosos, inescrupulosos e ignorantes.

Por eso, la “cruzada” que Vasconcelos impulsó en sus años de rector y secretario tenía que contar con la fuerza de los estudiantes, entusiasmados por los libros y la sed de justicia, y los profesores e intelectuales, apoyados en su experiencia y reflexión. Pero ni unos ni otros podrían actuar sin la participación del pueblo, estimulado ahora por la necesidad de vivir mejor, de expresarse y hacerse oír, de dejar de ser explotado y excluido. En cuanto a los ricos, en el contexto del pensamiento vasconceliano, no tendrían, como clase social, otra función que no fuera precisamente la de entorpecer el proceso de regeneración de

¹⁶ Vasconcelos definía a la clase media como “la clase profesional que inventa, posee y administra los tesoros de la cultura en todas las latitudes. Verdadera aristocracia del espíritu, se halla esta clase colocada entre la rudeza y la incompetencia de los de abajo y la corrupción, el estulto egoísmo de los de arriba. Desventurado el pueblo en que la clase nuestra no domina, no impone la orientación y el sistema” (*LT*, p. 622).

una sociedad que el secretario Vasconcelos consideraba enferma, obsoleta e injusta.¹⁷

Sin embargo, debe observarse que, a pesar de toda la efervescencia revolucionaria que se vivía en México, ningún proyecto cultural como el que proponía Vasconcelos podría aplicarse si los estudiantes entusiasmados, los intelectuales abnegados y el pueblo sediento de cambios no contaban con el apoyo de caudillos como el mismo Obregón.¹⁸ Esa paradoja definió la obra de Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública y su propia conducta política. En un país autoritario como México, ¿cómo ser apóstol sin ser al mismo tiempo caudillo? Así, para llevar a cabo su proyecto de “regeneración”, Vasconcelos exigía a sus colaboradores lealtad absoluta. Al ampararse en la máxima “las ideas las fabrico yo” (*ED*, p. 60), procuraba centralizar todas las propuestas y decisiones. El abnegado, el genio, el héroe y... el caudillo: todos estos papeles serían la referencia-guía de su trayectoria como hombre de pensamiento y acción.¹⁹

¹⁷ En 1922, durante una sesión de la Cámara de Diputados en la que se discutía el presupuesto de la SEP, Antonio Díaz Soto y Gama, intelectual ligado a los zapatistas, elaboró la siguiente radiografía social, en un llamado a la clase media en pro del trabajo educativo misionero: “La clase media no ha cumplido su deber, y ese deber es abandonar la causa de los ricos para ponerse resueltamente al lado, no al lado, sino mano a mano, en el mismo plano, con la clase trabajadora... Pido, deseo más bien, que en lugar del maestro a la antigua, creyendo en una ciencia que se derrumbaba, haya el maestro misionero, modesto, que vaya a decir lo que siente; que vaya, no a enseñar economía política y los clásicos, sino algo de cooperación, que les diga unas tantas palabras de amor” (*Boletín de la SEP*, vol. I, núm. 3, p. 76). Uno de los objetivos de los *Boletines de la SEP* era difundir todo lo que sucedía en relación con la educación en el ámbito político. El discurso de Soto y Gama encontró en ellos un vehículo de difusión importante.

¹⁸ En 1920, Vasconcelos publicó una serie de artículos contra Carranza (de quien se había definido como enemigo personal) y en favor de la candidatura de Obregón a la presidencia de la República (*LT*, pp. 934-935). El asesinato de Carranza suspendió las elecciones y, de las negociaciones entre las diversas facciones políticas, derivó la presidencia interina de Adolfo de la Huerta, al cual sucedió Obregón. El ascenso político de Vasconcelos se debió, en gran parte, a la campaña que encabezó con aquellos artículos (Robles, 1989, pp. 33-51).

¹⁹ Cuando se preparaba el plan del futuro ministerio, Vasconcelos convocó al consejo universitario, que, según él, serviría “en esencia, para ratificar, legalizar la obra de un cerebro que a la hora de crear necesita sentirse solo”. Solía recordar que, desde el exilio en Los Ángeles, “ya tenía mi ley en la imaginación” (*ED*, p. 18).

En 1924, luego de renunciar al puesto de secretario, Vasconcelos probó su primer fracaso electoral. Contendió, sin éxito, por la gubernatura de Oaxaca, en elecciones que presentaron claros indicios de fraude (Fell, p. 594; Vera y Cuspinera, 1979, p. 44).²⁰ Al intentar encabezar la oposición al gobierno, fundó la revista *La Antorcha* y sobrevivió como periodista algunos meses. Con dificultades económicas y en un ambiente político adverso, después de dirigir los catorce primeros números de su revista (4 de octubre de 1924-3 de enero de 1925), decidió partir otra vez al exilio, que ya había probado durante los cinco años en que Carranza gobernó el país. En su ausencia (1925-1929), muchas de las iniciativas culturales y educativas que había desarrollado con su equipo fueron transformadas o desechadas. La presidencia del general Plutarco Elías Calles era, entre otras características, más anticlerical que la de Obregón. Sin Vasconcelos en la SEP, el general pudo desarrollar un plan educativo más orientado a la enseñanza técnica que a la humanista. Pero el efecto que la obra de Vasconcelos tuvo en el montaje y funcionamiento de la Secretaría de Educación Pública logró dejar huellas en la opi-

²⁰ En sus memorias, Vasconcelos afirmó que su decisión de renunciar a la SEP se debió al asesinato del senador Field Jurado. Obregón le había prometido solucionar el caso, pero nunca lo hizo. Jamás buscó a los culpables del asesinato del senador que había votado en contra de los Tratados de Bucareli, que condicionaban el reconocimiento del gobierno Obregón por Estados Unidos a que se evitara expropiar las propiedades de norteamericanos en el país (ED, pp. 219, 254). Hay que agregar, sin embargo, que en 1924 el presupuesto destinado a la SEP disminuyó significativamente. Según Vasconcelos, la proyección adquirida por un ministro que trabajaba mientras los demás hacían política había comenzado a incomodar al gabinete y al mismo Obregón (ED, pp. 116, 129). Asimismo, la batalla por la sucesión presidencial se generalizó y cambió las prioridades presupuestales del gobierno. El general Adolfo de la Huerta, ex ministro de Hacienda de Obregón, se rebeló cuando el presidente decidió imponer a Plutarco Elías Calles como su sucesor. Como De la Huerta peleaba por la presidencia, los conflictos armados no tardaron en aparecer y el gobierno tuvo que destinar más recursos a la compra de armamento. Sin embargo, aun antes de rebelarse, De la Huerta, todavía ministro, habría dicho a Vasconcelos, después de un viaje a Nueva York, que los banqueros se oponían a que se gastase tanto dinero en educación (ED, p. 130). Ahora bien, sin recursos suficientes, la actuación de Vasconcelos se veía profundamente comprometida, y su permanencia en el ministerio perdía sentido. La revista *El Maestro*, editada por la SEP, dejó de circular, según Vasconcelos, por intrigas que convencieron a Obregón de que la revista hacía propaganda política en favor del secretario. El pretexto para cerrarla fue que se necesitaba dinero para la guerra (ED, p. 224).

nión pública, principalmente entre los jóvenes que, en breve, lo apoyarían en su última campaña.

En efecto, en 1929, Vasconcelos regresaría a México para contender por la presidencia de la República. Ocupar el puesto máximo del aparato estatal sería la culminación de su proyecto cultural y educativo (además del personal). México, finalmente libre de los caudillos militares, podría cumplir el programa maderista, por el que Vasconcelos había luchado en su juventud y que ahora personificaba: él, un filósofo y no un militar, daría a México un gobierno democrático en el que la cultura sustituiría la barbarie. De ganar las elecciones, Vasconcelos podría reeditar la actuación de Sarmiento: un intelectual en el vértice del aparato estatal, con todos los medios disponibles para implantar sus planes "civilizadores".²¹

Sarmiento fue un modelo para Vasconcelos, quien reconocía en su labor de "maestro de escuela", tanto la hazaña de Argentina convertida en la primera nación hispánica como el milagro de su progreso. Es importante observar las similitudes que el propio Vasconcelos detectó entre él y el argentino: Sarmiento había llegado al gobierno después de "una larga y penosa preparación hecha en viajes y estudios y polémicas y libros". Era un hombre de acción consciente, que había elaborado su programa apoyado en el trabajo intelectual y que "en la lucha había templado la voluntad necesaria para consumarlo" (I, p. 148). Según Vasconcelos, el programa de Sarmiento se resumía en dos propósitos: "la europeización del continente y la difusión de la escuela primaria". El primero estaba en su *Facundo*; el segundo, en una frase: "Gobernar es educar". En palabras de Vasconcelos, la actuación de Sarmiento

²¹ Según Vasconcelos, para concretar su proyecto de gobernar con la nación, la batalla por venir sería cruenta: "La suerte estaba echada; mi campaña constituiría un esfuerzo de reintegración de México a su ser propio; para ello, tendría que enfrentarme en forma radical con todos los enemigos juntos: la Banca de Wall Street, que apoyaba a Calles y a Morrow [embajador de Estados Unidos]; el Gobierno americano, que administraban a México como un botín de guerra; los generales asesinos, que aterrorizaban; toda la cáfila de enemigos desleales de una patria estrangulada, oprimida, sufriente" (ED, pp. 597-598).

se resume en una lucha franca contra la barbarie entronizada y contra el delito y que queda impune sólo porque ejerce el mando, el delincuente. Sarmiento [...] no sólo vio que sus doctrinas triunfaban sino que tuvo ocasión de ponerlas en práctica, con toda la suma de poder de que dispone entre nosotros un Presidente [*I*, p. 147].

Al lado del argentino Sarmiento, otro personaje importante para Vasconcelos fue el mexicano Francisco I. Madero. Maderista de primera hora, Vasconcelos lamentaba el asesinato del presidente, que calificó como la gran oportunidad perdida por el pueblo mexicano para su redención. Al repasar la historia de México, a partir de la oposición casi pendular entre “civilización” y “barbarie”, Vasconcelos asociaba a Madero con la entrada —interrumpida— de su país en una era de transformación y mejoría.²²

Pero ¿cuál era el proyecto de Madero que animaba a Vasconcelos a pretender sucederlo? Madero defendía una democracia representativa que mantuviera el país al amparo de la ley. En su “Plan de San Luis”, de 1911, a pesar de desconocer el régimen porfiriano y de convocar el pueblo a las armas, Madero defendía el restablecimiento de las libertades públicas de acuerdo con la constitución, la libertad de organización de los trabajadores, la libertad electoral y de prensa, la redención popular por el trabajo y la cultura. En lugar de la guerra, el diálogo; en lugar de la trulucencia, el respeto; en lugar de la violencia, la ley: esas imágenes asociadas a su gestión convirtieron a Madero en un político distinto del ordinario, hecho que le atrajo la simpatía de la población mexicana, aunque también causó temor y desconfianza entre muchos sectores favorecidos por el porfiriato, e incluso entre varios intelectuales y su propia familia (*cfr.* Blanco, 1977, p. 49; Ruiz, 1984, pp. 131-134).

No fue por azar que Vasconcelos lo adoptó como modelo para construir su carrera política. El retrato que pinta de Madero es significativo, principalmente porque reforzaría la idea que él

²² Al recordar el asesinato del presidente, afirmó: “Bajo el maderismo gozamos la ilusión de pertenecer a un pueblo culto. Ahora el pasado resurgía. Se iniciaba de nuevo el rosario de traiciones, los asesinatos, el cinismo y el robo... México y todos sus hijos volvíamos a entrar en la noche” (Vasconcelos, *UC*, p. 445).

mismo defendía, de que una minoría idealista sería capaz, en cualquier instante, de elevar el nivel cultural y social de un pueblo, lo que la dictadura militarista jamás conseguiría:

No era Madero un político de oficio ni un demagogo. Su ideología iba más allá de sus planes. Lo sostenía la convicción de que es el ideal una fuerza que acelera el progreso si encarna en hombres despejados, resueltos y honestos. No era anticlerical ni jacobino, y sí liberal tolerante con programa agrario. Creía en el poder del espíritu sobre el complejo de las cosas y los sucesos. Era, en suma, una de esas figuras llamadas a forjar la historia, en vez de seguir sus vericuetos oscuros.²³

No debe olvidarse que Madero, un liberal ortodoxo que creía en la capacidad innata de todos los pueblos para la vida democrática, juzgaba posible modificar los destinos de su país, democratizándolo. Sin embargo, Madero fracasó en su misión y, conscientemente o no, se dejó inmolarse, protagonizando como mártir un acto esencial, pero no el último, de la tragedia revolucionaria, que aún se prolongó por varios años. Es importante observar que el presidente Madero funcionaba como un modelo para Vasconcelos también en el sentido del sacrificio. En su trayectoria política, Vasconcelos intentó en cierta forma resucitar esa imagen. Su carrera política e incluso su trabajo como titular de la Secretaría de Educación Pública significaron la renuncia a una carrera exitosa de abogado. En ese sentido, su decisión de abandonar lo privado por lo público habría imitado el voluntarismo de Madero, que invirtió su fortuna en la política y en el movimiento revolucionario. Y es importante notar que, aparte de la etérea propuesta de revivir los preceptos maderistas, Vasconcelos no disponía de un programa detallado y

²³ Para el párrafo anterior y la cita, véase Vasconcelos, *UC*, p. 352. De hecho, el Plan de San Luis, elaborado por Madero, contemplaba la cuestión agraria. Sin embargo, durante los quince meses de su gobierno, cuando Madero intentó organizar el aparato estatal, dedicándose a cuestiones legales y jurídicas, nunca lo puso en práctica (Vasconcelos, *50*, p. 16). En cuanto a la resolución de la cuestión agraria —para muchos el motivo y el agente esencial de la Revolución mexicana—, basta decir que los presidentes Obregón y Calles distribuyeron tierras entre los campesinos: Obregón, un millón y medio de hectáreas para 161 788 campesinos; Calles, duplicó esta cantidad. Sin embargo, la base del sistema latifundista no fue destruida (Dessau, 1986, pp. 40-43).

sistematizado de gobierno, lo que le acarreó varias críticas, incluso de sus partidarios, entre los cuales, Manuel Gómez Morín sería uno de los más enfáticos.²⁴

Con las elecciones perdidas de antemano, tal vez hubiera sido mejor para el país, la oposición y el mismo Vasconcelos, que él organizara un partido sólido (Krauze, 1985). Pero el individualismo heroico del autor no le permitió cambiar la vanidad por el realismo.²⁵ Vasconcelos no podía ver que el dominio de Calles sobre el aparato estatal, con el apoyo de militares, políticos y

²⁴ Durante la campaña, Vasconcelos se apoyaba principalmente en su imagen de ministro trabajador y honesto: "A mí no me buscan hoy por bonito, sino porque fui el único ministro que realizó obra, porque saben que pondría en orden la administración, y el país progresaría" (*ED*, p. 595). El escritor José Juan Tablada cuenta en su diario cómo el mismo Vasconcelos solía proclamar su honestidad: "yo no puedo ser popular como político, ni tener partido, porque todos saben que no robo ni dejo robar..." (1992, p. 272). Entre los discursos de campaña publicados, llama la atención el que pronunció en la convención del Partido Antirreleccionista (*D*, pp. 132-142). El telón de fondo de esa convención de 1929 fue el mismo de la convocada por Madero, en 1910: las desigualdades sociales, la falta de democracia y la corrupción de los caudillos. Su propuesta también: "sentar las bases de la reconstrucción nacional" (p. 133), sustentada, sin embargo, en la experiencia vivida desde el levantamiento maderista. Vasconcelos presentó un pequeño plan de gobierno, que abarcaba la cuestión política, el trabajo, la organización fiscal, la deuda externa, el problema militar y el educativo. El programa incluía medidas como el control de las funciones de la presidencia de la República; el respeto a las leyes; preceptos generales de desarrollo y explotación de las riquezas del país; leyes del trabajo "previniendo y evitando crisis y conflictos" (p. 137); perfeccionamiento del sistema tributario, con más distribución de los recursos entre estados e municipios, buscando "lograr reformas sin acudir a intervenciones violentas y ruidosas" (p. 137). En realidad, la mayor preocupación del candidato seguía siendo aplacar a los militares y alejarlos de la política. Su idea era devolver al ejército su verdadero papel de garante del funcionamiento de las instituciones democráticas. Para ello, su plan comprendía la creación del servicio militar obligatorio y cuarteles-escuela, donde los soldados aprenderían oficios que los transformarían en trabajadores sociales en beneficio del país (pp. 139-140). Para completar el pequeño plan, Vasconcelos abordaba la cuestión educativa. Al comparar el desequilibrio en el nivel educativo de la población mexicana respecto al de Estados Unidos, "el país con el cual forzosamente tenemos que competir de una manera cultural", el candidato proponía, como jefe de "una administración honesta", la recuperación del país reorganizando este sector, "de acuerdo con las posibilidades pecuniarias del nuevo gobierno".

²⁵ En realidad, es posible detectar una serie de rasgos autoritarios y centralizadores en su proyecto de gobernar junto con la nación: "[...]Yo me comprometeré con el pueblo, no con politicastos; ganaré el poder, si lo gano, en una suerte de plebiscito. Y no gobernaré con camarillas; gobernaré con la nación, tomando a los hombres honrados donde los haya. ¿Partiditos? Yo también puedo hacerlos, pero ni siquiera me tomo el trabajo. Nada quiero con esos políticos de México; dígalos que estoy contra ellos" (*ED*, p. 595).

sindicatos, asociados sus intereses en el partido oficial que acababa de fundar el Partido Nacional Revolucionario (PNR), ofrecía la fuerza necesaria para un largo control de la política nacional. Lector de Nietzsche, Vasconcelos traía consigo la “voluntad de poder”.²⁶

Después de sufrir los ataques del gobierno callista que, además del aparato estatal, utilizó procedimientos turbios y fraudulentos para imponer a Ortiz Rubio como nuevo presidente, Vasconcelos tuvo que renunciar al gobierno de intelectuales que planeaba y promovía como la solución para el México sometido al militarismo.²⁷ Tras perder las elecciones, salió por tercera vez rumbo al exilio y, en 1935, inició la publicación de sus gruesos tomos de memorias, en los que evidenció su resentimiento hacia el país y el pueblo mexicano, que ya no quiso alzarse en armas como sucediera en 1910, en el movimiento inaugurado por Madero.

²⁶ La campaña de Vasconcelos recorrió el país con éxito. Bajo el lema “Con Madero ayer, con Vasconcelos hoy”, los vasconcelistas —entre ellos muchos jóvenes estudiantes que, impresionados por su trabajo apostólico en el ministerio, se dedicaron en cuerpo y alma a la campaña—, llegaron a luchar contra el aparato represivo gobiernista (Vera y Cuspinera, 1979, p. 10; Brading, 1988, pp. 199-200, 203). Durante los enfrentamientos hubo varios muertos y los críticos de Vasconcelos lo tacharon de inconsciente, por no haber impedido la tragedia. La bibliografía sobre la campaña presidencial es abundante, y gran parte se debe a personas que acompañaron a Vasconcelos por el país. Véanse los relatos de la campaña en las *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado*, compiladas por Schneider (1987) y *Palabras perdidas*, de Mauricio Magdaleno (1956).

²⁷ Antimilitarista, Vasconcelos siempre criticó que el gobierno mexicano se mantuviera en manos de los militares, repitiendo juicios como el siguiente: “De cada bárbaro de estos que gobierna, es decir, mata, roba, destruye, deja asolado a un pueblo, dicen después los historiadores de nuestra oscura subhistoria que fueron bienintencionados y sólo les faltó estar bien rodeados... Como si un hombre sin cultura, sin preparación civilizada, pudiera rodearse de otros que no sean como él. Y como si la capacidad verdadera, en algún sitio del mundo, aceptara subordinarse al criterio de un zafio” (LT, p. 818).

LA CAMPAÑA DE ALFABETIZACIÓN: MISIÓN REGENERADORA

A nadie se oculta que sólo un milagro
puede salvarnos [...]
La salvación depende de cada uno de nosotros.
¡Es menester que hagamos entre todos el milagro!
Campaña contra el analfabetismo.
Cartas y documentos

Pero regresemos al proyecto de regeneración cultural de Vasconcelos, que constituyó una de las banderas principales de su campaña por la presidencia. Lo que guió a Vasconcelos en el inicio de su acción política fue, de hecho, una preocupación que podríamos denominar mesiánica. Después de años de barbarie, representados por la guerra civil y, más aún, después de lo que el autor consideraba siglos de barbarie, representados, por un lado, por el gobierno de los caudillos y, por otro, por la ignorancia y el arraigo entre la población de costumbres y creencias que juzgaba un lastre (la mayoría de matriz indígena), el año 1920 inauguraría la fase de la redención.

Vasconcelos estaba preocupado por la educación de las masas y por la manera de proporcionarles una enseñanza al mismo tiempo unificadora y nacional, que igualara poblaciones blancas, mestizas e indígenas, sin dejar lugar a estigmas. Para eso, tuvo que enfrentar el desafío previo de la alfabetización. En 1922, un tanto a disgusto, Vasconcelos acató la decisión del Congreso Nacional de crear, en el ámbito de la Secretaría de Educación Pública, el Departamento de Educación y Cultura Indígena (Fell, pp. 217-218), pues su idea inicial era “contrariar la práctica norteamericana y protestante que aborda el problema de la enseñanza indígena como algo especial y separado del resto de la población” (*ED*, p. 20). Vasconcelos planeaba enviar a las comunidades indígenas a profesores inspirados precisamente en la experiencia de los primeros misioneros españoles que, en el inicio de la colonización, habían concluido que era mejor educar a indios y españoles juntos, hecho que ahorró a México problemas como el de los negros en los Estados Unidos. Años después, recordaba:

Sin la venia, pues, de la Smithsonian, organizamos nosotros nuestra campaña de educación indígena a la española, con incorporación del indio, todavía aislado, a su familia mayor, que es la de los mexicanos" [ED, p. 123].

Sin embargo, el ministro llegó a reconocer la especificidad de las necesidades indígenas. El Departamento de Cultura Indígena publicó, en 1923, un *Programa de Redención Indígena*, cuyos objetivos eran, entre otros, proporcionarles tierras en donde vivir y que pudieran cultivar; proteger su trabajo con leyes especiales; ponerlos en contacto con los centros urbanos, mediante la construcción de carreteras; crear en las comunidades centros recreativos, artísticos y de acción humanitaria; "civilizarlas" por medio de instituciones educativas apropiadas y darles "como divisa 'tierra, escuela, acción cívica y cultura'". El departamento pretendía, por lo tanto, no solamente proteger a las comunidades indígenas ante a un ambiente hostil y agresivo, sino abrirlas física e intelectualmente hacia al exterior, con el objetivo de integrarlas a la nación (Fell, pp. 218-219).²⁸

El llamado al patriotismo, la abnegación y la caridad presidió la campaña con la que Vasconcelos se ganaría el favor de la prensa y que, como ya se comentó, incorporaría a estudiantes, jóvenes de clase media, mujeres, profesores de carrera e incluso trabajadores de sindicatos y gremios sociales a la tarea alfabetizadora, en las ciudades y los campos.²⁹ Fundada de este

²⁸ Fell observa y comprueba, en su meticulosa investigación de fuentes primarias (documentos burocráticos, circulares y boletines de prensa), que existía una diferencia significativa entre lo que Vasconcelos registró en sus memorias y la manera como de hecho actuó durante los años de ministerio (cfr. 1989, p. 12). Como ministro fue mucho más tolerante y comprensivo en relación con los indígenas, su papel y su inserción en la sociedad mexicana, de lo que sería en su amarga vejez de memorialista. El poeta Carlos Pellicer recordó una visita que hicieron juntos a las ruinas de Uxmal y Chichén-Itzá. El entonces secretario de Educación elogió las formas artísticas indígenas, elaborando una interpretación estética que nunca llegó a escribir, pero que fundamentó el trabajo de la secretaría en defensa de una estética que recuperaba la energía bárbara y su audacia imaginativa (cfr. Blanco, 1977, pp. 96-97).

²⁹ Es importante subrayar que el llamado a la acción alfabetizadora se orientó insistentemente hacia las mujeres. Vasconcelos las consideraba dotadas para el magisterio. Enseñar, además de significar una contribución al país, representaba una alternativa redentora para las mismas mujeres, que encerradas en casa y sin opciones profesionales, se abandonaban con frecuencia a la miseria y la prostitución. Blanco

modo, la mística que rodeaba a la figura de profesor voluntario sería divulgada exhaustivamente por la prensa del periodo.³⁰ En términos institucionales, su imagen sería abonada primeramente en cinco *Circulares*, después en los *Boletines de la Universidad*, los *Boletines de la SEP* y, a partir de abril de 1921, en la revista *El Maestro* (publicada hasta 1923).³¹

Claude Fell (pp. 23-48) realiza un análisis riguroso de las características de la campaña, su recepción y sus resultados. Comprueba con datos y números que el rector de la Universidad Nacional veía esta misión con exagerado optimismo.

(1977, pp. 110-111) llega a afirmar que nunca existió en México un proyecto oficial de redención de la mujer comparable al de Vasconcelos, ni más práctico. El clima era propicio al compromiso femenino y el espacio del magisterio, tradicionalmente masculino desde los pensadores liberales del siglo anterior, se transformó, simbólicamente, en un espacio femenino. Sin embargo, el carácter de tal proyecto era evidentemente conservador: la emancipación de la mujer se limitaba al ejercicio del magisterio y éste, en realidad, no representaba más que una ampliación de la función femenina primordial, la maternidad. La mujer, como maestra, cuidando diligentemente de sus alumnos, sería promovida a “madre de muchos” y, simbólicamente, a “madre de la patria”.

³⁰ Principalmente por el periódico *El Universal*, que abrigaba especial simpatía por el trabajo de Vasconcelos (cfr. De los Reyes, 1993, pp. 131-157). Respecto a los maestros misioneros, dada la situación permanentemente calamitosa de la educación en México, en realidad éstos ya existían, y mucho antes de que fueran convocados por el rector. En la ciudad de Campeche, Vasconcelos recordaba haber tenido profesores excelentes, reclutados entre profesionales distinguidos, que trabajaban por devoción. El salario era mísero y muchos trabajaban gratis, “según tradición honrosa de amor a la cultura y servicio de la localidad” (UC, p. 94). En ese sentido, una vez más su propia experiencia educativa parece haberlo inspirado, y puede explicar en gran parte su decisión de resucitar y valorizar públicamente la figura del profesor que trabajaba voluntariamente para el pueblo. Por otra parte, los maestros que el secretario envió al campo no fueron, de hecho, creación suya. En 1911, en el gobierno de Madero, se fundaron por decreto las llamadas escuelas rudimentarias, y cuando se intentó poner en práctica la alfabetización masiva, se daba por sentada la existencia de esos profesores ambulantes. Ya entonces, los terratenientes e incluso los campesinos, privados del trabajo de los hijos, boicoteaban las escuelas (Fell, p. 220).

³¹ Los boletines difundían principalmente temas específicamente relacionados con la educación y las actividades de la SEP. Como veremos, la revista *El Maestro* se concibió como un instrumento de divulgación en gran escala de temas culturales, morales, científicos y artísticos (además de funcionar como una eficiente “tarjeta de visita” del ministerio). En *El Maestro* colaboraron prácticamente todos los escritores jóvenes e importantes de México: ateneístas como Alfonso Cravioto y Julio Torri, miembros de la generación de 1915 como Manuel Gómez Morán, y jóvenes del grupo Contemporáneos como el poeta José Gorostiza. Tal hecho garantizaba, por una parte, la calidad de la publicación y, por otra, funcionaba como un vehículo más de difusión para estos jóvenes intelectuales, en su mayoría ligados al Estado, que se dedicaban a la producción literaria y artística.

Para Vasconcelos, la campaña contra el analfabetismo (incluso el analfabetismo indígena) sería necesariamente temporal, ya que, después de algunos años, con todas las escuelas del país en funcionamiento, el problema sería naturalmente resuelto.³² Pero el ministro se enfrentó, desde el inicio, con una serie de impedimentos. Dada la dimensión del trabajo, faltaban dinero, profesores y hasta alumnos.

El plan de Vasconcelos convencía y estimulaba a los profesores voluntarios, pero también los responsabilizaba por el éxito de su misión. Rescatar a toda la población del país representaba una "tarea de titanes" que, sin embargo, era necesario cumplir. Si la tarea de los profesores voluntarios era alfabetizar, realizarla exigía un trabajo previo: encontrar y conquistar alumnos dispuestos a aprender. En la capital del país, donde la iniciativa de Vasconcelos generó mayores frutos, las largas jornadas de trabajo dificultaban el aprendizaje y desalentaban la perseverancia. Como en el inicio de la campaña el entusiasmo era el principal ingrediente, no había métodos ni material didáctico específico para una clientela adulta, marginada social y culturalmente. Asimismo, después de años de combates y conflictos, no era raro que los analfabetos abrigaran temor y desconfianza respecto a profesores tan entusiastas. ¿Cuál sería la razón oculta de tal dedicación? ¿Sería política?

Los mismos profesores, según refiere Fell (pp. 37-38), enviaban al rector sus reclamos, sugerencias e incluso peticiones de material didáctico y escolar como gises y pizarrones. En realidad, ideas no faltaban e iban desde solicitar de que la prensa no dejara de divulgar la campaña sistemáticamente, para que la población se convenciera de sus buenos propósitos, hasta proponer que el presidente de la República exigiera por decreto a los patrones responsabilizarse de la alfabetización de sus empleados. Eso obligaría a unos a cooperar con el programa y a los otros a aprender.³³

³² Fell presenta datos del censo de 1960 que contradicen la evaluación del optimista Vasconcelos. Cuarenta años después del inicio de la campaña, el 37.7% de la población mexicana se componía de analfabetos.

³³ Es evidente que la promulgación de tal decreto no era factible. El equipo de Vasconcelos se limitó a convocar moralmente a los patrones, como podemos leer en la contraportada del primer número de la revista *El Maestro* (abr., 1921): "Hacendado, comerciante o particular: sus peones, empleados o sirvientes necesitan instrucción. Son hombres con los mismos derechos de ustedes para procurar su mejoramiento".

En sus discursos, entrevistas y artículos Vasconcelos intentaba demostrar que el problema de la alfabetización tenía que ver con todos los mexicanos y no sólo con los funcionarios del gobierno. La movilización de la opinión pública era decisiva y, en ese sentido, Vasconcelos no pudo reprochar nada a la prensa que, en general, se mostró dispuesta desde el inicio a apoyarlo, aunque muchas veces cuestionara la audacia de los planes del ministro. De todos modos, si bien los periódicos podían despertar el voluntarismo de la clase media y la cooperación de algunos patrones, tenían una influencia obviamente reducida entre los analfabetos, que continuarían apartados de las decisiones que los afectaban.

La resistencia e incluso la falta de interés de los alumnos potenciales hacia la educación (los programas de enseñanza que las circulares de la Universidad Nacional sugerían a los voluntarios incluían desde las primeras letras hasta nociones de higiene) plantearía una cuestión importante para el rector. La respuesta puede encontrarse en el primer número de la revista *El Maestro*, editada por la Universidad Nacional con un fantástico tiro de 75 000 ejemplares. Además de difundir “conocimientos útiles” y servir como “tribuna libre y gratuita para todas las ideas nobles y provechosas”, Vasconcelos se había propuesto que la revista tuviera la mayor divulgación posible, distribuyéndola gratuitamente por todo el país, ya que “la verdadera luz no tiene precio, y luz será lo que procuraremos difundir, ofreciéndola, dándola aún a los que no la pidan”.

Vasconcelos, en un “llamado cordial” a todos los profesores del país para que colaboraran en su revista —la revista de los maestros— sostenía que en ella

escribiremos para los muchos, pero con el propósito constante de elevarlos, y no nos preguntaremos qué es lo que quieren las multitudes, sino qué es lo que más les conviene, para que ellas mismas encuentren el camino de su redención.

Como se advierte en las palabras del rector, en su campaña de regeneración, las decisiones y los caminos a seguir no eran de responsabilidad colectiva, ni partían de la consulta a las clases populares, para escuchar sus demandas e intereses reales. Las

verdaderas necesidades del pueblo eran conocidas de antemano por los voluntarios, que sabían lo que mejor le convenía. Misioneros, héroes, padres y... caudillos: al parecer, éstos eran los papeles reservados a la elite cultural que Vasconcelos pretendía encabezar.

Es innegable que las dificultades que se iban presentando opacaban el proyecto cultural y educativo global, en el cual la campaña de alfabetización se inscribía apenas como el primer paso. Según el proyecto de ley elaborado por Vasconcelos y aceptado por las cámaras legislativas, la Secretaría de Educación Pública, que sería implantada en el país el año siguiente (1921), pretendía nada más y nada menos que la “regeneración de la especie”, buscando “salvar a los niños, educar a los jóvenes, redimir a los indios, ilustrar a todos y difundir una cultura generosa y enaltecedora ya no de una casta sino de todos los hombres”.³⁴ Tarea hercúlea, para decir lo menos, y que, dispuesta como meta de un gobierno de reconstrucción y conciliación, como pretendía ser el de Álvaro Obregón, tenía por fundamento un universalismo mezclado a un dirigismo de Estado y también de clase.

Desde el inicio, Vasconcelos asumió como rector y después como ministro, detrás de la retórica cristiana sobre la misión de los intelectuales, profesores y artistas en el México por construir, las diferencias jerárquicas como partes estructurales del tejido social. Al separar a la clase media profesionista del resto de la población, el autor le otorgaba el *status* y las prerrogativas de grupo dirigente. Era necesario redimir y educar a la población mexicana para que ésta ascendiera a la civilización. La gran mayoría de mestizos y las poblaciones indígenas esparcidas por el país, lejos de los avances y las posibilidades de desarrollo social y personal proporcionados por la sociedad moderna y urbana, necesitaban adquirir un saber que les permitiera actuar en esa nueva sociedad y las liberara de sus propios prejuicios y atavismos.

Al constatar que la ciencia, en México, estaba en “unos cuantos colegios”, Vasconcelos reconocía que

³⁴ Véase el proyecto de ley de Vasconcelos, *apud* Fell, p. 59.

nuestra acción intermitente y desorientada no ha sabido dedicarse a hacer iguales a nosotros a las antiguas razas conquistadas, a los que siendo nuestros hermanos, serán eternamente una carga ruinosa, si nos desentendemos de ellos, si los mantenemos ignorantes y pobres; pero que en cambio, si los educamos y los hacemos fuertes, su fortaleza sumada a la nuestra nos hará invencibles.

El autor asumía en su discurso la dicotomía entre dos México —separados, pero no opuestos— y la representaba en dos grupos distintos: el “nosotros”, que congregaba a profesores, estudiantes, intelectuales y artistas, y el “ellos”, esto es, toda la población no escolarizada, principalmente la de carácter mestizo o indígena. Para Vasconcelos los mexicanos, en su gran mayoría, aún no eran ciudadanos (*cfr.* Cosío Villegas, 1986, pp. 90-91). Para serlo, tenían que ser primero convertidos en individuos democráticos y civilizados.³⁵ Ahora bien, al “regenerarse”, vía la educación, esa mayoría todavía bárbara del país, la sociedad mexicana sería una sociedad justa (manteniendo, sin embargo, como decía el mismo Vasconcelos, “la jerarquía natural, que nos hace diferentes en capacidad y en necesidades y aptitudes”, *LT*, p. 929).

Notemos que la separación establecida por Vasconcelos confiere legitimidad no al abismo cultural existente entre los dos grupos, sino a la posibilidad concreta de eliminarlo (o, de manera más verosímil, de disminuirlo). Para Vasconcelos, la elite cultural, reorganizando al pueblo en el marco de la “justicia absoluta, la justicia amorosa y cristiana”, en lugar de propagar la “alta cultura”, debía “hacer llegar a todas las mentes los datos más elementales de la civilización” (“Un llamado cordial”, *op. cit.*). La necesidad de una campaña como ésta y su contenido lo decidiría siempre el primer grupo de actores y jamás el segundo, incapaz por definición de tomar decisiones de este tipo.³⁶

³⁵ En ese proceso de conversión, además de la educación, el mestizaje cumpliría un papel fundamental, y sería estimulado como medio de homogeneización (Blanco, 1983, p. 89).

³⁶ Esta evaluación del conjunto de la población mexicana ya anticipaba la imagen que Vasconcelos dejaría de los combates revolucionarios: multitudes obedeciendo pasivamente a caudillos sanguinarios e ignorantes; y de líderes como Zapata: “un pobre borracho sin letras y, sin duda, convencido de que debían ser propietarios él, su mujer, sus queridas y sus amigos, a costa de los ‘gachupines’” (*LT*, p. 929). Sobre

Podríamos agregar a este cuadro un tercer grupo, representante de un tercer México, el de los caudillos militares, los políticos y, también, los ricos “dueños de las tierras y de los esclavos”, mencionado en los recuerdos adolescentes de Vasconcelos. En su visión del futuro del país, el autor descarta este tercer grupo como fuerza transformadora. Al contrario, nunca deja de considerarlo una traba para el cambio y lo equipara, en su barbarie, a la población indígena, pero poniendo de relieve que la “barbarie azteca” podría ser vencida precisamente por la campaña de regeneración emprendida por la elite cultural

Acerca de la cuestión de las poblaciones indígenas, Vasconcelos poseía una perspectiva integracionista que, en realidad, no era exclusiva de su plan educativo. El tema ya era parte de las discusiones de especialistas de la educación desde los años diez (Fell, pp. 203-206); pero quien sistematizó su discusión fue un antropólogo, Manuel Gamio, como jefe de la Dirección de Antropología, creada en 1917, en el ámbito de la Secretaría de Agricultura.³⁷

Preocupado por castellanizar y “redimir” al indio, Vasconcelos tendía en cierto modo a adoptar una visión homogeneizadora de las poblaciones indígenas, tendencia que desde luego no era únicamente suya. Un gran mérito de Manuel Gamio fue precisamente pugnar por el conocimiento de esas poblaciones, institucionalizando la antropología y los estudios de campo, en la Dirección de Antropología, que tenía como atribución

el estudio de la población nacional, desde los siguientes puntos de vista y de acuerdo con un depurado criterio antropológico: 1o. Cuantitativamente: estadística. 2o. Cualitativamente: tipo físico, idioma y

Zapata, véase *LT*, pp. 530, 610 y 657. Vasconcelos no se conformaba con el hecho de que intelectuales honestos, inteligentes y cultos como Antonio Díaz Soto y Gama, pudieran someterse al mando de un analfabeto como Zapata (*LT*, p. 609). Como vemos, el abismo entre “nosotros” y “ellos”, aunque menor, continuaría existiendo y las prerrogativas de mando y decisión, para Vasconcelos, sólo podían estar con los letrados.

³⁷ Gamio se mantuvo al frente de la Dirección de Antropología entre 1917 y 1924. Luchó por su creación como dependencia de la Secretaría de Agricultura por el hecho de que ahí fungía como ministro un ingeniero de ascendencia indígena que mostraba gran simpatía por sus trabajos (Comas, 1985, p. XIX).

civilización o cultura. 3o. Cronológicamente: periodos precolonial, colonial y contemporáneo. 4o. Condiciones ambientales: fisio-biología regional [*Forjando patria*, *apud* Comas, 1985, p. 36].

Gamio consideraba que las agrupaciones sociales diferían en términos de su naturaleza física, pero también en sus aspectos de civilización y cultura (blancos, indígenas y mestizos se distinguían en términos de tradiciones, ideas religiosas, artísticas y morales, así como en costumbres).³⁸ La Dirección de Antropología debía, entonces, fomentar el conocimiento de las características raciales, las manifestaciones de cultura material e intelectual, los idiomas o dialectos, la situación económica y las condiciones de ambiente físico y biológico de las poblaciones regionales, actuales y pretéritas de la República. Asimismo, tenía que investigar los medios realmente adecuados y prácticos que las entidades gubernamentales y particulares podrían emplear para incentivar el desarrollo físico, intelectual, moral y económico de estas poblaciones.³⁹ Finalmente, la Dirección de Antropología debía hacerse cargo de la preparación

³⁸ Es importante notar que Gamio dividía la población mexicana en tres grupos: el primero, compuesto étnicamente por "individuos de raza y sangre indígena", histórica y socialmente representados por capas de siervos, parias y oprimidos; el segundo, compuesto por individuos de sangre mezclada, que el autor definía también como "clase media", la única, según él, capaz de una producción intelectual y en cuyo seno nacieron siempre los movimientos de rebeldía en contra del tercer grupo, compuesto étnicamente a su vez por individuos descendientes de extranjeros y socialmente definidos como la aristocracia —rica pero sin cultura. El mapa socioétnico elaborado por Gamio sugiere una postura en cierto modo semejante a la de Vasconcelos: la redención de México no podría ser obra ni del primer ni del tercer grupo. Gamio apostaba también por la capa intermedia, aunque el carácter acentuadamente "europeizado" que Vasconcelos le concedía era más matizado en la mezcla que Gamio estableció entre raza y clase social. Sin embargo, curiosamente, Gamio no se ocupó específicamente de aquellos mestizos económicamente relacionados con la pobreza de las labores agrícolas (y que en el conjunto de la población tenían ya enorme peso, aunque en los primeros censos su presencia se diluía entre la población considerada blanca). Estos mestizos, más próximos a los grupos indígenas que a las poblaciones urbanas, no podían identificarse en absoluto, por su falta de acceso a bienes e informaciones, con la aguerida e intelectualizada "clase media" transformadora.

³⁹ En 1920, Gamio fundó la revista *Ethnos*, cuyo propósito divulgar las investigaciones realizadas acerca de la población mexicana. En su primer número, el autor anunciaba: "Nuestra tendencia utilitaria y práctica consiste en despertar el interés público hacia el hecho de que existe una enorme mayoría de mexicanos ignorados, no obstante que tienen derecho a ser *estudiados para ser conocidos y consciente-*

del acercamiento racial, de la fusión cultural, de la unificación lingüística y del equilibrio económico de dichas agrupaciones, las que sólo así formarán una nacionalidad coherente y definida y una verdadera patria [*Programa de la Dirección de Antropología y las Poblaciones Regionales de la República*, apud Comas, 1985, p. 38].

Como vemos, también Gamio se preocupaba por el tema de la construcción de la nacionalidad, tan apreciado por Vasconcelos. Para Gamio, la antropología tenía aquí un papel clave, ya que era concebida simultáneamente como trabajo científico y acción social. En realidad, la de Gamio era una perspectiva interdisciplinaria, pues pretendía llegar a una comprensión integrada de la población y de su entorno, requiriendo, para eso, conocimientos de geografía, antropología, sociología y economía. El objetivo de su proyecto era estudiar regiones representativas del país en términos geográficos, climatológicos, culturales, históricos, lingüísticos y étnicos, para poder mejorar las condiciones de vida de su población. En el estudio pionero que la Dirección de Antropología llevó a cabo en el valle de Teotihuacán (cuyos resultados publicó la SEP en 1922), los investigadores involucrados advirtieron los problemas que representaban la concentración de la propiedad de la tierra, la falta de empleos, el bajo nivel educativo de la población, y además de influir en la Comisión Nacional Agraria que se otorgaran propiedades a campesinos sin tierra, elaboraron proyectos de irrigación, consiguieron que se construyera una carretera y una estación de trenes para terminar con el aislamiento de la región y que se estimulase el turismo en la zona de las pirámides, como fuente de ingresos para la población local.

El equipo de Gamio llegó incluso a desarrollar un proyecto de "educación integral", de tenor espiritual y cívico, que familiarizaba a la población con los conceptos de nación, sociedad, cooperación, justicia y moral, además de enseñarle a leer y escribir en español y ofrecerle conocimientos técnicos y profesionales.

mente impulsados en su evolución social, pues sólo así se logrará incorporarlos a la vida nacional" (Introducción de *Ethnos*, no. 1, abril, 1920, apud Comas, 1985, p. XIV, cursivas mías). Como su "director-propietario", Gamio también usaba la revista *Ethnos* como tribuna para la divulgación y defensa de los trabajos de la Dirección de Antropología.

En su libro *Forjando Patria*, el discípulo de Franz Boas analizó las poblaciones indígenas mexicanas, procurando relativizar los conceptos hegemónicos de pueblo “culto” e “inculto”. Sin embargo, aunque afirmase que las poblaciones indígenas mantenían vigorosas sus capacidades mentales, Gamio consideraba que su estadio evolutivo representaba un atraso de 400 años en relación con la civilización contemporánea, a la cual sólo habrían sido “epidérmicamente” integradas (1982, pp. 95-96).

Preocupado por alcanzar un desarrollo armonioso y efectivo del país en su conjunto, Gamio defendía la verdadera integración de sus poblaciones indígenas que, según él, continuarían manteniendo su cultura prehispánica si no se conseguía incorporarlas a la sociedad contemporánea, de manera gradual, lógica y sensata. Por eso, en 1916, lo que Gamio recetaba no era educar al indio como si perteneciera a “nuestras otras clases”, ni tampoco tratar de “europeizarlo” de golpe:

por el contrario “indianicémonos” nosotros un tanto, para presentarle, ya diluida con la suya nuestra civilización, que entonces no encontrará exótica, cruel, amarga e incomprensible. [*Forjando... apud* Comas, p. 105].⁴⁰

La relación de doble sentido entre educadores y educandos que Gamio proponía, suponía por parte de los primeros no sólo buena voluntad sino también cierto grado de relativismo cultural que les permitiera adentrarse con menos prejuicios y más comprensión en un universo cultural distinto del suyo. Vasconcelos, en su concepción cíclica de la historia de la humanidad (base de sustentación de su teoría de la raza cósmica, como veremos en el Capítulo 4) tendía a considerar a los pueblos indígenas como partícipes de un grupo racial y cultural con rasgos bastante homogéneos, haciendo tabla rasa de los elementos que precisamente los caracterizaban como pueblos autónomos y distintos. Así, su proyecto alfabetizador y educativo no presuponía el contacto cultural en los moldes defendidos por Gamio.

⁴⁰ Gámio dejaba, sin embargo, una importante recomendación: “naturalmente que no debe exagerarse a un extremo ridículo el acercamiento al indio” (*apud* Comas, 1985, p. 105).

La Dirección de Antropología y la SEP jamás coordinaron sus esfuerzos, aunque muchas veces parecía que se inspiraban recíprocamente.⁴¹ Gamio tenía claro para sí el “desajuste temporal” en que indígenas, mestizos y blancos vivían, pero no defendía una homogeneización cultural y lingüística que representase el completo exterminio de las culturas autóctonas. En ese sentido, su defensa del bilingüismo, por ejemplo, era fundamental: su plan consistía en transformar el español en la lengua de comunicación de los grupos indígenas entre sí y con el resto del país, sin que eso significase el fin de las lenguas autóctonas, que debían ser preservadas.⁴²

En cuanto a Vasconcelos, lo que estaba explícito en su proyecto regenerador era la unificación cultural. En su afán de acabar con las desigualdades, Vasconcelos no pretendía dejar mucho espacio al ejercicio de las diferencias. Su concepción cíclica de la historia de la humanidad lo llevó a concluir que el tiempo de los

⁴¹ Es importante observar las proporciones de tal falta de coordinación (que se daba incluso en el interior de cada secretaría). En octubre de 1922, el periódico *Excelsior* (“Será llevada la escuela al pueblo rural”, 6 oct., 1922, p. 1) informaba que, según el subsecretario de Agricultura y Fomento, Ramón de Néri, tres señoritas recorrerían el país en vagones adaptados, dando conferencias a las campesinas sobre cómo “formar hombres útiles para la patria y para el hogar”. Paralelamente, estudiarían los hábitos y aspectos de la vida campesina —el periódico no aludía al tema de las diferencias étnicas— para preparar el trabajo posterior de educación. *Excelsior* elogiaba tal iniciativa ya que “nuestro pueblo rural, en el que están cifradas las más justas esperanzas de la Revolución, necesita más que ningún otro de un empeño serio que lo inicie en las prácticas civilizadas”. Preocupado por el éxodo rural, el subsecretario resaltaba que la iniciativa tenía por objeto hacer que “el niño que nace en las montañas y en el campo tenga allí, cerca de él, la solicitud y el cuidado que la patria le debe”. Para cumplir con su tarea, “el grupo explorador” (como el periódico denominó a las “señoritas”), llevaría “preciosos carteles explicativos”, relacionados con el bienestar del hogar campesino, higiene, alimentación y diversión, “para que los jóvenes estén contentos en el campo”.

⁴² Actualmente, en un país pluriétnico como sigue siendo México, una cuestión primordial es la convivencia, en el mismo territorio nacional, no sencillamente de culturas diferentes, sino de tiempos históricos diversos (cfr. Canclini, 1989, p. 71). Y es evidente que, en este contexto, la preservación de las diferencias no quiere decir permanencia de las desigualdades. De cierta manera, Gamio ya manejaba los conceptos de multitemporalidad histórica y multiculturalidad. Sin embargo, su preocupación por establecer iniciativas para el “mejoramiento” de las condiciones de existencia de las poblaciones indígenas tendían a llevarlas, inevitablemente, a una gradativa “occidentalización”. La alfabetización en español, concebido éste como una especie de “lengua-puente”, tarde o temprano representaría el fin de las lenguas autóctonas, como un paso inevitable para la homogeneización cultural o, si se quiere, “nacionalización” de los habitantes del país.

indígenas había terminado. Para desarrollarse no les quedaba más que seguir el camino de la cultura moderna e integrarse a ella (*cfr. RC*, p. 25). Así es que partiendo del punto cero de la alfabetización masiva en español (con el consecuente abandono de las lenguas indígenas), la unificación político-cultural de México sería paulatinamente conquistada, posibilitando la tan auspiciada consolidación nacional del país.

Los intelectuales, como misioneros, debían llevar “la luz que emana” de la cultura, las artes y las ideas a la aislada gente del interior, compartiendo con ella lo que le era característico: “la santidad del trabajo manual”. No se puede ignorar que Vasconcelos siempre insistió en el deber y la necesidad que tenían los profesores de conocer el mundo y el alma indígenas, simultáneamente al trabajo de llevar a estas comunidades la ciencia y el conocimiento que el resto de la humanidad había producido durante tantos siglos. Sólo que las tradiciones, las costumbres, las creencias y los “dialectos” indígenas (como prefería el ministro), debían comprenderse como un pasado que había que conocer y respetar exclusivamente como pasado. Asimismo, es inevitable repetir que, en la relación entre los misioneros de la civilización urbana y los educandos del interior agrícola, la jerarquía no dejaba de imperar, aunque estuviera cubierta con el manto de la solidaridad.

En ese sentido, es ilustrativo analizar la política general de la SEP que valorizaba el trabajo manual, no sólo en el campo sino en los centros urbanos, donde se invirtió principalmente en la creación de escuelas industriales. Según relata Vasconcelos, en la capital llegaron a funcionar ocho centros populares de pequeñas industrias, en los que se enseñaba costura, culinaria, producción de jabones y pomadas, diseño industrial, etcétera, a alumnos que, después de tres meses, eran capaces de producir algo que les garantizara la supervivencia (*I*, pp. 161-162).

Cocineros, artesanos, panaderos, herreros, oficiales de pequeños oficios..., la redención por medio del trabajo y la regeneración por medio de la educación aspiraban a ofrecer a la población mejores condiciones de vida, mas inevitablemente lo que ofrecían eran ocupaciones subalternas para las cuales era necesario una aprendizaje específico, que, en realidad, no suponía cambios significativos para el trabajador, en términos de estratificación social. La preocupación

por el desarrollo y la valorización de carreras técnicas en un país de índole “bacharelesca”⁴³ llegaría a la contraportada del primer número de la revista *El Maestro*:

Un país es fuerte no por el número de sus abogados, médicos y poetas, sino por el de sus hombres de trabajo: campesinos, obreros, industriales, comerciantes honrados, etc. El florecimiento que éstos acarrearán hará posible la general y efectiva labor de los primeros. No aspiremos a un título que nada vale, sino a trabajar en aquello para que hayamos nacido aspirando fuerte y decididamente a ser el mejor y más perfecto de los individuos de nuestro gremio. Prefiramos ser el mejor dulcero de la República al peor abogado de la ranchería.

Vasconcelos rechazaba la idea de formar una casta de intelectuales gobernantes, que acabase resbalando al estilo chino, sustituyendo la aristocracia burguesa, sin interesarse en resolver la cuestión de la pobreza y la ignorancia circundantes (*EI*, p. 101). Sin embargo, estaba tan consciente de la ilustración y de las ciencias, que no abandonaría nunca una concepción dicotómica de la sociedad, estructuralmente dividida entre profesores y alumnos. Es cierto que la jerarquía preconizada por el “Maestro de la Juventud” partía de las diferencias individuales y se sostenía, no sobre el poder económico, sino sobre el conocimiento. Sin embargo, eso plantea de inmediato la cuestión de hasta qué punto tales instancias podrían dejar de estar indeleblemente mezcladas. Y hasta qué punto un gobierno de sabios como el que deseaba el “Maestro” no apartaría del pueblo —escolarizado, pero no preparado para emprender carreras más intelectualizadas— cualquier posibilidad de autonomía, iniciativa y cambio, conformando, cuando mucho, en palabras de Blanco (1990, p. 90), una “clase media secundaria”.

En realidad, aunque el secretario manifestara sus buenas intenciones de redimir a la población mexicana de su ignoran-

⁴³ La expresión “bacharelesca” es muy común en Brasil y tiene un sentido despectivo. Se refiere tanto al dominio de los licenciados, principalmente abogados, en la política, como a la excesiva valorización social y cultural que acostumbra acompañar a esas profesiones.

cia y atavismos, salta a la vista su concepción organicista de la sociedad, en la que las funciones directivas no tenían por qué alejarse de la “cabeza.”⁴⁴ Una república de clase media ilustrada no excluiría la necesidad de desempeñar los más variados papeles, necesarios para el funcionamiento adecuado del organismo social. Para funciones diferentes, diferentes responsabilidades. En el México regenerado, los subalternos no podrían dejar de existir, así fuera de manera atenuada.⁴⁵

Por lo que puede deducirse de algunos de los textos que el mismo Vasconcelos escribió posteriormente sobre su experiencia educacional en la SEP, habrá que concluir que la “redención” y la “regeneración” que el gobierno y sus misioneros intelectuales ofrecieron al pueblo, particularmente a los indígenas, no sirvieron ni para redimirlos de lo que entonces se consideraba como las supuestas “amarras de sus prejuicios”, ni para emanciparlos en el ámbito del capitalismo hegemónico. Permanecerían como buenas e ineficaces intenciones.⁴⁶ Los agrios tomos de memorias de Vasconcelos describen un país en el que la ignorancia de la población sigue predominando y el gobierno permanece en

⁴⁴ Vasconcelos llegó incluso a formular el concepto de “democracia funcional”, que significaba “colocar a la cabeza de cada función a los más aptos para desempeñarla. En las leyes del desarrollo natural se le podrían buscar apoyos al nombre nuevo de tesis tan vieja, pero prefiero limitarme a decir que la democracia no ha de ser niveladora en el sentido de estorbar la acción de las minorías selectas” (*ROD*, pp. 1586-1587).

⁴⁵ En ese contexto, son interesantes las observaciones de Vasconcelos en su viaje a Puerto Rico, donde dictó el ciclo de conferencias reunido en *Indología*. Puerto Rico, ocupado por Estados Unidos, tenía un programa educativo sustentado en buenas escuelas. Sin embargo, eso sólo contribuía “a hacer más numerosa la clase de los parias intelectuales, la multitud de los que saben leer y escribir, pero no tienen oficio ni capacidad o posibilidad de producción” (*I*, p. xxxiii). La política educativa de Vasconcelos, al contrario, según su propio autor, asumía esa preocupación: enseñar y ofrecer un oficio.

⁴⁶ Y eso es lo que Gamio también constató. En 1935, afirmaba: “Hoy, como hace veinte años, que iniciamos esta campaña nacionalista, creemos que es de urgencia: equilibrar la situación económica, elevando la de las masas proletarias; intensificar el mestizaje, a fin de consumir la homogeneización racial; substituir las deficientes características culturales de esas masas, por las de la civilización moderna, utilizando, naturalmente aquellas que presenten valores positivos; unificar el idioma, enseñando castellano a quienes sólo hablan idiomas indígenas. Es pues un nacionalismo referente a la estructura social, étnica, cultural y lingüística, el que proclamamos” (*Hacia un México nuevo*, apud Comas, 1985, p. 17).

manos de militares codiciosos y sin compromiso con su destino. Y, como Vasconcelos no se cansó de denunciar, a partir de su salida de la SEP, tal situación empeoró con el aumento paulatino e irreversible de la vinculación económica y política de México a los intereses norteamericanos.⁴⁷ En realidad, podemos pensar que, en lugar de mexicanos (indios, blancos y mestizos) unidos ante la amenaza imperialista de la doctrina Monroe, Vasconcelos tendría que conformarse con ver blancos “civilizados” en cómoda armonía con la influencia norteamericana y en franca oposición a los “bárbaros” locales: las masas indígenas y mestizas que continuaban siendo oprimidas.

Específicamente en relación con la campaña contra el analfabetismo, los datos que Fell presenta son una vez más elocuentes. A partir de los censos disponibles, Fell calculó aproximadamente de 80 a 100 000 alfabetizados, entre 1921 y 1924. Si estos datos contradicen los cálculos del mismo Vasconcelos, de más de 150 000 personas para el mismo periodo (*I*, p. 161), ambas cifras son irrisorias frente a los millones de analfabetos existentes en el país. En 1930, según las estadísticas oficiales, el 71% de la

⁴⁷ Uno de los temas más recurrentes en las memorias de Vasconcelos fue lo que consideraba la norteamericanización paulatina e irremediable del país, por medio, entre otros factores, de la diseminación del protestantismo. Tal crítica se acentuó a medida que, más que recordar, Vasconcelos se dedicó a “predicar” y acusar. Sin embargo, durante su permanencia en el ministerio y en los años subsiguientes a su renuncia, la relación de Vasconcelos con los estadounidenses fue muy cercana e incluso cordial. Como funcionario gubernamental, Vasconcelos tenía que cumplir con las reglas diplomáticas, y fue como hombre de Estado que leyó una conferencia importante en Washington, defendiendo su proyecto educativo como un elemento que confirmaba la entrada de México en una etapa de paz (*WAS*, pp. 857-874). En vista de que Obregón buscaba el reconocimiento de Washington a su presidencia, Vasconcelos, como ministro, tuvo que empeñarse en convencer al gobierno protestante de la “santidad” de su misión y, principalmente, de que México no estaba “sovietizándose”. Sin embargo, no sólo se relacionó con los vecinos en el papel de político. Llegó a escribir y participar en el consejo editorial de una revista protestante, *La Nueva democracia*, editada en Nueva York, y aun abrió las páginas de *La Antorcha* a colaboraciones de intelectuales protestantes norteamericanos. En esa época, Vasconcelos insistió en la necesidad de la cooperación entre razas y culturas para construir un mundo mejor (lo que de cierta manera relativizaba su iberoamericanismo). A partir de su campaña por la presidencia, cuando empezó a criticar a los protestantes, éstos decidieron alejarse. Asimismo, al advertir que los protestantes apoyaban francamente al presidente Calles, Vasconcelos pasó a profesarles un odio profundo (*cfr.* Ruiz Guerra, 1994, pp. 284-285).

población del país continuaba analfabeta.⁴⁸ Los datos ayudan a comprobar la dimensión de la tarea, pero también a advertir que el compromiso propuesto por Vasconcelos rebasaba en mucho el real interés del Estado por cumplirlo y el del conjunto de la población por ayudarlo. En 1921, el responsable oficial por la campaña apuntaba la necesidad de seguir el ejemplo ruso, haciendo “comprender al pueblo mexicano que instruírse es un verdadero deber patriótico” (Abraham Arellano, 1921. *apud* Fell, p. 41).

En el desarrollo de la campaña, surgen algunas constataciones importantes: un proyecto de carácter nacional nunca podría llevarse a cabo con la exclusiva participación de voluntarios. El Estado tenía que intervenir con fondos, material y personal. El equipo de Vasconcelos descubrió muy pronto que el mero llamado patriótico no atraería gente en la cantidad necesaria. Se pensó entonces en una remuneración diferenciada para los profesores rurales (“misioneros” y “residentes”), en otra remuneración fija para los profesores de los recién creados centros de “desanalfabetización” nocturnos, y se ofrecieron diplomas a todos los que se inscribieran y trabajaran como alfabetizadores voluntarios, diplomas que los favorecerían en eventuales concursos por cargos públicos. De hecho, eso atrajo a mucha gente que no tenía mayor interés en la “misión regeneradora”, e incluso relativizó sus reales alcances. Irónicamente, mientras el ministro solicitaba la participación voluntaria en el gran proyecto de solidaridad nacional, encontraba más y más trabajadores en busca de empleo y no de una colaboración desinteresada.

⁴⁸ La alfabetización, que fue una iniciativa fundamental, no tuvo continuidad después de la salida de Vasconcelos de la secretaría. Sólo hasta 1944, Jaime Torres Bodet, entonces secretario de Educación Pública la retomó (Fell, 1989, p. 47).

ESCUELAS, LIBROS Y BIBLIOTECAS: LOS LADRILLOS DE LA NACIÓN

nadie ha explicado por qué se ha de privar
al pueblo de México, a título
de que es pueblo humilde,
de los tesoros del saber humano
que están al alcance de los más humildes
en las naciones civilizadas.

El desastre

Construir requiere mucho más que planes grandiosos, buenas intenciones y voluntarismo. ¿Con qué recursos se puede construir una nación culturalmente homogeneizada, en un país al borde de insurrecciones para las cuales —eso sí— siempre se encuentran medios para reclutar fuerzas, obtener préstamos y comprar armas? Fue eso lo que en cierto modo se discutió en la reunión parlamentaria que se ocupó del presupuesto de la SEP, en diciembre de 1922. Partidarios del plan de educación de la secretaría, los representantes de los estados con numerosa población indígena y campesina demandaban más maestros misioneros y salarios capaces de atraer a gente calificada para esa tarea tan importante y difícil. Vasconcelos defendió personalmente el presupuesto de la SEP y logró que se aprobaran los créditos necesarios para la contratación de 300 maestros misioneros y 5 000 residentes —que finalmente, con la aprobación de los diputados, se tradujeron en el nombramiento de 200 misioneros y 3 000 residentes, pues destinó el resto de los recursos a la compra de material, para que mejorar las condiciones de trabajo de todos estos profesionales (Fell, p. 226).

Entre el torbellino de tareas que la recién creada SEP se había impuesto, la preocupación central de su titular era conseguir que los planes pudieran transformarse en acción concreta. Por eso, aplicaba su pragmatismo en reducir metas y en reasignar recursos, al mismo tiempo que mantenía en circulación el discurso que prometía la redención del país, fundamental para que su secretaría continuase llamando la atención y obteniendo recursos. Se apoyaba en un equipo numeroso, responsable de

las diversas áreas que componían el extenso organigrama de la SEP. Sin embargo, intervenía en la definición del trabajo de cada una de ellas y, sobre todo, ponía especial atención en difundir el material escrito, muchas veces firmado por él mismo, con el que no sólo rendía cuentas a la opinión pública acerca de las actividades realizadas, sino que además le servía para aconsejar y sugerir procedimientos e iniciativas, en una mezcla significativa de mando, prédica y aclaración.

Una de las grandes discusiones que desató la creación del Departamento de Educación y Cultura Indígena tenía que ver precisamente con la calidad y el alcance de la actuación de los profesores respecto a la alfabetización de los indígenas. De acuerdo con su reglamento (*Boletín de la SEP*, vol. 1, núm. 2, 1922, pp. 68-70), al profesor misionero le correspondía establecerse en una región delimitada, y recorrerla tratando de dirigir y supervisar el trabajo de los profesores residentes (exalumnos o personas ya alfabetizadas dispuestas a enseñar). Para “desalfabetizar las razas indígenas de la República”, era necesario organizar programas de enseñanza apropiados para la población indígena, además de estimular la enseñanza de la lengua española y los rudimentos de aritmética, la adquisición de conocimientos prácticos y útiles, como nociones de higiene y, también, de arte, historia y civismo. Facilidad, simplicidad y virtud serían los instrumentos suficientes, según el mismo documento, para “ganarse a los indígenas”, y conseguir “levantar el espíritu de estos hombres sencillos e ignorantes, infundirles entusiasmo y fe en su porvenir y en el futuro de la Patria”.

También le tocaba al profesor misionero enviar informes sobre los programas escolares, sobre los habitantes de la región de la cual era responsable y sobre su modo de vida, prácticas religiosas, indumentaria, manifestaciones artísticas y actividades económicas. Las informaciones que los profesores enviaban al Departamento de Cultura Indígena de la SEP servirían como material de base y evaluación de las actividades desarrolladas o por desarrollar.

Tales informes, algunos difundidos en los *Boletines de la SEP* y otros en la prensa diaria, no sólo daban cuenta de la gran diversidad cultural del país, muchas veces percibida como ma-

nifestación folklórica. Mostraban también el estado de miseria y explotación en que vivía la gran mayoría de la población indígena y hacían ver a los lectores la necesidad de cambios estructurales para que, de hecho, un nuevo México pudiera surgir. El contexto en que los misioneros se movían era en extremo complejo y exigía de ellos mucho más que alfabetizar. Reunidos en un congreso convocado por Vasconcelos, y que se celebró cuando el ministro estaba en Sudamérica, los maestros misioneros examinaron, entre otros temas, la pertinencia de los programas escolares únicos, dadas las diferencias entre las diversas etnias existentes en el país; evaluaron qué tipo de libros de texto deberían emplearse en las escuelas indígenas y discutieron también sobre cómo superar las barreras de comunicación entre los profesores y las comunidades indígenas.⁴⁹

Esta barrera lingüística era evidente. En el texto que había preparado para el congreso, Vasconcelos destacó la necesidad de realizar una compilación estadística acerca de las diversas “razas indígenas” y los “dialectos” que se hablaban en el país, con su respectivo análisis y presentación lingüística.⁵⁰ Tal encuesta también evaluaría el número de indígenas hispanohablantes con los que los misioneros tal vez pudiesen contar en su trabajo de alfabetización. En el congreso se definió un perfil para los educadores de los centros indígenas: tendrían que ser de la misma comunidad o haber trabajado mucho tiempo en la región; asimismo, tendrían que haber pasado por la escuela normal o,

⁴⁹ El periódico *Excélsior* (“Con solemnidad fue inaugurado ayer el congreso de los maestros misioneros”, 19 de feb., 1922, p. IV-1, segunda sección) reprodujo el discurso de la señorita Esperanza Velásquez, profesora misionera. Tal alocución refleja cabalmente el entusiasmo conquistado por el programa vasconcelista y del carácter constructor que éste daba a la Revolución. Esperanza no sólo evocó la acción de los misioneros españoles, sino también a los ejemplos de Sócrates y Platón, quienes “no desdeñaron llevar la lámpara de la verdad muy lejos de los claustros”. Según los datos que aportó la profesora, en México existían “doce millones de indígenas, de analfabetos a quienes hay que formar una nueva conciencia”. De esta lucha, “habrá de salir renovada la República, así como ha surgido una nueva Rusia modelada por las manos de los campesinos y de los obreros”, y terminaba: “tenemos por fortuna un *gobierno revolucionario* que nos hará más fácil la tarea de educar a las masas populares” (cursivas en el original).

⁵⁰ Nótese que si bien Vasconcelos solía considerar a los indígenas como un único y extenso grupo, había detalles que no escapaban a su visión.

al menos, poseer los conocimientos correspondientes al cuarto grado de primaria.⁵¹

En la discusión de las estrategias de acción que los maestros misioneros tendrían que desarrollar en su trabajo educativo, estaba implicada, en realidad, la producción de un diagnóstico de la situación de las comunidades indígenas. Con este diagnóstico —por cierto, bastante desfavorable— en las manos, los misioneros enfrentaban una tarea aún mayor. De hecho, enseñar español, rudimentos de matemática, artes manuales y nociones de civismo y amor a la tierra no solucionaba la situación de explotación de los indígenas. Era necesario mucho más. Asimismo, daba por supuesto entre los mismos miembros de la SEP que la alfabetización sin continuidad, o sea, sin que los recién alfabetizados pudieran continuar practicando la lectura (lo que suponía el acceso cultural y principalmente económico a libros y revistas, además de los que se podían leer en las bibliotecas o eran enviados por la SEP), no representaba nada más que un proyecto destinado al fracaso.

Por todo eso, el congreso resolvió impulsar acciones más abarcadoras. El primer paso en ese sentido fue alentar entre los indígenas la formación de cooperativas agrícolas, a lo que se seguiría la fundación de las llamadas “casas del pueblo”. En ellas, con el auxilio del maestro misionero, se organizaban actividades colectivas, de carácter educativo (cursos nocturnos, actividades artísticas), pero sobre todo de carácter social y económico. Según parece, en 1922, los profesores de la SEP llegaban a las mismas conclusiones de los antropólogos que habían trabajado con Gamio en el valle de Teotihuacán: para ofrecer mejores condiciones de vida a las poblaciones marginadas era necesario proveerlas de los medios que su inserción en

⁵¹ Es necesario observar, sin embargo, que la solución de designar como profesores residentes a personas de los mismos poblados tuvo también como motivo el desinterés (y a menudo el prejuicio) de los profesionales preparados, provenientes de la clase media urbana, por instalarse en el interior y convivir con los indígenas. De hecho, la confianza en la disposición desinteresada de la clase media no podía ser incondicional: tendrían que buscarse alternativas más realistas para el cumplimiento del proyecto.

la sociedad moderna exigía, y de tal manera, que se pusiera fin a la explotación a que habían sido sometidas durante siglos.⁵²

En 1923, cuando la SEP editó el *Programa de Redención Indígena*, Enrique Corona, jefe del Departamento de Educación y Cultura Indígena, estaba absolutamente convencido de que toda política educativa favorable a los indígenas sería estéril si no la respaldaba una política que les diera tierras —lo que representaba la base de su emancipación económica—, acompañada de la apertura de carreteras, la construcción de presas y canales, el saneamiento básico y protección jurídica. (cfr. Fell, p. 238). El propósito de la SEP de rescatar a los indígenas de su condición de parias, por medio de la educación, requería la acción coordinada de varios ministerios. Por su carácter multidisciplinario, representaba un plan de gobierno casi completo que, para ponerse en práctica, iba a exigir no sólo recursos financieros sino además una voluntad política dispuesta a revertir la situación de desigualdad estructural, de un país en el que las diferencias étnicas se equiparaban a las sociales y llegaban a legitimarlas.

Durante la permanencia de Vasconcelos al frente de la SEP, el Departamento de Educación y Cultura Indígena intentó establecer una relación, por así decirlo, más directa con las comunidades indígenas. A los maestros misioneros se les recomendó involucrarse en sus actividades cotidianas, estimulando, con el ejemplo de sus ideas y una conducta libre de vicios, el desarrollo cultural, social y económico de aquella población. En ese sentido, además de organizar y mantener escuelas en funcionamiento a cargo de los profesores residentes, el misionero tenía que despertar entre los alumnos y miembros de las comunidades el interés por la continuidad de su proceso educativo. Así es que además de todas las

⁵² Gamio percibía la misión de los educadores de la SEP como una tarea de alcance limitado. Si realmente deseaban mejorar las condiciones de vida de las poblaciones indígenas, lo que aconsejaba a los maestros misioneros era, en primer lugar, abandonar todos los prejuicios, "indianizándose". Sólo de esta manera podrían comprender y ayudar a tales comunidades. En segundo lugar, recomendaba que, antes de partir a las regiones designadas, recibieran conocimientos de antropología, etnografía, etnología, geografía humana, sociología, etcétera, para que pudieran disponer de un "método científico" para estudiar y comprender los fenómenos característicos de las poblaciones de filiación indígena (revista *Ethnos*, apud Fell, p. 233).

tareas que debía desarrollar, este profesional también impulsaría la lectura y sería, en realidad, un bibliotecario ambulante. El proyecto educativo y civilizador vasconcelista se apoyaba, pues, en el trinomio escuela, libros y bibliotecas (con todas las especificidades de medio y público: del rural e indígena al urbano; del obrero al estudiante universitario; del infantil al adulto).

El organigrama de la SEP contemplaba un Departamento de Bibliotecas y Archivos, y por él pasaron los ateneístas Julio Torri y Pedro Henríquez Ureña,⁵³ la poeta chilena Gabriela Mistral,⁵⁴ además de jóvenes literatos como Jaime Torres Bodet, Salvador Novo y Carlos Pellicer. Al ser alfabetizada, una población carente de recursos necesitaba estímulos para continuar su desarrollo y no olvidar de lo aprendido. Se intentó entonces ofrecer grandes tirajes de buenos libros a precios bajos (cuando no de distribución gratuita) y se elaboró un proyecto de construcción de bibliotecas a lo largo del país para fomentar entre el mayor número de personas el hábito de la lectura. Todo eso representaba la culminación del proyecto educativo de Vasconcelos, el cual implicaba un programa de socialización de la cultura.⁵⁵

⁵³ Cuando asumió la rectoría de la Universidad Nacional, Vasconcelos designó a Torri como jefe del sector de bibliotecas populares y ambulantes (Walerstein, 1991, p. 79). Pedro Henríquez Ureña, quien acababa de regresar de Estados Unidos, recibió de Vasconcelos muchos encargos, entre ellos la coordinación de los cursos de verano. Vasconcelos los había concebido principalmente para estadounidenses que enseñaban español en Estados Unidos. La idea era establecer un intercambio cultural más significativo con la frontera norte. A través de conferencias, clases y excursiones, se pretendía familiarizar a los visitantes con las costumbres y la cultura del país, estableciendo una política de mayor acercamiento e incluso de buena vecindad. La coordinación en manos de un intelectual reconocido como Henríquez Ureña aumentaba el prestigio de tal iniciativa.

⁵⁴ Gabriela Mistral desempeñó un papel importantísimo en la obra educativa de Vasconcelos. Invitada por él a pasar una larga temporada en el país, desplegó gran actividad en el impulso a los profesores misioneros (ella misma había trabajado como profesora rural en Chile), en el estímulo a la escolarización (una de las escuelas inauguradas por Vasconcelos llevaba su nombre, *I*, p. 188), y en la definición del papel de las mujeres en la tarea educativa. En lo que se refiere específicamente a la cuestión de la lectura, preparó un volumen importante, *Lecturas para mujeres*, editado por la SEP (Vasconcelos, *I*, p. 167; Walerstein, 1991, p. 102).

⁵⁵ Su conocimiento de Lenin y Lunatcharski, su audacia política y sus arrebatos —que, entre otras acciones no precisamente coherentes, lo acercaron a los intelectuales zapatistas (*ED*, pp. 33-38)—, evidentemente no le atrajeron el apoyo unánime de la prensa. Vasconcelos llegó a ser tachado de bolchevique y, en la prensa estadounidense, se publicó incluso que quería sovietizar las escuelas (Blanco, 1977, p. 85).

En lugar de estimular la industria privada, lo que Vasconcelos pretendía era centralizar la producción de libros en el Estado. A final de cuentas, según el autor, el libro no era simplemente una mercancía más, como le gustaba decir a su contemporáneo brasileño Monteiro Lobato. La mística del libro como instrumento de conocimiento y sensibilización artística, como vehículo de reflexión y redención intelectual, lo dotaba de un aura particular, que hacía que Vasconcelos mirara a los industriales del sector como una especie, digamos, de “mercaderes del templo”. Es cierto que el mismo ministro solía relativizar su visión, argumentando que el incremento en el número de lectores beneficiaba principalmente a los libreros que, con un mercado potencial en aumento, deberían estar felices con las iniciativas editoriales del gobierno. Pero, de hecho, la idea de Vasconcelos era crear y fortalecer el espacio público de la cultura, estimulando principalmente la lectura en el ámbito de las bibliotecas (públicas, escolares, obreras).⁵⁶

En su proyecto cultural y educativo, Vasconcelos sostenía que el número de bibliotecas en el país tenía que multiplicarse y era necesario proveerlas de suficiente material de lectura. Ahora bien, si la máxima que sustentaba el funcionamiento del Departamento de Bibliotecas asentaba que buenos libros propician la cosecha de mejores hombres, la decisión de producirlos requería la adopción de un criterio editorial cuidadoso y adecuado a los distintos sectores del público lector. Por eso, dada la extensión del proyecto, editarlos requería una estrategia de producción eficaz y barata, paralela a la ejecución de una inteligente política de compras de los libros que no se pudiera editar.

Poco tiempo después de dejar el ministerio, en 1926, el propio Vasconcelos resumió la organización del departamento y sus fuentes inspiradoras (*I*, pp. 164-170). Una de ellas estaba, de nueva cuenta, en el modelo educativo norteamericano. El Departamento de Bibliotecas intentó imitar las eficientes bibliotecas públicas del país vecino, además de responder a las demandas

⁵⁶ En varias ciudades que visitó durante sus giras de trabajo, se crearon salas de lectura popular, que los trabajadores podían visitar después de su horario de trabajo (Fell, pp. 49-52).

específicamente relacionadas con el medio sociocultural mexicano, con “pequeñas colecciones circulantes de cien o cincuenta libros buenos que iban a lomo de mula de poblado en poblado, siguiendo la huella abierta por nuestros modernos misioneros” (I, p. 164). Hasta 1924, se habían creado en todo el país 1916 bibliotecas, número elocuente, pues la misma fuente (Torres Bodet, entonces director del Departamento de Bibliotecas) afirmaba que, en 1920, existían apenas 70 (Fell, p. 520). Las conquistas específicas de este departamento, así como noticias sobre los libros editados por la SEP o incorporados a las bibliotecas del país aparecían en una revista creada especialmente para eso: *El Pueblo y el Libro*, que apareció en 1922 y sobrevivió a la gestión ministerial de Vasconcelos.⁵⁷

Según Vasconcelos (I, p. 165), las listas de obras para las bibliotecas, nuevas o ya existentes, fueron el resultado de varios estudios y tuvieron como uno de sus modelos el de Eugenio D’Ors y sus bibliotecas de la Mancomunidad catalana. No obstante el departamento siempre se mantuvo atento a las demandas del público lector o de los profesionales responsables de velar él. En este sentido, de acuerdo con las solicitudes de escuelas, asociaciones sindicales y obreras, se crearon cinco tipos de biblioteca, que albergaban entre 12 y 200 volúmenes. La más sencilla, el tipo 1, poseía solamente 12: además de aritmética, física y química elementales, ofrecía el *Quijote* y las *Cien mejores poesías mexicanas*. El tipo 4, por ejemplo, que contaba con 100 volúmenes, incluía autores como Rodó, Darío, Goethe, Tolstoi y Rousseau, así como obras sociológicas y filosóficas de Descartes, Darwin, Spencer, Bergson y Marx (Fell, pp. 516-517).

Al observar la composición de estas bibliotecas, se advierte que su organización obedecía claramente a un proyecto de largo plazo. Así, paralelamente a la campaña de alfabetización, lo que la SEP de Vasconcelos buscaba estimular —destinando para eso un departamento completo— no era simplemente el hábito de la lectura entre un público recién alfabetizado (para lo cual no

⁵⁷ Según Fell (p. 510), la revista circuló hasta 1935 y, desde su segundo número, la dirigió Torres Bodet.

eran necesarias obras de filosofía o sociología). Se trataba de algo mucho más amplio: la conformación de un espíritu crítico y, si se quiere, también científico entre los lectores mexicanos —tanto los nuevos como los antiguos. Los ecos del proyecto civilizador ateneísta rindieron frutos pues lo que la SEP ofrecía, en moldes inusitados e innovadores (*I*, p. 164), con su proyecto tríplice —escuela, libros y bibliotecas—, era el acceso universal al conocimiento. El espacio de la lectura era público: se expandía de las escuelas a los sindicatos, pasando por las alcaldías. El acceso al conocimiento, si empezaba con los millones de libros de texto impresos por la misma SEP, podría además abrir el camino a las obras importadas de España o traducidas y editadas en el país.

Para crear y mantener las bibliotecas, la inversión en libros era fundamental. Con la producción local de algunos títulos, más las ediciones importadas, el Departamento de Bibliotecas formó verdaderos “paquetes culturales”, compuestos por un amplio espectro de autores (y eso sin contar los manuales de ciencias exactas y físicas). Por otra parte, de la creación de estas cinco categorías de bibliotecas puede inferirse también que la intención de sus promotores era satisfacer los intereses de muy distintas categorías de público. De modo que junto a la discusión sobre qué tipo de lectura debía la SEP ofrecer a un público que “está comenzando a aprender a leer” (*I*, p. 165), el equipo del Departamento de Bibliotecas se acercaba a otro público que no podía perderse (y que, evidentemente, no era ni la multitud recién alfabetizada ni la que debía alfabetizar). Se concluyó que había llegado el momento de ofrecer en español obras que hasta entonces sólo llegaban a México en francés o en inglés y que, por eso, eran mucho más caras. Ampliar el acceso a ellas hacía necesaria su edición en el país y, para conseguirlo, la SEP compró una planta editorial completa en Estados Unidos y creó un equipo de traductores.⁵⁸

Unas vez más es Fell (pp. 479-520) quien precisa las verdaderas dimensiones del trabajo que este departamento desarrolló, y

⁵⁸ El antiguo ateneísta Julio Torri se encargó de revisar algunas traducciones españolas y Daniel Cosío Villegas y Samuel Ramos, entre otros, trabajaron directamente en la traducción de textos en francés o inglés (Cosío Villegas, 1986, p. 76).

que generaría una serie de polémicas en torno a la actuación y el proyecto cultural de Vasconcelos. El cuestionamiento principal lo desató la edición de una colección que Vasconcelos bautizaría como “Clásicos”, y cuyo tiraje de 25 000 ejemplares en promedio (Fell, p. 488) puso en circulación lo mismo *La Iliada* y *La Odisea* o el *Fausto* de Goethe, que Esquilo, Eurípides, Platón, Plutarco, Tagore, Romain Rolland, Plotino... y los Evangelios (I, p.166; *ED*, p. 47). En la investigación de Fell encontramos elementos importantes para relativizar la mala publicidad que Vasconcelos recibió por editar a los filósofos griegos en un país con más de 50 lenguas indígenas y en donde una parte significativa de la población (según Gamio y los censos, aproximadamente el 10%) no hablaba y mucho menos pensaba el mundo en el español nacionalizador.⁵⁹ El proyecto de Vasconcelos, como veremos a continuación, era mucho más amplio y coherente de lo que imaginaban sus críticos.

Paralelamente a la edición de aquellos filósofos, la SEP publicó libros de lectura destinados a la enseñanza primaria en grandes

⁵⁹ En relación con el tema de la unificación cultural por medio de la lengua, en un país como México, no sólo multiétnico sino plurilingüístico, la distribución de grandes tirajes en español a precios ínfimos significó un paso más en la valorización y en el intento de consolidación de este idioma como lengua efectivamente nacional. Para la discusión de la importancia de la lengua en la conformación de la nacionalidad, véase Hobsbawm (1991, principalmente pp. 114-120) y Benedict Anderson (1989, pp. 17-56). Anderson, al analizar la cuestión lingüística en el contexto de los países latinoamericanos, señala que ésta no fue un elemento importante en sus procesos de independencia, pues todos los nuevos Estados eran “criollos, constituidos y dirigidos por personas que compartían una lengua y una descendencia comunes con aquellos en contra de los cuales luchaban” (p. 57). Sin embargo, pasada la etapa de constitución del Estado, es posible afirmar que, en países con una gran población indígena, como México, la lengua continuaría siendo una cuestión problemática en su cohesión interna. Así, la tesis de Anderson de que la prensa, al diseminar una lengua padronizada, ayudó a formar lo que llama “comunidad imaginada” para definir a la nación (p. 56), parece ser un interesante instrumento de análisis para reflexionar sobre la distribución de los libros y revistas producidos por la SEP, en la década de los veinte. La difusión del español en un país como México, donde las contradicciones típicas de las sociedades modernas siempre se hicieron acompañar de los problemas relacionados con las cuestiones étnicas y lingüísticas, llevaría al mismo Vasconcelos a afirmar, recordando su programa de difusión del libro en castellano, que “el idioma nacionaliza mejor que la sangre” (*ED*, p. 460). Tal afirmación apunta hacia el predominio de las cuestiones culturales sobre las étnicas, aunque, por lo general, Vasconcelos tendiera a mezclarlas.

cantidades (600 000 sólo para la primera serie) y manuales técnicos y artísticos —como el famoso método de diseño del pintor Best Maugard, destinado a la sensibilización artística del pueblo. También editó y distribuyó 100 000 ejemplares de la *Historia patria*, de Justo Sierra. Además de que los tirajes eran enormes, Vasconcelos, en su pelea con los editores privados, decidió vender los libros a menos del costo o simplemente entregarlos gratuitamente a través de la SEP.⁶⁰ El proyecto de Vasconcelos se granjeó la inmediata antipatía de los editores pero fue, de hecho, fundamental para el mercado editorial y cultural de su país, sobre todo en términos de aumento de la demanda a largo plazo. Después de Vasconcelos, este mercado jamás sería el mismo.⁶¹

Tampoco puede perderse de vista la dimensión ideológica del proyecto editorial de Vasconcelos. La iniciativa de publicar y distribuir libros en español y el intento de convertir la lectura en hábito cotidiano entre la población, en primer lugar mediante la construcción de bibliotecas por todo el territorio nacional, se insertaban en un proyecto de carácter verdaderamente colectivo, cuyo desarrollo, a pesar del entusiasmo inmediatista del secretario, sólo podría lograrse en muchos años. El elemento

⁶⁰ Sin embargo, es importante considerar que grandes tirajes no significan necesariamente muchos lectores. Sin una distribución eficaz, los libros editados por la SEP jamás llegarían a los lectores y permanecerían arrumbados en las bodegas del gobierno. Desafortunadamente, la ausencia de trabajos acerca de la recepción de tales libros impide evaluar su circulación y distribución por las bibliotecas del país. Por otra parte, resulta interesante pensar en el “fetichismo de la mercancía libro”. Su posesión muchas veces como objeto de adorno, no significa necesariamente el ejercicio de la lectura. Muchas *líadas* pueden haberse limitado a llenar los libreros de particulares o de los despachos gubernamentales. Lobato (como veremos en el Capítulo 3), solía diferenciar los libros que se compran de aquellos que realmente se leen.

⁶¹ Como veremos, en Brasil el trabajo editorial y gráfico de Monteiro Lobato recibió una evaluación similar. Lo que importa resaltar desde ahora es que, mientras la acción de Vasconcelos se daba a partir del aparato estatal, Lobato actuaba principalmente como empresario, procurando conquistar un público lector que comprara los libros que editaba. Sin embargo, no debe omitirse que Lobato buscaba contar con el gobierno como un comprador importante. Fue lo que sucedió cuando Washington Luís gobernó el estado de São Paulo (1920-1924). En más de una oportunidad, el gobierno paulista compró grandes cantidades de libros editados por Lobato para distribuirlos gratuitamente en las escuelas públicas. Como anécdota ilustrativa puede citarse la primera edición de *Narizinho arrebitado*, cuando el gobierno acabó comprando 30 000 de los 50 500 ejemplares que el aún inexperto Lobato había editado (*P&E*, pp. 191-193), y hubo muchos otros.

aparentemente curioso de tal proyecto era la ausencia de una preocupación por publicar libros de temática nacional. Al contrario de Monteiro Lobato quien, en el mismo periodo, tenía como una cuestión de honor la difusión de trabajos que discutieran temas y problemas brasileños, Vasconcelos no se preocupaba demasiado por el asunto.

En realidad, puede decirse que la política cultural del mexicano era más ambiciosa y de mayor alcance que la del brasileño. Si en efecto Vasconcelos pretendía la redención del pueblo mexicano por medio de la cultura, no podía limitar la producción editorial a su cargo —y que funcionaba, en el periodo, como el instrumento básico para la formación y difusión cultural— a obras o temas nacionales. No podemos olvidar que, paralelamente a las colecciones de libros, la SEP publicaba revistas y boletines, en cuyas páginas había lugar para la discusión de temas de coyuntura y para cuestiones más directamente relacionadas con México, lo que acababa por llenar esta especie de hueco temático y político. Asimismo, otra de las atribuciones importantes de la SEP residía en la compra de libros para las bibliotecas que fundaba. La formación de acervos bibliográficos rebasaba, evidentemente, los títulos registrados en su catálogo de publicaciones. Ahora bien, como se puede ver, un proyecto cultural como éste, por su propia naturaleza, tenía que ser mucho más amplio y abarcador que la iniciativa de un intelectual empresario, como era el caso de Lobato.

En ese sentido, es necesario entender las actividades editoriales como una de las muchas vertientes del trabajo desarrollado por Vasconcelos al frente de la SEP. Y hay que verlas como parte de la misma visión sinfónica del mundo que el mexicano cultivaba. En tal visión, la estética y la ética se complementaban, y características dionisiacas y apolíneas se materializaban en eventos como los grandes festivales populares de danza y teatro al aire libre que la SEP también impulsaba.⁶² Debe entenderse que, del

⁶² Tales eventos habrían funcionado como una especie de ceremonia iniciática que disciplinaba el cuerpo y elevaba el alma de los asistentes (Fell, p. 372). Según De los Reyes (1993, pp. 138-141), estos festivales también se realizaban en cines y teatros y contaban con el apoyo de empresarios y de los mismos dueños de las salas, quienes patrocinaban películas, orquestas y el uso de pianos. Entre febrero y junio

misticismo que impregnaba a la acción cultural, se desprendía, en el plan de actividades que Vasconcelos había concebido para la SEP, la política de proporcionar al pueblo los instrumentos capaces de elevarlo cultural e intelectualmente. Por esa razón, los profesores se transformaban en misioneros y los libros, en fuentes de redención. Y así, finalmente, puede explicarse la edición de filósofos griegos y de obras como las grandes biografías de Romain Rolland. La visión (¿utópica?) de este ministro que también filosofaba consistía en proporcionar elementos capaces de ampliar los horizontes culturales de una población que, para él, aún seguía presa de los atavismos de la barbarie.

LA FILOSOFÍA Y LA ACCIÓN POLÍTICA

En su intensa, brillante y corta actuación pública, entre 1920 y 1924, Vasconcelos obtuvo toda la proyección política que no había conquistado en los años difíciles de la Revolución. Sólo ahora se proyectaba como una figura política de primer orden. Durante los años turbulentos de los conflictos armados que inició la rebelión de Madero, y aunque se contó entre los primeros en incorporarse al Partido Antirreleccionista, Vasconcelos no tuvo, de hecho, un papel importante en el escenario de la política nacional. En el inicio de los años diez, seguía como abogado de prestigio, incluso trabajando para una compañía norteamericana de compra venta de bienes raíces (*UC*, pp. 264, 315). Durante el periodo huertista, viajó a Europa para intentar impedir la concesión de préstamos al “usurpador”. Después, identificado en un primer momento con Pancho Villa (lo que desmintió en sus memorias), y, a partir de la Convención de Aguascalientes, con el gobierno provisional de los convencionalistas, Vasconcelos, como sabemos, se exilió durante toda la presidencia de Carranza.

de 1922, se celebraron 97 festivales culturales en el Distrito Federal y 30 en los municipios vecinos. Se invitaba a los artistas locales, a los niños que ensayaban cantos y bailes en la escuela y aprovechaba la ocasión para ofrecer conferencias sobre temas de interés común y culturales como el alcoholismo, el feminismo en México o “el origen y la civilización de la raza azteca”. En esos festivales, la difusión del cine fue enorme, e incluso pudo emplearse para fines de alfabetización.

Viajó por algunos países de Sudamérica y el Caribe y se instaló en Estados Unidos. Fue allá, en ese periodo, que Vasconcelos estudió y desarrolló gran parte de su sistema filosófico, base de su actuación al frente de la SEP.

En los planes que elaboró para su ministerio, Vasconcelos expandió el idealismo de Rodó, apoyado en la filosofía antiintelectualista de Schopenhauer y Bergson, e introdujo en su acción política mucho del heroísmo de Nietzsche —para no hablar de los pensadores indostánicos, que estudió en Estados Unidos. Con el fin de redimir a México por medio de la educación y la cultura, elaboró una filosofía estética, apuntalada también en Plotino y Pitágoras.⁶³ Se armó de los principios de un iberoamericanismo idealista en oposición al pragmatismo que identificaba con el mundo anglosajón y protestante (lo que no quería decir que Vasconcelos se abstuviera de la acción). Su sueño de crear en México una república de clase media profesionista, apartada de la truculencia de los caudillos militares y los favores políticos, se expandía para el establecimiento del sueño de Bolívar: la creación de una confederación de Estados iberoamericanos en una

patria continental, libre de corrupciones políticas internas, organizada económicamente en beneficio de las clases productoras y capaz de salvar su independencia de las garras del capitalismo imperialista yanqui [“Juventud”. *Boletín de la SEP*, vol. II, núm. 5-6, pp. 719-720].

El filósofo que a mediados de los años veinte creó el contravertido y a la vez generoso concepto de raza cósmica, abandonaría su iberoamericanismo y universalismo iniciales para

⁶³ Sobre la influencia del intuicionismo de Bergson, véase Vera y Cuspín (1984, p. 97); sobre el antiintelectualismo de Bergson, Schopenhauer y Nietzsche y su reelaboración por Vasconcelos, véase Gómezjara (1984, pp. 127, 130-131); sobre la influencia de Plotino y Pitágoras en su proyecto estético-educativo, véase Fell (pp. 368-381). Vasconcelos habló sobre sus influencias filosóficas más significativas en entrevistas que concedió poco antes de morir, en 1958 y 1959 (cfr. Carballo, 1994, pp. 4, 7, 11-12, 16-18). En ellas, Nietzsche recibió una mención especial, pues una de sus páginas había servido como modelo al Vasconcelos escritor: “Se ha de comenzar despojándose de todo convencionalismo, atreviéndose a decir con desnudez lo que se piensa” (Carballo, p. 12).

luchar bajo banderas menos gloriosas.⁶⁴ Los textos que produjo después de su derrota en la campaña por la presidencia de la República de 1929 habrían registrar cuán resentido y rencoroso se volvió Vasconcelos y cómo, conforme se acercaba a la vejez, se escudaba cada vez más en el catolicismo al que su madre lo había introducido durante la infancia. En realidad, puede decirse que Vasconcelos nunca abandonó el cristianismo, aunque éste haya adquirido connotaciones distintas a lo largo de su vida. Al refutar el positivismo spenceriano, Vasconcelos defendía la moral del desinterés y combatía también la idea de que la religión pertenecía a edades ya rebasadas por la ciencia positiva. Como ya vimos, al frente del ministerio, el autor se inspiró en los misioneros de la época colonial. En la campaña presidencial, el cristianismo reaparecería en la defensa de su propia candidatura —la de un hombre honesto y virtuoso, elemento indispensable para purificar la Revolución corrompida de todos sus aspectos negativos, materialistas y egoístas. Finalmente, después de su último exilio, ya en los años cuarenta, Vasconcelos se profesó como hermano en la orden Tercera de San Francisco.⁶⁵

Pero, retrocedamos en el tiempo para conocer algunas de las ideas que orientaron su trabajo en la secretaría. Como ya vimos (Capítulo 1), a lo largo de los años diez, México vería reducidos en cierto modo sus contactos con el exterior. Los conflictos internos y la primera guerra mundial aislaron el país, y éste experimentó una especie de “ayuno” en relación con el consumo de productos

⁶⁴ A partir de los años treinta, sus colaboraciones a la prensa estarán repletas de críticas a los “judíos marxistas de Wall Street” (*cf.* *R?*, 1937) y, en los años cuarenta, Vasconcelos será identificado por los servicios de información mexicanos y estadounidenses por sus relaciones con el nazismo. Los 17 números de la revista pronazi *Ti-món* (febrero-junio de 1940), patrocinada por la embajada alemana, fueron dirigidos por el autor (Aguilar, 1990). La revista trataba de arte, ciencia, problemas religiosos y nacionales y sobre todo divulgaba noticias sobre la guerra europea y el avance de Alemania (*cf.* Vera y Cuspinera, 1979, p. 71).

⁶⁵ En el plano político, si bien en gran parte de su obra memorialística criticó a Estados Unidos también por su protestantismo, años después, pasada la guerra y vencido el Eje, el autor apoyó a los estadounidenses (cristianos, a pesar de protestantes), en su cruzada contra la Rusia totalitaria y atea (*cf.* Vera y Cuspinera, 1979, pp. 67-69).

culturales importados. En términos culturales, tal situación tuvo consecuencias interesantes. Además de los efectos que acarreó la misma Revolución, la ausencia de contactos frecuentes con los polos de producción cultural —Europa, con la virtual preeminencia de París— obligó a los artistas e intelectuales a buscar en la realidad nacional los temas para sus trabajos. Los pintores, por ejemplo, redescubrieron el paisaje mexicano,⁶⁶ y los narradores, por su parte, dieron cuenta de los disturbios del momento en un notable conjunto de obras, conocido después como “la novela de la Revolución”.⁶⁷

En el caso particular de Vasconcelos, el hecho de que su itinerario personal se viera recortado por viajes, exilios y regresos a México, ofreció la oportunidad de conocer nuevas fuentes teóricas y mezclarlas con las de su formación, un proceso visible en su obra personal. Las temporadas que pasó en Estados Unidos, por ejemplo, lo convirtieron en un asiduo frecuentador de las excelentes bibliotecas, donde pudo dedicarse a estudiar y escribir, así como a explorar obras y autores poco conocidos en México. Sus primeros viajes por Europa y Oriente Medio fueron de descubrimiento histórico y estético, y entre sus hallazgos se contaron obras arquitectónicas, plásticas y musicales que también estimularon su producción filosófica. Sus viajes a Sudamérica y el Caribe lo llevaron a teorizar sobre las relaciones latinoamericanas y a elaborar su famosa utopía de la raza cósmica.

Sin embargo, para trazar un cuadro, así sea sucinto, de su camino intelectual es conveniente partir del principio. Como ya se apuntó, Vasconcelos se había formado en el positivismo he-

⁶⁶ El muralista José Clemente Orozco atestiguó, como refiere en su *Autobiografía*, el descubrimiento del pueblo y de las cosas mexicanas por pintores como Saturnino Herrán. Más que aún, narró cómo los pintores descubrieron que podían ser tan buenos o mejores que los maestros franceses. La mirada hacia dentro, hacia el país, no sólo haría que descubriesen nuevos paisajes, sino que aumentasen su propia autoestima. En el plano literario, la búsqueda de una estética del paisaje mexicano encontró eco entre los poetas ateneístas, que mezclaban en el aprecio por el paisaje local referencias dionisiacas.

⁶⁷ Entre 1924 y 1925, *Los de abajo*, la novela más famosa de esta serie, escrita en 1915 por Mariano Azuela (1976), fue pieza importante en una polémica entre críticos, en la cual se discutía el posible “afeminamiento” de la literatura mexicana. Por el mismo tema que abordaba, *los de abajo* se le utilizó como ejemplo de “literatura viril” (cfr. Díaz Arciniega, 1989, p. 55).

gemónico del porfiriato y, siempre contrario a él, no dejaría de subrayar su carácter “paralizante”. En 1910, en la conferencia que dictó sobre la obra y las contribuciones a la cultura mexicana del positivista Gabino Barreda, Vasconcelos, ubicándose en el marco más amplio de su propia generación, afirmaba que ésta:

tiene derecho de afirmar que debe a sí misma casi todo su adelanto; no es en la escuela donde hemos podido cultivar lo más alto de nuestro espíritu. No es ahí, donde aun se enseña la moral positivista, donde podríamos recibir las inspiraciones luminosas, el rumor de música honda, el misterio con voz, que llena de vitalidad renovada y profusa el sentimiento contemporáneo. El nuevo sentir nos lo trajo nuestra propia desesperación, el dolor callado de contemplar la vida sin nobleza ni esperanza.⁶⁸

Por lo tanto, la búsqueda de nuevos caminos era una característica que rebasaba el plano personal y se expandía entre los espíritus descontentos con el México porfirista a punto de extinguirse. Al “oficializar” la ruptura con el positivismo en su conferencia, Vasconcelos continuó dedicándose a estudiar e incorporar a su propio sistema filosófico corrientes vitalistas y antiintelectualistas.⁶⁹ En los periodos en que vivió en Estados Unidos, escribió sus primeros textos filosóficos⁷⁰ y ese puso en contacto con el trabajo cultural que venía realizando el ruso

⁶⁸ Esta conferencia fue un elemento importante en la discusión de la influencia del positivismo en el sistema educativo mexicano (GB, pp. 97-113).

⁶⁹ “En general, mi generación era escéptica, indiferente a la cuestión religiosa. Por mi parte adopté el comtismo y el evolucionismo y después el voluntarismo de Schopenhauer, como otras tantas etapas del largo experimento filosófico que sería toda mi vida. Aceptaba la cosmografía mecánica, pero sin prescindir del primer motor misterioso, y en vano pretendía Spencer convencernos de que la aparición de Cristo era un episodio *sin mayor importancia* en el desarrollo humano. (...) Yo aspiraba a un monismo, a una coherencia de experiencia y vivencia. En la ciencia misma hallaría el camino de la presencia divina que sostiene el mundo” (UC, p. 210, cursivas del autor). En su conferencia de 1910, ya afirmaba: “El antiintelectualismo de Schopenhauer y la música de Wagner, dos expresiones de lo ininteligible, son las fuentes de la riqueza que ostenta el espíritu moderno, de su libertad sabia, bien lejana del romanticismo o de cualquier otro desarrollo anterior” (GB, p. 103).

⁷⁰ Entre 1916 y 1920, publicó *Pitágoras, una teoría del ritmo*, *El monismo estético* (un intento de elaborar una teoría de la creación estética); la pieza de teatro de inspiración nietzscheana *Prometeo Vencedor* y *Estudios Indostánicos*.

Lunatcharski, el cual inspiró muchas de las iniciativas del plan que elaboró para la Secretaría de Educación.⁷¹

Vasconcelos no tenía temperamento de erudito ni de investigador de detalles:

Me pasa con lo nuevo, en arte y en historia y aun en filosofía, que sólo me interesa cuando yo lo invento [...]. Tengo que atehérme a lo hecho, lo ya descubierto, lo ya consagrado, para fundamento de mi propia creación. De otra manera, se queda uno esperando el dato nuevo y no llega nunca a formular una síntesis [ED, p. 417].

Su preocupación por elaborar síntesis (“construirse una síntesis es la necesidad primordial y final de la acción toda del espíritu”) y su propio temperamento otorgarán a sus libros un carácter más didáctico que creador. Tales obras no presentaban en su gran mayoría reflexiones inéditas, a excepción, quizás, de las directamente relacionadas con el iberoamericanismo, en las que se puede observar la contribución del autor en la formulación de una teoría. De hecho, acaso sería mejor definirlas como de difusión y no de creación, y esta evaluación puede abarcar tanto lo que escribía antes como después de abandonar la SEP. Su *Tratado de Metafísica* (1929), escrito en intervalos de la campaña presidencial, su *Ética* (1932) y su *Estética* (1935) sufrieron algunos juicios críticos implacables (Blanco, 1977, pp. 187-204), o fueron analizados con relativa prudencia (Castro Leal, 1940, pp. 14-15).⁷²

Según Castro Leal, *Estudios Indostánicos* constituye una exposición del pensamiento oriental y es la obra de comentario más importante escrita por Vasconcelos. Ya su *Historia del pensamiento filosófico* (obra de divulgación, de objetivo inne-

⁷¹ “A él debe mi plan más que a ningún otro extraño. Pero creo que lo mío resultó más simple y más orgánico; simple en la estructura, vasto y complejo en la realización, que no dejó tema sin abarcar. Lo redacté en unas pocas horas y lo corregí varias veces; pero el esquema completo se me apareció en un solo instante, como en relámpago que descubre ya hecha toda una arquitectura” (ED, p. 19).

⁷² Antonio Castro Leal, que llegó a ser secretario particular del rector Vasconcelos, reconoce en los precoces *Pitágoras, una teoría del ritmo* (1916) y *El monismo estético* (1918) el primer esbozo —extraordinariamente sugerente— del pensamiento del autor. Con referencia a sus tres tratados filosóficos, Castro Leal consideraba su *Ética* (1932) una referencia importante en la literatura filosófica iberoamericana,

gablemente pedagógico) peca de falta de claridad y, también, de falta de estudio (Castro Leal, 1940, p. 19). En *De Robinson a Odiseo* (1935), que analiza cuestiones de pedagogía a la luz de su experiencia ministerial, Vasconcelos repasa un programa escolar que juzga ideal para el temperamento deductivo y el desarrollo espiritual característicos del hombre latino (*cfr.* ROD, pp. 1515-1517). Castro Leal observa que en esta obra Vasconcelos redimensiona y atenúa —*a posteriori*— la influencia de Dewey en su pensamiento y acción.⁷³

Finalmente, en *Indología* y *La raza cósmica*, Vasconcelos expone los principios de su teoría utópica, en gran parte inspirados en la dimensión simbólica con que revistió su actividad ministerial: la valorización de lo autóctono, *filtrado* por el elemento colonizador hispánico (artesanía, danzas, canciones populares); el estímulo a una arquitectura relacionada simbólicamente con los orígenes culturales del continente (como veremos en el Capítulo 4, el patio interior del edificio de la SEP es paradigmático en ese sentido); la búsqueda de la integración de la población indígena a la nación (un impulso a la construcción no sólo de la nacionalidad mexicana, sino de una nacionalidad de carácter latinoamericano).

Es necesario apuntar que, a pesar de su decidida actuación política, Vasconcelos afirmó en muchos pasajes de sus memorias que su labor principal era la filosofía. En cuanto a la política

mientras que en la *Metafísica* (1929) y en la *Estética* (1936), veía solamente un intento, en parte fallido, de sistematización de su filosofía (1940, pp. 14-15). De cualquier forma, en el "Prólogo" de sus *Páginas Escogidas*, no dudó en defender al escritor, filósofo y "defensor de la raza": "¿Qué obra no resulta en cierto momento confusa cuando es, como la de Vasconcelos, una melodía rebelde a la expresión, una presencia cuyos perfiles sólo la vida y el pensamiento y una contemplación inspirada van dejando entrever?" (*op. cit.*, p. 7).

⁷³ El título de este libro ilustra la preocupación que se volvería más obsesiva en Vasconcelos: diferenciar, jerarquizando, a "latinos" de "sajones". Al utilitarismo característico de los Robinson Crusoe que Vasconcelos asociaba con los estadounidenses y la teoría de Dewey ("*all learning by doing*"), el mexicano oponía el ejemplo de Odiseo: Dante acompañando a Virgilio por los caminos de lo desconocido, llevando consigo, sin embargo, una cultura milenaria que hacía de él viajero, explorador y actor (*cfr.* p. 1528). En lugar de la adaptación al medio, en el capítulo que dedicó a la crítica de Dewey (pp. 1506-1529), Vasconcelos propugnaba el estímulo a la creación; en lugar de la enseñanza generada por la mera necesidad pragmática, la enseñanza por el placer de la curiosidad y la posibilidad de la creación estética.

partidista y la actuación en el aparato estatal, reiteraba, siempre que podía, que sólo las practicaba por una cuestión de responsabilidad social y humana. Con la acidez con que normalmente se refería a la vida en su país, Vasconcelos comentaba:

siempre juzgué que era deber de patriotismo, de hombre, contribuir a que el ambiente en que uno va a desarrollar su vida deje de ser el de la tribu caníbal y se convierta a los usos de una mediocre civilización, por lo menos [LT, p. 839].

La oposición entre pensamiento y acción, con la primacía del primero sobre la segunda, ya se evidencia en esas afirmaciones del autor. Su verdadero placer, según él, no estaría en la esfera de la acción, ni sus mejores obras se derivarían de ésta.

Sin embargo, la mayor parte de la crítica suele contradecirlo, afirmando enfáticamente que lo mejor de Vasconcelos aún reside, a pesar de diversos problemas, en lo que logró producir como secretario de Educación Pública, involucrado, por lo tanto, simultáneamente en la política y en el aparato estatal (Brading, 1988, p. 205; Blanco, 1977). Sin embargo, los cambios de orientación de su trayectoria político-ideológica, su carácter apasionado y contradictorio, autoritario e imprudente acarrearón al autor y también a su obra pública severas críticas. Daniel Cosío Villegas, que en su juventud trabajó con el secretario, afirma que Vasconcelos fue el único intelectual en quien el régimen revolucionario confió y que, a pesar de todos sus logros producir, acabó por fracasar. Y eso ocurrió debido a su ambición política, pero también al carácter, a final de cuentas, caótico e inconsistente de su obra educativa. Pasados más de 20 años desde la salida de Vasconcelos del ministerio, Cosío Villegas hizo una larga e incisiva evaluación que vale la pena reproducir:

Si Vasconcelos hubiera muerto en 1923, habría ganado la inmortalidad, pues su nombre se habría asociado indisolublemente a esa era de grandioso renacimiento espiritual de México; pero Vasconcelos siguió personificando y personifica todavía las vicisitudes de la educación. [...] El apóstol de la educación, el maestro de la juventud [...] resultó en 1924 un modesto y ambicioso político, a quien tenía que arrastrar, ahogar y hacer desaparecer el torbellino político. [...] la

nota encendida, creadora que tuvo entonces la obra educativa de la Revolución no se extinguió toda al salir Vasconcelos de su ministerio; pudo advertirse por diez o doce años más [...]. Pero la trayectoria de la obra es idéntica a la de quien en su momento de gloria la personificó, porque ha terminado por ser caóticamente inconsistente, mucho más aparente que real y, sobre todo, porque fracasó en su anhelo de conquistar a la juventud: hoy la juventud es reaccionaria y enemiga de la Revolución, justamente como Vasconcelos lo ha sido y lo es" [Cosío Villegas, 1947. *apud* Robles, 1989, pp. 79-80].

Después de estos juicios implacables, ¿cómo evaluar la obra educativa, política y filosófica de Vasconcelos? Durante el periodo en que estuvo al frente de la Secretaría de Educación, según el mismo Cosío Villegas, el ambiente cultural y la acción educadora se vivieron de una manera apostólica: la sed de aprender de los mexicanos comunes era satisfecha, la nación salía de su letargo y avanzaba. Surgieron entonces las grandes pinturas murales ("monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas"); se imprimieron, en abundancia, libros de calidad y se fundaron bibliotecas en muchos poblados. Los festivales populares de teatro, música y danza que se promocionaban no eran para turistas, eran para el orgullo y el deleite del pueblo mexicano, que vivía una explosión nacionalista que no tenía "la menor traza de xenofobia, no era anti nada, sino pro México" (Cosío Villegas, 1947, p. 142; 1986, p. 91 respectivamente).

De hecho, tal vez lo más importante, en la intersección necesaria entre el camino personal de Vasconcelos y la vida política y cultural de México, haya sido la etapa que cumplió al frente de la Secretaría de Educación Pública (sus libros de filosofía no se han reeditados desde hace años, pero su biografía continua atrayendo al público lector por la mezcla de historia política y literatura que perfila). Sin embargo, más allá de los juicios —implacables o no— acerca de los resultados de su política ministerial, es necesario comprender cómo pudo surgir e insertarse en el contexto mexicano de los años veinte. Más aún, es necesario averiguar en qué sentido tal política intervino —o no— en la reanudación del camino reintegrador de México hacia una nueva integración al capitalismo internacional, después del hiato representado por la Revolución. Entre la acción y el ideal —dilema implícito en el

apego casi romántico de Vasconcelos a la reflexión filosófica y a la escritura—, es fundamental dar con los vínculos ideológicos que componían y orientaban su actuación en el ministerio, y la receptividad que encontró entre sus colaboradores, en la prensa y en varios sectores sociales. Es obvio que tales vínculos no surgieron exclusivamente de la cabeza de un ministro, ni de la imaginación de unos cuantos intelectuales reunidos en un ateneo, ni de sus entusiasmados alumnos.

La campaña de alfabetización (“campaña de regeneración nacional”), la construcción de escuelas, de bibliotecas, la impresión de libros y el incentivo a las artes, todo eso formaba parte de un movimiento de revalorización —utópica o no— del país, del elemento nacional, del iberoamericanismo, propiciada por e implícita en la atmósfera ideológica de aquel momento. Pero no debe olvidarse que ésta contenía también elementos de integración más pragmáticos (aunque la educación técnica, por ejemplo, fue mucho más estimulada después, por los sucesores de Vasconcelos).

Para comprender este “otro lado de la moneda”, debemos recordar que Vasconcelos, con todo su personalismo, con toda su genialidad e intuicionismo era, en primer lugar, funcionario de un gobierno y, por lo tanto, su representante, pendiente de sus directrices básicas y líneas de actuación. El proyecto redentor que creó y encabezó durante sus años de actividad pública se insertaba en la restructuración interna y también externa del país que, desde el final del porfiriato, atravesaba por un cambio de *status* en el contexto internacional.

Su preocupación por valorizar el elemento local y crear nuevas formas de comprender y desarrollar el país (implícitas en el funcionamiento de la secretaría, dividida en varios departamentos, responsables de las diversas áreas de la educación y la cultura), si bien tenía como objetivo la unidad cultural del país, suponía además que su población pudiera verse a sí misma en la nueva estructura estatal (específicamente cultural) que se estaba creando. En otras palabras, si la Revolución trajo a la luz un México desconocido, repudiado por el positivismo porfirista, lleno de contradicciones y agraviado por desigualdades y diferencias, la fase posrevolucionaria inaugurada por Obregón pretendía precisamente “reconocer” (¿y redimir?) a ese México, haciendo que

su población se sintiera representada por el nuevo Estado que la misma Revolución había engendrado.

En ese proceso, Vasconcelos jugó un papel fundamental (tal vez el más importante), y podríamos considerarlo como el principal ideólogo de las transformaciones que el gobierno Obregón pretendía impulsar.⁷⁴ En realidad, Vasconcelos creó un modelo de unidad e identidad nacionales en gran escala. Para eso usó con inteligencia los medios de comunicación impresa y aprovechó la propaganda que podía obtener de ellos. Además del material que la misma SEP editaba, los reportajes y las polémicas en la prensa eran un importante factor de divulgación de los trabajos del ministerio, aun cuando los periódicos se dedicaran a criticarlo. Vasconcelos no desperdició ninguna oportunidad para contestar —en la prensa— las críticas que recibía.⁷⁵ Así ocurrió cuando la SEP emprendió la famosa publicación de los clásicos del pensamiento occidental en tiros enormes y la prensa se escandalizó. La oportunidad de defender su obra no podría ser más propicia, pues esos libros eran para Vasconcelos la demostración de que no pretendía alfabetizar para que las personas se volvieran más estúpidas, sino para mejorarlas (Blanco, pp. 104-105).

⁷⁴ Es interesante observar cómo describió Vasconcelos a Obregón. Lo definió como un militar nato, estricto en las campañas, pero amigo de las formas civiles en el gobierno. Era un hombre talentoso, "pero jamás había salido de la aldea y su cultura superior era nula. [...] Poseía el talento superior que permite rodearse de consejeros capaces [...]. Los primeros años de su gobierno determinaron el progreso notorio de todas las actividades del país" (*BH*, p. 473). A pesar de elogiarse mañosamente a sí mismo con esta definición, Vasconcelos llegó también a ver en Obregón a una especie de salvador de la patria, por haberla librado de Carranza. Sin embargo, ya en las memorias, Vasconcelos dio más importancia a la prepotencia y, simultáneamente, al sometimiento del caudillo a los intereses norteamericanos (*ED*, pp. 138, 173, 195, 219, 232, 266-271, 592).

⁷⁵ Por otra parte, Cosío Villegas recordaría el afán de Vasconcelos —cada vez más atento a la política— por conquistar la simpatía de los periódicos. Para lograrlo, llegó a proponer a Pedro Henríquez Ureña que se ofreciera a los periodistas que cubrían el área de educación puestos de conferencistas (un trabajo que no harían pero por el cual cobrarían...). Cosío, quien fungía como responsable de las conferencias para los trabajadores (en un departamento que formaba parte de la Dirección de extensión cultural, junto con los cursos de verano para extranjeros y de perfeccionamiento para profesores normalistas), no quiso someterse a los caprichos del secretario y renunció. Poco tiempo después, el mismo Henríquez Ureña se alejó, según Cosío, descontento por la conducta personalista y autoritaria de Vasconcelos. En 1924, se marchó definitivamente de México, rumbo a Argentina (Cosío Villegas, 1986, pp. 95-97).

Paralelamente al trabajo editorial, Vasconcelos puso en marcha una política de reconocimiento del interior del país; visitó capitales de provincia y también varios poblados, si que faltaran largos recorridos por las regiones mayoritariamente indígenas. Estos viajes, que por supuesto tenían un efecto promocional importante, le valieron el simpático apodo de “el ministro a caballo”. Siempre en compañía de una comisión de artistas e intelectuales integrados a su equipo de trabajo, Vasconcelos buscaba conocer las características culturales y las necesidades educacionales de las regiones visitadas. Y, más aún, contacto a los artistas que lo acompañaban con las poblaciones del interior. Ahora bien, en ese contexto, los pintores desempeñaron papel importante, ya que montaron talleres de dibujo y pintura en muchos de los lugares visitados. La visualización del producto artístico —característica definidora de las artes plásticas— cumplía también una eficaz función de propaganda en la campaña de renacimiento cultural que Vasconcelos coordinaba.

El ministro valorizaba lo nacional-popular —aunque debe destacarse que ponía colocando un énfasis incuestionablemente mayor en los elementos de matriz o influencia hispánica que en los indígenas. A final de cuentas, su misión regeneradora tenía como punto de partida redimir al pueblo, y el proceso implicaba conducir a indígenas a la civilización. En ese sentido, si bien su utopía mestiza no desdeñaba el elemento indígena como parte de la cultura nacional mexicana, procuraba situarlo en un pasado remoto —como un elemento fundador que funcionaba mucho más como mito que como historia.

En sus andanzas por el interior del país, Vasconcelos desechó por completo el modelo del intelectual porfirista que se alejaba por convicción propia de la población. Trató de salir al campo para de hecho conocer la realidad del México rural, que aún padecía los efectos de los combates y de los apremios revolucionarios. Así es que, en cierta forma como sociólogo y principalmente como político, Vasconcelos pudo utilizar los datos recogidos tanto para organizar las próximas iniciativas de la SEP como para dar noticia a la elite gobernante concentrada en la capital de la miseria de la población, el abandono de sus escuelas y las pésimas condiciones salariales de los profesores. Asimismo,

el conocimiento *in loco* de la diversidad característica de México servía para legitimar sus propias ideas acerca de cómo debía llevar a cabo un proceso cultural globalizador y, principalmente, de fondo nacional para el país. Si en sus excursiones, el secretario recogía elementos para la política ministerial, trataba también de entusiasmar a la población, haciéndole ver que arte y cultura no eran cosas poco serias o inútiles, sino parte de la misma organización social y nacional mexicana. En suma, eran elementos de cohesión, de identificación y también de creación.

Con una mezcla de nostalgia y desencanto, Vasconcelos recordaría sus años de trabajo público, como aquellos en que más se dedicó al pueblo, sin alcanzar, sin embargo, su reconocimiento (*cfr. ED*, p. 10). No puede omitirse, incluso para relativizar el análisis resentido del ex ministro, que el México de los años veinte sufría los efectos de factores extremadamente complejos. Ahora bien, la delicada situación política de un país militarizado, la encarnizada lucha por el poder en un momento de “institucionalización” de los cambios resultantes del proceso revolucionario, la reinserción económica y política de México en el panorama mundial, después de la primera guerra mundial, sin mencionar la ambición personal de un personaje inteligente y vanidoso como Vasconcelos, todo eso marcaría la conformación del ministerio, sus conquistas y contradicciones.

III. MONTEIRO LOBATO: EL EMPRESARIO Y EL CRÍTICO¹

... jamás pretendí ser pionero de nada;
siempre quise solamente ganarme la vida...
Prefácios & entrevistas

DE TAUBATÉ A LA REVISTA DO BRASIL

Monteiro Lobato adquirió celebridad por su papel en la creación de la industria editorial en Brasil, en una época en que la vida literaria aún se hacía mucho más en los cafés que en las editoriales, entonces muy escasas, y en que autores como Alencar y Machado de Assis aún eran editados por la Garnier francesa (Hallewell, 1985, p. 235). Ganó fama como crítico —polémico— de artes plásticas y se popularizó por sus campañas sociales: en primer término las sanitarias, a finales de la década de los diez y, después, a partir de 1930, por la autosuficiencia de Brasil en hierro y petróleo, campañas a las que se dedicó después de una estancia como agregado comercial del gobierno brasileño en Nueva York (1927-1931). Pero la popularidad de Lobato tal vez se deba principalmente a sus obras de literatura infantil (que le granjearon el reconocimiento de auténtico fundador del género en el país) y a la paternidad del “Jeca Tatu”, el *caipira* desconfiado que creó a mediados de los años diez y que, como ya comentamos, sigue siendo identificado (para bien o para mal) como uno de los prototipos del “brasileño”.

¹ Como en el capítulo anterior, el objetivo de éste no es elaborar una biografía de Lobato. La ya mencionada que Edgard Cavalheiro escribió en 1955 (*cfr.* nota 28 de la Introducción) sigue siendo referencia obligatoria para aspectos generales de la vida y la producción intelectual del autor. Al igual que con Vasconcelos, en relación con Lobato mi interés es presentar un panorama de su actuación y de sus ideas, analizando su inserción, como intelectual y hombre público, en los acontecimientos políticos y culturales del periodo.

La vida intensa de este intelectual, escritor y empresario brasileño estimula la búsqueda de explicaciones para tamaña diversidad de intereses. ¿Cómo asociar la creación de Jeca Tatu con su lucha por la autosuficiencia de Brasil en hierro y petróleo? ¿Cómo entender el involucramiento en campañas sociales de un hombre que propagaba a los cuatro vientos su individualismo? ¿Cómo explicar su relación con la esfera cultural y la 'creación de la literatura infantil en un país de analfabetos? La convivencia entre pragmatismo e idealismo es una respuesta posible a estas cuestiones y tal vez ayude a comprender la forma en que Lobato, al igual que su contemporáneo Vasconcelos, transitaba entre las contradicciones planteadas por los pares en oposición progreso y atraso; moderno y tradicional; rural y urbano; nacional y cosmopolita, conformadores de la sociedad en que vivió.

Conocer parte del pasado del autor ayudará en la tarea de explicar su vida como hombre de acción y de ideas. Lobato, al contrario de Vasconcelos, no tuvo una infancia caracterizada por viajes y mudanzas. La vivió prácticamente toda repartida entre la hacienda del padre y la hacienda del abuelo, vizconde de Tremembé, que, debido a su prestigio en la región de Taubaté, llegó a recibir al emperador (Cavalheiro, 1955, pp. 10-11).² La abolición de la esclavitud fue proclamada cuando el autor tenía seis años, pero antes de ella su abuelo ya había liberado a sus esclavos, manteniéndolos como asalariados (Cavalheiro, p. 14). Lobato creció como "niño de la casa-grande", oyendo historias y leyendas que contaban las antiguas esclavas. Muchas de las reminiscencias de esa infancia tranquila y de las historias que aprendió aparecieron años más tarde, cuando el autor empezó a escribir libros para niños.

Durante la adolescencia, Lobato, como Vasconcelos, dejó la familia y se marchó solo a la gran ciudad para presentar los

² Con una joven profesora de primaria, el vizconde tuvo dos hijos, los cuales, no sin cierto escándalo, reconoció como suyos. Lobato era nieto de esta profesora, doña Anacleto. Con la vizcondesa, la mujer altiva y antipática de los recuerdos infantiles de Lobato, el vizconde jamás tuvo hijos (Cavalheiro, 1955, pp. 9-10, 18). Todas las menciones de Cavalheiro a lo largo del capítulo se remiten a *Monteiro Lobato. Vida e obra*, edición de 1955. Las siguientes referencias a esta obra indicarán solamente el número de la(s) página(s) citada(s).

exámenes de secundaria y, después, los de la academia de derecho. En un periodo en el que tanto Brasil como México eran todavía acusadamente influidos por el positivismo finisecular, no había más opciones para quienes tenían acceso a la educación superior, que los del trinomio derecho-ingeniería-medicina. Vasconcelos recordaba que había optado por el curso de derecho por exclusión, puesto que quería ser filósofo y no había escuela de filosofía en el México porfirista (*UC*, p. 170).³ Lobato, por su parte, soñaba con entrar en la Escuela de Bellas Artes. El abuelo deshizo sus sueños, exigiéndole que fuera abogado. Con 18 años, huérfano reciente de padre y madre, todavía intentó convencerlo de que lo dejara cursar ingeniería, pero no tuvo éxito (Cavalheiro, p. 43). En un país en que el *status* de licenciado era todavía el pasaporte indispensable para el prestigio y los empleos, Lobato obtuvo el título, pero sólo trabajó como abogado por un breve periodo (1907-1911), ocupando el puesto de fiscal público en Areias, en la región del Vale do Paraíba.⁴

Tras la muerte del abuelo, interrumpió su "exilio" en Areias para asumir el manejo de la hacienda Buquira, que había recibido como herencia. A pesar de sus 500 000 pies de café, la hacienda no representó la riqueza que Lobato imaginaba. El agotamiento de las tierras en el Vale do Paraíba, la situación delicada del café, agravada por la primera guerra, y la inestabilidad financiera del país (como vimos en el Capítulo 1) acabaron con sus sueños de prosperar como hacendado, empujándolo a la capital y la vida urbana.

Según cuenta Cavalheiro, Lobato inició su vida en la hacienda con mucho ánimo, pero fue perdiendo la motivación y la paciencia por el trabajo, tedioso y extremadamente lento para generar

³ El régimen comtiano había sustituido la filosofía por la sociología. Vasconcelos apuntaría que: "la Preparatoria de mi tiempo [equivalente a la escuela de segundo grado en Brasil] vacilaba entre la rígida jerarquización comtista y el evolucionismo spenceriano. Le Bon, Worms, Gumplovitz, empezaban a privar en sociología" (*UC*, p. 170).

⁴ Y es interesante observar que Lobato sólo logró esta colocación por medio de las relaciones de su familia con Washington Luís y otros políticos y militares (*BG*, p. 89). Al evaluar situaciones como la suya, el "licenciado Lobato" nunca se cansó de repetir que en el país sobraban licenciados y faltaban técnicos e ingenieros.

los frutos que tanto ansiaba (Cavalheiro, p. 133). Entusiasta de los grandes proyectos, llegó a invertir en la procreación de gallinas de raza, en el aumento de los cafetales y en la organización de una segunda hacienda, también de café (*cfr.* Cavalheiro, pp. 123-124, 129, 136). Dedicado a tales actividades, que exigían mucho capital y rígido control, Lobato ignoraba a sus empleados y aparceros, a los cuales sólo empezó a tratar más de cerca después de que decidió involucrarse más a fondo en los negocios de la tierra, al despedir al administrador.⁵

En realidad, durante el periodo que vivió en la hacienda (1911-1917), Lobato no fue capaz de responsabilizar a la política gubernamental por las dificultades económicas que sufría.⁶ Irascible, buscó un chivo expiatorio para su fracaso (Cavalheiro, p. 138) y no tardó en encontrarlo entre los trabajadores rurales, específicamente en los *caboclos*.⁷

Es importante destacar que, a pesar de sus labores de hacendado, Lobato no había dejado de ser escritor, actividad a la cual

⁵ Lobato narró el episodio con colores de novelista. Después de correr al administrador, supo que este había amenazado de muerte a todos los trabajadores que no dejaran la hacienda. Con algunas intimidaciones a los medrosos trabajadores dispuestos a huir, Lobato logró que todos se quedaran. Asimismo, consiguió que comenzaran a respetarlo como el verdadero patrón y dueño de la hacienda (*BG*, pp. 184-186; *CE*, vol. 1, p. 133). Este episodio hizo que Lobato conociera mejor a los hombres que lo servían y la estructura social establecida en el campo: grandes, medianos y pequeños hacendados, colonos y los famosos *caboclos*, aparceros de las haciendas, sin ningún derecho y en espera de ser expulsados si los propietarios así lo decidían.

⁶ Ya a finales del siglo XIX, la fase eufórica del café provocó que se multiplicase el cultivo entre los plantadores menores. Según Pereira de Queiroz (1976, pp. 131-137), este tipo de agricultor, "a pesar de que no posee las facilidades financieras del rico plantador, 'comparte su punto de vista', e 'imita a los más acaudalados en una escala más modesta', manteniendo 'el mismo espíritu señorial'". Como no disponía de los medios abundantes del gran propietario, él era la víctima de las crisis económicas. Lobato no era un pequeño propietario, pero de cualquier forma no contaba con los recursos necesarios para recuperar las tierras agotadas e invertir en abonos, replantaciones y métodos más racionales de cultivo. Y mucho menos para enfrentar las oscilaciones de la política del café.

⁷ Lobato mantuvo su obsesión de culpar al *caboclo* por los fracasos de su hacienda hasta que logró venderla. En 1916, escribió a Heitor de Moraes: "Estoy harto del campo y de enojarme a diario con la mayor peste que Dios o el Diablo puso en el mundo para eterno castigo de esta bestia de carga que es un hacendado norte-paulista: el *caboclo*. ¡Oh!, ¡cuadrúmanos! ¡Oh!, ¡cuadrúpedes (aun no sé en qué especie clasificarlos) vagabundos!, ¡qué horror tienen al trabajo!" (*CE*, vol. 1, p. 154).

se dedicaba desde la adolescencia.⁸ Sus dificultades lo ayudaron a madurar la idea de un texto, tal vez una novela, cuyo personaje personificaría el fracaso, el “inmovilismo”, el parasitismo, en fin, que cercenaban la gran empresa agrícola que dirigía. Así, al lado de los cuentos que escribía, la mayoría de temática rural, su visión del *caboclo* —el depredador, el “piojo de la tierra”— empezó a gestarse (BG, p. 174).

En 1914, cuando la primera guerra no era todavía el asunto predilecto de varios de los periódicos y revistas paulistanos, uno de los temas recurrentes entre sus articulistas, cronistas y reporteros era la campaña en pro de lo que entonces se definía como “regeneración social”. Bajo tal denominación se congregaban varios asuntos. La prensa, declarándose preocupada por el futuro de la población, criticaba las loterías y las compañías mutualistas que proliferaban entre el proletariado. Cuidar de la moral, de las buenas costumbres y de la “familia paulista” también era materia obligatoria. Finalmente, otra cuestión que se abordaba con más o menos énfasis, en un movimiento casi ciclotímico de los encabezados de la prensa, era el de la educación. Era urgente educar al pueblo, pues sólo de esta manera podría Brasil de hecho aspirar a un lugar de importancia en el concierto de las naciones civilizadas. Regenerar la sociedad brasileña, o por lo menos la paulista, era una especie de lema, por cierto más adicto a la retórica que a la proposición de alternativas concretas y capaces de lograr la mejoría de las condiciones de vida del conjunto de la población.⁹

En medio de esa campaña multiforme y de carácter visiblemente paternalista, una carta que el hacendado Monteiro Lobato envió al prestigiado periódico *O Estado de S. Paulo* fue promovida a artículo y su autor, poco después, a colaborador.¹⁰ “Velha pra-

⁸ Aunque publicó bajo seudónimos durante prácticamente todo el tiempo en que asistió a la facultad de derecho y vivió en el Minarete (P&E, p. 98; Cavalheiro, pp. 24, 65).

⁹ En cambio, en las situaciones de confrontación, la gran prensa tendía a colocarse del lado opuesto al de los trabajadores (cfr. Capelato & Prado, 1980, pp. 92, 99-100).

¹⁰ Al prestigio que significaba colaborar en las páginas de un periódico podríamos agregar la satisfacción de encontrar en esa tarea una fuente de remuneración. En 1915, Lobato comunica a Rangel su alegría por el espacio y el pago que le redi-

ga”, publicada en noviembre de 1914, es vieja conocida de los estudiosos del periodo, de la literatura brasileña y, obviamente, de la obra de Lobato, de modo que sería redundante dedicar mucho espacio a su estudio. Sin embargo, vale la pena detenerse brevemente en su análisis y en el del texto que la sucedió, “Urupês”. Lobato estableció con estos dos textos un elemento importante en la caracterización del brasileño del interior y, más aún, inauguró una línea de análisis antiufanista que serviría como referencia para la literatura y, principalmente, para las ciencias sociales —que entonces se conformaban como área de estudios independiente en Brasil (BG, pp. 192, 195).

“Velha praga” (U, pp. 139-144) nació como una denuncia del hábito extendido entre los *caboclos* de quemar los bosques. La prosaica —y catastrófica— alegría de los *caboclos* consistía, según el autor, en ver el fuego arrasar las matas. Después del fuego, que había “preparado” la tierra, haciendo que perdiera su fertilidad, iniciaban la siembra de “un poco de frijol, arroz y maíz”, que sería suficiente para “tener hambre y frío durante el año”. El hacendado reclamaba: “Al *caboclo* hay que expulsarlo”. Ésta parecía ser la única solución para arrancar de la tierra al inadaptable “*Sarcoptes mutans*” —según los términos científicos creados por el mismo Lobato— y acabar con su acción destructora. Inasimilable a la civilización, el *caboclo* —“especie de hombre baldío, seminómada”— vivía, sin embargo, en sus orillas, en la penumbra de las zonas fronterizas. Y, en la medida en que el progreso se acercaba (“con el ferrocarril, el inmigrante italiano, los instrumentos de trabajo, la valorización de la propiedad”), él retrocedía. Actuaba de esta manera sencillamente para no adaptarse. En lugar del trabajo productivo, se limitaba a depredar; en lugar de establecerse, se contentaba con estar provisionalmente en tierra ajena.

tuarán sus colaboraciones. Asimismo, “contabiliza” ya los efectos de la difusión de su nombre, calculando el número de lectores que lo conocerán: el periódico OESP, con su tiro diario de 40 000 ejemplares, le daría por lo menos 80 000 lectores... (BG, p. 201). A pesar de la popularidad que el periódico propiciaba, algunas veces Lobato se quejó de sentirlo como “un censor que me espía sobre los hombros mientras escribo para él” (BG, p. 202).

El porqué del movimiento de retroceso de los aparceros, siempre a merced de la autoridad de los dueños de la tierra, todavía no preocupaba al licenciado José Bento, propietario de la hacienda Buquirá. Lo que le preocupaba era la tierra, el trabajo productivo, la producción agrícola, además de los recursos naturales que era necesario saber preservar. Ahora, ¿qué se podía esperar de la ignorancia de “incendiaros” como “Manuel Peroba, Chico Marimbondo, Jeca Tatu u otros nombres silvestres”? Los dueños de las tierras quemadas no los podían procesar, ya que los políticos favorables al gobierno los protegían (*cfr. U*, p. 138). Tenían que conformarse sencillamente con expulsarlos. A ellos y a todos los signos del atraso que los caracterizaba: la mecha y el mosquete, el mortero para moler granos, el azadón, la olla de barro, un santo percutido, el perro sarnoso, además de la “sarcopta” hembra, con un hijo en el útero, otro al pecho” y un tercero, de siete años, ya imitando al padre, con el pito en la boca, el cuchillo al cinto y la misma ignorancia (*cfr. U*, p. 141).

El cuadro pintado en “Velha praga” va a completarse con el artículo siguiente, “Urupês” (*U*, pp. 145-155). Este segundo texto no sólo ampliará el escenario del *caboclo*, ahora ya personificado en la figura de Jeca Tatu, sino que tratará de ironizar los rasgos románticos que se concedían a los símbolos adoptados nacionalmente para la definición del “brasileño” —primero el indio, ahora el *caboclo*—, tan “¡bonito en la novela romántica y tan feo en la realidad!”¹¹ Significativamente, la meticulosa descripción de la casa de Jeca Tatu: las paredes de barro, el tejado y la cama de paja, la banca de tres patas y la completa ausencia de comodidades (que los abuelos no gozaron ni los nietos conocerán), despliega tal riqueza de detalles que indica la familiaridad del narrador con ese universo. Y la descripción

¹¹ Lobato escribió a Rangel: “es necesario matar al caboclo que evolucionó desde los indios de Alencar y vino hasta Coelho Neto [...] Nuestra literatura la fabrican en las ciudades tipos que no se meten en los campos por miedo de las garrapatas. [...] La manera de curar a estos hombres de letras es rectificar su visión. ¿Cómo? Dándole a cada quien, a Coelho Neto, a Julia Lopez, una hacienda en el cerro para que la administren. Si yo no me hubiera vuelto hacendado y visto cómo es realmente la cosa, lo más probable era que estuviera allá en la ciudad, perpetuando la visión equivocadísima de nuestro hombre rural” (*BG*, p. 191).

del “mobiliario mental” de Jeca Tatu, tan precario como el de su casa, refuerza tal familiaridad.

Monteiro Lobato —literato pero todavía hacendado— impondría a su personaje rasgos realistas, un dejo de caricatura que nunca perdería (Leite, 1996, pp. 75-87) y, significativamente, un acusado espíritu fatalista, el mismo fatalismo que criticaba en Jeca Tatu. “Al *caboclo*, se le expulsa”, tal podría ser la reiterada sentencia al final de “Urupês”, ya que en medio de la exuberancia de la naturaleza brasileña, sólo el *caboclo* desentonaba.

En un momento de “regeneración social” como el de los años diez, un cuadro tan singular provocó polémica. Sobre todo porque, según el propio Lobato, el *caboclo* todavía era el “‘Ai Jesús! nacional” (*U*, p. 146). Los artículos publicados en el *Estado de S. Paulo* (1914), después reunidos en libro (1918), dieron celebridad a Lobato, que se hizo todavía más famoso cuando su personaje fue mencionado por el consagrado político Rui Barbosa y alcanzó la tribuna.¹²

Lobato —tan informado para describir al “piojo de la tierra”— no logró solucionar ni los atolladeros de su propia situación como hacendado, ni los males de los “piojos” que invadían su hacienda. Sólo podía seguir expulsando a algunos de ellos, para luego recibir a otros. Objetivamente, apenas había logrado volver público su desahogo. Es cierto que, en un breve trecho de “Urupês”, Lobato llegó a especular sobre las razones de la pereza de los *caboclos*. Si alrededor de su casita no había huerto, ni flores, ni nada que revelara la permanencia, entre las varias razones para eso, Lobato notaba, en un momento de realismo, que la tierra no era suya y que, si los expulsaran de ahí, nada quedaría para el provecho de otros (*U*, p. 149). Sin embargo, tal constatación fue escueta —y única. En lugar de abordar la difícil cuestión de la propiedad de la tierra y sus efectos sobre la vida de la población

¹² El nordestino Gilberto Freyre, admirador de Lobato y de *Urupês*, colaborador de la *Revista do Brasil* cuando aún no era conocido en el sur del país, comentó al respecto: “Fue gracias a *Urupês* que el mayor campeón sudamericano de la inocencia de Dreyfus descubrió cabalmente que a pocos kilómetros de la calle de São Clemente había quienes sufrían más que el remoto mártir del antisemitismo europeo, padecían dolores que el amparo jurídico no cura, y ni siquiera alivia. Ni el amparo jurídico, ni la amnistía, ni la suspensión condicional de la pena” (Dantas, 1982, p. 240).

rural, lo que hubiera dado a sus artículos una connotación distinta, el hacendado prefirió hablar de atavismos, de flojera, de la incapacidad mental de gente inadaptable.¹³

De todas maneras, a partir del cuadro pintado por Lobato era inevitable y nada alentador concluir que el interior de São Paulo, el estado más desarrollado de Brasil, reflejaba el conjunto del país en cuanto a la miseria y la ignorancia de la población rural. En ese sentido, podemos pensar que Jeca Tatu actuaba en dos frentes. Su presencia avergonzaba al público lector, todavía embriagado por la imagen idílica del hombre de la tierra fuerte y heroico, y simultáneamente lo reprendía, exigía su intervención. En tiempos de regeneración, la imagen realista del hombre del campo, materializada en Jeca Tatu, acababa funcionando como una representación de lo mucho que había por hacer en su beneficio, principalmente si las elites agrarias —y el gobierno— decidían movilizarse. En realidad, el mensaje y el desahogo del hacendado se dirigían a ellos exclusivamente, pero la retórica de la regeneración todavía no rebasaba los muros de la ciudad. Para la gran mayoría de la población letrada, el *caboclo* feo y pobre continuaba siendo una realidad imposible de aceptar.

En cuanto a Lobato, el dilema entre optar por la lucha sin gloria en la hacienda o por la inserción profesional en el mundo urbano se le planteó de manera más apremiante a partir de la publicación de los dos artículos. Al final de cuentas, éstos le sirvieron como puerta de entrada al cuerpo de intelectuales más influyentes de la gran prensa paulista: los articulistas de *O Estado de S. Paulo*.

Vender la hacienda para dedicarse a la vida literaria y, finalmente, seguir a la carrera de editor era un trayecto que no ofrecía grandes dificultades a quien ya había pensado hasta en

¹³ Lobato mencionaba, cuando mucho, el ejemplo del finquero, dueño de la tierra donde vivía (aunque no entraba en detalles sobre cómo la había adquirido). Casi tan ignorante como Jeca Tatu, el finquero, al contrario de éste, tenía algún peso social y político. Sin embargo, funcionaba conforme al viejo esquema "fisiológico" de la política brasileña. A cambio de posibles favores, votaba por el jefe político del lugar, siempre en favor del gobierno. Con "un pie fuera de su clase social" el finquero era, como subrayaba el autor, una excepción. La regla era otra, era Jeca Tatu (U, pp. 150-151).

abrir una fábrica de mermeladas, invadiendo el mercado “con una propaganda verdaderamente americana”, en calendarios, almanaques y aun en el cine (*BG*, p. 67).¹⁴ De hecho, para quien siempre se había dedicado a las letras, la idea de vivir de ellas no era descabellada. Como nos deja ver su correspondencia con Godofredo Rangel, Lobato leía, hacía crítica literaria y, en tanto perfeccionaba los cuentos de *Urupês*, que conquistarían el favor del público, perseguía un estilo propio.

Así es que cuando finalmente vendió su hacienda (con todos sus cafetales, *caboclos*, quemas de bosques y problemas), Lobato se consagró íntegramente a la literatura y el periodismo. Cambió el universo rural por el urbano, dejó de tratar con trabajadores ignorantes y de “expulsar” *caboclos* incendiarios, animado por las posibilidades de desarrollo intelectual que sólo podría encontrar en la ciudad. En el campo dejó el atraso de los *caboclos*, refractarios al progreso, para enfrentar la lucha diaria en la selva intelectual. En 1918, compró la *Revista do Brasil*, que fue la semilla de su carrera de empresario cultural, como editor y vendedor de libros.

Fue como intelectual que Lobato adquirió una visión diferente acerca de su “taciturno personaje” y llegó a percibirlo como un problema nacional.

PANACEAS PARA BRASIL: LA CAMPAÑA SANITARIA

Nosotros que vivimos en casas cómodas [...]
con cuadros en la pared, tapetes,
mil detalles de la civilización [...]
pensamos que es muy natural
que el caboclo viva en casuchas de barro.
Problema vital

¹⁴ El autor nunca abandonó las empresas extravagantes. En 1913, con Ricardo Gonçalves, miembro del “Cenáculo”, llegó incluso a crear un proyecto de sustitución del Viaduto do Chá por una calle suspendida, la “Rua Aérea do Chá”, proyecto que finalmente se frustró (*BG*, pp. 178-179; Cavalheiro, pp. 146, 148).

“Campaña” es quizás una palabra clave para definir las múltiples iniciativas de Lobato, a partir de su mudanza a São Paulo y de la compra de la *Revista do Brasil*. Entre 1914 y 1917, el autor dividía su tiempo entre el mundo rural y el mundo de las letras, participando en la vida literaria y periodística por medio de colaboraciones y eventuales viajes a São Paulo. En octubre de 1917 se estableció en la capital del estado y, con una parte del pago que recibió por la hacienda, publicó, bajo seudónimo, su primer libro: el resultado de una encuesta que había hecho sobre el *Saci* (BG, p. 279).¹⁵ En mayo de 1918, ya con la *Revista do Brasil* en sus manos, la primera campaña en que Lobato tuvo que empeñarse fue publicitaria, a fin de transformar la revista, que atravesaba una situación financiera difícil, en un producto vendible (cfr. BG, p. 280).¹⁶

A partir de entonces, su participación en campañas sociales se volvió frecuente y tendría como encomienda inicial el saneamiento del país. Con la propiedad de la revista, el cambio de *status* (de hacendado sin perspectivas a empresario prometedor), la asociación de su nombre al periodismo y la repercusión de su Jeca Tatu (reeditado en *Urupês*, ese mismo año), Lobato estaba más cerca de la vida pública. Tal hecho ayuda a comprender su apoyo entusiasta a los trabajos de saneamiento que el gobierno del estado de São Paulo llevaba a cabo, bajo la coordinación de Artur Neiva. A lo largo del año, Lobato escribió una serie de artículos en los que defendía la necesidad del saneamiento básico y de una política pública de salud en el país. Tales artículos, publicados en el periódico *O Estado de S. Paulo*, acompañados de algunos más que aparecieron originalmente en la *Revista do*

¹⁵ *Saci*: entidad a veces maléfica y a veces graciosa y burlona representada como un negrito con una sola pierna, una gorra roja en la cabeza y fumando una pipa. Es uno de los personajes más conocidos del folclor brasileño.

¹⁶ Lobato conocía la dimensión exacta de lo que tenía entre manos. En 1918, comentaba que pretendía elevar al doble el tiraje de la *Revista do Brasil* y, para ello, desarrollaba “furiosamente la propaganda”. Reconocía la importancia de los medios masivos de comunicación y, por eso, trató de sacar el máximo provecho de la campaña en pro del saneamiento que había promovido en el periódico *O Estado de S. Paulo*. Tal campaña, según el autor, había “popularizado la marca ‘Monteiro Lobato’” (BG, p. 280), y ayudaba a popularizar también su *Revista do Brasil*.

Brasil, Lobato también los reunió en un libro, titulado *Problema vital*, con el apoyo de la Sociedad de Eugenesia de São Paulo y la Liga Pro Saneamiento de Brasil, en la cual participaba.¹⁷

La difusión de su personaje Jeca Tatu había despertado un encendido debate en el país (Martins, 1978, vol. 6, pp. 115-117, 145-147, 152-153, Cavalheiro, pp. 165-170).¹⁸ Así como Lobato lo presentaba, este personaje era nada más y nada menos que el triste paradigma del hombre del campo nacional y, específicamente, el del estado de São Paulo. De hecho, tal representación era suficiente para generar enojos entre muchos de los adeptos del "ufanismo paulista" (para usar la expresión de M. Isaura Pereira de Queiroz, 1992), además de servir para derrumbar la imagen

¹⁷ La Liga fue creada en 1918, por médicos, higienistas e intelectuales como Artur Neiva, Belisario Penna, Carlos Chagas, Miguel Pereira, Vital Brasil, Monteiro Lobato, Renato Kehl, Afranio Peixoto. Tenía entre sus propuestas la centralización administrativa de los servicios de salud, la expansión de su alcance, la reforma de las instituciones existentes. Publicaba la revista *Saúde* (cfr. Luca, 1996, p. 212).

¹⁸ Y hay que mencionar una vez más el famoso discurso de Rui Barbosa, reproducido con realce por la *Revista do Brasil* en su número de abril de 1919, ya bajo la dirección de Lobato ("A questão social e política no Brasil", *RDB*, vol. 10, núm. 40, abr., 1919, pp. 381-421). En medio de su tercera campaña por la presidencia del país, Rui Barbosa utilizó al "Jeca Tatu, de los *Urupês*, de Monteiro Lobato, el admirable escritor paulista" (p. 381), para fundamentar su discurso en contra de los "figurones de este sertón mal cultivado, que se llama Brasil" (p. 382). Tales "figurones", según Barbosa, se mantenían en el poder a fuerza de explotar el pueblo, concebido exactamente como la mezcla de fatalismo, ignorancia, subordinación, flojera y tristeza con que Lobato construyó a su personaje. En su discurso, Rui Barbosa descalificó a las "sanguijuelas de la riqueza pública, los falsificadores de elecciones, los compradores de periódicos, los corruptores del sistema republicano", retirándoles la nacionalidad. Que el extranjero no se equivocara y que no se equivocaran los brasileños: este grupo parasitario no era Brasil (p. 384). Curiosamente, sin embargo, el candidato tampoco asociaba la nacionalidad al "especimen del caboclo más desganado, que no sabe ponerse en pie, ni siquiera se sienta, cuyo voto se compra con un poco de tabaco de cuerda", a la "raza apátrida e ignorante, que vegeta, como los lagartos al sol, en la pereza y modorra de los campos sin cultivar" (pp. 383-385). En el Teatro Lírico de Río de Janeiro, Rui Barbosa afirmaba que Brasil era "el meeting inmenso, de almas libres" a las cuales se dirigía. En defensa de una reforma constitucional en que se tratara la cuestión social, que permitiría al Estado actuar en beneficio de los trabajadores, el candidato buscaba sus interlocutores ideales precisamente entre éstos, nombrándolos en su discurso, y profesando "la más sincera adhesión al movimiento obrero en sus propósitos razonables" (p. 391). En el Teatro Lírico, lugar de elite, Rui Barbosa intentaba dirigirse a los trabajadores y, aunque mencionaba la necesidad de expandir los derechos laborales al universo rural, no queda duda de que era el urbano el que realmente le interesaba.

idílica del hombre rural, el *caboclo*, que la literatura regionalista difundía, con sus rasgos románticos o estilizaciones humorísticas.¹⁹ Finalmente, al colocar a su creador en medio de tantas polémicas, llegó incluso a oponerlo a su criatura, encendiéndole la llama del remordimiento y la culpa.²⁰

Así es que, después de la furia con que se había dedicado a la crítica del *caboclo* en “Urupês” y en “Velha praga”, Lobato abrió la cuarta edición de *Urupês*, en 1919, pidiendo disculpas a este personaje. Ahora Lobato sabía que el *caboclo* —devorado por gusanos y atacado por lombrices— continuaba trabajando para enriquecer a aquellos que, en las ciudades, lo discriminaban. El autor recitó un estratégico *mea culpa*, afirmando que desconocía las condiciones de vida del *caboclo* que, de todas maneras, era “la mejor cosa de esta tierra”, pues traía solamente en el cuerpo los gusanos que quienes hablaban francés, bailaban tango y vivían tranquilamente a costa de su trabajo, traían también en el alma. En realidad, Lobato había cambiado de parecer desde tiempo atrás. A Rangel le escribió: “Cambié de opinión. Estoy convencido de que Jeca Tatu es lo único que: sirve en este país” (BG, p. 275). De cualquier manera, no deja de ser significativo que el antiguo hacendado asumiera públicamente su ignorancia acerca de los hombres que Jeca Tatu simbolizaba. A final de cuentas, habían

¹⁹ Cornélio Pires se volvió célebre por las conferencias que, según Lobato, presentaba “su *caboclo*” en una “bonita estilización —sentimental, poética, ultra-romántica, fulgurante de chistes”. Sin embargo, continuaba Lobato, el “caipira estilizado de las payasadas teatrales hizo que Brasil nunca pusiera atención en los millones de criaturas humanas *residuales* y *subraciales* que llenan el Interior. Todos las consideraran adornos del paisaje, como los enanos de barro de ciertos jardines de la Paulicéia” (BG, pp. 212, 226, cursivas mías).

²⁰ Cavalheiro (pp. 171-172) y Martins (1978, vol. 6, p. 116) construyen una especie de retrato psicológico de la relación establecida por Lobato con su famoso personaje. El autor meticuloso de los cuentos que constituían *Urupês* se vio rebasado por las discusiones que suscitó Jeca Tatu, cuya historia se publicó casi como un apéndice al libro que tanto tiempo le había tomado escribir. En 1919, *Urupês* había alcanzado su cuarta edición y pocos lectores o críticos se interesaban, realmente, por sus cuentos. De hecho, Jeca Tatu había desatado una gran discusión, lo que acarreó elogios pero también una serie de críticas a su creador, que tuvo que buscar medios para defenderse. Según Martins, el menosprecio de la crítica y de los lectores hacia los cuentos de *Urupês* —su gran libro para adultos— haría que Lobato no sólo se dedicara a escribir para niños, sino que lo convirtiera en un “hombre de acción”, una especie de “metamorfosis compensatoria” del fracaso literario.

trabajado en su hacienda como colonos o aparceros y él, como patrón, era coresponsable de su miseria e ignorancia. Pero, ahora, la estrategia de Lobato no era denunciar, sino buscar soluciones, y la temática que impulsaría sus campañas públicas y serviría para reforzar su propia figura de hombre público y patriota afirmaba, como sabemos, que Jeca Tatu “no *era* así; *estaba* así”.

El entusiasmo de Lobato lo llevó no sólo a escribir los artículos de *Problema vital*. Justamente durante la impresión de la primera edición de *Urupês* (Cavalheiro, p. 159), acompañó a Artur Neiva, el director del Servicio Sanitario del Estado de São Paulo, en una excursión a la ciudad de Iguape, para supervisar los trabajos de combate a la opilación²¹ y a la malaria (“Artur Neiva”, *O*, pp. 95-98). El análisis de la obra y el carácter del higienista (discípulo de Osvaldo Cruz) ilustra el tipo de preocupación que asumió Lobato en prácticamente toda su obra: la importancia de formar grandes científicos y, a la vez, hombres de acción; la necesidad de profesionales capaces de “arreglar” Brasil y la conformación de una elite realmente eficiente y dispuesta a dirigirlo bien (*MSB*, p. 69).

En oposición a los millones de Jecas que constituían el país, la minoría que los gobernaba y continuaba empleando y explotando su trabajo no pretendía ni por asomo cambiar la cómoda situación en que vivía. En ese sentido, el elogio sin reservas de Lobato hacia las iniciativas gubernamentales en beneficio del país y su población sería relativizado por una crítica feroz a la irresponsabilidad (mucho más común) tanto del gobierno como de las elites económicas y culturales frente a las tareas que les tocaba cumplir.²²

²¹ En Brasil, la opilación es uno de los nombres de la anquilostomiasis. Decidí mantener esa terminología en ese texto.

²² Basta apuntar que ya en “Velha praga” Lobato criticaba la preocupación “de la gente de la ciudad” por el fragor de la guerra europea, cuando ni siquiera imaginaba lo que representaba para el país las pérdidas ocasionadas por la quema de las matas (*U*, pp. 139-140). El tema de la oposición entre los problemas de Brasil y los asuntos europeos va a estar presente en muchos de los artículos de Lobato, por lo general en un tono a la vez de desánimo y reprimenda: “Ah, si el Brasil que habla y piensa y actúa consagrara al estudio y a la solución de los problemas internos una décima parte de las energías desperdiciadas en comentar los hechos europeos... pero eso es imposible. No hay tiempo, no es chic. Chic es meditar sobre los destinos de Alsacia-Lorena” (“Dezessete milhões de opilados”, *PV*, p. 130).

En ese contexto, Lobato presenta la acción de Artur Neiva como un ejemplo a seguir y como una sutil convocatoria al trabajo dirigida al público lector. Según Lobato, el director no se había plegado a su puesto burocrático: “Creó. Plantó. Sembró.” Más que eso, como buen científico, no se limitaba a montar un servicio y administrarlo: iba a “ver, oler, palpar” (O, p. 97).²³ En la enumeración de las realizaciones de Artur Neiva: reforma de la organización sanitaria del estado de São Paulo, con disminución de la burocracia al mínimo; equipamiento moderno del Instituto Butantã, con el fortalecimiento de la investigación científica e inicio del combate a las endemias en todo el estado (*cf.* O, pp. 97-98), Lobato indicaba la necesidad de la acción creadora y transformadora, así como el importante papel reservado a aquellos que realmente deseaban actuar en beneficio del país y de su población:

[La obra de Neiva] es la idea transformada en acción. Es el repudio definitivo de la retórica “bacharelesca” vigente hasta ahora y el inicio del arranque hacia la civilización. Es la colocación de la primera piedra del Brasil de mañana: sano, que resurge, capaz de ponerse de pie y caminar [O, p. 98].

Tenemos aquí un elemento clave en el ideario de Lobato: el pragmatismo consciente que siempre estará por encima de la retórica vacía. Principalmente por eso, el autor criticaba a los apologistas de la patria —cultivada como un país joven, lleno de posibilidades.²⁴ Por la misma razón, defendía la necesidad de

²³ Es importante observar que Lobato admiraba en Neiva lo que también caracterizaba al mexicano José Vasconcelos en su trabajo como ministro. En lugar de la rutina burocrática y de la distancia de la realidad, el director del servicio sanitario paulista actuaba como el “ministro a caballo”: iba a ver los problemas en donde estaban. Con su ejemplo, Neiva entusiasmaba a los colaboradores, motivándolos a trabajar. Vasconcelos actuaba de la misma manera, aprovechando los fines de semana para acompañar los trabajos de alfabetización, asistir a las fiestas populares, distribuir libros en los poblados próximos a la capital (*cf.* Cosío Villegas, 1986, pp. 88-89).

²⁴ Lobato no se cansaba de repetir que la riqueza en potencia sólo dejaría de ser pobreza cuando se realizara realmente como riqueza, o sea, cuando fuera económicamente explotada (*cf.* “Do carpinteiro de Southdown”, *MSB*, p. 24; “A ação de Osvaldo Cruz”, *PV*, pp. 123-124). En cuanto a la juventud del país, argumento para justificar su situación tecnológica precaria o, más a menudo, el carácter provisional de su vida política y económica, nunca dejaba de recordar a los defensores de esta tesis que, en realidad, Brasil era un país antiguo, con mentalidad vieja (*MSB*, pp. 36-37).

contar con buenos técnicos, capaces de pensar y de concretar proyectos, en oposición a otros personajes igualmente frecuentes en sus textos: “los parásitos sociales que se acuestan en el Estado y en un lánguido ocio maman de por vida la sangre-dinero elaborada por las clases productoras” (“Dezessete milhões de opilados”, *PV*, p. 127).

En su artículo sobre Artur Neiva, el “arranque hacia la civilización” aparecía como algo factible. Sólo con iniciativas como el saneamiento, la erradicación de las enfermedades endémicas, la investigación científica, y, no menos importante, la desburocratización, Brasil podría “ponerse de pie y caminar”. Solamente con acciones concretas el país podría desarrollarse. De esta constatación, resultaría lo que podríamos considerar una especie de “nacionalismo pragmático”. Lobato lo defendió en diversas circunstancias, siempre preocupado por subrayar la necesidad de poner en marcha planes realizables, que efectivamente desarrollaran el país, en lugar de dar espacio a la mezcla acostumbrada de exaltación y complacencia, con que la mayoría de sus contemporáneos tendía a considerarlo.²⁵ Hacer la apología de las riquezas de Brasil y al mismo tiempo justificar su pobreza, apoyándose en la supuesta inexperiencia de un país nuevo, era una actitud que el escritor criticaba visceralmente (“Da proteção à incompetência”, *MSB*, pp. 36-37), pues, en última instancia, impedía el cambio y mantenía a la mayoría de la población en su papel subalterno.

Alejado de los problemas cotidianos que había enfrentado en su época de hacendado, Lobato inició su reflexión sobre el Brasil rural, dando un enfoque más estructural y menos coyuntural a su análisis. Como punto de partida eligió la situación del interior de São Paulo, el estado con mayor desarrollo y en donde las

²⁵ El artículo que escribió en 1917, para apoyar la construcción y conservación de las carreteras ilustra la opinión de Lobato acerca del patriotismo vigente en los años inestables de la primera guerra: “mientras no entendamos que la forma económica más alta de patriotismo no es estimular al poeta Bilac, ni declarar la guerra a Alemania, sino asfaltar carreteras, nunca saldremos del charco de la mala situación económica y financiera. [...] a la patria no se salva con retórica, o rimas, o conferencias, u otras salvaciones vocales. Se la salva con arena y grava” (“Estradas de rodagem”, *CAC*, p. 74-75).

contradicciones se hacían más evidentes: sólo Jeca no se adaptaba al progreso representado por el ferrocarril y el inmigrante italiano, e incluso lo rehuía.

El contacto con el trabajo de los higienistas y la polémica nacional ocasionada por el escuálido Jeca Tatu sirvieron para que Lobato reconsiderara la base de sustentación de sus dos famosos artículos. Era importante repensar las teorías racistas *importadas* del exterior, que se habían adaptado muy bien al país, las cuales responsabilizaban a la misma población de su miseria y, en cierto modo, legitimaban su sumisión, percibida, finalmente, como algo “natural”. Ahora bien, los atavismos que Lobato había asociado al *caboclo* representaban, para el conjunto de Brasil, la imposibilidad del progreso. El *caboclo*, que constituía la mayoría de la población en un país mestizo como Brasil, al “huir para no adaptarse”, se condenaba a sí mismo y a todo el país al estancamiento.

Un cuadro pesimista como éste no parecía concordar con la ola de regeneración que el gobierno republicano intentaba estimular desde finales del siglo anterior y tampoco con la posición preeminente del estado de São Paulo respecto a los demás estados, en términos económicos y políticos. Aunque, para muchos, la inmigración europea tendiese a atenuar los nefastos efectos de la supuesta flojera y el conformismo característicos de la población nacional, ésta jamás sería suplantada por los extranjeros (incluso por una cuestión de soberanía). Era necesario, pues, reconsiderar la población brasileña, sobre todo la rural, e intentar incorporarla a la vida económica y social del país.

Sin embargo, después de Jeca Tatu, la imagen del *caboclo* jamás sería la misma. Especialmente si se contraponía a la del bandeirante, de quien el *caboclo* era, a final de cuentas, un epígono. El recurso al pasado y a este símbolo emblemático de fortaleza y conquista volvía el presente aún más desesperanzador. No, los bandeirantes del pasado, fuertes y emprendedores, y a quienes se debía la expansión de las fronteras del país, no podían haber degenerado en la improductividad, la ignorancia, la sumisión del *caboclo*, meticulosamente perfiladas en la figura de Jeca Tatu.

En ese contexto, la diferencia verbal que la lengua portuguesa ofrecía era providencial, tanto para Lobato como para quienes

pretendiesen crear proyectos para el país. De modo que si, conforme a la redefinición que Lobato hacía de su diagnóstico sobre el *caboclo*, Jeca no *era*, y sólo *estaba* “feísimo, chueco, amarillo, exangüe, hambriento, fatalista, un lamentable naufrago de la fisiología” (“Dezessete milhões de opilados”, *PV*, p. 128), la posibilidad de rescatarlo, de redimirlo para la “civilización” o, mejor dicho, para un nuevo modelo socioeconómico que podría construirse en Brasil, tal vez era remota, pero no imposible.

En cuanto a Brasil, la búsqueda de nuevas vertientes explicativas para comprenderlo podría “jubilar para siempre” la imagen del país como un lúgubre e irremediable producto de las relaciones entre clima, medio y raza. Tales elementos, importados y muy apreciados en el siglo XIX, todavía rondaban a los intelectuales de las primeras décadas del XX, incluyendo al mismo Lobato. Combatir su influencia implicaba una lucha constante y, en ese sentido, el cambio en el enfoque de la población rural, materializada en ese sencillo trueque de verbos, no sólo redimía al personaje que la simbolizaba sino a su propio creador. No éramos —no podíamos ser— una raza condenada por malas mezclas de sangre, ni determinada por el medio o el clima. A final de cuentas, concluía Lobato:

Nuestra gente del campo posee óptimas cualidades de resistencia y adaptación. Es de buena índole, suave y dócil. El pobre caipira es positivamente un hombre como el italiano, el portugués, el español. Mas es un hombre en estado latente. [...] Curado, recuperará el lugar que le corresponde en el concierto etnológico [“Um fato”, *PV*, p. 151].

Y en ese contexto, cambiar se volvía algo factible, y progresar también. Lobato pasó entonces a considerar la emancipación de una población antes irrecuperable, como una cuestión —urgente, pero relativamente sencilla— de crear campañas de higienización y salud. La cura de la población abriría el camino del país hacia el progreso.²⁶

²⁶ Como veremos, Lobato también defendió las campañas educativas. Al criticar el espíritu “bacharelesco” aún persistente entre los estudiantes, defendía la creación de escuelas técnicas. “El estudiante no estudia, se las ingenia para obtener el título,

Es interesante observar cómo Lobato, sobre todo a partir de su trabajo sistemático en *OESP*, iría ampliando su círculo de relaciones y evitando “encapsularse” entre los literatos. Su *RDB*, aunque continuase publicando trabajos literarios (de creación y de crítica), empezó a dedicar mayor espacio a autores relacionados con las ciencias humanas, como historiadores, sociólogos y antropólogos, además de médicos sanitaristas e higienistas. Una cuestión aludida lateralmente presente en sus escritos, en particular en las cartas a Rangel, fue precisamente la oscilación entre la reflexión y la acción, entre el trabajo literario y el apoyo activo a las grandes causas.²⁷

Pero el hombre de prensa y, más tarde, el editor y empresario cultural (que a su vez daría lugar al metalúrgico y al empresario del petróleo) intentó conciliar las dos esferas, buscando llevar al plano ensayístico y literario, incluso a los libros para niños, la discusión de los grandes proyectos en que se involucraba.²⁸ El hecho de que Lobato se mantuviera como una figura pública importante durante toda su vida se explica en gran parte por eso. Con *Urupês* y la campaña sanitaria, se transformó en un “especialista” del hombre del campo y la vida rural. Como editor pionero, se volvió una especie de referencia para todos los

el funesto diploma. Una vez que lo posee, empieza a buscar ‘ganarse’ la vida.” Para el autor, Brasil necesitaba técnicos, no licenciados de título y anillo (cfr. “O grande problema”, *AV*, p. 102).

²⁷ En uno de sus varios momentos de euforia, ya en Estados Unidos, llegaría a decir que el Lobato hombre de letras estaba “muertísimo”: “Aquí yace alguien que se juzgó literato y era metalurgista. Porque mi vocación por la metalurgia es mucho mayor que la literaria” (*BG*, p. 342).

²⁸ Así ocurría, por ejemplo, con su lucha por el petróleo. El libro-denuncia *O escândalo do Petróleo*, publicado en 1936, sería complementado por el infantil *O poço do visconde*, de 1937, en el cual el descubrimiento de petróleo en el “Sítio do Picapau Amarelo” —la finca que el escritor creó para sus cuentos para niños— hizo que todo Brasil cambiara. Lo mismo había pasado con sus artículos sobre arte nacional, publicados en la década de los diez y reunidos en el volumen *Idéias de Jeca Tatu* (1919). Y también con libros como *A onda verde* (1921), *Mr. Slang e o Brasil* (1927) y *América* (1932), en los que el autor discutía algunos de los temas que lo inquietaban: el primero, básicamente, el avance del café en el oeste paulista y el problema de la usurpación de las tierras; en el segundo, los efectos nefastos de la presidencia de Artur Bernardes y el optimismo respecto la presidencia de Washington Luís, y en el tercero, la perspectiva de que Brasil adoptara un modelo inspirado en el desarrollo económico alcanzado por Estados Unidos.

interesados en participar del mercado editorial y en el debate de los temas nacionales. Finalmente, ya avanzados los años treinta, como empresario del petróleo, consolidó su imagen de paladín —nacionalista— de la modernización del país.²⁹

A finales de los años diez, la opción de participar en campañas públicas abrió, en efectivo, una perspectiva nueva para Lobato. Pero es importante observar que ésta no era sólo una iniciativa suya. La “torre de marfil” de la creación exclusivamente literaria también incomodaba a otros espíritus inquietos. En la misma época en que Lobato se dedicaba a las cuestiones relacionadas con la higienización del país, abriéndoles las páginas de su revista,³⁰ el poeta Olavo Bilac defendía el servicio militar obligatorio. Ahora bien, la actitud de Lobato respecto a este “nacionalismo guerrero” era, como sabemos, sarcástica. Así, en lugar de discutir las cuestiones de la guerra europea y de preocuparse por la posición de Brasil ante el conflicto, insuflando la belicosidad de los jóvenes, principalmente los de las elites, Lobato decidió atender los problemas concretos de su país. De ahí, su admiración por el trabajo de Euclides da Cunha. De ahí, su irónica evaluación de los “literatos militaristas”.³¹

²⁹ En ese sentido, las cartas nuevamente nos ayudan a visualizar este espíritu inquieto. De nuevo será Rangel, el amigo literato, quien compartirá su sorpresa: “Mi popularidad me aterroriza. Con la ausencia y el silencio de seis años [la carta es de 1934], esperé estar herméticamente olvidado; pero veo mi nombre por todos lados, ligado al hierro y al petróleo. ¡Qué aventura tremenda, Rangel! Dar petróleo a Brasil como quien da dulce de coco a un niño! Si el gobierno no me estorba, doy hierro y petróleo a Brasil en cantidades rockefellerianas” (*BG*, p. 351).

³⁰ Lobato llegó a encomendar artículos a los miembros de la Liga Pró Saneamento do Brasil. Carlos Chagas, por ejemplo, escribió sobre la enfermedad del insecto *barbeiro* un largo artículo, ilustrado con fotos de los portadores de la enfermedad. Afrânio Peixoto, a su vez, escribió sobre la higiene (*cfr.* *RDB*, vol. 8, núm. 32, ago., 1918, pp. 362-386 y 353-361 respectivamente). Artur Neiva coordinó la sección “Notas de ciencia”, del número 28 al 33 (*cfr.* Luca, 1996, p. 45).

³¹ Y de ahí también su sarcasmo en relación con los “literatos-futuristas”. En ese momento, estos escritores tenían los ojos puestos no en la guerra, sino en los movimientos estéticos europeos. De todas maneras, miraban hacia fuera y no hacia dentro del país (“O nosso dualismo”, *AV*, pp. 57-60). En cuanto a Euclides da Cunha, según Lobato, este autor pudo entender cómo era Brasil realmente: “Coloso descalzo y lleno de gusanos en la base [el sertón]; de modestos pantalones de mezclilla en el medio [los pueblitos]; de corbata de seda y sombrero de copa en la cima [Río de Janeiro]” (“Euclides, um gênio americano”, *AV*, p. 117).

LAS METAMORFOSIS DE JECA:
ENTRE EL BRASIL IDEAL Y EL REAL

Cuántas cosas podríamos hacer aquí,
si hubiera más comprensión,
más cultura universal, más ciencia, más eficiencia...
A Barca de Gleyre

Uno de los temas de la obra de Lobato que se ha estudiado con amplitud es el de los cambios por los que el inmortalizado Jeca Tatu pasó a lo largo de la vida de su creador (Lajolo, 1983, pp. 101-105, Leite, 1996, pp. 75-87). Jeca Tatu se fraccionó en tres personajes, que ilustran el tránsito del hombre del campo desde la enajenación completa hasta la conquista de la conscientización acerca de su situación social.

Entre el primer Jeca y el último (significativamente denominado Zé Brasil) el periodo es largo: 1914-1947. Para Monteiro Lobato fueron tres décadas de reflexión y de un sinnúmero de experiencias que influyeron en su obra escrita, su actuación pública y, por supuesto, la construcción de su famoso personaje. El Jeca que analizaremos a continuación es el que establece un puente entre el primero (filtrado, como ya vimos, por los prejuicios del patrón) y el último (agente, como veremos, de un proselitismo pueril, basado principalmente en la defensa de la libertad de pensamiento que Lobato siempre ejerció).³² El protagonista de "Jeca Tatu: a ressurreição" (PV, pp. 170-177), más conocido como "Jeca Tatuzinho", es el *caipira* redimido de la postración y el estado enfermizo en que "estaba", por los milagros de "doña Ciencia".

El protagonista de esa historia fue inmortalizado en los millones de ejemplares del panfleto que los Laboratorios Fontoura pu-

³² El artículo "Zé Brasil", publicado en 1947, inmediatamente después de la prohibición del Partido Comunista por el gobierno de Dutra (en una demostración patente de la debilidad del movimiento político brasileño después de la deposición de Getúlio Vargas), tuvo un éxito enorme, que su retiro de circulación sólo logró aumentar. Lobato llegaría, incluso, a ser invitado a formar parte del grupo de diputados federales del PCB, invitación que rehusó (CE, vol. 2, pp. 270-271; *cfr.* Cavalheiro, 1955, pp. 646, 734-735).

blicaron y distribuyeron por todo Brasil (*PV*, p. 177). Este segundo Jeca Tatu, al contrario del primero, taciturno y melancólico, es de una simpatía simplona que acerca el personaje al lector, creando, incluso, elementos de identificación. Al contrario del tercero —el desilusionado Zé Brasil—, que es llevado didácticamente por el narrador a concluir que, pasados 33 años, su vida continúa igual a la del primero de los tres Jecas, el segundo materializa un ideal de ascenso social basado en el trabajo y sustentado en la salud, elementos constitutivos del modelo económico y social que Lobato reclamaba para Brasil.

El Jeca Tatu de 1924 ya no era un “piojo de la tierra”, sino un “pobre *caboclo*”, y la miseria que, diez años antes, había suscitado tanto coraje en su creador, ahora era vista con lástima. El lenguaje que Lobato escogió para este panfleto es extremadamente didáctico. En 1924, en contraste con 1914, Lobato no dialogaría con doctos acerca del pueblo (interlocutores implícitos no sólo por el rigor estilístico utilizado en la construcción de “Velha praga” y “Urupês”, sino por su difusión en el principal vehículo de la gran prensa, el periódico *OESP*). Ahora, en lugar de hablar del pueblo, Lobato trataría de llegar directamente a él.

El pequeño panfleto encajaba a la perfección en la misión regeneradora asumida por su autor. Lobato estaba decidido a participar en la tarea de redimir a la población rural de sus enfermedades y también en rescatar para el conjunto del país la imagen del *caboclo*, que él mismo había ayudado a volver despreciable. Con el apoyo “logístico” de un panfleto concebido para vender productos médicos, la historia de la redención de Jeca Tatu llegaría a los lugares más distantes del país. El laboratorio hacía propaganda y Lobato, a su vez, enseñaba.

Episodios como la Revuelta de la Vacuna, mencionado en una de las “pláticas con Mr. Slang” entre 1926 y 1927 (“Da maçaroca”, *MSB*, p. 15), fueron tal vez una referencia importante para que Lobato reforzara su didactismo. Si en 1904 la población pensó hasta en sublevarse, por no entender los motivos de la vacuna que Rodrigues Alves había decretado obligatoria, en la década de los veinte, situaciones como ésta ya no podrían tener cabida. Si el objetivo de las campañas sanitarias que Lobato y los higienistas

defendían era sanar a la población, ésta tenía que ser instruida acerca de sus razones.³³

La aclaración, que abre las puertas de la aceptación, es lo que Lobato buscó mediante un lenguaje sencillo, con el cual explicaba al lector ideal del “Jeca Tatuzinho” cómo los “animalitos” de la postración, de la supuesta flojera, del completo desánimo entraban en su organismo y cómo era posible combatirlos. No terminaba ahí la explicación, sino que continuaba como un auténtico elemento de conversión. A partir del combate a la enfermedad, Jeca Tatu y su público lector podrían dejar de *estar* enfermos para *ser* trabajadores incansables. ¿Cuál fue el resultado del cambio? Jeca Tatu deja de ser flojo, borracho y tonto y se transforma en “coronel”,³⁴ aumenta sus propiedades, las hace aún más productivas que las de su vecino “italiano” (p. 173). Jeca se vuelve también un partidario de la tecnología: vigila el trabajo de los empleados y todo lo que sucede en la hacienda a través de un potente telescopio importado de Estados Unidos (p. 176).

³³ Curioso, en ese sentido, fue un artículo publicado en contra de Lobato por un periodista de la ciudad paulista de Iguape (*cfr.* “Iguape”, *PV*, pp. 158-163). Lobato había publicado en *OESP* un análisis de los datos provenientes de la campaña de saneamiento en aquella ciudad, en donde de los 3014 habitantes registrados, 2673 padecían algún tipo de enfermedad vermicular. Lobato tomaba Iguape como una especie de microcosmos de Brasil y, para continuar el razonamiento de sus artículos anteriores, asociaba el estado enfermo de la población (cerca de 3000 Jecas Tatus) al comercio estancado, la industria débil, la agricultura ineficiente, la vida cultural nula y el pueblo que “no ríe, no juega, no canta, no baila”. Indignado, el periodista de la ciudad lo consideraría un enemigo nacional, por contribuir “al monumento del descrédito que el extranjero nos erige”, y acto seguido enumeraría todas las bellezas del lugar, que “encierra en sí el germen de la civilización y de la riqueza, aunque oculta, en su seno” (p. 162). Lobato insistió en reproducir este artículo junto a los suyos, “para patentizar de modo incontestable la influencia depresiva que la verminosis ejerce en el cerebro humano”.

³⁴ En Brasil, la figura del “coronel” se relaciona hasta el día de hoy con el jefe político local, principalmente en las regiones económicamente más atrasadas. Sin embargo, el término está asociado, sociológicamente, a una forma específica de poder político, el “coronelismo”, que floreció durante la “República Vieja”. Los grandes propietarios de tierra lograron mantener, como sucedió durante todo el Imperio, una amplia base social apoyada en mecanismos clientelares. Con el establecimiento del orden republicano, los “coroneles” supieron instrumentalizar sus bases, dominando el juego electoral para mantener su poder político regional o incluso para lanzarse a la política nacional.

El objetivo explícito del texto era didáctico: por medio de un lenguaje directo, el panfleto pretendía enseñar a la población del país, especialmente a la rural, cuáles eran las causas de sus males y qué procedimientos había que seguir para evitarlos. El objetivo implícito era incorporar al Brasil en proceso de modernización a la mayoría marginada de la población del país, todavía rural, rescatándola de su mero trabajo de subsistencia y preparándola para producir en moldes capitalistas (*cfr.* Campos, 1986, p. 25). La panacea del saneamiento facilitaría el cultivo de la ética del trabajo: hombres saludables, sin parásitos que los agobiaran, ya no podrían ser considerados parásitos, y enterrarían la imagen sin remedio del *caboclo* inasimilable. Lo interesante aquí son los recursos utilizados por Lobato para, en el ámbito del texto, conseguir que el *caboclo* enfermo Jeca Tatu se transformara en “coronel voluntarista”. A final de cuentas, no podemos olvidar que, después de haber sanado, “rico y estimado”, Jeca Tatu había decidido “enseñar el camino de la salud a los caipiras de los alrededores”.

Ahora bien, “con un pie fuera de su clase”, para citar el texto de 1914 (*U*, p. 151), el nuevo Jeca Tatu toma para sí la tarea aclaradora, transformadora y saneadora que Lobato, durante toda su vida, va a asignar a las elites.³⁵ Es importante señalar que en el panfleto de Lobato, el Jeca Tatu redimido *estaba* enfermo pero *era* propietario de muchas hectáreas de tierra. Sería principalmente la posesión de ésta lo que permitiría a este personaje saltar de aparcero a patrón. Y sería precisamente la falta de ella lo que lo haría retroceder de nuevo a aparcero, condición en que lo encontraremos, como Zé Brasil, en 1947. Para los fines a que cada texto se prestaba, era necesario “adaptar” a su protagonista, y la única solución que Lobato encontró para su campaña de aclaración sobre la necesidad de saneamiento e higienización, fue dotar al segundo Jeca de los recursos económicos necesarios para que pudiera efectivamente progresar.

³⁵ Tal visión lo aproximaba a Vasconcelos. Como el mexicano, Lobato anhelaba un gobierno de elite que actuara realmente como tal. Tal deseo hizo que ambos autores siempre dialogaran con los sectores dominantes de la sociedad. De manera explícita, por medio de llamados como los que el ministro Vasconcelos acostumbraba firmar; de manera implícita en las crónicas y artículos de Lobato.

En realidad, trabajo y salud eran medios importantes pero no suficientes para que un trabajador rural lograra volverse "coronel". De hecho, para que la historia funcionara, Jeca Tatu tendría que ser propietario, pues sólo de esa manera, después de curado, podría superar al inmigrante italiano en riqueza y energía, y sólo así podría rescatar a la población rural de su estado enfermizo, por medio de un proyecto asistencial financiado por él mismo.

No deja de ser curioso notar tanto la ausencia del gobierno en esa historia como la de cualquier alusión a su tarea en el combate de las endemias y en la manutención de una política de salud dirigida a la población. El hecho de que la responsabilidad social se hubiera colocado sobre los hombros de las elites no liberaba necesariamente al Estado de cumplir su papel. Empero, en este texto de propaganda, se reforzaba la urgencia de que aquéllas cumplieren con su deber y lo hicieran de una manera voluntarista, casi misionera. El texto, en ese punto, es ilustrativo: después de todo lo que hizo por los *caipiras*, Jeca Tatu no recibió ningún homenaje, no le hicieron ninguna estatua, pero nadie se murió con la conciencia más tranquila. Él había cumplido con su deber. Así, Jeca Tatu, el *caboclo* redimido y enriquecido, es el gran protagonista, y el lector ideal de su historia es el hombre del campo; pero el final ejemplar que culmina el relato se destina a otro sector del público:

Niños: nunca olviden esta historia; y, cuando crezcan, traten de imitar a Jeca. Si llegaran a ser hacendados, busquen curar a los camaradas de la hacienda. Además de que para ellos será un gran beneficio, para ustedes será un gran negocio. Verán que el trabajo de esta gente producirá tres veces más [PV, p. 177].

Para involucrar al público en su campaña de rescate del hombre rural y defensa de la ética del trabajo, Lobato necesitaba conquistar tanto a la masa de la población rural, como el universo restringido de los propietarios, además del público urbano. En realidad, el texto encontraba en esos tres grupos a tres destinatarios explícitos. En la lectura de la historia, el primero podría identificarse con el protagonista que logra vencer la enfermedad y la pobreza y hace fortuna mediante el trabajo.

El segundo grupo seguramente se identificaría con el narrador culto, que sabe, cuenta la historia, aconseja y, con el poder de la pluma, presiona. Finalmente, el tercero tendría que aprender la moraleja de la historia y mejorar la vida del campo y las relaciones de trabajo.

En cuanto al primer grupo, Lobato se dirigía a él de forma didáctica y propagandística, procurando convencerlo de que la conquista de la salud era el paso más importante rumbo a la conquista del progreso económico. Al tratar de indicar la posibilidad del ascenso social por medio del trabajo, Lobato eludía tocar la delicada cuestión de la posesión de la tierra. En ese sentido, el camino al éxito sería individual y no colectivo, lo que demuestra que Lobato todavía no se había propuesto exponer soluciones radicales para el campo (y, aquí, la transformación de Jeca en “coronel” es significativa). En realidad, Lobato buscaba alternativas que podríamos definir como reformistas, coherentes, como veremos, con sus propias concepciones políticas: liberalismo económico más democracia representativa.

En cuanto al tercer grupo, aludido al final del texto “Jeca Tatuzinho”, Lobato también se dirigía a él en forma didáctica, tratando de asignarle la responsabilidad de velar por los trabajadores rurales, pero sobre todo señalándole las ventajas, para la misma productividad de sus empresas agrícolas, de mantener la mano de obra motivada y en buenas condiciones de salud. Aquí, además del publicista, hablaba evidentemente el empresario.

La eficiencia —elemento fundamental en el establecimiento de una economía competitiva— tenía que alcanzarse para que Brasil se transformara en un país capitalista moderno. La conquista de la eficiencia demandaba invertir en mejores condiciones de existencia para la población rural —en saneamiento, en educación especializada y “casas higiénicas” (cfr. *PV*, “Um fato”, pp. 149-151; “A casa rural”, pp. 163-166). Ahora bien, ¿a quiénes tocaba desempeñar esta tarea? Según lo que puede deducirse de “Jeca Tatuzinho”, a los patrones. Según lo que se deduce de los artículos de *Problema vital*, que lo antecedían, también al gobierno.

La participación de Lobato en campañas sociales lo obligaba a lidiar con la dicotomía del público. En 1914, “Urupês” y “Velha praga”, a pesar de su repercusión posterior, habían sido

escritos como un desahogo entre pares. Diez años después, el “Jeca Tatuzinho” sería concebido de otra manera, como un vehículo de transformación social, adecuado a la comprensión del público inculto (tradicionalmente ignorado por las elites económicas, políticas e intelectuales). Pero antes de publicar el “Jeca Tatuzinho”, Lobato —ahora un paladín de la “regeneración”— trataría de dirigirse a sus pares actuales: el pequeño empresariado, las clases medias urbanas, sin olvidar a los antiguos: los hacendados del café, a los que había que convencer de la importancia de las nuevas ideas que ahora defendía. En los artículos publicados en 1918, reunidos en *Problema vital*, Lobato abordó precisamente los temas que lo llevaron a la redacción del panfleto de propaganda (crecimiento económico, productividad agrícola, salud y educación como elementos de desarrollo social). El “Jeca Tatuzinho”, incluido en las obras completas del autor justamente como colofón de *Problema vital*, era resultado de las discusiones que Lobato había planteado en los artículos periodísticos.³⁶

El público de los artículos de *Problema vital* era la minoría que tenía acceso a los periódicos y que el autor había decidido involucrar en la discusión de los problemas del país, entre los cuales la situación del hombre del campo era de los más urgentes. La cuestión social todavía no había adquirido la suficiente importancia como para abarcar el conjunto del país, y el campo seguía siendo una realidad que las ciudades desconocían.

En ese sentido no puede negarse la importancia de la discusión que Lobato estimuló. En tanto las grandes ciudades experimentaban los primeros enfrentamientos organizados entre capital y trabajo, el campo se perdía en la explotación implacable de los hacendados y en las labores de subsistencia de los *caboclos* “inadaptables” o, más bien, “enfermos”. Los lectores de periódicos, sumergidos, en su gran mayoría, en la rutina de la vida urbana, cuyas contradicciones sociales se evidenciaban inmediata

³⁶ Los artículos publicados en el periódico y después reunidos en volumen fueron catorce (además del “Jeca Tatuzinho”). Entre los demás títulos, podemos destacar “Reflexos morais”, “Primeiro passo”, “A fraude bromatológica”, que ilustran el carácter que Lobato dio al conjunto de sus escritos.

y diariamente, seguían desconociendo el Brasil rural y la situación alarmante en que su población se encontraba.³⁷

Los artículos de Lobato, coherentes con su “nacionalismo pragmático”, actuaron como un llamado al debate. Como empresario, Lobato era un entusiasta partidario de los principios fordistas, según los cuales, obreros, consumidores y empresarios eran, en realidad, socios en la empresa social que las industrias materializaban. Para Lobato, había una gran diferencia entre Ford y los “idealistas utópicos” al estilo de Marx o Rousseau, que imaginaban para la sociedad “soluciones teóricas, demasiado bellas para ejecutarse”. Ford iba más allá, ya que —decía Lobato— “admite al hombre tal y como es, acepta el mundo tal y como está, experimenta y deja que los hechos ofrezcan la solución rigurosamente lógica, natural y humana” (“Prefácio a *Minha vida e minha obra*”, *CAC*, p. 33). Por eso, Lobato lo definía como un “idealista orgánico”, para quien la industria no era simplemente un medio de ganar dinero, sino “el medio científico para transformar los bienes materiales de la tierra en utilidades de provecho general, con provecho general”. Si obreros y patrones procedieran como colaboradores y no como enemigos, el resultado sería mejores salarios, dividendos equitativos y precios más bajos. Con el fin del “sinistro antagonismo entre el capital y el trabajo”, con el reajuste de la producción al consumo y la resultante distribución equitativa de la riqueza, desaparecería “el monstruoso cancro de la miseria humana” (*CAC*, pp. 33-35).³⁸ En el campo, Lobato parecía buscar la misma relación: en lugar de la explotación —por la cual condenaba sin miramientos a los grandes propietarios—, recetaba el trabajo en colaboración. Al interrumpir la inmigración, la guerra europea había provocado un déficit en la oferta de mano de obra calificada. El momento era, pues, oportuno para capacitar la mano de obra local, que hasta entonces se despreciaba en beneficio de la extranjera.

³⁷ En realidad, la imagen del hombre del campo como un personaje “pre Jeca Tatu”, esto es, como una especie de repositorio de las tradiciones nacionales, no dejó de ser cultivada, a pesar de las críticas de Lobato.

³⁸ Al frente de su editorial, Lobato buscó aplicar tales principios (“Apelo aos nossos operários”, *MI*, pp. 163-164).

En opinión de Lobato, el primer paso para que el campo progresara y la colaboración entre hacendados y trabajadores rurales pudiera consumarse —acabando con la situación de parias en que éstos se encontraban y transformándolos en trabajadores productivos— sería el de la curación y la higiene. Estas dos medicinas harían que los trabajadores pudieran recuperar el ánimo, la salud y hasta las facultades cerebrales. Sólo recurriendo a ellos sería posible volverlos “socios” de las empresas agrícolas y “enseñarles las mil cosas necesarias para un buen obrero; disciplinarlos, adaptarlos a la maquinaria agrícola” (“Um fato”, p. 150).

Al trasladar al ámbito del periódico una realidad desconocida —la de las enfermedades y de la ignorancia rurales—, los artículos de *Problema vital* obedecieron a un intento de construcción que llevaría a la producción de un largo y documentado discurso de alerta. Formaban un conjunto coherente en el que las informaciones, la opinión personal del autor y el diálogo con el público lector se organizaban meticulosamente en la busca del mayor impacto. Los títulos reflejaban esta búsqueda y se alineaban en una secuencia conminatoria acumulativa. El tono dramático con que Lobato describió las enfermedades que atacaban a la población rural brasileña tenía como objetivo el de conquistar por medio de la repulsión y, también, por una dosis de culpa.

El autor “armó” su esquema argumentativo, presentando en el primer artículo un análisis contextual que serviría de base a los demás. Así, en “Saneamento do Brasil. A ação de Oswaldo Cruz” (PV, pp. 123-126), Lobato expuso el argumento clave de prácticamente todas sus discusiones acerca de campañas o diagnósticos del país: la existencia de una enorme distancia que debería recorrerse entre el Brasil ideal y el Brasil real. Las campañas patrióticas de autovaloración, responsables de esta construcción imaginaria que era el Brasil ideal, impedían que se conociera el Brasil real. Y la receta del autor consistía en extirpar lo más pronto posible las ideas de “lunático” que habían ganado “*status* de axioma” y que se resumían en el “triple espejismo de nuestra riqueza, de nuestra inteligencia y de nuestra invencibilidad”. Para cambiar un cuadro como éste, en que el autoengaño ofuscaba la razón y el buen sentido, la primera recomendación del autor era conocernos a nosotros mismos, “precepto fundamental del

progreso, piedra de toque de toda creación social e individual” (p. 124).³⁹

Lobato vislumbraba el inicio de este urgente proceso, y localizaba su punto de partida no en la acción de un intelectual, sino en la de un científico, Osvaldo Cruz, “el moderno espíritu científico que logra cobrar importancia en el país del hueca palabrería”.⁴⁰

Pródigo en elogios al sanitarista y a su trabajo en Manguinhos, Lobato llegó finalmente a la idea que orientó el conjunto de sus artículos: la necesidad de alcanzar la realidad del país de manera objetiva, como el científico “que consulta el laboratorio y repite lo que el laboratorio dice, sin adornos o tortuosidades”. Abordar los problemas del país como hechos reales y concretos, recurriendo a la objetividad del método científico, tal era el camino propuesto por Lobato. Para eso, recomendaba imparcialidad, ausencia de ideas preconcebidas y preparación técnica (y aquí vislumbramos otra receta siempre repetida: Brasil necesitaba científicos y no licenciados, requería escuelas técnicas esparcidas por todo el territorio, más ingenieros y menos poetas).

Al partir del análisis de la obra de Osvaldo Cruz, Lobato afirmaba que el país necesitaba medidas y acciones concretas para progresar. Lo que el escritor elogiaba en el sanitarista era precisamente la eficacia de su acción, producto de un proceso de investigación cuidadoso. La constatación de que una cantidad

³⁹ En un artículo que escribió entre 1926 y 1927, Lobato afirmó que la causa de todos los males de Brasil era la pobreza. “Sin embargo, vivimos entonando loas a nuestras fabulosas riquezas. Confundimos de manera pueril riquezas con posibilidades de riqueza.” Brasil es pobre, continuaba el autor, y exceptuando “las pocas regiones en que las posibilidades naturales se realizaron, es pobrísimo. Y por ser pobre no logra resolver ninguno de sus problemas elementales” (“País de tavalagem. O grande mal/a pobreza”, *AV*, pp. 26-29).

⁴⁰ Es interesante observar el vocabulario de Lobato al describir la acción de Osvaldo Cruz. El científico trajo a Brasil la práctica sanitaria preventiva y anunció en el país los descubrimientos de Pasteur. Acabó con las pociones y “entroniz[ó] el laboratorio y el microscopio”. Como su maestro francés, buscó a estudiosos, que abrigaran, todos, el mismo “ardor apostólico”. La visión del trabajo de Cruz como una auténtica misión religiosa tiene, al parecer, un doble efecto: entronizar a su líder, pero principalmente “santificar”, de cierta manera, los trabajos relacionados con la mejoría de la vida de la población. Nuevamente el paralelo con Vasconcelos es inevitable: a los profesores misioneros del ministro mexicano, podemos contraponer los científicos de Cruz, enaltecidos por Lobato, como redentores de la población, brindándole salud de la misma forma que los mexicanos le brindaban saber.

específica de la población estaba enferma era lo que debía estimular el trabajo del higienista y el médico sanitarista, en la búsqueda de los medios para curarla. Ahora bien, constatar la enfermedad donde existía equivalía, para Lobato, a ver la realidad como realmente era. Y no habría maleabilidad en la definición y la observación de los hechos, si la objetividad que Lobato preconizaba estaba presente. Según Lobato, era con este espíritu nuevo, libre de la “facciosidad de escuela, del sentimentalismo pueril”, que deberíamos estudiar y resolver nuestros problemas.

Para la resolución de los problemas sociales, Lobato proponía que se siguieran los mismos pasos del higienista. Si a éste se le exigía comprobar científicamente una situación de endemia o epidemia y tratar de sanarla, Lobato proponía que, en el plano social, la sociedad siguiera un camino similar: ver cómo eran y en dónde estaban los problemas, y tratar de resolverlos.

Sin embargo, Lobato señalaba que, en Brasil, no todos podían seguir esta línea de raciocinio y conducta, pues según los títulos de sus tres artículos siguientes, la población brasileña (de 25 millones de habitantes) poseía “diecisiete millones de opilados; tres millones de idiotas y papudos, y diez millones de palúdicos” (*cfr. PV*, pp. 127-136). El rescate de esta gran mayoría de brasileños para la vida social era, por lo tanto, imperativo.

El esquema que Lobato utilizó en la redacción de los tres artículos fue prácticamente el mismo. El primer paso era describir y explicar al público urbano la enfermedad de Chagas y la malaria. El tono de los artículos era didáctico: se describían los parásitos y se explicaba, con abundancia dramática, de qué manera infectaban el organismo humano. Los padecimientos de los parasitados (opilados, idiotas o palúdicos) se describían también con lujo de detalles. Luego de presentar los hechos —las enfermedades y los enfermos—, el paso siguiente era doble: cuestionar el motivo por el cual un país como Brasil poseía este tipo de problemas y tratar de asociarlo al desprecio del gobierno y las elites para hacia el pueblo y el país.

Así, mientras millones de seres humanos tenían su “función social limitada a esparcir el anquilostoma” (“Dezessete milhões de opilados”. *PV*, p. 128), los licenciados —que para Lobato personificaban, al lado de los “coroneles”, el carácter nefasto de

las elites— se convertían, literalmente, en parásitos: los *Triatoma bachalaureatus* (“Três milhões de idiotas”, *PV*, p. 133). En cuanto a los “coroneles”, Lobato criticaba principalmente su truculencia, falta de cultura y temor a los cambios. Por este motivo, no merecían su complacencia (*cfr.* “O grande problema”, *AV*, pp. 102, 103; “Bacillus vírgula”, *AV*, p. 39). Es importante destacar que en “Jeca Tatuzinho”, el protagonista se había vuelto coronel pero no truculento. Además, había decidido estudiar, pensaba “en mejorías, progresos, cosas americanas” y su hacienda conoció los beneficios de la radio y la electricidad (pp. 175-176). El segundo Jeca Tatu no temía a los cambios, en realidad los buscaba, materializando el modelo de conducta que Lobato soñaba para el conjunto del país, conquistado por medio de sus elites.

Respecto al diagnóstico catastrófico presentado por el autor, su alcance todavía sería mayor, con la lepra, la sífilis, la tuberculosis y la degradación a que “millones de campesinos” eran arrastrados por el aguardiente (“Diagnóstico”, *PV*, pp. 136-137). En un contexto como éste, el conjunto de aquellos que efectivamente tenían posibilidades de sanar a la sociedad disminuía de manera sustantiva. Lobato sugeriría la tarea y el papel de sanitaristas sociales a los miembros de dos grupos específicos. En primer lugar para los que denunciaban —y luchaban contra— la situación de desastre de la salud nacional, basándose, para eso, en datos científicamente comprobables.⁴¹ En segundo lugar, para el conjunto de las elites del país, recetándoles que se dedicaran al conocimiento de la realidad nacional y a la resolución de sus múltiples problemas, evitando “encontrar soluciones puramente formalistas, sin ningún contacto con la cruda realidad” (“Dezessete milhões de impaludados”, p. 128). La receta de estudio y trabajo en favor del país se complementaba con la crítica de Lobato a la inmovilidad y el desinterés de gran parte (si no la totalidad) de estas elites.

⁴¹ Además de citar a Osvaldo Cruz, Lobato se apoyaba en los trabajos de Carlos Chagas, Artur Neiva y Belisario Pena (autor de *O saneamento do Brasil*). Asimismo, tomaba como tema las palabras del médico Miguel Pereira, para quien a excepción de Rio, São Paulo y algunas ciudades más o menos saneadas, Brasil era todavía un inmenso hospital (Martins, 1978, vol. 6, p. 117; *PV*, “Três milhões de idiotas”, “Dez milhões de impaludados”, pp. 132, 138).

Lobato sería implacable con los literatos capitalinos preocupados por cuestiones bizantinas, con los poetas y “estetas de mirada fija” en Francia, y con los políticos que “no salen de su lugar”, pues “no hay tiempo, no hay dinero” para campañas sanitarias (“Três milhões de idiotas”, p. 131). Y continuaría su crítica afirmando que, mientras “los gobiernos digieren y engordan”, la “parte culta de la sociedad descansa y ríe”, “debatimos la colocación de los pronombres”, “cantamos rag-times patrióticos” y “abrimos suscripciones para restaurar bibliotecas belgas”, “legiones de niños mueren como animales, de hambre y de parasitosis” y “la mujer del campo se momifica por la miseria a los veinte años” (*cfr.* “Dez milhões de impaludados”, pp. 135-136). Y Lobato concluiría el cuarto artículo de la serie, recurriendo a la enumeración irónica de la corrupción, la inconsecuencia y el nacionalismo oficial, oponiéndolos a la miseria del país real.

¿Cuál sería la solución para todos estos problemas? Devolver la salud al país, afirmaba el autor (“Três milhões de idiotas”, *PV*, p. 133). Ésta sería la verdadera campaña cívica y patriótica que Brasil necesitaba. Sólo el saneamiento acabaría con todos los déficits que el país presentaba y con el “saldo en contra” que cada hombre enfermo representaba para la economía nacional.

Seis años después de la publicación de *Problema vital*, Lobato publicó “Jeca Tatuzinho”, el texto que “traducía” para el pueblo —y llegaba hasta dónde este vivía— lo que ya había sido expuesto a las elites en los artículos de su libro. Veintitrés años más tarde, por última vez, Lobato habló de Jeca Tatu, ya transformado en Zé Brasil (“Zé Brasil”, *CAC*, pp. 133-138). Qué lejos estaba este último texto de la euforia, de las grandes expectativas, proyectos e ideales que Lobato había vivido en las décadas de los diez y veinte.

En el texto de 1947, Zé Brasil tenía la misma casa de paja y barro, la misma banca de tres patas, la misma arma descritas en “Velha praga”, “Urupês” y “Jeca Tatuzinho”, acompañadas, sin embargo, de aquel “librito del laboratorio Fontoura, con la historia de Jeca Tatu”. Padeecía “la misma opilación, la misma malaria, la misma miseria” e incluso tenía “el mismo perrito” (p. 133). En la versión de 1947, el interés “de las gentes de la ciudad” por el problema del campo seguía sin aparecer, la población rural permanecía ignora-

da (y también ignorante) y la salud, a pesar de las campañas de los años veinte y de la propaganda masiva de los medicamentos Fontoura, seguía siendo un bien inaccesible. La distancia entre el Brasil ideal y el real era aún inmensa. Lobato, sin embargo, estaba más viejo, era menos ingenuo y ya no abrigaba la misma confianza en el progreso, tan clara en “Jeca Tatuzinho”.

La solución de la injusticia en el campo que un día, como patrón, encontró en la expulsión de los inadaptables y después, como reformador, en las campañas sanitarias, ahora aparecía en el sentido correcto: en el fin de las desigualdades sociales. Para Lobato, la solución de la injusticia había dejado atrás las campañas reformadoras para asumir propuestas radicales. Y en 1947, el autor finalmente concluiría que, sin una reforma agraria, la situación de miseria en la zona rural no iba a extinguirse. La raíz de la pobreza estaba en la desigualdad y el remedio para ésta no la ofrecía ninguna campaña sanitaria. En la zona rural, la desigualdad y todas sus consecuencias (truculencia, explotación, prepotencia) sólo dejarían de existir cuando el acceso a la tierra se generalizara.

En ese último texto, sin embargo, Lobato mantuvo su fidelidad a dos elementos fundamentales en los anteriores: la confianza en el papel que correspondía a las elites y la falta de fe en el hombre del campo (y en la población en su conjunto) como sujeto de sus acciones y agente de transformación. El primer Jeca Tatu era, en términos económicos, un “saldo en contra” y, en términos político-culturales, un compendio de ignorancia y resistencias. El segundo Jeca Tatu sólo se volvió sujeto cuando decidió enriquecerse. Después de haberse curado, y de mucho trabajo, se volvería patrón y reproduciría, como tal, los valores de la clase a que se había incorporado. Finalmente, Zé Brasil no lograba dejar de vivir a merced del coronel de quien era aparcero. El poder económico y político del coronel creaba para el aparcero un abismo infranqueable.

En los textos de 1914 (*U*), Lobato presentaba al verdadero hombre del campo; en la serie de artículos de 1918 (*PV*), regañaba a las elites, exigiendo que conocieran y trataran de mejorar la situación del hombre del campo. En “Jeca Tatuzinho” las convocaba a cuidar de la población rural, compuesta de trabajadores potencialmente eficientes. En “Zé Brasil”, al defender a

Luís Carlos Prestes como el líder necesario para el cambio de la sociedad brasileña, y del hombre del campo en particular, Lobato continuaba asignando a la elite, así fuera ésta ideológicamente distinta de la anterior, la gran tarea de rescatar a la población, incapaz de, por sí sola, transformar la sociedad y transformarse a sí misma. En ese sentido, el narrador, al dialogar con el protagonista, apunta hacia la fuerza que la unión entre los trabajadores sin tierra puede representar, en una sociedad en que son la gran mayoría, para una pequeña población de "coroneles". Sin embargo, condiciona su victoria a la unión en torno a un líder ajeno a su condición de clase.

A pesar del éxito que conquistó y a pesar de plantear una polémica más entre las muchas en que el autor se involucró (después de este texto, Lobato fue interrogado sobre su simpatía hacia el comunismo), no quedó prácticamente nada de Zé Brasil en la constitución de la imagen definitiva que Jeca Tatu recibió. Este personaje (que tal vez por lo esquemático de su conformación y su carácter caricaturesco, es más conveniente considerar un "tipo") entró en la historia cultural y literaria brasileña como una mezcla de las dos primeras versiones: el hombre ignorante y simplón que hasta puede volverse "coronel", pero nunca dejará de ser "jeca".⁴²

⁴² Jeca Tatu conquistó, sin duda, una popularidad mucho mayor que la de otro personaje también postulado como prototipo del brasileño: Macunaíma, de Mário de Andrade, nacido en 1928. El dinamismo y el individualismo del "héroe sin ningún carácter" no ganaron tanta simpatía entre el público como la índole más prudente y "encuadrable" de Jeca Tatu. Tal hecho puede ser analizado en dos sentidos: si la identificación del brasileño con Jeca representa, por un lado, una tendencia a la depreciación del elemento nacional, definido por su ingenuidad, simplicidad e ignorancia, por otro, refuerza la idea de que la nacionalidad no es algo tan difícil de definir. Sus orígenes estarían sencillamente en el mundo rural, en el interior del país, del que todos los brasileños tendrían un poco. No habría necesidad de tantas vueltas ideológicas como las de Andrade, para "amarrar" las diversidades regionales, étnicas y culturales. Además, no puede omitirse una circunstancia fundamental: la circulación diferenciada de los dos textos, que en tanto volvió al Jeca Tatuinho del laboratorio Fontoura popular en todo el país, mantuvo a Macunaíma como un ilustre desconocido del público lector y principalmente de la población analfabeta. Aunque no pudiese leer el panfleto de Lobato, esta última, de una manera u otra, se vio influida por un texto lleno de ilustraciones y distribuido gratuitamente. Por último, la cuestión de la construcción literaria de uno y otro personajes también es un elemento importante de distinción. La facilidad de comunicación que supone un texto más lineal como el de Lobato, contribuiría en mucho a su amplia recepción.

El asistencialismo, sustentado en “Jeca Tatuzinho”, venció la salida violenta representada por la revolución que Lobato solamente sugirió en el texto de 1947. Así, a pesar de defender a Luís Carlos Prestes como un posible guía en la transformación del país, Lobato siempre criticó la revolución como alternativa, pues nunca dejó de asociarla a la destrucción y no a la creación: revolucionar nada crea, sólo destruye.⁴³

Tal concepción, que repitió en muchos de sus artículos en la prensa, sirvió para reforzar su ya mencionado pragmatismo. Por eso, las grandes campañas sociales y nacionales tendrían tanta importancia para Lobato, e incluso para establecer su lugar no sólo en la historia literaria, sino principalmente en la historia social y cultural brasileña. Si en el ámbito de la primera nunca hubo consenso en la evaluación de su producción,⁴⁴ en el de la segunda, el título de precursor y, más aún, de modernizador, encontró poca o ninguna discrepancia.

⁴³ Aunque normalmente consideraba la revolución como algo que se debía evitar, Lobato, en algunos momentos, valoró las posibilidades de esa salida. En *MSB* (“Do capítulo que faltou”, p. 40), expuso una curiosa mezcla de revolución y evolución, aproximándose a la idea de la quema de etapas en el proceso evolutivo: “la revolución es un medio mecánico del que los pueblos disponen para adelantar el día de mañana. Así fue en Francia, en Rusia, en todos los países que evolucionan”.

⁴⁴ La misma inclusión de Lobato en el círculo de los autores premodernistas descalifica, en cierto modo, su producción literaria. Si nos atenemos a la evaluación de Candido, según la cual la literatura del periodo 1900-1922 era una literatura complaciente, sin angustias formales, prácticamente instalada en la conservación de los rasgos desarrollados después del romanticismo, empeñada en lograr, a través de la copia, el equilibrio y la armonía, o sea, el academicismo (*cf.* 1985, p. 113), Lobato no sale bien librado. Milliet, por su parte, fue implacable con lo que llamó su “literatura sin misterios”, presa de las lecciones de la gramática y, por ello, accesible al gran público. Finalmente, Bosi apuntó la necesidad de dar al Lobato hombre público y al Lobato escritor la debida connotación. Sin embargo, la evaluación de la obra del autor más allá de su ubicación en los marcos de la periodización tradicional puede reservar sorpresas al crítico. Sobre todo si, al lado de la obra para adultos, se analiza la escrita para niños. Libros como *Narizinho Arrebitado* y *O Saci*, de temática nacional y una inusitada informalidad en el tratamiento del lenguaje, fueron escritos en 1921, antes de la famosa “Semana del 22”. El grado de innovación de estos dos libros, sin tomar en cuenta los escritos para adultos, además del famoso *Urupês*, parece demasiado grande como para que su autor reciba apenas el calificativo de “premoderno, por supuestamente anticipar las características convencionalmente identificadas con el modernismo.

LA FILOSOFÍA Y LA ACCIÓN POLÍTICA

Yo creo en el progreso moral del hombre
Mr. Slang e o Brasil

Progreso es un concepto clave en la obra de Lobato. En todos los proyectos y campañas en que se involucró, el objetivo fue básicamente el mismo: hacer que Brasil progresara. Su rabia hacia al *caboclo* se debía a que éste impedía el paso al progreso. Su defensa de la educación técnica se debía a que el país necesitaba de personal especializado en trabajos que lo hicieran crecer. Su empeño en “dar hierro y petróleo a Brasil” se debía a la adopción del modelo norteamericano de desarrollo como meta a alcanzar (después de que el autor vio el “mar de autos” y los avances tecnológicos de Estados Unidos, la cuna del progreso técnico).

En 1941, Edgard Cavalheiro preparaba la encuesta “Testamento de uma geração”, para el periódico *OESP*. Según Cavalheiro, Lobato no entregó el “balance espiritual” que se había pedido, pero llegó a perfilarlo y el texto se publicó después de su muerte, en 1955, en *OESP* y también en sus obras completas (*CAC*, pp. 90-92). El título, “Confesiones ingenuas”, da idea de cómo Lobato concebía la conformación de su pensamiento teórico y filosófico. El joven estudiante de derecho no escapó de una especie de trayectoria común entre sus contemporáneos: formación católica en la infancia, más positivismo y evolucionismo en la juventud. Por ello, Lobato define como ineludible la “crisis mental” que experimentaría a los 18 años. Según el autor, el descubrimiento de Le Bon lo puso en relación con el presente, despojándolo de todas las convicciones a las cuales el catolicismo lo había acostumbrado.⁴⁵

El “hoy” al cual Lobato se vinculó ya había empezado a ser “ayer” en la Europa de Le Bon. Sin embargo, este autor tuvo una difusión significativa entre los intelectuales brasileños de la época —preocupados por lo que entonces consideraban fundamental:

⁴⁵ Le Bon fue una referencia importante en la juventud de Lobato. En 1904, comentaba en una carta a Rangel que se había “rebelado contra el socialismo” después de la lectura de *Psicología del socialismo* (*BG*, p. 39).

el debate sobre la relación entre raza y nacionalidad y la cuestión de la herencia genética o cultural (Cruz Costa, 1967, p. 337).

Siguiendo los consejos de un viejo profesor, Lobato estudió a Comte y se instaló por algún tiempo “en la arquitectura de Herbert Spencer, pero sin una adhesión incondicional” (p. 91). Según sus recuerdos de juventud, Lobato decidió romper con lo que para muchos constituyó una tendencia general entre los brasileños de la época: la búsqueda de síntesis, modelos, sistemas (Cruz Costa, 1967, p. 337). Como ya no quería sistemas, Lobato acabó por encontrar en Nietzsche al filósofo ideal. E hizo de su *vade mecum*, *vade tecum* un verdadero lema.

La imagen que Lobato asociaba al filósofo es ilustrativa: Nietzsche fue un “jabón” para sus “tonterías mentales y morales” y sus libros eran un “polen” que hacía germinar en él “mil pensamientos míos” (CAC, p. 91; BG, pp. 90-91). Por influencia de Nietzsche, Lobato se quedó “sin ninguna sistematización, libre como un pajarito, [...] insumiso a fórmulas y autoridades, [...] indiferente a censuras o aplausos o intereses”. “Siguiéndose a sí mismo”, entró por un camino que Nietzsche no aprobaría: se volvió adepto de la ciencia positiva que, según el autor, por el hecho de “probar”, destruiría cualquier duda. Lobato se acostumbó a aceptar las conclusiones de la ciencia y la experiencia colectiva y convergente de los sabios (CAC, p. 92).

De hecho, analizando el camino atribulado y determinado de Lobato, podemos comprender el hecho de que Nietzsche haya sido su filósofo de cabecera. En cuanto a la adhesión a la ciencia positiva, vale la pena detenerse un poco en su análisis. La ciencia positiva “prueba”, dijo Lobato. Y parece que “probó” para el autor, por mucho tiempo, la inferioridad racial del pueblo brasileño, basada en el mestizaje de padres inferiores (MSB, p. 14).⁴⁶ Posteriormente, en su “explicación” del atraso de Brasil frente a los países desarrollados, el lugar de la raza y el clima sería ocupado por el estado enfermo en que la mayoría

⁴⁶ Lobato siempre lamentó el hecho de que fuéramos tributarios de una mezcla de indios salvajes, negros ignorantes y portugueses retrógrados, recurría a palabras indígenas para referirse al país cuando lo quería criticar y, en muchas ocasiones, cayó en el puro racismo (cfr. PV, p. 123; ML, p. 52).

de la población se encontraba —explicación “científica” de otra naturaleza, que el autor trataría de comprobar en sus artículos de *Problema vital*. Sin embargo, Lobato nunca consiguió arrancar por completo las raíces profundas que las teorías racistas echaron en su manera de comprender el país.

De hecho, Lobato fue siempre presa de la ideología que sustentaba la supremacía del mundo blanco. Así, aunque defendía la adopción de una política de rescate de la población local, siempre despreciada en beneficio de la mano de obra extranjera, nunca dejó de valorar la inmigración europea. Llegó a afirmar que São Paulo, la gran locomotora del país, era lo que era gracias, en gran parte, a las contribuciones de la importación de cerebros europeos (“Da importação de cérebros”, *MSB*, p. 56). Raza y progreso se asociaban y, en la carretera interminable del progreso que el país empezaba a seguir, la relación entre presencia inmigrante y desarrollo económico y cultural era clave (“O grande problema”. *AV*, p. 101). Aunque el autor se inclinaría siempre por la concepción y defensa de una cultura nacional brasileña, la presencia predominante, en su constitución, no sería negra, ni indígena, ni mestiza, sino blanca, de origen europeo.⁴⁷

⁴⁷ Esta concepción se observa claramente en la obra infantil del autor. En 1941, escribió *Reforma da natureza*, libro en que los personajes Doña Benta y Tía Nastácia son convocadas por los grandes líderes del mundo para ayudarlos a acabar con la guerra. D. Benta representaba la sabiduría y Tía Nastácia, el buen sentido, saberes que se complementarían en la conducción de la sociedad. En este libro, Lobato dio más importancia a la cultura popular materializada en la cocinera negra y analfabeta. Pero la supremacía del saber enciclopédico de la patrona blanca sería invariablemente evidenciada. En cuanto a Tía Nastácia, el hecho de ser negra y analfabeta la colocaba siempre en posición de inferioridad frente a los demás moradores del “Sítio do Picapau Amarelo”. D. Benta, la vieja sabia, defensora de los preceptos liberales del propio Lobato, nunca se preocupó por “rescatar”, mediante la educación, a la antigua esclava, que era la encargada de trabajar y cuidar del mantenimiento de la finca. Emília, la muñeca, la humillaba por su “ignorancia” y sus rasgos fenotípicos. La sumisión del personaje funciona como algo natural en el universo de las historias. Su sorpresa caricaturesca frente a las novedades tecnológicas, su apego a la religiosidad y las creencias que los demás personajes rechazan o ven con condescendencia olímpica ilustran las huellas indelebles que la mezcla de raza y progreso dejaron en Lobato. Tres años antes, en 1937, Lobato había publicado *Histórias de Tia Nastácia*, relatos de la cultura popular. Significativamente, el narrador de las historias no es la antigua esclava. Lobato las recogió y en cierto modo las “tradujo” al registro culto.

De cualquier modo, si Lobato intentó librarse del peso de las teorías racistas y también ambientalistas, no lo hizo solo.⁴⁸ La década de los diez se caracterizó por un intento de cambio ideológico, acentuado por el advenimiento del espíritu nacionalista que la guerra europea había despertado. El carácter mestizo de la población ya no podía ser un impedimento para que el país ocupara un lugar preeminente en el concierto de las naciones. Sin embargo, si bien la raza no podía sostenerse como un obstáculo para el progreso, lo que autores como Lobato seguían constatando era que su país estaba lejos de alcanzarlo.

Si, como ya vimos, lo que Lobato buscó durante toda su vida fue la conquista del progreso de Brasil, es hora de examinar cómo definía este concepto. La idea de progreso que distingue los textos de Lobato y sus campañas sociales no puede separarse de la conquista del desarrollo económico. Toda la lucha del autor por la autonomía del país en hierro y petróleo estuvo imbuida de este deseo de transformar a Brasil en una potencia industrial, capaz de hablar “de tú a tú” con los países “desarrollados”. El modelo inspirador de Lobato era Estados Unidos. Y el autor celebraría no sólo su “progreso económico”, sino también su “progreso social”, sedimentado en un sistema democrático representativo y en instituciones públicas y privadas que “funcionaban” con eficiencia, conforme a pautas racionales. En este modelo, la esfera económica y la social se retroalimentarían, pues el sistema político sería posible por el buen funcionamiento del sistema económico de la sociedad, y viceversa.

Lobato relacionaba el progreso, concebido como una posibilidad infinita —de evidente inspiración spenceriana (Nisbet, 1980, pp. 322-331)—, tanto con el ámbito nacional (lo que explica sus luchas sociales) como con el individual.⁴⁹ En ese sentido,

⁴⁸ Basta recordar el artículo que escribió en la *RDB* y que incorporó a *PV*: “As grandes possibilidades dos países quentes” (*PV*, pp. 166-170). En él, curiosamente, el autor tratará de justificar la debilidad humana en el trópico, argumentando su mayor grado de civilización (p. 168).

⁴⁹ La preocupación por la cuestión del individuo fue un tema recurrente en la obra —y en la vida— del autor. Lobato se definió como “un burrito muy terco para tener patrón” (*BG*, p. 279) y nunca aceptó participar en partidos políticos, pues los consideraba una prisión en la que los miembros debían atenerse a sus principios,

podemos comprender su adhesión al liberalismo tanto político como económico.

Lobato, impaciente y pragmático, no podía concebir una sociedad que no funcionara en moldes racionales de aprovechamiento. Organicista, la preocupación primordial del autor era velar por que la sociedad brasileña pudiera evolucionar y funcionar, con los “órganos” cumpliendo sus respectivas funciones.

En ese sentido, Lobato habría pensado en el papel que le tocaría al Estado, pero también en el que correspondería a las elites. La función que debían cumplir los estadistas era, según el autor, “crear condiciones adecuadas al enriquecimiento del país, único camino que lleva el orden social justo, a la cultura, a la salud social”. En cuanto al Estado, su función sería no poner obstáculos a la laboriosidad de los individuos, retirando “del camino las trabas con que la mala fe, el espíritu de parasitismo y la estupidez dificultan los movimientos del pueblo” (“País de tavalagem...”. *AV*, p. 27).

Sin embargo, Lobato guardaba una serie de críticas en cuanto al funcionamiento del Estado republicano brasileño. Los mecanismos de corrupción que lo sostenían y que la ausencia del voto secreto ayudaba a reforzar, provocaban el alejamiento de las verdaderas elites del ejercicio del poder. Tras recordar que “al brasileño le encanta ingerir ideas hechas, ‘aderezadas’ en el periódico” (“Primeiro passo”. *PV*, p. 143), señalaba que al importar la forma de gobierno norteamericana, se nos había olvidado importar también todos los avances sociales y económicos que la sustentaban.⁵⁰ La república “indígena” era, pues, un remedo

lo que impedía cualquier desarrollo individual. Por otra parte, aunque viera en las sociedades democráticas el lugar por excelencia del desarrollo de las potencialidades individuales, rechazaba por su tendencia a caminar “hacia la vida de colmena, donde el individuo no cuenta” (*A*, p. 258). El progreso, de que Lobato era inveterado apologist, a veces pasaba por un análisis menos optimista. Es significativo que en *América*, al visitar el lago en cuya orilla Henry Thoreau escribió *Walden*, reflexionara sobre los efectos nefastos de la “disciplina social que agota” y del progreso, que “no pasa de ser una esclavización cada vez más dura, que las masas consienten y aplauden y que, por lo tanto, imponen a la minoría individualista” (*A*, p. 258).

⁵⁰ En 1932, al publicar su libro *América*, Lobato afirmó que la solución para que Brasil superara su atraso político y social no se daría de forma directa —con la creación de leyes electorales, por ejemplo— sino de forma indirecta —con el “desa-

mal adaptado a las necesidades reales del país. Por eso, uno de los temas habituales del autor era la crítica del parasitismo burocrático, a partir de la idea de que la gran mayoría de los funcionarios del gobierno habían llegado a los puestos de poder mediante “un régimen de selección al revés” (O, p. 84).

En ese sentido puede entenderse la confianza que Lobato depositaba en las elites y el llamado a la acción que dirigía a éstas. Puesto que el país era gobernado por un grupo en cuya elección no se tomaba en cuenta a los mejores, las verdaderas elites, principalmente las intelectuales, estaban fuera y no dentro del gobierno. Así se explica también la idea de reserva moral que el autor expresaba por conducto de su personaje Mr. Slang:

Yo creo en la existencia de una elite moral en Brasil. Sin embargo, admito que está lejos de su función orgánica. Está al margen, a la espera de que la llamen. Hasta ahora es una reserva —una bella reserva” [“Das elites”, *MSB*, pp. 68-69].⁵¹

rollo económico del país, la creación de la siderurgia, el descubrimiento de petróleo y otras cosas que hicieron la independencia del americano” (*cf.* A, p. 170). Si bien después de regresar de Estados Unidos, Lobato defendía el desarrollo económico como la solución para los problemas del país, antes, en 1918, afirmaba que “sólo el aumento constante del índice de la salud colectiva traerá la solución del problema financiero, del problema militar y del problema político” (“Primeiro passo”, *PV*, p. 145). En aquel momento, Lobato estaba seguro de que sólo había un “programa patriótico, y más que patriótico, humano: sanear Brasil” (“Três milhões de idiotas”, *PV*, p. 133). En “O país da tavolagem...”, de 1926-1927, el desarrollo económico ya aparecía, al lado de la cuestión neurálgica de la tierra. Lobato defendía en este artículo que, para que el pueblo pudiera prosperar, el Estado debía resolver equitativamente el problema de la tierra y conseguir la estabilidad de la moneda, “dado que la riqueza es más que una lenta acumulación de los bienes hijos del trabajo. Esta acumulación sólo se realiza cuando hay estabilidad. [...] Estabilidad en el orden social por el buen régimen y en el orden económico por la ausencia de oscilaciones de valores” (“País da tavolagem...”, *AV*, p. 27). En su juventud, creía que “nuestro mal es la incapacidad técnica. Nadie trabaja porque nadie aprende a trabajar. Y el remedio es solamente uno: escuelas de trabajo” (“Subtécnica”, *ML*, p. 77).

⁵¹ El personaje Mr. Slang, un viejo inglés que vivía en el barrio de Tijuca, aparece en 1927, en las crónicas que Lobato escribió para *O Jornal* cuando vivió en Río de Janeiro, después de la quiebra de su editorial. Publicadas en volumen, las crónicas de *Mr. Slang e o Brasil* sirvieron para que Lobato expusiera aspectos y cuestiones polémicas de la vida brasileña (trabajo, justicia, funcionamiento del gobierno —con la oposición entre parasitismo y moralidad administrativa—, fuerzas armadas, inmigración, desarrollo económico, política, etcétera). Mr. Slang, el inglés pragmático,

Mr. Slang, o más bien Lobato, compartía la visión humanista de la elite considerada como el conjunto de los mejores hombres de una sociedad.⁵² Su preparación les daría el derecho —y el deber— de dedicarse voluntariamente (como prefería Spencer) a promover el bien común.

Su preocupación por atraer a “los mejores hombres” a los puestos de dirección hizo que Lobato tocara la cuestión política, defendiendo el voto secreto y voluntario (“Da indústria da repressão”. *MSB*, pp. 31-32). El voto secreto y voluntario alejaría

analizaba los problemas de Brasil apoyándose en su condición de extranjero. Sin embargo, las ideas que tal personaje discutía durante largas partidas de ajedrez con su contrincante brasileño (un hombre común, presa de todos los “clichés” nacionales y narrador de estas crónicas), eran las de Lobato. En uno de los diálogos (en realidad, monólogos, en que el interlocutor hacía las preguntas o afirmaciones necesarias para que Lobato, por medio de Mr. Slang, manifestara sus puntos de vista) el interlocutor afirmaba: en Brasil, “la chusma no posee formación moral. Es muy mezclada y sin cultura. Pero en un pueblo lo que vale son las elites, y en cuanto a éstas no se puede negar que ya las tenemos bien refinadas”, una “crema ardiente de patriotismo y rica en abnegación”. La concordancia y el optimismo de Mr. Slang reflejan, no cabe duda, la esperanza del propio Lobato. Es interesante observar que la formación de esta elite moral era algo que siempre preocupó Lobato. Durante sus años en la hacienda Buquira, se arriesgó, sin éxito, a montar en Taubaté un colegio para niños ricos, que, según él, ayudaría a preparar a las elites de Brasil tanto necesitaba (*BG*, p. 164).

⁵² Podemos encontrar en Ortega y Gasset elementos interesantes para comprender la concepción de “elite” de Lobato y, también, de Vasconcelos. En su *España invertebrada*, de 1922, Ortega señalaba que “una nación no puede ser sólo ‘pueblo’: necesita una minoría egregia, como un cuerpo vivo no es sólo músculo, sino, además, ganglio nervioso y centro cerebral” (1989, p. 147). Respecto a España, el autor lamentaría la forma en que “la ausencia de los ‘mejores’, o, cuando menos, su escasez, actúa sobre toda nuestra historia”. Y terminaba: “en efecto, la ausencia de los ‘mejores’ ha creado en la masa, en el ‘pueblo’, una secular ceguera para distinguir entre el mejor y el peor hombre, de suerte que cuando en nuestra tierra aparecen individuos privilegiados, la ‘masa’ no sabe aprovecharlos y a menudo los aniquila” (p. 147). Luego de perder la campaña por la presidencia de México, Vasconcelos habría hecho suyas las últimas palabras de Ortega y Gasset. Lobato no era tan pesimista, ni tan vanidoso. Brasil, como decía Mr. Slang, tenía su elite. En realidad, la preocupación de Lobato consistía en hacer que los individuos selectos pudiesen efectivamente asumir su papel, para —según la terminología del español (*cfr.* 1989, p. 101)— organizar a la masa, a fin de que ésta pudiese componer una nación. No se puede perder de vista la fuerte presencia en el imaginario del periodo de las ideas de Le Bon en su clásico *Psicología de las multitudes* (1895). Se percibe en los autores mencionados los ecos de la concepción de Le Bon acerca de la conformación de las masas: su unidad mental (unanimidad, intolerancia, sentimiento de poder e irresponsabilidad), su emocionalidad (traducida en acciones simples e intempestivas) y sus procesos intelectuales rudimentarios y mecánicos (Le Bon, 1956).

de las casillas electorales a quienes votaban por obligación o por “una despesa” o “un sombrero” (A, pp. 163-165), evitando así la permanente “lubricación” de la maquinaria de la corrupción —razón y consecuencia de la perpetuación del poder de los caciques— y preservando la calidad del voto.⁵³

Si las verdaderas elites no cumplen su papel dirigente, dan lugar a que parásitos sociales —las falsas elites— se adueñen del espacio que no les corresponde ocupar y lleguen a parasitar todo el organismo social, comprometiendo su salud. Parásitos y parasitados van a formar una dualidad recurrente en la obra y las campañas lobatianas e indicarán la dinámica de sus argumentos en favor de la construcción de un país diferente, sustentado en la colaboración. La eliminación del parasitismo social implicaría el mejoramiento de toda la sociedad y lograr tal mejoramiento, para Lobato, no sería inevitablemente el resultado de un proceso revolucionario. El reclamo de la moralización administrativa, del fin del clientelismo, del voto secreto y voluntario era una estrategia, según la terminología lobatiana, eficiente para rescatar al país sin recurrir a salidas revolucionarias.

En 1926, por conducto del viejo Mr. Slang (“Da indústria da repressão”, *MSB*, pp. 30-32), Lobato afirmaba que, en Brasil, las revoluciones se incluían en el cuadro general de las endemias. Como la opilación y la malaria para la población rural, y la fiebre amarilla, para la urbana, Brasil padecía la epidemia revolucionaria: “una fiebre que le da a la gente que está disgustada”, cansada de la injusticia, que es la causa de todas las revoluciones.

Para describir la revolución como simple síntoma de una causa mayor, la injusticia, Lobato decidió utilizar metáforas biológicas. Así, en su texto, afirma que la fiebre revolucionaria no se puede

⁵³ En 1924, Lobato encabezó una carta colectiva abierta sobre el tema, dirigida a Artur Bernardes y enviada también a Carlos de Campos, entonces presidente del estado de São Paulo (A, pp. 295-312). En esta carta, firmada también por paulistas de renombre, algunos de los cuales participarían en la futura comisión organizadora del Partido Democrático, se plantea la siguiente pregunta: “¿Qué interés tiene mi sirviente en votar, bajo el régimen de voto secreto, si es un imbécil, si nadie le impone este acto y no le paga?” Para los firmantes de tal documento, el voto secreto ayudaría además en la organización de un sistema de partidos políticos, “indispensables para la vida política de los pueblos modernos”.

curar con los parches de la represión. Su causa continuaría latente, siempre al borde de otra manifestación febril.⁵⁴

Para Lobato, Brasil sufría un mal evidente —la injusticia social— y ésta se traducía en miseria, el “detonador” de los movimientos rebeldes. Por entonces, Lobato tiene como referencia el periodo presidencial de Artur Bernardes, cuando el país, ya un vasto hospital, había sido transformado también en una enorme ciudadela (*MSB*). Además, tiene en mente a los países sudamericanos, en situación similar a la de Brasil, excepto dos de ellos, Uruguay y Argentina. Serán estos dos países los que aporten las soluciones que el autor receta al Brasil: estabilización de la moneda y voto secreto, pues tanto en Uruguay como en Argentina,

una [la estabilización de la moneda] trajo la justicia económica: el derecho de quien trabaja a prosperar ininterrumpidamente. Otra [el voto secreto], la justicia social: el derecho del ciudadano a elegir de acuerdo con su conciencia [pp. 31-32].⁵⁵

El voto secreto sería el medio para preservar la elección individual y acabar con los caciques políticos. Con él, las “verdaderas elites” podrían por fin asumir su papel en la conducción del país. Lobato acepta un préstamo conceptual más, ahora del

⁵⁴ Podríamos asociar las concepciones de Lobato al pensamiento durkheimiano: una sociedad, en estado de anomia, necesita recobrar su salud. En lugar del conflicto, será el consenso el remedio capaz de aliviar no sólo el síntoma sino su causa. Lobato creía, como Durkheim, que era posible armonizar las oposiciones sociales dentro del propio sistema capitalista y sin ninguna ruptura (*cfr.* Durkheim, 1994).

⁵⁵ Como vemos, para Lobato era posible alcanzar la justicia económica y social sin recurrir a revoluciones. Para acabar con la anomia social, representada por la injusticia, no sería necesario, pues, acabar con el orden existente, sino solamente perfeccionarlo. Lobato consideraba la estabilización monetaria un paso fundamental para resolver el atraso del país. Con una moneda estable (solución del problema financiero) y una mayor productividad del trabajo, el desarrollo industrial tendría el camino libre (*MSB*, p. 26), lo que también daría oportunidad a una mayor influencia del sector industrial. Todo esto en un país en el que, hasta la década de los veinte, el sector agrario mezclaba economía y política, manteniendo una hegemonía ya desfasada en relación con los nuevos tiempos, en que el sector industrial dictaba las reglas (*cfr.* Campos, 1986, pp. 76-78).

darwinismo: el voto secreto llevará a una selección natural y evitará una selección al revés.⁵⁶ Los hombres competentes al frente del gobierno ya no serán obra del azar. Gobernarán los mejores, pues el voto secreto (y, como ya vimos, voluntario) empujará al elector consciente a las casillas, y lo dejará en libertad de para efectivamente elegir.

En relación con la justicia económica, de nuevo vemos la línea del progreso orienta las concepciones del autor. La estabilidad económica es el factor que permite la prosperidad ininterrumpida de quien trabaja. Sin embargo, en el mundo de la producción, la “ley del progreso” indica que quien produce más y mejor debe ocupar una posición superior a la de quien no lo hace. Otra idea del darwinismo social:

La humanidad solamente progresa dentro del respeto a las leyes biológicas. La competencia es la ley biológica del progreso. Todo lo que impide, dificulta o retrasa la competencia actúa en contra del progreso [“Da proteção à incompetência”, *MSB*, p. 37].

En ese contexto, que al Estado le tocara apenas un papel regulador, no impedía que el autor reivindicara algunas veces una acción más incisiva en la protección de la industria nacional.⁵⁷ La conducta de Lobato, aunque parece incoherente respecto a los preceptos del liberalismo que siempre defendió, tal vez no lo era en relación con la defensa, que también hacía, de la conquista

⁵⁶ La *RDB* participó en la campaña constante por el voto secreto, cuyo objetivo era cambiar un régimen que “ha sido el de la selección al revés”. En junio de 1922, la revista, entonces bajo la dirección de Lobato, Breno Ferraz y Ronald de Carvalho, criticaba en su editorial los “treinta y tres años de ‘democracia’”, en que no tuvo cabida el voto secreto. El elogio al jurista Sampaio Dória, por haber propuesto tal cambio constitucional, era complementado por un llamado “a las fuerzas vivas de la nación a fin de que realicemos aquella conquista liberal” (“O momento”, vol. 20, núm. 78, jun., 1922, pp. 97-98). En 1924, muchos colaboradores de la *RDB*, incluso los editorialistas, con Paulo Prado al frente, defendían la salida política en lugar de las acciones violentas, para librar al país de la incompetencia y la irresponsabilidad de aquellos que ocupaban las posiciones de mando (*cfr.* Prado, “O momento”, *RDB*, vol. 25, núm. 99, mar., 1924, pp. 193-194).

⁵⁷ Como sucedió en relación con el aumento de las tarifas de importación del papel. Lobato, editor, escribió una serie de artículos en favor del libro, en los cuales, vale decir, mezclaba intereses personales y la exigencia de una política que podría-

del progreso nacional. El proteccionismo que ahora recetaba, a pesar de contradecir la ley de la libre competencia, ayudaría al país a avanzar (y también a los editores, como Lobato que, sin duda, abogaba en defensa propia).

Es importante observar que Lobato, al contrario de Vasconcelos, nunca se preocupó por elaborar una reflexión teórica mínimamente sistemática, que le exigiera mantener alguna coherencia o rigor. En realidad, el *vade mecum*, *vade tecum* de Nietzsche acabó por funcionar como una espléndida muletilla que legitimaba todos sus “vuelos” teóricos. Así es que a pesar de haber señalado a Comte y Spencer como teóricos a los cuales leyó sin “adhesión incondicional”, podemos observar la influencia determinante de ambos autores en la obra del brasileño. Aunque estuviera en lucha permanente contra los preceptos racistas (a final de cuentas, éstos dificultaban cualquier visión optimista de Brasil), también resulta innegable la influencia en su obra de filósofos al estilo de Le Bon. En cuanto al liberalismo, aunque lo defendiera, no lo seguía al pie de la letra: varias veces exigió públicamente la intervención del Estado para proteger a la industria. Finalmente, Lobato decidió adoptar los preceptos fordistas como empresario y también extenderlos a toda la sociedad, pues consideraba útiles sus propuestas (en ningún sentido revolucionarias) para mejorar el país.

Ahora bien, si Vasconcelos no fue un filósofo riguroso, ya que había decidido optar por la acción, Lobato tampoco podía serlo. Siempre se impacientó ante lo que definía como discusiones bizantinas y siempre prefirió los técnicos a los licenciados. Tal preferencia lo llevaría a defender la actividad de los higienistas como si se tratara de protagonistas de una cruzada moderna; a convocar a las elites a comprender y ayudar al país; a alentar entre obreros y patrones una colaboración en sociedad para buscar petróleo en el país; a defender la enseñanza técnica y

mos definir simultáneamente como proteccionista y liberal por parte del gobierno: para la protección a la industria editorial, Lobato reivindicaba la libre importación de papel, su materia prima (“O inimigo”, AV, p. 81; CE —carta a Washington Luís, 1926—, vol. 1, pp. 193-197). Para analizar la perspectiva empresarial de Lobato, véase Koshiyama (1982, pp. 187-199).

luchar por la valoración de los profesores, fundamentales en la formación de un pueblo capaz de impulsar el progreso.⁵⁸

La fe de Lobato en el progreso, en el trabajo eficiente como forma de producir riqueza, en el desarrollo económico como elemento redentor, a la par de su preocupación por construir o, mejor dicho, por definir la nacionalidad, le dio un perfil nacionalista, cuyo punto de partida no era, sin embargo, el de la apología, sino el de la crítica. Conocer científicamente el país, diagnosticar dónde estaba y cuál era la dimensión de su atraso y, enseguida, pensar en alternativas, tal era la actitud de Lobato. Ahora bien, puede suponerse que su decisión de fabricar libros, en lugar de telas, zapatos o mermeladas inglesas, le permitió reunir en un mismo proyecto los intereses del empresario y las aspiraciones del intelectual comprometido con la transformación del país. Esta combinación se manifestaba también en la búsqueda de alternativas que llevasen a mejorar las condiciones de vida del pueblo y, finalmente, a la construcción de la nación brasileña, en su especificidad de país continental, pueblo mestizo, perspectiva político-cultural fundamentalmente occidental y riquezas materiales en estado latente. El intento de compromiso (que se alternaba con periodos de lucha feroz) entre los objetivos del empresario ávido de ganancias y los del intelectual militante caracterizará toda la etapa en que Lobato actuó como empresario cultural y publicista.

⁵⁸ En relación con el tema de la educación, Lobato introducía también su "nacionalismo paulista". Su perspectiva de la política educativa establecía que "la escuela primaria enseña a leer. La profesional enseña a sacar provecho de la lectura. [...] Después, también, escuelas técnicas, escuelas superiores, escuelas que no den títulos ni anillos, sino ciencia fecunda: eso hará de São Paulo una verdadera *nación* moderna, quitándole el carácter de Fenicia ítalo-brasileña enclavada en una India contemplativa, amodorrada a la orilla del mar y de los ríos" (AV, p. 102, cursivas mías). Como se puede ver, la presencia inmigrante daba al estado de São Paulo una posición privilegiada respecto a la "India contemplativa" que conformaba el resto del Brasil. Aun así, le faltaba el saber científico, el cual le otorgaría el carácter nacional todavía ausente. Lobato no explicaba, sin embargo, por qué distinguía a São Paulo del resto de Brasil, concediendo sólo al primero el privilegio de transformarse en nación por medio del saber científico. ¿Sería por causa de la presencia inmigrante? En ese caso, ¿cuándo llegaría el Brasil aletargado a ser nación? ¿Y pertenecería São Paulo a la nación brasileña, estando tan adelantado en términos de desarrollo científico?

LA "MERCANCÍA LIBRO" O EL ARTE DE VENDER CULTURA

La manera desenvuelta con que Lobato siempre se trajinó en las dos vertientes a las que se dirigía, la del gran público y la de la elite intelectual, refuerzan su carácter de excelente publicista. Como sabemos, con el prestigio adquirido por sus artículos en la prensa, con el capital proveniente de la venta de la hacienda y la necesidad urgente de invertirlo y, finalmente, con la *Revista do Brasil* en sus manos, Lobato acabó entrando en el negocio de los libros, lo que lo llevó a adoptar la perspectiva del empresario cultural. Es precisamente en ese contexto que se comprenden la ya mencionada campaña publicitaria para aumentar las suscripciones de su revista y la búsqueda de estrategias de mercadotecnia capaces de volver atractivo el consumo de una mercancía poco usual en un país de mayoría analfabeta: el libro.

Mucho se ha dicho sobre el Monteiro Lobato empresario cultural (Hallewell, 1985, pp. 235-266; Koshiyama, 1982) y no ha dejado de comentarse la eficacia de aquella inusitada circular que envió a pequeñas empresas comerciales, esparcidas por todo Brasil, ofreciéndoles un negocio irresistible: vender libros en consignación (*P&E*, pp. 92, 108, 137). Curiosamente, el mercado librero, a pesar del elevado grado de analfabetismo, era un negocio prometedor. Había que saber desarrollarlo y explotarlo. La conformación de un público lector, mediante de la operación comercial de riesgo que suponía la venta por consignación en los más variados establecimientos comerciales del país, rompió la "impenetrabilidad del Brasil respecto al libro" y estimuló el surgimiento de "cientos de casas editoriales, grandes y pequeñas —y todas vendiendo la enorme masa de libros editados (como diría Lobato en una entrevista de los años cuarenta, *P&E*, p. 138). Y en ese contexto, podemos decir que Lobato, con su iniciativa, sería el verdadero creador del mercado editorial en gran escala.⁵⁹

⁵⁹ Es importante señalar las versiones encontradas respecto al número de establecimientos que aceptaron firmar el acuerdo comercial con Monteiro Lobato & Cía. En 1919, en carta a Lima Barreto, Lobato afirmaba contar con 200 distribuidores en todo el país para los libros de la editorial. En 1921, diría a Rangel que la edición de *Vida ociosa*, primera novela de este autor, estaba a la venta en 400 localidades de Brasil (*BG*, p. 313). *Más de 20 años después, triplicaría este número. Oscilaba entre 1200 y 1300 el número de establecimientos comerciales que tenían trato con Lobato.* Tal

Pero lo que importa analizar acerca de la creación de la industria editorial de Lobato, más allá de su importante papel precursor, es la relación de continuidad que se estableció entre la venta de libros y las campañas sociales en que se involucró. El empeño con que el autor se lanzó a las campañas sanitarias que promovía el gobierno paulista y el entusiasmo vehemente con que creó o apoyó los movimientos en favor de un arte, una literatura y una lengua nacionales, se mantuvieron en la construcción de su empresa editorial. El impulso a la lectura, que propiciaba la venta de libros como mercancías de consumo, también sería una especie de campaña social. El compromiso y el entusiasmo de Lobato llevaron a cabo un proyecto editorial que haría de él, según sus propias palabras, "un editor revolucionario" (*P&E*, p. 138; *CE*, vol. 1, p. 189).

Si la meta de Lobato como empresario fue siempre hacer fortuna (el autor nunca olvidó ese sueño y sus cartas lo comprueban a la perfección), tuvo que buscar estrategias para alcanzar tal objetivo. Así, dadas las condiciones estructurales que enfrentó en el país (elevado analfabetismo, inexistencia del hábito de la lectura, dificultad de acceso a los centros culturales, sin hablar de la miseria reinante, que todavía no lo preocupaba como editor), Lobato tuvo que invertir en la creación de un público que comprara, de manera sistemática y en gran escala, los productos que había decidido fabricar. Con el escaso número de librerías distribuidas por el país, no podía existir un mercado consumidor relevante. Era necesario cambiar esta situación.

Por otro lado, Lobato se preguntaba si a esta ausencia de demanda coyuntural correspondería, necesariamente, la inexistencia de oferta.⁶⁰ Basándose en su propia experiencia como escritor y

discrepancia hace desconfiar de las memorias como instrumento incuestionable de registro histórico y aconseja concebirlas como una versión más, acoplada a la reconstrucción del pasado por parte de aquellos que lo vivieron. De cualquier manera, en un país sin ninguna tradición de lectura como Brasil, aun la estimación más modesta de 200 distribuidores representaba una semilla fundamental en la organización del mercado de bienes culturales.

⁶⁰ Tal situación era coyuntural porque la existencia de pocas librerías y editoriales, paralela a un enorme índice de analfabetismo en el país era, por lo menos en teoría, solucionable. En sus campañas para "salvar" Brasil, Lobato asumió en cierto modo la premisa de que situaciones como éstas podían en efecto subsanarse, mejorando significativamente el conjunto del país.

periodista y en la de los círculos de intelectuales que conocía, sabía que no. En Brasil había muchos escritores, así como un público que podía explotarse. En realidad, lo que todavía no existía era un instrumento de “distribución” para que su producción pudiera llegar al público. Asimismo, era necesario divulgar otros autores, además de los pocos nombres consagrados, que pudieran satisfacer a ese público desconocido.

De hecho, la tarea previa que exigía la venta de libros para convertirse en un negocio viable era formar un público que los consumiera. Había que crear la necesidad del consumo y generar expectativas acerca de lo que, según el propio Lobato, era una mercancía prescindible. Por eso, recordaría a Rangel que la táctica que acababa de adoptar consistía en

obligar al país a leer a la fuerza. Nuestro sistema no es esperar a que el lector venga; vamos a donde está, como el cazador. Perseguimos la caza. Hacemos que el libro caiga en las narices de todos los posibles lectores de esta tierra. No nos limitamos a las capitales, como los viejos editores. Nos metemos por todas las casuchas que encontramos [BG, pp. 312-313].

Su idea inicial fue publicar sólo autores nuevos (BG, p. 312). Y la decisión había partido, en cierto modo, también de su experiencia personal. Como ya vimos, dueño de un capital significativo, Lobato editó sus primeros dos libros (la encuesta sobre el Saci y *Urupês*) todavía como simple autor y no como editor. Las editoriales que abrieran sus puertas a los jóvenes destruirían el círculo vicioso de la industria editorial brasileña, en que sólo publicaban los autores consagrados o los desconocidos con dinero o “recomendaciones políticas”.

Ahora bien, puesto que de hecho había producción literaria, un pequeño público consumidor y un gran público potencial, lo que una editorial audaz podía intentar, logrando prestigio intelectual y éxito económico, era establecer un puente entre lectores y nuevos escritores. Si la estrategia de las ventas por consignación surtía efecto, distribuyendo los libros de la matriz paulistana por diversos lugares de Brasil, otro elemento fundamental en la diluación de las nuevas ediciones de la Monteiro Lobato & Cía.

sería la propaganda a cargo de la *Revista do Brasil*, que también circulaba nacionalmente y que funcionaría como un auténtico escaparate para los lanzamientos de la editorial.⁶¹

De hecho, la importancia de la *Revista do Brasil* fue incontestable en la consolidación de la carrera de Lobato como editor. Basta decir que una de sus columnas estaba específicamente dedicada a reseñar y comentar las novedades del mercado editorial. Por supuesto, los libros presentados en esa "Bibliografía" eran, en su gran mayoría, los editados por Lobato. Las pequeñas reseñas, por lo regular elogiosas y estimulantes, desplegaban en realidad verdaderas piezas publicitarias cuyo propósito central era la divulgación de los libros como "mercancías culturales".⁶²

Sin embargo, es necesario observar que la *Revista do Brasil* fue importante para Lobato no solamente en términos de mercado. Sirvió también como instrumento de divulgación de sus textos literarios, de sus ideas y de las ideas de los grupos a los cuales franqueó sus páginas, en un amplio espectro cultural e ideológico. La revista merecería un análisis detallado, lo que rebasa los objetivos de este trabajo.⁶³ Sin embargo, debe apuntarse que durante los años en que circuló (1916-1925), ocupó el lugar principal entre las publicaciones periódicas dedicadas a la reflexión. Incluso antes de que Lobato la hubiera comprado, se mantenía como una publicación sistemática, vendida por sus-

⁶¹ En julio de 1918, Lobato, dueño de la revista y la editorial, se había transformado, según sus propias palabras, en "uno de los que deciden el destino de las cosas literarias del país" (*BG*, p. 281). En cuanto a la cantidad de libros editados, en enero de 1922, la *RDB* anunciaba que la editorial representaba "el progreso del libro paulista con sus 150000 ejemplares editados en 1921 sobre 50.000 del año anterior". Y continuaba: "Hoy São Paulo lee: tiene sus autores, sus editores, su público, producto de un súbito e inesperado progreso" ("O momento", vol. 19, núm. 73, ene., 1922, pp. 3-4).

⁶² Al analizar *O macaco que se fez homem*, de Monteiro Lobato, el reseñista (probablemente Júlio César da Silva, que se había hecho cargo de la crítica bibliográfica de la revista) lo anunciaba como la mejor obra de Lobato y definía el "precioso libro" como "uno de los más sólidos de nuestras letras", por sus "efectos de expresión sorprendentes", por el estilo, "tratado con generosidad de maestro", por el lenguaje siempre correcto y "de un colorido fuerte", con "tonalidades fugitivas, riquísimas en sugerencias" ("Bibliografia", *RDB*, vol. 25, núm. 97, ene., 1924, p. 57).

⁶³ Para un análisis de la *RDB* como un compendio representativo de las grandes discusiones del periodo, véase Luca (1996).

cripción y dedicada a temas de literatura, sociología, geografía e historia, con especial énfasis en los asuntos nacionales. Contaba además con el soporte ideológico y el apoyo técnico del periódico *OESP*, del cual nació como una especie de “hija”.⁶⁴

Ahora bien, tal hecho demuestra la importancia de los grupos políticos en el mantenimiento y el alcance de las publicaciones periódicas y, en cuanto a esta cuestión, es curioso notar cómo Lobato se vanagloriaba, apenas iniciada de la publicación de la revista, de que ya había conquistado un espacio en sus páginas para sí y para el amigo Rangel, por conocer al cuerpo editorial, incluso a Plínio Barreto, que era “el que mandaba ahí” (*BG*, p. 228). En cuanto a la importancia del periódico *OESP* en la manutención de la *RDB*, debe recordarse que ésta estaba a punto de cerrar sus puertas cuando Lobato la compró. Aun así, el apoyo del periódico más prestigiado de la época ayudó a sostener su publicación sin interrupciones durante todo el tiempo en que circuló. De hecho, ninguna de las revistas brasileñas del periodo se equiparaba a ella, ni siquiera en longevidad.⁶⁵

Manteniendo sus propósitos originales, la *RDB* se constituyó en una arena de discusión pluritemática, con énfasis en el de-

⁶⁴ El propio Júlio de Mesquita planeaba editar una revista cultural. Y Lobato, ya en 1916, comentaba que *OESP* era “una empresa curiosa. Da ramas, o rizomas, como ciertas gramíneas. Después las corta y deja que vivan solas. La *RDB* es una rama del *Estado* que acabará autónoma” (*BG*, p. 226). Obsérvese que el respaldo del *Estado de S. Paulo* a la *RDB* fue fundamental. En su carta a la dirección de la *RDB*, Ricardo Severo, además de destacar el esfuerzo de sus accionistas-colaboradores en la “cruzada platónica” de la cual derivó el “fortalecimiento de las letras brasileñas”, agradece “la actitud amiga del *Estado de S. Paulo*, con su honesta propaganda, con la hábil y constante colaboración de sus talleres” (*RDB*, vol. 8, núm. 29, jun., 1918, p. 216).

⁶⁵ En oposición al ejemplo exitoso de la *RDB*, tenemos el caso de Lima Barreto. Siempre rechazado por los editores e incluso por los responsables de las revistas importantes, el escritor sentía, en palabras de Brito Broca, “la necesidad de un periódico para comunicarse con el público, reconociendo que el periódico era el camino más corto para llegar al editor”. En 1907, logró fundar, con algunos amigos, también siguiendo un régimen de aportaciones financieras de los socios, su propia revista, *Floreal*, “de preocupaciones políticas y filosóficas”. Empero, sin capital, sin organización, sin divulgación satisfactoria en la prensa y rehusándose a tratar de “la vida mundana”, el *must* de la época, la revista estaba destinada al fracaso. Después de tres números, “Lima Barreto perdía el instrumento de divulgación con que soñaba” (Broca, 1960, p. 234).

bate de cuestiones asociadas específicamente a Brasil.⁶⁶ En ese contexto, episodios de la historia brasileña y, principalmente, de la historia de São Paulo tendrían un lugar permanente en las páginas de la *RDB*, que apuntaba, siempre que era posible, su ascendencia paulista, su relación con el estado más desarrollado y pujante del país.

La difusión de estudios como los de Saint Hilaire y Alcântara Machado sobre los tiempos coloniales y la vida de los bandeirantes, publicados en varios números, entre 1922 y 1923, prueba el interés de la *RDB* por rescatar el papel heroico e insustituible del estado de São Paulo en la construcción del país. La revista consideraba a ese estado como una especie de entidad autónoma y coherente, y descubría en su impulso expansionista la conformación del país en su “versión definitiva”, materializada, precisamente, en la figura y la actuación de los bandeirantes. De esa manera, si a alguien había que agradecer la ampliación de las fronteras de Brasil, era a los paulistas. Ahora bien, el culto a esta especie de “mito de origen” (Brasil era lo que era a partir de las entradas y bandeiras,⁶⁷ que hicieron del Tratado de Tordesillas letra muerta) sustentó el intenso regionalismo que la *Revista do Brasil* promovía. En el contexto del mito, a los paulistas “fundadores” tocaría siempre el papel de vanguardia: en la Colonia, como los ampliadores de las fronteras; a finales del Imperio y durante toda la República, como los constructores de la riqueza y modernizadores del país (mediante la combinación de café, industria y hegemonía política). Tal mito reforzaría la imagen de São Paulo como la locomotora del progreso brasileño (*cf.* “O

⁶⁶ Sin embargo, en una carta de 1917 a Rangel, Lobato se mostraba desilusionado de la *RDB*, pues pensaba que estaba apartándose del programa original de discutir temas brasileños: “Nuestra gente se halla tan acostumbrada a sólo poner atención en las cosas exóticas, que incluso una ‘revista de Brasil’ pronto se vuelve revista de París o de China. Nacida para ser el espejo de las cosas de esta tierra, insensiblemente va reflejando sólo las cosas de fuera” (*BG*, p. 258). Al asumir la revista, Lobato se ocupó precisamente de recuperar ese objetivo inicial.

⁶⁷ Las *entradas* y las *bandeiras* eran expediciones armadas, organizadas durante el periodo colonial para explorar el interior del territorio en busca de oro, plata y piedras preciosas, además de aprisionar indios y traerlos para trabajar como esclavos en la agricultura.

Progresso de São Paulo”, vol. 25, 93, sep., 1923, pp. 94-105) y también ayudaría a que la tesis de los dos Brasiles, de Vivaldo Coaracy, se transformara en un verdadero punto de partida para “interpretar” el país.⁶⁸

Paralelamente al desarrollo de temas más teóricos, relacionados con la historia y otras áreas del conocimiento (geografía, sociología, artes y literatura), la revista se volcó hacia el estudio de problemas de actualidad. Atento a su contexto, Lobato amplió el espacio que la revista le dedicaba, incluso manteniendo una columna, la “Reseña del mes”, que transcribía artículos publicados en otros periódicos, nacionales y también extranjeros (básicamente argentinos, conforme a la política de aproximación editorial que Lobato articuló con periodistas e intelectuales de aquel país), sobre los más variados temas, éstos, también, de corte teórico o naturaleza contextual.⁶⁹ La preocupación por establecer un panorama mensual de asuntos relevantes tenía el mérito de difundir entre los lectores las perspectivas de articulistas de otros periódicos, además de ampliar el propio horizonte temático de la revista.

Integrada en la política de actualidad de Lobato, la *RDB* expandió los efectos de su campaña sanitarista y acogió artículos relacionados no sólo con temas ligados a la higiene, sino también con la eugenesia, postura adoptada por muchos articulistas de la revista y por el mismo Lobato (Luca, 1996, pp. 161-179; Bizzo, 1994-1995, pp. 36-37). La *RDB* abordó diversos temas educativos y culturales y se volvió más ecléctica cuando Lobato cedió la dirección a Paulo Prado, llegando a adoptar el procedimiento muy saludable de publicar artículos de perspectiva distinta sobre temas similares. Se publicaron, por ejemplo, las contribuciones

⁶⁸ En ese sentido, basta recordar los rasgos separatistas del propio Lobato.

⁶⁹ Los artículos iban, por ejemplo, de la crítica al futurismo (“Morra o futurismo. Carta a Jackson de Figueiredo”, Ronald de Carvalho, *RDB*, vol. 25, núm. 98, ene., 1924, pp. 164-167) a la biografía de Lenin (Fackel, *Correio da Manhã*, *RDB*, vol. 26, núm. 101, mayo, 1924, pp. 278-281), pasando por la existencia de carbón mineral en Brasil (“A hulha negra no Brasil”, Gonçalves Barbosa, resumen de la conferencia en el Instituto de Engenharia de São Paulo, *RDB*, vol. 8, núm. 29 jun. 1918, pp. 204-205) y por el análisis de la obra de Euclides da Cunha (“A vocação de Euclides”, Maurício de Lacerda, *O imparcial*, *RDB*, vol. 21, núm. 82, oct., 1922, pp. 283-284).

teóricas de Mário de Andrade y también artículos bastante ácidos respecto al movimiento modernista.

Si analizamos la carrera de Lobato como editor, advertiremos en su trayectoria un modelo sugerente para la comprensión del desarrollo de la industria cultural en Brasil. Aunque no todo lo que caracterizó su proyecto editorial sería innovador en términos culturales y empresariales, no puede concebirse el mercado editorial, el sistema de distribución y la producción de libros en gran escala sin acudir a la Monteiro Lobato & Cía., nacida de la *Revista do Brasil*.⁷⁰

Asimismo, no es posible considerar la industria cultural sin tomar en cuenta las ambigüedades existentes entre cultura e industria. En este sentido, tratemos de analizar, en Monteiro Lobato, la relación entre el editor y el intelectual, relación que oscilaría muchas veces entre la cooperación y la oposición, generalmente con franca ventaja del hombre de empresa sobre el hombre de ideas.

El empresario de la cultura Monteiro Lobato tenía, de hecho, preocupaciones culturales y ambiciones literarias que lo separaban de los demás industriales.⁷¹ Como el intelectual de proyección que era, Lobato tenía en la *Revista do Brasil* y en su editorial los vehículos perfectos para la propagación de sus ideas y la creación o el apoyo a campañas sociales y culturales. Sin embargo, no se puede perder de vista su propósito de mantener —y ampliar— sus negocios y lo que eso significaba en términos de la política editorial que asumiría. La impaciencia característica de Lobato lo hizo invertir en equipos caros y avanzadísimos (*BG*, p. 322; Hallewell, 1985, p. 252) que, comprados durante la quiebra de la editorial sirvieron por muchos años al parque editorial nacional (Travassos, 1974, p. 248). Este capital fijo tenía

⁷⁰ Transformada después en sociedad anónima, taller de artes gráficas y editorial, la empresa de Lobato se volvió demasiado grande para la coyuntura cultural y económica del Brasil de la década de los veinte. Estaba, desde el inicio, condenada a la quiebra (*cf.* Hallewell, 1985, p. 265).

⁷¹ Aunque Lobato insistiera en el carácter de mercancía de su "producto": "No soy un literato, no pretendo serlo, no aspiro a laureles académicos, glorias, tonterías. Hago libros y los vendo porque hay mercado para estas mercancías; exactamente igual que en el negocio del que produce escobas y las vende" (*BG*, p. 298).

que pagarse y generar intereses, lo que requería producción, distribución y consumo elevados en moldes capitalistas. Tal situación ampliaría, de cierta manera, las innovaciones editoriales de Lobato, pero al mismo tiempo dificultaría el proyecto inicial del autor de editar solamente a autores desconocidos e invertir en la creación de un gusto y un público nuevos.⁷²

Las cartas a Rangel, si no por su franqueza, al menos por la disminución de la autocensura que todo hombre público suele ejercer, muestran la conformación del empresario que tiene que vender sus productos y, por esta razón, en cierto modo se pliega al gusto medio del público, en lugar de cambiarlo o desafiarlo.⁷³ Tal tendencia se acentuaría con la instalación de su taller de artes gráficas. En 1923, a punto de dejar la *RDB* en manos de Paulo Prado (su socio desde diciembre de 1922), Lobato buscaba buenos negocios. Por esta razón, decidió frenar las ediciones literarias e intensificar las didácticas, pues, como afirmaba, “el buen negocio es el didáctico” (*BG*, p. 321). En cuanto a la literatura, diría al amigo en una carta de 1924: “Cerramos la llave a los poetas y a los literatos nacionales de segunda clase. Sólo editaremos gente de primera y las buenas cosas de la literatura universal” (*BG*, p. 323).

Es interesante analizar este nuevo criterio estético-cultural y reflexionar sobre la manera en que intervino en la política editorial de Lobato. Antes de la gran expansión de su editorial, Lobato em-

⁷² En realidad, el autor se sentía incómodo en esta situación. Lobato ya no podía dedicarse a la literatura, dado el ritmo cada vez más intenso de la editorial, el cual se mantendría hasta la quiebra en 1925 (resultado de hechos coyunturales como la Revolución de 1924 y la sequía que afectó São Paulo en 1925, pero, principalmente, de la política financiera restrictiva de Bernardes, desastrosa para aquellos que, como Lobato, estaban endeudados y operaban sin capital circulante). En 1924, éste se lamentaba: “siento la vida hueca, porque era la literatura la que la llenaba. Y aunque me comercialice e industrialice, no se puede cubrir el vacío. La vida ahora es material, estúpida” (*BG*, p. 325). Además, Lobato se sentía culpable porque ya no editaba autores nacionales como antes: “Eso huele a deserción de las más indecorosas, Rangel” (*BG*, p. 322).

⁷³ Es lo que se advierte, por ejemplo, cuando el editor censura al amigo escritor por el erotismo de un cuento que le envió: “¿dónde quedan mis lectoras puritanas? [...] Si te publico, caigo y cae la revista de la gracia de sus tres mil lectores avergonzadísimos, gente que sólo actúa detrás de la puerta. Y este rebaño es precioso” (*BG*, p. 290).

prendió un análisis interesante de las preferencias literarias de los brasileños, estableciendo una relación entre el gusto popular y el gusto de la elite, y entre lo que se compra y lo que se lee: “muchos compran los ensayos de Montaigne para adornar su librero pero solamente leen el libertino Alfredo Galis. Otros conpran Taine, Spencer, Nietzsche y sólo leen Dumas” (“Os livros fundamentais”, OV, p. 83). La elite, según Lobato, era igual en todas partes: “la cultura uniforma los cerebros y los moldea de la misma manera en Francia, aquí o en Indochina”. Así, mientras los miembros de la elite no poseían una individualidad definida, ni el valor para asumir el gusto personal, vistiéndose según las modas literarias y acatando el “código del esnobismo”, el pueblo tenía el valor de su “honrada estupidez”: se vestía como quería y leía lo que le tocaba.

Aquí radicaría la diferencia fundamental entre pueblo y elite. Para Lobato, rastrear las lecturas que conformarían la mentalidad del pueblo era una tarea muy sencilla. En la escuela, consideraba que no había más que la “pura patriotada”, que los industriales del género encajaban en los gobiernos. El alumno aprendía a detestar a la patria y a ver en la lectura un instrumento de suplicio (OV, p. 84). Para Lobato, los lectores en formación, al verse bombardeados de esa manera, salían de la escuela sin ganas de leer, a no ser que les cayera en las manos algo que los motivara. Y aquí, en lugar de mencionar “las buenas cosas de la literatura universal”, Lobato recuerda, como fundamentales, libros como el ameno *Carlo Magno y los doce pares de Francia* y el proscrito *Teresa, la filósofa*.

Así pues, para Lobato, la aversión de los brasileños hacia la lectura era formativa. Y sería inútil cualquier intento de despertar su amor al libro,

mientras entre nosotros la literatura sea planta de invernadero que florece como quiere la elite, y mientras la pedagogía sea el propio arte de secar a los niños con el didactismo cívico, creando, lógicamente, el horror a la lectura [OV, p. 89].

Una política editorial coherente según Lobato sería editar obras que condujeran a los lectores al placer de la lectura. Y si Montaigne servía para adornar los libreros de un público de

elite y los libros didácticos para alejar a los lectores en formación del placer de leer, el catálogo de su editorial tal vez no debería contemplar (por lo menos no como “obras principales”) ni obras de consumo restringido ni libros didácticos.

Pero los tiempos habían cambiado para el editor a quien, entre 1918 y 1923, todos los escritores jóvenes buscaban y a quien, durante el periodo de mayor éxito de Jeca Tatu, todos los hombres de letras de paso por São Paulo visitaban. Hallewell (1985, pp. 261-262) nos recuerda que, para la industria nacional, el vertiginoso *boom* de la posguerra comenzó a menguar en 1920. Los precios de las exportaciones nacionales y de los demás países latinoamericanos comenzaron a caer y la moneda brasileña a devaluarse. El costo de la vida aumentaba de manera aterradora y afectaba gravemente la actividad editorial. Lobato, como empresario, tuvo que cambiar de estrategia. Así, la muy complicada tarea de separar lo bueno de lo malo en la producción literaria (pues le llegaban originales por montones) cedió el paso a la decisión más pragmática de, por una parte, publicar libros escolares y, por otra, en relación con la literatura, evitar repetir aventuras tan desdichadas como la publicación de *Vida e morte de M. J. Gonzaga de Sá*, un verdadero fracaso editorial.⁷⁴ Por eso, la decisión de sólo publicar a “gente de primera”, que comunicó a su amigo Rangel, sugería que sólo iba a publicar a los viejos autores consagrados, o libros que no representaran ninguna posibilidad de riesgo comercial (lo que prácticamente descartaba las obras formal y temáticamente innovadoras y de autores poco conocidos).

Con una percepción aguda del público, Lobato siempre buscaba novedades que lo conquistaran o dejaran satisfecho. “Editar es hacer psicología comercial”, diría en 1927 (*BG*, p. 336), y esto lo llevaría a invertir en una serie de innovaciones materiales e incluso temáticas. De modo que, en oposición a novelas como la de Lima Barreto, que no había encontrado público justamente por tratar de la “vidita miserable” de un desconocido, cuando lo que aquél prefería, en la evaluación del editor, era “leer cosas de condes,

⁷⁴ Incluso porque, como se preguntaría el mismo Lobato, “¿qué le importa a la gente la vida de un M. J. Gonzaga de Sá que nadie sabe quién es, ni le importa saberlo?” (*BG*, p. 336).

duques, príncipes, reyes y magnates" (BG, p. 336), Lobato decidió impulsar el lado "heroico" de la literatura, invirtiendo en temas históricos, en grandes personajes. Interesado, desde 1916, en la historia de Brasil y al observar la inexistencia de novelas históricas en el país (BG, p. 229), Lobato había incluso pensado en escribir una novela sobre la marquesa de Santos (BG, p. 318). No llevó a cabo el proyecto, lo que no impidió que otro autor desarrollara la idea de manera exitosa. En 1925, Paulo Setúbal tendría su *Marquesa de Santos* editada por Lobato, y, con otras novelas históricas que escribió después, Setúbal fue el novelista brasileño de mayor venta en los años veinte (Hallewell, 1925, p. 247).

En lo relativo a la producción del libro como mercancía de consumo, Lobato sería el padre de algo nuevo en Brasil: la creación de estrategias de mercadotecnia cultural. En su editorial cuidaba la presentación de los libros, elaborando atractivas portadas a colores y contratando pintores y caricaturistas para ilustrarlas. Llegó a cambiar títulos, capítulos y, según Cavalheiro, incluso a reescribir libros completos.⁷⁵ Invirtió, por primera vez en Brasil, en propaganda periodística (BG, p. 336), y creó una serie de colecciones —por ejemplo, la "Brasílica", de probada eficacia para difundir los autores, dado su bajo precio y sus tirajes de 4000 ejemplares"; la "Biblioteca da Rainha Mab", editorialmente más cuidada (BG, pp. 311, 315) y la "Biblioteca Americana", cuyo primer volumen fue el *Facundo* del argentino Domingo Sarmiento.⁷⁶

⁷⁵ Ya en 1927, dueño de la Companhia Editora Nacional, surgida de los escombros de la anterior (y que llegó a ser, con Otalles Marcondes, una de las mayores editoriales del país —Hallewell, 1985, pp. 267-308), Lobato comentaba a Rangel: "en la vieja compañía cambié muchos títulos. Ponía, preferentemente, un nombre femenino, porque, al oler la presencia de una mujer, los lectores concupiscentes compran 'para ver'" (BG, p. 336).

⁷⁶ Cfr. "Bibliografía", RDB, vol. 25, núm. 97, jan. 1924, p. 58; "Inquérito literário sul-americano", RDB, vol. 23, núm. 91, jul., 1923, pp. 193-205; "Inquérito literário sul-americano", CRI, pp. 87-91. B. Sánchez-Saez, representante de la RDB en Buenos Aires, realizó una encuesta entre escritores sudamericanos, acerca de qué opinaban sobre la literatura brasileña. Los escritores consultados fueron Juan Pablo Echague, Manuel Gálvez, Eduardo Barrios, Pedro Herreros, Manuel María Oliver, Adolfo Marcheschi Vannini y Fausto Burgos. Cada autor era presentado con una pequeña nota introductoria a su obra y algunos comentarios acerca de sus conocimientos sobre las letras brasileñas. Las siguientes menciones a la encuesta remiten al texto de las *Obras completas* (CRI).

La puesta en marcha de esta última colección ilustra otro acierto de Lobato: acercarse al mercado editorial argentino. A través de Benjamín de Garay, traductor de *Urupês* y de *Os sertões*, Lobato se propuso adentrarse en el mercado argentino, lo que podría llegar a ser el primer paso para conquistar el amplio mercado de lengua española —tanto para sus propios libros, como para los de su editorial. No deja de ser significativa la preocupación de Lobato por establecer una relación más cercana con la vecina del sur cuando la gran mayoría de los intelectuales y artistas brasileños todavía giraba en torno de la cultura europea, principalmente la francesa, que regía a la vida intelectual y mundana de Río de Janeiro y São Paulo.

El norteamericanófilo Lobato también sería, en cierto sentido, “latinoamericanófilo”, pues se interesaba por lo que ocurría en América Latina, particularmente en Argentina, cuyo desarrollo económico merecía en sus artículos y crónicas comentarios elogiosos, aunque, algunas veces, resentidos. Por eso, es probable que la edición de *Facundo* no fuera una elección fortuita. Argentina ya había solucionado muchos de los problemas que Brasil todavía enfrentaba, incluso en términos culturales y étnicos, con la importación avasalladora de mano de obra europea. La obra de Sarmiento tendría, por lo tanto, la virtud de estimular y expandir la discusión de estas cuestiones en el país. La aproximación, común en el momento, entre Sarmiento y Euclides, mencionada por el mismo Lobato (“Inquérito literário sul-americano”, *CRI*, p. 90), establecía un vínculo ideológico interesante y alentaba, en términos del mercado editorial brasileño, el consumo de autores que, de otra manera, sólo podrían ser leídos en libros importados.

De hecho, la relación entre Lobato y escritores, periodistas y editores argentinos sería muy importante. La *RDB* empesó a difundir y comentar en su “Bibliografía” novedades argentinas, en un intento por familiarizar a los lectores con la vida cultural de otros lugares que no fueran París.⁷⁷ En contrapartida, Benjamín de Garay

⁷⁷ Lobato escribió varias notas críticas sobre autores sudamericanos (cfr. *CRI*, pp. 87-118; *JT*, p. 203-209) y encabezó la lista de intelectuales que firmaron un “Homenaje a *La Nación*”, el periódico argentino que “desde hace mucho tiempo viene demostrando sus claras simpatías por Brasil”. El homenaje mencionaba la progresiva disminución de la hostilidad entre los dos países, reducida ahora a una “vaga resonancia

llegaría a publicar un artículo sobre el movimiento literario paulista en el periódico *La Unión*, de Buenos Aires —reproducido desde luego en la *RDB* (“O movimento paulista na literatura brasileira (notas para um estudo)”, *RDB*, vol. 19, núm. 73, ene., 1922, pp. 70-71)— en el que analizaba con familiaridad la obra de varios escritores, todos relacionados con Lobato.⁷⁸

Es cierto que tal aproximación puede interpretarse como parte de los intereses del pragmático empresario, ansioso de ampliar su público lector y muy consciente de que el público argentino —por su alto grado de alfabetización y acceso a los bienes culturales— sería una conquista importante.⁷⁹ Sin embargo, se puede extender la evaluación en términos ideológicos. El autor nunca se interesó, como su contemporáneo Vasconcelos, en abogar por la unidad latinoamericana. Pero la actitud del empresario empeñado en ampliar su mercado no dejaría de introducir esta cuestión.

Además, es importante notar que Lobato defendía la política del conocimiento entre vecinos, pues creía que este conocimiento

del pasado étnico”. Además de Lobato, firmaron, entre otros, Rui Barbosa, Carlos de Laet, Amadeu Amaral, Afrânio Peixoto, Conde de Afonso Celso, João Ribeiro, Oswald de Andrade, Coelho Neto, Menotti del Picchia, Gastão Crulls, Bastos Tigres, Barbosa Lima Sobrinho, Lauro Muller y Mário de Alencar. El espectro ideológico y estético era amplio y la Academia Brasileira de Letras estaba representada por varios de sus miembros (*RDB*, vol. 22, núm. 85, ene., 1923, pp. 3-4).

⁷⁸ No hizo ninguna mención de autores como Oswald y Mário de Andrade, lo que denota la vinculación del escritor argentino con un grupo de intelectuales específico, el de Lobato. Sobre la relación de Lobato con Argentina, recordemos que, entre 1946 y 1947, el brasileño vivió algunos meses en Buenos Aires, en cuya vida cultural participó, y se hizo amigo, entre otros, del intelectual dominicano y ateneísta Pedro Henríquez Ureña. Sus obras para niños fueron vertidas al español y el autor alcanzó en el país vecino una celebridad que mucho lo animó en la etapa final de su vida, después de sufrir la prisión, la muerte de dos de sus hijos y su fracaso como empresario del petróleo.

⁷⁹ La expansión ya estaba en sus planes desde 1919, un año después de comprar la *RDB* y salvarla de los números rojos. Lobato estudiaba la asociación de la *RDB* con la Cooperativa Editorial Argentina y una agencia de publicidad (hecho que, dígame de paso, comprueba su concepción moderna del mercado, en la que la propaganda tendría un papel fundamental). Su idea inicial, según contaba a Rangel, era lanzar una serie de publicaciones de textos brasileños de dominio público, editada simultáneamente en portugués y español. Lobato conocía el potencial del mercado argentino: *O Mulato*, de Aluísio Azevedo, había logrado diez ediciones en Argentina, y apenas tres en Brasil (*BG*, p. 295).

solamente podría resultar del intercambio de ideas y sentimientos expresados por el arte. Así, el camino para superar las fronteras impuestas y mantenidas por los Estados y sus gobiernos sería uno solo: "interpenetración literaria recíproca". Para Lobato, la cooperación en ese trabajo de intercambio consumaría una obra, más que de patriotismo, de humanidad (*cfr.* "Inquérito...", *CRI*, pp. 88-89). En el número de julio de 1923 de la *RDB*, Lobato comentaba la encuesta que el representante de la revista en Buenos Aires había realizado, acerca del "estado de las relaciones mentales entre Brasil y los otros pueblos que lo rodean". La conclusión, aunque preocupante, era natural: "somos desconocidos de nuestros vecinos y los conocemos pésimamente" (*CRI*, pp. 87, 89).

Según Lobato, Benjamín de Garay, con algunas traducciones, había hecho más por Brasil en Argentina "que todos los discursadores que 'estigmatizan', 'urgen' y... ya" (p. 91).⁸⁰ Vale la pena observar que Lobato, al reflexionar sobre las relaciones entre Brasil y Argentina, sugería el interés de los países desarrollados por mantener la desarticulación política y económica entre los países latinoamericanos. La estrategia que Lobato propuso sugirió para revertir este proceso lo acercaba en cierto modo a las preocupaciones iberoamericanistas de José Vasconcelos. Para luchar en contra de la "obra dañina de los envenenadores de la cordialidad, esa gente mezquina, hermana de las chinches, cuando no se trata de gente que se alquila a la industria europea de los cañones" (*CRI*, pp. 89-90), Lobato recomendaba la acción conjunta de autores, editores, libreros y periodistas.⁸¹

No es posible finalizar un capítulo sobre Monteiro Lobato sin abordar su literatura infantil. Como las cartas a Rangel demuestran una vez más, la preocupación por este sector del público,

⁸⁰ Años después, entre 1939 y 1940, Lobato mantuvo una intensa colaboración con *La Prensa*, enviando al periódico argentino crónicas y artículos (*cfr.* Cavalheiro, pp. 501-502).

⁸¹ En la presentación del libro de Sarmiento a los lectores de la *RDB*, el reseñista anónimo mencionaba su esperanza de que la Colección Biblioteca Americana tuviera larga vida, ya que "todos los altos espíritus están de acuerdo en que los resentimientos, las rivalidades mezquinas entre los pueblos sudamericanos provienen de la falta de conocimiento recíproco". Para el reseñista, estaba en manos de los editores y traductores "la obra de paz y conciliación de América" ("Bibliografía", *RDB*, vol. 25, núm. 97, p. 58).

que los libreros desdeñaban, venía de mucho tiempo atrás en la vida de Lobato y, en realidad, se localizaba en sus inquietudes como padre. ¿Qué es lo que los niños, público lector en formación, podrían leer en Brasil?, se preguntaba Lobato. El análisis de la literatura disponible lo indignaba. Así, pensando en sus hijos y acordándose del desierto de lecturas de su propia infancia, cuando casi no había nada que los niños pudieran leer, el autor llegaría al producto que más dinero y reconocimiento le dio. La literatura infantil brasileña ganaría una serie de historias escritas por él (reunidas posteriormente en 17 volúmenes de su obra completa) y otra de adaptaciones y traducciones de clásicos de la literatura infantil y universal, “abrasileñadas” en el lenguaje (reunidas en 9 volúmenes).⁸²

En realidad, en Lobato no es posible separar la obra para niños de la obra para adultos: ambas constituyen la visión de mundo del autor y se vinculan como partes complementarias de los diversos proyectos sociales, culturales y económicos que desarrolló y de las campañas en que se involucró (*cf.* Campos, 1986). Sin embargo, vale la pena observar su visión pragmática de “autor-editor”. Lobato concebía la formación cultural de la población como un movimiento dividido en etapas —necesariamente placenteras— de acercamiento hacia el libro. La literatura infantil, escrita de manera inteligente y al abordar temas realmente interesantes, pondría en marcha la primera y fundamental etapa para la creación de verdaderos lectores. Una vez conquistados por el placer de la lectura y tras superar el nivel de los primeros libros, estos lectores podrían, paulatinamente, aspirar a comprender autores más complejos, tratados filosóficos y políticos más intrincados, convencidos por fin de que la lectura no es una obligación, sino

⁸² Lobato pensaba en el rescate de autores como el portugués Bernardim Ribeiro. “Aquello ya está muy atrás, muy anticuado, pero si lo acercamos más a la lengua, no digo la de hoy, sino la de poco antes de Herculano, se vuelve una delicia” (*BG*, p. 324). Pretendía, también, “abrasileñar” la colección de los cuentos de Grimm publicados por Garnier (*BG*, p. 326). Llegó a encomendar a Rangel la adaptación de cuentos de Shakespeare para niños. Le recomendaba cuidar el contenido y no la forma. Pensando en la traducción de una colección para niños de la editorial Laemmert, “con más suavidad y gracia del idioma”, creía posible reescribirla en “lengua desliteraturizada —porque la desgracia de la mayoría de los libros es siempre el exceso de ‘literatura’” (*BG*, p. 308).

un instrumento de enriquecimiento intelectual. Ahora bien, tal cambio de perspectiva en relación con la lectura favorecería no sólo a la población sino también, al expandirse su mercado de bienes culturales, a la economía nacional. El interés por los libros seguramente llevaría a la producción en gran escala, y con ésta todos ganarían: editores, libreros, fabricantes de papel, escritores y público consumidor.⁸³

Los primeros dos libros infantiles de Lobato contenían ilustraciones del artista Voltolino y representaron una novedad enorme para los niños acostumbrados a leer adaptaciones al portugués lusitano. Y, como el gobierno del estado de São Paulo había comprado una enorme cantidad de ejemplares del primero de ellos, *Narizinho Arrebitado*, para distribuirlos en las escuelas de la red pública (cfr. nota 50, Capítulo 2), Lobato contó con un instrumento más de propaganda, para los libros que produciría después. La tesis de Lobato sostenía que la lectura tenía que ser una actividad primordialmente placentera, pues “la inteligencia sólo empieza a funcionar con placer, eficientemente, cuando la imaginación le sirve de guía”. Argumentaba, por ejemplo, que había sido Julio Verne —y no sus profesores— quien lo condujo a Humboldt y a las ciencias físicas y sociales (“Recordando”, *ML*, p. 17). En realidad, podemos vislumbrar un auténtico proyecto pedagógico tras la producción de sus libros para niños:

Soportamos y comprendemos lo abstracto cuando ya existe material concreto en la memoria. Pero tomar a un pobre niño y ponerlo a memorizar nombres de ríos, ciudades, golfos, mares, como se hace

⁸³ En ese sentido se comprende también la lucha de Lobato por el abaratamiento del papel. Sólo con un papel de bajo costo la industria editorial sería algo cabalmente lucrativo y el acceso de la población al libro sería posible. Sin embargo, es evidente que esa discusión tendría una connotación eminentemente política. El mismo Lobato percibía que la mala voluntad del gobierno brasileño rebasaba su interés por desarrollar esta rama de la industria. Al comentar los efectos del enorme impuesto sobre el papel, señalaba que “el día en que el libro sea definitivamente alejado de las manos de la plebe, la victoria republicana será perfecta [...]”. Actualmente, el papel para los libros paga el ‘doble de su costo’ en impuestos. Esto ya es un avance, pues aparta al libro de tres cuartas partes de la población. La experiencia, sin embargo, demuestra que si una cuarta parte del país aún puede leer, el peligro permanece” (“O inimigo”, *AV*, p. 81).

hoy, sin el recurso de la imaginación, llega a ser criminal [...] el arte abriendo camino a la ciencia: ¿cuándo comprenderán los profesores que el secreto de todo está aquí? ["Recordando", *ML*, p. 17].

Vasconcelos, por su parte, tenía una preocupación global y sistémica respecto a la educación, originada de su propia experiencia como secretario. Tal preocupación lo llevó a escribir el libro en que, oponiendo a Robinson y Odiseo, trató de definir lo que denominó "pedagogía estructural": las enseñanzas de los viejos maestros religiosos de la India y de los socráticos griegos, que organizaban y estructuraban el alma de sus discípulos "para el vuelo mayor que den las alas" (*ROD*, p. 1718).

Lobato mantenía también una profunda preocupación respecto a los niños. Veía en ellos a futuros ciudadanos y, probablemente por eso, solía llevar a los libros para niños sus preocupaciones de adulto crítico. De la misma manera que su contemporáneo mexicano, no contaba entre sus prendas personales con la meticulosidad, el cuidado en los detalles y la rutina del mando necesarios para que sus proyectos se concretaran.⁸⁴ Sin embargo, su impulso a la literatura para niños fue excepcional. Lobato se dedicó a ella con disciplina y seriedad, lo que trajo como resultado la creación

⁸⁴ En *De Robinson a Odiseo*, Vasconcelos se propuso exponer un proyecto pedagógico estructurado. Sin embargo, no se tomó el trabajo de separar el relato de las experiencias contenidas en los programas efectivamente aplicados durante sus años al frente de la SEP, de sus divagaciones filosóficas acerca de la pedagogía, la diferencia de aprendizaje entre "latinos y sajones" y otras cuestiones similares. El autor elaboró un proyecto de largo alcance: definió las funciones de los tres departamentos (escuela, bibliotecas y bellas artes) creados originalmente por él, en la estructuración de la SEP, incorporó la cuestión de la enseñanza indígena, de la enseñanza universitaria, del arte en la escuela, de la educación para el trabajo, y llegó incluso a analizar la radiodifusión como medio educativo y estético. Sin embargo, la sensación que se tiene al terminar la lectura de esa obra es la misma que deparan otros trabajos grandilocuentes de Vasconcelos: la de que, de hecho, no ponderó la factibilidad de tantas y tan loables ideas. Aunque su proyecto educativo representó una transformación importante en el panorama cultural mexicano, el hecho de que muchas de las actividades que proponía hayan sido abandonadas o redimensionadas puede no haber sido resultado de "traiciones al espíritu nacional", como creía Vasconcelos (*ROD*, p. 1496), sino de una necesaria adecuación de las ideas y los "sueños" al contexto mexicano. Las metas demiúrgicas del autor parecen haber nublado muchas veces su visión.

de un proyecto simultáneamente educativo, lúdico y mágico, que incitaba a los niños a aprender jugando.

Por medio de la independiente, impetuosa e irreverente muñeca hablante Emília (personaje que fungía como una especie de *alter-ego* del escritor) estimulaba a los niños a pensar por sí mismos y a cuestionar a todas las verdades preconcebidas. Precisamente por eso, en un acto que no dejó de configurar una especie de homenaje póstumo al carácter polémico y combativo del autor, a partir de 1950 se prohibió la lectura de sus libros en las escuelas católicas. Los libros de Lobato cuestionaban los sagrados valores de la familia, la patria y la sociedad brasileña, sin mencionar los dogmas de la fe (Padre Salles Brasil, s. f., pp. 13-26).

IV. ¿RAZA CÓSMICA O CHOQUE DE RAZAS? ENTRE LA UTOPIA Y EL PESIMISMO

JOSÉ VASCONCELOS

El viaje del ministro a la cuna del nuevo mundo

En agosto de 1922, Vasconcelos partió rumbo a Sudamérica como embajador especial del gobierno mexicano. Acompañado de una comitiva que incluía a militares, intelectuales y artistas, participó en las fiestas del Centenario de la Independencia de Brasil, en Río de Janeiro. También asistió a la ceremonia de transmisión de poderes del presidente argentino Hipólito Yrigoyen a su sucesor Marcelo de Alvear, en Buenos Aires, y visitó Uruguay y Chile.

Al regresar, en diciembre del mismo año, hizo una parada en Washington para dictar una conferencia sobre la obra educativa en su país. Estados Unidos todavía no había reconocido al gobierno de Álvaro Obregón (lo que sucedió hasta 1924, con los Tratados de Bucareli). El secretario de Educación Pública, representante del gobierno del presidente Obregón, necesitaba mostrar resultados que ayudaran en el tan necesario proceso de reconocimiento. "México se está civilizando", tal podría ser la síntesis de su conferencia de propaganda.

En el inicio de 1923, el *Boletín de la SEP* publicó varios artículos sobre el viaje de Vasconcelos. Un año y medio después, el autor dejó la SEP y, en 1925, publicó, en Barcelona y en París, *La raza cósmica*, libro en el que además de narrar sus impresiones de viaje, desarrolló la teoría que le dio título y que constituyó una especie de culminación utópica de su reflexión iberoamericanista.¹ En ella, el

¹ Vasconcelos publicó por primera vez *La raza cósmica* en 1925, en Barcelona, en su exilio, después de haber dejado la SEP, perdido las elecciones por la guber-

ministro anunciaba que la quinta raza —la raza cósmica— surgiría como una civilización refinada, que respondería a los esplendores de una naturaleza generosa y plena de posibilidades. Conquistado el trópico por la ciencia, la tierra de promisión —Brasil entero, Colombia, Venezuela, Ecuador, parte del Perú y de Bolivia y la región norte de Argentina— sería una realidad. Vasconcelos completaba su imagen recurriendo a los paisajes de Río de Janeiro o de Santos, que ilustraban lo que sería “ese emporio futuro de la raza cabal, que está por venir” (1992, p. 34).²

No deja de ser interesante conocer, pasados más de setenta años, las magníficas impresiones que el ministro mexicano recogió durante su viaje oficial a Brasil, las cuales lo estimularon a escribir su famoso libro. En una tierra tan hermosa, “reside la felicidad [...] todo allí es alegría”, diría el extasiado visitante, admirando Río de Janeiro (Vasconcelos, p. 71). Como orador oficial en la entrega de una estatua de Cuauhtémoc (el último emperador azteca) al pueblo brasileño, además de un discurso que convocaba a la unión de los países latinoamericanos —“nuestra hora ha sonado y hay que mantener vivo el sentimiento de nuestra comunidad” (D, p. 97)—, Vasconcelos tuvo la oportunidad de establecer un contacto más cercano con el presidente Epitácio Pessoa, a quien elogió, entre otras razones, por el hecho de haber colocado ministros civiles al frente de los puestos militares y por haber resuelto satisfactoriamente una rebelión militar, “un intento de los militares de la vieja escuela para hacerse del poder” (p. 100).³

natura de Oaxaca y vivido con dificultades al frente de la revista *La Antorcha*, que había fundado en octubre de 1924. En 1926 publicó, en París, *Indología*, libro que reunía las siete conferencias sobre cultura iberoamericana que había dictado en Puerto Rico, contratado por su Universidad Nacional. *Indología* incluía un prólogo de 58 páginas, en el que el autor presentaba sus conferencias como una ampliación de lo que había tratado en *La raza cósmica*, y narraba su viaje a las Antillas, en un estilo cercano al que usaría para escribir sus tomos de memorias, mezclando recuerdos, crítica política, observaciones estéticas y análisis sociológico.

² Todas las citas de *La raza cósmica* provienen de esta edición, y llevarán solamente la indicación del número de página.

³ Vasconcelos mencionaba explícitamente la contienda entre el gobierno y el mariscal Hermes da Fonseca y la disolución del Club Militar en junio de 1922. Sin embargo, en otro pasaje también se refirió indirectamente a los efectos de la revuelta del Fuerte de Copacabana, en julio. El pronunciamiento de jóvenes oficiales en el

Vasconcelos viajó por el interior del país. Además de Río de Janeiro y de una pequeña escala en Salvador, conoció Petrópolis, Belo Horizonte, Juiz de Fora y las ciudades históricas de Minas Gerais. En Salvador, al contemplar las construcciones coloniales, alabó la riqueza de su estilo barroco, según él, casi tan rico como el del México colonial. El apogeo y la caída del ciclo de explotación de Minas Gerais le sugirieron también una comparación con el de las ciudades mineras mexicanas. Visitó São Paulo dos veces, fue a una hacienda de café en Campinas y decidió emprender por tierra, para poder conocer un poco más la vida, la gente y los paisajes brasileños, todo el camino que lo llevaría a Argentina, pasando por las "Cataratas del Iguazú". Recurriendo a su vocabulario prolijo e hiperbólico para definir lo que encontró a su paso, Vasconcelos trazó en su libro una imagen verdaderamente idílica de Brasil. Los paisajes eran de sueño, no existía miseria, la gente era amable y hombres cultos gobernaban.

La explicación que los políticos brasileños le dieron sobre el peculiar proceso de sucesión presidencial (en que paulistas y mineiros se turnaban en el poder) no le causó ningún escándalo. Al contrario, Vasconcelos la recibió muy bien, ya que

Los estadistas de San Paulo son impetuosamente progresistas, como la industria que les da el sustento. Los estadistas de Minas Gerais, menos atrevidos, poseen fama de buenos administradores. El presidente Pessoa es de San Paulo y acababa de llevar al Brasil a un verdadero esplendor de progreso. Después vendría el actual

episodio conocido como "Os 18 do Forte", en contra de la elección de Artur Bernardes como sucesor de Pessoa, dio inicio al importante movimiento conocido como "tenentismo", que se levantó contra el poder oligárquico. El progresivo descontento de los mandos medios del ejército y todas sus consecuencias fueron indirectamente mencionados por Vasconcelos, cuando describió el desfile militar de las fiestas del Centenario y comentó que "La Escuela Militar del Brasil no figuraba en el programa. A causa de la participación tonta que había tomado en la reciente asonada había sido clausurada" (RC, p. 129; *cfr.* ED, p. 145). En lugar de los cadetes brasileños, fueron los mexicanos quienes formaron la escolta del presidente. El pueblo entero "los mimaba como sustitutos momentáneos, como hijos adoptivos de la patria carioca" (RC, p. 129). La *Revista da Semana* documentó el adiós de Brasil a los cadetes mexicanos, "que dieron a las fiestas del Centenario el brillo de su juventud disciplinada y culta" (*cfr.* *Revista da Semana*, núm. 40, 30 sep., 1922).

presidente Bernardes, gobernador de Minas Gerais, a poner las cosas en orden, como para liquidar y consolidar aquellos avances. Pessoa era el genio; Bernardes es el método que encauza el progreso [p. 103].

México y sus grupos regionales en pugna sirvieron a Vasconcelos como referencia para analizar lo que, en 1922, consideraba una política brasileña armoniosa: “el hecho es que una y otra provincia [São Paulo y Minas] se complementan, y que en todo Brasil no hay más rivalidades que el anhelo de mejor servir a la patria” (p. 103).

En el texto de 1925, Vasconcelos sostenía, en relación con Pessoa y Bernardes, la misma impresión de amabilidad, espíritu nacionalista, benevolencia y talento (pp. 100, 107). No llegó a saber o, tal vez, no le causó sorpresa —pues estaba acostumbrado a la violencia y la prepotencia de la política mexicana— que Bernardes hubiera gobernado Brasil bajo estado de sitio prácticamente todo su mandato, durante el cual el país vivió una dictadura férrea e intentos de rebelión civiles y militares importantes. Tampoco reparó en que el mismo Pessoa, al promover los festejos por el Centenario de la Independencia, lo hubiera hecho igualmente bajo un estado de sitio.⁴

A causa de las emisiones masivas de moneda que Pessoa ordenó para la tercera valorización del café, el país sufría los efectos de la devaluación de su moneda y la inflación. Cuando Bernardes inició su gobierno, tuvo que enfrentar el descontento popular, la oposición militar y los movimientos armados en

⁴ Es importante señalar que la opinión de Vasconcelos respecto a la sucesión presidencial brasileña sería modificada en sus memorias. Al comentar el papel de Obregón en 1924, cuando en lugar de entregar el gobierno al ganador de unas elecciones limpias y retirarse a la vida privada, había decidido imponer a Calles, Vasconcelos afirmó que “acababa de ver en Brasil las funestas consecuencias del continuismo, que traslada el poder del Presidente a uno de sus ministros. Excluye este sistema toda posibilidad de que el Gobierno nuevo revise los actos del anterior y exija responsabilidades” (*ED*, p. 134). De hecho, la situación brasileña se asemejaba a lo que pasaría en México con la sucesión de Obregón. En ésta, sin embargo, los conflictos armados volvieron a repetirse, pues la postulación de Calles no fue aceptada con el consenso necesario. En Brasil, la política del continuismo, a pesar de suscitar algunos conflictos, se mantuvo hasta 1930.

su contra, iniciados por los tenientes. En un país con “una tenue consistencia de la ideología de clase” (Carone, 1971, p. 368), Pessoa y, más tarde, Bernardes eran considerados como auténticas personificaciones de la inestabilidad social y fueron el blanco de la insatisfacción civil-militar. Apelando a la ley que prohibía las asociaciones “nocivas” al bien público, aprobada en 1921, y que representó un golpe fatal para el movimiento obrero, ambos se atuvieron a medidas coercitivas legalizadas, apoyadas en la censura cada vez más estricta de la prensa (Carone, 1971, p. 369). Sin embargo, curiosamente, en 1922, Vasconcelos se entusiasmaba, al

meditar en el proceso de adelanto generoso y continuo de un pueblo cuya vida política es una sucesión de conceptos de Gobierno, realizados dentro del orden, sin el drama de las ambiciones que al chocar destrozan y mancillan a la patria [p. 116].

En sus viajes por Brasil, el optimismo de Vasconcelos veía en todo “una prosperidad deslumbrante y, sin embargo, en sus comienzos”. Esa confiada visión del futuro del país se sustentaba en la imagen que Vasconcelos se había hecho del pasado del país: una sucesión de etapas cuya secuencia lineal y exenta de conflictos se dirigía inexorablemente hacia un futuro brillante.⁵ Así, después de la “gran dinastía de los dos Pedros”, Vasconcelos narraba cómo se había transformado Brasil en una república:

La propaganda republicana se hizo tan intensa en aquel pueblo esencialmente culto que ganó el corazón del mismo Emperador Filósofo. Entonces, sin ningún alarde y sin molestar a un solo hombre, el emperador abdicó, y los republicanos organizaron su Gobierno inspirados en la escuela filosófica de Augusto Comte. Poco después se abolió la esclavitud, sin combates, mediante la persuasión inspirada de grandes oradores a lo Ruy Barbosa. Tras

⁵ En el libro siguiente, *Indología* (1926), Vasconcelos mantuvo esta visión positiva: “El Brasil es el único país iberoamericano que logró escapar totalmente a las vicisitudes del caudillaje. De ahí que su historia sea una continua marcha acelerada” (I, p. 149).

la libertad de los negros vino como una bendición la prosperidad sin límites [pp. 115-116].

Descontada la equivocación en cuanto al orden cronológico de los hechos, Vasconcelos —un autor tan crítico del positivismo y el evolucionismo spenceriano— no consideró siquiera la existencia de fuerzas antagónicas en esta sucesión lineal de progresos. Los movimientos sociales no tenían cabida en su versión de la historia de Brasil. En ella, el emperador abdicó, los militares pudieron instaurar su república positivista y los negros fueron liberados por obra y gracia de grandes oradores. A Vasconcelos tampoco lo inquietaron las más que probables atrocidades de la esclavitud, practicada por un pueblo “esencialmente culto”. La bonanza se había instaurado definitivamente en Brasil y el autor pudo contemplar el florecimiento de esta “prosperidad sin límites” en las fiestas del Centenario, presididas por la “alta mentalidad de Eptácio Pessoa” (p. 116).

Vale la pena conocer las impresiones de sus dos visitas a São Paulo. Vasconcelos se sorprendió al encontrar no una ciudad sencilla y ahogada por la selva, sino un lugar en el que se estaba formando el centro industrial más importante de América Latina.⁶ Acompañado por el secretario de Instrucción Pública, Alarico Silveira —“un filósofo” (p. 81)—, conoció instituciones de enseñanza, escuchó discursos y le encantó saber que en las escuelas paulistanas, como en las mexicanas, se enseñaban danzas y canciones populares, en consonancia con un movimiento de recuperación cultural continental. El ministro mexicano fue pródigo en sus elogios a los gobernantes paulistas, “administradores cultos que hacen del poder una ciencia y no política” (I, p. 149).

Los pocos e intensos días en São Paulo hicieron que Vasconcelos observara que ni ahí ni en Río de Janeiro había “uno de estos barrios de pesadilla como el East-Side de Nueva York, o

⁶ Afuera del gran edificio de la estación de trenes, corrían “tranvías, autos, un movimiento ordenado y vivo, pero sin estruendo, semejante en eso a las ciudades europeas más bien que a las yanquis”, aunque una leve improvisación le hiciera recordar el alma de las ciudades del medio oeste norteamericano (p. 73). São Paulo, “semilatin y nuevísimo”, sorprendió a Vasconcelos por la ausencia de aglomeraciones, suciedad o irresponsabilidad municipal (p. 81).

los increíbles arrabales de la capital de México, donde la choza y el muladar completan la miseria de una multitud harapienta” (p. 81). Seguramente, el embajador especial no se apartó de los itinerarios oficiales de visita que le prepararon sus atentos acompañantes, y tampoco tuvo tiempo de leer cualquiera de las secciones de reclamos de los principales periódicos de la capital (para no hablar de los anarquistas), en que la miseria, los problemas sociales, la falta de trabajo y la ausencia de infraestructura urbana eran temas recurrentes.

En Brasil, Vasconcelos se mostró eufórico incluso con los militares. Los brasileños nada tenían que ver con la “barbarie azteca” que solía adjudicar a sus colegas mexicanos. Todos los generales que conoció contaban con instrucción universitaria y académica y “las maneras más finas”. Vasconcelos constató y celebró que en la tribuna dispuestas para un desfile militar los generales brasileños se hubieran mantenido detrás y no al lado del presidente y sus ministros civiles (p. 127).⁷

Significativamente, el optimismo que Vasconcelos desplegaba en su evaluación de Brasil no tenía ninguna correspondencia en el diagnóstico que hacía de su propio país. En Brasil no había caudillos y la armonía social y el progreso eran tan grandes que el autor escogió el territorio brasileño como la cuna en que surgiría la quinta raza. En México la situación era distinta: aquella era una tierra de caudillos, una tierra de barbarie. Esta evaluación negativa y pesimista del futuro del país sería potenciada en los gruesos tomos de sus memorias, pero ya asomaba embrionariamente en *La raza cósmica*, en cada comparación que el autor establecía entre México y los países sudamericanos que había visitado.

El contrapunto entre el México posrevolucionario y el Brasil que, como embajador, Vasconcelos conoció en una sucesión de fiestas y eventos oficiales, de poco serviría en la elaboración de un retrato fidedigno del país visitado; en cambio, ayudaría en la aportación

⁷ No tenía idea de la magnitud de los conflictos —explícitos o latentes— entre las esferas civil y militar. Los militares se dividían entre una vieja guardia, para la cual los civiles eran ineptos y corruptos, y una nueva corriente que, partiendo de la misma evaluación, pedía cambios en el sistema político y el combate a una serie de injusticias sociales hasta entonces sin solución (Carone, 1971, p. 341).

de elementos para construir su utopía. La búsqueda de un lugar para la creación de lo que pretendía presentar como la etapa definitiva de la historia de la humanidad hizo que Vasconcelos labrara una imagen de Brasil ya próxima a lo que imaginaba como la sociedad ideal. Igual que Lobato, Vasconcelos defendía la necesidad de una “verdadera elite” conductora. En el Brasil que lo había deslumbrado, trataba de encontrar a esa elite y, en cierto modo, la encontró en los políticos civiles que lo gobernaban. Tal hecho ayuda a explicar su desdén respecto a los eventos históricos y los análisis políticos coyunturales. Para construir el mito de la unidad iberoamericana, indispensable para preparar la última etapa de la historia humana, el mexicano no daba importancia a los detalles de la política.⁸

Vasconcelos estaba empeñado, antes que nada, en realizar su proyecto filosófico-cultural. Por eso, en los años que dirigió la SEP, su preocupación esencial fue mantener un presupuesto elevado, a pesar de la débil economía mexicana y de los conflictos armados que obligaban al gobierno a cambiar constantemente las prioridades de su gasto. Como uno de los hombres fuertes del gobierno posrevolucionario de Álvaro Obregón, intentó convertir su trabajo en un escaparate del nuevo país en construcción y cuyos resultados podrían, en una especie de “política cultural

⁸ En ese sentido, el discurso que leyó en la entrega de la estatua de Cuauhtémoc sería paradigmático (*D*, pp. 92-97). Al narrar cómo el último emperador azteca había luchado hasta el fin por la integridad de su cultura, para establecer una analogía entre el pasado indígena y la situación latinoamericana frente a Estados Unidos, Vasconcelos acabó mezclando en la historia de Cuauhtémoc episodios relacionados con otro héroe indígena antillano. Cuando le comentaron su equivocación no se inmutó: “No hago historia; intento crear un mito” (*ED*, p. 132). En ese discurso, Vasconcelos también utilizó a Cuauhtémoc como una imagen alegórica del futuro de los pueblos iberoamericanos: “Cuauhtémoc renace porque ha llegado, para nuestros pueblos, la hora de la segunda independencia, la independencia de la civilización, la emancipación del espíritu, como corolario tardío, pero al fin inevitable, de la emancipación política” (*D*, p. 95). La prensa mexicana difundió ampliamente la entrega de la estatua. *Excelsior* elogió el discurso de Vasconcelos y las palabras que improvisó Pessoa, destacando el ejemplo de Cuauhtémoc sobre “hasta donde debe llegarse en la defensa de la independencia de las instituciones y de los hogares patrios” (“El monumento a Cuauhtémoc en el Brasil”. *Excelsior*, 13 sep., 1922, p. 1). En Brasil, también se difundió la entrega de la estatua. La *Revista da Semana* dedicó dos páginas de fotos al evento (núm. 39, 23 sep., 1922). Sobre la visita de Vasconcelos a Brasil, véase Tenorio (1994, pp. 93-138).

de exportación” hacia los países latinoamericanos, llegar incluso a unificarlos bajo el liderazgo de México. Tal conducta ayuda a explicar por qué cuestiones coyunturales —como el voto secreto y voluntario y la conformación de un sólido sistema de partidos, temas que ocupaban a los políticos e intelectuales brasileños liberales—, no interesaban a Vasconcelos en ese momento, ni como ministro de Estado, ni como creador de la utopía de la raza cósmica.

Asimismo, el viaje de Vasconcelos a Brasil debe examinarse en el contexto del propósito que por entonces se había fijado el gobierno mexicano: desvanecer la imagen negativa o peligrosa asociada al país, desde el inicio del proceso revolucionario.⁹ Frente a su permanentemente conflictiva relación con Estados Unidos, cuyo riesgo inminente era la injerencia e incluso la intervención diplomática o militar de ese país en sus cuestiones internas, el régimen revolucionario necesitaba establecer un sistema de propaganda que le atrajera la simpatía internacional. La invasión del puerto de Veracruz por tropas norteamericanas, en 1914, acabó por convencerlo de la urgencia de enfrentar a los poderosos vecinos también en el terreno de la propaganda, procurando neutralizar la actuación de sus agencias de noticias —por medio de las cuales Estados Unidos se encargaba de difundir una imagen negativa del México revolucionario por toda América Latina.

A partir de la infructífera junta diplomática de 1914 en Niágara Falls, que Estados Unidos había convocado para resolver el impasse de la invasión norteamericana, los países del acuerdo del ABC (Argentina, Brasil y Chile) adquirieron importancia en el panorama de las relaciones entre México y Estados Unidos. Luego de una actuación diplomática fundamental para el reconocimiento del gobierno de Carranza por sus vecinos, en 1915, los tres países fueron el objetivo principal de la política de propaganda del gobierno mexicano. El ateneísta Isidro Fabela, quien fungió como ministro extraordinario ante el ABC, fue el encargado de reorganizar el servicio exterior mexicano y enfrentar

⁹ Sobre el plan de propaganda desarrollado por el gobierno mexicano en América Latina, véase Yankelevich (1995, pp. 79-95).

la nociva influencia de Estados Unidos, mediante la creación de un sistema de informaciones entre México y sus representaciones diplomáticas.¹⁰

El plan de propaganda del gobierno mexicano se inició con Carranza y se consolidó con Obregón. La estrategia de acercamiento de México hacia América Latina (principalmente los países del ABC) implicaba estimular sus lazos culturales. Las representaciones diplomáticas tendrían que funcionar como centros culturales e informativos, en estrecha relación con la prensa local. Se requirió el apoyo de intelectuales de prestigio, que participaron en el cuerpo diplomático o fueron embajadores especiales.¹¹ El ateneísta Antonio Caso, por ejemplo, fue enviado a Sudamérica como embajador extraordinario. En sus viajes (1921 y 1924), Caso dictó conferencias en Río de Janeiro, Buenos Aires, Montevideo y Santiago, con el fin de difundir las transformaciones que la Revolución había consumado en los planos filosófico y cultural (Yankelevich, 1995, pp. 92-93). Vasconcelos, por su parte, fue recibido en el espacio consagrado de la Academia Brasileña de Letras, donde leyó la conferencia *El problema de México*, reproducida y elogiosamente comentada por la prensa carioca (Fell, 1989, p. 596).

En este contexto, la campaña publicitaria del servicio exterior mexicano insistía en que la Revolución mexicana, si bien había ocasionado una profunda conmoción social, representaba también un elemento de transformación y reconstrucción nacional que, en última instancia, había puesto en marcha el mejoramiento del país. En sus viajes oficiales, los ateneístas Caso y Vasconcelos intentaron exponer el aspecto constructivo del proceso revolu-

¹⁰ En el inicio de 1917, éstas llegaron a recibir diariamente telegramas sobre los más variados temas (reapertura de fábricas, reorganización de los órganos de Estado, contratos de obras públicas, etcétera), los cuales se encargaban de distribuir semanalmente entre la prensa (Yankelevich, 1995, p. 82).

¹¹ El número de ateneístas que trabajaron como diplomáticos en los países sudamericanos es significativo. Yankelevich (1995, p. 80) menciona, además de Fabela, a Luis Cabrera, Enrique González Martínez, Jesús Urueta, Antonio Caso y Alfonso Reyes (que fue embajador en Argentina y Brasil). Tal hecho denota no solamente la atención privilegiada de la política exterior mexicana a los países de Sudamérica, sino la importante colaboración entre intelectuales y políticos. Asimismo, subraya la influencia de los intelectuales ateneístas en el contexto político posrevolucionario.

cionario. Como grandes ideólogos identificados precisamente con la etapa creadora de tal proceso, al ser recibidos como representantes oficiales, lograron difundir una imagen positiva del México que se estaba reconstruyendo, conquistando espacios en muchos periódicos y el apoyo de los centros intelectuales y académicos de los países que visitaron.

Es importante observar que el gobierno mexicano se propuso resaltar la presencia del país en las conmemoraciones del Centenario de la Independencia de Brasil. La entrega de la estatua de Cuauhtémoc, la construcción del Pabellón Mexicano de estilo colonial, con exposición de artesanías y orquestas de mariachis (*Revista da Semana*, núm. 39, 23 sep.; núm. 45, 4 nov.; núm. 46, 11 nov., 1922), así como las conferencias y visitas de Vasconcelos, contribuyeron a la proyección de México.¹²

Vasconcelos, como representante del gobierno mexicano, cumplía la tarea propagandística de su país, poniendo de relieve el trabajo cultural y educativo bajo su dirección. Al mismo tiempo, como filósofo e iberoamericanista, recogía elementos útiles para la construcción de su pensamiento, que a la postre darían por resultado la teoría de la raza cósmica.

En el Brasil idílico que había creado, Vasconcelos vislumbró la cuna de una nueva civilización. Encontró además elementos comunes a toda América Latina, capaces, según él, de restar importancia a elementos tradicionalmente distanciadores —como la barrera lingüística—, y conseguir que Iberoamérica se sintiera unida. Tal vez en el futuro esa unión daría lugar a la utopía de la raza cósmica. Por lo pronto, hacía frente a las amenazas de la política expansionista norteamericana.

¹² La *Revista da Semana* llegó a reproducir fotos y reportajes sobre la Independencia brasileña, que habían publicado la *Revista de Revistas* y *Excelsior*; además de presentar, con fotos y texto, la conmemoración de la Independencia brasileña en México, cuando Obregón inauguró la plaza Río de Janeiro, en la capital del país (*Revista da Semana*, núm. 46, 11 nov. 1922; núm. 49, 2 dic., 1922). La *Revista do Brasil*, al comentar la invitación del gobierno mexicano al poeta Ronald de Carvalho para que visitara aquel país con el fin de dictar una serie de conferencias, afirmaba que México había sido "la gran república de Norteamérica", el país "victorioso en nuestra Exposición del Centenario" ("Debates e pesquisas", *RDB*, vol. 22, núm. 87, mar., 1923, p. 273). Sobre el Pabellón de México en la exposición de Río de Janeiro, véase Alanís de Anda (1990, pp. 67-69).

En efecto, al defender la unión iberoamericana, Vasconcelos pensaba quizá generosamente en la utopía futura pero, simultáneamente, la imaginaba como un arma eficaz contra el Calibán del norte. En cuanto a su papel personal, probablemente Vasconcelos no se conformaría lisa y llanamente con la posición de mentor intelectual de un plan político e ideológico de alcance tan vasto. Además de pensador, Vasconcelos era político, un político ligado, en aquel momento, a la esfera más alta del gobierno mexicano, involucrado en la estabilización política del país, con varios planes por desarrollar en las áreas cultural y social y, principalmente, con ambiciones de expandir su liderazgo. Si pretendía la construcción de una América Latina unida, probablemente planeaba asignarse un papel influyente, si no el de protagonista, en este largo e importante proceso.

¿Civilización o barbarie? ¿Quetzalcóatl o Huitzilopochtli?

En 1928, después de cerca de cuatro años de exilio voluntario, Vasconcelos regresó a México para competir por la presidencia del país.¹³ Durante la campaña, Vasconcelos recurrió en incontables discursos a la oposición entre dos dioses prehispánicos. En el agitado ambiente de los mítines, Quetzalcóatl y Huitzilopochtli simbolizaban, respectivamente, civilización y barbarie, la posibilidad de redención o, en el vocabulario altisonante del candidato, el dominio de los caníbales. Sin embargo, el recurso al imaginario prehispánico no se dio solamente al calor de estos discursos de campaña, cuya grandilocuencia retórica intentaba suplantar la eficaz truculencia de los ejércitos de Calles y, en cierta forma, la ya mencionada ausencia de un sólido programa de gobierno.

Todavía como secretario de Educación Pública, poco antes de su visita oficial a Sudamérica, Vasconcelos utilizó (y en cierto modo reelaboró) el vigoroso significado de Quetzalcóatl para la cultura mexicana. El 9 de julio de 1922, inauguró la espléndida sede de

¹³ Durante este periodo Vasconcelos viajó algunas veces a Europa y Centroamérica, además de permanecer en Estados Unidos como profesor invitado y conferencista en varias universidades.

la SEP, instalada en un antiguo convento colonial remodelado. Se decoraron sus patios interiores con murales de Rivera y con un complejo escultórico, de carácter alegórico, concebido por el propio ministro. En su discurso, Vasconcelos intentó describir la simbología allí registrada. Entre las cuatro figuras que representaban las grandes matrices de la cultura mexicana (las tres primeras eran Grecia, España e India), la cuarta simbolizaba al propio México en una figura prehispánica.

En ella estaban representados el arte refinado de los indígenas y el mito de Quetzalcóatl, “el primer educador de esta zona del mundo” (*ED*, p. 39). Nada más adecuado para la nueva sede de la Secretaría de Educación Pública mexicana: el elemento autóctono, perfilado también con un estilo autóctono, se plasmaba en la figura voluntarista y abnegada del dios filósofo. Sin embargo, el primer educador americano no era un personaje real, como los representados en las tres alegorías anteriores: Buda para India, Platón para Grecia, Bartolomé de Las Casas para España. Quetzalcóatl era mítico y el gran pasado indígena también lo era. Ahora bien, la alegoría del pasado indígena como mito, que Vasconcelos había creado, acabaría por confrontarse, al paso del tiempo, con los prejuicios que el mismo Vasconcelos desarrolló en relación con la cultura indígena. Al evocar, en sus memorias, una visita que en sus tiempos de ministro había hecho a las principales ruinas mayas de la península de Yucatán (Chichén Itzá y Uxmal), Vasconcelos describió el conjunto como “uniformemente bárbaro, cruel y grotesco”, sin ningún sentido de belleza.¹⁴ De las pinturas, por ejemplo, comentó que eran apenas una decoración utilitaria, sin asomo emoción estética; “sólo el asombro de los tanteos y aberraciones del alma humana” (*ED*, pp. 106-107).

Vasconcelos nunca negó la preponderancia de la influencia de España —para siempre “la Madre Patria” (*cfr.* I, p. 21)— en la formación de la nacionalidad mexicana, la cual, recordemos, definía como “raza”. Por otra parte, siempre subrayó la importancia que en ella tuvieron los pensamientos occidental (griego)

¹⁴ Como vimos (Capítulo 2, nota 29), Carlos Pellicer recordaba a Vasconcelos como un observador sensible y sin prejuicios en relación con el arte indígena, situación que cambiaría radicalmente con el tiempo.

y oriental (hindú). Tampoco negó, durante sus años de actividad en el gobierno y producción de sus escritos iberoamericanistas, la presencia, en el mismo nivel de los anteriores, del pensamiento autóctono. Colocarlo como parte de la alegoría formativa de la nación le dio un *status* diferenciado que, irónicamente, más tarde el propio Vasconcelos intentó negar. Cada vez más identificado con una concepción hispanista, Vasconcelos pasó a utilizar las imágenes y conceptos prehispánicos solamente como recurso retórico o, incluso, para describir el atraso y la barbarie de su país bajo el gobierno de sus enemigos.

Vasconcelos recurría a Quetzalcóatl para representar la nueva civilización que pretendía implantar en México, civilización basada en los preceptos liberales (trabajo, creación, libertad), conforme a los cuales actuaba el autor, en una mezcla de fe y naturalidad. Como contrapunto de Quetzalcóatl, el autor utilizaba acremente a Huitzilopochtli, el dios de la guerra, para definir el México real en que le había tocado vivir y en el cual había conquistado un papel de relativa importancia.

Tal vez aquí reside uno de los rasgos del heroísmo romántico que muchas veces acompañó al autor. Cuando decidió postularse como candidato a la presidencia del país, Vasconcelos pretendía revivir a Madero. De lograrlo, como nuevo presidente, daría a México un gobierno democrático en el que la cultura finalmente sustituiría a la barbarie. O, en sus palabras, en que Quetzalcóatl finalmente vencería a Huitzilopochtli. Vasconcelos veía en Madero una especie de encarnación de Quetzalcóatl; lo consideraba el vocero de la civilización y líder natural de los intelectuales preocupados por el país. Al sucederlo en la tarea —en su opinión interrumpida— de mejorar el país, Vasconcelos sería, también él, una encarnación del dios filósofo (y es importante mencionar que, al dejar el ministerio y perder las elecciones para el gobierno del estado de Oaxaca, el exministro se volvería contra toda la estructura del nuevo aparato estatal y también contra sus líderes, incluso Obregón).

Acumular ejemplos de la historia mexicana para comprobar que el reino de Quetzalcóatl estaba lejos de establecerse constituyó una costumbre arraigada en el autor, principalmente a partir de su salida de la SEP. No obstante, como apuntamos, esa

costumbre ya estaba presente en *La raza cósmica*, cada vez que Vasconcelos señalaba con una mezcla de dolor y vergüenza, cómo, al contrario de México, Brasil y Argentina se caracterizaban no por la furia caníbal, sino por la placidez de la sabiduría.¹⁵

Vale la pena conocer un poco más de cerca estas dos alegorías. La presencia de Quetzalcóatl y Huitzilopochtli en el imaginario mexicano tiene profundas raíces en el pasado.¹⁶ Quetzalcóatl (la serpiente emplumada), heredado a los aztecas por la ya entonces extinguida civilización tolteca, es el dios de los sacerdotes, los científicos y los sabios. Huitzilopochtli (el dios colibrí), adorado entre los aztecas, es el dios de los guerreros. Ambos se nutren de la sangre, pero en tanto el primero se sacrifica por el pueblo, el segundo exige su sacrificio. El primero es el dios del ascetismo y la penitencia; el segundo, de la matanza y la guerra. Una de las muchas versiones sobre Quetzalcóatl refiere que, para poder crear el mundo, se inmoló en una hoguera y desapareció. Otra de esas versiones, la narrada por Vasconcelos (*I*, pp. 139-140), sostiene que este dios, que vino de tierras distantes, lleno de ciencia y virtud, llegó a vivir entre los aztecas y les enseñó lo que sabía. Su obra fructificó de tal manera que los aztecas vivieron una verdadera edad de oro. Sin embargo, la influencia de Huitzilopochtli, el dios rival, se fue haciendo más y más fuerte, hasta despertar una ola de locura homicida. Los caballeros tigre (los guerreros aztecas) no mataron a Quetzalcóatl, pero lo expulsaron de sus tierras, arrojándolo al mar, de donde había venido. Desde que Quetzalcóatl partió —por medio del fuego o del agua— su regreso a la tierra no ha dejado de ser esperado. Esto se pudo comprobar, según los cronistas de la conquista española, por

¹⁵ Como ya se constató, Lobato también solía recurrir a comparaciones similares. En los temas que trataba a menudo, relacionados con el desarrollo económico y político y la vida cultural, Argentina invariablemente superaba Brasil. El apoyo a las ideas de Sarmiento y el elogio de la política de Rosas (respectivamente en "Inquérito literário sul americano", *CRI*, pp. 87-91, y en "Manuelita Rosas", *AV*, pp. 11-20) ayudan a demostrar que Lobato aprobaba la trayectoria histórico-política de la república vecina.

¹⁶ Fray Bernardino de Sahagún dedica el libro tercero de su *Historia general de las cosas de Nueva España* al origen de estos dioses, los cuales, como buen católico, definía como demonios (Sahagún, 1979, pp. 189-214).

la confusión inicial del emperador Moctezuma, quien creyó ver en Cortés al propio Quetzalcóatl, el dios tolteca que regresaba, volvía para exigir nuevamente sus dominios y acabar con la era de hegemonía azteca (*cfr.* Paz, 1987).

En sus memorias, Vasconcelos acudió a estos dos dioses prehispánicos muchas veces. Cada victoria de los caudillos militares servía a Vasconcelos para vaticinar la derrota de Quetzalcóatl y el triunfo final de Huitzilopochtli sobre México, cuya civilización se vería finalmente abatida por la barbarie. En este contexto, vale la pena recordar una de las particulares concepciones de José Vasconcelos. El autor veía a México como una gran arena en la que el combate entre “barbarie” y “civilización” parecía perpetuarse. El suyo era un país abrumado por caudillos militares violentos e ignorantes, que actuaban sobre una población predominantemente campesina, de origen indígena y, por eso, en su opinión, heredera y tributaria de la violencia azteca. Los campesinos, marginados de la civilización occidental y condicionados por tradiciones arcaicas, serían presa —ellos y sus líderes— del bárbaro Huitzilopochtli. La tarea de Quetzalcóatl consistía, entonces, en liberar a esa masa, orientando sus energías hacia un proceso civilizador (una especie de redención cultural).

Ahora bien, si en el pensamiento del autor el lugar de la barbarie se localizaba entre el pueblo, no es difícil encontrar el lugar de la civilización. Volviendo a la base del plan educativo que implantó en la SEP, veremos que Quetzalcóatl residía entre la elite intelectual de origen hispánico (compuesta en su mayor parte por elementos de clase media), la cual podría conducir el país con moderación y desinterés, sin la arrogante garantía de la violencia, y con el apoyo de la cultura.

A partir de esta oposición maniquea, para Vasconcelos era fácil concluir que el pueblo mexicano seguiría a cualquier caudillo que lo supiera dirigir. Todavía aprisionado por la brutalidad indígena, el pueblo mexicano estaba por su propia naturaleza apto y dispuesto para la guerra, sin importar por quién o por qué. Las reminiscencias del autor son, en ese sentido, iluminadoras. Así, recordando el inicio de la Revolución mexicana, Vasconcelos escribió:

El campo se movió con lentitud, pero con éxito. Es mucho más fácil revolucionar en el monte con la ventaja del terreno, la facilidad de la emboscada, que consumir, por ejemplo, el asalto de un cuartel. Así tomó la revolución el giro campesino que le haría abortar años después convertida en simple venganza de una gleba desorientada [UC, p. 355].

Tal afirmación ilustra la visión de Vasconcelos respecto a los mexicanos del interior: una masa ignorante, carente de líderes que le indicaran el “buen” camino. Ésta sería una de las opiniones repetidas una y otra vez a lo largo de su obra memorialística. Vasconcelos, al mismo tiempo que descalificaba el papel de los campesinos en el movimiento revolucionario y el carácter popular de la Revolución mexicana, exageraba la importancia de los caudillos (fuesen militares, representantes de los grandes clanes económicos que persistirían en el poder o incluso intelectuales).

Siempre a partir de la oposición entre el dominio de la violencia y el de la razón, Vasconcelos, aunque poseía una perspectiva desdeñosa del pueblo, tampoco era complaciente con las elites. Si nos atenemos a sus memorias, veremos cómo el entonces secretario de Educación del gobierno convencionalista de Eulalio Gutiérrez reaccionó ante la invasión de la capital del país por los ejércitos villista y zapatista. Y, principalmente, cómo evaluó la recepción que la elite capitalina ofreció a los combatientes.

A finales de 1914, en medio de las oscilaciones de uno de los periodos más turbulentos que hubiera vivido el país y su capital (cfr. Ulloa, pp. 1131-1154; Womack, pp. 214-219), tocaba a los convencionalistas la entrada triunfal en la ciudad de México. Después de desfilar ante una población asombrada por la rapidez con que los grupos revolucionarios tomaban la capital del país, el presidente Eulalio Gutiérrez y su gabinete encontraron en el Palacio Nacional al hermano de Zapata, Eufemio, quien menos inhibido que Emiliano e imitando a Pancho Villa, se hacía retratar en la silla presidencial.¹⁷ Vasconcelos compartió su indignación y sorpresa con los lectores de *La tormenta*:

¹⁷ La foto ya clásica de Francisco Villa, arrogante y burlón, sentado en la silla presidencial al lado de un receloso Emiliano Zapata, da la tónica del excepcional

Y no se crea que era el pueblo oprimido, la indiada irredenta, la que acompañaba a los jefes zapatistas invasores del Palacio. En el Estado Mayor de cada militar zapatista había intelectuales y petimetres de la capital, portadores de ilustre apellido muchos de ellos y que, a última hora, para escapar a las venganzas de carrancistas o villistas, se habían sumado al zapatismo ingenuo [LT, p. 624].

¿Se vería una vez más la recepción incondicional de los capitalinos a los vencedores del momento?, cabría preguntar. La atmósfera de la capital del país, como se observa en el comentario de Vasconcelos, vacilaba entre el terror y la venganza. Pero lo que más preocupaba al autor era el riesgo del regreso de México a los tiempos de la “barbarie azteca”, patrocinada por los agentes de la penetración extranjera, por sus cómplices inconscientes, los intelectuales zapatistas, y por una elite acobardada —que, según él, había cambiado el traje y la corbata europeos por la túnica indígena (sólo que tejida en seda, para preservar las diferencias sociales).

Importa destacar que la penetración extranjera que tanto preocupó a Vasconcelos debe traducirse, *strictu sensu*, por el predominio cultural, económico y territorial de los estadounidenses. En sus memorias, Vasconcelos quiso probar mediante los hechos que vivió, con elementos que tomó prestados de la historia mexicana —y contradiciendo sus propias tesis filosóficas elaboradas en los veinte— que el futuro de México sería, inevitablemente, transformarse en un mero proconsulado de Estados Unidos (no por azar éste fue el título de su cuarto libro biográfico, escrito veinte años después). En cuanto a la complicidad de los intelectuales zapatistas en ese proceso, Vasconcelos pensaba que, al vincularse a los indígenas (de por sí débiles y pasivos) y defender una política indigenista autonomista (por lo mismo, fraccionadora), su actuación sólo facilitaría la victoria cultural norteamericana sobre las matrices culturales españolas, éstas sí fundamentales en la formación y manutención de la nación mexicana (LT, p. 625).¹⁸

momento político que se vivía en México, con las tradicionales posiciones de mando y subordinación momentáneamente invertidas.

¹⁸ Al evaluar la relación entre los indígenas y los intelectuales, Vasconcelos señalaba que “en México las campañas del fanatismo indígena las hacen los blancos; los indios, por regla general, no hablan de su casta; tratan de simular que son blancos.

Vasconcelos, en su aspiración de formar un gobierno conducido por intelectuales de origen hispánico, clase media y principios nacionalistas, colectivizó su impresión respecto a la invasión de los zapatistas en una primera persona del plural que congregaba a los miembros del gobierno convencionalista (amparados en la legitimidad de las resoluciones de Aguascalientes):

los que con algún destello de conciencia mirábamos aquellas hordas de salvajes, cumplimentadas y aduladas por la opinión y la sumisión de los débiles de arriba, experimentábamos el efecto de pesadilla azteca [LT, p. 626].

Vasconcelos se ponía a imaginar

lo que sería México si de pronto, suspendida la inmigración española y europea, entregado el país a sus fuerzas todavía elementales, los trece millones de indios empezasen a absorber y a devorar a los tres millones de habitantes de sangre europea [LT, p. 626].

Aliviado, el autor llegó a comentar la acción “saneadora” de uno de los más salvajes pistoleros de Villa:

Nos salvó del retorno indígena el salvajismo de Hierro, que noche a noche fusilaba, por su cuenta y gusto, diez, veinte coroneles zapatistas indígenas [LT, p. 627].

Sin embargo, el hecho de que Vasconcelos descalificara a la gran mayoría de la población de su país (identificándola con la barbarie atávica y la proveniente de los caudillos militares) no le impedía preparar los planes para su futuro. El proyecto de redención cultural que Vasconcelos creó y encabezó a partir de su nombramiento

Y la campaña del indigenismo radical es obra protestante imperialista de tan sutil penetración, que la emprenden a menudo hombres como Díaz Soto, medio católico y perfectamente español y sin simpatía por lo anglosajón” (LT, p. 610). La aversión de Vasconcelos hacia Estados Unidos y la invasión cultural, política y económica de México por los estadounidenses, realizada, según él, en acuerdo con los políticos y generales inicialmente ligados a la Revolución, fue uno de los elementos estructuradores de los cuatro tomos de sus *Memorias* y también de su *Breve historia de México*.

como rector de la Universidad es una prueba de que su modelo político y social —sustentado en una concepción estético-filosófica espiritualista— pretendía alcanzar a toda la población, sin dar lugar a exclusiones. Ahora bien, tal congregación, como veremos, rebasaba incluso las fronteras políticas oficiales de México. Es por eso que Vasconcelos hablaba no solamente de “raza mexicana”, sino de “raza iberoamericana”. Y también por eso pensaba, específicamente en relación con su país, en un proyecto educativo integral capaz de volver a esa raza algo “realizable” o, en otras palabras, consciente de su propia naturaleza. Más aún, su visión universalizante y abarcadora —dentro de una extensión territorial específica: “la más rica y la más vasta de todas las que quedan sin explotar en el planeta” (*I*, p. 17)— llegaría a plasmarse en la elaboración de un concepto de fuerte matriz arielista. Este concepto sería precisamente el de la raza cósmica. Se basaba en el mestizaje y tenía como punto de partida la matriz cultural ibérica. Vasconcelos, al referirse a de los países latinoamericanos, prefería hablar de nacionalismo racial continental, el cual conformaría el puente necesario para rescatar a toda la humanidad en un futuro prometedor que ya se acercaba.

La raza cósmica

En *La raza cósmica*, que precedió a las “Notas de viaje” en que Vasconcelos narró sus impresiones y experiencias, se lee, además de un arrebatado “Prólogo” (pp. 9-12), el ensayo “El mestizaje” (pp. 13-53), en que el autor desarrolló un modelo explicativo del origen de las civilizaciones y la creación de una nueva raza, “cósmica”, responsable del futuro de la humanidad. En este ensayo, Vasconcelos explicaba, entre otras cuestiones, por qué la cuna de esa nueva raza estaría en América Latina.

Vasconcelos escogió un camino tortuoso para desarrollar su pensamiento. *La raza cósmica* atestigua en cierto modo su carácter indisciplinado, a veces caótico, como advirtieron directa o indirectamente muchos de sus críticos.

La lectura de “El mestizaje” indica la existencia de una mezcla de conceptos filosóficos y teóricos que a menudo el autor expo-

ne sin el rigor y la preparación necesarios.¹⁹ Su búsqueda de la unidad, afirmada ya en el prólogo del libro (“las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más, hasta formar un nuevo tipo humano, compuesto con la selección de cada uno de los pueblos existentes”), poseía una connotación utópica, a la cual el autor tendría que contraponer inevitablemente elementos de la realidad concreta, fundada en conflictos. El mismo Vasconcelos percibía el conflicto entre los países europeos y americanos y la rivalidad existente entre latinos y sajones, así como el esfuerzo continuo de los segundos para sobreponerse a los primeros desde la conquista americana (*cfr.* I, pp. 191-200). No negaba la existencia del rechazo y el prejuicio entre las razas y estaba consciente del predominio mundial de los blancos.

Ahora bien, constataciones como éstas transportarían al futuro el ideal de armonización mestiza, en el cual Vasconcelos veía el porvenir de la civilización. De modo que en tanto el mestizaje no se impusiera como el único camino posible, el autor procedía por etapas, intentando estimular, primeramente, la unión ibero-americana. Para él, el proceso de las independencias nacionales que dividieron América hispánica en pequeños Estados, muchas veces enemigos, tuvo como resultado impedir la conquista de lo que definía como “intereses comunes de la raza”. Al separarse en pequeños países autónomos, los latinos sólo lograron reforzar el dominio sajón. Por eso, el diagnóstico presente del autor no era optimista:

¹⁹ Según Vera y Cuspinera (1984, pp. 95-96) la falta de rigor de Vasconcelos podría justificarse en primer lugar por el carácter autodidacta de su aprendizaje filosófico (como ya vimos, estudió a Platón, Kant, Nietzsche y Schopenhauer fuera de la escuela, con sus compañeros ateneístas). En segundo lugar, porque siempre estuvo involucrado en la política militante y la filosofía exige dedicación y serenidad. Sin embargo, la autora percibe una razón de fondo: Vasconcelos no quería ser riguroso conforme al criterio de la filosofía occidental, pues se rebelaba justamente en contra del concepto tradicional de filosofía y conocimiento. Como se había formado en la creencia de que el conocimiento se identificaba con la ciencia definida por los positivistas, proponía en contrapartida una noción de conocimiento extremadamente tenue —que no era fruto exclusivo de la razón ni tampoco un bien privativo del hombre. La emoción y la intuición —distantes, por definición, del rigor y la sistematización positivista y académica— serían fundamentales en este sistema.

Atravesamos épocas de desaliento, seguimos perdiendo, no sólo en soberanía geográfica, sino también en poderío moral. Lejos de sentirnos unidos frente al desastre, la voluntad se nos dispersa en pequeños y vanos fines [...]. Despojados de la antigua grandeza, nos ufanamos de un patriotismo exclusivamente nacional, y ni siquiera advertimos los peligros que amenazan a nuestra raza en conjunto. Nos negamos unos a otros [pp. 17-18].

Historia y mito. ¿Venimos de Atlántida?

En su esquema teórico, Vasconcelos empleó el concepto de raza para significar muchas cosas. Hablaba de raza cuando pensaba en cultura, en civilización, en pueblo y también en país y nacionalidad.²⁰ Hablaba de raza para nombrar cuatro grupos distintos de hombres (cuatro “razas”): rojos, amarillos, negros y blancos. Los rojos fueron los primeros, los hombres primordiales. Por eso Vasconcelos cuestionaba la idea de que los americanos habíamos sido “descubiertos”. En términos geológicos, está comprobado que somos viejos; por tanto,

¿cómo podremos seguir aceptando esta ficción inventada por nuestros padres europeos, de la novedad de un continente que existía desde antes de que apareciese la tierra de donde procedían descubridores y conquistadores? [p. 14]

Para comprobar nuestra antigüedad, no sólo geológica, sino cultural, Vasconcelos acudió a las ruinas de las civilizaciones mesoamericanas (Palenque, Chichén Itzá), según él, más antiguas que las encontradas en Europa y en Oriente. No obstante, también evocó el mito.²¹ Según él, respaldado por investigaciones en

²⁰ En su obra sociológica, sobretudo la dedicada a temas iberoamericanos, esa mezcla fue permanente. Ver, además de *La raza cósmica*, los ya mencionados *Indología* (1926) y *Bolivarianismo y Monroísmo* (1935).

²¹ Mariátegui llegó a comentar que *La raza cósmica* debería alimentar un mito, ya que “privada de mito, la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico” (*apud* Fell, 1989, p. 667). Sin embargo, la perspectiva de Mariátegui acerca del futuro de América Latina, a pesar de los elogios que dedicó a Vasconcelos, era diametralmente opuesta a la del autor mexicano. Luego de analizar la situación concreta de los indios, asociarla al tema de la lucha de clases y reconstruir el proceso de coloni-

curso (pero cuyos autores no se preocupó en citar...), la propia civilización atlántida habría florecido lo mismo en un continente desaparecido que en parte del que hoy es América (p. 13). Los americanos seríamos, en cierto sentido, herederos de la Atlántida, referencia que, como bien apunta Claude Fell, suena familiar a cualquier lector de Platón (1989, p. 641), y nos elevaría a un punto privilegiado del propio ideario occidental. Si ya estábamos en Platón, ¿podríamos haber sido realmente “descubiertos” por los europeos del siglo XVI?

Historia y mito, comprobación material y aquello que no se puede comprobar subsidiaban el sistema explicativo de Vasconcelos, para escándalo de cualquier adepto del positivismo (corriente a la cual, como sabemos, el autor se oponía sin reservas). Empero, la utilización de un método sustentado en la búsqueda de explicaciones “no con fantasía de novelista, pero sí con una intuición que se apoya en los datos de la historia y la ciencia” (p. 15) acaba por plantearnos algunos dilemas: ¿cuál, a final de cuentas, sería el límite entre intuición y fantasía, entre investigación científica e intuición?²² Vasconcelos partió de datos que juzgaba comprobables (de la ciencia y la historia) para llegar, intuitivamente, a la construcción de su teoría. Sin considerar el arrebato del lenguaje utilizado, trabajado en el sentido de seducir al lector para sus tesis, no se puede negar el fuerte carácter ficcional de este ensayo.

Probablemente el autor no se preocupaba por ello. No tenía un concepto precisamente halagador de la historia, lo que no dejaba de comprobar su familiaridad con los pensadores griegos, tan apreciados en el viejo círculo de los ateneístas:

zación de América Latina, Mariátegui jamás habría llegado a las mismas conclusiones que Vasconcelos (*cfr.* 1960, pp. 82-84).

²² Ya en la conferencia sobre la obra del positivista Gabino Barreda que dictó en 1910, el joven Vasconcelos alertaba al público: “al proclamar la libertad es urgente prevenimos contra las alucinaciones y perversiones de la especulación”. Y destacaba también que “la intuición fundamental del sistema filosófico no debe jamás estar en desacuerdo con las leyes científicas tal como se entienden en la época en que el sistema se produce” (*GB*, pp. 110 y 112 respectivamente).

La historia es el catálogo de la mediocridad enseñoreada de la Tierra, ignorante de los valores verdaderos de la existencia. Para el historiador, las grandes virtudes son excepciones de la costumbre [...]. Las grandes ideas escapan al historiador que tiene que preferir, sobre Sócrates, a los magistrados que lo condenaron, y sobre Platón, a los tiranuelos que sucesivamente lo persiguieron. La historia, en suma, es ciega y sorda para las cosas del espíritu y un amontonamiento de sucesos que no nos importan. Por eso se hallan tan por encima de la historia la Mitología, la Poesía, la Fábula, el Arte y la Literatura [ED, p. 405].

Para llegar a la raza síntesis, Vasconcelos despreciaba la historia y recurría al mito, y lo hacía, sin sombra de dudas, apoyándose en la literatura. Pero, de cualquier modo, si también hablaba de ciencia, ¿podía ampararse en el mito? Vasconcelos desechó cualquier coherencia científica al tejer una línea civilizadora que comenzaba con los hombres rojos de una supuesta Atlántida. Después de su desaparición, esa línea cruzaría mares y tierras hasta Egipto, pasaría por India y finalmente llegaría a Grecia (cuna de la civilización occidental, raza de hombres blancos). En una construcción como ésta, se vuelve realmente difícil creer que en la posibilidad de encontrar algún respaldo serio, tanto en la historia como en la ciencia.²³

La asociación Atlántida/América no desecha, sin embargo, una escala racial (cultural, si se prefiere) valorativa, implícita en el sistema vasconceliano. Cualquier avance asociado a los atlantes desapareció con ellos pues "la raza que hemos convenido en llamar Atlántida prosperó y decayó en América". Los europeos que llegaron a América encontraron, miles de años después, a otros americanos, ya que

²³ El mito de la Atlántida no era exclusivo de Vasconcelos en esa época. En 1943 Lobato pensó en escribir un libro infantil con la historia de América contada a la muñeca Emilia por el volcán Aconcagua: "la historia completa de América, desde cuando era un pedazo de Atlántida hasta hoy". Según Lobato, Emilia quería saberlo todo y ver "toda la tragedia de la destrucción de los incas, aztecas y mayas por los españoles invasores". Lobato planeaba escribirlo después de leer a Humboldt y otros autores, y de hacer un largo viaje por la costa del Pacífico, bordeando a los Andes, sueño que nunca realizó (BG, p. 358).

después de un extraordinario florecimiento, tras de cumplir su ciclo, terminada su misión particular, Atlántida entró en silencio y fue decayendo hasta quedar reducida a los menguados imperios azteca e inca, indignos de la antigua y superior cultura [pp. 14-15].

En la conquista europea del continente americano, se fundó, por lo tanto, un orden jerárquico (“la civilización blanca, al expandirse llegó hasta las playas olvidadas del continente americano para consumir una obra de recivilización y repoblación”, p. 16). La raza blanca, al igual que las anteriores, cada una en su tiempo, se convirtió en invasora del mundo. Sin embargo, según Vasconcelos, a pesar de que su predominio era igualmente temporal, su misión sería diferente: “su misión es servir de puente. El blanco ha puesto al mundo en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse.” Según Vasconcelos, sería durante la época actual que la civilización blanca organizada plantearía las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, “fruto de las anteriores y superación de todo el pasado” (p. 16).

Latinos y sajones

Dado su carácter emprendedor, sería la raza blanca la que uniría a las demás y permitiría su mezcla, iniciando un nuevo periodo de la historia. Vasconcelos recurre al pasado para observar que los hombres blancos que partieron rumbo a la conquista de América pertenecían a las dos ramas más audaces de la familia europea: eran latinos y sajones. Habría que buscar entonces entre esos hombres a aquellos que podrían convertirse en vehículos de la nueva etapa civilizadora.

Al volver una vez más a la historia, el autor constataba que el predominio sobre América, inicialmente latino, acabó por derribarse y verse suplantado por el sajón. A españoles indecisos (tristes frutos del militarismo y el absolutismo) se impusieron sajones victoriosos (con su sentido práctico, su confianza y su fuerza material). En la América en que escribía, esa disputa seguía viva y tenía hondas raíces en el pasado: mientras la separación política entre la colonia y la metrópoli sajona en lugar de debilitar “la

gran raza, la bifurcó, la multiplicó, la desbordó poderosa sobre el mundo" (p. 22), Vasconcelos lamentaba que "entre nosotros los españoles, por la sangre, o por la cultura, a la hora de nuestra emancipación comenzamos por renegar de nuestras tradiciones; rompimos con el pasado" (p. 22).²⁴

No obstante, el futuro podría representar un cambio. No de regreso al pasado, evidentemente, pues la posibilidad del retorno para Vasconcelos no se planteaba. Para el advenimiento de la nueva raza, congregadora por definición, nada mejor que una atmósfera internacionalista. Sin embargo, Vasconcelos oponía a ésta lo que llamaba patriotismo necesario, ya que, al analizar el contexto en que escribía su libro, observaba que el internacionalismo sólo serviría para consumir el triunfo de las naciones más fuertes; "serviría exclusivamente a los fines del inglés". Así,

el estado actual de la civilización nos impone todavía el patriotismo como una necesidad de defensa de intereses materiales y morales, pero es indispensable que ese patriotismo persiga finalidades vastas y trascendentales [pp. 19-20].

Obsérvese que, antes que nada, Vasconcelos defendía la unidad iberoamericana. En este sentido, en beneficio de su propio futuro, Hispanoamérica debía superar ideológicamente el nacionalismo que dividió el continente, para salvaguardarse de la incorporación o la desintegración cultural.

Es importante notar las cuestiones implícitas en el ensayo de Vasconcelos. Pensar en la disputa entre sajones y latinos evidenciaba el nuevo mapa mundial, resultante de la primera guerra mundial. La hegemonía europea había comenzado a sufrir la impetuosa amenaza norteamericana. A Estados Unidos le inte-

²⁴ Es importante observar estas dos alternativas de explicación para el comportamiento de los antiguos colonos de España. Debido a la sangre o a la cultura, los hispanoamericanos habían renegado de su pasado. Si, por un lado, Vasconcelos empleó la primera persona del plural para enfatizar la cualidad de españoles de los nacidos en la América hispánica, por otro, indicó que esta cualidad se había diluido con la formación de los Estados nacionales. En su intento de comprensión, acudió a las explicaciones que tenían como base el concepto de "carácter nacional" (*cfr.* Moreira Leite, 1969). Precisamente por eso, intentó justificar un comportamiento de carácter colectivo, con base en la "sangre", atenuándolo con la alternativa de la cultura.

resaba ampliar su liderazgo. La Doctrina Monroe, que cumplía entonces cien años, era enarbolada por los norteamericanos de manera cada vez más incisiva, acentuando gradualmente la dependencia económica y política de las repúblicas latinoamericanas respecto a los dictados e intereses del gobierno de Washington. El resto del mundo parecía conformarse con el hecho de que las Américas fueran un terreno destinado a la expansión imperial norteamericana (cfr. Hobsbawm, 1988, pp. 90, 434-435).²⁵ En ese nuevo contexto, ¿qué papel correspondería a los países latinoamericanos? Y a México, vecino de la grande y agresiva potencia, ¿qué conducta política le convendría tomar (sobre todo si recordamos su notoria inestabilidad política interna, resultante de la Revolución)? La respuesta era un iberoamericanismo cuyo liderazgo mexicano tal vez representaría una estrategia de autopreservación importante.

¿Utopía?

Sin embargo, a pesar de contener implícitamente las discusiones del momento, el proyecto de Vasconcelos era, inevitablemente, remoto. La imagen de una quinta raza, cósmica, difusora del monismo estético que anhelaba el autor, se perfilaba, en efecto, como un proyecto futuro, utópico. A lo largo de toda la segunda parte de *La raza cósmica*, Vasconcelos repetiría que Brasil, Argentina, el propio continente sudamericano, su pueblo, las ciudades

²⁵ A partir de la guerra de 1898 contra España, Estados Unidos sometió Cuba a la Enmienda Platt (para después ocuparla, en 1917); ocupó Puerto Rico, quitó Panamá a Colombia, intervino en Nicaragua, invadió México (1914), ocupó militarmente la República Dominicana y Haití. Como diría el sociólogo argentino José Ingenieros al recibir a José Vasconcelos con un caluroso discurso en homenaje a su trabajo cultural, la doctrina Monroe dejó de ser hipotética garantía contra eventuales injerencias europeas para convertirse en un grave peligro para los países del continente (cfr. Fell, 1989, p. 635). En *La ilusión americana*, cuya primera edición el gobierno brasileño confiscó, el monarquista Eduardo Prado ya perfilaba un acre retrato de la política norteamericana y la doctrina Monroe, ironizando la fraternidad norteamericana y describiendo en detalles las injerencias del gobierno de Estados Unidos en los países del continente. Además de Brasil, Prado dedicó atención especial a México, desde la guerra de ocupación de Texas hasta la relación de servilismo de Porfirio Díaz ante el gobierno y el capital norteamericanos (1895, pp. 47-67).

que había conocido, estaban ligados al futuro. Eran lugares del porvenir. Su misión aún no había comenzado.

En el sistema de comprensión del mundo elaborado por Vasconcelos, las etapas cumplidas bajo el dominio de cada raza tenían su inicio, apogeo y decadencia. La quinta raza, al reunir las mejores características de las anteriores, en un proceso de depuración, inauguraría una etapa sin fin.²⁶

La síntesis armoniosa, este feliz mestizaje que Vasconcelos vislumbraba e indicaba como solución para la propia conservación de la humanidad, apuntaba hacia un futuro que era casi un espejismo. Congregaba, sin embargo, elementos estructurales de las sociedades iberoamericanas que le daban especificidad. Y sería necesario valorizarlos si se deseaba llevar a cabo cualquier política de fondo nacional (continental). Vasconcelos, seguidor de Rodó y lector de Sarmiento, tenía —utópico o no, y por contradictorio, superficial o fuera de la realidad que pareciera— un proyecto iberoamericanista que orientó muchas de las directrices de su acción concreta en sus tiempos de ministro.

El modelo explicativo de Vasconcelos se componía de etapas. Sin embargo, lo que importa subrayar es que, de acuerdo con ese modelo, el autor afirmaba que “ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va”. En un país de mayoría indígena como México, Vasconcelos creía que “el indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna,

²⁶ Es posible percibir la influencia de Spengler (1993) en el modelo elaborado por Vasconcelos. El mexicano ahondó en el estudio de culturas distintas y delimitadas, como hizo su contemporáneo alemán. En todo caso, si no se inspiró en Spengler, Vasconcelos siguió al menos un modelo similar al suyo (recordemos que *La decadencia del Occidente*, fue publicada entre 1918 y 1922, antes, por lo tanto, de *La raza cósmica*). La idea de que cada “raza” “plantea su misión y se va” (RC, p. 25), indica la misma sucesión de etapas del modelo spengleriano. Si el alemán publicó el primer volumen de su libro en 1918, con el juicio de que se vivía el periodo de decadencia de la cultura occidental, Vasconcelos afirmó algo parecido al vislumbrar el advenimiento de la hegemonía de una nueva raza, en sustitución de la raza blanca —europea— todavía dominante. Por otro lado, en el modelo de Vasconcelos, marcado por su carácter cíclico, la presencia de rasgos evolucionistas es evidente. Al pensar en civilizaciones que llegan a un apogeo para luego iniciar su inevitable periodo de decadencia (Vasconcelos ilustró tal concepción con el ejemplo de los indígenas contemporáneos, meros epígonos de los atlantes del pasado), el autor mexicano adoptaba una concepción biologizante del contexto cultural.

ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina". Sin embargo, completaba el autor,

también el blanco tendrá que deponer su orgullo, y buscará progreso y redención posterior en el alma de sus hermanos de las otras castas, y se confundirá y se perfeccionará en cada una de las variedades superiores de la especie, en cada una de las modalidades que tornan múltiple la revelación y más poderoso el genio [p. 25].

Al plantear como fundamentales para la convivencia y la cooperación entre indígenas y blancos la aceptación, por los primeros, de que su tiempo ya había pasado, y la humildad de los segundos para aceptar el apoyo de sus "hermanos de otras castas", Vasconcelos creó un modelo de nación (siempre en el supuesto de raza) bajo la hegemonía de los blancos. A final de cuentas, por menos orgullo que los blancos tuvieran para aceptar a las otras etnias, no serían ellos, sino aquellas las que tendrían que renunciar a sus valores, creencias y costumbres, para poder adentrarse en la cultura moderna y, partiendo de ella, en la utopía de la raza cósmica. Aunque hablara de "síntesis", de una raza final, congregadora de las cualidades de las anteriores, Vasconcelos, al asignar al hombre blanco el papel de "puente" para el advenimiento del hombre nuevo, le otorgaba la prerrogativa del mando, la dirección de los caminos, y, finalmente, el establecimiento de leyes y valores.

Para Vasconcelos, el tiempo de los indios había terminado en el distante y mítico pasado atlante y el de los blancos se acabaría cuando éstos lograran hacer que la raza cósmica surgiera. Algunas de las directrices del programa ministerial de Vasconcelos ilustran la relación contradictoria entre acción e ideal. Como ya vimos (Capítulo 2), publicar a Platón y distribuirlo en los pueblos más apartados del país, donde la mayoría de la población no sólo no leía sino que no expresaba ni pensaba su mundo en español, parecía desde luego una tarea inútil. El proyecto del ministro aspiraba a la unificación cultural de México y eso sólo empezaría a lograrse con la conclusión de una primera y fundamental etapa: la alfabetización masiva en español (con la lengua occidental, blanca, funcionando como puerta de ingreso

en la cultura moderna). Como vimos, durante los cuarenta meses en que estuvo al frente de la cultura y la educación en el plano de la política federal, los avances en esta dirección de hecho fueron pocos. Sin embargo, tal iniciativa tuvo un efecto esencial para el proceso sociológico de conocimiento del país. Consiguió que las diversidades étnicas, culturales y regionales realmente aparecieran y acabaran por reconocerse como formadoras de toda una línea de reflexión que buscaba establecer la identidad o el carácter nacional mexicano.²⁷

Sin embargo, la idea de un “mestizaje” cultural, para no ignorar la terminología de la época, se fue imponiendo en los hechos. En ese contexto, la política vasconcelista de promover festivales de danza, música y teatro o estimular la producción y el consumo de artesanías acabó por configurar relaciones de doble sentido. Con la, por decirlo de alguna manera, estabilización ideológica que llevó a cabo la Revolución, la hegemonía cultural establecida fue la occidental, la lengua oficial siguió siendo el español. No obstante, el “otro” (aquellos indígenas cuyo tiempo “ya había pasado”, en palabras de Vasconcelos) siguió existiendo, interactuando, creando e influyendo en la cultura nacional mexicana.

Mientras tanto, en la polémica disputa entre latinos y sajones que Vasconcelos mencionaba, los segundos siguieron llevando la batuta. El patriotismo defensivo reivindicado por Vasconcelos como una estrategia posible para enfrentar el avance económico, tecnológico y cultural de los norteamericanos sobre el resto del continente, empezó a perder cada vez más fuerza, en el momento mismo en que Vasconcelos, ya como desterrado voluntario, publicaba su utopía en una editorial española.

²⁷ Después de la obra de Vasconcelos, aparecieron los clásicos *El perfil del hombre y de la cultura en México*, de Samuel Ramos, y *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz. Para una visión crítica al respecto de esta bibliografía, véase Bartra (1987).

MONTEIRO LOBATO

El viaje del escritor al “mar del pez Lobato”

Brasil es algo demasiado enclenque
para los planes que tengo en la cabeza.

A Barca de Gleyre

Después de enfrentar con estoicismo la quiebra de su “Cía. Gráfica Editora Monteiro Lobato”, su vencido propietario se mudó a Río de Janeiro.²⁸ Allí, como periodista, empezó a escribir sobre la situación política y la vida brasileñas. En sus textos, discutía problemas relacionados con la política financiera del país, los males de su burocracia, la aplicación de la justicia; criticaba la miseria imperante en las calles, la situación calamitosa del libro y las escuelas; analizaba temas de inmigración, trabajo, transportes y la actuación de la prensa (*cfr.* *MSB*; O; AV). Además, Lobato incursionó en la delicada cuestión de la utilidad de las fuerzas armadas. Aquéllos eran los últimos años de la República Velha, con Washington Luís en la presidencia. Los artículos de Lobato tuvieron gran repercusión.

Al presidente le simpatizaba el impulsivo escritor, lo que no dejaba de representar cierta tranquilidad para éste. De cualquier forma, el estilo irónico, la mordacidad, la verdadera osadía con que Lobato abordó, por conducto de su personaje “Mr. Slang”, temas tan polémicos como la función del ejército y de todas las demás creaciones del Estado (que siempre justificaban el aumento de los impuestos y el mantenimiento de una banda inmensa de parásitos), comenzaron a atraer hacia él una peligrosa antipatía (*cfr.* Caválheiro, 1955, p. 288; *MSB*, pp. 48-52, 73).

Fue entonces cuando Washington Luís decidió ofrecer a Lobato, por medio de Alarico Silveira, jefe de la Casa Civil, el puesto de

²⁸ La quiebra fue seguramente difícil para el escritor. Durante los años que la siguieron, Lobato publicó algunos artículos en la prensa, explicando con una mezcla de desahogo y justificación, cómo el gobierno brasileño era siempre el principal causante de la quiebra de las empresas, dada su pésima política económica. Además, no sólo ocasionaba la ruina de los empresarios, sino la del propio Estado a la quiebra (*cfr.* *MSB*, p. 27).

agregado comercial del gobierno brasileño en Estados Unidos. Además de alejar al independiente escritor de los artículos en contra de los militares y, por supuesto, de su peligrosa ira, la idea del presidente era, como nos cuenta Cavalheiro, lograr que Lobato se convenciera de que Brasil no era tan malo como decía (*cf.* 1955, p. 288). Monteiro Lobato nunca había salido de Brasil y siempre tuvo una admiración incondicional por Estados Unidos. Nada mejor que comprobar *in loco* la pertinencia de tanto deslumbramiento.

Lobato vivió con su familia en Nueva York entre 1927 y 1931. Regresó a Brasil después de los sucesos de octubre de 1930 (la revolución) y de la destitución de Washington Luís. Como sabemos, el autor regresó de Estados Unidos decidido a ignorar la literatura y entusiasmado por la metalurgia (por lo demás, de nuevo estaba prácticamente sin dinero, luego de la caída de la Bolsa de Nueva York, donde había arriesgado todo lo que tenía). Ahora, cultivaba un nuevo sueño de redención para el país. Lobato seguía sin creer en revoluciones (*cf.* A, pp. 291-292; "Prefácio", AV, p. 10). Defendía que la solución para el país residía en su autonomía en hierro y petróleo. A partir de 1931, la vida de Lobato fue una obstinada sucesión de búsquedas, odios y fracasos, que culminó en su prisión, durante el Estado Novo.²⁹

La cuestión que impulsaba al arrojado publicista en la búsqueda de soluciones fuera del plano específicamente intelectual era conseguir que Brasil progresara en términos económicos y sociales. Para ello, Lobato recetaba trabajo arduo y fortaleza de objetivos. Recetaba la búsqueda y la "aplicación de ideas avanzadas" y recomendaba, como buen liberal, que el Estado tuviera una influencia mínima sobre la economía del país.

Una de las ideas avanzadas que defendía Lobato era, como ya vimos, seguir (y no simplemente imitar) el modelo de desarrollo estadounidense. Las cartas que envió a Rangel entre 1927 y 1930 denotan simultáneamente el entusiasmo de Lobato en relación con Estados Unidos y su desencanto en relación con Brasil. Aun después de haber perdido mucho dinero en la bolsa, Lobato no llegó a cuestionar al modelo socioeconómico norteamericano.

²⁹ Para un análisis del contexto político de los años 1931-1941, cuando Lobato actuó como empresario del petróleo, véase Campos (1986, pp. 97-120).

En cuanto a Brasil, en un comentario sobre literatura y gusto literario, asumiendo su ignorancia respecto a lo que entonces ocurría en el país en ese terreno, no dudó en comentar al amigo: “nuestro Brasil anda tan lejos del mundo moderno, tan apartado de todo, que su estómago necesita platillos *ad hoc*, con medio siglo de retraso respecto al menú de las grandes tierras”(BG, p. 347).

Lobato lamentaba la ausencia de Brasil en el mundo moderno que había acabado de conocer en Estados Unidos. El trabajo hercúleo (y un tanto ingenuo) que decidió asumir se proponía ayudar a su país a modernizarse, por medio de un desarrollo económico, conquistado a través de la autonomía en hierro y petróleo. Ahora bien, la evaluación que Lobato hacía de Brasil en su carta a Rangel, aunque tratara específicamente de literatura, tenía que ver mucho más con la “modernización” económica y lo que ésta representaba en términos sociopolíticos, que con movimientos estéticos y culturales.³⁰

De hecho, los signos materiales de la modernización presidirían su descripción de Nueva York, siempre en contrapunto con su desconsuelo frente al marasmo brasileño. Utilizando una simpatía complaciente y un tanto irónica, Lobato describió “los rascacielos [...] el presupuesto de la ciudad, el perpetuo Amazonas de coches” a Rangel, que estaba “condenado a brincar de una ‘ciudad muerta’ a otra”, mientras él saltaba “de una ciudad viva a otra todavía más viva: Taubaté-São Paulo-Río de Janeiro-New York” (*cfr.* BG, pp. 338-339).

En su equipaje Lobato llevó a la “tierra de Henry Ford, el Jesucristo de la industria” (BG, p. 337), una idea promisoría y un producto acabado. El autor confiaba en que la edición en inglés de una novela que acababa de publicar se convirtiera en la semilla de una nueva editorial. La sucursal norteamericana de la “Companhia Editora Nacional”, que pretendía instalar en Nueva York, cumpliría su sueño de hacer fortuna “en la mayor ciudad del mundo”, que, en una imagen de evidente inspiración futurista, definiría

³⁰ Para la diferencia entre “modernización económica” y “modernismo” que parece llevar aparejada la perspectiva lobatiana, ver Berman (1986) y Anderson (1986, pp. 2-15).

como el lugar “donde los hombres se envenenan con el hedor de la gasolina de 80 000 coches” (*BG*, p. 337).

Es interesante observar cómo el culto a los elementos asociados al progreso técnico y la modernización socioeconómica —máquinas en cantidad, un alud ruidoso e interminable de coches, los sonidos en profusión de las estaciones de radio, la selva de rascacielos y la difusión subterránea de las metrópolis, todos apuntando hacia un camino lineal y radiante de expansión— era una presencia constante en los textos de Lobato. Eran estos elementos lo que más encantaba su rutina personal en el seno de la sociedad norteamericana.

En los textos de José Vasconcelos no encontraríamos tanta admiración e interés por este tipo de asuntos, aunque el mexicano también se preocupaba por cuestiones relacionadas con el desarrollo económico y tecnológico de su país. Intelectuales como Vasconcelos (ligados o no a la esfera política) trataban de expandir una visión humanista cuyo propósito era rescatar al conjunto de la población por medio de la cultura, ofreciéndole un sentimiento de nacionalidad que la pudiera hermanar.³¹ En ese sentido, elementos como progreso técnico y desarrollo económico serían consecuencia de la “armonización” espiritual que homogeneizaría a la población del país de acuerdo con un conjunto unificado de principios constructores.

Respecto al plano específicamente estético, en México, como ya comentamos (Capítulo 1), sólo un movimiento disidente —el “estridentismo”— se preocupó, de manera explícita y con carácter “programático”, por temas aparentemente apartados de este ideario humanista. En ese sentido, el intento de los estridentistas consistió en traer a su escenario elocuente y autoafirmativo, así fuera en el reducido espacio en que sus manifiestos circularon, algo del mundo exterior o, si preferimos, de la “modernidad” representada por los movimientos estéticos europeos. Sin em-

³¹ No debe olvidarse que Vasconcelos, además de haber vivido parte de su infancia cruzando la frontera, pasó muchos años de su exilio voluntario en Estados Unidos. El entusiasmo y la admiración incondicional de Lobato no encontraron tanto espacio en los análisis de Vasconcelos sobre el poderío de aquel país, aunque éste también escribió páginas importantes sobre el tema (*cfr. U; LT; I*, pp. ix-xi).

bargo, no tuvieron éxito, y enfoques como el de Vasconcelos predominaron por mucho tiempo, conformando una perspectiva en que, finalmente, el nacionalismo suplantó al iberoamericanismo soñado por el autor.

En Brasil, el modernista Oswald de Andrade supo aprovechar la mezcla de elementos simultáneamente contradictorios y complementarios identificables en el país —lo primitivo y lo avanzado, lo rural y lo urbano, lo nacional y lo cosmopolita— para la construcción de su “modelo” antropofágico de afirmación nacional. Este autor parece haber elaborado una, por decirlo de alguna manera, estrategia de acoplamiento entre elementos en principio dispares, pero que conformaban el paisaje urbano brasileño.³²

En cuanto a Lobato, su relación con tales elementos refleja una posición ambigua. Entusiasta del desarrollo económico, los avances tecnológicos, la adopción del modelo norteamericano por Brasil, Lobato no parecía aceptar con tranquilidad la convivencia, en su país, de esta dicotomía que Oswald de Andrade había observado muy bien. Eso explica su impaciencia, su intolerancia respecto a Brasil, los políticos corruptos y oportunistas y las elites que no asumían su verdadero papel. Eso explica también su permanente oscilación entre el escepticismo, que lo haría comentar en varias cartas que ya no se preocuparía por el futuro de Brasil, y la convicción mesiánica de estar en el camino correcto para finalmente hacerlo progresar.³³

Al llegar a Estados Unidos a principios de junio de 1927, Lobato fue recibido en el puerto por un agente de Henry Ford (*CE*,

³² Una serie de similitudes acerca a los estridentistas y los modernistas brasileños, aunque no hay noticia de algún intercambio entre ambos movimientos, que probablemente nunca se conocieron.

³³ Para ilustrar tal oscilación, basta detenerse en lo que Lobato escribió a Heitor de Moraes, pocos meses después de su llegada a Estados Unidos: “Brasil duerme. Desde aquí se escucha su pesado respirar. Duerme y está completamente ciego. Es un caso perdido” (*CE*, vol. 1, p. 214, octubre de 1927). Ya en una carta a Alarico Silveira, escrita luego de su regreso de Detroit, adonde había ido para conocer un nuevo proceso siderúrgico que juzgaba adaptable a las condiciones brasileñas, Lobato comentaba sin ninguna modestia: “Envía un abrazo al licenciado W. [Washington Luís] por haberme enviado aquí y dile al licenciado Mangabeira que no me mueva de aquí. Ya sé lo que puedo hacer...” (*CE*, vol. 1, p. 247, mayo de 1928).

vol. 1, pp. 212-213; *BG*, pp. 338-339).³⁴ Su deslumbramiento por la vida norteamericana avanzaba en la misma proporción que su impaciencia frente a Brasil. “¡Eficiencia! ¡Galope! ¡Futuro!”, tal era lo que el autor encontraba en Nueva York y lo haría concluir que había sido “un pez fuera del agua desde 1882”. Apenas ahora estaba en su elemento: la sociedad norteamericana, por su dinamismo, sería “el mar del pez Lobato” (*BG*, p. 338).

Lo importante en la permanente contraposición que Lobato establecía entre Brasil y Estados Unidos es que ésta, en realidad, se expandía en una comparación más amplia, entre la América sajona y la latina. Lobato, al igual que Vasconcelos, constataba las diferencias entre ambas. Sin embargo, desprovisto de cualquier residuo arielista, no encontraba ningún elemento capaz de volver la parte latina del continente superior a la parte sajona. Al contrario, el sueño que Lobato siempre mantuvo fue que Brasil se transformase en una especie de “Estados Unidos de América del Sur”.³⁵ El modelo en que el gobierno brasileño debería inspirarse estaba en América del Norte y en ninguna otra parte.

³⁴ Recordemos que Lobato, además de partidario de Ford, fue su traductor, prologuista y editor. Antes de embarcar a Estados Unidos, había concluido la edición de *Minha vida e minha obra* y de *Hoje e amanhã*. Asimismo, hizo traducir al inglés una serie de artículos suyos sobre Ford, publicados en *O Jornal*. Al contrario de los dos primeros libros, editados por la Companhia Editora Nacional, este opúsculo de 26 páginas, *How Henry Ford is regarded in Brazil*, lo publicó una editorial carioca. En la correspondencia publicada, Lobato nunca comentó los motivos que lo llevaron a editar los artículos en inglés y a no publicarlos en su propia editorial. Cavalheiro tampoco lo aclara. Sólo destaca que tal opúsculo se publicó antes de que hubiera algún plan de un viaje a Estados Unidos (*cfr.* Cavalheiro, 1955, p. 290). Aunque no sabemos si Lobato pensó en la edición de los artículos como un puente hacia el desarrollo de proyectos internacionales, el caso es que, al igual que las traducciones, también llegó a su destinatario. Sin embargo, según el propio Lobato, Ford lo conoció hasta octubre de 1927, cuando el autor ya vivía en Nueva York. En marzo de 1927, Lobato escribió a Rangel comentando que había recibido una carta de Ford, pero no comenta su contenido (*BG*, p. 337). De todas maneras, las traducciones y el pequeño libro sirvieron, por lo menos, como tarjeta de presentación a Lobato quien, en un viaje a Detroit, llegó a comer con el hijo de Ford y a recibir la sugerencia —que nunca cumplió— de escribir su biografía. Los libros le abrieron las puertas para ocuparse del hierro y, una vez más, para soñar con la fortuna (*cfr.* *CE*, vol. 1, p. 279).

³⁵ En 1928, en una carta a Alarico Silveira, Lobato, analizando, de manera documentada, las posibilidades de desarrollo de la metalurgia en Brasil, afirmaba que, con ella, el país podría salvarse de la “chinización” (crecimiento en población y miseria). “Seremos el hermano gemelo, el *twin* de Estados Unidos [...]. ¡Seremos el segundo país del mundo, el segundo foco industrial del mundo!” (*CE*, vol. 1, pp. 235, 237).

En lugar de temer o preocuparse por las injerencias de Estados Unidos en la política y la economía de los países latinoamericanos, Lobato las consideraba en cierto modo inevitables.³⁶ Al observar el poderío cada vez mayor de los norteamericanos en el ámbito mundial, llegó incluso a aventurar una profecía. Para Lobato, Canadá ya era, de hecho, un estado norteamericano, por su coincidencia de intereses con Estados Unidos. En cuanto a Centroamérica, afirmaba que ésta ya había sido medio engullida y no escaparía de los norteamericanos (*CE*, vol. 1, p. 215). Frente a la inexorabilidad de tal diagnóstico, Lobato ni siquiera tomaba en cuenta preocupaciones como la de Vasconcelos, que sugerían buscar estrategias culturales para enfrentar la influencia de Estados Unidos. Al contrario, el brasileño defendía la influencia e incluso la presencia estadounidense en el área, al afirmar, por ejemplo, que “la comparación entre California, Nuevo México y Texas con el resto del México *aún independiente* habla mucho en defensa de la asimilación” (p. 215, cursivas del autor).

En 1927, Lobato pronosticaba que, en breve, el mundo tendría “un tercer dueño”. A diferencia, sin embargo, de imperios como el romano y el británico, este nuevo imperio en formación no sería un “saco de gatos que se mantiene unido a fuerza”. Para Lobato, además de dominar el mundo, Estados Unidos ocuparía todo el territorio de Norteamérica, hasta el Canal de Panamá. Según el autor, dado su “poder de nacionalización, estas anexiones se fundirán en el todo con la misma homogeneidad de las viejas colonias inglesas”. En este sentido, en un futuro muy cercano, habría “200, 250 millones de habitantes, reunidos en un solo bloque, dueños de la mayor suma de energía potencial jamás observada en el mundo” (*CE*, vol. 1, p. 216).

Ahora bien, lo que Lobato definía como “poder de nacionalización”, responsable de la instauración de patrones de homogeneidad en los territorios incorporados, no se reducía a una sencilla y

³⁶ En realidad, el entusiasmo de Lobato por Estados Unidos era tan grande que el escritor, perdiendo su acostumbrado sentido crítico, llegó incluso a defender su imperialismo. Lobato no pudo, por ejemplo, evaluar con sobriedad la invasión norteamericana de Nicaragua ni entender la figura de Sandino (*CE*, vol. 1, pp. 257, 271; Cavalheiro, 1955, pp. 294-295).

seguramente conflictiva ocupación espacial. Era mucho más que eso: constituía la incorporación cultural, política y económica de la población de las regiones ocupadas, en un proceso de “americanización”. Desafortunadamente, Lobato no profundizó en el tema, de manera que no abordó cuestiones complejas como la soberanía nacional y el mestizaje cultural y racial. Cuestiones como éstas implicaban la discusión del prejuicio racial, la discriminación, la dominación cultural y, por supuesto, los conflictos nacionales. Preocupado como estaba por “profetizar” la hegemonía norteamericana, Lobato no se detuvo en asuntos tan problemáticos.

Es posible sugerir cierta semejanza entre el proceso de asimilación que imaginó y el proyecto de “blanqueamiento”, tan ardientemente defendido en Brasil a partir de finales del siglo XIX, con la intensificación de las corrientes migratorias europeas. Al defender la incorporación de los territorios latinos a Estados Unidos, Lobato se abstuvo de tocar el tema del mestizaje. Sin embargo, si recordamos que acreditaba a la presencia europea gran parte del progreso de São Paulo, podríamos inferir que pensaba en algo parecido respecto a la presencia estadounidense en los territorios hispanoamericanos.

De cualquier forma, no parece haber duda de que, para pensar con Lobato en “millones de personas reunidas y poseedoras de la mayor energía potencial del mundo”, no es posible aceptar la existencia de divergencias y conflictos. Sólo se puede pensar en armonía y colaboración. Según parece, el proceso de “nacionalización” previsto por Lobato implicaba necesaria y exclusivamente la aceptación, por parte de la población de las regiones ocupadas, de los valores estructuradores de la sociedad norteamericana. Ahora bien, pedir tal comportamiento a poblaciones portadoras de una cultura y una tradición de matriz ibérica (sin mencionar la cuestión de la presencia ancestral de pueblos indígenas y la influencia africana) y pertenecientes a Estados políticamente autónomos era, por decir lo menos, ingenuo. Si para Lobato tal proceso podía parecer natural, para Vasconcelos se presentaba, al contrario, como una situación límite contra la cual América Latina, unida, tendría que luchar.

Lo importante aquí es que, aun sin dedicarse al análisis más profundo que el tema requería, Lobato advertía el inexorable y

galopante dominio estadounidense sobre el conjunto de América y sobre el resto del mundo. En su defensa prácticamente incondicional del progreso económico como elemento civilizador, Estados Unidos ocupaba naturalmente el primer puesto. Al recorrer Wall Street, reflexionando en los “invisibles hilos de la dependencia económica” con los que la economía norteamericana sujetaba a miles de empresas y también a países como Francia, Inglaterra y Alemania, Lobato reforzaba la imagen de Estados Unidos como la potencia dominante (CE, vol. 1, p. 216).³⁷ Por eso, recomendaba a los brasileños conocer e inspirarse en el “pueblo líder —el Sol en torno del cual girará el sistema planetario de mañana” (CE, vol. 1, p. 215).

En su obsesión por el progreso y la eficiencia, Lobato hizo una clara elección del modelo social norteamericano: “mientras los *spanish* dictan discursos sobre Bolívars y Sandinos, el pueblo de acá construye una formidable civilización” (CE, vol. 1, p. 257).

Su comparación entre las Américas sajona y latina partía de una diferencia estructural: mientras en la primera las cosas importantes producían resultados, se materializaban, en la segunda, “sólo ocasionaban agitación, mucho griterío estéril, y todo acababa por quedarse igual” (cfr. CE, vol. 1, p. 273).

Si adoptamos la línea de pensamiento abierta por Lobato, el desbordamiento retórico de los colonizadores ibéricos y de los pueblos que formaron, al contraponerse al pragmatismo sajón, equivaldría a una resistencia cultural condenada a la extinción. Por sus ideas y preferencias, Lobato nunca podría ser un discípulo de Rodó.

³⁷ Para Lobato, había “mala voluntad de parte de Europa hacia el nuevo mundo” [Estados Unidos]. Los europeos tendían a buscar una “América con las pátinas que vuelven a Europa exquisita, olvidados de que la pátina no es obra de los hombres, sino del tiempo”. Según el brasileño, ninguna civilización poseía la grandeza de la norteamericana, porque ninguna se había “desarrollado en mejores condiciones de *soundness*” (CE, vol. 1, p. 229). A pesar de todas sus reservas respecto a Estados Unidos, Vasconcelos hizo desde Nueva York una comparación interesante, en el mismo sentido que la de Lobato: “el puerto del nuevo mundo nos impone su vitalidad; despertamos del semisueño en que nos deja Europa, el continente donde ya se hicieron todas las cosas, y nos fortalecemos con el aura del continente donde se están haciendo las cosas” (I, XI).

La novela futurista de la Tupy Publishing Co.

La idea de enriquecerse y “triunfar en América”, que condujo tantos aventureros a Brasil, parece haber sido importante para Lobato en su camino hacia Estados Unidos. Aunque partió como funcionario del gobierno brasileño, la libertad de acción que su puesto de agregado comercial le ofrecía tal vez podría traerle de vuelta la independencia económica y la iniciativa propia que antes había tenido en Brasil. Con la edición de la versión en inglés de su novela *O choque das raças...*, recién publicada en Brasil, Lobato pretendía convertir a la “Tupy Publishing Co.” en una puerta de entrada para los autores brasileños al mercado de Estados Unidos (Cavalheiro, 1955, pp. 292-293).³⁸

El propósito de Lobato era, desde luego, hacer fortuna y triunfar, pero lo notable aquí es que el autor pretendía realizar un sueño individualista por medio de un trabajo de carácter y objetivos colectivos. Su aspiración era crear una editorial que divulgara la producción literaria brasileña y que “creciera más que la Ford, haciéndonos todos millonarios: editores y editados” (*cfr. BG*, p. 337).³⁹ Al planear la divulgación de la literatura brasileña en el exterior, Lobato expandió los horizontes de una política cultural nacionalista, que venía desarrollando desde los tiempos de la *Revista do Brasil*, sin perder, empero, la perspectiva empresarial del lucro.

³⁸ El libro apareció en 1926, primero en capítulos publicados en el periódico carioca *A manbã*. Poco después, ese mismo año, fue editado por la Companhia Editora Nacional. En la primera edición, salió como *O choque das raças ou o presidente negro*; en las ediciones siguientes, el título fue invertido (*BG*, p. 335; *CE*, vol. 1, p. 200; *ChR*, p. 7). A lo largo del texto se mencionará el libro siempre por su primer nombre, imitando la manera en que Lobato se refería a la novela. Hombre de visión comercial, Lobato seguramente supuso que un “presidente negro” era algo inusual y, por lo tanto, llamativo. Un episodio relatado por Cavalheiro (1955, p. 197) refuerza esta idea. Al recibir a un autor negro, que apareció en la editorial con los originales de una novela, Lobato aceptó de inmediato publicarlos, con la condición de estampar la fotografía del autor en la portada. Editar era, de hecho, hacer psicología comercial...

³⁹ Cavalheiro cuenta que Lobato pretendía publicar *Macunaíma*. También prometió que la Tupy Company publicaría *Elza e Helena*, de Gastão Crulls, “en el caso de que la Tupy Company pase de ser un sueño a ser realidad” (*CE*, vol.1, pp. 217-218).

En 1927, ya en Estados Unidos, donde esperaba encontrar —y encontraría— la eficiencia general como principio social organizador, Lobato se dejó seducir por el simplismo de achacar la ineficiencia de Brasil a la pobreza resultante del hecho de que el país no producía hierro.⁴⁰ Sin embargo, a pesar de creer que el hierro (y, después, el petróleo) podría rescatar a Brasil de su estado de atraso y miseria, Lobato nunca logró librarse de otro simplismo, que sirvió muchas veces para apaciguar su peculiar exasperación ante el país: el hecho —mucho más difícil de solucionar— de que la sociedad brasileña fuera resultado de una irremediable mezcla racial.

En realidad, como ya vimos, esta última imagen y otras similares llenaban sus artículos, crónicas e incluso la literatura para niños. Lobato diría muchas veces que el mestizaje de indígenas, negros y portugueses era lo que impedía la evolución de Brasil. A final de cuentas, a la tendencia a la imitación y al conservadurismo, heredada de los portugueses, se sumaba el atraso representado por las creencias traídas de África y la barbarie de la selva. El camino rumbo al progreso era, por lo tanto, muy difícil.

Es curioso observar cómo manejaba Lobato estas imágenes. En los momentos en que dejaba de vigilarse, el prejuicio respecto a los indígenas y los negros se exhibía a plena luz. Otras veces, más cauteloso, usaba tales imágenes de manera irónica, normalmente para criticar algún hecho social o político, alguna deliberación del gobierno que juzgara retrógrada o para crear polémicas en el plano artístico-literario.⁴¹

Así como se dejaba llevar por explicaciones de connotación racial de este tipo, Lobato incorporaba expresiones científicas de carácter biológico para comprender temas relacionados con la realidad sociopolítica de Brasil. Expresiones como adaptación,

⁴⁰ "Todos nuestros males, económicos, financieros y morales, incluso la voracidad política, la falta de salud, la inmoralidad carioca, el fermento revolucionario, la peste del militarismo, etc., provienen de una causa única: pobreza, anemia económica [...]. Pero, ¿por qué somos pobres? ¿Cómo puede ser pobre un país de tal extensión territorial, con tales reservas de potencialidad? La respuesta se impone: *porque no produce hierro*." (CE, vol. 1, p. 233-234, cursivas del autor).

⁴¹ Su artículo "Urupês" fue una crítica al caboclo, pero también al culto de su imagen por las elites culturales como símbolo nacional.

instinto de conservación, parasitismo, equilibrio, selección, llenaban sus escritos, pero “adaptadas” en metáforas para explicar el Brasil. En este sentido, el país sufría “endémicamente” de “parasitismo burocrático”; los brasileños tenían una tendencia atávica a la imitación; los puestos más importantes del aparato estatal solían ocuparse de acuerdo con un “régimen de selección al revés”; y el libro —“*sub specie* papel”— no podía ser producido internamente porque, con los impuestos aduanales dos veces mayores que los de la seda, el gobierno brasileño había decidido condenarlo “a la extinción” (cfr. O, pp. 102-120; PV, p. 125).

Es necesario analizar *O choque das raças...*, la única novela de Lobato, específicamente destinada a la discusión de la cuestión racial. Su idea de publicar también este libro en Estados Unidos se apoyaba en el supuesto de que su tema polémico atraería mucho público. Lobato continuaba siendo pragmático, pero tal vez fue ingenuo de su parte suponer que un libro con un tema como éste sería publicado y aceptado en Estados Unidos, donde nunca había dejado de vivirse una situación conflictiva en torno a las relaciones interétnicas.

Entre los sueños y decepciones que caracterizaron la vida de Lobato en Estados Unidos, su libro no encontró editor y tampoco fue posible crear la Tupy Publishing Co.⁴² Frustrada

⁴² Antes de mudarse a Estados Unidos, Lobato ya pretendía publicar su libro allá. En 1926, contaba a Heitor de Morais que el libro iba a “cambiar el rumbo” de su vida, ya que el consulado norteamericano estaba “interesadísimo en él” (CE, vol. 1, p. 200). Justamente un año después, en carta a Gastão Crulls, el autor ya se notaba más reticente. Consciente del carácter polémico del libro, comentaba que cinco editores “conservadores y amigos de las obras bien portadas” ya habían rehusado publicar lo que Lobato llamaba ahora “huevo del escándalo”. Quería publicar *O choque das raças...* y provocar un escándalo literario. Como “un escándalo literario equivale por lo menos a 2 000 000 de dólares para el autor”, decía, habría dinero suficiente para poner en marcha su Tupy Company. Lo curioso es que, en esta misma carta, Lobato mencionaba que un editor judío estaba interesado en el libro, pero quería que se transformara en algo aún más escandaloso para lograr incluso una prohibición judicial. Lobato pensó en “injetar” un capítulo que narrara “la guerra de la que resultó la conquista de México por Estados Unidos y toda esa infección *spanish* de Centroamérica” (CE, vol. 1, p. 218). Antes de instalarse en Estados Unidos, Lobato también había montado todo un esquema de propaganda sobre la futura edición inglesa de su libro, notificando por telegrama a la United Press y a una cadena de periódicos esa versión (BG, p. 337). Tiempos después, contaba a Rangel que el relato no encontraba editor, porque “lo consideran ofensivo a la dignidad americana” (BG, pp. 338-339).

su estrategia cultural, Lobato decidió entonces dedicarse por completo a las cuestiones económicas e industriales.

Durante su auténtica "fiebre" por el hierro y el petróleo, Lobato abandonó la pluma, que solamente retomaría en los momentos de necesidad financiera. El libro *O choque das raças...* fue, en cierta forma, un último suspiro del escritor que, en adelante, a excepción de los cuentos para niños, se ocupó básicamente de artículos de circunstancia (o de denuncia, como *O Escândalo do petróleo* y *Ferro*). No sólo por esa razón debe examinarse la novela. Por más problemática que sea en términos específicamente literarios, y por más ligero que haya sido su autor en el tratamiento de las cuestiones que se planteó y para las cuales le faltaban conocimientos de sociología y psicología social, la novela, una mezcla de ciencia ficción a lo Wells y de propaganda radical de la eugenesia, puso a discusión elementos aún no "digeridos" por los intelectuales brasileños.⁴³ Tales elementos servirían de contrapunto a visiones optimistas —o utópicas— como la de Vasconcelos acerca del futuro latinoamericano.

La ficción como reflexión: la máquina del tiempo lobatiana

No deja de sorprender la redacción de una novela de ciencia ficción por un autor que debía su celebridad a la literatura de fondo regionalista de los cuentos de *Urupês*, *Cidades Mortas* y *Negrinha*,

⁴³ Wells fue una influencia importante para los intelectuales del periodo. Lobato, además de inspirarse en el inglés para escribir su novela de ciencia ficción, tradujo cinco libros suyos (entre los cuales, sin embargo, no se encontraba *La máquina del tiempo*, de 1895). Por su parte, Vasconcelos, en un artículo que no lleva su firma, pero que, a todas luces, es suyo, hace una apología de Wells y comenta la injusticia de que un pensador como éste —"constructor de fantasías sociales casi perfectas"— estuviera, en 1924, escribiendo artículos de periódico. De acuerdo con su visión —muy similar a la de Lobato— de apostar por un gobierno de elite, señalaba que hombres como Wells, Shaw, France, Rolland y Papini tendrían que haber sido aprovechados, después de la guerra, para la creación de un nuevo mundo. El artículo prosigue diciendo que "no se comprende que el progreso es imposible mientras ejerzan el poder los mediocres. El socialismo avanzado deberá traer como uno de sus postulados fundamentales el gobierno de los inteligentes, de los desinteresados y los iluminados; en una palabra, la geniocracia" (*La Autorcha*, núm. 1, 4 oct. 1924, p. 2).

y preocupado además por la vida y la salud de los Jecas Tatus del país.⁴⁴ Sin embargo, la seducción que el futuro y todo lo que se relacionaba técnicamente con el progreso ejercía sobre Lobato, explican en buena parte la escritura de *Choque das raças*.... Ya en 1905, el escritor comentaba a Rangel que andaba

con ideas de unas cosas a lo Wells, en las que entren imaginación, la fantasía posible y vislumbres del futuro —no el futuro próximo de Julio Verne, futurito de 50 años, sino un futuro de mil años. Voy a sembrar ahora las ideas y dejar que se desarrollen por diez o veinte años —y entonces me limitaré a cosechar, en el caso de que la plantación subsista [BG, pp. 66-67].

De hecho, Lobato esperó cerca de veinte años para cosechar los resultados de, según sus propias palabras, estas “semillitas” germinadas hacía tanto tiempo en sus “floreros mentales”. Lobato contaba en su novela un episodio del año 2228, ocurrido en Estados Unidos. La elección del escenario no presenta ninguna novedad: en la misma carta de 1905, en que comunicaba al amigo Rangel sus ideas de transformarse en el “H. G. Wells de Taubaté”, Lobato ya le anticipaba su gusto por la tecnología, la industria y el “estilo americano”.⁴⁵

Al hablar de caboclos y sacis o defender campañas de saneamiento, o por el hierro y el petróleo, la mirada de Lobato partía del presente —al que “veía, olía, tocaba”— y sugería salidas, alternativas, políticas que apuntaban hacia el futuro —al que, más que planear, soñaba. En sus diagnósticos y campañas, muchas veces se consideró un visionario. Así es que su *Choque das raças*... presentaba algo de lo que el autor preveía o esperaba encontrar

⁴⁴ El mismo Lobato comentó a Rangel que había escrito “una novela totalmente desligada de mi vieja literatura regional. Vino una cosa del futuro —allá del año 2228” (BG, p. 335).

⁴⁵ Lobato invirtió en la publicidad en el mercado brasileño. Cavalheiro (1955, p. 289) nos presenta el texto de una circular, escrita a mano por el mismo Lobato, que trataba de “seducir” a los libreros. Tal circular destacaba que Monteiro Lobato era autor “harto conocido y, como todos saben, el más leído de Brasil”, e insistía en el considerable poder que la “marca Lobato” ejercía entre el público. Bastaba ofrecer el libro a los clientes como “la primera novela de Monteiro Lobato”, para que las ventas superaran las expectativas. Sin embargo, el libro fue un rotundo fracaso.

en el mundo del futuro. Y, con la empresa de escribir una obra de ciencia ficción, una vez más Lobato se colocaba en el papel de precursor, como uno de los primeros, si no el primero, en dedicarse al género en Brasil.

La acción de *Choque das raças*... transcurre en el mismo año de 1926, fecha de su publicación. El narrador y protagonista, Ayrton Lobo, empleado de una firma comercial, adicto a la velocidad de la máquina más atractiva del momento, el automóvil, sufre un accidente camino a Friburgo y es recogido por un misterioso científico, el profesor Benson, quien lo lleva a su castillo para que se recupere. Ahí, el científico le enseña su impresionante invento: un complejo de máquinas que permite conocer el futuro y el pasado.⁴⁶

El episodio que sustenta la novela es, sin embargo, un conflicto ocurrido entre negros y blancos en Estados Unidos el lejano año de 2228. Pero, para llegar a esto, el autor desarrolla todo un esquema explicativo capaz de dar a la trama la verosimilitud necesaria, apoyándose, por supuesto, en la elasticidad que en ese sentido ofrece una novela de ciencia ficción. El primer paso de Lobato es describir el complejo de máquinas que permitirán que el “choque de las razas”, que aún está por ocurrir, sea analizado en todos sus detalles. Vale la pena conocer, en líneas generales, el aparato que el profesor Benson había creado.

El complejo lo formaban, básicamente, un “colector” de la energía universal —“principio, medio y fin de todo”— definida también como “éter”, polarizada en lo que el científico denominó “onda Z”: una corriente continua constituida por el “momento actual de la vida del universo”. El gran paso del profesor Benson había sido no sólo lograr “aprisionar” el presente en su aparato,

⁴⁶ Un elemento significativo en la novela es que la acción suceda en Brasil, protagonizada, sin embargo, por personajes de ascendencia y nombre extranjeros. El profesor Benson, el gran sabio inventor de la máquina del tiempo, era hijo de un minerólogo norteamericano y de una joven de familia de hacendados de São Paulo. Después de vivir muchos años en Europa, en donde se casó y se dedicó a los estudios científicos, regresó a Brasil para, con la herencia de sus padres, trabajar en su gran invención al lado de la hija (p. 55). Complaciente, discute con el joven brasileño y se sorprende cuando éste es capaz de dar una respuesta inteligente. El mismo Ayrton se sorprende de su episódica perspicacia, pues en términos generales le resulta difícil comprender el lenguaje del científico y todos los novedosos conceptos que maneja, inusuales en su cotidiano como simple empleado de comercio.

sino descubrir un medio de “envejecerlo”.⁴⁷ Para eso, empleaba el “cronizador”, aparato compuesto de un mostrador, como el de los relojes, en que el científico señalaba el momento que deseaba estudiar (la potencia del aparato alcanzaba hasta el año 3527). El profesor Benson explicó al sorprendido Ayrton que, debido al “envejecimiento” de la corriente del tiempo, “la evolución determinista que rigurosamente va a ocurrir en el universo con el paso normal del tiempo, se daba artificialmente dentro del aparato” (p. 49).

Para poder consultar la corriente que se quedaba, por decirlo de alguna manera, congelada en el interior del cronizador, el profesor Benson había inventado el “porviroscopio”, la culminación de su complejo de consulta al tiempo. Tal aparato disponía de un globo cristalino y de un visor, y funcionaba como un microscopio, propiciando el examen del tiempo en “cortes anatómicos” (lo cual permitía que el científico hiciera una serie de combinaciones entre los varios cortes temporales recolectados, para comprender mejor su desarrollo secuencial). Según la explicación del profesor Benson, en la consulta del futuro, el aparato tomaba el corte anatómico y lo desdoblaba “en la multiplicidad infinita de las formas de vida futura que están latentes en la corriente congelada” (*CbR*, p. 49). Operacionalmente, eso significaba que “la corriente perdía su forma concentrada y se visualizaba como en una proyección de cine, reproduciendo momentos de vida futura con la exactitud que van a tener un día” (p. 57).⁴⁸

⁴⁷ La descripción del “aprimonamiento” del presente recuerda en mucho el famoso *Aleph*, de Borges, escrito 23 años después. La diferencia aquí es que al contrario del “Aleph”, que congregaba una plétora de simultaneidades que se entrecrocaban, el “colector”, del profesor Benson “sólo” atrapaba las simultaneidades del momento “capturado”. Así, el aparato era capaz de captar “los cardúmenes de peces que en este momento agonizan en medio del océano al ser atrapados por el agua tibia de la corriente del Golfo; al juez bolchevique que en este momento firma la condena de un mujik relapso en un tribunal de Arkangel; [...] el leucocito que envuelve a un microbio malévolamente que penetró en la sangre de un fakir de la India; la gota de agua que salpica del Niágara y cae en un líquen de cierta piedra marginal; la matriz del linotipo que en cierta imprenta de Calcuta acaba de caer en el molde; la hormiguita que fue aplastada en la pampa argentina por el casco del potro que pasó a galope; el beso que Gloria Swanson empieza a recibir de Valentino en un estudio de Los Ángeles...” (*CbR*, pp. 44-45).

⁴⁸ Al contrario de Wells, que en *La máquina del tiempo* (1895) no se preocupó por describir detalladamente la estructura y el funcionamiento del poderoso aparato que había permitido a su inventor llegar hasta el año 802701 (Wells, 1987, p. 45),

En este breve resumen, puede advertirse que Lobato, teniendo el cuidado de resguardarse en el espacio abierto a la especulación, característico de la ciencia ficción, utilizó varios de los arquetipos científicos de la época. El profesor Benson era capaz de “aprisionar” la corriente del tiempo, y éste no era más que la propia vida, resultante, por su parte, de la combinación de dos elementos: el “éter” y el “interferente”, elemento que, según el científico, podría tener también el nombre de “Dios” o de “Voluntad”. El “interferente” había actuado sobre el “éter”, rompiendo la uniformidad de su vibración. A partir de esta quiebra primordial, el personaje explicaba que

el fenómeno vida, al cual podemos también denominar universo, se desarrolla por sí mismo, automáticamente, por *determinismo* [...]. De ahí es que los viejos filósofos puedan hablar de una ley de la causalidad, ‘todo efecto tiene una causa’; ‘toda causa produce efectos’, etc. [pp. 37-38, cursivas del autor].

Es evidente que Lobato trataba, sobre todo, de estimular la imaginación de su público lector, recurriendo a las referencias y el vocabulario de las ciencias de la naturaleza y al prestigio legitimador que habían mantenido, aún después del positivismo y a pesar de los embates vitalistas e irracionalistas.⁴⁹ Lobato apro-

Lobato se “desbordó” en explicaciones acerca del funcionamiento del complejo de máquinas que sería destruido ya en la página 74. La necesidad de verosimilitud tecnológica representa un marco diferencial entre la ciencia ficción de Wells y la posterior. La presencia de los aparatos y su funcionamiento se vuelven tan o casi tan importantes como el mismo desenvolvimiento de la trama. Wells, en cambio, describe ligeramente su máquina, como una especie de cabina atornillada, llena de barras de marfil, con una palanca para arrancar y otra para frenar, en la cual el viajero se acomoda para viajar a través del tiempo (p. 32). Lo más importante es la descripción del viaje: la observación, acompañada de las incómodas sensaciones de una montaña rusa, del paso del tiempo, como “la sucesión parpadeante del día y la noche [...] el paso del sol por el cielo” (p. 109).

⁴⁹ En este sentido, Ayrtón recordaba haber leído un artículo en el que “un sabio probaba que sólo hay fuerza y materia, pero como la materia es fuerza, los dos elementos son uno (p. 35). Por otra parte, la misma palabra “éter” (cuyo significado Lobato expande, al también emplearla como sinónimo de fuerza y átomo) tenía todavía resonancias científicas –a pesar de que la teoría del éter había sido cuestionada desde 1887, con el experimento de Michelson-Morley (en el cual residiría uno de los orígenes de la teoría de la relatividad), que cuestionaba la existencia de este sustrato

vecharía también las proyecciones que se habían hecho de las ciencias naturales en el ámbito de las “ciencias del espíritu”, como las denominó Dilthey. En la trama de su “máquina del tiempo”, se hacía notar la presencia del evolucionismo de Spencer. Siguiendo al filósofo inglés, Lobato definió “la ley de la evolución como una *complejidad*, una creciente heterogeneización de estructuras y funcionamientos, todo ajeno a las ideas del bien y el mal” (*cfr. BG*, p. 90). Los fenómenos no serían nada más que manifestaciones del “incognoscible”, que cabría a la ciencia estudiar. Por otra parte, utilizando el concepto de “determinación”, Lobato estableció un encadenamiento de hechos en una larga relación de causalidad, aliando pasado, presente y futuro. El comentario del profesor Benson es largo, pero significativo:

En esa imagen está toda mi filosofía; $2 + 2$ significa el presente; 4 significa el futuro. Pero, en el momento mismo en que escribimos $2 + 2$, el futuro 4 *ya está predeterminado antes que la mano lo transforme en presente lanzándolo en el papel*. Aquí, sin embargo, los elementos son tan sencillos que el cerebro humano, por sí mismo, al escribir $2 + 2$, ve inmediatamente el futuro 4. En un caso más complejo todo cambia. Donde en lugar de $2 + 2$, tengamos, por ejemplo, Bastilla, Luis 16, Danton, Robespierre, Marat, el clima de Francia, el odio de Inglaterra allende la Mancha, la herencia galesa combinada con la herencia romana, los mil millones de factores, en resumen, que hacían la Francia de 89. Aunque todo eso predeterminara el “cuatro” *Napoleón*, ese futuro no podría ser previsto por ningún cerebro debido a la debilidad del cerebro humano [*ChR*, p. 39, subrayados del autor].

Es interesante observar el procedimiento que Lobato utilizó para reducir a números la larga sucesión de hechos, personajes y contextos: los “mil millones de factores” —que conformaban el “ $2 + 2$ ” de la Francia de 1789 y que culminarían en el “4”, repre-

material a través del cual la luz se propagaba (Williams, 1993, pp. 10-12, 34). Lobato seguramente tuvo acceso a los textos de difusión del trabajo de Einstein. Y debe comentarse que las revistas *El Maestro* y *La Antorcha* publicaron resúmenes de la teoría de la relatividad, con el fin de poner a sus lectores al corriente en cuanto a lo más reciente y revolucionario en el ámbito de la ciencia (*cfr. El Maestro*, núm. 4, jul., 1921; núm. 5-6, sep-oct., 1921; núm. 10, ene-feb., 1922).

sentado por Napoleón. Al usar esta metáfora, Lobato intentaba mostrar que la simplicidad y claridad de los procedimientos matemáticos, con su posibilidad de demostración, podrían igualmente encontrarse en el terreno de las ciencias humanas.

Para el autor, si no fuera por la “debilidad del cerebro humano”, la posibilidad de retención de todos estos elementos enumerados indicaría nítidamente el futuro. El fabuloso invento del profesor Benson servía precisamente para solucionar esa debilidad, al ampliar la capacidad de percepción del cerebro humano, almacenando instantáneas del tiempo que podrían combinarse en láminas anatómicas para su mejor comprensión. En ese sentido, esta máquina del tiempo funcionaba como una especie de gran archivero, en el que la predeterminación actuaba como elemento fundamental, propiciando que el científico respondiera a la elocuente pregunta de Ayrton —¿si ese futuro todavía no existe, cómo lo puede ver?—, diciendo que “el 4 antes de ser escrito también no existe; sin embargo, el amigo lo ve tan claro en el presente $2 + 2$ que lo escribe incontinenti” (p. 39).

Un detalle importante en cuanto al libro de Lobato es que su “máquina del tiempo”, al contrario de la de Wells, no confería al usuario el poder de viajar a través del tiempo, interfiriendo en su desarrollo. La máquina de Lobato sólo permitía “observar” el desdoblamiento del tiempo “artificialmente” aprehendido. En este sentido, cuando el científico consultaba el futuro, sobre el cual su acción individual no tenía ningún efecto, sencillamente podía comprender, “comparando cortes temporales anatómicos”, el porqué de las situaciones que observaba. Tal modelo permitía explicar los hechos sin la necesidad del recurso al azar, elemento incontrolable y, justamente por esa razón, fuera de lugar en el esquema elaborado por Lobato.

Sin embargo, es importante subrayar que si bien tales concepciones parecen establecer un esquema perfecto, el propio autor presentó elementos para relativizar su alcance. Según el profesor Benson, si el futuro estaba abierto al conocimiento, el pasado también lo estaba. El científico podía usar su “cronizador” para provocar una involución en la corriente universal, lo que le permitía hacer cortes anatómicos del pasado. Así, al introducirse en el pasado, la máquina haría posible confrontar

los registros que los historiadores produjeron sobre él. Y aquí, Lobato aprovechaba para afirmar que

La Historia es la más bella novela anecdótica que el hombre viene componiendo desde que aprendió a escribir. Pero, ¿qué es lo que la Historia tiene que ver con el pasado? Toma de él hechos y personajes y los va estilizando al gusto de la imaginación artística de los historiadores. Nada más [pp. 50-51].

En cuanto a los documentos de época, que Ayrton mencionaba como pruebas de los hechos, el profesor los definía simplemente como una estilización parcial hecha por los interesados. Del presente y el pasado, Benson decía que sólo podemos tener vagas sensaciones. El científico mencionaba *La Cartuja de Parma*, para señalar que los

pobres seres que inconscientemente funcionaron [en la batalla de Waterloo] como actores, confinados a un campo visual muy limitado, nada vieron, y de hecho nada podían ver del cuadro heroico que los escenógrafos de la historia compondrían sobre el tema. He ahí el presente... [p. 51].

En cuanto al pasado, el profesor Benson parecía creer que la visión panorámica propiciada por su complejo de máquinas —realizada a partir de una perspectiva futura y, por eso, construida sobre un amplio campo visual— lo llevaba a “ver” los acontecimientos como realmente sucedieron (o, utilizando la conocida terminología de Lobato, lo llevaba metafóricamente a “verlos, olerlos y tocarlos”, sin el recurso a la “ficción” escrita por los historiadores). Así es que el invento del profesor Benson representaba la oportunidad de ampliar las posibilidades de aprehensión del cerebro, logrando, en efecto, que asiera la “totalidad de la corriente universal”.

Es interesante contraponer las posibilidades abiertas por este complejo de máquinas para “ver” el tiempo y la definición de historiografía que expone Lobato, por conducto de su personaje. En ella se insertaba una crítica al tradicional postulado de Ranke, que proponía enterarse de aquello “que en la realidad sucedió”. Si tal postulado no es factible, el registro de la historia

podría ser pensado, en efecto, como ficción. El invento del profesor Benson, que sólo existiría en las primeras 75 páginas de *Choque das raças...*, apuntaba hacia una aproximación entre las ciencias humanas y las exactas y experimentales, de manera que las primeras incorporaran los procedimientos de las segundas. Entonces, el lugar del relativismo, de las dudas y las alternativas podría dejar de existir y, al crear una máquina como ésta, el hombre podría extender su mirada hacia el pasado y el futuro con la misma omnisciencia.

Sin embargo, a pesar de la fe del profesor Benson en su creación, podemos afirmar que ella representaría apenas un instrumento más de lectura. A final de cuentas, su producto—visiones instantáneas del tiempo—provenía, también él, de criterios de selección, aunque el autor, recurriendo al concepto de predeterminación, impidiera que la presencia del azar cambiara el rumbo que los acontecimientos deberían tomar.

El profesor Benson enseña su fabuloso invento a Ayrton y después lo destruye. Benson está al borde de la muerte y teme que su creación caiga en malas manos. Con la destrucción de la máquina y la muerte del científico (que sucede poco después), lo único que queda de aquélla son los recuerdos de Miss Jane, hija del profesor, que también la consultaba, y el posible registro de estos recuerdos, significativamente en forma de ficción, por medio del propio Ayrton, que será alentado por la muchacha a convertirse en escritor. Así, será Miss Jane quien finalmente narre el “choque de las razas en el año 2228”.

Conceptos del siglo XIX en el mundo del siglo XXIII

Podemos pensar en *O presidente negro ou o choque das raças* no simplemente como una novela fallida, sino también como una especie de recopilación de elementos y cuestiones teóricas que preocupaban a su autor. Literariamente, como apuntó Cavalheiro, el libro fue un auténtico fracaso (1955, p. 275). Producto de 22 días de trabajo (*BG*, p. 335), la novela al estilo de Wells—a pesar de haber sido anunciada con 20 años de anticipación—sufrió los efectos del tratamiento superficial que Lobato dio a los elementos de la trama y la construcción de los personajes.

Mala novela o no, *O Choque das raças*.... representó, por una parte, la materialización del interés de Lobato por el futuro y todas sus posibilidades.⁵⁰ Por otra parte, significó el intento, simultáneamente temerario y torpe, de imaginar el futuro recurriendo a conceptos que el propio Lobato ya había cuestionado, pero que, como ya constatamos, siempre volvían a asaltarlo. Principios evolucionistas, el binomio medio y raza como explicación del “atraso” o el “avance” de sociedades como la brasileña y la norteamericana, el mestizaje como solución étnicamente empobrecedora y la defensa de la eugenesia: conceptos como éstos ayudarán al autor a “explicar” el mundo del futuro.

Adicto él mismo a las máquinas (entusiasta del automóvil, la máquina de escribir, el cine y la cámara fotográfica, en cuyo uso llegó a especializarse), Lobato preparó un camino literariamente verosímil que le permitiera llegar al futuro mediante la creación de inusitados aparatos científicos. Pero, además, el escritor anticipó en el presente de la trama, que era su propio presente (1926), los elementos que harían de Estados Unidos el principal país de ese futuro y el escenario del famoso episodio racial.

Es importante notar que, antes de entrar en la narración de la trama propiamente dicha, Lobato aprovechó la caracterización del personaje de Miss Jane para plantear una primera defensa: la defensa de las “ideas propias”. Lobato nunca quitó el dedo del renglón respecto a este tema. Defender las propias ideas constituía para él un modelo de conducta que deberían seguir, individualmente, todos los hombres y, colectivamente, todos los pueblos. Lobato, que siempre había criticado la tendencia “atávi-

⁵⁰ Además de interesarse en la creación de aparatos “futuristas” y teorías científicas adecuadas a ellos, recurriendo a elementos como “tiempo artificial” y “onda Z”, en su novela Lobato también imaginó el futuro en términos de transformaciones sociales. Por tanto, el científico y su hija pueden observar la comunicación por “radiosensación” y el trabajo a distancia —los empleados trabajaban en sus casas y “radiaban” el trabajo a los despachos, por medio de ondas hertzianas— lo que hacía que las calles fueran lugares agradables y no el infierno del siglo XX (p. 120). En el Estados Unidos del año 2228, conocieron Erópolis —la ciudad del amor— concebida exclusivamente para los enamorados y las parejas en luna de miel, que sólo permanecían ahí durante el “periodo de la ebriedad amorosa” (p. 129). Además, se enteran de la existencia de unas “vacaciones conyugales obligatorias” y de los “Gabinetes Eugenómétricos”, responsables de la armonización prenupcial que convertía el divorcio en un evento raro (p. 168).

ca" de los brasileños a la imitación, defendió en esa novela que, a partir de la observación de los hechos, la gente tuviera la capacidad, demostrada por Miss Jane, de tener ideas propias, "frutos sencillos y lógicos de un árbol nacido de buena semilla y desarrollado sin compromisos o imposiciones externas" (p. 89).

Entre las ideas de la joven Miss Jane estaba aquella que sería objeto de la segunda defensa del autor: la de la grandeza de Estados Unidos. Miss Jane emprendería su apología, al describirlo como un país impulsado por el criterio de la eficiencia y cuyo símbolo máximo era Henry Ford. En la caracterización de Estados Unidos, Lobato recuperó dos asuntos que, como ya sabemos, eran fundamentales para él: el elogio al magnate de la industria norteamericana y la oposición entre dos idealismos: el sajón y el latino. La comparación es inmediata, el idealismo de los norteamericanos no es el idealismo latino que recibimos con la sangre. El suyo tiene una forma específica, peculiar y cuya implantación es imposible en pueblos no dotados del mismo *carácter racial* (p. 85). Entre el idealismo utópico, que es el latino, y el orgánico, que es el sajón, Lobato prefería al segundo, como la "programación de las posibilidades que se encajan dentro de la naturaleza humana". Como ilustración, comparó Emerson y Rousseau e indicó su propia elección filosófica.

Ford, como idealista orgánico, sería el prototipo del Estados Unidos del presente de la novela —y del presente de su autor. Más aún, en *O Choque das raças...* Lobato haría de la influencia de Ford el elemento rector no sólo del futuro norteamericano sino mundial. Para Lobato, Ford era un idealista orgánico exactamente porque soñaba "la realidad del mañana". Y por eso, tras haber contemplado el panorama del futuro, Miss Jane podía afirmar que "había encontrado reflejos de su pensamiento en todas partes" (p. 87).

Entre los prodigios de Ford en el presente, se contaban "la descentralización de la industria urbana, la estandarización de todos los productos" y la armonización social que se desprendía de una organización industrial basada en la cooperación (p. 87). A partir de tales ejemplos, Miss Jane reafirmaba las maravillas del pueblo norteamericano, para justificarlas con viejos argumentos. Ahora bien, los estadounidenses no podían dejar de ser como eran

ni de tener un futuro brillante, puesto que América era “la zona feliz que desde el inicio atrajo a los elementos más eugenésicos de las mejores razas europeas”. Y el entusiasmo de Miss Jane se traducía en preguntas retóricas: ¿Dónde está la fuerza vital de la raza blanca, si no allá? ¿Las gentes del *Mayflower*, quiénes eran? (cfr. p. 87). Evocando el pasado, afirmaba que

el proceso inicial de América se volvió el proceso normal de su crecimiento a lo largo de la historia. Olas sucesivas de los mejores elementos europeos se fueron para allá. Después vinieron las leyes selectivas de inmigración, y las masas que la buscaban, ya de por sí buenas, fueron seleccionadas al llegar. Permanecía “la flor”, “el rastrojo” regresaba... Observe el enriquecimiento de valores humanos que eso representó para aquella nación [p. 88].

El fenómeno eugenésico norteamericano, que la joven apuntaba y enaltecía, hacía de este país, en 1926 (cuando este personaje recordaba su pasado y su futuro), el centro económico del mundo y un lugar “para todos los artistas, todos los sabios, todos los espíritus animados por la llama creadora, que en su patria no encuentran condiciones propicias de desarrollo” (pp. 88-89). Según Miss Jane, lo que distinguía a Estados Unidos del resto del mundo era que la semilla que le dio origen no contenía en sus cotiledones las venenosas toxinas (los espíritus de casta y de clase) y, por eso, florecería. En el futuro, Estados Unidos sería un país saludable y vivo, en medio del “marasmo fatalista” y a la “agitación estéril” (pp. 90, 115), datos que Miss Jane “confirmaría” en todas sus “consultas”.

El único punto débil en la “feliz composición inicial” del gran país había sido la entrada obligada del elemento negro, hecho que sólo sería “resuelto” en 2228. Al hablar de los negros, la comparación entre Brasil y Estados Unidos aparece en la novela por primera vez, con la discusión del asunto todavía neurálgico en los años veinte: el mestizaje, entendido como la senda necesaria para el paulatino blanqueamiento de la población brasileña. Ayrton consideraba el mestizaje una “solución práctica” y, en ese contexto, los brasileños eran todavía más pragmáticos que los norteamericanos. A final de cuentas, afirmaba jubiloso, “dentro de cien o doscientos

años nuestro negro habrá desaparecido por completo, en virtud de cruzamientos sucesivos con el blanco" (p. 90).

En la respuesta de Miss Jane, encontramos uno de los mayores "clichés" entre los adeptos de la "desigualdad de las razas" y los defensores de la eugenesia. Según la joven (¿Lobato?!), la solución brasileña había sido mediocre:

dañó las dos razas, al fusionarlas. El negro perdió sus admirables cualidades físicas de salvaje, el blanco sufrió el inevitable deterioro de carácter, resultado de todos los cruzamientos entre razas dispares [p. 90].

Al comparar el futuro de los dos países, la joven apunta que en oposición al amor que "mató en Brasil la posibilidad de una suprema expresión biológica, en América el odio creó la gloria del eugenismo humano..." (p. 91).

A partir de tales elementos, Lobato construye el escenario de Estados Unidos en el siglo XXIII. Retomando la inmigración selectiva del pasado, el gobierno de ese país había decidido obstaculizarla con un "maquiavélico sistema de drenaje", organizando en los países europeos un "servicio de importación de valores humanos, consistente en atraer hacia allá la fina flor eugenésica de las mejores razas europeas" (p. 94). Después de haber privado a Europa de sus elites, el gobierno cerró las fronteras del país y el crecimiento demográfico llegó a ser apenas vegetativo. El desequilibrio entre la población blanca y la negra se dio a partir de este hecho, aunado a la decisión de las "élites pensantes de restringir la natalidad, resucitando las ideas eugenísticas [*sic*] de Francis Galton". Así, en tanto los "blancos empezaban a superarse en términos de cualidad, los negros persistían en crecer en cantidad". Cuando el gobierno finalmente decidió crear el "Ministerio de la Selección Artificial, extendiendo sus reglas a toda la población, la presencia negra ya era inmensa" (p. 95) y la lucha entre negros y blancos por el control del país inevitable.⁵¹ Como vemos, para

⁵¹ Miss Jane cuenta al sorprendido Ayrton que tal ministerio había implantado la "sabia ley espartana, que redujo prácticamente a cero el número de los desgraciados por defectos físicos" (pp. 95-96) y prohibió la reproducción de los "lisiados por deficiencia mental". Se decidió también la esterilización de los "degenerados malforma-

Lobato la prerrogativa de formar parte de las “élites pensantes” era racial, lo que establece una estratificación todavía más injusta en la sociedad que describe como modelo.

¿Y qué decir de Brasil en el mismo periodo? ¿Cómo lo imaginaba Lobato? Según *O Choque das raças...*, en el siglo XXIII Brasil estaría inevitablemente dividido en dos. Si consideramos la confianza de Lobato en la primacía de la eficiencia y su deseo de que Brasil ocupara el papel de vicelíder mundial, ¿qué podemos encontrar en el panorama del futuro construido en la novela? En primer lugar, la emancipación del sur industrializado y europeo, del norte atrasado y mestizo. En segundo, la confirmación de la supremacía del clima como elemento fundamental en el tema de la ocupación civilizadora (y en la explicación de las diferencias regionales).

En el futuro que Miss Jane había conocido, uno de los países resultantes de la división del Brasil, el del sur —hijo del “inmenso foco industrial de las orillas del río Paraná”—, era centralizador de toda la grandeza sudamericana” y ocuparía en el mundo el lugar inmediato a Estados Unidos en eficiencia (p. 98). El otro, sin embargo, el del norte, “una república tropical, se agotaba todavía en las viejas convulsiones políticas y filológicas. Discutían sistemas de voto y la colocación de los pronombres de la semi muerta lengua portuguesa”. Según Miss Jane, los sociólogos veían en ello el reflejo del desequilibrio sanguíneo, consecuencia de la fusión de cuatro razas distintas, el blanco, el negro, el rojo y el amarillo, este último predominante en el valle del Amazonas (pp. 98-99).

La investigadora del futuro no veía la futura división del Brasil en dos países con tristeza. Al contrario, ésta constituía la mejor solución posible, “dado el error inicial de la mezcla de las razas”. Si la parte cálida del país se quedó sufriendo el error y sus consecuencias, diría Miss Jane, la parte templada se salvó y pudo seguir el camino correcto. Además, continuó siendo uno de los

dos mentales, en resumen, de todos los individuos capaces de perjudicar con una mala descendencia el futuro de la especie”. La nota mórbido-humorística de Lobato no se hace esperar: Miss Jane comentaría que con el empleo, en la *creación del* hombre en Norteamérica, de los admirables procesos a los que hoy se recurre para obtener bellos caballos, “desaparecieron los sordomudos, los lisiados, los locos, los leprosos, los místicos, los retóricos, los timadores, los corruptores de menores, las prostitutas, la legión completa de malformados física y moralmente, causantes de todas las perturbaciones de la sociedad humana” (p. 97).

grandes países del mundo en cuanto a territorio, ya que se juntó a Argentina, Uruguay y Paraguay en torno al río Paraná. Ahora, ya no eran los vínculos de sangre sino los intereses económicos y geográficos los que imperaban.

Los argumentos que Lobato decidió utilizar para “explicar” la futura división de Brasil obedecían a los más evidentes parámetros evolucionistas y deterministas. En primer lugar, el autor partía del principio de que el mestizaje ocurrido en el país —la mezcla de “razas desiguales”— no podría haber generado buenos frutos. Ahora bien, si recordamos el auténtico periplo que implicó la reconstrucción intelectual de Jeca Tatu, exactamente para que la fuerza de los atavismos dejara de condenarlo al eterno fracaso, cuesta creer que, poco tiempo después del lanzamiento de su “Jeca Tatuinho” (para no hablar del prólogo a la cuarta edición de *Urupês*, en el que pediría disculpas públicamente a Jeca), Lobato sería una vez más presa fácil de los conceptos que había intentado combatir.

Si en los textos sobre la situación de los caipiras Lobato había dicho que la curación de éstos les permitiría llegar a ser iguales o mejores que los italianos y portugueses, en *O Choque das raças...*, el elemento nacional no tendría evaluación tan “gentil”. Al contrario, sería la inmigración europea la que recibiría más elogios. Para el Lobato de *O choque das raças...* la llegada de más y más olas migratorias rescataría el sur del país de una situación de permanente atraso y discusiones ociosas. Los inmigrantes europeos cumplirían un papel de rescate que, hasta entonces, Lobato pocas veces les había reconocido. Las olas migratorias acabarían con el eterno conflicto entre argentinos y brasileños, todavía bajo la influencia de las antipatías sanguíneas, resultantes del elemento inicial luso-español (pp. 99-100). Su presencia hermanaría a los pueblos sureños y los reuniría en un mismo bloque.

Después de abordar específicamente la cuestión racial, Lobato arribó a la cuestión igualmente problemática de la influencia del medio. En textos anteriores, el autor había intentado al menos relativizar la importancia de interpretaciones a lo Buckle, muy en boga en las primeras décadas del siglo. Sin embargo, en su novela futurista, Lobato se dejó llevar por lo más fácil: Brasil se había dividido en dos a causa de la diferencia climática. El norte

no fue poblado de la misma manera que el sur, ya que entre los europeos sólo los portugueses se adaptaron a la zona caliente. Además, gracias a las afinidades con el negro, continuaron el viejo proceso de mestizaje, acabando por formar un pueblo de mentalidad incompatible con la del sur (p. 100).

Si recordamos los arrobos separatistas de Lobato y su convicción de que, principalmente durante el gobierno de Artur Bernardes, existía una campaña orquestada desde el Palacio do Catete para impedir que São Paulo prosperara, podemos entender la separación de los “dos Brasiles” vislumbrada como solución definitiva en el siglo XXIII (aunque sólo en el plano de la ficción). Si recordamos también las afirmaciones racistas de Lobato y su menosprecio hacia dos de los tres elementos étnicos constructores del “tipo nacional”, para usar la terminología del periodo, podemos entender por que la separación de los “dos Brasiles” se apoyaba además en la cuestión racial, reforzada por la diferencia climática. En el Brasil cálido sólo la barbarie y las malas mezclas tendrían lugar. En el Brasil templado, la “civilización” no solamente se adaptaría sino que prevalecería.

En cuanto al “choque de las razas” que Miss Jane finalmente narraría a Ayrton y a los lectores, su carácter ineludible radicaba precisamente en el hecho de que en Estados Unidos, al contrario de Brasil, el mestizaje no había sido en realidad relevante. Miss Jane construye un largo elogio de la sociedad norteamericana del siglo XXIII, en el cual la presencia negra ha sido prácticamente descartada:

el principio de la Eficiencia había solucionado todos los problemas materiales de los americanos, como la eugenesia había solucionado todos sus problemas morales. En la productividad y uniformidad del tipo, aquel pueblo recordaba a la colmena de las abejas. Casi no se distinguía un individuo de otro, pues tomar a un hombre al azar era lo mismo que tener en las manos una poderosa unidad de eficiencia dentro de un admirable tipo ario de piel cobriza [pp. 115-116].⁵²

⁵² Es curioso este elemento en el relato de Lobato: el efecto del ambiente americano sobre sus habitantes (blancos y negros) transformaría con el tiempo sus rasgos fenotípicos, dotándolos de un rastro del pasado primordial del continente. El color cobrizo del indígena —a pesar de que ya no había indios en la región— era una manera de que el ambiente materializara su memoria.

La sociedad norteamericana del futuro se regía por el principio de la organización del trabajo y tal caracterización respondía, sin lugar a dudas, a los deseos que Lobato había defendido en varios de sus artículos en la prensa. En esta nueva sociedad todos producían, ya que los tres males sociales —el vago, el enfermo y el pobre—, en lugar de combatirse por medio del castigo, la medicina y la limosna, habían sido suprimidos. Según Miss Jane, la eugenesia había acabado con el primero, la higiene con el segundo y la eficiencia con el último. De esa manera, Norteamérica se había transformado en una colmena, pero en una colmena pensante (p. 117).

Para describir al Estados Unidos del siglo XXIII, Lobato tenía como principal apoyo sus artículo sobre el Brasil de las primeras décadas del siglo XX. Las campañas públicas que organizó en favor de la higiene y la eficiencia y su defensa de la adopción de criterios eugenésicos que orientaran la política nacional se realizaban plenamente en su ficción. Lo mismo sucedía en relación con los textos que reivindicaban el sistema representativo por medio del voto secreto y libre, y sus llamados a las elites para que asumieran el mando del país impulsadas por sus cualidades morales e intelectuales. Con base en esos textos, Lobato imaginaba que en el Estados Unidos del futuro los principios de la eficiencia también penetrarían “en el organismo gubernamental”. Los “hediondos sistemas de parasitismo” serían liquidados y el Estado se transformaría en algo parecido a las organizaciones privadas, aunque cumplieran obligaciones específicas. El sistema representativo también se mantendría, pero sólo serían elegidos hombres cuya actividad social los distinguía como “seres de cualidad por la fuerza y equilibrio del cerebro” (p. 118).

Sin embargo, en la descripción de una sociedad tan perfecta, persistía un problema: la presencia de los negros como una fuerza numérica considerable. Los negros, como Miss Jane había comentado, “proliferaron” antes de que los criterios eugenésicos se convirtieran en ley, y llegaron a constituir una amenaza concreta para la hegemonía blanca y a su modelo de sociedad.

En la novela, un líder negro, Jim Roy, se postula a la presidencia del país, consigue que los negros voten por él y, puesto que los hombres y mujeres blancos están divididos en dos partidos

políticos opositores, gana los comicios.⁵³ Con la amenaza negra así concretada, los blancos se olvidan de las divergencias sexuales, se alían y Kerlog, entonces presidente y candidato derrotado a la reelección, convoca a la Convención de la Raza (con los seis mayores exponentes de la raza blanca) para definir un plan de acción en contra de los negros.

La intervención de un último aparato tecnológico solucionará el “choque de las razas”. Esclavos del ideal estético representado por el fenotipo de la raza blanca, los negros norteamericanos habían logrado ya acabar con la acción del pigmento: la ciencia les permitió ser blancos (aunque de un blanco artificial). Ahora, gracias al genio de un gran inventor (convocado por la Convención de la Raza), también podrían librarse del denunciador cabello chino. Antes de la toma de posesión del primer presidente negro, el gobierno norteamericano puso a disposición de la población negra una máquina de rayos omega, capaces de modificar el cabello africano, hasta volverlo lacio. Eufóricos por su victoria política, Jim Roy y cien millones de negros acudieron a someterse a la acción de la máquina, felices de poder librarse al fin de su último estigma.

Así, el impasse que la política no había conseguido resolver, la ciencia lo “resolvió por un proceso mágico”, diría Miss Jane (p. 179). Y es que los rayos omega, además de alaciar los cabellos, esterilizaban (p. 201). De un certero golpe, los blancos acabaron para siempre con la amenaza negra. El presidente negro, al enterarse de semejante catástrofe para los suyos, se suicidó el día de su toma de posesión. Su muerte llegó a generar entre los negros “un instintivo y pasajero movimiento de revuelta”. Pero el “fatalismo ancestral” se impuso a la ira y el “inmenso cuerpo sin cabeza”, en una retirada también instintiva, regresó al humilde sitio de donde lo había sacado la victoria de Roy (p. 205). Kerlog se reeligió con los votos de los blancos y el equilibrio regresó al país. Con el proceso de esterilización, la raza blanca “imponía un

⁵³ Respecto a tal división, la ficción feminista de Lobato ofrece un singular elemento pues otorga una autonomía excepcional a las mujeres (blancas) que, en la novela, dicen descender de una clase de seres anfibia, distinta del *Homo sapiens*, las *Sabinas mutans* (pp. 107-109).

manso punto final étnico al grupo que la había ayudado a crear América, pero con el cual no podía vivir en común, porque representaba un obstáculo al ideal de la Super Civilización aria que empezaba a florecer en aquel territorio” (p. 207). La raza negra acabaría. “Estéril como la piedra, se extinguiría en un crepúsculo indoloro, mas de trágica melancolía” (p. 208).

O choque das raças... también llega a su final, en una mezcla de melancolía por los vencidos sin futuro y de optimismo por los arrogantes vencedores. A pesar de la triste constatación del exterminio de toda una raza, Ayrtton meditaría: “que maravilloso efecto no tendría en América el hombre blanco, al expandirse libérrimo en su Canaan maravillosa” (p. 208). En cuanto a la historia de Ayrtton y Miss Jane, su fin no podría ser más feliz: se enamoran y se besan. Ayrtton se convertirá en escritor y procurará registrar literariamente las memorias del futuro, narradas por la hija del científico.

MONTEIRO LOBATO Y JOSÉ VASCONCELOS

Dos visiones de futuro: convergencias y divergencias

La raza cósmica y *O choque das raças...* son textos contemporáneos. Aunque el primero se proponga como obra filosófica y el segundo no parezca tener mayores pretensiones que las de contar un cuento, su comparación puede plantear elementos de análisis interesantes. En el libelo que desplegaba una nueva edad humana, la visión de Vasconcelos es congregadora. El nuevo hombre sería la síntesis de todos los anteriores. En Vasconcelos, la síntesis es un concepto esencialmente generoso, pues

Sintetizar es más que sumar, porque la suma va agregando uno a uno los homogéneos y la síntesis es suma de homogéneos y de heterogéneos; visión de conjunto que no destruye la riqueza de la heterogeneidad sino que la exalta y le da meta [I, p. 6].

Si el mexicano aboga por la síntesis, el brasileño permanece en la antítesis. En otras palabras, Lobato, a pesar de todas sus campañas en favor del progreso de Brasil, el mejoramiento de las condiciones

de vida de la población, su avance intelectual y la consolidación de una cultura nacional emancipada de los iconos extranjeros, siempre guardó una amarga distancia en relación con el pueblo brasileño resultante del mestizaje. Por eso, aunque siempre destacaba la presencia inmigrante en Brasil como un factor de civilización, nunca incorporó el mestizaje como tema de campaña, ni lo defendió explícitamente como el camino redentor del país (y mucho menos de la humanidad).

La posición de Lobato, como la de otros intelectuales contemporáneos, fue un tanto ambigua respecto a este tema. En su discurso, el “hombre brasileño” terminaba por ser una abstracción que se adecuaba a las vicisitudes de cada contexto, y lo mismo ocurría en relación con los “bandeirantes italianos y conquistadores sirios” —de la ya mencionada expresión de Paulo Prado—, a quienes algunas veces era preciso combatir y otras (más frecuentes) era fundamental cooptar.

La ambigüedad de Lobato se presentaba incluso en su visión de Brasil. La dicotomía norte/sur era por lo general el punto de partida para sus reflexiones sobre el país. En ese sentido, en cartas, artículos de periódico y en su novela, el autor afirmaba que el norte (específicamente los estados de la región noreste) siempre se dejaba arrastrar, apoyándose económicamente en el sur desarrollado. En el futuro, de acuerdo con el cuadro construido en la novela, esta región se transformaría en una “república tropical”, donde los gobernantes matarían el tiempo discutiendo reformas políticas y temas tan importantes como la “colocación de los pronombres”. El hecho de que su población fuera básicamente el producto de la mezcla entre el portugués y el negro acarreaba la permanencia de la región como un lastre que debía cargar la “locomotora” paulista. En cuanto al sur, si ya en el presente era, incuestionablemente, la región responsable de la riqueza de Brasil, en el futuro vislumbrado en *O choque das raças...* compondría un país autónomo, junto a los del Plata, con una población distinta, producto de la convivencia entre brasileños e inmigrantes europeos.

Si en el noreste retrógrado el mestizaje entre negros y portugueses había dado como resultado un “producto de segunda categoría”, en el sur el mestizaje —igualmente inevitable— entre

europesos mediterráneos y brasileños pareció traer consigo un “producto mejor”. Si en su novela futurista Lobato llegó a afirmar que el mestizaje brasileño fue una solución “mediocre”, al reducir paulatinamente, por medio de las sucesivas mezclas, lo mejor que ambas razas desiguales poseían, ¿cómo pensar la cuestión del mestizaje para el sur del país? Allí, según Lobato, la “importación de cerebros” había resultado una óptima solución para el desarrollo económico y tecnológico (*MSB*, p. 56). Como sabemos, los “cerebros —y cuerpos— importados” no permanecieron en guetos infranqueables. Al contrario, fueron incorporados por la comunidad circundante, en todos sus grupos y clases sociales (*cfr.* Dean, 1991, pp. 85, 88; Fausto, 1977, pp. 6-8). ¿Por qué el mestizaje aquí no sería criticado por Lobato? ¿Habría algún tipo de gradación que atenuaba los males de la mezcla racial? ¿O, en ese caso, el indefectible blanqueamiento habría surtido un efecto distinto del que preconizaba el propio autor?⁵⁴

En su novela, el Brasil del sur había logrado redimirse del atraso atávico del Brasil del norte y realizar la proeza de ocupar el lugar inmediato al de Estados Unidos en el plano mundial (*ChR*, p. 98). Significativamente, sin embargo, el primer lugar sería ocupado precisamente por un país que, en la visión de Lobato —y, como veremos, también en la de Vasconcelos— se apuntalaba en la separación (y en la disputa) racial y jamás en la fusión. La misma inmigración acabaría funcionando como un elemento reforzador de la separación racial ya que, en Estados Unidos, como Lobato apuntaba (y elogiaba), su carácter había sido y tendría que continuar siendo selectivo.⁵⁵

⁵⁴ Lobato colocaba a los portugueses en una posición de inferioridad respecto a los demás europeos. Al considerar como un factor de progreso a los inmigrantes que llegaron a partir de la segunda mitad del siglo XIX y se establecieron básicamente a São Paulo y los estados del sur del país, Lobato prácticamente descalificaba todo el proceso de colonización brasileño anterior —iniciado en los ingenios de azúcar del nordeste, con portugueses y africanos. El mestizaje ocurrido en el sur, donde los inmigrantes europeos, principalmente italianos, habían traído consigo la técnica, el progreso y el conocimiento, era muy particular. En ese sentido, es necesario notar que Lobato mezclaba nacionalidad, etnia y cultura para establecer esta especie de jerarquización “racial” que estructuraba sus textos sobre el asunto.

⁵⁵ Vasconcelos también aprobaba los procesos de selección. En un elogioso artículo sobre Alberdi (*BM*, p. 1478-1483), defendió la idea de filtrar la recepción

Como ya vimos, hubo momentos en los que Lobato parecía convencido de que los problemas brasileños no tenían ninguna relación con la "cualidad" racial de su población. Así fue en las campañas sanitarias y principalmente cuando se empeñó en la tarea hercúlea de "dar" hierro y petróleo a Brasil. En esos momentos en que la cuestión étnica desaparecía o pasaba a segundo plano, el autor empezó a explicar los problemas del país priméramente por la falta de salud, de educación (*cfr.* PV, p. 177; AV, p. 103) y, finalmente, por la falta de industrialización, consecuencia, a su vez, de la falta de hierro y el petróleo (*cfr.* A, pp. 170, 289-290). Sin embargo, es necesario notar que si bien Lobato se propuso luchar por ofrecer a la población brasileña salud, educación, hierro y petróleo, invariablemente se dejaba llevar por los modelos deterministas y evolucionistas. Y eso, como vimos, *O choque das raças...* lo comprueba con lujo de detalles.

La gran diferencia entre Vasconcelos y Lobato residía precisamente en que mientras el brasileño percibía en la mezcla la generación del fracaso (en la más pura aplicación de las teorías racistas a lo Gobineau y Le Bon), el mexicano encontraba en ella la posibilidad de redención y, más que eso, de renovación. Tal es lo que el autor trató de desarrollar en su ensayo "El mestizaje" (*cfr.* RC, pp. 13-53) y en las conferencias reunidas en *Indología*, afirmando que la gran ventaja de los iberoamericanos era la "facilidad de simpatía" que cultivaban para con los extraños.⁵⁶ Vasconcelos destacaba que esa simpatía había sido estimulada por la labor misionera que había enseñado a los indígenas la cultura y el amor cristianos (RC, p. 26). Asimismo, veía en ella el

de los inmigrantes: "cada poblador ha de adaptarse a la índole nacional". Al asumir el lema del argentino, "gobernar es poblar", recomendaba, sin embargo, que los países latinoamericanos no aceptaran inmigrantes ingleses y norteamericanos, ya que éstos, "en general, lejos de asimilarse, crean problemas de acaparamiento económico y de rebelión cultural, porque no adoptan ni nuestros modos ni nuestra religión ni nuestro tipo de patriotismo y de vida". Vasconcelos recomendaba también, "por razones de biología social", "preferir y estimular la inmigración de españoles, italianos y franceses, y desentenderse de la otra sin hostilizarla".

⁵⁶ Entre las influencias que presidieron sus textos sobre América Latina, Vasconcelos destacó a Humboldt y también a Eliseu Réclus de *El hombre y la tierra*: "sus juicios sobre la convivencia de las razas en América fueron el germen de lo que más tarde he escrito sobre el mismo tema" (U, p. 130).

punto de partida que haría de los iberoamericanos el “pueblo elegido” para concretar el cambio de un estadio a otro de la historia humana. El advenimiento de la raza cósmica daría a los iberoamericanos el papel de protagonistas que, en el presente, todavía desconocían.

El mal de los sajones, según el mexicano, era precisamente ése: la dificultad de incorporar e incorporarse al “otro”. En cuanto a los españoles, éstos, en lugar de aislarse, se mezclaban con las poblaciones locales. La colonización española “creó mestizaje”, hecho que estableció su responsabilidad y definió su porvenir en el ámbito de todo el subcontinente (*cfr. RC*, p. 27).⁵⁷

La presentación de este análisis optimista acerca de la facilidad de mezclarse que, según Vasconcelos, era inherente a los latinos, merece un paréntesis para abordar una evaluación opuesta. En su melancólico *Retrato do Brasil*, Paulo Prado enfocó la cuestión de otra manera: “lujuria + codicia = melancolía”. La ecuación enuncia el retrato que Paulo Prado pintó de Brasil (1962, p. 103). El autor no buscó las causas del letargo de su país en factores económicos o científicos. Para Prado, yacían en la tristeza proveniente de la sensualidad y la codicia, y culminaba en un romanticismo estéril. Prado encontró sus argumentos remontándose a los tiempos coloniales. La completa libertad completa que los conquistadores disfrutaron en Brasil los perdió. La naturaleza embriagante, el clima y la sensualidad ilimitada —primero de la indígena, después de la africana—, debilitaron el tiemble del conquistador. A la lujuria extenuante se sumó la codicia que condujo a los

⁵⁷ El tema del mestizaje fue analizado con detenimiento por Vasconcelos en lo que se refiere al caso de México. El autor afirmaba que, en su país, los mestizos participaron paulatinamente en la vida nacional como mexicanos, tomando el lugar de los criollos y los indígenas. El México de Vasconcelos era una mezcla de elementos básicamente geográficos, mentales y étnicos, organizados a partir de un fuerte acento hispanista. Vasconcelos distinguía tres regiones en el país. El norte, próximo a Estados Unidos, corría el riesgo de dejarse avasallar por el espíritu sajón y su imperialismo. El sur, mayoritariamente indígena, se perdía en un ensimismamiento que el autor consideraba nocivo para la integridad nacional, porque servía como estímulo adicional a la codicia norteamericana (Vasconcelos achacaba precisamente a ésta el apoyo que los intelectuales norteamericanos dieron a Zapata). Era en la tercera región, el centro del país, especialmente en su capital, donde se encontraba el verdadero México: mestizo y, en términos culturales, predominantemente hispánico (*cfr. LT*, pp. 512-513, 530-531).

portugueses a buscar riquezas fáciles y desdeñar los proyectos de largo plazo. Buscaban oro para volver a Portugal, pues Brasil era la tierra de lo provisional y del exilio.⁵⁸

Según Prado, la fatiga a que dio lugar el comportamiento licencioso y la ausencia de actividad mental entre los conquistadores crearon una melancolía estéril que, retroalimentándose, conformó al pueblo brasileño. Prado describió el país en términos étnicos: al lado del blanco y el indígena puso al negro, cuya condición de esclavo maculó la sociedad con todos los vicios y la miseria moral que la esclavitud representa. Los colores pesimistas que Prado empleó para caracterizar el país y su pueblo mestizo —fruto melancólico de la mezcla de lujuria y codicia— lo convirtieron en un apologista de las soluciones radicales: sólo la guerra o la revolución podrían transformar el país que, como afirmaría en el *post-scriptum*, de 1930, todavía “duerme el sueño colonial” y “crece como un niño enfermo” (1962, pp. 179-181).

Curiosamente, la lujuria, que Paulo Prado condena sin reservas, en Vasconcelos se transforma en amor. Fue el amor (y no la lascivia indolente) lo que permitió que los ibéricos se mezclaran con el negro y el indio, construyendo una raza nueva. Y fue la cultura de Occidente lo que propició que el ingreso del indígena en una nueva etapa. En ese sentido, al contrario de Prado, Vasconcelos dignificaba a los conquistadores. Cortés había sido un constructor de cultura y no un usurpador. Para Vasconcelos, los ibéricos no eran decadentes, sino triunfadores.

Hecha la comparación entre Prado y Vasconcelos, regresemos al autor mexicano y a su visión sintetizadora. Vasconcelos daba cabida, en un mismo conjunto —el de la raza iberoamericana, futura raza cósmica— a una conciencia colectiva que sería la misma “desde el Bravo hasta el Plata, y sin excluir al Brasil”

⁵⁸ En oposición a Vasconcelos, que enaltecía a los colonizadores ibéricos, Prado veía en ellos una razón más para el fracaso de Brasil: aquel Portugal que lo colonizó ya era decadente. Atrapado en una profunda inestabilidad política, el reino se debilitaba. La nación portuguesa se veía corrompida por el lujo y la desmoralización de las costumbres, sometida a gobiernos despóticos que se mantenían sólo con el nefasto apoyo de la Inquisición. Los colonizadores de Brasil vinieron justamente de este medio y se enfrentaron con una naturaleza virgen, desprovistos de ideales políticos, estéticos o religiosos.

(I, p. 10). Pero esta “homogeneidad” resultante de la síntesis, no cerraba ninguna puerta. En ella había espacio, por ejemplo, para el industrialismo paulista y porteño (que con el tiempo habría de extenderse por toda la región), sin que eso representara necesariamente capitular frente al utilitarismo de Norteamérica.

Es importante destacar que si bien no era apologeta de los avances tecnológicos, como Lobato, Vasconcelos veía en ellos beneficios que los iberoamericanos debían agradecer tanto a los blancos europeos como a los norteamericanos (*cfr.* RC, p. 31). Tales avances servirían, seguramente, como punto de partida para la implantación de la quinta raza.

La raza cósmica soñada por Vasconcelos congregaría las habilidades tecnológicas de los sajones, pero éstas funcionarían como una especie de apoyo necesario al pleno desarrollo de las características espirituales asociadas a los mestizos del sur. En este contexto, es importante recordar que la línea trazada por Vasconcelos para la escritura de la historia humana, hasta culminar en la raza cósmica, no implicaba ningún tipo de retroceso. La idea de que cada raza cumplía su destino histórico y se iba suponiendo el fin de la hegemonía sajona. Pero al mismo tiempo, en el ámbito concreto de América Latina, tal idea servía también para legitimar la inferioridad de los indígenas (a final de cuentas, su misión ya había sido cumplida en el lejano pasado de los “atlantes”). Vasconcelos, al dejar el futuro imponderable de la utopía para regresar a la realidad del México de los años veinte y treinta, elaboró sus proyectos de rescate cultural de la población mexicana enfatizando la importancia de las formas culturales occidentales, y privilegiando particularmente las españolas. Su plan de emancipación cultural de la población partía de la premisa de la existencia de un largo proceso de mestizaje étnico y cultural, en el cual las características hispánicas se sobreponían a las indígenas.⁵⁹ Coherente con el carácter cíclico de su concepción de

⁵⁹ Al distinguir a indígenas de españoles, Vasconcelos aludía constantemente a la labor de los misioneros e incluso de los conquistadores como Hernán Cortés, a quien consagró un libro significativamente intitulado *Hernán Cortés: creador de la nacionalidad* (1941). La visión del pasado indígena como un período de barbarie y despotismo sería la tónica de su *Breve historia de México* (1936), en la cual Cortés

historia, Vasconcelos creía que México jamás debería retroceder a las tradiciones, cultura y valores indígenas.⁶⁰

En cuanto a Lobato, el mismo título de su novela, *O choque das raças...*, indica la posición del autor respecto a teorías como la de Vasconcelos. En la novela, más allá de los juicios literarios o estéticos, Lobato nos pinta un cuadro melancólico del futuro. Para él no había ninguna posibilidad, tanto en lo relativo a Brasil como a Estados Unidos, de una construcción conjunta y solidaria. El conflicto de intereses, de modos de vida y de valores, al oponer razas y regiones desiguales, impediría cualquier solución que no fuera resultado del conflicto (solución que, justamente por eso, acabaría por mantener y promover la desigualdad racial y territorial).

Lobato no proponía, como Vasconcelos, una teoría latino o iberoamericanista. El conflicto “norte-sur” no asumía para el brasileño la connotación político—filosófica que el mexicano le daba en *La raza cósmica*. Vasconcelos, al oponer a latinos y sajones, reconocía el predominio actual de los segundos, pero apostaba por la hegemonía futura de los primeros, ya como

aparece como civilizador y el “indio” Benito Juárez como un traidor del país (cfr. Brading, 1988, p. 203). De hecho, Vasconcelos llegó a cambiar diametralmente sus juicios acerca de los personajes históricos más conocidos. Eso pasó exactamente con Juárez: de tratarlo como héroe oficial (cfr. 50), Vasconcelos acabaría por definirlo como el caudillo que ofreció a Estados Unidos una porción importante del país y que, como indio puro que era, no tenía genio para escribir un discurso propio (BH, pp. 20, 22).

⁶⁰ Al recordar sus años de trabajo en la SEP, Vasconcelos afirmó: “De ahí el empeño que yo traía entonces de hacer americanismo, pero no con regresión a lo indígena, que es simple embrutecimiento y suicidio, sino con la mira de crear nueva raza y nueva cultura sobre las sólidas bases de nuestra castellanidad, que es ya ilustre síntesis de la más fecunda antigüedad” (ED, pp. 531-32). Sin embargo, es importante observar una vez más la flexible postura que el autor adoptó en relación con los indígenas, durante el periodo en que estuvo al frente de la SEP. Al estipular las reglas de conducta que seguirían los profesores misioneros directamente relacionados con las comunidades indígenas, Vasconcelos en cierto modo resucitaría el “indianicé-monos!” del antropólogo Manuel Gamio. El ministro recomendaba a los profesores “penetrar la mentalidad de sus educandos, no sólo para influir sobre ellos con mayor eficacia, sino para también descubrir la porción de verdad que sin duda se conserva en los usos y conocimientos de los indígenas”. Fell, quien recogió esta instrucción de Vasconcelos, publicada en 1923 en una de las circulares de la SEP, observó que su importancia estaba principalmente en el hecho de por lo menos vislumbrar la posibilidad del establecimiento de un equilibrio entre el acervo autóctono y las contribuciones “civilizadoras” del exterior (1989, p. 243).

una estirpe superior y no como meros continuadores de la civilización europea —lo que, en su opinión, seguían siendo los norteamericanos.

En lugar de pensar en un “choque de razas” como Lobato, o en la constitución de algo como “castas de raza pura”, Vasconcelos afirmaba que “la Historia demuestra que estas selecciones prolongadas y rigurosas dan tipos de refinamiento físico, curiosos pero sin vigor; bellos [...] pero a la postre decadentes” (*RC*, p. 30). Para el mexicano, al contrario del brasileño, que llegó incluso a hablar de civilización aria, el tipo vencedor sería el del mestizo

Lo que importa resaltar en el modelo construido por Vasconcelos es que si bien era diametralmente opuesto al de Lobato en términos de resultados y, más aún, en términos de expectativas futuras, recorría un camino parecido para su composición. Así, el “clima”, factor al que Lobato hacía responsable de la posible separación futura de Brasil, sería también materia de reflexión para Vasconcelos. A pesar de afirmar que la “civilización final volverá al trópico”, en donde había empezado, éste condicionaba su desarrollo, pues

La nueva raza comenzará a cumplir su destino a medida que se inventen los nuevos medios de combatir el calor en lo que tiene de hostil para el hombre, pero dejándole todo su poderío benéfico para la producción de la vida [*RC*, pp. 32-33].

Practicando la “futurología” que fue la base de sustentación de la novela de ciencia ficción de Lobato, Vasconcelos se aventuró a decir que la ciencia de los blancos

invertirá alguna vez los métodos que empleó para alcanzar el dominio del fuego y aprovechará nieves condensadas o corrientes de electroquímica, o gases casi de magia sutil, para destruir moscas y alimañas, para disipar el bochorno y la fiebre [*RC*, p. 33].⁶¹

⁶¹ Adviértase, sin embargo, que el mexicano no se deja aprisionar por detalles técnicos ni imprime al texto un mínimo de verosimilitud. Al hablar de “gases de magia sutil” Vasconcelos reforzaba una vez más la connotación ensayística de su trabajo teórico. Sin preocuparse por la historia o la ciencia, continuaría pugnando por “construir un mito”.

Gracias a la acción de la ciencia sobre el medio ambiente hostil, típico de las zonas calientes, “la Humanidad entera se derramará sobre el trópico, y en la inmensidad solemne de sus paisajes, las almas conquistarán la plenitud” (p. 31).

Si la ciencia se planteaba como el instrumento ideal para el advenimiento de la raza cósmica, la preocupación de Vasconcelos en relación con el futuro era que tal instrumento rebasará el ritmo del proceso étnico, provocando la invasión del trópico antes de que la quinta raza acabase de formarse. Si eso pasara, preveía el autor, “por la posesión del Amazonas se librarán batallas que decidirán el destino del mundo y la suerte de la raza definitiva” (p. 34). Pero el mismo Vasconcelos trataba de atenuar sus temores, al suponer que si los sajones se posesionaban del Amazonas, el clima los haría maleables y los haría mestizos. Así, aunque más lentamente, la raza cósmica todavía podría formarse (*cfr.* p. 34).

Atento al papel de la ciencia y reconociendo la importancia del clima, Vasconcelos también se metió, como Lobato, por los caminos de la eugenesia. Sin embargo, sus criterios serían peculiares. La idea de síntesis, tan propagada por el filósofo, tenía como base un precepto estético. En todo momento, Vasconcelos reforzaba el carácter “sinfónico” que la sociedad debería conquistar, y la necesidad de la búsqueda de la belleza como principio unificador y humanizador. Sin negar que la composición de la quinta raza se sustentaría en características —las mejores— de las cuatro razas precedentes, Vasconcelos invariablemente privilegiaba la última de ellas —la blanca europea— como la más importante. Como miembros de la última raza, más que eso, como miembros de la “raza—puente” para el advenimiento del “tercer estado social”, los blancos tenderían a predominar. Pero, ahora, la supremacía de los caracteres blancos sería “fruto de la elección libre del gusto y no resultado de la violencia o de la presión económica” (p. 36).

En su reflexión sobre los criterios del mestizaje, Vasconcelos recurrió de nuevo al caso norteamericano y, aquí, la similitud con Lobato es significativa. Vasconcelos observó la misma situación de separación racial detectada por Lobato. Según el mexicano, los norteamericanos mantenían su decisión de conservar su estirpe pura, pues eso “depende de que tienen delante al negro, que

es como el otro polo, como el contrario de los elementos que pueden mezclarse” (p. 37). Sin embargo, según él, tal dificultad no existiría en el mundo iberoamericano y la razón para esto se hallaba, ni más ni menos, en el hecho de que “tenemos poquísimos negros y la mayor parte de ellos se han ido transformando ya en poblaciones mulatas”. De acuerdo con Vasconcelos, en un ambiente en el que el clima cálido es propicio al trato y la reunión de toda gente, el indio serviría como “buen puente de mestizaje” (p. 37). Como vemos, el binomio clima y raza se perfila aquí, nítidamente, para dar cuenta de las Américas sajona y latina.⁶² No obstante, a Vasconcelos no le preocupaba detallar los motivos por los cuales el indio podría funcionar como puente de mestizaje y el negro no, por más que el clima fuera propicio a la reunión y se tuviera como base su propia afirmación de que, en América Latina, las poblaciones negras ya se habían amulatado.

Vasconcelos añadió todavía un último elemento a su modelo de humanidad, explicativo de su pasado y su futuro: “la ley del gusto”, que creó para regular las relaciones humanas e insertó en otra ley, compuesta a la manera comtiana, pero “con una comprensión más vasta” (p. 37). Antes de escribir *La raza cósmica*, en 1921, Vasconcelos había creado una nueva ley de los tres estados sociales. Según ésta, el primer estado sería material o guerrero; el segundo, intelectual o político y, finalmente, el tercero sería espiritual o estético (“Nueva ley de los tres estados”, *El Maestro*, vol. II, núm. 2, nov., 1921, p. 158).⁶³ Tal ley de desarrollo de las

⁶² Vasconcelos llegó a afirmar que “la diferencia de condiciones físicas es tan apreciable que ella bastaría por sí sola para explicar las consiguientes diferencias de desarrollo, de temperamento y de cultura que separan a los pueblos de los continentes americanos, el del Norte y el del Sur.” Pero, además de las diferencias físicas, Vasconcelos añadió las “diferencias de historia y de raza”. Así, mientras los yanquis serían laboriosos, los iberoamericanos serían inconstantes y holgazanes. Sin embargo, el mexicano también señaló: “nadie gana en vivacidad a los nuestros, y este empleo rápido del instrumento más alto que la vida conoce, este lujo y prontitud de la fantasía, es promesa de conquistas de un orden sublime” (*I*, p. 14).

⁶³ Brading (1988, pp. 197-198) observa, con cierta ironía, negando la originalidad de la creación de Vasconcelos, que los alemanes Schiller (1759-1805) y Fichte (1762-1814) ya habían anunciado el advenimiento de una tercera edad regeneradora, basada en la estética. Asimismo, la teoría de los ciclos ya estaba presente en un historiador del siglo XVIII como Vico, para quien todas las culturas seguían un ciclo básico, dividido en tres etapas: la heroica, la religiosa y la filosófica o científica (cfr. Lazlo, 1993, p. 99).

sociedades traducía el proceso de liberación gradual del hombre frente al imperio de la necesidad hasta llegar finalmente a las normas superiores del sentimiento y la fantasía. Un proceso cuya primera etapa —en la que la imperaba la fuerza y ésta separaba las hordas— ya había sido superado.

Según el autor, estaríamos todavía en el “segundo estado social”, en el cual aún dominan las relaciones políticas y cuya fórmula es “dar norma a la inteligencia, límites a la acción, fronteras a la patria y frenos al sentimiento” (p. 39). Por todas estas razones, resumidas en la ley de “Regla, norma y tiranía”, Vasconcelos esperaba que pasáramos lo más pronto posible al “tercer estado social”. En éste, la orientación de la conducta no se buscaría en la pobre razón “que explica pero no descubre”, sino en el sentimiento creador y en la belleza que convence.

“Más allá del bien y del mal, en el mundo del *patos* estético sólo importará que el acto, por ser bello, produzca dicha” (p. 39). Vasconcelos definía así el estado definitivo al cual el hombre, al perfeccionarse, arribaría. Para eso, sin embargo, el imperio de la razón tendría que desmoronarse, hecho que, para Vasconcelos, no implicaba grandes problemas, pues siempre consideró la razón una vía de importancia menor en relación con la emoción. Tal jerarquía daba al autor el carácter antiintelectualista que acabó por llevarlo a hacer afirmaciones muchas veces insostenibles.⁶⁴

Fundado en el amor, el “tercer estado social” haría que la voluntad —dominada por el apetito en el “primer estado”, y por la razón en el “segundo”— fuera libre, satisfecha en la emoción e integrada a la alegría del universo (p. 40). Precisamente en la construcción de este “tercer estado social”, Vasconcelos abrió paso a su peculiar concepción de la eugenesia. Y es en la exposición de esta última etapa de la historia humana, la de la “raza síntesis”, que la comparación entre el futuro propuesto por Vasconcelos y el que Lobato imaginaba se vuelve más interesante, pues evidencia el choque entre las visiones de los dos autores. En la esfera del pragmatismo realista insertado en el principio de

⁶⁴ En relación con el carácter antiintelectualista del pensamiento del autor y en cuanto a su preferencia por la emoción como forma de conocimiento, véase Vera y Cuspinera (1979, pp. 182-186).

struggle for life, que Lobato asumía en el plano racial y expandía al plano geográfico, la oposición norte/sur, la técnica, la eficiencia, la inteligencia y el progreso económico —aunque tratados con un eventual matiz de melancolía— anunciaban el camino lineal que el brasileño vislumbraba como futuro, en el cual no había espacio para el ejercicio armonioso de la diferencia y menos aún, tal vez, para la comunión. El conflicto como principio rector de las relaciones sociales, políticas y económicas no dejaría lugar a la utopía de un “tercer estado social”, en los moldes que Vasconcelos planteaba.

Mientras Lobato asumía el papel de escéptico, Vasconcelos optaba por el optimismo. Así, para el autor mexicano el futuro se abría como el ideal supremo de la unión, materializado en el concepto de síntesis. Sin embargo, existía un criterio para regirla, el concepto de eugenesia, que funcionaría como un elemento constructor definitivo. La emoción, la belleza y la alegría eran los nuevos principios que presidirían la elección amorosa y su resultado sería “infinitamente superior al de esa eugenésica fundada en la razón científica, que nunca mira más que a la porción menos importante del suceso amoroso” (pp. 40-41). En ese contexto, el filósofo vaticinaba que, prevaleciendo la eugenesia estética, llegaría el día en que los muy feos ni siquiera pretenderían procrear:

la pobreza, la educación defectuosa, la escasez de tipos bellos, la miseria que vuelve a la gente fea, todas estas calamidades desaparecerán del estado social futuro. Se verá entonces repugnante, parecerá un crimen el hecho hoy cotidiano de que una pareja mediocre se ufane de haber multiplicado miseria [p. 41].⁶⁵

⁶⁵ El propósito de alcanzar la necesaria transformación económica para acabar con la miseria no fue materia de *La raza cósmica*. Vasconcelos trató el asunto en *Indología*. En ese libro, el autor subdividió los estados “guerrero” e “intelectual” en cinco momentos que funcionarían como el “*modus operandi* de las etapas del progreso y, por lo mismo, la manera compleja de ir preparando el advenimiento del periodo estético” (pp. 209-210). Estos cinco periodos eran: 1) del soldado; 2) del abogado; 3) del economista; 4) del ingeniero; 5) del filósofo. El periodo del soldado correspondía casi íntegramente al estado guerrero, manteniéndose, sin embargo, en el intelectual, pues la guerra continuaría existiendo, a pesar de no funcionar como regla. La regulación de las relaciones sociales, necesaria en el primer estado, lo sería

Vasconcelos universalizaría su utopía estética afirmando que

La especie entera cambiará de tipo físico y de temperamento, prevalecerán los instintos superiores, y perdurarán, como en síntesis feliz, los elementos de hermosura, que hoy están repartidos en los distintos pueblos [p. 41].

En ese proceso, los tipos bajos serían absorbidos por el superior y así se podría redimir al negro y, poco a poco, por extinción voluntaria, las estirpes más feas dejarían su lugar a las más hermosas (*cf.* pp. 42-43). Las razas inferiores, de ser educadas, se volverían menos prolíficas y

los mejores especímenes irán ascendiendo en una escala de mejoramiento étnico, cuyo tipo máximo no es precisamente el blanco, sino esa nueva raza a la que el mismo blanco tendrá que aspirar con el objeto de conquistar la síntesis [p. 43].

Apoyándose en la receptividad de la parte ibérica del continente americano, cuyos factores espirituales siempre llevaron a la comunión entre blancos, negros, indígenas y aun mismo asiáticos, Vasconcelos vislumbraría la raza síntesis como el resultado de una grande y generosa fusión. No obstante, sin aceptar la falsedad de la premisa científica de la superioridad blanca, y basándose

también en el segundo, cuando el abogado actuaría enérgicamente en la organización política. El economista se encargaría de ayudar al abogado, buscando eliminar las enormes desigualdades económicas que la política, por sí sola, no era capaz de resolver (*cf.* pp. 211-212). Su papel sería "elaborar con criterio científico, pero con propósito humano, unas cuantas normas técnicas para el aprovechamiento de los recursos naturales y el establecimiento de la justicia económica" (pp. 213-214). El economista haría que el capital, "monstruo que devora insaciable", se transformara en "fuerza libertadora de la necesidad colectiva" (p. 214-215). En este sentido, se exigiría la acción del ingeniero, ya que "el trabajo comenzará a organizarse para responder a los fines del cuarto periodo, que es el periodo de la técnica" (p. 215). Estos cuatro momentos prepararían el quinto, el del filósofo, y éste, el advenimiento del tercer estado, el estético. Cubiertas las necesidades primordiales, conquistadas la justicia y la igualdad económica, emancipado el hombre de la esclavitud del trabajo por medio de la técnica, el camino estaría abierto a la trascendencia de las preocupaciones del espíritu que el tiempo del filósofo introduciría como punto de partida para el gozo estético.

en criterios estéticos, Vasconcelos acabaría construyendo, él también, un modelo jerarquizado de sociedad. La eugenesia —estética— llevaría a la supresión “voluntaria” de los tipos inferiores y el autor afirmaría incluso que “en unas cuantas décadas podría desaparecer el negro junto con los tipos que el libre instinto de hermosura vaya señalando como recesivos e indignos de perpetuación” (p. 43).

Vasconcelos se oponía a la política de los Estados y de la ciencia positivista porque su ley era el antagonismo y no el amor; la lucha y el triunfo del más apto, sin lugar alguno para los débiles. Resta preguntar hasta qué punto el establecimiento de una eugenesia, aunque estética, no colocaría igualmente la ley del antagonismo y el triunfo del más apto (“más bello”) como elemento organizador del “tercer estado social”.⁶⁶

Vasconcelos, como Lobato, acudiría también a la ciencia de la época para respaldar sus afirmaciones.⁶⁷ Es importante observar la forma en que, para derrumbar el “edificio teórico de la dominación de una sola raza”, Vasconcelos se apoyó en la constatación de la inexistencia de verdades incuestionables. Si incluso la “matemática vacila y reforma sus conclusiones para darnos el concepto de un mundo movable cuyo misterio cambia, de acuerdo con nuestra posición relativa, y la naturaleza de nuestros conceptos” (p. 48), ¿cómo creer en la supremacía de una raza sobre las demás?

Para el advenimiento de la raza cósmica y la nueva etapa de la humanidad (la culminación de la “ley de la Historia”), Vascon-

⁶⁶ Curiosamente, Lobato en su *Choque das raças...*, al describir la ciudad de Erópolis, afirmaba que los ahí concebidos, conformarían una elite en Norteamérica: “la nueva aristocracia de los hijos del Amor y la Belleza” (p. 130). Como podemos ver, en la novela de Lobato la eugenesia también aparecía en su versión estética.

⁶⁷ “Hay para cada época, cierto conjunto de datos, de experiencias, de razones que la intuición, cuando menos la intuición filosófica, no tiene derecho de desatender. Conoceremos si el pensador es un extravagante, un equivocado, un falso profeta, o si pertenece a la evolución filosófica seria y mira el mundo como corresponde verlo de acuerdo con los conocimientos de su tiempo y con su intuición más o menos personal, observando las relaciones que guarda su sistema o su genialidad con aquellas normas del saber humano que en todo tiempo han permitido distinguir la filosofía de la sofística; la intuición fecunda del iluminismo pueril. Estos instrumentos de comprobación y de purificación de la síntesis filosófica, son la ciencia, la lógica y la moral tradicional” (GB, p. 110).

celos reparó en la existencia de muchos obstáculos, comunes a todo progreso (p. 51). Las tendencias del futuro, a pesar de todo, apuntarían, según el autor, hacia un buen término:

mendelismo en biología, socialismo en el gobierno, simpatía creciente en las almas, progreso generalizado y aparición de la quinta raza que llenará el planeta, con los triunfos de la primera cultura verdaderamente universal, verdaderamente cósmica [p. 52].

Al contraponer las visiones del mexicano y el brasileño, advertimos que ambas, cada una a su manera, reflejaban las discusiones y expectativas del momento. La fe de Lobato en el progreso, la tecnología y la eficiencia al parecer no le dejaba más opción que la de adoptar una concepción spenceriana, arraigada en elementos de carácter racional, pragmático y factibles de comprobación. Aunque no puede exigirse a un texto más de lo que puede dar —y *Choque das raças...* se presentaba como una novela de ciencia ficción, no como un tratado ni como un ensayo de pretensiones filosóficas, historiográficas o sociológicas—, es posible concebirla como un panorama importante de las discusiones entonces vigentes. Progreso, límites de la ciencia, uso de la tecnología, evolucionismo, determinismo, darwinismo social y eugenesia fueron tratados por Lobato en su novela para ilustrar el debate sobre el futuro político y económico de Brasil en un mundo en extremo fragmentado y competitivo, donde la cuestión de la estabilidad interna era fundamental. Si por una parte Lobato planteaba el pragmatismo como elemento necesario en la conquista del desarrollo económico para el país, por otra, se veía atrapado por conceptos que si bien lo ayudaban a explicar la ausencia del desarrollo, funcionaban también como obstáculos para lograrlo. En una especie de movimiento a tientas, el brasileño lidiaba con tales conceptos, en ocasiones tratando de vencerlos, en otras incorporándolos casi fatalmente.

De todos modos, ese autor de concepciones esencialmente liberales, al dedicarse a pensar en salidas y salvaciones para su país, no parecía vislumbrar otras alternativas para éste y para todos los países periféricos con una conformación socioeconómica y política similar, fuera del modelo norteamericano. Es cierto que Lobato siempre buscó participar en las discusiones políticas

del momento y llegó a adoptar algunos preceptos relacionados con las corrientes de izquierda.⁶⁸ Sin embargo, ninguno de estos preceptos consiguió minar su confianza en las reformas jurídicas, su apoyo a la iniciativa privada y los programas de educación técnica destinados al trabajo, entre otros elementos de raigambre liberal, reformista, democrática, pero jamás revolucionaria.

En 1926, consciente de la hegemonía norteamericana (conquistada muchísimo antes del lejano siglo XXIII), Lobato parecía en cierto modo “correr contra el reloj”, pretendiendo colocar a Brasil en una posición de mayor relieve en el panorama mundial, en términos económicos y también políticos.⁶⁹

En cuanto a Vasconcelos, podemos decir que, visiblemente influido por elementos vitalistas y en el trance de cuestionar el cientificismo positivista, buscaba otras estrategias para la construcción de un modelo que lo ayudara a comprender el México en que vivía y reflexionar sobre su futuro. Ya en 1910 había proclamado el fin de la hegemonía de la razón, afirmando que

El problema del conocimiento, insoluble dentro de los límites de la razón, se contesta afirmando que la solución debe buscarse mediante el empleo de otras facultades: el criterio antiintelectualista y el pragmático se desenvuelven [GB, p. 103].

⁶⁸ Intentó, por ejemplo, editar un libro de reportajes del argentino Adolfo Agorrio sobre la Unión Soviética, que el presidente Artur Bernardes prohibió. Asimismo, demostró simpatía por las transformaciones sociales emprendidas por Lenin, principalmente en el campo de las costumbres, tema que en cierta manera aprovechó en *O choque das raças...*. Además, publicó un artículo en el que oponía georgismo y comunismo (CAC, pp. 114-120; Cavalheiro, 1955, pp. 648-651). Finalmente, dedicó varios artículos, en su mayoría elogiosos al comunista Luís Carlos Prestes, a quien consideraba un verdadero líder, íntegro y heroico (cfr. CAC, p. 138).

⁶⁹ Por esa razón, años más tarde, ya en campaña por el petróleo, comentaba que los paulistas soñaban menos con el futuro de lo que deberían, “tal vez por la convicción, inoculada por la propaganda oficial, de que ya somos una gran realización. Equivocación jubilosa y ciega. Somos un pequeño comienzo. La carretera del progreso es interminable. Debemos soñar porque el sueño es el primer paso de todas las realizaciones. Hierro, petróleo, carbón y trigo: debemos soñar con nuestra liberación económica, sostenida en esas cuatro columnas, que hasta ahora nos prohibieron levantar, porque a ello se oponían los grupos de interés que obtienen ganancias con nuestra miseria” (“Triângulo Mineiro”, *MI*, p. 116) Y en lo relativo a los beneficios del transporte para el mantenimiento territorial y político de los países, apuntaba que “el hierro y el petróleo dieron a Estados Unidos su incomparable homogeneidad. ¿Por qué el remedio habría de fallar en Brasil?” (*A*, p. 277; cfr. *MI*, p. 117).

Vasconcelos intentaba alejarse del modelo norteamericano que tanto seducía a Lobato, mediante la adopción de principios como los que establecían las diferencias entre las dos Américas y la valorización del “espíritu iberoamericano”, en detrimento del pragmatismo sajón. En ese sentido, haría la apología de la facilidad de mezclarse, característica de los iberoamericanos, de los enormes recursos naturales del continente, principalmente en los trópicos; y de la ausencia de una cultura rígida y refractaria, lo que orientaba la ampliación del universo cultural en el sentido del intercambio y la incorporación.

Al crear leyes universales y situar en el gusto el verdadero criterio organizador de la sociedad, buscando huir de una línea de interpretación limitada por la ley de causa y efecto, Vasconcelos construyó, como vimos, un proyecto político de solidaridad continental. Pero su fe en el posible el advenimiento de una raza cósmica —que congregaría por fin lo mejor de las cuatro razas primordiales— conduce, también ella, a una visión en última instancia estática de la sociedad. Consumada la hegemonía de la raza síntesis (aunque filtrada o, si preferimos, construida y organizada por los criterios selectivos relacionados con la belleza estética), no habría un “después”, ya que la última raza, la cósmica, precisamente por su carácter, no dispondría otra que la sustituyera. La sociedad llegaría así a su culminación.

La raza cósmica fue propuesta por Vasconcelos como un ensayo filosófico y, aunque el autor se apoyara en la libertad que ofrece este género, tenía un objetivo teórico serio. Vasconcelos recurrió, en efecto, a un aparato teórico más riguroso que el de Lobato, sirviéndose de la integración de elementos asociados a la filosofía, la estética y la historia para dar legitimidad a su texto. Sin embargo, si se examina cuidadosamente, *La raza cósmica* puede considerarse un texto tan fantasioso como la ficción de Lobato.

En tanto Lobato llevaba al lector al año 2228, en una proyección de lo que serían el mundo y el Brasil del futuro, Vasconcelos le pedía imaginar un tiempo mítico, en el que la armonía estaría garantizada aunque no tuviera fecha para empezar. En su novela, Lobato se dejaba arrastrar por la imaginación, acicalada por su peculiar ironía, hasta el punto de concebir un aparato “alaciador” de cabellos como el instrumento final para la victoria de la raza blanca sobre la negra.

Por su parte, Vasconcelos no refrenaría su estilo elocuente, sino hasta conceder a la "eugenesia estética" el *status* de un verdadero concepto teórico. En el mundo del futuro, los criterios que regirían las relaciones humanas serían estéticos. Todos serían bonitos, inteligentes y sanos. Y si, influidos por tales criterios, los incapacitados y los feos renunciaran incluso al deseo de reproducirse, el crimen de la miseria, las taras y la fealdad ya no tendría lugar.

Para la conquista de ese futuro armonioso, Vasconcelos acabó por recurrir a criterios no precisamente míticos. En su utopía, la imponderabilidad tradicionalmente asociada al futuro se sometería a las determinaciones de raza y medio. De esta manera, los mestizos generosos de la parte sur del continente americano prepararían el advenimiento de la etapa final de la historia humana. El calor de su clima, factor que facilitaba los contactos y los intercambios, permitiría su construcción. En *La raza cósmica*, Vasconcelos imaginaba, en efecto, la creación de Universópolis, la nueva metrópoli mundial, a orillas del río Amazonas, de donde "saldrán las predicaciones, las escuadras y los aviones de propaganda de buenas nuevas [...], educando a las gentes para su ingreso a la sabiduría" (p. 35).

Al especular sobre el futuro de América Latina y la humanidad en general, Vasconcelos, con un patente tono profético, se alejaba en cierto modo de la realidad concreta del subcontinente. Es cierto que tanto *La raza cósmica* como *Indología* contenían, además de las especulaciones proféticas del autor, una serie de apuntes de viaje, en los que Vasconcelos relataba sus impresiones y opiniones acerca de la situación política, social y económica de los países que visitó en Sudamérica y el Caribe. Sin embargo, a pesar de su visión pesimista del presente de América Latina, en ambos textos Vasconcelos decidió dar mayor peso al optimismo que mantenía en relación con el futuro (aunque tal optimismo no encontraba un apoyo significativo en la realidad que tuvo oportunidad de observar).⁷⁰

⁷⁰ Mariátegui, al comentar sus libros, afirmaba que Vasconcelos "a fuerza de sondear en el futuro, pierde el hábito de mirar en el presente". Así es que en lugar de adoptar la fórmula que asociaba al mexicano: "pesimismo de la realidad; optimismo del ideal", Mariátegui prefería la del "pesimismo de la realidad; optimismo de la acción" (1960, pp. 81-82).

Tal vez por esa razón, el mismo autor haya establecido una separación temporal, encargada de evidenciar, para el lector, la diferencia entre la utopía propuesta y la realidad tangible. Para Vasconcelos, América Latina era un conjunto fragmentado de países, lejos todavía de explotar sus recursos y bajo la amenaza constante de la injerencia norteamericana. En la expectativa de un futuro distinto, el autor recetaba un iberoamericanismo defensivo, pero no se preocupaba por su factibilidad. Forjando un ideal congregador, apelando a la imaginación simultáneamente benevolente y cómplice de los lectores, relegando a un segundo plano la razón y la ciencia, Vasconcelos decidió adoptar un irracionalismo optimista, que dejaba de lado cuestiones urgentes si lo que de hecho pretendía era pensar en cómo lograr los cambios que propiciarían el advenimiento del “tercer estado social”. En cuanto a éste, apoyándose en la inexorabilidad o incluso en el fatalismo que podría vincularse a su “ley de los tres estados”, Vasconcelos sugirió en sus textos que llegaría inevitablemente. A final de cuentas, la humanidad ya había suplantado el primer estado y estaba en vías de concluir su pasaje por el segundo.

Entre la construcción mítica de un futuro armonioso y la desconfianza en soluciones que tuvieran como soporte precisamente el mito de la armonía, Vasconcelos y Lobato asumían posiciones frente a la realidad inmediata de sus respectivos países y de su futuro.

V. PROYECTOS MEMORIALÍSTICOS: EN BUSCA DE UN LUGAR EN LA HISTORIA

Nada de lo que un día sucedió puede considerarse
perdido para la historia.
Walter Benjamin

EL EJERCICIO DE LA POLIVALENCIA

En el prólogo de *Críticas e outras notas* (1965, pp. xi-xii), Jeronymo de Souza apuntaba que Monteiro Lobato “no había sido propiamente un crítico literario ni un crítico de arte, como lo entendemos hoy en día”. En las secciones “Bibliografía” y “Movimento Artístico”, de la *RDB*, Lobato, “con su brillo, daba aquel primer paso que abre camino a la crítica —a la ‘noticia’ del libro, del cuadro o de la escultura—, la primera plática con el público sobre la obra de arte”.

Los textos seleccionados en aquel volumen fueron escritos entre 1917 y 1923, dedicados principalmente a la crítica de la literatura brasileña, la literatura didáctica, la literatura latinoamericana y las “artes y artistas”. A Lobato no lo intimidaba opinar, sugerir y, muchas veces, abusar de juicios tajantes. Supo ser un opinante agudo, que se hacía escuchar.¹

¹ No hay consenso respecto a la producción crítica de Lobato. Sin embargo, hace algún tiempo que ya no es unánime la imagen de retrógrado e incluso de “villano” que modernistas como Sérgio Milliet y Mário de Andrade o críticos como Mário da Silva Brito le endilgaron a partir de su famoso artículo “Paranóia ou mistificação”, de 1917 (*JT*, pp. 59-66). Chiarelli (1995) se dedicó específicamente a este tema, tratando de definir la crítica de arte de Lobato como parte integrante de su concepción estética nacionalista. Los modernistas, en cambio, lo juzgaron un “pintor frustrado” y el propio Cavaleiro (1955, p. 240) no pudo dejar de ver la relación de Lobato con la pintura como una consecuencia de su deseo incumplido de ser pintor. Al cuestio-

La obra de Vasconcelos, indudablemente más profusa, tuvo también como característica la diversidad temática. Y como el brasileño, el mexicano se dedicó también a varias formas de creación. *La sonata mágica* (1990), por ejemplo, publicada por primera vez en 1933, es una selección no prologada de textos de ficción, pequeños ensayos y crónicas publicados principalmente en el periódico *El Universal*, para el que Vasconcelos colaboró entre 1924 y 1929 (cfr. Azuela, 1980, p. 33). Los textos no están fechados, pero permiten deducir algo de la época de su escritura o aquella a la que se refieren. Hay algunos relacionados con sus viajes a Sudamérica, Europa, Turquía, que realizó durante los periodos de exilio voluntario, de 1916 a 1920 y de 1925 a 1928. Un cuento ("El fusilado. Cuento Mexicano") trata de la ejecución de un prisionero durante la Revolución mexicana. Otro ("Una cacería trágica") narra una inverosímil cacería en la Amazonia. Uno más se acerca a los temas hindúes que encantaron a Vasconcelos durante la década de los diez, y no falta un "mapa estético" de Europa, al que sigue otro de América. Y así podríamos seguir enumerándolos.

Vasconcelos nunca se juzgó en realidad un narrador (a pesar de su incuestionable habilidad narrativa, que tan bien supo ex-

nar el alcance de tales evaluaciones, Chiarelli intentó demostrar cómo la crítica de arte de Lobato —de criterios naturalistas y anti-académicos— estuvo orgánicamente insertada en su proyecto nacionalista, en el cual podríamos pensar que el arte sería un elemento tan importante como sus campañas sociales. Por tanto, al colocar la reflexión sobre Brasil en primer plano, lo que Lobato proponía era construir un arte nacional, que abandonara la imitación de los patrones extranjeros y con aprovechara aspectos, paisajes y personajes brasileños como tema de composición. El hecho de que la reunión de sus artículos de crítica de arte en *Idéias de Jeca Tatú* (publicado por primera vez en 1919), haya sido un éxito de ventas (BG, p. 297; 300; Chiarelli, p. 247), comprueba que la estética nacionalista y naturalista defendida por Lobato había conquistado al público lector, interesado en la discusión de proyectos culturales nacionales. O que, por lo menos, este público quería saber lo que el famoso Lobato opinaba acerca del tema. Chiarelli señala, sin embargo, que, debido o no a la polémica generada por el artículo sobre la exposición Malfati, después de 1917 Lobato no mantuvo en sus críticas de arte el mismo tono polémico ni la misma crítica visceral de los elementos relacionados con las corrientes de las vanguardias europeas (p. 251). En general, se dedicó a comentar obras que se adecuaban a sus propios parámetros naturalistas y antiacadémicos. Acerca del artículo sobre la exposición Malfati y los criterios estéticos de Lobato como crítico de artes plásticas, véase Fabris (1994, pp. 43-49; 53-57).

plotar en sus memorias). En el plano de la creación intelectual, al contrario de Lobato, Vasconcelos dedicó mucha más atención a la producción de trabajos teóricos. En ese sentido, su posición de “hombre de letras” sería circunstancial. Tal vez Vasconcelos preferiría el calificativo de “hombre de ideas”, aliado al de “hombre de acción” (definición que, dígase de paso, sería también del agrado de Lobato).

En las primeras décadas de este siglo, tanto en Brasil como en México se vivía una intensa profesionalización del trabajo intelectual. Las transformaciones resultantes de los procesos de urbanización, modernización económica, consolidación del modelo capitalista durante ese periodo expandían, paulatinamente, las posibilidades de acción de los intelectuales. El periodismo se consolidaba entonces como la esfera privilegiada de la actividad intelectual, pero no la restringía.

En el caso de Brasil, además de la política y la docencia, la publicidad representaba un excelente mercado de trabajo abierto a los escritores (*cfr.* Sussekind, 1987, pp. 58-71). Y si bien, en los primeros años del siglo, los poetas Olavo Bilac y Bastos Tigre producían algunos versos de propaganda, poco tiempo después Monteiro Lobato los rebasaría, creando campañas publicitarias completas, incluso las de sus libros para niños. En el caso de México, no parece haber existido esa constante participación de los escritores reconocidos en afanes publicitarios. Además de que el mercado de la publicidad estaba seguramente deprimido, como resultado de la Revolución, otro motivo plausible para la falta de un trabajo sistemático de los escritores en el sector estaría en el tantas veces aludido compromiso social y político que la misma Revolución representaba. No se puede negar que los “nuevos tiempos” por ella inaugurados, reforzaban la idea de que el trabajo intelectual debía perseguir ideales desinteresados. Con tantas causas por defender en el México de los años diez y veinte, la política, el periodismo y también la docencia se mantuvieron como las opciones por excelencia del trabajo intelectual.

En el caso brasileño, podemos pensar que las transformaciones del país alentaban también la búsqueda de una mayor participación política, lo que comprueba la formación de las ligas, sociedades y agrupaciones partidistas, cuya efervescencia

incluso rebasaría los límites de la Revolución de 1930.² En el caso de México, donde los procesos de transformación fueron, como ya vimos, potenciados por el movimiento revolucionario de 1910, el espacio de actuación política abierto a los intelectuales resultó, evidentemente, mucho mayor que en Brasil. El mismo Vasconcelos señalaba la existencia de coroneles y generales ignorantes que necesitaban la asesoría de intelectuales capaces de llevar a cabo las actividades para las cuales aquéllos no tenían capacidad ni perfil.³

Tanto en México como en Brasil, guardadas las especificidades de sus procesos sociales, la perspectiva de ejercer una especie de "polivalencia" se abría a muchos de los hombres más activos y diligentes. Los horizontes de participación parecían amplios y prometedores y, precisamente por eso, Lobato enfatizaba en sus artículos el importante papel de las "élites intelectuales" que, debido a la posición social y profesional que ocupaban, tenían una mayor responsabilidad para con el conjunto del país.

Como representantes de estas elites, Lobato y Vasconcelos se dedicaron a muchas actividades intelectuales. En el amplio contexto que se ofrecía a su quehacer, Lobato acometió, entre otras formas de creación, la crítica literaria y de arte; Vasconcelos pudo dedicarse también a la ficción.⁴ Los dos "licenciados",

² Para Sérgio Miceli (1977, pp. 70-71), en Brasil, desde finales del siglo XIX, los intelectuales en su conjunto ya no podían aspirar a la posición de mandarines (como la de Joaquim Nabuco, gran señor de la burocracia, diplomático y hombre mundano), ni llegar a ser altos dirigentes políticos (como el presidente Rodrigues Alves), ni tampoco asumir el papel de "coroneles cosmopolitas". Prefiguraban un nuevo tipo de trabajador asalariado o "pequeño productor" (p. 71). Sobre la relación entre intelectuales, autonomía profesional y Estado, véase también Miceli (1979).

³ Vasconcelos aludió con frecuencia a la presencia del brillante intelectual Antonio Díaz Soto y Gama al lado de Emiliano Zapata. El ateneísta Martín Luis Guzmán llegó a trabajar como secretario de Pancho Villa y, a partir de documentos del propio Villa, escribió sus memorias. En ellas, utilizó la primera persona del singular, procurando conservar la manera de hablar del biografiado y sus regionalismos para dar cuenta de su incorporación a la Revolución y su relación con los demás jefes revolucionarios (cfr. 1971, pp. 9-13, vol. 1). Mariano Azuela, a su vez, abordó en *Los de abajo* (1976) la cuestión del papel y la notoria ascendencia que los intelectuales podían ejercer sobre los líderes revolucionarios, principalmente los de origen campesino.

⁴ En *Estética*, Vasconcelos expuso una teoría literaria. "¿Qué es la literatura, sino el juego libre de las imágenes, que en la soledad de la contemplación, acuden a la

el mexicano y el brasileño, fueron abogados por poco tiempo, pero abrazaron muchas otras empresas. Su habilidad política e intelectual los llevó a escribir libros, publicar artículos, dar entrevistas, crear periódicos. Hizo que Vasconcelos dirigiera un ministerio y contendiera por la presidencia de México. Hizo que Lobato se volviera un hombre de empresa y buscara petróleo. Projectó, en fin, a los dos autores en la historia cultural y política de sus respectivos países. Como ya se dijo, en el México y el Brasil de las primeras décadas del siglo, la “polivalencia” era una posibilidad al alcance de los más capaces, audaces o ambiciosos; de los que, como Lobato y Vasconcelos, no querían confinarse en los círculos de la especialización, los cuales se estrechaban gradualmente y se volvían cada vez más rigurosos.

Desde su posición de editor y periodista, Lobato blandía sus proyectos y campañas de fondo nacionalista (por la salud, la educación, el arte, la cultura y el progreso material). Vasconcelos, por su parte, trabajaba en la elaboración de una teoría estética que sustentara un proyecto de creación cultural y artística también de matriz nacional, proyecto que trató de poner en práctica a partir de su situación privilegiada como secretario de Educación y funcionario gubernamental. Vasconcelos creía que, si su trabajo en el ministerio lograba fructificar, la política y la estética podrían hermanarse.

mente, pidiendo ser insertadas en la vida nueva de la creación artística?”, preguntaría retóricamente, observando, sin embargo, que “el creador literario está determinado por ciertas constantes de la acción humana, sin las cuales su obra resultaría incomprensible o absurda” (*Estética*, 1959, p. 1325). En un pequeño artículo, elocuentemente intitulado “Libros que leo sentado y libros que leo en pie” (*Divagaciones literarias*, pp. 9-13), Vasconcelos presentó además una singular clasificación para evaluar los libros de acuerdo con las emociones que le despertaban. Los libros que Vasconcelos leía “en pie” eran aquellos que “apenas comenzados nos hacen levantar, como si de la tierra sacasen una fuerza que nos empuja los talones [...]. En éstos no leemos: declamamos, alzamos el ademán y la figura, sufrimos una verdadera transfiguración”. Entre esos libros, Vasconcelos incluía la tragedia griega, Platón, los Evangelios, Dante, Espinosa, Kant y Schopenhauer, además de la música de Beethoven (!). Conforme al análisis estrictamente literario, el arrebató asumido como criterio de calidad aproximaría la crítica de Vasconcelos a un fuerte impresionismo. Ya como criterio de construcción, el mismo arrebató caracterizaría muchas de sus páginas de ficción, sus crónicas de viaje y, sobre todo, momentos rememorados y novelísticamente reconstruidos en sus tomos de memorias.

La diferencia que se debe enfatizar ambos autores, y que define los horizontes concretos de su actuación, pasa precisamente por la posición que ocuparon en la estructura política de sus respectivos países. Es importante notar que Lobato, como periodista y, sobre todo, como hombre que actuó prácticamente toda su vida en la iniciativa privada, desplegaba críticas y sugerencias sobre los temas que decidía tratar, pero, en términos concretos, no podía ir más allá de eso. En cuanto a Vasconcelos, puede decirse que como funcionario gubernamental de alto nivel, podía en efecto poner en práctica sus ideas o elegir, entre varias alternativas, la que mejor le pareciera.⁵

De hecho, esta diferencia es básica para comprender su actuación. Vasconcelos dispuso de un poder real para desempeñar sus tareas como secretario y para crear y desarrollar, por primera vez en México, una política cultural de carácter nacional, que abarcara al conjunto de la población. En ese sentido, su papel político fue por supuesto mayor que el de Lobato y, a pesar de los largos periodos que pasó fuera del país, Vasconcelos supo mantenerse en el escenario. Hasta 1929, con los temas del nacionalismo y el iberoamericanismo y con la campaña por la presidencia de la República; después, durante las décadas de los treinta y los cuarenta, principalmente con la polémica publicación de sus memorias, en las que presentaba un destemplado diagnóstico sobre la historia reciente de México.

Lobato, como sabemos, nunca quiso ser un político profesional o afiliarse a algún partido. Al volver de Estados Unidos, rehusó varias ofertas de Getúlio Vargas, incluso la de dirigir los servicios de un ministerio o un departamento de propaganda (Cavalheiro, 1955, p. 484; *CE*, vol. 1, p. 344). Durante su estancia en Nueva

⁵ Como ministro, las condiciones materiales que Vasconcelos tuvo a su disposición para poner en práctica sus iniciativas fueron, desde luego, mucho mayores que las de Lobato. En términos, por ejemplo, del debate intelectual, mientras el editor brasileño contaba apenas con la *RDB* como vehículo propio para la divulgación de sus ideas, la SEP de Vasconcelos, como ya vimos, llegó a disponer de cuatro publicaciones (*Boletín de la Universidad*, *Boletín de la SEP*, *El Maestro* y *El Libro y el Pueblo*), todas, evidentemente, con sus páginas listas para las contribuciones del secretario. Cuando dejó la SEP, Vasconcelos fundó su propia revista, *La Antorcha*, que tuvo una fase mexicana (1924-1925), y otra europea, más intermitente, dividida entre París y Madrid (1930-1932).

York, como agregado comercial del gobierno brasileño, se apasionó por la causa del hierro y el petróleo, asunto en el cual ya se había interesado antes. Se empeñó en hacer de su cargo no una sinecura, sino un espacio de trabajo en beneficio del país. No lo logró: la lentitud de los trámites, las difíciles relaciones jerárquicas, el peso de la burocracia y la influencia de cuestiones políticas que Lobato consideraba menores, ante la urgencia de resolver los problemas nacionales, no le permitían, como decía, devolver a la patria en forma de hierro y petróleo los 700 dólares que ganaba mensualmente (*cfr. BG*, p. 338). Su tarea sirvió apenas para aumentar su repulsión hacia la burocracia gubernamental y su concepción negativa acerca del papel del Estado. El periplo que inició en 1927 en Estados Unidos, relacionándose con empresarios de los sectores metalúrgico y petrolero, siguió sin fructificar por muchos años más.⁶

Sin embargo, si Lobato no participó en el aparato estatal desde una posición que le diera, de hecho, poder de decisión, tampoco estuvo distante de la arena política. Como periodista y sobre todo como editor, en su trato con periodistas y políticos de São Paulo y también de la capital de la República, tenía acceso a las informaciones, los debates políticos, la discusión de las cuestiones culturales y económicas más relevantes. Como parte de las “elites pensantes”, circulaba entre los grupos más variados, incluso entre los de la oligarquía paulista. Amigo de políticos importantes y cercano a Washington Luís, no se privaba de hacer declaraciones y, también en la esfera política, muchas veces lograba hacerse escuchar.⁷ Por tal razón, Lobato pudo disfrutar de una posición

⁶ Lobato se dedicó a muchos negocios a lo largo de su vida. Tuvo una casa de loterías en São Paulo, un restaurante en Nueva York, se dedicó al prodigioso —y fallido— invento de un motor rotativo de avión y a la producción de plátanos en polvo. Como observó Cavalheiro, fue “el primer escritor que no se sintió apenado de ser un hombre de negocios, de tratar los intereses materiales cotidianos [...], rompiendo con la tradición que situaba al hombre de letras entre los candidatos a una sinecura del Estado” (Cavalheiro, 1955, pp. 527-529).

⁷ Su correspondencia es ilustrativa en ese sentido, así como algunos pasajes anecdóticos que refieren sus encuentros con políticos importantes. Lobato escribió esporádicamente a Getúlio Vargas, Washington Luís, Carlos de Campos y Luís Carlos Prestes, entre otros. Difundió algunas de estas cartas en la prensa (*cfr. BG; CE; Cavalheiro*, 1955).

hasta cierto punto privilegiada. Sin pelos en la lengua, opinaba acerca de todo lo que le parecía importante para el país. Conforme a su nacionalismo a veces ingenuo y generalmente un tanto imprudente, Lobato se convirtió en una especie de “voz de la conciencia nacional”, al afirmar lo que creía necesario afirmar, al criticar lo que juzgaba necesario criticar. Y, lo más importante, siempre contó con un gran público dispuesto a escuchár lo que tenía que decir.

Vasconcelos también asumió ese papel, pero decidió desempeñarlo sólo después de cerciorarse de que jamás regresaría al escenario político con un cargo importante. Publicadas a partir de 1935, sus memorias configuraron un estudio meticuloso, aunque repleto de las manías y frustraciones de su autor, acerca del México moderno. En el análisis que dedicó a un periodo decisivo de México, desde las postrimerías del porfiriato hasta los años treinta, Vasconcelos apuntó el control cada vez más agobiante del Estado sobre el conjunto del país, sin más recursos que los fraudes electorales, la corrupción, la represión y la institucionalización de las jerarquías. Constató la transformación de los intelectuales en simples empleados al servicio del Estado y la creación de un sistema de partidos que funcionaba como mera apariencia de legitimidad de un sistema a todas luces autoritario.⁸

En el Brasil de los años diez y veinte, Lobato escribía artículos que convocaban a las elites a asumir su verdadero papel en la conducción del país por las rutas del progreso. En el México del mismo periodo, Vasconcelos, como ministro, les ofrecía oportu-

⁸ El carácter analítico de muchos pasajes de sus tomos de memorias es evidente, a pesar de que propagara que los había escrito exclusivamente para incitar al pueblo a rebelarse contra el gobierno (*cfr.* Carballo, 1994, p. 5). Pero no se puede negar la tendencia del autor a mezclar moral y política. En este sentido, el examen y el juicio implacables a los cuales solía someter la conducta de los gobernantes suplantaban la realización de un diagnóstico sereno y razonable acerca de la realidad mexicana. Vasconcelos sustituía explicaciones basadas en la historia por juicios morales, éticos y otros elementos imponderables, entre ellos los viejos atavismos. Según él, la sociedad mexicana, por su propia constitución étnica, estaría condenada a retroceder invariablemente hasta la consagración de la barbarie azteca. Si evaluaciones como ésta reflejan el resentimiento de Vasconcelos ante la imposibilidad de regresar a la vida política como presidente, no hacen justicia, en absoluto, a la obra de un intelectual efectivamente preocupado por la comprensión y transformación de la realidad de su país.

nidades de acción más concretas. Como ya comentamos, para aquellos que disponían de una formación intelectual y no habían optado por el exilio (real o interior), las posibilidades de actuar, crear y experimentar parecían enormes (especialmente cuando se vinculaban de alguna manera a la esfera política). Vasconcelos, en sus años de ministerio, sería el “empleador” de esa mano de obra calificada, incorporándola al primer plano de la política nacional, cuyo escenario era la capital de la república. Recordemos una vez más a los ateneístas que fueron sus colaboradores, a muchos jóvenes intelectuales que por las circunstancias que propició la Revolución se convirtieron en funcionarios importantes y a muchas jóvenes normalistas y artistas que se comprometieron en sus grandes proyectos de alfabetización y educación artística.

Recordemos igualmente a los pintores que Vasconcelos contrató a fines de 1922 para materializar, en las paredes de los edificios públicos, el proyecto estético del secretario —el cual cristalizaría en el “Muralismo Mexicano”.⁹ La idea de Vasconcelos era utilizar estos edificios como un vehículo estratégico para acercar los mexicanos comunes a las artes plásticas, conquistándolos para el placer estético.¹⁰ Pretendía, además, que el arte monumental de los murales (un rescate de las producciones renacentistas, a las cuales los pintores mexicanos añadieron elementos temáticos, materiales y formales del arte prehispánico) divulgase la paulatina conformación de la cultura mestiza que caracterizaba y distinguía no sólo a México, sino a toda Hispanoamérica.¹¹

⁹ En su minucioso estudio sobre ese movimiento, Paz (1987, pp. 228-284) afirmó que no se puede pensar en el muralismo sin pensar en la Revolución. Se puede decir lo mismo en relación con Vasconcelos. No se puede pensar en el muralismo sin pensar en Vasconcelos como su fundador y mecenas inicial.

¹⁰ Esa idea de “arte público” fue llevada hasta sus últimas consecuencias por Siqueiros, quien a pesar de ser un notable pintor de caballete y retratista, creía que solamente los grandes paneles conformaban el arte de una sociedad concebida en términos colectivos y no individualistas (cfr. Siqueiros, 1977).

¹¹ El sueño de Vasconcelos —la creación de una cultura hispanoamericana nacional, sin el cierre de fronteras, que incorporase, armoniosamente, las memorias occidental, oriental e indígena— era tema de los primeros murales. Por eso, estas producciones poseían una connotación más abstracta y abarcadora. Tales serían los casos, por ejemplo, del mural *La creación* (realizado por Diego Rivera, en el Anfiteatro Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria, en 1923) y de los murales inspirados en la cultura grecorromana del pintor Montenegro).

Los muralistas, sin embargo, descartaron rápidamente las ideas del secretario, defendiendo primeramente un arte nacional, después nacionalista y, por último, de objetivos ostensiblemente políticos. En 1923, lanzaron el manifiesto que anunciaba la fundación de un sindicato de artistas y, al ligarse éste al recién creado Partido Comunista Mexicano, se volvieron opositores de Vasconcelos.¹²

El antiguo ateneísta Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros (consagrados más tarde como los “tres grandes” de la escuela de pintura mural mexicana) establecieron un plan de trabajo que, con la salida de Vasconcelos del ministerio, se adentraría en una temática distinta de la que éste había concebido y que tendría un desarrollo diverso en cada uno de los tres pintores. Dotando de una atmósfera épica los episodios de la historia nacional, desde la Conquista (en que los héroes eran los indígenas y los españoles los villanos) hasta la Revolución (en que el pueblo, dividido básicamente en obreros y campesinos, ocupaba el lugar de los indígenas, mientras los conquistadores eran sustituidos por los capitalistas), las obras producidas por los muralistas acabaron por oficializar una visión redentora de la Revolución, cuando muchos intelectuales, incluido Vasconcelos, ya no creían en ella.¹³

¹² En el manifiesto, los artistas proclamaban que, “siendo nuestro momento social de transición entre el aniquilamiento de un orden envejecido y la implantación de un orden nuevo, los creadores de belleza deben esforzarse por que su labor presente un aspecto claro de propaganda ideológica en bien del pueblo, haciendo del arte, que actualmente es una manifestación de masturbación individualista, una finalidad de belleza para todos, de educación y de combate” (Siqueiros, 1990, p. 255).

¹³ Según Monsiváis (1981, p. 1421), el mecenazgo de Vasconcelos hizo que el muralismo reflejara el credo humanista y la épica de la Revolución. Sin embargo, su proyecto estético fue rebasado por el nacionalismo revolucionario de los murales posteriores, principalmente los de Rivera (que acabó por transformarse en una especie de “pintor oficial” del Estado mexicano) y los de Siqueiros. Tal hecho dio a la relación arte/política una connotación, por decirlo de alguna manera, más instrumental. Según Paz (1987), un Estado que nace de un proceso revolucionario no puede mantenerse eternamente por la fuerza; necesita legitimación cultural. El joven Estado mexicano encontraría tal legitimación precisamente en los murales. Sobre la relación de Vasconcelos con los muralistas y el desarrollo de esa escuela de pintura, véase Paz (1987, pp. 228-284); Franco (1985, pp. 89-97); Eder (1990, pp. 71-90); Monsiváis (1981, pp. 1420-1426); Manrique (1981, p. 1364). Sobre la temática de los murales, véase Orozco (1981, pp. 59-65, 73-78).

LA DESILUSIÓN DEL HOMBRE COMO ESTÍMULO DEL ESCRITOR

Cuando Vasconcelos dejó el gabinete del presidente Álvaro Obregón, cerró para siempre la posibilidad de desarrollar proyectos como los que puso en práctica como secretario de Educación. Vasconcelos solía decir que la política no era un placer, sino un deber de patriotismo, un compromiso con el país y el conjunto de su población (*LT*, p. 839). Con el tiempo, el autor advirtió que la política era, en realidad, la única manera de llevar a cabo sus planes y los principios que pretendían unir al pueblo mexicano en el gran proyecto redentor basado en la cultura. Apartado de la política, lo que le esperaba sería el ostracismo, en cierto modo ya padecido en sus destierros, o el escándalo, que pareció disfrutar con la publicación de sus tomos de memorias e incluso con la proyección, no precisamente una fuente de elogios, que conquistó al dirigir la revista *Timón*, en 1940 (*cfr.* Capítulo 2, nota 64).

Individualista como Lobato, Vasconcelos, al contrario del brasileño que nunca quiso crear una escuela a su alrededor, logró ganar, en el plano político, muchos discípulos y admiradores, además de muchos críticos. Los jóvenes intelectuales que se incorporaron a los trabajos de la SEP nunca lo consideraron su maestro: la impaciencia y el individualismo del ateneísta le vedaron ejercer un auténtico magisterio (Castro Leal, 1940, pp. 31-33). Sin embargo, eso no impediría que lo siguieran, que buscaran dar continuidad a su obra educativa y política o intentaran transformarla. En realidad, una de las características más importantes de la actividad política de Vasconcelos residía en la formación de jóvenes dirigentes (no necesariamente obedientes a sus ideas y líneas de acción).¹⁴

¹⁴ Sin embargo, es importante observar que Vasconcelos no creó discípulos o continuadores en el ámbito intelectual. Nadie retomó los caminos abiertos por él en el campo de la reflexión filosófica. Nadie se atrevió a dar continuidad a su teoría estética (una mezcla de elementos dionisiacos y apolíneos, aderezados con un romanticismo redentor). Nadie, finalmente, volvió a hacer de la autobiografía un género de denuncia y catarsis en los moldes que estableció Vasconcelos, ni volvió a imponer de manera tan evidente la identificación entre narrador, nación e historia, característica de la autobiografía de Vasconcelos.

Al reivindicar la importancia de su sistema educativo, su programa cultural, la necesidad de poner el gobierno de México en manos de los mejores, “en la estricta interpretación aristodemocrática o democrática auténtica”, Vasconcelos abogaba por un “gobierno de sabios auxiliados de funcionarios honestos” (*LT*, p. 926). Debido a ello, buscaba rodearse no sólo de sus antiguos compañeros del Ateneo, de reconocida capacidad y competencia, sino de jóvenes universitarios o recién formados, dándoles responsabilidades inusitadas. No por azar, muchos entre ellos llegaron a desarrollar una carrera política o intelectual relevante.¹⁵

Sin duda, el proyecto cultural-educativo desarrollado en la SEP proporcionó a Vasconcelos una proyección capaz de estimular sus ambiciones políticas, llevándolo a competir por la presidencia del país. El periodo comprendido entre 1925 y 1928, que Vasconcelos pasó fuera de México, le fue particularmente generoso en términos del reconocimiento nacional e internacional a su trabajo. En el plano internacional, las conferencias que leyó en América Central, en Europa y en universidades de Estados Unidos le sirvieron como un buen instrumento de consagración, complementado por el título de “Maestro de la Juventud” que, como ya vimos, recibió de estudiantes latinoamericanos.¹⁶

¹⁵ Apostar por los jóvenes fue, también, una característica de Lobato. Además de asumir, en el inicio de su editorial, la política de publicar solamente autores desconocidos, en 1919, aceptó a Otale Marcondes Ferreira, de 18 años y sin ningún capital, como socio de la “Monteiro Lobato & Companhia”. Serían socios hasta 1930, cuando Lobato hizo que comprara el 50% de su sociedad en la Companhia Editora Nacional para, finalmente, perder todo su dinero en la Bolsa de Nueva York. Otale poseía un realismo comercial que neutralizaba el “idealismo super optimista” de Lobato (*cfr. BG*, p. 351; Hallewell, 1985, p. 253; Travassos, 1974, pp. 232-240).

¹⁶ Asimismo, es importante mencionar la correspondencia que intercambió con Romain Rolland. Las cartas en que Rolland elogiaba el proyecto educativo y cultural de Vasconcelos se publicaron en la revista *El Maestro*, como un evidente elemento de respaldo a su trabajo en la SEP. Durante su exilio, Vasconcelos llegó a visitar a Romain Rolland. De tal encuentro, recordaba: “Le planteé el problema del progreso: ¿Existe el progreso social como creímos los hombres influenciados por el liberalismo, o la historia no es otra cosa que serie de florecimientos y recaídas, un poco a lo Spengler y un mucho, como nos lo dice la religión, por ejemplo, en el Apocalipsis? Él creía en la necesidad de producir aristocracias y tipos de selección que sean la sal de la tierra. En esos días simpatizamos porque todavía mantenía una actitud crítica en frente de los soviets, que lo adulaban. Después su soviétismo integral me apartó del todo. Y su irreligiosidad. Su ateísmo es cientifizante, diluido en la fuerza creadora; una suerte de bergsonianismo, de antes del Bergson convertido a la idea cristiana” (*ED*, p. 504).

En el plano nacional, Vasconcelos llegó a contar con un apoyo que a menudo no pudo encontrar al frente de la SEP.¹⁷ A partir de su salida del ministerio, en 1924, los estudiantes, muchos de los cuales criticaban su autoritarismo, engrosaron las filas de sus partidarios. Las clases medias urbanas y gran parte de la intelectualidad que no simpatizaba con las ideologías de izquierda, también empezaron a ver en Vasconcelos una alternativa ideal para el país, después de la vorágine revolucionaria, a la cual no querían regresar, y después de la sucesión de tantos militares en la conducción del país.¹⁸

La consulta de los registros que varios “vasconcelistas” dejaron sobre la malograda campaña presidencial de su líder permite visualizar mejor los sectores sociales que lo apoyaron en su segunda “cruzada”, después de la campaña alfabetizadora. Salvador Azuela (1980, pp. 92-104) evocó la composición social inicial de la campaña y de - “Comité Orientador”. Sus miembros provenían en esencia de la clase media ilustrada y varios de ellos habían trabajado en la SEP. Azuela mencionó también el “Centro Revolucionario de Principios”, compuesto por viejos maderistas que, con su apoyo, dieron legitimidad a la campaña vasconcelista. Por último, destacó el importante papel asumido por las mujeres, observando que el “Partido Nacional Antirreleccionista”, por el cual Vasconcelos se postulaba, incluía en su programa la

¹⁷ Vasconcelos incluso sostuvo conflictos explícitos con los estudiantes y algunos profesores, sobre todo de la Escuela Nacional Preparatoria. Cuando ésta se hallaba bajo la dirección de Lombardo Toledano, ligado a la CROM y, segundo Vasconcelos, fuertemente empeñado en politizar la enseñanza y aliar los estudiantes con las organizaciones obreras, los alumnos se amotinaron contra el secretario. Como resultado del episodio, Lombardo y Alfonso Caso, profesor ligado al director, fueron cesados. Antonio Caso renunció a la rectoría de la Universidad Nacional, en protesta por el cese de su hermano Alfonso. Vasconcelos narró con tintes de novela los incidentes de la rebelión y su heroica visita a la Escuela Nacional Preparatoria, sin escolta, para enfrentar a los amotinados y los gritos de “¡Abajo Vasconcelos! ¡Muera! ¡Mátenlo!” (ED, p. 152). Como sea, Vasconcelos tuvo que enfrentar el desmoronamiento del grupo que lo apoyaba. En sus memorias, lamentó haberse ganado la fama de autoritario, según decía, por haber colocado los intereses colectivos por encima de los individuales, y preferir el bien de las escuelas y el trabajo de la SEP (cfr. ED, pp. 148-164).

¹⁸ El asesinato de Álvaro Obregón en 1928, cuando éste acababa de ser reelecto, estimuló la campaña de Vasconcelos y su aparición en el escenario político nacional como el continuador de los principios democráticos de Madero.

defensa del voto femenino. Entre las mujeres, Azuela enumeró principalmente a profesoras, empleadas de comercios y estudiantes universitarias. En cuanto a los trabajadores urbanos y rurales, al parecer, muchos de ellos apoyaron al candidato, pero lo hicieron de manera individualizada o se mantuvieron en una posición menos comprometida.¹⁹

Con la derrota de Vasconcelos, después de una campaña reprimida sin miramientos, de la muerte y la prisión de muchos vasconcelistas, del intento frustrado de un movimiento armado y la salida de Vasconcelos nuevamente rumbo al exilio, la desilusión y la ira se apoderaron del autor. Conforme a la tradición revolucionaria iniciada en 1910 por Madero y su Plan de San Luis, Vasconcelos también llegó a lanzar su propio plan, el “Plan de Guaymas” (de donde saldría hacia Estados Unidos y un largo exilio). En éste, se declaraba la única autoridad legítima de la República, desconocía al gobierno, alentaba los ciudadanos del país a que asumieran interinamente el gobierno de los estados y municipios, y finalizaba su comunicado de manera patética:

El Presidente Electo se dirige ahora al extranjero, pero volverá al país a hacerse cargo directo del mando tan pronto como haya un grupo de hombres libres armados, que estén en condiciones de hacerme respetar [*EP*, pp. 892-893].

¹⁹ El movimiento obrero mexicano estaba muy cerca del gobierno, para entonces bajo el dominio del presidente Calles. En ese contexto, la vinculación de sindicatos de trabajadores a la oposición era excepcional. En la campaña vasconcelista, además del “Comité Orientador” y el “Centro Revolucionario de Principios”, Azuela mencionó el “Frente Nacional Renovador”. Según el autor, tal frente congregaba a “trabajadores humildes, empleados y estudiantes”. Su coordinador no era, sin embargo, obrero o estudiante, sino un profesor —Abraham Arellano— que había coordinado la campaña de alfabetización de Vasconcelos. La descripción de Arellano es paradigmática de la idea de “misión” que los seguidores de Vasconcelos se impusieron desde el principio. Arellano tenía una mística muy personal: “el temple oral trascendía de la palabra a la conducta dotándola de poder magnético, porque estaba por encima de los intereses temporales. Después lo hemos recordado como a un monje budista o un misionero cristiano, por el desinterés” (Azuela, 1980, p. 98). Con este ejemplo, podemos observar que, para Vasconcelos y sus seguidores, el liderazgo de los movimientos sociales tenía que estar en manos de individuos intelectualmente preparados, que, por tal razón, podrían asumir esta misión de manera desinteresada.

Muchos consideraron irresponsable e incluso cobarde la conducta de Vasconcelos, que incitaba a la población y específicamente a sus seguidores a la protesta y la acción armada para, inmediatamente después, abandonar el país (cfr. Blanco, pp. 158-165; Brading, 1988, pp. 200-201).²⁰ En cuanto a Vasconcelos, se puede suponer que la espera en vano de un movimiento rebelde que nunca se organizó, prepararía el terreno para el registro por escrito de su frustración.²¹ Sus largos tomos de memoria servirían para el ejercicio de una venganza estéril contra el país, sus generales, sus políticos y, por último, su población.

El suicidio de su amante y compañera de campaña, Antonieta Rivas Mercado, en la Catedral de Notre Dame de París, representó el último golpe para Vasconcelos.²² Sin embargo, intentó llevar adelante lo que ambos habían planeado: en París, empezó nuevamente a publicar su revista *La Antorcha*. Según Vasconcelos, *La Antorcha* resurgía para defender "los intereses materiales y morales de las razas hispánicas del Nuevo Mundo" ("Palabras iniciales", *La Antorcha*, abr., 1931, pp. 2-3). Y, aunque él mismo la definía como "órgano de los vencidos, de los temporalmente sometidos", destacaba que la revista contaba con el apoyo de la "opinión de un continente que no se resigna a claudicar de sus derechos ni a vender su esperanza".

²⁰ Vasconcelos intentó rebatir tales acusaciones en varias oportunidades (*D*, pp. 173-175; *EP*, pp. 1172-1173; *FL*, p. 492).

²¹ El ex presidente Eulalio Gutiérrez le había dicho que México estaba cansado de conflictos y ya no existía el ánimo heroico de otras épocas (*EP*, p. 897). Se manejó la posibilidad de que Vasconcelos encabezara la rebelión contra Calles, que se desarrollaba principalmente en los estados de Jalisco y Michoacán. La Guerra Cristera, la gran rebelión de campesinos católicos que enfrentó las medidas anticlericales de Calles, no pudo contar con el liderazgo del ex candidato presidencial. Vasconcelos, quien se presentaba como un nuevo Quetzalcóatl, emisario de la cultura y la paz, no quiso involucrarse en la guerra religiosa, usándola como apoyo y palanca para la lucha política. Sin embargo, nunca perdonó a los seguidores de su campaña presidencial el no haber luchado a muerte para llevarlo al poder. Vasconcelos salió rumbo al exilio con un diagnóstico final sobre los mexicanos: un pueblo, sin remedio, que no lo merecía (cfr. "Carta a la intelectualidad mexicana", *D*, pp. 178-179).

²² "Cuando mataron a Germán de Campo [estudiante vasconcelista] en México, cuando me fusilaron a Bouquet [general que lo apoyaba y trataba de organizar la resistencia armada], en Nogales, había sentido, junto al desgarramiento doloroso, el ímpetu de la venganza, que es por lo menos una razón para seguir viviendo y proseguir la lucha. Ahora, con la incomprensible deserción de ella, me faltaba el propósito. Era como si la patria misma se me hubiese ausentado, negándome" (*EP*, p. 1097).

Vasconcelos continuaría, en efecto, empuñando la bandera del iberoamericanismo, pero ya sin el mismo entusiasmo por la cuestión. A parte de la tragedia personal que vivía, estaba decepcionado de México, de su gran sueño de integración de los países ibéricos, del avance prácticamente inexorable de Estados Unidos sobre el continente e, incluso, de los alcances de su propia tesis de la raza cósmica.

En París, esta tesis, efectivamente polémica, recibió las duras críticas de un sociólogo y viajero francés. Monsieur de Mouralis acababa de regresar de Brasil, sobre el cual había escrito un libro en que se mostraba su irritación por la ineficiencia de los mulatos y mestizos y que cuestionaba precisamente la pertinencia de concebir a los mestizos como los conformadores de una “raza síntesis”. Vasconcelos recordaría, entonces, al México que lo había expulsado de su seno entre la risa “de canallas y amenazas de rufianes y por encima de la sangre de mis amigos”. “Todo eso era *La raza cósmica*”, concluía, entre irónico y amargado (*EP*, p. 1075). Con la crítica del viajero francés, hasta su esperanza en el futuro de Brasil como cuna de la raza síntesis lo abandonaba, pues el “demonio de la sinceridad” no dejaba de susurrarle:

¿Quién ha construido el Brasil moderno? ¿Acaso San Paulo no es obra de italianos y portugueses, obra de europeos? En el mismo Brasil las provincias atrasadas son precisamente las que, como Bahía, están pobladas por una mayoría de mulatos... [*EP*, p. 1075].

En la España republicana, ya ensombrecida por la amenaza de la guerra civil, en una aldea de pescadores de Asturias, en donde estaba viviendo con la familia, después de dejar París, Vasconcelos decidió escribir *Ulises Criollo*, primer volumen de su largo relato autobiográfico. El autor, aunque se preguntaba “¿para qué seguir hablándole de salud a los incurables?” (*LT*, p. 456), persistió en la búsqueda de lectores con quienes pudiera compartir su experiencia,²³ y en sus amargas profecías acerca del

²³ Es importante observar que se utiliza el concepto de experiencia, a partir de los términos con que Walter Benjamin la define en su texto sobre el narrador (1985, pp. 197-221).

futuro de México y América Latina, bajo el dominio definitivo de los yanquis.

Monteiro Lobato, al regresar de Estados Unidos, también emprendió su última —y larga— cruzada, en busca de la redención de su país. Si Vasconcelos asumía el papel de Mesías, en lo que pretendía presentar como la entrada definitiva de los mexicanos en el reino de Quetzalcóatl, Lobato también se imaginaba con poderes mesiánicos. En 1943, el viejo amigo del interior de Minas fue testigo de la decepción de Lobato: “Este Brasil, Rangel, es algo que sólo yo sería capaz de enderezar —y mi odio por todo viene de que no me dejaron enderezar ni siquiera el petróleo” (*BG*, p. 365).

La decepción de Vasconcelos lo llevó a la catarsis de las memorias. Y la de Lobato, ¿a qué lo llevó? En cierto modo, al igual que el mexicano, el brasileño también se dio cuenta de la importancia de la política y de que sería ella el único camino para realizar sus proyectos sobre el progreso material de Brasil. Sin embargo, la política brasileña, interna y externa, en lugar de hacer factible la tan soñada autonomía del país en hierro y petróleo, mediante su explotación por empresas privadas nacionales, sólo provocó que Lobato, el dueño de este sueño, fuera a dar a la cárcel. La influencia de las grandes corporaciones y sus intereses económicos impedían que el modelo soñado por Lobato se aplicara en el país. Cuando el gobierno de Getúlio Vargas finalmente inició la producción de tales insumos —primero el hierro, después el petróleo— lo hizo adoptando una política controladora y centralista. El gobierno fundó grandes empresas y el Estado las incorporó.

Desde 1931 hasta el inicio de la década de los cuarenta, Lobato invirtió todo su dinero, el dinero de amigos e incluso el de desconocidos en sus intentos de prospección y explotación del petróleo. Al terminar en la cárcel, Lobato asistió al fracaso definitivo de cerca de diez años de iniciativas, planes y campañas. La literatura, a la cual siempre regresaba cuando había cuentas que pagar y ningún dinero en el bolsillo, acabó representando para el autor su único puerto seguro.²⁴

²⁴ En realidad, Lobato nunca ganó dinero con el petróleo. Invertía en él todo lo que ganaba con sus producciones literarias y traducciones y jamás recuperó su inversión (*cf.* Travassos, 1974, p. 167).

En 1941, Lobato pasó cinco meses en la cárcel (de enero a junio), de los cuales nunca se recuperó moralmente.²⁵ Durante este periodo, el papel de portavoz de la conciencia nacional, asumido por el escritor, se hizo aun más fuerte, a causa de la represión y la censura que se vivían entonces. Lobato asumió, como diría en una de las cartas que envió desde la cárcel, el papel de “mártir número 1 del petróleo brasileño” (*CE*, vol. 2, pp. 74, 76).

A lo largo de los diez años en que se dedicó al hierro y el petróleo, Lobato osciló entre momentos de euforia y estados de completa desilusión. El escritor acabó por hacer del coraje, la decepción y el escepticismo un estímulo para la escritura. El recurso de la máquina de escribir fue inspirado también por la necesidad de denunciar a las grandes corporaciones, los políticos corruptos, la debilidad del gobierno. De ahí saldrían dos libros: en 1936, el *Escândalo do Petróleo*, para adultos (con cuatro ediciones en ese mismo año), y, un año después, el *Poço do Visconde*, para niños (*cfr.* Capítulo 3, nota 28; *cfr.* Cavalheiro, 747).

En el libro para adultos, el autor pretendió exponer el porqué del fracaso de su propia empresa. Se trataba, en esencia, de una especie de auto reivindicación. Lobato haría ver a los brasileños que todos sus intentos por “dar petróleo” a su país habían naufragado por fuerzas ajenas a su voluntad y demasiado poderosas para hacerles frente. El registro documentado de la existencia de petróleo en Brasil, de los sabotajes y prohibiciones empen-

²⁵ El Tribunal de Segurança Nacional condenó Lobato a seis meses de cárcel (*cfr.* Ribeiro, 1984, pp. 173-175). Por presiones de intelectuales, abogados y políticos, Getúlio Vargas acabó firmando su indulto (*cfr.* Ribeiro, 1984, pp. 182-183; Cavalheiro, 1955, p. 498). El arresto de Lobato tuvo como pretexto una carta que envió a Getúlio Vargas, calificada como injuriosa. Para Cavalheiro, la verdadera razón residió en una entrevista que el escritor había dado a la BBC, criticando al Estado Novo (1955, pp. 486-487). Después de la prisión, Lobato se alejó definitivamente del tema del petróleo, lo que comprueba la evaluación de Campos (1986, p. 117), para quien su prisión tuvo el efecto de “callar al vocero de grupos sociales de oposición al régimen de Vargas, portadores de otro proyecto de progreso”. En efecto, la visión liberal-democrática de Lobato, en la que el Estado no debería cumplir las funciones para las cuales el gobierno de Vargas lo había preparado, no se ajustaba al Estado Novo. Como se sabe, el modelo vencedor fue el corporativista, generado por la centralización del Estado, el crecimiento del intervencionismo económico y el autoritarismo. La prisión de Lobato lo alejó del petróleo y la censura de la prensa ayudó a mantenerlo apartado del público.

didos desde el gobierno y de la influencia de las corporaciones eximiría de responsabilidad y culpa al “héroe” (o “mártir”) de esta fallida epopeya de rescatar a Brasil de su estado de miseria. El libro sugería que no se quería (o podía) alcanzar el sueño que Lobato tanto anhelaba: la transformación del país en una sociedad industrial, moderna y civilizada, cuya eficiencia en el trabajo se traduciría en una mayor riqueza repartida con justicia entre obreros, gerentes y propietarios, concebidos como socios y no como enemigos. Lobato blandía la receta para tal conquista desde hacía diez años: la explotación inmediata del hierro y el petróleo en el país, realizada por brasileños.

No deja de ser curioso el hecho de que Lobato haya dedicado su largo documento al ejército y a la marina (“la parte armada de la Nación, los órganos con los que ella garantiza su dignidad y soberanía”). Se anunciaba su relato como un “libro sincero y desesperado”, que cumplía con el deber de denunciar la a “la gente que entre nosotros interesada en nuestro suicidio como Nación”. No era ningún secreto la influencia de las fuerzas armadas sobre Getúlio Vargas. Aun así, el llamado a los “detentores del uso legítimo de la fuerza”, por alguien que siempre afirmó que las ideas se combatían con ideas y no con violencia, denota el cansancio y la desilusión de Lobato por la política y las soluciones concertadas.

De cierta manera, el *Escândalo do petróleo* y también *Ferro*, el pequeño libro en que Lobato analizaba la cuestión siderúrgica en Brasil, publicado por primera vez en 1931, funcionaban como denuncia. Presentaban un cuadro sombrío de la realidad brasileña, en el momento en que, quijotesicamente, Lobato emprendía sus luchas por el progreso material. Componían, como veremos en seguida, capítulos ricos y complejos de la propia biografía del autor, pues ilustran su interés por Brasil, la búsqueda de alternativas que lo pudieran mejorar y, finalmente, la imposibilidad de acción que enfrentó.

En cuanto al libro infantil, Lobato pretendió estimular en los niños la fe en el progreso material y, principalmente, en el futuro del país. Para eso se apoyó, en primer lugar, en la existencia de la voluntad política, el presupuesto básico de las transformaciones y, en segundo, en la ayuda de la ciencia, por cuya mediación las

transformaciones podrían volverse realidad. Así, Doña Benta, la “autoridad” del “Sítio do Picapau Amarelo”, permitía y apoyaba incondicionalmente a sus nietos para que abrieran pozos, cavaran las tierras de la finca y contrataran a técnicos norteamericanos y europeos que los ayudasen en el intento de encontrar petróleo. A final de cuentas, eso también ayudaría a Brasil. El personaje del Visconde de Sabugosa, por su parte, convertido en el mayor experto brasileño sobre el petróleo y su explotación gracias a sus conocimientos de geología, geofísica, química e ingeniería de suelos, sería capaz de elaborar un análisis detallado de cómo extraer petróleo del subsuelo del país, estableciendo cuáles eran los equipos más adecuados para su explotación y cuáles las regiones más prometedoras.

Por conducto de este personaje —una mazorca a la que Tía Nastácia había puesto piernas y brazos y que, después, no sólo cobró vida sino que se transformó en un gran sabio y científico—, Lobato intentaba explicar a los niños, en un lenguaje accesible y atractivo, sus propios conocimientos sobre el petróleo, adquiridos al frente de las empresas en que participó.²⁶ En *O Poço do Visconde*, el país se había transformado por completo a causa del descubrimiento del primer pozo de petróleo en el “Sítio do Picapau Amarelo”, y había conquistado “el elemento básico para volverse una nación rica y poderosa” (*VISC*, p. 120). Ahora, habría gasolina barata, carreteras, y el país se vería enriquecido y “americanizado” por la industria.²⁷ Y todo eso, a pesar de los

²⁶ Ese personaje refleja los cambios del propio Lobato en relación con los temas y conocimientos efectivamente relevantes para el desarrollo económico y el mejoramiento de las condiciones sociales de Brasil. No por azar, en las páginas finales del libro, el Visconde de Sabugosa hizo una recapitulación de su trayectoria intelectual y científica, presentando en parte la trayectoria del propio Lobato y su pragmatismo. De modo que si bien en el inicio de su carrera de sabio la mazorca se había interesado por la filología, terminó por inclinarse hacia la geología, por los beneficios que ésta podría representar para Brasil (*VISC*, p. 167).

²⁷ Sin embargo, el progreso también tendría sus problemas. En el libro se advierte cierta nostalgia que llega incluso a relativizar las transformaciones generadas por el enriquecimiento, la industrialización y, principalmente, la urbanización que el petróleo había traído. La villa del “Tucano Amarelo”, que funciona como una especie de microcosmos del país, crece de tal manera que su tranquilidad se ve abrumada por el arribo de una multitud de caras nuevas, en la que los antiguos vecinos ya no reconocen a casi nadie. Además de las casas amplias y modernas que empiezan a construirse en la ciudad, así como de un enorme y lujoso cine, se multiplican las

temores despertados por “aquellas corporaciones que no quieren que Brasil tenga petróleo [...] de los sabotadores, las traiciones tremendas, sabotajes, incendios, muertes trágicas” (p. 81) y el hecho de que a Brasil se le hubiera “oficialmente prohibido tener petróleo” (p. 147).

En la ficción para niños, Lobato realizó los sueños que nunca pudo ver concretados en su país. Además de lograr encontrar el petróleo que funcionarios del gobierno, de común acuerdo o bajo la presión de las corporaciones internacionales, impidieron que buscara, trató de retomar su viejo precepto de contar con las “verdaderas elites” para el rescate social de la población, disminuyendo el papel del Estado. Así, con el dinero que ganaron con la explotación del petróleo, los personajes del “Sítio do Picapau Amarelo” (una especie de Brasil ideal) fueron capaces de “civilizar” Brasil. En asamblea (Doña Benta, Emília, Narizinho, Pedrinho y Visconde), decidieron “beneficiar a nuestra gente del campo, tan miserable, sin ninguna cultura y sin asistencia, atacada por enfermedades tan feas y dolorosas” (p. 144).

El programa que los personajes acordaron poner en práctica materializaba el viejo proyecto lobatiano de rescate económico, social y educativo del país. En primer lugar, planteaba la construcción de carreteras para unir todo el territorio y facilitar la comunicación y el crecimiento agrícola e industrial. En segundo, la construcción de modernos hospitales y casas decorosas, modernas e higiénicas que pudiesen venderse a cambio de “mensualidades muy, muy bajas” a la población rural, hasta entonces condenada a vivir en casuchas de barro y paja (como la que el mismo Lobato describió años antes en sus textos sobre Jeca Tatu). Finalmente, el proyecto estaría completo con la creación de “buenas escuelas técnicas” para los caboclos ignorantes, pues éstos, como diría el personaje Narizinho, “son aprovechables, pero hay que ayudarlos. Pues si no hacen nada es porque nada pueden hacer” (p. 145).

cantinas e incluso se erige un cabaret (pp. 122 y 128). El personaje Dona Benta ya sentía una “pizca de nostalgia” fatalista: “sí, el petróleo comenzaba a cambiarlo todo, no quedaba duda. Los viejos conocimientos, los viejos hábitos, las viejas tradiciones, todo desaparecería frente a la americanización que la industria trae” (p. 129).

En los años que vivió en Francia, España, Argentina y Estados Unidos, entre su exilio en 1929 y su regreso a México en 1939, Vasconcelos se dedicó principalmente a preparar su *Ética*, su *Estética* y su *Breve historia de México*, así como a la escritura y publicación de sus polémicos tomos de memorias. Lobato, al regresar de Estados Unidos en 1931, además de luchar por el petróleo, volvió a dedicarse por entero a la literatura. En los diez años siguientes, al lado de las crónicas sobre aquel país, reunidas en *América*, publicado en 1932, y los “libros-denuncia” acerca de su infructífera campaña por el hierro y el petróleo, produjo la mayor parte de su literatura infantil (quince libros), además de dedicarse a la traducción.²⁸

En 1946, dos años antes de morir, Lobato decidió publicar una reedición de sus cartas a Godofredo Rangel como parte de sus obras completas (las cartas habían sido publicadas por primera vez en 1944). Tal decisión parece reflejar el intento de Lobato de constituir una especie de registro autobiográfico, en un momento en el que, a pesar de abrigar aún planes, la desilusión y el cansancio ya no le permitían emprender proyectos de gran aliento.²⁹

No está de más repetir la importancia de la escritura en la vida de ambos autores. A medida que fueron envejeciendo, tanto Lobato como Vasconcelos hicieron de ella no sólo su principal sino, muchas veces, su exclusivo medio de vida. La utilizaron como un instrumento eficaz para seguir haciéndose escuchar y mantener la posición relevante que habían conquistado en el ámbito de los debates que se llevaban a cabo en México y en Brasil.

Ambos autores optaron por la publicación de registros específicamente memorialísticos: cartas, en el caso de Lobato, y memorias, en el de Vasconcelos. En ellos, documentaron episodios de su vida personal, así como opiniones, sentimientos y principalmente su participación en acontecimientos importantes

²⁸ Entre enero y junio de 1934, sin haber faltado nunca a su trabajo en la Companhia Petróleos do Brasil, Lobato tradujo a Grimm, Andersen, Perrault, Doyle, Wells, Eleanor Porter y Kipling, y escribió *Emília no país da gramática* (BG, p. 350).

²⁹ En carta de diciembre de 1945, Lobato sugirió a Rangel que escribieran en colaboración un libro de memorias. “Tenemos mucho que decir —nuestro testimonio sobre nuestro tiempo” (BG, p. 373). Desafortunadamente, nunca lo escribieron.

de la vida política, cultural y económica de sus países. De la preocupación de Lobato y Vasconcelos por buscar labrarse, mediante la escritura, un lugar en la historia de Brasil y México, surgieron los textos que vale la pena analizar de cerca.

CARTAS Y MEMORIAS: ENTRE LA HISTORIA Y LA FICCIÓN

Leer cartas destinadas en su origen a lectores personalizados, o memorias concebidas para un lector anónimo, no significa simplemente establecer contacto con relaciones o reminiscencias ajenas. La transposición de la experiencia individual a la escritura —y de ésta al libro— transforma cartas y memorias en valiosos instrumentos de conocimiento, insertándolas en la categoría de documentos históricos, además de literarios.

Es interesante pensar en la génesis de un compendio de cartas. Intentemos imaginar primeramente al destinatario, a quien se le ocurre guardar las cartas que recibió a lo largo de muchos años y, después, al autor de estas cartas que, si aún vive, autoriza su publicación. ¿Qué es lo que mueve a estos dos agentes cuya acción culminará en la producción de un libro que franqueará su intimidad a un público anónimo? ¿Qué es lo que los lleva a hacer públicos detalles a veces picantes, a veces amorfos, comprometedores o decepcionantes, relacionados con el autor —celebridad a quien el público lector solía admirar— cuyas contradicciones, equivocaciones y fracasos se vuelven, entonces, materia expuesta?

Intentemos imaginar, ahora, la génesis de una autobiografía. El autor rememora y narra acontecimientos cuyo registro quiere perpetuar. Y la versión de lo que vivió será, evidentemente, su versión, insertada en un guión previo, construido por su propia memoria.³⁰ Esta memoria filtrará, entre una infinidad de acontecimientos, aquellos que según ella vale la pena registrar y divulgar (lo que por supuesto presupone la existencia de he-

³⁰ La historia nació como narración porque el narrador, al relatar, pudo garantizar: "Yo vi, sentí" (Le Goff, 1992, p. 9). La historia-testimonio es la matriz de la autobiografía. El narrador narra porque vio, porque sintió, porque participó.

chos a ignorar o incluso a esconder...). La memoria construye el guión en que el autor —en el papel de protagonista— expone su vida y a sí mismo ante un público que, al final de la lectura, lo habrá juzgado.³¹

La difusión del registro memorialístico representa el riesgo de este “juicio” por parte del público lector, abarcando de manera relativamente similar a los dos géneros: tanto el compendio de cartas como la autobiografía. Si las cartas, como los diarios, son escritas al calor de los hechos, su selección con el fin de publicarlos no lo es. Detrás del proyecto editorial de un compendio de cartas, está la construcción de un perfil. El autor se presenta al público por medio de estos pequeños y autónomos registros biográficos, seleccionados previamente y encadenados en una línea que ofrece un panorama de su vida. El público lector conocerá al autor y lo “juzgará” a partir, precisamente, de estos “pedazos” de memoria.

Es curioso comparar a Lobato y Vasconcelos a partir del registro de sus vidas. Como veremos a continuación, la correspondencia de Lobato podría parecer prosaica frente a las grandilocuentes memorias de Vasconcelos. Por otra parte, podríamos cuestionar precisamente esa grandilocuencia que distingue la narración del autor mexicano. Las cartas de Lobato, en su orden cronológico, presentan un fértil panorama de Brasil, sus transformaciones, sus problemas. Las memorias de Vasconcelos presentan lo mismo en relación con México. Los dos registros procuran relacionar la vida de los autores con el contexto en que vivieron, dándoles un inequívoco protagonismo. Las memorias de Vasconcelos y las cartas de Lobato se hermanan también, en términos temáticos: comienzan con un optimismo juvenil que desemboca en el desánimo y el escepticismo. En la informalidad de las cartas y la rimbombancia de las memorias se descubren el hombre y el tiempo, el Brasil y el México que los dos autores pretendieron modificar.

³¹ Sobre el sentido de la obra autobiográfica en Rousseau, Starobinsky afirma: “La ‘lucha por el reconocimiento’ [...] no será otra cosa que la comparecencia ante un tribunal. Para Rousseau, ser reconocido será esencialmente ser justificado, ser considerado inocente” (Starobinsky, 1991, p. 191). La autobiografía traería implícita, pues, esa búsqueda de un *verdictum*, antecedido del conocimiento, por parte del público, de la “verdad” del autor.

Lobato: "en las cartas está lo mínimo de mentira humana"

Durante más de cuarenta años, Lobato se carteo con Godofredo Rangel, su antiguo compañero del "Minarete". El escritor, traductor, profesor y juez del interior de Minas Gerais conservó las cartas que recibió del amigo más célebre. Lobato decidió editar esta larga correspondencia, que llegó al público con el nombre de *A Barca de Gleyre*.³²

En los primeros veinte años, los temas de las cartas que ambos intercambiaron fueron principalmente literarios. Larga y frecuente a partir de 1903, la correspondencia abarca los años en que Lobato trabajó como funcionario público en el Valle del Paraíba (1907-1911), su época de hacendado (1911-1918) y los primeros tiempos en São Paulo al frente de la *Revista do Brasil* y su editorial. Desde entonces, se fue volviendo menos literaria y cada vez más escasa, ocupándose sobre todo de negocios, sueños y muchas decepciones.³³

El hecho de que Monteiro Lobato no dejara memorias no significa, sin embargo, que no las haya escrito de alguna forma. En realidad, Lobato produjo un registro memorialístico, de manera indirecta y fragmentaria, que es necesario rastrear en diferentes textos. En primer lugar, tenemos *A Barca de Gleyre*, que funciona

³² El poeta Carlos Drummond de Andrade (1975, pp. 142-147) escribió una delicada despedida a Godofredo Rangel en la que, analizando su carácter humilde y noble, observó que en *A Barca de Gleyre* faltaron precisamente las cartas de Rangel, nunca publicadas. Sólo se dispuso el lucimiento de Lobato quien, según Drummond, "ejercía una docencia intelectual medio tiránica" sobre Rangel, el tímido mineiro que hizo posible que el perfil del irascible amigo fuera conocido por el público de manera un poco más íntima y mucho más simpática. En *A Barca de Gleyre* queda claro cómo ambos autores sabían que sus cartas tenían una importancia al menos documental (cfr. pp. 362-364, 366-368). Lobato deseaba publicarlas desde 1916 (BG, pp. 251, 253-254). En cuanto a las cartas de Rangel, el propio autor decidió no publicarlas (BG, p. 372; Cavalleiro, 1955, p. 729), lo que significó una ausencia lamentable. El lector de *A Barca de Gleyre* se queda con la curiosidad frustrada de conocer el estilo epistolar de Rangel y sus opiniones de intelectual perdido en la provincia.

³³ En los últimos cinco años de la vida de Lobato, hay cierto retorno a la cuestión literaria. Sin embargo, los autores ya no se interesaban en hablar de literatura y estilo: ya habían publicado sus libros y formaban parte de la historia literaria oficial. Ahora, el espacio de las cartas sería ocupado principalmente por los recuerdos (cfr. BG, pp. 364, 366, 367, 368).

como una especie de autobiografía de Lobato y congrega muchos de los elementos que compondrían un interesante relato de la vida del autor. Las cartas se dividen en una multiplicidad temática digna de la extensión de sus 43 años de existencia. En ellas, se observa la formación teórica y literaria de Lobato (ilustrada con el comentario de libros y autores), y su búsqueda metódica y tenaz de construirse un estilo propio. Se accede a la narración detallada de su malograda experiencia como hacendado y a la génesis de su “Jeca Tatu”. Se constata la metamorfosis del hacendado en “hombre de letras” profesional y en empresario de la cultura. Se tiene alguna noticia de sus campañas por el hierro y el petróleo y, por último, se confirma la desilusión de Lobato respecto al país y los hombres, decepción compensada en cierto modo, por la esperanza que descubrió en la literatura infantil.

Al lado de las cartas, no podemos dejar de pensar en la biografía de Lobato, escrita por su joven amigo Edgard Cavalheiro. El libro recoge detalles de la infancia y la adolescencia del autor, y conforma una narración cronológicamente organizada. Es importante observar que gran parte del trabajo de Cavalheiro se basa precisamente en las cartas de *A Barca de Gleyre*. Su obra es asumidamente parcial. El biógrafo respeta al biografiado, elogia y defiende sus actitudes y puntos de vista. El mismo Cavalheiro prologó el viejo paquete de cartas que compondrían *A Barca de Gleyre* y, al recibir para su conservación el archivo personal de Lobato, empezó a preparar la detallada biografía del autor, que junto con las cartas de *A Barca de Gleyre* y los “libros-denuncia”, constituyeron el conjunto de las “memorias” de Monteiro Lobato.³⁴

El prólogo de *A Barca de Gleyre* se titula significativamente “Estas memórias...”, y en él Cavalheiro presenta “las memorias

³⁴ Entre enero y marzo de 1904, Lobato publicó en *O Minarete* las “Memórias de um velho” (*LIM*, pp. 57-70). En ellas, recordaba el “Cenáculo”: “el poeta se llamaba Ricardito, el filósofo, Albino, el diletante, Cândido, el alma, Raul, el talento, Rangel, el periodista, Tito, el orador, Lino; más tarde entró un espiritista, Júlio, y un místico, Nogueira” (p. 61). Un día, el narrador, ya viejo, vuelve a São Paulo para reencontrarse con los antiguos compañeros de sueños y vida bohemia. Se trata de un texto inusitado pues, a pesar de su índole ficticia, se refiere a todos los integrantes del grupo juvenil de Lobato, vistos a través del filtro de un tiempo que en realidad aún no había transcurrido. La atmósfera de la narración es significativamente melancólica.

de un hombre escritas sin que él lo supiera, compuestas sin un plan preconcebido, realizadas con un máximo de fidelidad e imparcialidad". Y agrega: "Todos sabemos cuán falsas, dudosas y apasionadas son las historias de los hombres que escribieron su propia vida" (BG, p. 7). Los vaivenes del autor, sus inquietudes y descubrimientos intelectuales, el lenguaje directo y sin pretensiones y la ausencia del público como elemento inhibitor, según el biógrafo, valorizan esas "memorias" y aseguran la autenticidad de los sentimientos que expresan (cfr. BG, p. 9). Después del prólogo, aparece una "Escusatória" del propio Lobato:

el género "carta" no es literatura, es algo aparte... literatura es nuestra actitud frente a este monstruo llamado Público, a quien el respeto humano nos manda mentir con elegancia, arte, pronombres bien colocados, y ni un solo verbo que discorde con el sujeto. El propio género "memorias" es una actitud: el memorialista se pinta allí como quiere que la posteridad lo vea —el mismo Rousseau así lo hizo, el mismo Casanova.

Según Lobato, para quien la literatura era ficción bien escrita y las memorias la construcción de un retrato, las cartas significaban otra cosa: "una carta es una plática con un amigo, es un dúo —y en los dúos hay un mínimo de mentira humana" (BG, p. 17). Buena parte del argumento en que se apoyó la decisión final de Lobato (editar sus cartas a Rangel y tratar de no escribir, él mismo, sus propias memorias) se encuentra en uno de sus libros para niños, las *Memórias da Emília*. La primera iniciativa de la muñeca, en lugar de sentarse a escribir, fue obligar al pobre Visconde de Sabugosa a que lo hiciera en su lugar, con corrección, elegancia y estilo de especialista. La única tarea que la muñeca asumió fue "fiscalizar" el trabajo de Visconde como su "autobiógrafo". En ese libro para niños, Lobato desarrolló, por conducto de Emília, un particular concepto del género, el cual parece haberlo influido a la hora de disponer la escritura de sus propios recuerdos. Emília filosofaba:

Sé muy bien que todo en la vida no pasa de mentiras, y sé también que es en las memorias donde los hombres mienten más. Quien escribe memorias arregla las cosas para que el lector se quede

con una idea elevada del escritor. Pero para que eso ocurra, no puede decir la verdad, porque entonces el lector se da cuenta de que es un hombre igual a los demás. Por lo tanto, hay que mentir con mucha maña, para dar la idea de que se está diciendo la pura verdad. La verdad es una especie de mentira bien puesta, de la que nadie desconfía. Y nada más.

La posibilidad prevista por un memorialista como Rousseau, de mostrarse tal cual era frente al público, sin dejar que nada permaneciera oscuro u oculto (*cfr.* Starobinsky, p. 197), sonaría completamente fantástica para Lobato.³⁵

Si buscamos motivos para explicar la publicación de su correspondencia, uno de ellos seguramente está en el hecho de que las cartas presentan al autor como el literato y a la vez como el hombre emprendedor, curioso y sin medias palabras que era. Y eso en una situación de intimidad que no fue en su origen construida para el gran público, pero que probablemente le agradaría compartir. La actitud premeditada de “pintar” para las futuras generaciones una imagen de sí mismo no formaría parte del proceso de producción de estos textos, lo que le daría, tal vez, una sinceridad mayor. Sin embargo, tal actitud estaría inevitablemente contemplada en la decisión posterior de publicarlos.

Ahora bien, en ese sentido, podríamos asociar un evidente proyecto memorialístico a Lobato, aunque tuviera la peculiaridad de estar dividido en tres líneas narrativas distintas: la primera, escrita por el propio autor, destinada a un interlocutor específico y después universalizada; la segunda, traducida en la comprobación —basada en documentos también organizados por el autor— de la importancia de su papel en la historia brasileña reciente, y representada específicamente por el *Escândalo do Petróleo* y por *Ferro*, los “libros-denuncia”; finalmente, la tercera, producida por

³⁵ No sucedería lo mismo con Vasconcelos. Como veremos, en las más de dos mil páginas en que narró su vida, el mexicano podría hacer suyas las palabras de Rousseau: “[que el público] me siga por todos los descaminos de mi corazón, por todos los rincones de mi vida; que no me pierda de vista un solo instante, de tal modo que, al encontrar en mi relato la menor laguna, el menor vacío, y al preguntarse: ¿Qué fue lo que hizo durante ese tiempo? no me acuse de no haber querido decirlo todo” (Rousseau, *Confessions*, libro II, *apud* Starobinsky, p. 197).

otro narrador que se transformó en una especie de vocero del biografiado por contaminación entusiasta.³⁶

Las cartas poseían la informalidad que tanto agradaba a Lobato, y volvían públicos algunos matices de su personalidad que jamás se conocerían, a no ser precisamente a través de esos textos que, dada su propia naturaleza, no habían sido escritos ni concebidos como registros biográficos “oficiales”.³⁷ La “verdad” del autor aparecería, sin someterse al “proceso de organización” apuntado por la muñeca Emília, en su propio libro de “memorias”.

Los “libros-denuncia”, a su vez, exponían la manera en que el mismo autor dialogaba directamente con el público, conveniéndolo de la pertinencia del papel que trataba de cumplir y del que ya había cumplido en el contexto político y económico

³⁶ Es importante destacar esta característica de la biografía escrita por Cavalheiro. Se puede decir que Lobato prácticamente le sugirió que la escribiera, lo que explica en gran parte esta “contaminación” y justifica su inclusión en el conjunto de las memorias del autor. A pesar de la seriedad y profundidad de su estudio, a menudo Cavalheiro busca explicar y justificar las actitudes polémicas de Lobato, sus particularidades de carácter e incluso la falta de calidad de algunos de sus trabajos. Como ejemplo, se puede citar el análisis del polémico *O choque das raças...* (1955, pp. 274-276) y las traducciones realizadas por Lobato (pp. 533-540). Cavalheiro disculpa el exceso de “licencias” del traductor, su displicencia e incluso la evidencia de pasajes mal traducidos, aduciendo la excesiva productividad de Lobato. El biógrafo perdona estos deslices señalando que Lobato, al actuar como traductor, contribuyó a valorizar este arduo y despreciado trabajo en Brasil, dándole prestigio intelectual (p. 534). Lobato, que llegó incluso a elaborar una especie de “teoría de la traducción”, consideraba esta actividad una labor social, pues propiciaría que los lectores de un único idioma conocieran obras importantes.

³⁷ La diferencia entre la escritura de cartas y textos memorialísticos implica tanto una especie de autocensura como un rigor de organización en lo que se refiere a la narrativa destinada a permanecer. Según Molloy (1996, p. 211), en sus cartas, Alberdi hablaba de manera libre y entusiasta sobre la *Nueva Heloisa* e incluso confesaba la atracción física que le inspiraba el Rousseau pintado por Fantin-Latour. Pero en su autobiografía apenas “recordaba” al autor de *El contrato social*. Por su parte, Sarmiento construyó meticulosamente el registro de su vida en *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia*. En estos dos textos evitó los deslices afectivos o sentimentales y el relato mantuvo un orden y una estructura temática que invitaban al lector a seguir sin desviaciones el trayecto que iba desde el autodidacta de provincia hasta el presidente de la República Argentina. Sin embargo, en el conjunto de cartas que escribió a Aurelia Vélez Sarsfield, la mujer a quien amó, las reservas impuestas por la posteridad se ignoraron. Hoy en día, tales cartas forman parte de las *Memorias* de Sarmiento y, según Molloy (p. 211), “la posteridad, a pesar de Sarmiento, lee los tres textos sin hacer esos distingos y los disfruta por igual”.

del país. En realidad, estos libros conformarían una especie de autorretrato indirecto del autor. Al documentar la actuación de Lobato en el contexto político y económico brasileño, ayudaban a subrayar su papel e incluso a valorar su coraje y diligencia. En estos textos, al lado del Lobato “denunciador”, encontraríamos su “yo” memorialista. Ahora, al denunciar, el autor de la denuncia se encargaba de presentar, una vez más, su “verdad”. Ofreciéndose deliberadamente al juicio del público que, por intermedio de sus libros, tendría un instrumental suficiente para darle un veredicto, Lobato no sólo intentaba convencerlo, sino que introducía la cuestión ética en su juicio. En el relato de su lucha por el petróleo, Lobato buscaba probar que estaba en juego el bien de Brasil, algo que los “malos” brasileños intentaban boicotear. Y así, Lobato formalizaba también su inocencia ante su propio fracaso personal (pues nunca pudo volverse rico con el petróleo, como había soñado).

Finalmente, dentro del proyecto memorialístico relacionado con Lobato, la biografía escrita por Cavalheiro tendría una función, por decirlo de alguna manera, instrumental: presentar la vida del biografiado regida por la sistematización de fechas, hechos y opiniones (de ambos, biografiado y biógrafo). Tal sistematización organizaba la vida del protagonista para que el público pudiera conocerla con más detalle y lo ayudaba a visualizar el lugar ocupado por él en la historia cultural, literaria, política y también económica del país. La imagen de “precursor” asociada a Lobato, directa e indirectamente presente en sus registros personales (en las cartas y en el propio carácter de los “libros-denuncia”) se consolidaría precisamente en la biografía de Cavalheiro.

En relación con *A Barca de Gleyre*, es importante notar que su proyecto de edición incluía un trabajo de perfeccionamiento cuidadoso, en una especie de censura combinada entre Lobato y Rangel, excluyendo detalles comprometedores para ciertos personajes y también para los dos autores.³⁸ Así, a menudo se percibe

³⁸ El libro también presenta las cartas en que Lobato planea los detalles de la organización y edición: “depuraremos [las cartas] de los gatos, del bagazo, las inconveniencias. Dejaremos sólo lo bueno [...]. Después decidiremos qué hacer. ¡Imagínate una edición de Nuestras Cartas en dos o tres volúmenes, algo que nunca se hizo en este país!” (BG, p. 364).

el lenguaje cifrado de algunos comentarios, principalmente en lo referido a aspectos familiares y matrimoniales. Se observa la complicidad de ambos frente a los ojos censores de sus respectivas esposas, lo que se refuerza por la alusión a algunos personajes femeninos sólo por sus iniciales (*cfr.* pp. 306; 310). El recurso de los apodos —no explicados en notas de pie de página, a pesar de que Lobato las empleó algunas veces— añadiría al libro una curiosa dosis de seguridad y discreción.

Lobato no acostumbraba mencionar aspectos de su intimidad y esta reserva en cierta forma se tradujo en su producción literaria, en la cual los temas amorosos prácticamente no existían y los personajes, sobre todo los femeninos, no solían ser muy acabados. Hasta cierto punto, esto se refleja también en las cartas a Rangel. Profusas en la discusión de temas relacionados con la literatura, fueron mucho más reservadas en sus referencias, por ejemplo, a detalles de la vida cotidiana de estos dos amigos esencialmente epistolares, quienes, a lo largo de más de cuarenta años, sólo se encontraron personalmente dos o tres veces.

Es interesante observar que la preocupación de Lobato por el registro memorialístico venía de muy atrás.³⁹ En 1913, Lobato comentó a Rangel que estaba “en la edad de leer memorias”, porque solamente en ellas

tenemos lo que es posible de historia verdadera, con los *bas-fond* y las cocinas de la humanidad. La historia de los historiadores coronados por las academias nos muestra sólo la sala de visitas de los pueblos [...] pero las memorias son la alcoba, las enaguas, las chancas, la bacinica, el cuarto de los sirvientes, el escusado, el patio interior.

Lobato criticaba la vieja historia positivista, valorando en cambio lo circunstancial, lo cotidiano, los acontecimientos que no llevan a la gloria, pero que forman parte de la vida. Hay en la carta citada una curiosa contradicción con aquello que diría 33 años más tarde. En uno de sus vaivenes teóricos, el autor afirmó

³⁹ Lobato y Rangel llegaron incluso a planear la escritura e intercambio de sus respectivos diarios. Sin embargo, la iniciativa no se cumplió.

que encontraba en las memorias (escritas conforme a un guión y persiguiendo un propósito) todo lo que parece más cercano a las cartas, según indicaría él mismo después en su “Escusatória”. Aun así, lo importante aquí es la preocupación del autor por el rescate del registro de ese conocimiento aparentemente “menor”, referente al microcosmos de la vida individual. A final de cuentas, quien decide escribir sus memorias, sea cual fuere su pápel en la “historia”, siempre nos enseña algo de las cocinas y las alcobas, al legarnos una larga crónica en la cual los acontecimientos que “tradicionalmente” se consideran grandes se mezclan con los pequeños. En estos relatos, tales acontecimientos adquieren una importancia similar, pues lo que cuenta en realidad es la perspectiva del narrador al recordar y registrar y la del lector al tomar conocimiento de esta nueva y única experiencia individual, insertándola en un panorama más amplio, conformado por otros relatos hechos a partir tanto del *bas-fond* como del escenario.⁴⁰

En 1943, al analizar las cartas que había escrito a Rangel, Lobato concluiría que éstas representaban “el retrato fragmentario de dos vidas, de dos actitudes frente al mundo y el panorama de toda una época” (*BG*, p. 363). Y, por eso mismo, configuraban

verdaderas memorias de un nuevo género —escritas a intervalos y sin la menor sospecha de que se publicarían algún día [...] una verdadera novela mental de dos formaciones literarias.

Lobato, quien decía ser un desconocido para sí mismo, llegó a afirmar que su amigo epistolar había sido quien mejor lo había conocido (*BG*, p. 365). Después de cierta relucencia, acabó por

⁴⁰ La celebre frase de Benjamin, en sus tesis *Sobre o conceito da história* (1985, pp. 221-232) de que “nada de lo que un día sucedió puede estar perdido para la historia” (p. 223), remite a lo que Lobato intuitivamente criticaba: la existencia exclusiva de una “historia oficial”, así como a lo que él mismo ya anticipaba: la importancia del referencial adoptado en la construcción —y en la aprehensión— de la narración. Podríamos especular que, dada la imposibilidad de recurrir a la impresionante máquina del tiempo del Dr. Benson, de su novela de ciencia ficción, el propio Lobato relativizaría el historicismo defendido en *O Choque das raças...* aproximándose a otra de las tesis de Benjamin: “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo ‘como de hecho sucedió’. Significa apropiarse de una reminiscencia, tal y como relampaguea en el momento de un peligro” (p. 224).

ver en las cartas reunidas en *A Barca de Gleyre* la composición de su propio retrato (pedante y afectado al inicio, como diría el autor, pero que se fue equilibrando poco a poco). Y concluía que tal retrato era digno de perpetuarse en un libro. Su inclusión en las *Obras Completas* garantizaba, para Lobato, la posteridad que las memorias suelen ofrecer a los autores célebres. Sin el objetivo de la denuncia o del autorrescate, sin el objetivo original de la permanencia, *A Barca de Gleyre* cumpliría el papel apuntado por Cavalheiro: memorias escritas por un hombre sin que lo supiera, conformando, simultáneamente, un retrato de autor y un retrato de época.⁴¹

Vasconcelos: el relato del Ulises

El que sin gloria consume su vida
deja en pos de sí la misma huella
que el humo en el aire,
que la espuma en el agua.
Dante, Canto 24,
citado en *Ulises Criollo*

La obra autobiográfica de José Vasconcelos está influida por la contradicción entre registro, perdón y gloria, asociada a los proyectos memorialísticos. Esas memorias, escritas como tales por José Vasconcelos, ofrecen al lector dispuesto a recorrerlas una fantástica

⁴¹ *A Barca de Gleyre* mantiene algo de la melancolía del mismo Lobato quien, al publicarla, ya empezaba a despedirse de la vida. El libro rehace de alguna manera los pasos del viejo y cansado pescador que regresa al muelle, retratado por Gleyre en el cuadro significativamente titulado *Ilusiones perdidas*. Curiosamente, Lobato describe *Ilusiones perdidas* en una carta de 1904 (BG, pp. 50-51), cuando sus ilusiones y las de Rangel, jóvenes y desconocidos autores en busca de un lugar, todavía eran muchas. También es curiosa la "licencia" que Lobato se toma en relación con el cuadro: "puse al viejo dentro de la barca e hice que la barca, toda sucia, estuviera entrando al puerto, Traicioné al pobre Gleyre. Su barca no está entrando, sino saliendo, como se deduce de la dirección en que se hinchan las velas..." (BG, p. 52).

inmersión en la historia mexicana reciente, con el filtro apasionado de una personalidad contradictoria, colérica y asertiva.⁴²

Vasconcelos escribió cinco libros sobre su vida y sobre la vida de su país, historias paralelas que, en su relato, muchas veces se confunden. En la “Advertencia” que abre *Ulises Criollo*, primer volumen de las memorias, Vasconcelos explica que su obra “no está escrita para caer en manos inocentes. Contiene la experiencia de un hombre y no aspira a la ejemplaridad, sino al conocimiento”. El objetivo del autor es volver pública su experiencia, colectivizar los hechos que vivió. La experiencia de un hombre público no necesariamente es un ejemplo a seguir. Sin embargo, su relato puede, contraponiéndose o no a las versiones oficiales de la historia, dar al lector otras herramientas de evaluación del momento a que se refiere. Por eso la advertencia del autor: las memorias no pueden caer en manos inocentes. El lector tiene que ser crítico y el narrador, a su vez, tiene que convencerlo de la verdad que relata y por la cual será juzgado.

Vasconcelos cuenta su historia desde el inicio: en *Ulises Criollo*, la infancia en la frontera con Estados Unidos, la relación de confianza e identidad que establece con la madre y su bohemia de estudiante pobre en la capital. Su formación intelectual, sus vínculos con la política y el apoyo a Madero son descritos por un narrador que no encubre su simpatía por sí mismo y muestra placer en recordar. En ese primer volumen, es fundamental la presencia de un optimismo nostálgico, que se irá disipando poco a poco, durante la escritura de los demás. A pesar de recordar su infancia y otros gratos momentos de su vida, Vasconcelos deja claro en su texto una profunda diferencia entre los recuerdos y el estado de espíritu de aquel que los narra, a partir de un presente inhóspito. Vasconcelos emprende su evocación a mediados de los años treinta, cuando ya había perdido la presidencia de la República, había dejado de contar con el apoyo de la gran

⁴² Los cuatro volúmenes de sus memorias (*Ulises Criollo*, *La tormenta*, *El desastre*, *El proconsulado*) se editaron por primera vez en 1935, 1936, 1938 y 1939, respectivamente. En 1959, cerca de un mes después de la muerte de Vasconcelos, se publicó un quinto volumen, que no tuvo la misma repercusión de los anteriores y nunca se publicó como parte de las memorias. Se trata de *La Flama. Los de arriba en la Revolución. Historia y tragedia*.

mayoría de sus antiguos seguidores, resentía la imposibilidad de volver a la política y, finalmente, comenzaba a sentir el peso inexorable de la vejez. En su *Ulises Criollo*, el conjunto de estos factores imprime en el texto una nota amarga que nunca puede disiparse.

La tormenta tiene como escenario un México totalmente desquiciado por la Revolución, en el que barbarie y civilización se enfrentan y en el que Vasconcelos asume características verdaderamente épicas: protagoniza cabalgatas por el desierto, huye de la policía del presidente Carranza, cruza el río Bravo en medio de un tiroteo, rumbo al exilio, y describe su vida amorosa de forma mucho más osada y explícita de la que el público mexicano, en los años treinta, estaba acostumbrado a leer (cfr. Robles, 1989, p. 65). Aquí, el tono Vasconcelos es confesional. Anuncia en la introducción de este segundo volumen que abordará “uno de los periodos más confusos, perversos y destructores de cuantos ha vivido la Nación; y también la época más dispersa, pecadora y estéril de mi vida” (*LT*, p. 455). *La tormenta* llega a 1920, con el regreso del “Ulises” luego de su larga estancia fuera del país, directamente a ocupar la rectoría de la Universidad Nacional.

El título del tercer volumen establece un contraste con su contenido. *El desastre* abarca el periodo de las grandes realizaciones. En él, Vasconcelos describirá detalladamente su actuación como rector de la Universidad Nacional y después como secretario de Educación Pública. El autor entra en la madurez y, con una pizca de amargura, describe esa etapa de su vida como aquella en que más amó a las multitudes y más se dedicó a ellas.⁴³ Es, sin embargo, en *El desastre* cuando se inicia, efectivamente, el desastre personal de Vasconcelos, que él asociaría al desastre de México, finalmente bajo el dominio de los caudillos militares. Los compromisos políticos del presidente Obregón, los conflictos esparcidos por todo el país, las luchas de poder en el interior del

⁴³ “La presente narración abarca un periodo de madurez en que apagada, amortiguada la flama erótica, el anhelo se concentra en la obra social. Breves años en que fue mi pasión la multitud, sus dolores, sus potencialidades. Igual que otros amores, también me fue infiel, me traicionó con rufianes, hasta que la patria misma, impotente y deshonrada, me vio salir de su territorio entre las maldiciones de los ignorantes y las risas de los malvados” (*ED*, p. 10).

propio aparato estatal y, en cierto sentido, los celos de Obregón frente al prestigio de su secretario más famoso, todo eso comienza a frenar su acción en los moldes entre titánicos y tiránicos que le eran característicos.

Como ya vimos, después de una serie de conflictos, Vasconcelos renuncia a la dirección de la SEP, pierde las elecciones por la gubernatura del estado de Oaxaca y finalmente resuelve exiliarse. A la distancia, mira su país con tristeza y resentimiento. Sin embargo, la llama del poder y la gloria lo envolverá una vez más.

El último de los cuatro volúmenes que constituyen oficialmente las memorias se inicia con el regreso de Vasconcelos a México para su última y apoteótica aventura, la campaña presidencial de 1929. *El proconsulado* resume, desde propio título, la imagen que Vasconcelos guardaría de México: una nación sin esperanza ni valor, aplastada por el dominio norteamericano que finalmente había logrado imponerse sobre el país, con el apoyo de los caudillos militares en el gobierno.

La malograda campaña por la presidencia es narrada en gran parte del libro que, como *El desastre*, no presenta el mismo rigor estilístico de los dos primeros volúmenes. Ahora, Vasconcelos tiene prisa en desahogar su rencor y su pluma traza colérica los arrebatos que muchos de sus contemporáneos identificaron con su persona. El pesimismo se instala en su escritura y las memorias adquieren un carácter antiépico. Vasconcelos contempla ahora su pasado sin ninguna ilusión. El héroe que construyó con esfuerzo en los volúmenes iniciales será implacablemente derruido.

Curiosamente, el cuarto volumen autobiográfico desemboca en una especie de vuelta al comienzo. En las últimas páginas de *El proconsulado*, el narrador completa una trayectoria circular que abarca simultáneamente la constatación de la inexorabilidad del tiempo, la irreversibilidad de la vejez y la descripción de los primeros pasos en la “captura” de este “tiempo perdido” en forma de registro memorialístico. Vasconcelos escribe *El proconsulado* en la Biblioteca de Austin, en 1939, y evoca el año de 1935 cuando, en el ostracismo que en cierto modo era un autosacrificio vanidoso y estéril, decidió escribir su *Ulises Criollo*. La última de las más 2000 páginas de esos cuatro volúmenes en que recordó, reconstruyó, se vengó y se “purgó” (del pasado, de México, de

los hombres y de sí mismo) no dispone, sin embargo, la conclusión de su saga. Ésta, en cambio, se mantiene en estado de suspensión, en el navío que singla un océano tormentoso y que lo conduce, con la hija, el yerno y la nieta, a Argentina, primera etapa de la lenta y melancólica odisea que lo llevará de regreso a México, pocos años después.

Los cuatro volúmenes representan una especie de construcción en espiral, cuyo material temático respeta algunos patrones que se repiten y amplían. El autodenominado Ulises que recuerda su infancia es un hombre que entra en la vejez y busca en el pasado el puerto seguro que el presente no le ofrece. Significativamente, el protagonista de este viaje retrospectivo emprenderá un lento regreso, asumiendo un papel similar al del mismo marinero de las *Ilusiones perdidas*, el cuadro de Gleyre que Lobato describió en su juventud.

Lo que Vasconcelos recuerda de la infancia lo acerca a un tema recurrente en toda su narrativa: la relación que mantiene con la madre, descrita, sobre todo, como una profunda comunión.⁴⁴ Al perder su madre (quien murió durante la adolescencia del autor), tal relación se expande primeramente al plano erótico y, después, al plano social (en el cual la política y el voluntarismo misionero se mezclan con los conceptos de nación, pueblo, raza, ética y estética). Finalmente, culmina en su regreso fervoroso al catolicismo, religión a la cual su madre lo había introducido y que, durante la adolescencia, y parte de la juventud, Vasconcelos trató de abandonar.⁴⁵

⁴⁴ En las líneas iniciales de *Ulises Criollo*, Vasconcelos, como protagonista, invoca: "mis primeros recuerdos emergen de una sensación acariciante y melodiosa. Era yo un retozo en el regazo materno. Sentíame prolongación física, porción apenas seccionada de una presencia tibia y protectora, casi divina. La voz entrañable de mi madre orientaba mis pensamientos, determinaba mis impulsos" (*U*, p. 7). También primogénito y en la misma condición de hijo predilecto, Lobato tendría con su madre una relación de identidad muy similar a la de Vasconcelos. Cuando estudiaba en São Paulo, escribió largas y dulces cartas a su madre, quien padecía tuberculosis y vivió varios años, hasta su muerte, en un sanatorio lejos de la familia. Para un análisis de cómo Vasconcelos reconstruyó la relación con su madre en *Ulises Criollo*, véase Molloy (1996, pp. 247-276) y Skirius (1979, pp. 15, 18, 20).

⁴⁵ Vasconcelos, al igual que Lobato, nunca tuvo una relación íntima con su padre. El autor llegó a comentar en un rápido pasaje de *Ulises Criollo* su origen bastardo: "mi padre había sido un bastardo pero no de cura, sino de comerciante

Otro tema, más que recurrente, estructurador de las memorias de Vasconcelos, fue la ya mencionada identificación que el autor estableció entre la historia del país y su historia personal. Tal identificación, traducida en su estupefacción frente a elementos que no podía combatir, lo transformó, y muchas veces, transformó el propio relato, en un bagaje pesado y rencoreso. Vasconcelos nunca pudo admitir la victoria del sistema político mexicano (construido durante las etapas de lucha y acomodo social abiertas por la Revolución de 1910) sobre sus principios liberales maderistas. Su aversión a los generales —primero Carranza, después Obregón y, finalmente, Calles— partió en cierto modo de su propia inhabilidad como político y de la habilidad política de los militares.

Su campaña contra los norteamericanos mezclaba precisamente estas dos esferas: la personal y la nacional. Vasconcelos los condenaba por el dominio que ejercían sobre México, y también los culpaba de su derrota en las elecciones por la presidencia. Al evocar esa derrota, llegó a vaticinar que algún día los mexicanos la lamentarían. La pérdida de un presidente capaz de redimir al país y defenderlo de los caudillos y los norteamericanos, un día llevaría a los mexicanos a “llorar de vergüenza y rabia por lo que perdieron perdiéndome”, afirmaba Vasconcelos en 1933 (*cfr. D*, p. 179).⁴⁶

A pesar de su lucha contra los caudillos militares, es inevitable preguntarse hasta qué punto Vasconcelos —como intelectual, escritor y filósofo— habría eludido el ejercicio del autoritarismo que tanto criticaba en los generales. Seguido por jóvenes estudiantes,

acomodado y aun noble de estirpe” (*U*, p. 140). Al contrario de Lobato, que recordaba con simpatía al abuelo vizconde, Vasconcelos confiesa su origen de forma escueta y avergonzada y ya no regresa al tema, al parecer, muy duro para él.

⁴⁶ Si Vasconcelos creía que México había perdido, al perderlo, de acuerdo con la concepción que tenía de sí mismo y de su país, no sería disparatado imaginarlo diciendo que, “al perderlo, México se perdió”. Es importante observar que en los años que siguieron a su derrota electoral, Vasconcelos empezó a destacar la irreversibilidad de la dependencia de México respecto a los intereses de Estados Unidos. Según él, la pérdida real de la soberanía nacional y el verdadero proceso de colonización cultural abierto por la afluencia de protestantes al país se habían iniciado con Calles, y se consolidaron en los años siguientes. Calles continuaría ejerciendo el poder, detrás de presidentes civiles electos por el PNR. Autoproclamado “Jefe Máximo de la Revolución”, controlaría el país durante el largo periodo conocido como el “Maximato”.

profesores y personas instruidas, desprovisto del poder de las armas (factor determinante en su derrota electoral), Vasconcelos buscaría la legitimidad de la moral y la ética para establecer la diferencia entre él mismo y los militares que lo derrotaron.⁴⁷ Hasta qué punto los tonos mesiánicos y el voluntarismo iluminista que definieron su malogrado intento de repetir la ruta de Sarmiento serían capaces de neutralizar o atenuar el autoritarismo de un líder que pretendía sustentar la legitimidad del comando en el ejercicio del saber es una pregunta que jamás podrá responderse.

En cuanto a la relación de Vasconcelos con los vecinos sajones, no se puede negar que siempre fue un tanto ambigua. Si no lo deslumbraron, como a Lobato, sus conquistas tecnológicas, las poderosas industrias y la geografía futurista de las grandes ciudades, tampoco dejó de reconocer la eficiencia característica de la sociedad norteamericana, el apoyo saludable que destinaba a la educación y su empeño en el trabajo. Asimismo, Vasconcelos vivió largas temporadas en ese país, suficientes para dar lugar a una permanente comparación, que a veces servía para disminuir su propia devoción por México.

En realidad, la postura de Vasconcelos oscilaba entre la envidia, la admiración y una completa repulsión. A lo largo de sus memorias, la alusión constante al predominio de los intereses de Estados Unidos en México se mezcló también con sus prejuicios religiosos y étnicos. Con el tiempo, Vasconcelos asumió su catolicismo cada vez con mayor pasión. En ese sentido, no sólo llegó a concluir que la lucha entre México y Estados Unidos poseía una connotación económica o étnica (“latinos contra sajones”); también era religiosa, y establecía, por un lado, los preceptos del protestantismo pragmático y el judaísmo “izquierdizante” (*U*, p. 158) y, por otro, el catolicismo estructurador de los países latinos. Las alusiones del autor al protestantismo y el judaísmo eran siempre desdeñosas (*cfr.* *LT*, pp. 541, 772; *ED*, p. 545).

⁴⁷ En el exterior y entre gran parte de los militantes de izquierda, se veía a Calles con buenos ojos. Mariátegui, quien siguió con interés la vida política mexicana del periodo, veía, primero en Obregón y después en Calles, la instauración de un gobierno revolucionario con bases sociales. A pesar de respetar a Vasconcelos intelectualmente, consideraba su candidatura solamente una alternativa liberal-burguesa (*cfr.* 1960, pp. 49-56).

En cuanto al contexto mexicano, en las memorias de Vasconcelos un tema frecuente era la lucha enconada entre el norte, cada vez más norteamericanizado, y el centro, todavía hispánico. El avance de la norteamericanización, que el autor consideraba un peligro en aumento, se traducía en una pérdida inconmensurable para México, para su cultura y para toda América Latina. Ahora bien, Vasconcelos encontraba en Calles al gran responsable por esta pérdida: para mantenerse en el poder (en la presidencia de 1924 a 1929 y como “Jefe Máximo” hasta 1935), este mexicano del norte había asociado irreversiblemente su país a los intereses imperialistas de sus vecinos sajones.⁴⁸

Si recordamos que Vasconcelos había proclamado a diestra y siniestra su odio a Calles, resulta contradictorio, por no decir patético, leer en el último tomo de sus memorias, *La flama. Los de arriba en la revolución. Historia y tragedia*, la narración del encuentro cordial del autoproclamado “Presidente Electo” con su antiguo enemigo (*FL*, pp. 256-263). Irónicamente, el escenario de tal encuentro fue una ciudad de los “odiados” Estados Unidos, país que acogió a ambos como exiliados. En cuanto al asunto que los reunió, éste fue ni más ni menos que el intento de planear un golpe contra el presidente Cárdenas, quien había expulsado a Calles de México y acabado así con su largo dominio sobre el país –además de impulsar una serie de medidas polémicas, incluso la expropiación petrolera, iniciativa que, años antes, tal vez habría recibido el apoyo del revolucionario Vasconcelos.

No se puede pensar en las memorias de Vasconcelos sin considerar este último y fastidioso volumen. En 1959, un mes después de su muerte, *La flama...* salió a la luz como triste epílogo de la narración casi interminable en que Vasconcelos

⁴⁸ Durante la presidencia de Calles, el gobierno estadounidense, a través de su embajador Dwight Morrow, logró revertir una serie de conquistas sociales de la Revolución mexicana: impidió la fractura del sistema latifundista para proteger las propiedades de norteamericanos en el país, recuperó para las compañías norteamericanas la explotación petrolera (la expropiación, prescrita en la Constitución de 1917, sólo sucedería hasta 1938, bajo Cárdenas) y logró el compromiso de pagar parte de la deuda externa de México con recursos sustraídos de las obras de fondo social. Pero, pese a todo, el discurso oficial continuó levantando banderas nacionalistas y radicales (Meyer, 1981, pp. 1218-1227).

invirtió los últimos veinticinco años de su vida. ¿Venganza? ¿Autocomplacencia? ¿Incapacidad de vislumbrar el futuro nacional, de aceptar que jamás volvería a ocupar un lugar sobresaliente en su seno? ¿Apego irresistible al pasado como manera de soportar el presente? Todo eso parece haber contribuido en la redacción de este quinto volumen, excluido de las memorias oficiales. *La flama...* funcionaría como una especie de “tanque de oxígeno” en el otoño del viejo escritor, definitivamente confinado al universo de los libros, junto a los cuales permanecería hasta el final, como funcionario de segundo orden del gobierno mexicano.

En ese último suspiro memorialístico de Vasconcelos, la imagen del héroe —enaltecida en los dos primeros volúmenes y paulatinamente destruida en los dos siguientes— acentúa su patetismo. Una vez más la campaña por la presidencia fue el motivo que apuntaló sus recuerdos. Pero ahora, Vasconcelos se refiere a sí mismo en tercera persona del singular. El “candidato” Vasconcelos aparece como protagonista de un reportaje nebuloso, para después transformarse en el renegado que narra, en primera persona, episodios de su rutina en el exilio.

En ese libro mal estructurado, Vasconcelos se mezcla con los protagonistas de otras tragedias paralelas a la suya, y adopta como principio de justificación los argumentos de un catolicismo fanático. De esa manera, los personajes involucrados en el intento de asesinato y en el propio asesinato de Álvaro Obregón, así como en el atentado contra el presidente electo Ortiz Rubio, son prácticamente beatificados. Según Vasconcelos, estos personajes, ligados al movimiento cristero de los estados del noroeste del país, se habían propuesto hacer de la espada un elemento de purificación, para librar a México del poder diabólico de los caudillos.⁴⁹

Entre los diversos fantasmas que Vasconcelos resucitó en este libro, loando su heroísmo, carácter y desprendimiento al morir por la transformación de la patria, está el joven vasconcelista Germán de Campo, asesinado en un mitin durante su campaña presidencial. También reaparece Antonieta Rivas Mercado, la

⁴⁹ El asesinato de Obregón, en 1928, y el atentado contra Ortiz Rubio en su toma de posesión, en 1929, no libraron al país del poder de los caudillos militares. Al contrario, en cierto modo, abrieron paso al largo dominio de Calles (cfr. Robles, 1989, p. 85).

Valeria de sus memorias. La suicida despierta y un ángel le dice que está en el purgatorio (*FL*, pp. 256-263). Asqueada y desilusionada del México que derrotó a Vasconcelos, Valeria afirma que había renunciado a luchar. Consciente, sin embargo, de su falta y el largo camino de depuración que debería cumplir, “adiestrándose para penetrar en los estadios de las venturas celestes”, Valeria se tranquiliza. Vasconcelos la deja en ése plácido estado, al finalizar este capítulo, significativamente titulado “Excursión imaginaria”, tal vez para redimirse de una culpa que lo abrumaba desde 1931.

En el periodo contemplado en *La flama...*, Vasconcelos ya es un hombre viejo. Fracasado el intento de rebelión militar que había planeado junto con el general Calles en Estados Unidos, ambos personajes acaban regresando a México, para probar otra forma de ostracismo, aunque menos dura, en el abrigo de la patria. En 1939, Vasconcelos decide apartarse del heroísmo solitario que había enarbolado por tanto tiempo, con todo y sus expectativas frustradas de revueltas militares, levantamientos populares, rebeliones que culminarían con su regreso al país para ocupar el puesto máximo del gobierno (*FL*, p. 492).

En 1958, publicó una vez más los cuatro primeros tomos de memorias, ahora de manera expurgada, en una editorial católica. La ira lo había impulsado a recordar y describir, de manera prolífera —y a veces prolíja— su vida personal, su compulsión erótica, su supuesta tendencia ascética, y, finalmente, su gran revuelta ante el fracaso de los principios de la Revolución que su propia derrota a la presidencia representó: “¡Ay de los pueblos en que triunfa constantemente el malvado y el bueno fracasa!”, lamentaba en *La flama* (p. 63). Ahora, cada vez más cerca de Dios y lejos de los hombres, Vasconcelos siente repulsión por su pasado. Por eso suprime en la reedición de sus memorias los pasajes eróticos y de escándalo que es mejor no recordar.⁵⁰ Por eso se abre paso

⁵⁰ En una de sus últimas entrevistas, en 1958, Vasconcelos afirmó: “Yo generalmente no pienso, actúo. Estos libros están escritos con toda mi verdad. Ahora, me gustaría librarme de muchos recuerdos desagradables. Es como quien se da un baño; al hacerlo se libra de la suciedad. La crudeza impedía que se leyeran dentro de ciertos grupos humanos que a los escritores nos interesan. Me resolví a que los purificaran, y lo hice con gusto” (Carballo, 1994, p. 5).

la melancólica catarsis de su último libro, en el que los espíritus del bien y el mal también se presentan como protagonistas, dialogando con los héroes que el autor va a buscar.

Si confiamos en la verdad que Vasconcelos nos ofrece en sus memorias (antes de que pasaran por su propia censura), podríamos coincidir con él en que entre la barbarie y la civilización, la primera salió victoriosa y México perdió el rumbo. Y en que el esfuerzo civilizador vasconcelista, casi mesiánico, fue en vano; la soledad y la muerte, con su consecuente vacío, lo hicieron andar a tientas por caminos y atajos vergonzosos. Pero también podríamos desconfiar. A final de cuentas, las memorias son una versión más de la historia que se ofrece al lector. El relato de una experiencia, como señaló el propio Vasconcelos, “no aspira a la ejemplaridad, sino al conocimiento”.

Desde el punto de vista de la escritura de la historia (personal y nacional) por intermedio de las memorias, podemos constatar la transformación del narrador. El sujeto épico, activo y esperanzado del inicio se convierte en el hombre envejecido, melancólico y pesimista de sus páginas finales, que descubre en su propia vida el fracaso que asocia a su país. La representación de Vasconcelos obedece, pues, a dos caminos opuestos. El concepto mítico del “yo” recupera el pasado de manera compensatoria (*cfr.* Molloy, 1996, p. 253) y, entonces, Vasconcelos se presenta como un héroe, aunque destinado al fracaso. Sin embargo, la leyenda que crea en torno a este héroe se pierde en el curso del tiempo y las páginas de recuerdos que se van acumulando. El camino de la celebración heroica se desvía hacia el de la lamentación.

La conciencia de la derrota personal que Vasconcelos trata de extender a sus conciudadanos se complementa con *La flama...* y con el pequeño volumen de versos encontrado en su escritorio y reproducido tal cual (*LET*, p. 7). Las *Letanías del atardecer* revelan los pedidos de perdón que el narrador hace a Dios, pero registran simultáneamente su profundo resentimiento hacia los hombres, resentimientos de los cuales nunca pudo realmente purgarse.⁵¹

⁵¹ Vasconcelos intenta redimirse de su vanidad y da espacio a su repulsión por la decrepitud, por el amor físico, por las necesidades fisiológicas (*LET*, pp. 9-10). Busca acercarse a la muerte, pidiendo piedad a Dios (p. 22), sin lograr, empero,

Es importante notar, sin embargo, que si bien las memorias de Vasconcelos se sustentan en la tristeza y la ira, tendencia que se va acentuando en sus dos volúmenes finales (*EP*, *FL*), un tono positivo y nostálgico se mantiene a lo largo del relato y se apoya y complementa en otros libros, escritos sin un propósito autobiográfico explícito. *La raza cósmica* e *Indología* cumplen este papel de apoyo. En ellos, al lado de la teoría con que Vasconcelos busca apuntalar su gran proyecto de redención social y creación de un nacionalismo iberoamericano, se encuentran largos relatos de viaje. La elaboración de la teoría se acompaña, pues, de la rememoración de la experiencia, la cual sirve en cierto modo para nutrirla. El optimismo del filósofo que busca en su viaje elementos que respalden la utopía se traduce en las reminiscencias, en su gran mayoría agradables, compiladas en el "Prólogo" de *Indología* y en las "Notas de viaje" de *La raza cósmica*.

Ya en los años treinta, paralelamente a la publicación de *Ulises Criollo*, aparecen dos libros más que pueden asociarse a las memorias y que mezclan también experiencia personal, historia y política. *Bolivarismo y Monroísmo. Temas Iberoamericanos* (1934) retoma la línea desarrollada en las memorias de una manera condensada. En este libro, Vasconcelos intentó contribuir a la construcción de una sociología iberoamericana, analizando cuestiones concernientes a los países latinoamericanos y a México en particular. En *De Robinson a Odiseo* (1935), como ya vimos (Capítulo 3), Vasconcelos evoca su experiencia como secretario de Educación, enfatizando que escribió este libro "para explicar cómo procedió un filósofo cuando el destino lo llevó a la tarea de educar un pueblo" (*ROD*, p. 1496).

Esta última afirmación presenta al lector una imagen paradigmática de Vasconcelos. El niño que soñaba con un futuro de grandes realizaciones, protagonista de los primeros capítulos de *Ulises Criollo*, conquista efectivamente tal papel, transformándose, por obra de

abandonar el mundo de los hombres y todo el rencor que éste le inspira. A los "políticos fariseos", enriquecidos a costa de los pobres, afirmó, "se les ha prohibido citar el nombre de Dios [...]. Con sólo ver a todos los mediocres que hoy tienen la dirección oficial de los destinos humanos, basta para asquearse del hombre" (p. 23).

la imponderable mano del destino, en el filósofo responsable por la tarea de educar a los mexicanos. *De Robinson a Odiseo* se inicia precisamente con esa observación, cuyo efecto, en última instancia, no es más que otorgar a su autor un aura sobrehumana. Puede afirmarse que el conjunto de la obra de Vasconcelos sigue esta misma dirección. Basta recordar que el autor siempre ambicionó construir su propio pensamiento filosófico y se empuñó en esa tarea produciendo varios libros. Uno de ellos, el *Tratado de Metafísica*, lo escribió durante su agitada campaña por la presidencia. Tal hecho no deja de indicar el intento de asumir el papel del filósofo en el poder. De este modo, al pretender implantar en México una especie de República de Platón, recuperando para sí la figura de Quetzalcóatl, que antes había atribuido a Madero, Vasconcelos podría desarrollar una larga y heroica obra narrativa, cuyo protagonista era no sólo él, sino la sabiduría y la cultura asociadas al dios filósofo.

Mecenas, pastor, líder, “maestro”, un filósofo entre el poder y las letras (cfr. Robles, 1989) y, por último, un renegado que, desde el exilio, recuerda lo que “podría haber sido y no fue”, tanto en términos de su destino personal como en los del destino de su país, Vasconcelos cultivó para sí todas estas imágenes y las registró en su producción narrativa, historiográfica, sociológica y filosófica. Sólo un “super hombre” podría escribir una *Ética* y una *Estética*, teorizar acerca del futuro de la humanidad creando un modelo de redención originado en América Latina, concebir un plan de regeneración social basado en la cultura, combatir a los generales y la truculencia y... verse abandonado en el exilio, repudiado por sus antiguos seguidores, todos adaptados o cooptados por el orden político que logró finalmente vencerlo. La soledad del viejo héroe se alimenta de su decisión de permanecer en el destierro, no regresar a México, escribir con virulencia una larga y vengativa narración.

Es interesante notar que este Ulises también regresa a casa. No fue gratuita la decisión de Vasconcelos de elegir al protagonista de la *Odisea* como título del primer (el más famoso y leído) volumen de sus memorias. Vasconcelos asume el papel del héroe del relato clásico, cuyo tema es el regreso y cuyo desarrollo es la descripción y superación de cada uno de sus obstáculos. El

“Ulises” de Vasconcelos tiene como calificativo el hecho de ser “criollo”, es decir, nacido en América pero de padres europeos. Lleva al nuevo mundo parte de su patria original e intenta reconstruirla en ese nuevo ambiente, en el que asume el destacado papel de “civilizador”. El acento dramático del relato reside en su propia forma circular. Como acabamos de ver, en el inicio del primer volumen de las memorias, Vasconcelos recuerda su primera infancia y todas sus promesas y proyectos heroicos. En el cuarto volumen, recuerda la escritura del primero, realizada en el exilio.

Como el Ulises de Homero, Vasconcelos retrasa su regreso, pues es el exilio lo que le permite rememorar su propia odisea y eternizarla en una forma narrativa. Su regreso a México no siempre le fue vetado; sus antiguos seguidores lo llamaban para que se encargara de organizar un partido de oposición (*FL*, p. 489). Su obstinación en mantenerse lejos tal vez tuviera como objetivo asegurar el efecto dramático de su largo recordar de renegado y engrandecer su figura de héroe fracasado. En su narrativa, Vasconcelos convierte su fracaso personal en el fracaso del propio México. Tal vez fue ésa la manera que este “Ulises”, alguna vez autonombrado Quetzalcóatl, el dios exiliado, encontró para garantizar su lugar en la historia.

CONSIDERACIONES FINALES

Ser intelectual en un país periférico puede significar enfrentarse a una tarea monumental. José Vasconcelos y Monteiro Lobato lo fueron y tuvieron que convivir con una permanente inquietud acerca del papel social, cultural y político que podrían o deberían asumir en el contexto política y económicamente precario en que vivían. ¿Cuál sería la misión del intelectual en países como México y Brasil en un periodo como el aquí estudiado? ¿Preservar a la cultura de las amenazas del capitalismo o, al contrario, estimular y contribuir para la consolidación de éste en el país? ¿Transformar las estructuras sociales o contribuir a mantenerlas? ¿Dejar la torre de marfil para desafiar los problemas del diario acontecer o usarla como refugio para poder realizar las labores del espíritu?

Vasconcelos y Lobato compartieron una permanente oscilación entre el entusiasmo y el desánimo al asumirse como intelectuales de sociedades precarias que, debido precisamente a su precariedad, les ofrecieron un papel social de mayor proyección y relevancia y, en contrapartida, les demandaron una actitud más incisiva y participativa.

El análisis de la obra y la trayectoria de estos dos autores implica la comparación entre su visión política, acción cultural y proyecto nacional. Estos elementos se relacionan tanto con su trayectoria personal como con el escenario en que actuaron. En cuanto a este último aspecto, sabemos que el México y el Brasil en que les tocó vivir compartieron algunas similitudes pero guardaron varias diferencias. El contexto brasileño ofreció posibilidades distintas que el mexicano a la acción de los intelectuales y eso se puede ver cuando se comparan el papel y el lugar ocupados por Lobato y Vasconcelos en la historia cultural y política de sus respectivos países.

Como sabemos, en Brasil no hubo ningún proceso social similar a la Revolución Mexicana. En la rutina de la oligárquica “República Vieja”, el país, aunque haya sido escenario de crisis políticas y económicas constantes, de movimientos armados, conflictos aislados, huelgas e incluso movimientos mesiánicos, no llegó a sufrir los efectos de una guerra civil como la mexicana. Los brasileños no presenciaron ninguna guerra entre facciones revolucionarias, sus ciudades no fueron destruidas y saqueadas por ejércitos y grupos de campesinos o bandoleros enfurecidos y no se utilizaron sus ferrocarriles, a escala nacional, para el desplazamiento de tropas. Brasil no sufrió invasiones territoriales que pusieran a prueba su soberanía y sus gobernantes lograron conducir la vida política nacional dentro de un cierto patrón de legalidad, aunque no necesariamente de legitimidad.

El dominio económico y gran parte del poder político permanecieron en manos de la oligarquía cafetalera a lo largo de todo ese periodo. A pesar de la fermentación ideológica permanente e incluso de la existencia de tensiones en el interior del mismo sistema oligárquico, ningún grupo o movimiento político logró dismantelar las estructuras de la sociedad brasileña. En tal contexto, los proyectos sociales, políticos y culturales que se llevaban a cabo desde el Estado se planteaban esencialmente desde una perspectiva reformista. Las propuestas de cambio social presentadas por intelectuales y periodistas se insertaban, en su mayoría, en la misma perspectiva. El viejo discurso del “progreso dentro del orden” fue hegemónico en el periodo. La llamada Revolución de 1930 no representó cambios verdaderamente radicales y en la etapa que inauguró se mantuvieron muchas de las premisas ideológicas de la no exactamente “vieja república”.

En México, los combates, las tentativas de acuerdos y apaciguamiento y la necesidad de construir una imagen favorable del país, a nivel internacional, sirvieron como punto de partida para reformular las directrices económicas y sociales vigentes desde el porfiriato. Aunque se cuestionen los alcances sociales y políticos del movimiento que Francisco I. Madero inició en 1910, es innegable que la Revolución tuvo efectos de largo plazo sustanciales para México. Los intentos por revertir la desestabilización social y política del país generaron, por ejemplo, la avanzada

Constitución de 1917, a la par de un importante proceso de reformulación del propio Estado mexicano. Pese a que tal proceso fue breve y no logró hacer que desaparecieran el centralismo y autoritarismo característicos de la vida política nacional, propició que hubiera espacio para la búsqueda de nuevas alternativas políticas y sociales.

Lobato y Vasconcelos concibieron y defendieron un proyecto social, cultural y político que, a lo largo de sus vidas, les aseguró un lugar definido en el campo cultural. Asimismo, garantizó que ambos permanecieran como referencias importantes en la historia reciente de sus respectivos países y, en el caso de Vasconcelos, también de América Latina. Sin embargo, mientras Vasconcelos optó por ser esencialmente un hombre de Estado, Lobato nunca quiso asumir ese papel. La trayectoria que escogieron influyó en la factibilidad de sus respectivos proyectos y le dio a cada autor un *status* y un lugar social distintos. La proyección adquirida por las acciones de un político o alto funcionario suele ser mucho más amplia en comparación con la que puede alcanzar un intelectual que se mantenga lejos de los puestos públicos. El apoyo institucional y de la máquina del Estado marca la diferencia en la implantación de proyectos que pueden llegar a consolidarse como políticas públicas. En ese contexto, debido al lugar que ocupó, Vasconcelos logró desempeñar un papel más importante que Lobato en el ambiente político y cultural de su país.

La naturaleza de los proyectos que Vasconcelos y Lobato elaboraron para México y Brasil, puede ser analizada desde la relación que ambos autores establecieron con la política. Como vimos a lo largo de este trabajo, sus vidas se desarrollaron en una especie de movimiento pendular: las labores del espíritu —la literatura, la reflexión sociológica y filosófica— requerían de ellos, como intelectuales, disciplina, estudio, rigor y dedicación. Sin embargo, estas dos personalidades críticas y comprometidas se exigían a sí mismas asumir un papel social más activo. Como escritores, pensadores o periodistas podrían actuar socialmente, pero no siempre tales labores serían suficientes para alcanzar lo que pretendían.

Recordemos que al asumir la rectoría de la Universidad Nacional y, poco después, la dirección de la SEP, Vasconcelos elaboró

un ambicioso programa educativo y cultural para regenerar al país. Como intelectual estudiaba y elaboraba proyectos, pero era como político que tenía que ejecutarlos. La política, como dijo algunas veces, le parecía un mal necesario. Pero si por una parte lo alejaba del pensamiento, por otra, hacía que éste se transformara en acción. En cuanto a Lobato, no se puede olvidar que su visión pragmática lo llevó a decidirse por una carrera de empresario, pero sus preocupaciones por el desarrollo cultural del país hicieron que, en lugar de fabricar zapatos o mermeladas, invirtiera en la industria editorial. Como intelectual comprometido, puso su pluma y sus ideas al servicio de proyectos culturales, sociales e incluso económicos y políticos de carácter nacional. Este empeño lo demuestran el programa de publicaciones de su empresa editorial, el proyecto editorial de la *Revista do Brasil* y, principalmente, su participación activa en varias campañas sociales, en especial aquellas que encabezó por el hierro y el petróleo, las cuales lo alejaron casi completamente de la vida intelectual.

Tanto Lobato como Vasconcelos reconocían la importancia de la política, pero su actitud ante ella fue, como vimos, muy distinta. La decisión de Lobato de no afiliarse a ningún partido político, ni de concursar o aceptar invitaciones para ocupar puestos en el gobierno le garantizaba un cierto grado de autonomía y movilidad de acción además del ejercicio de una crítica muchas veces irreverente. El brasileño podía apoyar las iniciativas gubernamentales que juzgaba acertadas y, corriendo algunos riesgos, discordar públicamente de lo que no le parecía. Así, en sus artículos de periódico podía fungir como el intelectual crítico e imparcial que analiza e invita a los lectores a que lo acompañen en ese ejercicio.

En cuanto a Vasconcelos, como sabemos, sus profundos vínculos con Madero, cuyos preceptos liberal-democráticos admiraba, su participación apasionada en la Revolución y el desarrollo de una carrera profesional relacionada directa o indirectamente con el aparato gubernamental lo llevaron a competir por la presidencia de México en 1929. Vasconcelos vio en su posible victoria la culminación del proceso sociopolítico que el país había vivido a partir de la Revolución. Al asumir la pode-

rosa imagen de Quetzalcóatl para presentarse como el legítimo sucesor de Madero, Vasconcelos acabó por dar a la política un *status* mucho más positivo de lo que quizás le hubiera gustado admitir. Única vía para que lograra ejercer su papel de líder, la política podría llevarlo (aunque no lo hizo) a la presidencia de México y a abrir una nueva y mejor etapa para el país.

Pese a que, como mencionamos, Vasconcelos y Lobato tuvieron papeles distintos en el ámbito de la política, coincidían en la definición de quiénes deberían ser sus conductores. La creencia en la consolidación de verdaderas elites para cumplir la tarea de guiar al país por buen camino indicaba, tanto en Lobato como en Vasconcelos, la concepción de un proyecto de transformación social que no tomaba en cuenta a las masas como sujeto histórico o político. Como parte de las elites ilustradas, tanto Lobato como Vasconcelos se impusieron una serie de tareas sociales que trataban de compartir con sus pares, a través de animosos “llamados cordiales” o incluso de veladas “llamadas de atención”, en artículos que denunciaban problemas sociales que urgía resolver.

En este contexto, Monteiro Lobato fue un ejemplo paradigmático del intelectual radical pero, de ninguna manera, revolucionario. Aunque su vocabulario contemplaba palabras de impacto como “salvar” y “transformar”, sus preocupaciones respecto a Brasil indicaban la búsqueda de maneras de “conciliar”, “organizar” o “arreglar”, pero no de realmente cambiar sus estructuras políticas y económicas. La defensa de la colaboración y la cordura, en lugar de la confrontación y la violencia, era frecuente en sus artículos periodísticos, dirigidos, por definición, a las “elites pensantes” del país, a las cuales les tocaba, en su función de cerebro del organismo social, asumir las tareas de dirección.

La preocupación de Lobato por encontrar soluciones a los grandes problemas sociales y económicos de Brasil era concebida dentro de una visión social jerarquizada e incluso con ciertos tintes fatalistas. Para Lobato, era necesario rescatar al país del letargo en que se estaba perdiendo y eso requería más que políticas de Estado, requería que sus elites económicas y políticas cumplieran su verdadero papel social. Al pensar de esta manera, Lobato no ponía en tela de juicio los cimientos de la sociedad

brasileña. Su apuesta por la acción de las elites se alimentaba de su falta de confianza en las masas. Como pudimos constatar, su visión negativa del mestizaje y su arraigo a visiones deterministas y darwinistas (ilustradas a la perfección en su novela *O choque das raças...*) no hacían que se mostrara muy optimista acerca de la naturaleza y el futuro del pueblo brasileño. Así, las transformaciones que defendía no tenían por qué implicar cambios radicales en la estructura social del país.

Su proyecto nacional se apoyaba en medidas de mejoramiento de la vida de la población, modernización económica y perfeccionamiento de las instituciones. Por ello, Lobato luchó para dar salud a los brasileños y para que tuvieran acceso a la educación y a los libros. Un cuerpo de trabajadores saludables y técnicamente bien preparados coincidía perfectamente con la defensa que hacía del trabajo como medio de ascensión social. Por ello se involucró en una cruzada -sin gloria- por la autosuficiencia del país en hierro y petróleo, pues creyó que así estimularía la economía y haría que Brasil se transformara en un país moderno y dinámico. Finalmente, por ello se involucró en campañas por el voto secreto y voluntario, que a su modo de ver, garantizaría la calidad del proceso electoral y evitaría la corrupción y el clientelismo, además de que ayudaría a organizar un sistema moderno de partidos políticos.

En lo que concierne a Vasconcelos, su participación en el proceso revolucionario y en el interior del aparato estatal le garantizó una visión panorámica del país, que sirvió de pauta a su ambicioso proyecto social, político y cultural. Este proyecto sólo puede ser entendido en el contexto eufórico de los años veinte, en los que Vasconcelos actuó como una especie de portavoz de la "buena nueva" que la Revolución institucionalizada (¿controlada?) por el presidente Álvaro Obregón ofrecía al mundo.

Vasconcelos concebía su proyecto educativo y cultural también como un proyecto de redención moral que, al emancipar al pueblo por medio del saber, ayudaría a romper el círculo vicioso de los caudillos. El ministro pretendía redimir al país de una barbarie que no asociaba simplemente al desorden que los caudillos militares y sus seguidores habían promovido durante la Revolución. La asociaba principalmente a las raíces indígenas o, como prefería,

al pasado azteca de los mexicanos. Su meta de construir un país más igualitario implicaba rescatar los indígenas de sus atavismos mediante el mestizaje y la educación. Por ello, su extenso proyecto cultural incluía la enseñanza del español y la difusión de la cultura occidental. Por ello incluía medidas tan polémicas como la edición de los clásicos y su distribución por todo el país. Por ello, años más tarde, decretaría, en su *Raza cósmica*, el fin de la etapa de los indígenas. Para Vasconcelos, a los epígonos de los Atlantes sólo les quedaría el camino del mestizaje, que prepararía del advenimiento de la utópica quinta raza.

A pesar de sus ambiciosos objetivos, el plan educativo de Vasconcelos no llegaba a poner en tela de juicio la estructura social del país y, además, no podía desprenderse del movimiento mucho más amplio en que se insertaba: la propia Revolución. Ésta, según las agudas observaciones de Mariátegui, nunca había dejado de cumplir los principios y las formas del capitalismo y, desde Madero, no había podido librarse de “la ineluctable gravitación capitalista y burguesa de todo movimiento político dirigido por la pequeña burguesía, con el confusionismo ideológico que le es propio” (1960, p. 66).

Ahora bien, la implantación del proyecto educativo y cultural de Vasconcelos en la SEP dependía de una amplia estructura material sólo hasta cierto punto brindada por un gobierno recién consolidado, y necesitaba un equipo de trabajo numeroso y capaz de llevarlo a cabo. Para afianzar su proyecto, Vasconcelos solicitó el apoyo de la sociedad y trató de convencer a las elites, principalmente culturales, acerca de su importancia. Dadas sus características y magnitud, un proyecto de acción político cultural como éste sólo sería factible a partir del Estado. Sin embargo, más que funcionarios, requería conquistar una base de legitimidad social y, principalmente, el apoyo concreto de ciudadanos que, además de compartir sus propósitos políticos, asumieran un compromiso social, aceptando actuar como educadores. Por ello, Vasconcelos recuperó y difundió entre sus colaboradores y simpatizantes la experiencia histórica de los misioneros catequistas. Por ello trató de crear una atmósfera favorable a su alrededor, asumiendo el papel de líder de una nueva cruzada –muy eufórica en un principio, pero fallida después– en la que incluyó a todos los

intelectuales (profesores, artistas, funcionarios y profesionistas) que colaboraron con él durante su estancia al frente de la SEP y que lo siguieron en la campaña por la presidencia.

Como Lobato, Vasconcelos deseaba cambios para su país. Sin embargo, al sobrevaluar a las elites y poner en segundo término a las masas, el mexicano, de la misma manera que el brasileño, no admitía que tales cambios podían ser profundos y, principalmente, concretarse sin la tutela espiritual de las masas por parte de elites bien intencionadas. En resumen, ninguno de los dos parecía admitir que la política fuera la verdadera arena de negociación y resolución de los conflictos y no se preocupaban por tomar en cuenta a la sociedad políticamente organizada. El desprecio de Vasconcelos por los “analfabetos zapatistas” y el paternalismo de Lobato hacia la ignorante población rural denotan esa visión que no le reconoce al pueblo autonomía de pensamiento o acción, que valora excesivamente a la cultura letrada y expresa una preocupación a la vez paternalista y conservadora de que es necesario civilizar y conducir a las masas.

Tanto en su producción intelectual como en su acción política, Vasconcelos y Lobato dedicaron especial atención a la identidad nacional, tema que, para ambos, tenía una connotación además de política, ideológica y cultural. En el caso del mexicano, su discusión estaba profundamente relacionada con el proyecto educativo que implantó. Procurar definir quienes eran los mexicanos, qué era México y cómo elaborar una cartografía cultural del país que propiciara su unificación y la consolidación de la nacionalidad, estaba en el seno de un proyecto que, entre otros objetivos, pretendía construir el “alma nacional”. Para cumplir esa tarea, Vasconcelos brindó especial atención a las artes. El estímulo al canto coral, los bailes y la pintura mural, aunado a la recuperación de las tradiciones coloniales y a la continuidad de las políticas anteriores de valorización del pasado indígena como tradición, fundamentó gran parte de la política cultural de su ministerio y el amplio abanico de actividades que éste ofrecía y coordinaba para forjar el sentimiento nacional entre los mexicanos.

En el caso del brasileño, el tema de la identidad nacional, que orientó varias de sus iniciativas y proyectos, se desarrolló en

torno a las críticas que tenía en relación con lo que sostenían al respecto tanto los intelectuales nacionalistas apologeticos como la mayoría de los modernistas cosmopolitas. La defensa de Lobato de un Brasil verdadero, apartado simultáneamente del elogio romántico y de las modas intelectuales europeas, implicaba el necesario acercamiento a la realidad concreta del país. Así, el famoso personaje Jeca Tatu acabó por fungir como la columna que sostenía la visión de Lobato sobre Brasil. El Brasil verdadero, a pesar de todos sus problemas y defectos, estaría en ese hombre simplón, perdido en el interior y no contaminado por influencias “alienígenas” (*BG*, p. 177). Como vimos en este trabajo, el personaje lanzaba a discusión una serie de cuestiones urgentes en un país en proceso de urbanización y modernización económica como Brasil y Lobato lo tomó como punto de partida para la creación de un modelo cultural alternativo. En su búsqueda de lo nacional, Jeca Tatu lo ayudó a echar por tierra uno de los “mitos fundacionales” más importantes de la cultura brasileña: la figura romantizada del hombre del campo. Asimismo, contribuyó para fundamentar su crítica de los modernistas quienes, según él, al adoptar los preceptos de las vanguardias europeas en sus trabajos de creación y reflexión también acababan por alejarse de lo brasileño.

Al tratar el tema de la identidad nacional, ambos autores recurrieron a mitos. Vasconcelos supo articular con maestría la oposición entre Quetzalcóatl y Huitzilopochtli, como dicotomía entre las fuerzas del bien y del mal. El simplismo de proclamarse portavoz de Quetzalcóatl, o incluso el propio dios redivivo, sirvió para difundir la idea de que era necesario construir un nuevo México, basado en la cultura, para sustituir al viejo y bárbaro, basado en la violencia, atavismos y cacicazgos. Significativamente, al asociar a Huitzilopochtli con el México bárbaro que no debería regresar, Vasconcelos utilizaba la mitología indígena para consolidar en el país la hegemonía cultural occidental, de matriz específicamente hispánica.

Es cierto que Vasconcelos defendía el carácter mestizo de México, pero subrayaba la importancia de la influencia ibérica (con su origen clásico) en la conformación cultural del país. Esa postura le permitió armarse, simultáneamente, de elementos relacionados

a la cultura nacional popular mexicana y a la tradición occidental. Por otra parte, sirvió para hacer a un lado la importancia de las diferencias étnicas, culturales y principalmente de clase en el país. El énfasis en un programa de homogeneización cultural restaba importancia a esas cuestiones pero no las resolvía.

En cuanto a Lobato, la utilización de la figura del “bandeirante” como un mito fundacional alternativo para Brasil es paradigmática de un proyecto nacional muy distinto del que defendía Vasconcelos. Con este signo, exclusivamente paulista, lo que el brasileño pretendía era que el espíritu bandeirante —de avanzada y emprendedor— se generalizara por todo Brasil, venciera el conservadurismo y el fisiologismo aún dominantes en la mayor parte del país, e inaugurara una nueva etapa, que sería el inicio de un irrefrenable movimiento de modernización económica y social. En ese sentido, el bandeirante “refundaría” Brasil e implantaría un nuevo camino para el país. Lobato, a diferencia de Vasconcelos y del viejo Rodó, admiraba a la cultura estadounidense, en su eficacia y sentido práctico, en su carácter viril, y soñaba en hacer de ella el modelo inspirador del futuro brasileño.

Tenemos en la trayectoria y en la obra de Vasconcelos y Lobato dos modelos particulares de concebir la nación, la cultura, la política y el futuro. Entre el pragmatismo de Lobato y el idealismo de Vasconcelos, podemos identificar la construcción de dos concepciones distintas, pero igualmente representativas del contexto en que se gestaron. Si Lobato deseaba hacer que Brasil lograra integrarse al mundo moderno en un papel más importante que el de mero vendedor de materias primas, Vasconcelos estaba más preocupado por dar a México una posición de mayor relieve en el plano espiritual. La ambición de Vasconcelos, el filósofo enamorado de la política, parecerá mucho más amplia que la de Lobato, el escritor defensor del progreso económico. Vasconcelos afirmaba estar seguro de que México habría de “contribuir con algo original para la civilización del mundo” (WAS, p. 873). Lobato se conformaba si Brasil pudiera seguir estrictamente las reglas que lo llevaran hacia el progreso material, en los moldes de una modernización conservadora.

El gran debate implícito en las posiciones de Vasconcelos y de Lobato se dio entre un materialismo pragmático, necesario para la

conquista del progreso económico, y un espiritualismo utópico, cuestionador de la civilización materialista que este progreso producía. Vasconcelos buscó construir con su vitalismo y su fe en la estética un modelo alternativo para una nueva inserción de México (y de toda América Latina) en el panorama internacional. *La raza cósmica* configuraría precisamente este gran proyecto espiritual de comunión, del cual los iberoamericanos serían el puente. Lobato, a su vez, pretendía un papel más incisivo para Brasil en el contexto internacional, sin poner en tela de juicio los preceptos fundadores de este contexto. Y, en su sueño de que Brasil, al alcanzar el progreso económico, pudiera transformarse en los Estados Unidos de América del Sur, Lobato era suficientemente realista para pensar que su país podría ser el segundo, pero jamás el primero del mundo.

Vasconcelos produjo un proyecto de gran aliento teniendo como objetivos, en primer lugar, la redención de los mexicanos por medio de la cultura, y, después, la redención de la propia humanidad, por medio del benéfico mestizaje étnico y cultural. Entre la relativa factibilidad que su proyecto educativo cultural encontró y la imponderabilidad de su utopía racial, Vasconcelos probablemente consideraría las aspiraciones de su contemporáneo brasileño extremadamente prosaicas. Lobato, a su vez, reaccionando a las contingencias políticas, económicas y sociales con proyectos que pudieran rebasarlas, probablemente vería la retórica grandilocuente de Vasconcelos con una ironía olímpica.

Vasconcelos creó una teoría explicativa de la vida y del destino de los mexicanos, de los iberoamericanos y, finalmente, de toda la humanidad, recurriendo a elementos nada palpables, como la intuición, el sentimiento y el placer estético. Pero eso todo lo ayudó a que, como afirmó Mariátegui, se transformara en un optimista del ideal y en un pesimista de la realidad. Al asociar el fracaso de sus aspiraciones nacionalistas y universalistas al fracaso de sus -mucho más concretas- aspiraciones personales, Vasconcelos dejó de ser el “hombre de acción” y de “pensar en grande”, para transformarse en el detentor de una ineficaz espada de la venganza.

Lobato asistió a la transformación de Brasil bajo el Estado Novo y Vasconcelos, a distancia, presenció los años del “Maximato” y

de la euforia del nacionalismo populista de Cárdenas. Ninguno de los dos logró ver sus proyectos nacionales realizados: Vasconcelos tuvo que abandonar la SEP y no pudo ser presidente para redimir a México. Lobato se fue a la quiebra al tratar de producir libros y no pudo descubrir petróleo para salvar a Brasil. Ambos se volcaron a la escritura —a final de cuentas, el lugar propio del intelectual-, amargados con los fracasos que experimentaron en su acción política. Sin embargo, si Vasconcelos hizo del registro escrito un instrumento de desahogo y venganza, Lobato pudo enfocar sus esfuerzos en una última empresa optimista. El gran creador de campañas sociales tendría energía suficiente para escribir libros para niños.

BIBLIOGRAFIA

De Monteiro Lobato:

- Obras completas*. São Paulo, Brasiliense (varias ediciones):
América, 14a. ed., 1980.
Barca de Gleyre (A), 14a. ed., 1972.
Cartas escolhidas, 2 vols., 1a. ed., 1959.
Conferências, artigos e crônicas, 14.a ed., 1972.
Críticas e outras notas, 1a. ed., 1965.
O escândalo do petróleo e Ferro, 1a. ed., 1959.
Geografia de Dona Benta, 4a. ed., 1966.
História das Invenções, 4a. ed., 1966.
Histórias de Tia Nastácia, 4a. ed., 1966.
Idéias de Jeca Tatu, 13a. ed., 1978.
Memórias da Emília, 20a. ed., 1979.
Minotauro (O), 4a. ed., 1966.
Mr. Slang e o Brasil e O problema vital, 13a. ed., 1972.
Mundo da lua e miscelânea, 14a. ed., 1972.
Na antevéspera, 13a. ed., 1972.
Onda verde (A), 13a. ed., 1979.
Pôço do visconde (O), 13a. ed., 1979.
Prefácios e entrevistas, 14a. ed., 1972.
Presidente negro (O), 13a. ed., 1979.
Reforma da natureza (A), 4a. ed., 1966.
Urupês, 22a. ed., 1978.
Literatura do Minarete, 7a. ed., 1972.

Sobre Monteiro Lobato:

- Campos, André Luís Vieira, *A república do picapau amarelo. Uma leitura de Monteiro Lobato*, São Paulo, Martins Fontes, 1986.
- Cavalheiro, Edgard, *Monteiro Lobato. Vida e obra*, 2 vols., 3.a ed., São Paulo, Brasiliense, 1955.
- Cavalheiro, Edgard, *A correspondência entre Monteiro Lobato e Lima Barreto*, s. l., Ministério da Educação e Cultura, Serviço de Documentação, 1955a.
- Chiarelli, Tadeu, *Um Jeca nos vernissages*, São Paulo, EDUSP, 1995.
- Dantas, Paulo, (coord.), *Vozes do tempo de Lobato*, Ed. comemorativa do centenário do nascimento de Monteiro Lobato, São Paulo, Traço, 1982.
- Koshima, Alice Mitika, *Monteiro Lobato: intelectual, empresário, editor*, São Paulo, T. A. Queiroz, 1982.
- Lajolo, Marisa, "Jeca Tatu em três tempos", em Schwarz, Roberto (coord.), *Os pobres na literatura brasileira*, São Paulo, Brasiliense, 1983, pp. 101-105.
- Landers, Vasda Bonafini, *De Jeca a Macunaíma: Monteiro Lobato e o modernismo*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1988.
- Milliet, Sérgio, *Diário crítico*, São Paulo, Martins, EDUSP, vols. 2 y 10, 1981-1982.
- Ribeiro, José Antonio Pereira, *As diversas facetas de Monteiro Lobato*, São Paulo, Associação Cão Guia do Cego, 1984.
- Sales Brasil, Padre, *A literatura infantil de Monteiro Lobato ou comunismo para crianças*, Aguiar e Souza, Livraria Progresso Editora, s.f.
- Travassos, Nelson Palma, *Minhas memórias dos Monteiros Lobatos*, São Paulo, Clube do Livro, 1974.

De José Vasconcelos

- Bolivarismo y Monroísmo*, en *Obras Completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1958, Vol. II, pp. 1305-1493.
- Breve história de México*, México, Continental, 1956.
- Cartas y documentos*, en *Obras Completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1958, Vol. II, pp. 771-900.

Conferencia leída en el "Continental memorial Hall" de Washington, en *Obras Completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1958, Vol. II, pp. 857-873.

Conferencias del Ateneo de la juventud, Vasconcelos, José *et al.*, México, UNAM, Centro de Estudios Filosóficos, 1962, pp. 97-138.

Discursos 1920-1940, México, Botas, 1950.

De Robinson a Odiseo (Pedagogía estructuralista), en *Obras Completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1958, Vol. II, pp. 1495-1720.

Divagaciones literarias, 2a. ed., México, América Latina, 1922.

Estética, en *Obras Completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1959, Vol. III, pp. 1111-1734.

Ética, en *Obras Completas*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1959, Vol. III, pp. 665-1107.

Estudios indostánicos, 3a. ed., México, Botas, 1938.

Hernán Cortés: creador de la nacionalidad, México, Jus, 1985.

Indología. Una interpretación de la cultura iberoamericana, París, Agencia Mundial de Librería, s.f.

Memorias: Ulises Criollo; La tormenta; El desastre; El proconsulado, 2 vols., 3a. reimpresión, México, FCE, 1993.

Divagaciones literarias, 2a. ed., México, América Latina, 1922.

¿Qué es la Revolución? 2a. ed., México, Botas, 1937.

Raza cósmica (La). Misión de la raza iberoamericana, 16a. ed., México, Espasa-Calpe, 1992.

Sonata mágica (La), México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.

Últimos cincuenta años (Los), México, s.e., 1924.

Flama (La), Los de arriba en la Revolución. Historia y tragedia, 2a. ed., México, Continental, 1959.

Letanías del atardecer. México, Librera, 1959.

Sobre José Vasconcelos

Aguilar Camín, Héctor, "Vasconcelos y la Revista Timón", en *La gaceta del Fondo de Cultura Económica. Las revistas literarias*, México, FCE, Nueva Época, 240, diciembre 1990, pp.50-52.

- Blanco, José Joaquín, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México, FCE, 1977.
- Blanco, José Joaquín, "El proyecto educativo de José Vasconcelos como programa político", en Aguilar Camín, Héctor *et al.*, *En torno a la cultura nacional*, México, INI/ CONACULTA, 1990, pp. 85-94.
- Carballo, Emmanuel, *Protagonistas de la literatura mexicana*, 4a. ed. aumentada, México, Porrúa, 1994.
- Castro Leal, Antonio, "Introducción" en *Páginas escogidas de José Vasconcelos*, México, Botas, 1940, pp. 5-35.
- Fell, Claude, *Los años del águila*, México, UNAM, 1989.
- Gomezjara, Francisco A., "Hacia una sociología de la sociología vasconceliana", en Matute, Álvaro y Martha Donís (coords.), *José Vasconcelos: de su vida y su obra*, México, UNAM, 1984, pp. 116-144.
- Robles, Martha, *Entre el poder y las letras; Vasconcelos en sus memorias*, 1.a reimpresión, México, FCE, 1991.
- Skirius, John, "Génesis de Vasconcelos", en *Vuelta*, México, vol. 4, núm. 37, diciembre, 1979, pp. 14-21.
- Tenorio, Mauricio, "A tropical Cuauhtémoc: celebrating the cosmic race at the Guanabara Bay", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 65, México, UNAM, pp. 93-138, 1994.
- Vera y Cuspinera, Margarita, *El Pensamiento filosófico de Vasconcelos*, México, El Colegio de México, 1979.
- Vera y Cuspinera, Margarita, "El pensamiento filosófico de José Vasconcelos", en Matute, Álvaro y Martha Donís (coords.), *José Vasconcelos: de su vida y su obra*, México, UNAM, 1984, pp. 94-101.
- Walerstein, Linda Sametz, *Vasconcelos, el hombre del libro. La época de oro de las bibliotecas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1991.

Brasil

- Alcântara Machado, Antonio, *Novelas paulistanas*, 5.a ed., Rio de Janeiro, José Olympio, 1978.

- Andrade, Mário de, *Aspectos da literatura brasileira*, 5.a ed., São Paulo, Livraria Martins Editora, s.f.
- Bizzo, N. M. V., "O paradoxo social-eugênico, genes e ética", en *Revista USP*, São Paulo, núm. 24, pp. 28-37, diciembre-febrero, 1994-1995.
- Bosi, Alfredo, *Historia concisa de la literatura brasileña*, México, FCE, 1982.
- Broca, Brito, *A Vida literária no Brasil – 1900*, 2.a ed., revista e ampliada, Rio de Janeiro, José Olympio, 1960.
- Campelo de Souza, Maria do Carmo, "O processo político-partidário na Primeira República", en Mota, Carlos Guilherme (coord.), *Brasil em perspectiva*, 8.a ed., São Paulo, DIFEL, 1977, pp. 162-226.
- Cano, Wilson, *Raízes da concentração industrial em São Paulo*, 2.a ed., São Paulo, T. A. Queiroz, Editor, 1983.
- Capelato, Maria Helena, *Os arautos do liberalismo. Imprensa paulista, 1920-1945*, São Paulo, Brasiliense, 1989.
- Capelato, Maria Helena y Maria Lígia Prado. *O bravo matutino. Imprensa e ideologia: o jornal O Estado de S. Paulo*, São Paulo, Alfa-Omega, 1980.
- Carone, Edgard, *A República Velha (evolução política)*, São Paulo, DIFEL, 1971.
- Carvalho, José Murilo, *A formação das almas. O imaginário da república no Brasil*, São Paulo, Companhia das Letras, 1995.
- Contreras, Mario (coord.), *La educación en el Brasil (periodo republicano)*, México, SEP, Ediciones El Caballito, 1985.
- Cruz Costa, João, *Contribuição à história das idéias no Brasil*, 2.a ed., Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1967.
- Dean, Waren, *A industrialização de São Paulo*, 4.a ed., Rio de Janeiro, Bertrand, 1991.
- Drummond de Andrade, Carlos, "Um delicado", en *Os dias lindos*, 2.a ed. revista, Rio de Janeiro, José Olympio, 1975, pp. 142-147.
- Duarte, Paulo, *Mário de Andrade por ele mesmo*, São Paulo, Edart, 1971.
- Fabris, Annateresa, *O futurismo paulista*, São Paulo, EDUSP/Perspectiva, 1994.

- Faoro, Raimundo, *Os donos do poder*, 2 vols., 7.a ed., Rio de Janeiro, Globo, 1987.
- Fausto, Boris, *Trabalho urbano e conflito social (1890-1920)*, São Paulo, DIFEL, 1977.
- Fausto, Boris, "A Revolução de 1930", em Mota, C. G. (coord.), *Brasil em perspectiva*, 8.a ed., São Paulo, DIFEL, 1977a, pp. 227-255.
- Fernandes, Florestan, *A integração do negro na sociedade de classes*, São Paulo, Dominus, 1965.
- Ferraz, Geraldo, "Prefácio" em *Retrato do Brasil*, 6.a ed., Rio de Janeiro, José Olympio, 1962, pp. X-XX.
- Hallewell, Laurence, *O livro no Brasil (sua história)*, São Paulo, T. A. Queiroz/ EDUSP, 1985.
- Leite, Silvia Helena T. de Almeida, *Chapéus de palha, panamás, plumas, cartolas. A caricatura na literatura paulista. 1900-1920*, São Paulo, EDUNESP, 1996.
- Lemos, Carlos, "El estilo que nunca existió", em Amaral, Aracy (coord.), *Arquitectura neocolonial: América Latina, Caribe, Estados Unidos*, São Paulo, FCE/Memorial, 1994, pp. 147-164.
- Levi, David, *A família Prado*, São Paulo, Cultura 70, 1977.
- Luca, Tania Regina, *A Revista do Brasil: um diagnóstico para a (N)ação*, São Paulo, 1996 (tesis doctoral, Universidad de São Paulo).
- Machado Neto, Antonio Luís, *Estrutura social da república das letras (sociologia da vida intelectual brasileira - 1870-1930)*, São Paulo, EDUSP/Grijalbo, 1973.
- Martins, Wilson, *História da inteligência brasileira*, São Paulo, Cultrix/EDUSP, São Paulo, vols. 4, 5 y 6, 1978.
- Miceli, Sérgio, *Poder, sexo e letras na República Velha*, São Paulo, Perspectiva, 1977.
- Miceli, Sérgio, *Intelectuais e classe dirigente no Brasil (1920-1945)*, São Paulo, DIFEL, 1979.
- Moreira Leite, Dante, *O Caráter nacional brasileiro*, São Paulo, Pioneira, 1969.
- Morse, Richard, *Formação histórica de São Paulo*, São Paulo, DIFEL, 1970.
- Morse, Richard, *O espelho de Próspero*, São Paulo, Companhia das Letras, 1988.

- Nagle, José, *Educação e sociedade na Primeira República*, São Paulo, EPU/EDUSP, 1974.
- Ortiz, Renato, *A moderna tradição brasileira. Cultura brasileira e indústria cultural*, São Paulo, Brasiliense, 1988.
- Ortiz, Renato, *Cultura brasileira & identidade nacional*, 2a. ed., São Paulo, Brasiliense, 1986.
- Prado, Eduardo, *A ilusão americana*, 2a. ed., Paris, Armand Colin, 1895.
- Prado Paulo, *Retrato do Brasil*, 6a. ed., Rio de Janeiro, José Olympio, 1962.
- Prado Jr. Caio, *História econômica do Brasil*, 24a. ed., São Paulo, Brasiliense, 1980.
- Penteado, Jacob, *Belenzinho, 1910 (Retrato de uma época)*, São Paulo, Martins, 1962.
- Pereira de Queiroz, Maria Isaura, *O mandonismo local na vida política brasileira e outros ensaios*, São Paulo, Alfa-Omega, 1976.
- Pereira de Queiroz, Maria Isaura, "Ufanismo paulista: vicissitudes de um imaginário" em *Revista Usp*, São Paulo, núm. 13, março/abril/mayo, 1992.
- Schwarz, Roberto, *Que horas são?* São Paulo, Companhia das Letras, 1987.
- Sevcenko, Nicolau, *Literatura como missão: tensões sociais e criação cultural na Primeira República*, São Paulo, Brasiliense, 1986.
- Sevcenko, Nicolau, *Orfeu extático na metrópole: São Paulo, sociedade e cultura nos frementes anos 20*, São Paulo, Companhia das Letras, 1992.
- Silva Brito, Mário da, *História do modernismo brasileiro, antecedentes da Semana de Arte Moderna*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1978.
- Singer, Paul, *Desenvolvimento econômico e evolução urbana*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1968.
- Sussekind, Flora, *Cinematógrafo de letras*, São Paulo, Companhia das Letras, 1987.
- Torres, Antonio, *O problema nacional brasileiro*, 4.a ed., Brasília, Companhia Editora Nacional/ UNB, 1982.

- Ventura, Roberto, *Estilo tropical: história cultural e polêmicas literárias no Brasil, 1870-1914*, São Paulo, Companhia das Letras, 1991.
- Versiani, F. R., "Antes de la depresión: la industria brasileña en los años veinte", en Thorp, Rosemary, *América Latina en los años treinta. El papel de la periferia en la crisis mundial*. México, FCE, 1988, pp. 191-216.
- Weffort, Francisco, *O populismo na política brasileira*, 4a. ed., Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1989.

México

- Aguilar Camín, Héctor, "Nociones presidenciales de 'cultura nacional'. De Álvaro Obregón a Gustavo Díaz Ordaz (1920-1968)", en Aguilar Camín, Héctor *et al.*, *En torno a la cultura nacional*, México, INI/CONACULTA, 1983, pp. 95-134.
- Alanís de Anda, Enrique X., *La arquitectura de la Revolución Mexicana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1990.
- Alfaro Siqueiros, David, *Me llamaban el coronelazo*, México, Grijalbo, 1977.
- Alfaro Siqueiros, David, "Tres llamamientos de orientación actual a los pintores y escultores de la nueva generación americana"; "Manifiesto del sindicato de obreros técnicos, pintores y escultores de México o Declaración política, social y estética", en Belluzzo, Ana Maria Moraes (coord.), *Modernidade: vanguardas artísticas na América Latina*, São Paulo, EDUNESP/Memorial, 1990, pp. 240-242; 254-256.
- Azuela, Mariano, *Los de abajo. Obras Completas*, vol. I, 1.a reimpres., México, FCE, 1976, pp. 320-369.
- Azuela, Salvador, *La aventura vasconcelista*, México, Diana, 1980.
- Bartra, Roger, *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo, 1987.
- Belluzzo, Ana Maria Moraes (coord.), *Modernidade: vanguardas artísticas na América Latina*, São Paulo, EDUNESP/Memorial, 1990.
- Blanquel, Eduardo, "La revolución mexicana", en *História mínima de México*, 7a. reimpressão, México, El Colegio de México, 1983, pp.135-156.

- Brading, David, *Mito y profecía en la historia de México*, México, Vuelta, 1988.
- Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1993.
- Bradú, Fabienne, *Antonieta*, México, FCE, 1993.
- Cosío Villegas, Daniel, "La crisis de México", en *Ensayos y notas*, México, Buenos Aires, Editorial Hermes, 1966, vol. 1, pp. 113-151.
- Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, México, SEP, Joaquín Mortiz, 1986.
- De la Cerda Silva, Roberto, *El movimiento obrero en México*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1961.
- De los Reyes, Aurelio, *Cine y sociedad en México 1896-1930. Bajo el cielo de México*, México, UNAM, 1993, vol. II (1920-1924).
- Dessau, Adalbert, *La novela de la revolución mexicana*, México, FCE, 1986.
- Díaz, Lilia, "El liberalismo militante", en *Historia general de México*, 3a. ed., México, El Colegio de México, 1981, pp. 819-896.
- Díaz Arciniega, Víctor, *Querrela por la cultura revolucionaria (1925)*, México, FCE, 1989.
- Eder, Rita, "Muralismo mexicano: modernidad e identidad cultural", en Belluzzo, Ana Maria Moraes (coord.), *Modernidade: vanguardas artísticas na América Latina*, São Paulo, EDUNESP/Memorial, 1990.
- Espinoza López, Enrique, *Ciudad de México. Compendio cronológico de su desarrollo urbano. 1521-1980*, México, s.e., 1991.
- Gamio, Manuel, *Forjando patria*, 3a. ed., México, Porrúa, 1982.
- Gamio, Manuel, *Antología*, Juan Comas (estudio preliminar, selección y notas), 2a. ed., México, UNAM, 1985.
- Gómez Morin, Manuel, *1915*, México, Editorial Cultura, 1927.
- González, Luis, "El liberalismo triunfante", en *Historia general de México*, 3a. ed., México, El Colegio de México, 1981, pp. 897-1016.
- Guzmán, Martín Luis, *Memorias de Pancho Villa. Obras Completas*, vol. 2, 2a. ed., México, Cia. General de Editores, 1971.

- Henríquez Ureña, Pedro. "La revolución y la cultura en México", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM, Centro de Estudios Filosóficos, 1962, pp. 149-156.
- Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, SEP, Siglo XXI, 1985.
- Krauze, Enrique, *Francisco I. Madero. Místico de la libertad*, México, FCE, 1987a.
- Krauze, Enrique, *Emiliano Zapata. El amor a la tierra*, México, FCE, 1987b.
- Manrique, José Alberto, "El Proceso de las artes, 1910-1970", en *Historia general de México*, 3a. ed., México, El Colegio de México, 1981, pp. 1359-1373.
- Maciel, David R., *Ignacio Ramírez, ideólogo del liberalismo social en México*, México, UNAM, 1980.
- Matute, Álvaro, "El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación", en *Mascarones*, Boletín del Centro de Enseñanza para Extranjeros, México, UNAM, núm. 2, primavera, 1983.
- Meyer, Lorenzo, "El primer tramo del camino", en *Historia general de México*, 3a. ed., México, El Colegio de México, 1981, pp. 1183-1272.
- Monsivais, Carlos, *Amor perdido*, México, Era, SEP, 1977.
- Monsivais, Carlos, "Notas Sobre la Cultura Mexicana en el Siglo XX", en *Historia general de México*, 3a. ed., México, El Colegio de México, 1981, pp. 1377-1428.
- Orozco, José Clemente, *Autobiografía*, México, Era, 1984.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, 13a. ed., México, FCE, 1984.
- Paz, Octavio, "Revisiones: La pintura Mural", en *México en la obra de Octavio Paz*, vol. III. Los privilegios de la vista, México, FCE, 1987, pp. 228-284.
- Ramírez, Fausto, *Crónica de las artes plásticas en los años de Lopez Velarde. 1914-1921*, México, UNAM, 1990.
- Ramos, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 7a. ed., México, Espasa-Calpe, 1977.
- Reyes, Alfonso, *Visión de Anáhuac y otros ensayos*, México, FCE/SEP, 1983.
- Ruiz, Ramón Eduardo, *México: la gran rebelión, 1905/1924*, México, Era, 1984.

- Ruiz Guerra, Rubén, "Panamamericanismo y protestantismo: una relación ambigua", en Blancarte, Roberto, (coord.), *Cultura e identidad nacional*, México, CONACULTA/FCE, 1994, pp. 261-304.
- Sahagún, Bernardino, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 4a. ed., México, Porrúa, 1979.
- Schneider, Luis Mario, *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado*, México, Oásis, SEP, 1987.
- Schneider, Luis Mario, *El estridentismo - 1921-1927*, México, UNAM, 1985.
- Sheridan, Guillermo, *Los contemporáneos ayer*, México, FCE, 1985.
- Tablada, José Juan, *Las sombras largas*, México, CONACULTA, 1993.
- Tablada, José Juan, *Diario (1900-1944). Obras*, vol. IV, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1992.
- Trejo Delarbre, Raúl, "Historia del movimiento obrero en México, 1860-1982", en González Casanova, Pablo, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, Siglo XXI, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1984. vol. 1, pp. 11-87.
- Ulloa, Bertha, "La lucha armada (1911-1920)", en *Historia general de México*, 3a. ed., México, El Colegio de México, 1981, pp. 1075-1182.
- Warman, Arturo, *...y venimos a contradecir. los campesinos de Morelos y el Estado Nacional*, México, SEP/CIESAS, 1988.
- Womack Jr., John, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1970.
- Yankelevich, Pablo, "Las campañas pro México: estrategias publicitarias mexicanas en América Latina (1916-1922)", en *Cuadernos Americanos. Nueva Época*. año IX, vol. 1, 49, enero-febrero, 1995, pp. 79-95.
- Zaid, Gabriel, "Lopez Velarde ateneísta", en *Ensayos sobre poesía*, México, El Colegio Nacional, 1993, pp. 347-377.
- Zea, Leopoldo, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 1988.

América Latina y referencias gerais

- Berman, Marshall, *Tudo que é sólido desmancha no ar*, São Paulo, Companhia das Letras, 1986.
- Rama, Ángel, *A cidade das letras*, São Paulo, Brasiliense, 1985.

- Rodó, José Enrique, *Ariel*, México, UNAM, 1942.
- Romero, José Luis, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976.
- Franco, Jean, *La cultura moderna en América Latina*, México, Grijalbo, 1985.
- Anderson, Benedict, *Nação e consciência nacional*, São Paulo, Ática, 1989.
- Anderson, Perry, "Modernidade e revolução", en *Novos estudos*, São Paulo, CEBRAP, vol. 14, febrero, 1986, pp. 2-15.
- Benjamin, Walter, "O narrador" e "Sobre o conceito da história", en *Magia e técnica, arte e política. Ensaio sobre literatura e história da cultura. Obras escolhidas*, vol. 1, São Paulo, Brasiliense, 1985.
- Bolle, Willi, *A fisionomia da metrópole*, São Paulo, EDUSP, 1994.
- Borges, Jorge Luis, "El aleph", en *Obras completas. 1923-1972*, Buenos Aires, EMECÊ, 1974, pp. 617-628.
- Candido, Antonio, *Literatura e sociedade*, 7a. ed., São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1985.
- Candido, Antonio, *Ensayos y comentarios*, Campinas, México, EDUNICAMP/FCE, 1995.
- Durkheim, Émile, *Las reglas del método sociológico*, Barcelona, Altaya, 1994.
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas. Estratégias para entrar e salir de la modernidad*, México, Grijalbo, CONACULTA, 1989.
- Gramsci, Antonio, *Cultura y literatura*, Barcelona, Península, 1977.
- Hobsbawm, Eric, *A era dos impérios. 1875-1914*, São Paulo, Paz e Terra, 1988.
- Hobsbawm, Eric, *Nações e nacionalismo, desde 1780. Programa, mito e realidade*, São Paulo, Paz e Terra, 1991.
- Hobsbawm, Eric, *A era dos extremos. O breve século XX. 1914-1991*, 2a. ed., São Paulo, Companhia das Letras, 1996.
- Lazlo, Ervin, *La gran bifurcación*, Barcelona, Gedisa, 1993.
- Le Bon, Gustave, *Psicología de las multitudes*, México, MEX Editores, 1956.
- Le Goff, Jacques, *História e memória*, Campinas, EDUNICAMP, 1992.

- Mariátegui, José Carlos, *Temas de nuestra América*, Lima, Biblioteca Amauta, 1960.
- Molloy, Silvia, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, FCE/El Colegio de México, 1996.
- Nisbet, Robert, *Historia de la idea de progreso*, 2a. ed., Barcelona, Gedisa, 1991.
- Ortega y Gasset, José, *España invertebrada*, 9a. ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1989.
- Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente*, 2 vols., Barcelona, Planeta-De Agotini, 1993.
- Starobinski, Jean, *Jean-Jacques Rousseau. A transparência e o obstáculo*, São Paulo, Companhia das Letras, 1991.
- Telles, Gilberto Mendonça, *Vanguarda européia e modernismo brasileiro*, 9a. ed., Petrópolis, Vozes, 1986.
- Wells, Herbert G., *La máquina del tiempo*, Hyspamérica, Barcelona, 1987.
- Williams, Leslic Pearce, *La teoría de la relatividad: Sus orígenes e impacto sobre el pensamiento moderno*, Barcelona, Altaya, 1993.

Hemerografía

Consulta a las siguientes colecciones:

Brasil

A Cigarra (1914-1922)

O Pirralho (1911-1917)

Revista da Semana (1922)

Revista do Brasil (1916-1924)

A Vida (1914-1915). Edição fac-similar, Centro de Memória Sindical & Archivio Storico Del Movimento Operaio Brasileiro (coord.), São Paulo, Ícone, 1988.

México

El Maestro (1921-1924)

El Universal Ilustrado (1919)

La Antorcha (1924-1925)

Revista de Revistas (1915-1916)

Excélsior (1922)

Itinerarios intelectuales: Vasconcelos, Lobato y sus proyectos para la nación, editado por el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, se terminó de imprimir en diciembre de 2005, en Publidisa Mexicana, S.A. de C.V., Calz. Chabacano 69 Planta Alta, Col. Asturias. Se tiraron 200 ejemplares en papel Cultural de 90 gramos. La composición, formación tipográfica y cuidado editorial estuvo a cargo de Diseño y Letras. La composición se realizó en tipo Gattineau de 10.5, 9.5 y 8 puntos. Fotografía de Vasconcelos: CESU-AH-UNAM; de Lobato: Instituto de Estudios Brasileiros-USP.

José Vasconcelos (1882-1959) y José Bento Monteiro Lobato (1882-1948) concibieron y defendieron proyectos culturales, sociales y políticos que, a lo largo de sus vidas, les aseguraron un lugar definido en el campo cultural. Tanto el mexicano como el brasileño vivieron una permanente oscilación entre el entusiasmo y el desánimo al asumirse como intelectuales de sociedades periféricas que, debido a su precariedad, les ofrecían un papel político y social de mayor relieve y, en contrapartida, les demandaban una actitud más incisiva y participativa. ¿Qué camino les tocaría seguir? ¿Preservar la cultura nacional de las amenazas del capitalismo o colaborar para la consolidación de éste en sus países? ¿Transformar las estructuras sociales o contribuir a mantenerlas? ¿Dedicarse a las labores netamente intelectuales –la literatura, la reflexión sociológica y filosófica– o volcarse de lleno a la acción política? Regina Crespo compara el itinerario intelectual de estos dos importantes creadores de proyectos nacionales y procura comprender de qué manera se insertaron e influyeron en la vida cultural y política de sus respectivos países. En sus registros memorialísticos, estos dos latinoamericanos asociaron sus fracasos personales con lo que consideraban, de manera colérica y en ocasiones melancólica, el fracaso nacional. Tal hecho es importante no sólo para reflexionar sobre el México y el Brasil que les tocó vivir, sino también sobre los rumbos que seguiría cada país, en términos políticos, culturales y económicos.

Regina Crespo es brasileña. Es investigadora del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos y profesora en el posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Obtuvo su doctorado en Historia en la Universidade de São Paulo. Es maestra en Letras y licenciada en Ciencias Sociales por la Universidade Estadual de Campinas. Investiga temas relacionados a las áreas de la cultura, literatura e historia cultural. Ha publicado diversos trabajos en libros y revistas en México, Brasil y Estados Unidos.

Serie Nuestra América 61

ISBN 970-32-3200-0

